JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

TRILOGÍA DE LA INDEPENDENCIA



EL MISTERIO DEL ÁGUILA



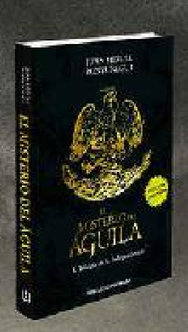
LA DIOSA Y LA SERPIENTE



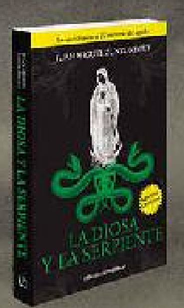
LA CAÍDA DEL DRAGÓN

JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

TRILOGÍA DE LA INDEPENDENCIA



EL MISTERIO DEL ÁGUILA



LA DIOSA Y LA SERPIENTE



LA CAÍDA DEL DRAGÓN

SÍGUENOS EN

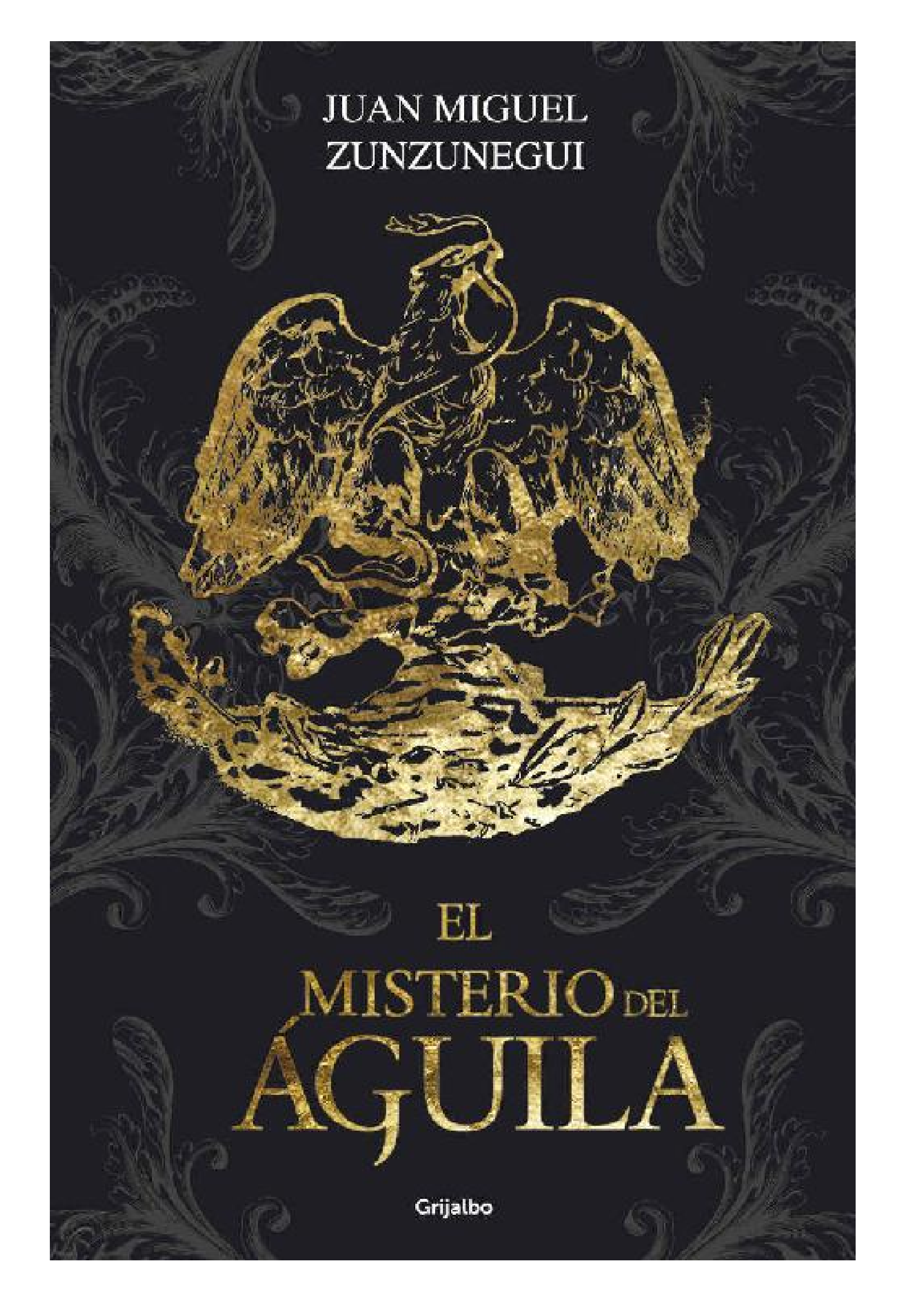
megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleermex

 @megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial


JUAN MIGUEL
ZUNZUNEGUI
EL
MISTERIO DEL
ÁGUILA
Grijalbo

ÍNDICE

A Karla: por tu eterna presencia,
tu constante apoyo y tu infinita confianza.
Gracias por darme el orden que requiere el talento.
A Leonardo: las buenas historias tienen que estar
bien narradas. Gracias por esa parte
de tu talento en esta historia.

Los enemigos de Dios

INTENDENCIA DE VALLADOLID (1799)

1

El sol se ocultaba tras la Catedral de Valladolid. Era un atardecer clásico del otoño en el occidente de la Nueva España y el cielo se teñía de rojo, tal vez como oscuro presagio. Las campanas doblaban constantemente como cualquier otra tarde, pero no llamaban a misa como de costumbre, no se rezaba el santo rosario como cada ocaso y el bullicio del mercado no seguía incesante como todos los sábados.

La gente de bien comenzó a encerrarse en sus casas ante la abigarrada multitud de pintos, negros, mulatos y demás castas inferiores, congregada en el atrio de la casa de Dios, quien era el único que podía amarlos a todos. La muchedumbre se arremolinaba ante la gran Catedral de Valladolid, las antorchas iluminaban el cielo conforme oscurecía y los clamores de sangre subían de tono.

—¡Muerte a los herejes, mueran los enemigos de Dios y del rey! —una vez más, el pueblo muerto de hambre salía a la defensa de un dios cuyos representantes eran aquellos que los sojuzgaban, y de un

rey autócrata tan distante e invisible como el mismo dios; un tirano en el cielo y otro en Madrid—. ¡Muerte a los enemigos del rey, muerte a los herejes!

No existía reino más rico sobre la faz de la Tierra que la Nueva España, la joya del imperio español. Millones y millones de kilómetros cuadrados con plantíos, minas, haciendas, ríos y litorales. El comercio del mundo entero transitaba a través de sus puertos más importantes: Veracruz y Acapulco, el puente entre Europa y el Oriente. La plata novohispana circulaba por todo el orbe como moneda universal, incluso en los rincones más apartados del mundo. Y los pueblos más distantes exigían para el comercio barras de plata selladas en la Nueva España.

Y no había región más rica en la Nueva España que el Bajío. De Guanajuato a Valladolid se desplegaban las riquezas más espléndidas, las haciendas más gloriosas, los retablos barrocos abigarrados con toda la corte celestial bañada en oro. Los grandes señores desplegaban sus pretensiones de nobleza con mayor pompa que el más Grande de España, y añadían más apellidos a su nombre que el señor más aristócrata de la corte madrileña. El hombre más rico del mundo vivía en esas tierras: don Pedro Romero de Terreros, quien se jactaba de que podría adoquinar con plata un camino de Veracruz hacia su hacienda de San Miguel, si el rey le concedía el honor de visitarlo. Era el cuerno de la abundancia.

Pero no había reino más injusto que la Nueva España sobre la redondez del globo. Seis millones de almas habitando el mismo espacio geográfico, pero totalmente impedidas para formar una sociedad. Los ochocientos mil blancos, entre criollos y peninsulares, eran los únicos con acceso a todos los derechos y privilegios. De ahí hacia abajo se desenvolvía una sociedad de castas cuyo nivel social y legal decrecía en relación directa con el color de la piel. Nada era más importante que la pureza de la sangre.

El reino entero era un hervidero de racismo y discriminación. Valladolid, una de las zonas más prósperas de todo el virreinato, era el lugar donde estas diferencias se hacían más notorias. Una sociedad formada por y para blancos, para criollos y españoles exclusivamente, donde indios, negros y demás seres pigmentados jamás dejarían de ser siervos y vivirían en una latente esclavitud, mientras que los mestizos podían aspirar a ser capataces, cuando mucho. La propiedad de la tierra era una potestad de los blancos, no tanto legalmente sino por una simple cuestión económica: ningún mestizo podría jamás reunir los recursos para hacerse de una propiedad.

Blancos, indios y mestizos prácticamente no hablaban ni se mezclaban bajo ninguna circunstancia. Sin embargo, no era una guerra de tres bandos: entre los blancos, el peninsular discriminaba al criollo por el simple hecho de ser americano; éste a su vez descargaba su frustración en la discriminación del mestizo quien, para su fortuna, podía hacer lo propio con el indio. Éste, el originario de América, podía desquitarse segregando a cualquiera de las castas inferiores. No obstante, estas castas tampoco eran un bloque social unido; en la fe de bautismo se asentaba el origen de los padres y según la mezcla se establecía si el bebé era mulato, negro o cambujo. Más por debajo aún, derivado de mezclas más furtivas, se implantaban nombres como *Tente en el aire, Salta pa atrás* o *No te entiendo.* Cada uno podía darse el lujo de tratar como inferior al de junto y lo único que poseían en común era que todos tenían el derecho de discriminar al negro. Éste no podía mirar hacia abajo porque era el último eslabón. Su opción era el odio y el rencor social.

Ahí estaba esa multitud tan compleja compartiendo el mismo espacio. Sólo algo podía aglutinarlos a todos en un mismo lugar y bajo una sola causa: la Iglesia, que no discriminaba a la hora de despojar al desposeído. Para otorgar el diezmo todos eran iguales. Ahí estaba la verdadera conquistadora y dominadora de América, por encima de la misma España y de su Casa Real, los Borbón. No obstante, no había súbdito más leal a la Corona y creyente más devoto en el altar que esa turbamulta de desposeídos. El despojado veneraba al despojador. Finalmente tenía cosas más importantes de qué preocuparse, como la eterna salvación de su santísima alma inmortal, distinta a la del maldito gachupín que ardería en los infiernos. Para eso estaba la virgencita de Guadalupe, amándolos por ser pobres.

El atrio de Catedral, pues, rebozaba de la muchedumbre enardecida que clamaba por la sangre de los herejes, aunque no supieran bien a bien lo que eso significaba. Nada como una turba iracunda para hacer justicia; o, mejor dicho, para hacer política. Del más oscuro al menos moreno, todos estaban prestos para defender a Dios, representado por el señor cura Manuel Abad y Queipo, quien arengaba a la multitud acompañado de un capitán español, criollo al menos. No gustaba monseñor de esa desigualdad social, pero finalmente era un clérigo leal a la Corona.

2

Un quinqué iluminaba una austera pero elegante estancia, lista para albergar una reunión. Mesa y sillas estaban dispuestas; tras el sitio de honor colgaba una pintura de gran tamaño que representaba un águila con las alas abiertas. Don Manuel Guillén presidía; se veía nervioso, precavido, como en cada ocasión que se reunían los mismos comensales. Mestizo, de piel apiñonada y ojos claros, pasaba por criollo para muchos, aunque no lo pretendía. Elegante, fuerte y de mirada penetrante, firme, seguro de sí mismo. Sus ojos registraban a cada persona que lo rodeaba en el gran salón de su hacienda. Frente a él, el grupo de hombres y mujeres distinguidos ocupó sus lugares.

Los criados encendieron las demás lámparas del salón, que aun así conservaba cierta oscuridad. Don Manuel esperó a que salieran. No quería involucrarlos. Permaneció de pie observando a sus invitados detenidamente y con autoridad. Sólo faltaba una persona.

—Mucho me temo, señores, que hemos sido descubiertos.

Los invitados reaccionaron con sorpresa y preocupación. Evidentemente no esperaban esas noticias. El silencio se apoderó de la sala.

—Quiero pedirles que mantengan la calma —prosiguió don Manuel—. Contamos con el inestimable apoyo de don Diego, quien debe estar en camino para decirnos más sobre la gravedad del asunto. No sabemos qué información tienen, qué nombres.

—Habrá que pelear, doctor Guillén —interpeló uno de los comensales, un joven criollo aguerrido de no más de veinte años—, debemos ser conscientes de…

—No hemos dejado la lucha —prosiguió el doctor Guillén—, pero hay que elegir bien los escenarios y las batallas, don Ignacio, no queremos generar un movimiento desordenado que desestabilice al país. Las armas siempre serán la última opción. Nuestra lucha debe ser, primero, en el terreno de las ideas.

Junto a la puerta del salón, Mariana, la esposa de don Manuel, observaba preocupada la escena. La relación entre ella y Manuel Guillén era una excepción en la Nueva España: siendo él mestizo, era prácticamente improbable que desposara a una bella criolla de alta alcurnia. Y, siendo ella criolla, resultaba impensable que acompañara a Manuel en un trance como aquel. Ahí estaban ambos.

Manuel observó a su mujer mientras seguía dando indicaciones a la concurrencia. La premisa era simple: no era momento de luchar sino de conseguir más adeptos importantes, como el propio don

Diego. De momento, lo importante era poner a salvo a las familias de los presentes. Miró de reojo a su esposa, quien asintió con la mirada y se dirigió a la habitación contigua.

3

En el atrio catedralicio, Abad y Queipo tenía todo preparado. Se acercó al capitán, un hombre de cuarenta años, de innegables rasgos españoles, aunque se delataba como criollo al hablar por más que intentara imitar el acento de los peninsulares. A caballo era como una escultura épica. Tras él aguardaba un pequeño contingente, armado y perfectamente uniformado al estilo español, listo para entrar en acción. Alguien con disciplina debía guiar a la muchedumbre, tristemente necesaria para el trabajo sucio.

Soldados y campesinos estaban preparados esperando la orden. Abad y Queipo se acercó al capitán.

—Confío en que esta misma noche ha de terminar esta conjura herética, don Diego. No me gusta recurrir a la represión, pero menos al desorden y la blasfemia. Hay que arrancar el mal desde la raíz para que no vuelva a crecer.

—No hay mejor momento, padre, arrancaremos el mal de un solo golpe —respondió el capitán con una sonrisa.

El sacerdote dio la bendición al grupo.

—Deténgalos de una vez, capitán. Son traidores a su dios y a su rey.

A la señal del militar los hombres armados abandonaron el atrio, seguidos por la multitud enardecida que se ganaba el cielo al combatir a los enemigos de Dios. Los gritos no cesaban.

—¡Herejes, enemigos de Dios, piratas! ¡Muerte a los traidores!

En la hacienda Guillén los conspiradores abandonaban el lugar. Era necesario buscar un sitio en otra intendencia para proseguir con los planes. Y poner tiempo de por medio. “No es la primera vez —pensó don Manuel—, y probablemente no será la última en que los planes sean frustrados. Ha sido así por más de cien años, el adversario es poderoso.” Observó con detenimiento el cuadro del águila con las alas extendidas y quedó absorto en sus pensamientos hasta que fue interrumpido por don Ignacio.

—Nosotros nos vamos, don Manuel, usted debería hacer lo mismo. No hay tiempo.

La expresión en el rostro de don Manuel era de nostalgia; en realidad se negaba a dejar el salón, así como ese cuadro que tanto significaba para él y para la causa. Observó su reloj de bolsillo. Efectivamente no había tiempo, y en cambio sí había aún más cosas por hacer. Antes de contestar a Ignacio, quien lo esperaba impaciente, fue abordado por uno de los peones en cuyo rostro se reflejaba el miedo. No tuvo que preguntar nada, ya podían escucharse a lo lejos los alaridos de una multitud. Algo malo estaba por suceder. "¿Qué habrá pasado con Diego?"

4

La turba y la tropa llegaron a la entrada de la hacienda; unos con antorchas y azadones, los otros con espadas y fusiles. Los gritos contra los herejes y enemigos de Dios continuaban en frenesí: la locura del fanático, las hordas de Dios. Derribaron sin problema el portón principal y prosiguieron su camino hacia la Casa Grande.

—Dios está de nuestro lado —bramaba el capitán—. Aniquilen a los herejes.

Un furor medieval flotaba en el ambiente. Finalmente, no había tierra más medieval que la Nueva España, más fanática aun que su propia madre patria. Los reinos hispanos eran los únicos rincones del mundo donde no sólo persistía el tribunal de la Inquisición, sino que se aferraba con uñas y dientes a su poder arcaico. Bendita ignorancia de la Nueva España. La pequeña tropa y la gran turba se acercaron a la casa.

Esa noche también estaba en la casa Guillén un invitado inusitado, en la habitación contigua a la que había albergado la frustrada reunión. Nada tenía que ver con lo que ahí acontecía, pero ya no podía evitar que los propios acontecimientos lo envolvieran. Mariana y su pequeña hija Sofía estaban con él.

—Son tiempos difíciles, padre —señaló Mariana Guillén mientras desprendía de su cuello una cadena de oro. La misma águila de la pintura extendía sus alas.

—Habrá que pedir a Dios que los cambios sean para bien —el

propio sacerdote no pudo evitar una mueca rayana en sonrisa.

—Claro, padre, Dios metido en política. Sabe usted mejor que nadie que nada tiene que ver el Señor en estos menesteres. Por eso hemos confiado en usted, por eso le pedimos que viniera.

La respuesta del religioso fue interrumpida por la intempestiva llegada de Manuel a la habitación. Nunca, ni ante la amenaza, perdía el doctor Guillén el estilo y las buenas maneras, aunque su agitación era del todo evidente. La pequeña Sofía se protegió en el regazo de su madre.

—Buenas noches, padre. Disculpe que no haya estado con usted, pero esta noche todo se está tornando complicado —volvió la mirada a su mujer—. Un grupo de hombres armados ha entrado a la hacienda por la puerta del norte; debes partir de inmediato. Es una multitud enloquecida de campesinos.

—Pero siempre hemos sido amigos de los campesinos, y lo saben. Atendemos sus necesidades aunque no trabajen en la hacienda, nuestro manantial está a su disposición.

—No hay tiempo —atajó su marido—, vienen embravecidos y perturbados, claman sangre, el diablo en forma de Dios se les ha metido a la cabeza. Debes huir inmediatamente.

—¿Qué ha sucedido con don Diego?

Nunca el rostro de Manuel Guillén había denotado tanta rabia mezclada con tristeza, frustración, decepción y miedo, incluso.

—Él los guía. Ha sido quien los condujo hasta aquí.

Sin más demora, Manuel Guillén se dirigió a un arcón de gran tamaño que abrió con una llave extraída de su bolsillo. De su interior sustrajo un cofre mucho más pequeño que entregó de inmediato al sacerdote.

—Ponga a salvo a mi hija, padre; a ella y a mi mujer. No era esto lo que tenía planeado sino encargarle la educación de mi pequeña, pero siempre supe que podía volver a suceder. Aquí hay dinero suficiente para cubrir sin problema sus gastos. En cuanto todo se tranquilice me pondré en contacto con usted.

El sacerdote ya estaba de pie, firme y con el rostro adusto. Recibió el cofre. Mientras tanto, Mariana seguía abrazando a su pequeña Sofía, asustada. El padre tomó el cofre sin verlo ni abrirlo. Se leía en su rostro que no tenía idea de lo que estaba pasando. Afuera ya se veía la luz de las antorchas y los gritos enardecidos tronaban por doquier. Las acusaciones a viva voz de la turba eran graves y hasta el religioso se estremecía al escucharlas.

—¡Herejes, piratas, enemigos de Dios!

—¿De qué se trata todo esto? ¿Herejes, piratas? Tiene que

decírmelo, don Manuel. Yo ni siquiera lo conozco a usted muy bien.

—Pero yo sí a usted, padre, conozco su fama en Uruapan desde hace varios años. Usted no usa la fe para saquear al ignorante; enseña gramática, los instruye en el español. Hace negocios comerciales para toda la comunidad sin beneficio propio, entiende el griego y el latín. Por eso quería confiarle la educación de mi Sofía, de mi *pequeña sabiduría*, pero ahora debo confiarle su vida. ¿Cree que eso sea suficiente para que pueda confiar en mí?

El padre nada argumentó ante eso. Extendió el cofre de vuelta a don Manuel.

—No tiene que darme el dinero, mi señor —pero Manuel hizo un gesto de rechazo.

—Hay más que dinero, padre, tal vez incluso las respuestas que busca y las que tal vez un día buscará mi hija.

El sacerdote no pudo evitar sentir un escalofrío. Aquello sonaba como una despedida, como una resignación ante la pérdida inminente de la esposa y la hija. Antes de que pudiera responder, tomó la palabra Manuel Guillén.

—Padre, quiero que ponga a salvo a mi mujer y a mi hija. Tiene que irse ya.

—Don Manuel, cometerá un error si se queda a pelear, por la razón que sea. No tiene caso. Huyamos todos por el bosque, por detrás de la hacienda.

—Ése es precisamente su camino, padre, pero no el mío. Hay peleas que se ganan cuando se pierden. No se puede dar la espalda al destino. ¡Por el amor de Dios, váyanse ya!

Dicho lo anterior, el doctor Manuel Guillén se dio la media vuelta para retirarse de aquella protegida habitación. La pequeña Sofía se soltó de los brazos de su madre y corrió gritando hacia él.

—¡Papá, papá!

Manuel no permitió el abrazo; la detuvo en seco y la miró profundamente. La pequeña bajó tímidamente la mirada.

—Nunca tengas miedo, pequeña Sofía —la niña lo miró tímidamente.

—Hoy lo tengo.

Manuel Guillén cerró los ojos, tomó de la mano a su hija y en un rápido y brusco movimiento la regresó junto a su madre. No volvió a dirigir los ojos a sus dos mujeres. Miró fijamente al sacerdote.

—Váyanse ahora mismo. No hay tiempo que perder.

Sin mirar hacia atrás salió de la habitación. Sofía con lágrimas en los ojos, Mariana con la mirada al infinito y el religioso pasmado por unos momentos, hasta que finalmente tomó de la mano a las

dos mujeres, cargó el cofre de madera y salió rápidamente de la habitación por donde previamente le había indicado Manuel Guillén.

5

La tropa y la turba encabezadas por don Diego estaban ya fuera de la Casa Grande. Los gritos seguían; las antorchas encendidas comenzaron a volar por los aires y el fuego tomó posesión del lugar. Las ventanas se quebraron y las llamas comenzaron a devorarlo todo. Los gritos se confundían entre la rabia y el odio. Diego los miraba con frialdad. Dentro de la casa permanecían los invitados que no habían logrado huir, prácticamente todos, al quedar rodeados por esa muchedumbre enardecida. Acorralados, comprendieron que una lucha de ideas no tendría lugar y entonces desenvainaron las espadas.

Relativamente alejados de esa vorágine humana, Mariana y su pequeña Sofía estaban con el padre en la parte trasera de la hacienda, la que daba al bosque y cercana al río, la ruta de escape. Se escuchaban los gritos de la turba. Los peones corrían para protegerse. En las caballerizas ya no había caballos; sólo quedaba uno.

El padre subió a Sofía sobre éste y después lo montó detrás de ella, protegiéndola. La niña lloraba en silencio, presa del miedo. El sacerdote le extendió la mano a Mariana para que subiera.

—Un bridón como éste nos podrá sacar de aquí a los tres rápidamente. En cuanto estemos a salvo, bajaré para darle descanso.

Mariana dudó por un momento. Volteó a ver la casa. El ruido se escuchaba cada vez más cerca y las llamas de las antorchas comenzaban a alumbrar los alrededores de la casa. Su rostro temeroso cambió de pronto.

—No, padre, adelántese, yo buscaré otro caballo. Será mejor ir separados —el padre no creyó el argumento ni por un momento y volvió a extender su mano hacia Mariana.

—Pero, señora, ¿en qué está pensando? Ésta es la única oportunidad de escapar, y lo sabe.

—Usted podrá ir más rápido sin mí y así poner a Sofía a salvo. Además, es sacerdote y nadie se atrevería a tocarlo. Más aún, nadie lo relaciona con nosotros, con la causa.

Mariana se acercó a su hija y le dio un beso. Ella no quería soltarla. Cuando finalmente se separaron, la madre colocó a la hija aquella medalla de oro, el águila con las alas extendidas, al vuelo. Miró a su hija como nunca antes lo había hecho.

—Recuerda siempre quién eres y de dónde vienes. La lucha de la libertad corre por tus venas.

La mano extendida del sacerdote la interrumpió de nuevo.

—Aún es tiempo, mi señora.

Mariana se alejó y dedicó al religioso una mirada llena de gratitud y, probablemente, de adiós.

—Mi Sofía está ahora en buenas manos, padre Morelos. Lo buscaremos.

Mariana entró a la casa de nueva cuenta mientras el jinete arriaba al caballo a todo galope.

6

La hacienda Guillén se convirtió rápidamente en escombros, el fuego se extendió y la multitud se concentró en el saqueo. Al parecer la rapiña resultó más interesante que defender la causa divina, aunque los gritos de herejes y enemigos de Dios y el rey no cesaron. Hasta el saqueo debe tener una justificación, y es absolutamente moral despojar a un maldito blasfemo. El pueblo no pide razones, el fanático no las necesita.

Don Diego y Manuel Abad y Queipo sólo habían necesitado soltar la calumnia entre la multitud: el buen Manuel Guillén era en realidad un conspirador que intentaba destronar al rey, lo cual atentaba contra Dios mismo. Era descendiente de piratas y seguramente él mismo lo era. Compartía su fortuna con los necesitados, pero se trataba de una fortuna mal habida. Era un maldito luterano que se llevaría con él al infierno a todo aquel que estuviera de su lado, un seductor enviado por Satanás.

Seguramente don Diego no hubiera necesitado más que los quince hombres armados y disciplinados que lo seguían para

arrestar al doctor Guillén y a los demás conspiradores. Pero podría haber batalla, y sabía que don Manuel nunca se enfrentaría al pueblo. Ese pueblo al que siempre defendió y que ahora se entregaba sin reparo al saqueo de su propiedad.

Diego miró sonriente la catástrofe y a los conspiradores desesperados, atrapados entre las llamas y los fusiles. Entre ellos se abrió paso Mariana para colocarse junto a su marido atónito. Manuel Guillén esperaba que hubiera huido, pero no le sorprendió en lo más mínimo verla. Su audaz mujer se paró a su lado.

—Nuestra lucha no es sólo de hombres. Nuestra hija está a salvo con el padre José María.

Acto seguido se volvió hacia el traidor para decir altivamente:

—Lo esperábamos a usted solo, don Diego.

—Disculpen el retraso —señaló con todo el cinismo del que fue capaz—, estaba reuniendo a unos invitados.

La madera del techo crujía y crepitaba; la Casa Grande de la hacienda Guillén no tardaría en quedar reducida a cenizas. La muchedumbre huía con lo que podía llevarse en las manos, sin dejar de acusar a los presentes de herejes y enemigos de Dios: necesitaban esa justificación hasta el último momento. El frenesí de la masa se había apoderado por completo de ellos. Ya no se reconocían a sí mismos. Toda represión moral había quedado fundida en el anonimato de la muchedumbre. No eran individuos en un acto de rapiña sino el pueblo haciendo justicia, la grey defendiendo al Señor.

Manuel Guillén presenciaba con tristeza lo que siempre había temido: sólo un pueblo unido podía tomar su destino en sus propias manos, y no había pueblo más lejano a la unión que el de la Nueva España. El castizo que ayer había recibido ayuda, hoy pagaba con fuego; el mulato que recibía un trato digno, hoy se entregaba al saqueo; el cambujo tratado como igual, hoy le escupía en la cara.

En el fondo, no culpaba a nadie. Nunca lo hizo. Todo era resultado de dos cosas: ese eterno rencor social que corría por las venas de todo el reino, y esa maldita ignorancia de religiosidad medieval con que las autoridades españolas siempre habían adormecido al pueblo. Todos sus sueños de libertad se desvanecieron al instante. "Así nunca seremos un país", fue lo último que pensó.

Ya no había antorchas ni gritos. La chusma había hecho su trabajo y se alejaba. Los soldados habían disparado a todo conspirador que intentó defenderse. Manuel, cara a cara con don Diego, sacó su espada.

—Nos traicionaste.

—Hay que aprender a estar del lado ganador.

—Jamás pensé que apoyarías la tiranía de la Corona.

Don Diego soltó una de sus risas cargadas de cinismo que lastimaban en lo más profundo. La humillación en la derrota, el vencedor sin dignidad.

—La Corona está muy lejos, querido amigo, yo sólo trabajo para mí.

Dicho esto, tan traicioneramente como siempre había actuado, descubrió su brazo oculto por su capa y mostró la empuñadura de su pistola. Manuel se plantó con firmeza ante el traidor. Espada contra pistola. Diego apuntó y disparó.

7

A lo lejos se veían aún las llamas que consumían la propiedad de los Guillén, esa isla de dignidad y respeto en medio de un mar de ignorancia, odio e intolerancia. Sólo el fuego destructor iluminaba el cielo nocturno de Michoacán en una noche oscura y sin luna. Todo había sucedido demasiado pronto, de manera inexplicable. Herejes, enemigos de Dios. El pueblo atacando al único señor de la zona que los trataba como iguales.

Todo en la mente del padre José María Morelos era una confusión. No podía creer nada de lo ocurrido. Con seguridad, él mismo atendía espiritual y económicamente desde el curato de Carácuaro a alguno de los involucrados en esa masacre, a esa gente que trató de educar como profesor en Uruapan. Qué terrible era ver el odio arraigado en las personas. Sin saberlo, compartió con Manuel Guillén su último pensamiento. No es su culpa; es el maldito sistema social y esa terrible ignorancia.

La pequeña Sofía viajaba protegida por los fuertes brazos que la rodeaban. Toda su vida anterior se había consumido entre las llamas. Todo lo que hasta ese momento era su futuro, uno sin muchas complicaciones, se había convertido en cenizas. Lloraba en silencio sin entender nada. Finalmente, sólo tenía ocho años. El padre José María se alejó a todo galope sin detenerse el resto de la noche, hasta que los dos estuvieron completamente a salvo. Su vida

también había cambiado.

El odio social

INTENDENCIA DE VALLADOLID (1810)

1

El sol se abría camino entre las montañas y amenazaba, desde aquella temprana hora, con un día de verano en extremo caluroso. Los campesinos llevaban ya varias semanas en interminables procesiones a la Catedral vallisoletana, en peregrinaciones a San Juan de los Lagos y en todo tipo de bailes, sortilegios y nigromancias, encaminados a solicitar lluvia para las cosechas, preferentemente a Dios, las vírgenes, los santos o a cualquier otro personaje del escalafón que perteneciera a la corte celestial; en su defecto, a la divinidad que escuchara, sin importar su origen. San Juan Bautista, a quien más rezaban, probablemente por ser el heredero de Tláloc, parecía estar ocupado en otros menesteres: el agua no caía del cielo.

Eran necesarias medidas urgentes por la sequía, pues por esa razón los campos se veían de momento en total abandono. La población, sumamente desesperada, había alistado toda una pléyade de bailes nuevos con los que esperaba complacer al santo Señor de

Chalma y convencerlo de enviar algo de lluvia. Su fiesta había sido el primer día de julio y los campesinos no volvían aún de su periplo sagrado.

Mateo estaba particularmente preocupado. El padre José María llevaba años cavando pozos para no depender exclusivamente de las lluvias, y mucho menos de los santos. Por eso, el curato de Carácuaro se veía siempre menos asolado por las sequías, y además porque el padre, como líder de la zona, había organizado a los pobladores para establecer comercio en Valladolid, en una casa que el propio cura había comprado para tales menesteres. El santo Señor de Chalma, decía constantemente Mateo, *juera* a enojarse porque ellos no lo iban a visitar y *juera* entonces a secarles sus pozos. Trescientos años después del arribo de los peninsulares y del inicio de la supuesta evangelización, Mateo no era, desde luego, el único que seguía confundiendo los cultos paganos de antaño con el cristianismo y que hizo de ellos una mezcla más pagana aún, idólatra y de alguna forma politeísta.

Mateo era de los pocos indígenas purépechas que sabían leer y escribir y tenía cierta formación, ya que al haber sido “adoptado” a mediana edad por el padre José María, había recibido de él la educación. Pero aparentemente siglos de tradiciones supersticiosas podían más que las lecturas. Varias veces el sacerdote había explicado a Mateo el ciclo de las lluvias y el funcionamiento del clima, y aunque Mateo entendía de razones, diosito o cualquier otro santo podían alterar todo eso de los vientos y de la evaporación cuando quisieran. Para algo era diosito.

Era Mateo, entonces, un indígena semiilustrado, pero supersticioso. Morelos lo había recogido hacía diez años, a sus dieciocho, cuando había quedado huérfano al morir sus padres a causa de una terrible tunda que les propinó el patrón. Comenzó entonces su educación, pero aún pesaba más su pasado de ignorancia y generaciones de tradición obsoleta. Era un buen muchacho, fuerte, alegre y dicharachero, aunque amargado por momentos a causa de un rencor social que era incapaz de superar. Odiaba a todos los blancos. Bueno, a casi todos.

Mientras Mateo recogía leña para llevarla al curato, Inés y Sofía estaban cerca; la primera estaba de pie, mientras la segunda seguía hincada ante una tumba solitaria. Era una sola lápida con dos nombres: Manuel y Mariana Guillén, y debajo una frase: “Las ideas nunca mueren”. Coronando la lápida, un sencillo grabado mostraba un águila con las alas extendidas, como si estuviera al vuelo. Se notaba la improvisación de ese ornato, del que Sofía desconocía su

origen, al igual que el del epitafio; simplemente los vio ahí uno de tantos días que iba a rezar a la tumba de sus padres.

Sofía se levantó. No estaba triste sino melancólica. No podía evitar sentir que una vida distinta le había sido arrebatada cuando murieron sus padres, cuando los españoles los mataron, una vida arrebatada por esos odiados españoles. Sin embargo, al odiarlos odiaba incluso a una parte de ella misma. A sus veinte años era una hermosa mestiza con muchos rasgos hispanos, en su rostro y en sus ideas. Cabello negro y brillante, ojos oscuros, grandes y profundos, piel morena clara, mucho más clara de lo que cualquier indígena necesitaba para considerarla española, pero en definitiva más morena de lo que el hispano requería para no llamarla mestiza. Era finalmente eso, mestiza como el país en que vivía, y se combinaban en ella las mejores características de todas las razas que le daban vida. Curioso lugar era la Nueva España: un reino de población mestiza que discriminaba a los mestizos.

En su cuello lucía el único recuerdo tangible de sus padres, la medalla que Mariana colgara de su cuello la última noche que se vieron y se abrazaron. El águila, ese despreciable ser que tanto sufrimiento había causado a su vida y que la acompañaba eternamente, recordaba ese cuadro en su casa; la llevaba en su cuello desde niña y hasta había aparecido en la tumba de sus padres.

Inés era como su hermana. El padre José María se ocupaba de mucha gente en el curato de Carácuaro y, junto con Mateo, Inés era una de esas niñas desamparadas que el sacerdote había tomado a su resguardo. Era como una hermana para Sofía. Mulata, de unos diecisiete años, alejada, gracias al cura, de una vida de discriminación por el color de su piel. Inés y Sofía eran en quienes el padre José María podía confiar para atender la casa que poseía en la ciudad, que fungía como tienda de los productos elaborados por las poblaciones abandonadas en las tierras recónditas donde el padre era el guía espiritual. Y Mateo era el único en quien podía confiar para cuidarlas a ellas.

Sofía e Inés fueron sustraídas de sus pensamientos por la voz de Mateo que las presionaba para seguir el camino a la ciudad. Ambas reanudaron la marcha y Sofía echó una última mirada a la solitaria lápida.

—Once años ya, ¿verdad? —preguntó Inés.

—Así es, once años ya desde que perdí a mi madre.

—Pensaba que habían fallecido juntos, el mismo día.

En ese momento el rostro de Sofía definitivamente dejó ver un

rasgo de tristeza.

—Es posible que mi padre muriera ese día, pero en realidad lo perdí desde mucho tiempo antes. Desde que varias causas, ideas y personas extrañas lo alejaron de mí.

—¿Qué quieres decir con eso de que “es posible”?

Las dos “hermanas” siguieron caminando y se acercaron a Mateo, quien subía leña a la carreta en la que los tres se dirigían a Valladolid.

—Yo no sé nada del destino de mis padres, Inés. Mis recuerdos de nuestra última noche son borrosos. Recuerdo a mi padre zafándome de sus brazos. No tengo imagen alguna de mi madre en los últimos momentos, aunque sé que me dio esta cadena, que uso desde entonces.

Sofía se interrumpió a sí misma e hizo un breve silencio.

—La odio, no sé lo que significa pero sé que, sea lo que sea, es lo que me quitó a mis padres. Por otro lado, es el único recuerdo de mi madre.

Inés nunca había tocado ese tema con Sofía; conocía muy concisamente su historia y sólo por lo que se sabía: que sus padres habían muerto al parecer en un conflicto social violento, y que el padre José María se la había llevado con él. Más allá de eso, Sofía no comentaba el asunto con nadie, sólo realizaba algún breve intercambio ocasional con Inés en los últimos años, ya que su edad les permitía que fueran más unidas y la había hecho su confidente en otros temas. Inés siempre se limitaba a escuchar. Ésa era la primera vez que había preguntado y ahora pretendía seguir indagando.

—¿Y el padre José María?

—Es mi padre en todos los sentidos; es la única persona de la que recuerdo haber recibido educación, cuidados, tal vez hasta cariño. Aunque ya sabes lo inexpresivo que es. Bueno, él estaba ahí ese día, de eso estoy segura; recuerdo que me sacó de mi casa cuando se estaba incendiando. Mis padres se quedaron a enfrentarse a no sé quiénes. Todos los recuerdos son muy borrosos y sin mucho orden. Pero no olvido lo que gritaba toda esa gente.

Sofía volvió a guardar silencio como si no quisiera proseguir y en esa ocasión Inés decidió respetar esa reserva sin hacer más preguntas. Pero Sofía continuó.

—Enemigos de Dios, piratas, herejes, enemigos del rey.

La propia Inés no pudo contener la exclamación de sorpresa. Herejes. No había peor acusación que ésa. Hasta el asesino consumado podía obtener el perdón de Dios y salvar su alma, pero

los herejes ardían en el último círculo del infierno. Inés se persignó murmurando, casi para sí misma, como para que Sofía no la escuchara: "Jesús, María y el esposo de nuestra Señora".

¡Ah, qué mezclada estaba la política con la religión! Dos años antes los franceses habían invadido España, guiados por ese anticristo Napoleón. Nadie sabía en América qué demonios era un anticristo ni quién era Napoleón, pero Napoleón era el Anticristo, eso era un hecho. Así lo decía la Iglesia y prácticamente todos los curas de la Nueva España, el padre José María entre ellos. Fuera lo que fuera, tenía que ser malo.

El caso es que en España, el rey Carlos IV se peleaba por el trono con su hijo Fernando VII, y en eso estaban cuando ese satánico francés los quitó a los dos y logró que le cedieran los derechos de la Corona española, misma que colocó en la cabeza de su hermano, José Bonaparte. ¡Cómo es subjetiva la historia y la política! Bonaparte tuvo seguidores que lo veían como un modernizador y lo llamaban José I de España; pero tuvo también detractores que lo veían como usurpador y que luchaban contra él. Para ellos, por su afición al vino, siempre fue *Pepe Botella*. Esa etílica versión fue la que llegó a la Nueva España.

Desde entonces España luchaba por su independencia de Francia y de ese usurpador, cuyo nombre, José, se convirtió en un mote odiado. Lamentablemente era también el nombre de uno de los integrantes de la Sagrada Familia, recordada por todo hispano de manera recurrente, en particular ante el susto, la sorpresa o la presencia del pecado y la herejía; una especie de fórmula mágica de defensa celestial.

Así que la fórmula hubo de ser cambiada, ya que era imposible hacer mención del padre putativo de Jesús sin mencionar el terrible nombre del rey usurpador. Como muchos españoles y diversos hispanos de América —los propios indígenas y otras castas, educados religiosamente al estilo español—, Inés, ante la mención de la herejía, no pudo más que murmurar con espanto: "¡Jesús, María y el esposo de nuestra Señora!"

Inés guardó un silencio que resultó incómodo para ambas, hasta que la propia Sofía decidió continuar. A ella misma le servía de escape contar esas cosas, calladas por tanto tiempo.

—Tú lo sabes tan bien como yo, las multitudes ignorantes gritan lo que sea que ponga en su boca cualquier líder.

Pero la propia Sofía no se escuchaba muy convencida al decir eso. En algo estaban metidos sus padres y no tenía idea de qué era, o si se trataba de algo bueno o malo, aunque pensaba: "Si hubiera

sido algo malo, el propio padre José María no hubiera estado ahí". Lo cual le recordaba parte de los resentimientos que siguió confiando a Inés.

—Yo estoy segura de que el padre sabe algo y no me lo dice. Finalmente él estaba ahí esa noche, y tampoco sé por qué. Nunca me ha dicho nada. Nunca. Sólo al principio me dijo que mis padres habían tenido un problema, pero que en algún momento volverían por mí. Un día me tomó en sus brazos y me dijo que habían muerto. Me trajo a esa tumba que sólo tenía sus nombres. Otro día me encontré con ese epitafio y esa maldita águila grabados en la piedra. El padre dice que no sabe nada.

La conversación terminó, porque había llegado el final del tema o porque las mujeres arribaron a donde Mateo las esperaba ya, con la carreta cargada de leña, junto a la mercancía que llevarían a la casa de Morelos en Valladolid. Dos burros jalaban el carromato en cuestión, ya que las cosas no estaban como para andar con caballos, aunque el padre tenía el suyo para cosas urgentes. Mateo era feliz siempre que acompañaba a las que llamaba "sus dos niñas". Les dedicó su mejor sonrisa, las ayudó a subir y siguieron su camino a la ciudad natal de su protector.

2

Miguel de Montellano era, con toda certeza, uno de los jóvenes más codiciados de Valladolid. Criollo, de noble cuna y familia de rancia fortuna que presumía los orígenes de su nobleza, perdidos en la noche de los tiempos. Su padre y él eran considerados grandes señores, nobles y leales. Él en particular, a sus veintidós años, era una promesa militar de primer orden; pocos dominaban el caballo como él, menos aún podían desafiarlo con él con una espada y se decía que podía disparar a una moneda en el aire y dejar tuerto al propio Carlos IV grabado en ella.

Desde luego era posible que la exageración popular ayudara un poco al joven Montellano, pero de cualquier forma era el soltero que arrebataba los suspiros de las señoritas de toda la intendencia, sin importar su color de piel. Además de lo legendario de su audacia, el físico hacía su parte; era Miguel un joven alto, de porte

atlético, de piel clara un poco tostada por el sol, cabello rubio y ojos claros. Pero algo tenía que hacía más atractiva esa arquetípica facha de español; tal vez la sonrisa, o quizá los modos.

Miguel de Montellano sonreía a todas sin distinción y conversaba con todos sin exclusión alguna; era un hacendado que trabajaba sus tierras junto a los labriegos, y un señor que mostraba su grandeza en el trato noble a los que otros consideraban inferiores. Fiel devoto de la Iglesia, pero hombre ilustrado y creyente en la igualdad de todos los hombres. Como militar que era, amante del orden, la disciplina y las reglas y, por supuesto, como noble de alcurnia, orgulloso de España, a pesar de su sencillez no podía ocultar en todos sus modos, comenzando por su andar y su hablar, una especie de arrogancia, porte, garbo, nunca carente de gentileza.

Inés no podía ser la excepción entre todas las mujeres jóvenes que se perdían ante la vista de Miguel de Montellano y, aunque no gustaba de viajar a Valladolid, no perdía la ocasión de aprovechar el viaje para tratar de descubrir en su andar a tan galante caballero; evidentemente, como se vislumbra a un sueño o a una quimera, con la resignación de contemplar lo inalcanzable. Sofía, por su parte, vivía demasiado concentrada en su odio por todo aquello que estipulara como español, y Miguel, desde luego, entraba en esa categoría; así que por lo menos pretendía nunca voltear a mirar ante su paso. Y cómo es paradójica la vida, precisamente durante la presencia de Sofía en la ciudad era cuando más se veía el paso del joven Montellano.

Aquella tarde, como las otras tardes de mercado, Inés y Sofía pasaban por ahí llevando cestas de fruta, seguidas de cerca por Mateo, que cargaba artesanías diversas y que vigilaba a sus niñas desde lejos para que se sintieran en absoluta libertad. El andar distraído de Sofía fue interrumpido por las palabras emocionadas de Inés.

—¡Mira, Sofi, mira, ahí está!

Sofía conocía los desvaríos de su compañera, pero con la gentileza de cada sábado se acercó hacia ella para escuchar de nuevo la misma historia. Inés veía a Miguel de Montellano circular a caballo por la plaza central de Valladolid; ante la presencia de Sofía se limitó a decir lo mismo que casi cada vez que ocurría idéntica situación.

—Ya lo viste, Sofi, hoy se ve… se ve mejor que… se ve mejor que nunca.

—Cada semana se ve mejor que nunca, querida Inés —respondió

Sofía como si no tuviera el menor interés—, por lo menos según tu apreciación.

—Pues es que así es, además también cada semana, pues no sé, como que voltea tímidamente hacia donde estamos, y a mí se me hace que no me mira precisamente a mí.

—Pues si te refieres a mí, el señor puede voltear todo lo que quiera. Gente así no tiene corazón. Son crueles y terribles.

—Pero hermosos, ricos y finos; además, ya ves todo lo que dicen de él.

El elogio de Inés fue cortado de tajo por Mateo, quien se había acercado con apremio.

—Tiene razón en despreciarlo, mi niña —dijo a Sofía—; ésa es gente mala. Cualquiera de ustedes acabaría rete infeliz. Ya saben: "Si quieres cuidar tu raza, al indio con india casa".

A pesar de toda esa supuesta indiferencia, Sofía no había dejado de mirar a Miguel, quien comenzaba a alejarse. Mateo interrumpió su distracción.

—Bueno, niñas, ya voy a dejar todo esto a la casa —dijo mientras tomaba las cestas de sus "hermanas"—; quédense por aquí y las veo más pa'l rato, pero no se me distraigan.

3

Alejandra de la Gándara y Aramburu apareció en la plaza de Valladolid como cada sábado. Iba acompañada, también como cada sábado, de su prima, Clementina de Aramburu y Romero de Terreros. La crema y nata de la sociedad de Valladolid y probablemente de toda la Nueva España. La familia De la Gándara era probablemente la de más rancio abolengo de toda la región. Alejandra era nieta de Manuel Jerónimo de la Gándara, dueño de varias haciendas de la zona del Bajío, y descendiente, según él mismo decía, de los más antiguos reyes de Castilla, mucho antes de que ésta fuera España.

Clementina, por su lado, era nieta de don Pedro Romero de Terreros, noble de primer cuño, con el título de conde de Regla, cuya falta de antigüedad en aquello de la alcurnia se sustituía con su fortuna, la primera de toda la América hispana y tal vez más;

fundador, además, del Monte de Piedad, como decían algunos aristócratas, "el banco de los pobres". Del lado Aramburu, el que los unía, podían presumir de un largo linaje navarro.

Así que ahí estaban las niñas más consentidas y malcriadas de Valladolid, partiendo plaza, atrayendo miradas, generando envidias y humillando a su paso a todo aquel infortunado que tuviera el mal tino de estar en el peor lugar y en el peor momento. Como si de desfile de la realeza se tratara, todos los hombres se descubrían ante ellas, y aunque la más hermosa era Alejandra, porque para colmo era hermosa, la mayoría de los caballeros trataban de obtener la simpatía de Clementina, soltera codiciada, mientras que el compromiso matrimonial de Alejandra era de sobra conocido por la sociedad… Por la buena sociedad al menos.

El mal tino de aquel sábado correspondió a Inés y a Sofía, que paseaban por el portal de los mercaderes y se habían detenido en un puesto donde se ofrecían abanicos, que vistos desde lejos parecían destinados a la nobleza, pero que ya de cerca evidenciaban su carácter meramente aspiracional. Las niñas se ocupaban en jugar con ellos y, tal como mandaban las prendas, su juego era aspirar, pretender… Sofía tenía uno de ellos abierto en todo su esplendor junto al rostro.

—¿Qué te parece? —preguntó a Inés—. ¿Cómo me vería?

Inés no quiso desaprovechar la oportunidad de divertirse a costa de Sofía con un poco de ironía y a sabiendas de sus repulsiones más profundas.

—Pues es un abanico muy bonito; parece muy fino, y tú con tus facciones te ves como toda una española.

El gesto de desagrado de Sofía fue de la mano de la carcajada de Inés y hasta de la sonrisa del vendedor, que conocía a las dos mujeres y no pudo quedar al margen de la broma. En un gesto de repudio total, Sofía devolvió el abanico a su lugar y trató de corresponder a la chacota con una mueca que pretendió ser sonrisa, aunque estuvo lejos de serlo serlo en realidad.

—Pues yo pensé que me vería bien y como gente decente.

El vendedor e Inés siguieron con sus risas mientras alguien más sonreía a unos pasos. Nadie se había dado cuenta de la presencia de Miguel de Montellano, quien al pasar por ahí no pudo evitar detenerse a ver la escena ni ser cómplice con una sonrisa. Hubiera sido tal vez un buen momento para intentar el acercamiento, pero se detuvo ante la presencia de Alejandra y Clementina, con quienes prefería no encontrarse. Iban las dos a pie, derrochando aire de grandeza y seguidas de cerca por sus dos criadas de evidentes

rasgos indígenas.

Alejandra y Clementina se detuvieron en el mismo puesto de abanicos, de forma que quedaron frente a frente con Inés y Sofía, la mercancía en medio. Clementina señaló los abanicos pero miraba fijamente a Sofía, al tiempo que dirigía la palabra a su prima.

—¿Qué te parecen éstos, Alejandra?

Alejandra intuyó en el acto el objetivo de su prima y correspondió con la complicidad que de ella se esperaba. Esbozó una sonrisa con altivez y, lo mismo que su prima, señalando los abanicos pero con la mirada fija en Sofía e Inés, respondió:

—Indudablemente, corrientes; se notaba desde lejos.

Inés comprendió de inmediato la mofa de la que las dos grandes señoritas trataban de hacerlas víctimas, y consciente de su situación soltó el abanico con la intención de tomar a Sofía de la mano y salir de ahí. Claro, si Sofía lo permitía, ella y su tremenda necedad. Ante el intento de Inés de marcharse, Sofía permaneció, como se esperaba, firme y sin moverse ni un paso. Clementina entonces recogió el abanico que Inés había dejado, lo miró con todo el desprecio del que fue capaz, y sin quitar la mirada de la mulata siguió con el diálogo.

—Tienes razón, de muy poca clase.

La furia de Sofía era evidente y su próxima explosión resultaba del todo predecible. Inés intentó de nuevo jalarla y llevársela de ahí, pero su hermana permaneció a pie firme y sosteniendo la mirada a Alejandra de la Gándara, tan acostumbrada a intimidar, que casi fue ella quien bajó los ojos.

Consciente del carácter de Sofía, de su repulsión al español y de sus ideas sobre mantener la dignidad ante todo, trató de serenarla, algo tan inútil como pretender detener un volcán en erupción. Le hizo una señal con la mano, levemente, tratando de dejar claro el mensaje: “Cálmate, no vale la pena”.

Pero mientras eso ocurría Clementina arrojó el abanico, de manera que cayó muy cerca de Sofía, y continuó con la humillación.

—Yo creo que no deberían permitir su existencia.

—Ahí te equivocas, prima —intervino Alejandra mirando fijamente a las dos niñas—, hasta la basura tiene su lugar.

Alejandra terminó su frase con una sonrisa de tal petulancia y arrogancia que Sofía no resistió más. Levantó uno de los tablones del puesto de una patada y aventó todos los abanicos a Clementina, a quien tenía más cerca. Ella resbaló y cayó en un montón de bagazo de caña de azúcar que estaba en el puesto de al lado. Una

vez descargada su furia inicial y al ver a una de las agresoras en el piso, respondió a Alejandra sin alzar la voz:

—¡Pues recoge tu basura!

Inés presenciaba todo sin saber qué hacer; volteaba a todos lados como en espera de alguna tragedia y tratando de encontrar a Mateo, quien al escuchar tanto alboroto se había acercado lo más que pudo, ya que una multitud de curiosos ya le cerraba el paso. Al escuchar a Sofía le gritó con asombro:

—Sofía, ¿qué haces?

—Nadie nos va a hablar así, mucho menos si no les hemos hecho ninguna ofensa.

Alejandra cortó la frase de Sofía y se colocó con todo el porte que pudo a un metro de ella y de Inés, al tiempo que se dirigía a su criada, siempre un paso detrás de ella.

—Juana, quiero a un sargento aquí, ahora mismo.

La mujer interpelada salió de ahí sin añadir palabra, mientras la otra criada había ayudado a Clementina a ponerse en pie y se ocupaba en limpiar el vestido que su ama llevaba puesto. Dos soldados hicieron acto de presencia de forma casi inmediata. Sofía intentó jalar a Inés para salir huyendo, pero justamente al dar la media vuelta chocó con Miguel de Montellano, quien no había perdido detalle de la escena. Con autoridad, pero también con gentileza, las detuvo.

Sofía se paró en seco, no tanto por obedecer a la autoridad, que no era precisamente una de sus virtudes, sino por el impacto de hallarse frente a aquel hombre. Miguel no articuló palabra y dejó hacer a los soldados que se habían presentado ante a Alejandra, quien sabía que su nombre y peso social ponían toda la situación a su favor. Se dirigió al que por sus galones evidenciaba ser el de mayor rango.

—Sargento, hasta donde entiendo, el que un esclavo ataque a un noble se castiga con la cárcel, y tal vez hasta con la muerte.

El sargento no tenía mucha idea de qué hacer ante una situación como ésa, pero definitivamente conocía a Alejandra de la Gándara y no pretendía ser quien la desobedeciera. Junto al soldado que lo acompañaba, se acercó a Sofía y a Inés para tomarlas del brazo; la primera trataba de hacer alarde de valor mientras que la segunda evidenciaba su miedo.

De pronto la voz de Miguel de Montellano rompió la situación.

—En descanso, sargento.

Ambos soldados soltaron a sus presas y quedaron de pie, respetando la autoridad que reconocían en Miguel, quien se

adelantó y se colocó entre ellos, los cuales quedaron junto a sus prisioneras y a Alejandra. Miguel volteó a ver a Sofía.

—¿Su nombre, señorita?

—Sofía, Sofía Guillén, pero ni ella ni yo somos esclavas, además esa mujer…

—Sólo pregunté su nombre —interrumpió Miguel; guardó un segundo de silencio y dirigió a las dos niñas una sonrisa de complicidad. Por su parte, Alejandra se acercó a Miguel y le acarició el rostro cariñosamente, signo de afecto que el militar no rechazó, pero cerró los ojos y contuvo la respiración. Era evidente que no le había agradado.

—Qué gusto verlo aquí, capitán.

Miguel mantuvo su postura marcial y respondió a Alejandra sin voltear:

—Señorita De la Gándara… —hizo una inclinación de cabeza como gesto de respeto y se dirigió al sargento—: Por principio de cuentas, sargento, la señorita… —volteó a ver a Inés como interrogándola.

—Inés —respondió ella.

—Inés —continuó Miguel—, nada ha tenido que ver en esta penosa situación, sólo estaba en el mismo lugar y no cometió falta alguna, así que déjela ir —el sargento respondió afirmativamente.

—Por lo que respecta a la señorita Sofía Guillén —se volteó hacia una Sofía que ya no podía ocultar sus nervios—, dígame, ¿quiénes son sus padres o quién responde por usted?

—Vivo con el padre José María Morelos, cura de Carácuaro.

—Bien —prosiguió Miguel, quien se dirigió a Alejandra y al sargento de una sola vez—. No hay nada que hacer aquí; no hay necesidad de arrestar a nadie. La señorita no es esclava. La pena de muerte, señorita De la Gándara, es sólo para traidores, y la cárcel sólo para delincuentes. Aquí no pasó nada grave y las tropas tienen muchas dificultades en estos tiempos como para atender estas pequeñeces provocadas por niñas ricas. Si su honor ha sido dañado, la señorita Guillén ofrecerá una disculpa ahora mismo y asunto saldado.

Sofía miró a Miguel con unos ojos que dejaban ver su negativa a disculparse, pero la mirada de Miguel tuvo más autoridad aún. Así que Sofía dio un paso al frente para decir en voz baja un simple: “Disculpe usted, señora”, que desde luego no dejó nada satisfecha a Alejandra, quien hizo un último intento de sacar ventaja.

—Al menos deberá pagar los daños, pienso yo.

Pero ese intento, lejos de satisfacerla, la indignó, más aún

cuando Miguel sacó de su bolsillo una pequeña bolsa y la arrojó al tendero, quien la aceptó dispuesto a no hacer más grande ese embrollo.

Por primera vez Miguel dejó su pose marcial y autoritaria, y no pudo evitar dirigir a Alejandra una sonrisa en la que se evidenciaba el gusto que sentía al haber limitado sus demostraciones de poder. De pronto, Alejandra se quedó mirando fijamente la medalla que colgaba del cuello de Sofía. Fue como si el tiempo se detuviera: sorprendió a todos cuando dio un paso al frente y la arrancó del cuello de su dueña mientras argumentaba que si era de oro cubriría el daño del vestido de su prima Clementina. Acto seguido, dio la media vuelta y se retiró del lugar visiblemente enfadada.

Sofía intentó salir corriendo detrás de ella para recuperar su medalla, pero en esa ocasión Miguel de Montellano la detuvo tajantemente y se colocó firme delante de ella.

—Nada me gustaría más que ser tu sombra, pero no te puedo ayudar siempre. Sé que esto no es justo, pero así es la vida. No lo compliques más y déjalo en mis manos.

Sofía se quedó unos segundos sin saber qué decir, ante la mirada fija del capitán Montellano. Al no encontrar respuesta tuvo que recurrir a un poco de supuesto orgullo o dignidad.

—Yo no necesito su ayuda, capitán, ni su dinero.

Miguel hizo un ademán como de besar la mano de Sofía, pero en ese momento el que apareció fue Mateo, quien también se quedó sin saber qué decir. Miguel simplemente se retiró un paso atrás mientras Mateo abrazaba a Sofía. Le sonrió.

—Ha sido un gusto, Sofía Guillén, ojalá nos encontremos en otra ocasión, tal vez más agradable.

Dicho esto dio la media vuelta y salió de ahí, abriéndose paso entre lo que aún quedaba de la multitud curiosa que trataba de ver el final de aquella escena. Nada como un poco de teatro para completar una tarde de mercado. Sofía no podía quitar la mirada de encima de Miguel, a quien vio llegar al centro de la plaza: un soldado le entregó su caballo al tiempo que los demás se cuadraban. El capitán Montellano salió a todo galope de Valladolid.

Una semana después del incidente en Valladolid, Sofía seguía sin salir del curato a ningún lado. El padre José María la tenía rezando todo el día, pidiendo a Dios un poco de serenidad, de cordura, de humildad y de sensatez. No creía en realidad el cura que Dios pudiera hacer todo eso por Sofía; ella tampoco lo creía. Pero había que mantenerla en algún sitio donde no estuviera causando problemas. Ése había sido el más reciente, pero no el único. Al final, Morelos sabía que no podía ser de otra forma. Digna hija de sus padres.

Había mucho que hacer. Gracias al empeño del padre Morelos, ese curato no se limitaba a una capilla ruinosa como muchas de la región. Él mismo, con ayuda de los pobladores, había embellecido la iglesia de Carácuaro y construido otra en Nocupétaro, y había organizado los plantíos y los sistemas de riego con agua de los pozos que por orden suya se habían cavado en la zona.

Había talleres artesanales donde se producían los objetos que, junto con la producción agrícola de la zona, se vendían en Valladolid; se había establecido un dispensario que consistía en una cocina y un comedor para apoyar a los indigentes, algunas habitaciones —entre ellas las del propio Morelos, que tenía en ese edificio su casa y su oficina— y un pequeño hospital donde Sofía, heredera por lo visto de la vocación y el talento de su padre, cuidaba a enfermos y heridos. Ahí mismo se daba educación a quien tuviera tiempo y deseos de estudiar. Con tanto trabajo, el tiempo que Sofía tenía gracias a su castigo no sería desperdiciado.

Aquel sábado, por más que le doliera aceptarlo, cosa que no hacía, le dolía no ir a Valladolid y no poder ver al capitán Montellano. Ahora sabía cómo se llamaba. Una semana de reclusión totalmente injusta, según ella, pero no hubo forma de disuadir al padre Morelos. Si algo tenía era un empecinamiento que lindaba en la obstinación, tal vez en la obsesión.

No hubo argumento de Sofía que contara: ella no había empezado el pleito, las "españolitas" las humillaron a propósito, tan así fue que hasta "el soldadito ése" las ayudó; nada de eso era justo, él mismo siempre le decía que todos eran iguales pero no la dejaba defender esa causa, toda una serie de explicaciones que no medraron ni un poco en la decisión del cura: encerrada a rezar hasta que Dios le diera todas esas virtudes que le pedía, que a luz de Sofía podía significar meses o más.

Pero todo cambió esa noche. Sofía servía la cena al padre y a Mateo, que solían tomar los alimentos en un comedor adjunto a la parroquia, cuando Inés entró llorando a la habitación. Enseguida

notaron que estaba herida y ensangrentada, con los ojos hinchados y morados, la boca rota y marcas de golpes diversos. Sus ropas estaban rasgadas evidenciando un enfrentamiento.

Morelos y Mateo se levantaron enseguida para atenderla mientras Sofía corrió a buscar lo necesario para curarla. Volvió a los pocos minutos con vendas, algunos frascos y agua. Cuando entró de vuelta en la habitación Inés ya hablaba con Mateo y el padre. La dejó seguir hablando mientras comenzó a limpiar sus heridas con toda diligencia. Inés seguía tratando de hablar.

—No lo sé, supongo que era gente de Alejandra de la Gándara porque mencionaron el incidente del sábado pasado.

Sofía sintió la mirada penetrante del padre José María, quien no obstante no dijo nada. Fue Sofía la que habló.

—No sé si pretenda regañarme o decir que esto es culpa mía. Pero a esto me refiero, esa gente puede hacer lo que quiera y no sufren ninguna consecuencia; no hay justicia para nadie. Ni siquiera podemos acusarlos de nada porque nos juzgarían en sus tribunales especiales, con sus propias leyes exclusivas, y basta con que den su palabra de honor, que es lo último que tienen, para que los declaren inocentes. Es momento de hacer algo.

Contra lo que esperaba Sofía, el padre Morelos no se molestó ni la mandó callar o retirarse. Simplemente le contestó con toda tranquilidad:

—¿Y a ti quién te ha nombrado caudillo del pueblo? —Sofía se quedó sin saber qué responder, silencio que aprovechó Morelos para continuar—: Dime por qué tú debes hacer algo y dime qué es lo que hay que hacer.

—El padrecito tiene razón, mi niña —terció Mateo—; no tiene caso, ¿qué va usted a hacer?

—Lo que sea necesario, Mateo. Por Inés, y por toda nuestra gente, es momento de poner un hasta aquí. Hay que defendernos.

—Esto, Sofía —continuó Morelos con mucha más autoridad—, es resultado de la última vez que te defendiste. No hablaremos más del asunto. Tú sabes cómo son las cosas.

Inés apenas podía moverse, pero seguía toda la discusión mientras negaba con la cabeza y, cuando su estado se lo permitía, con la voz. Al callar Morelos, la niña herida alcanzó a pronunciar algunas palabras audibles que hicieron callar a todos:

—No, padre, se equivoca.

—Tú tranquila, hija, descansa que ya hablaremos.

—No, padre, no entiende. Fue la gente de Alejandra de la Gándara, y creo que tiene que ver con Sofía, pero no es por lo que

pasó el sábado pasado.

Esas palabras captaron la atención de todos, Sofía seguía atendiendo las heridas pero no perdía ni una palabra de Inés. Morelos se veía preocupado. La mulata continuó con su relato.

—Ese día la señorita Alejandra le arrebató a Sofi su medalla —Sofía no había pensado en ello hasta ese momento, por lo menos no lo había comentado con nadie y nada le había dicho al padre José María—. Yo estaba limpiando su oficina —prosiguió Inés—, cuando llegaron varios hombres y entraron por la fuerza; fue hace poco, unas horas. Como sólo yo estaba ahí se dirigieron hacia mí, me enseñaron la medalla de Sofi y me preguntaron qué sabía de eso. Yo no sabía de qué me hablaban, padre, y eso les dije; me golpearon para que les dijera algo pero yo no tenía nada que decir. Entonces me amarraron mientras se pusieron a buscar. Destruyeron casi todo y se fueron con las manos vacías.

En ese momento Morelos se levantó. Sofía advirtió en él un gesto que nunca antes le había visto. Reflejaba preocupación y miedo, demasiado, más de lo que el padre José María parecía haber temido desde que ella estaba a su cuidado. Se quedó petrificado unos instantes, sin saber qué hacer, y entonces salió a toda velocidad de la habitación. Sofía, que ya estaba de pie, trató de alcanzarlo.

—Padre, ¿usted sabe de qué se trata, sabe lo que pasa?

Morelos se detuvo en la puerta de la habitación y dirigió a Sofía una mirada penetrante, llena de autoridad, a tal grado que ella no tuvo más remedio que obedecer de una forma que nunca lo había hecho: de inmediato y sin replicar.

—Quédate aquí y no hagas nada; obedecerás en todo a Mateo mientras yo no esté, ¿entendido? Mateo, cuídalas. Vayan mañana mismo a la casa de Valladolid, no creo que sepan que es mía. Estén en sus habitaciones y traten de hacer lo menos posible. Nos veremos en una semana.

Dicho esto, salió a toda prisa de la habitación. A los pocos minutos oyeron el ruido inconfundible de un caballo que salía a todo galope y que no volvieron a escuchar hasta siete días después, cuando regresó el padre Morelos.

5

José María Morelos era un hombre forjado a golpes por la vida, quizás fue eso lo que lo hizo de piedra. Seguramente tenía sentimientos, pero nadie lo podía decir con certeza. Era bueno con todos en sus dominios parroquiales, educaba y promovía la educación, generaba empleos con sus iniciativas comerciales. En ese sentido se ganaba el título de padre en toda la extensión de la palabra. Pero si hablamos de paternalismos, hay que decir que era un padre al estilo español conservador: estricto, rígido, autoritario, impasible y, desde luego, protector. Si todo el bien que hacía a la gente que lo rodeaba lo hacía impulsado por sentimientos, nadie lo sabía. Ni siquiera el hecho de que tuviera un hijo natural lo podía hacer pasar por un ser humano con sentimientos, a lo mucho con pasiones.

Morelos había sido padre de muchos en todas las zonas agrícolas que formaban el curato de Carácuaro y Nocupétaro; pero, por encima de todos ellos, había sido el padre de tres personas: Mateo, Sofía e Inés. Incluso ellos conocían al ser humano de roble y, sin embargo, por lo menos las niñas adivinaban ciertos sentimientos del padre en algunos momentos.

El día que salió sin cruzar más palabra para desaparecer por una semana entera, tanto Sofía como Inés sabían que el padre José María estaba preocupado, que tal vez incluso tenía miedo. La noche que volvieron a verse tras siete días de incertidumbre pudieron corroborar que algo atormentaba el corazón del sacerdote, aunque desde luego no sabían qué podía ser.

Fiel a su pétreo estilo, el padre Morelos no hizo ningún ademán que mostrara sus emociones. Entró a la habitación con todo su aplomo, como si nada hubiera ocurrido, y comenzó a dar órdenes:

—Mañana partes a Dolores, Sofía. Es necesario que cambies de aires, que madures y que tengas mejor educación. Ahí estudiarás bajo la tutela del que fue el rector del colegio donde yo mismo estudié. Un hombre culto e ilustrado que te hará mucho bien.

Todos en la habitación se quedaron mudos; no esperaban nada, pero definitivamente eso menos que cualquier otra cosa. Desde luego Sofía fue la que rompió el silencio:

—¿A Dolores? ¿Qué puede haber en ese pueblo para mí? Me niego terminantemente a ir. Es como, pues no sé, una degradación.

En realidad nada sabía Sofía del pueblo de Dolores, en las cercanías de San Miguel el Grande, más que eso: su nombre y su ubicación. Pero desde luego le parecía algo bastante alejado de la

civilización, y no es que Carácuaro fuera un derroche de progreso y evolución, pero la cercanía con esa gran urbe que era Valladolid lo compensaba y, aunque no se lo aceptara a sí misma, la cercanía con Miguel de Montellano, a quien desde luego no había visto en todo ese tiempo. "Se habrá olvidado de mí", pensaba Sofía constantemente.

Las cavilaciones de Sofía y de sus dos compañeros fueron interrumpidas por algo insólito que nunca habían visto: en el rostro de Morelos se dibujó algo que con mucha imaginación podía entenderse como una sonrisa, que desde luego quedó en mueca.

—Sí —dijo Morelos en voz muy baja—, una degradación.

Del mismo modo lo pensó él cuando lo mandaron para allá. De inmediato notó que había captado la atención de sus pupilos y volvió a su postura autoritaria para dirigirse a Sofía:

—Tal vez aprendas un poco de humildad, educación desde luego. Y mano más dura que la mía. Estarás mejor si te encuentras lejos de los problemas.

Volteó a ver a Inés.

—Todos estaremos mejor.

Sofía no podía creer lo que escuchaba. Entonces era un castigo, simple y sencillamente eso.

—Esto es un castigo, ¿verdad? No quiero y no puede enviarme, soy libre de poder…

Inés contuvo la perorata que estaba por salir de la boca de Sofía. A veces parecía que sólo ella podía serenarla, pero otras ocasiones daba la impresión de que ni ella ni nadie era capaz de hacerlo. La tomó del brazo, tal como hiciera en el mercado para tranquilizarla.

Había cosas que inquietaban más a los tres. ¿Dónde había estado el padre José María, por qué siete días de ausencia, a dónde había ido, a quién había visto? Todas las preguntas fueron formuladas pero ninguna obtuvo respuesta, por lo menos no la deseada. La versión del sacerdote era firme e inamovible. Había ido a Valladolid a ver cómo estaba la situación, a denunciar los hechos ante las autoridades, a indagar lo que fuera posible sobre Alejandra de la Gándara, y de paso aprovechó para rezar en la Catedral donde, por cierto —en esa parte de su relato salió su peor enojo—, el arzobispo electo, monseñor Abad y Queipo, le había requerido dinero para apoyar la causa del rey Fernando, prisionero en Francia, y para aportar a las tropas que reprimían movimientos violentos en la capital y en algunas ciudades importantes de la Nueva España.

Esta digresión fue aprovechada por Morelos para terminar de salirse del tema con el pretexto de dar una lección más a sus

educandos. Tomó pose de erudito y comenzó a impartir una improvisada cátedra:

—Como saben, desde 1808 nuestro rey Carlos IV, y su hijo, Fernando VII, son prisioneros de ese francés arrogante y enemigo de la Iglesia que es Napoleón. Las cosas en el viejo mundo no van bien, parece que gran parte del continente está en las manos de ese hereje. Bien, como ustedes saben, la autoridad del rey proviene directamente de Dios, por lo que…

Sofía interrumpió. Era la única que lo hacía cuando el padre asumía su condición de maestro; los demás no se atrevían. Y aunque el propio Morelos adoptaba siempre un gesto de regaño, en realidad esperaba la consabida interrupción en algún momento. Le gustaba ese carácter inquisitivo de Sofía.

—Ya hemos pasado antes por esto: que si Dios, que si el rey, que si el pueblo. Ya decídase, padre, ¿en qué o quién reside el poder?

El sacerdote dirigió una mirada penetrante antes de responder:

—Depende de lo que leas, querida Sofía. El poder lo tiene el que lo tiene y emana del hecho de que lo pudo tomar, ésa es la realidad. Ahora bien, durante siglos se ha sostenido que el poder viene directamente de Dios, quien lo deposita en el rey. Pero esos franceses llevan como cien años diciendo que el poder reside en el pueblo y que es éste quien lo deposita en el rey. Sea como sea, el caso es que no hay un rey legítimo desde 1808 en España, a menos que se quiera considerar como tal al impostor hermano de Napoleón, José Bonaparte, que pretende serlo.

El padre hizo un silencio dramático, como si fuera una gran audiencia la que lo escuchara y esperara alguna disertación. Evidentemente recordaba sus años como profesor de gramática y lenguas clásicas en Uruapan. Una vez corroborado el dominio de la discusión, prosiguió:

—España completa está dominada por los franceses, menos la parte sur, el puerto de Cádiz, donde se ha formado una junta provisional de gobierno; claro, una junta que representa al rey y que por eso pretende tener legitimidad.

—¿Y la tiene? —volvió a interrumpir Sofía.

Al padre en realidad le gustaba que su monólogo se tornara diálogo.

—Una vez más, depende… en realidad todas son interpretaciones —bajó la voz como si les hablara en secreto—, aunque nunca digan a mis superiores que yo dije esto —y continuó en su tono académico—: La cuestión es simple: los nobles de Sevilla dicen representar al rey, lo cual es legítimo, pero entonces

pretenden mandar sobre toda la América. Pero América son cuatro reinos distintos de España, aunque los gobierne el mismo rey; ése es el régimen que heredó la Casa Habsburgo y que los Borbón nunca cambiaron. Es decir, según muchos americanos, ante la falta de rey legítimo, en cada reino español de América se debe formar una junta provisional, como la formada en Cádiz, y gobernar hasta que vuelva a haber rey. En ese conflicto vivimos desde 1808. El propio monseñor Abad y Queipo, obispo de Valladolid, vive en una contradicción legal; no acepta un autogobierno americano y sin embargo se ostenta como obispo sin haber sido nombrado por el rey, sino por un gobierno provisional.

Morelos calló. De todo lo que había hecho en su vida —cargador de bultos, herrero, campesino, hasta su vida en el curato— lo que más había disfrutado era enseñar, durante los tres años que había tenido la oportunidad de hacerlo. Sus pupilos lo sabían y por eso, en cuanto su protector comenzaba a dictar cátedra, se disponían a escuchar sin chistar, a sabiendas de que, aunque no lo expresara, eso lo hacía feliz. Cuando ya había dado por terminada la lección, Sofía hizo una pregunta más, de ésas que a los sacerdotes, y en general a muchos maestros, no les gustan:

—¿Y usted qué piensa, padre? —el religioso guardó silencio; Sofía continuó—. Es decir, Dios, el pueblo, el rey, una junta. ¿De dónde emana el poder?

Mateo e Inés estaban por salir de la habitación y esperaron para escuchar la respuesta de su mentor, quien simplemente mantuvo la seriedad y respondió:

—Soy un sacerdote católico, por lo tanto creo que Dios nos hizo libres a todos.

Como dando por zanjado el asunto, Morelos continuó su caminar, mientras Inés y Mateo salían. Antes de que el padre llegara a la puerta, Sofía volvió a hablar:

—Muy bonita clase de historia, padre, pero no crea que se me olvidó que cambió el tema.

El gesto de decepción en el rostro de Morelos fue evidente; esperaba poder evadir esa discusión con Sofía, por más que supiera que con ella siempre se discutía. Se acercó a ella lentamente y se sentó a su lado.

—¿Confías en mí? —preguntó el padre.

—No podría confiar en nadie más, y lo sabe —Sofía miró directamente a los ojos de José María Morelos; sus rostros estaban muy cerca, sus miradas, incluso la del sacerdote, expresaban un gran cariño; era como una conversación entre padre e hija; lágrimas

de desesperación comenzaron a salir de los ojos de Sofía—. Confío en usted, pero sé que me oculta cosas, sé que nunca me ha dicho toda la verdad, que hay asuntos del pasado pendientes que no me dice. Estoy segura de que sabe cosas sobre mis padres, que me esconde.

Con el tono más paternalmente cariñoso que pudo, que fue poco, Morelos contestó:

—Tus padres querían protegerte, Sofía, por eso te encargaron conmigo, y cuidarte es justo lo que voy a hacer.

—¿Por qué no puedo tener libertad y tomar mis decisiones, padre?

—Porque la libertad requiere una madurez que tú no tienes.

—Sólo alguien con madurez puede ser libre, padre, pero sólo alguien libre puede madurar. No es posible que sea de otra forma.

No era la primera vez que Sofía dejaba meditando al padre Morelos; era, sin lugar a dudas, una alumna inteligente y de una mente sagaz, como sus padres. Pero ése no era el momento de establecer una discusión intelectual, así que Morelos asumió de nuevo su faceta autoritaria para terminar de una buena vez con ese asunto.

—Yo soy tu tutor, Sofía, responsable de ti, promesa que les hice a tus padres antes de morir. Sabes que cruzaste los límites con aquella pelea. Dios sabe que esto es lo mejor para ti.

Dicho lo anterior, se puso de pie y salió de la habitación. Antes de marcharse se detuvo en la puerta para dirigirse de nuevo a Sofía.

—Yo también sé qué es lo mejor para ti y necesito tu confianza.

Morelos calló unos segundos, Sofía se secó las lágrimas y se levantó. Antes de que pudiera continuar discutiendo el padre se le adelantó, con voz tajante:

—No hay tiempo que perder. Está decidido. Prepara tus cosas, que saldrás en la madrugada.

Esa noche trajo a Sofía recuerdos de muchos años atrás, cuando tenía una vida hecha, perfectamente estructurada, con un futuro; hasta que de pronto, en unos cuantos minutos, por causas que no entendía, por cuestiones oscuras más allá de su conocimiento, por movimientos que simplemente ignoraba, por culpas y acciones de otros, su vida cambió completamente.

Once años después Sofía tenía una nueva vida, tal vez no la que hubiera querido, seguramente no la mejor, pero una vida hecha, estructurada, con planes, quizá hasta con futuro. Pero otra vez, de pronto, esa noche, por causas ajenas, por movimientos desconocidos, por culpas y acciones de otros… De nuevo, sin tener

nada que ver en ello, en unos minutos su vida volvió a cambiar para siempre. En realidad, la vida de todos se estaba transformando para siempre.

Las conspiraciones por el poder

INTENDENCIA DE GUANAJUATO (1810)

1

Los de arriba nunca pelean por los de abajo; el que lucha por el poder lo quiere para él, no para los demás ni para beneficio de otros. El burgués, que buscaba igualdad en la Revolución francesa, trataba de igualarse con el aristócrata; bajo ninguna circunstancia luchaba para que el plebeyo del pueblo llano se igualara con él. Cuando los revolucionarios franceses, particularmente Danton y Robespierre, tuvieron prisionero al rey Luis XVI, acusado de traición a Francia, su gran disyuntiva era quién debería juzgar al rey.

La soberanía, decían todos los teóricos de dicha revolución, residía en el pueblo, y era éste el que, a través de un pacto social, la depositaba en el rey. Con eso en mente, Danton estaba convencido de que el pueblo debería juzgar a Luis XVI. Del otro lado estaban los radicales de Robespierre, que tenían una cosa muy clara: el pueblo seguía creyendo que Dios había designado al rey.

Ese pueblo ignorante no sólo declararía libre al monarca

arrestado sino que exigiría que se le devolviera la corona. Para Maximilien Robespierre era evidente: no habían hecho la revolución para devolverle la corona al rey, y mucho menos para entregar el poder al pueblo. Todo revolucionario hace una revolución para tomar el poder. El único cambio tras una revolución política es el nombre, y tal vez el estatus de quien ahora detenta el poder, del que ahora somete al pueblo. Cambia el explotador, pero permanece incólume el explotado.

Las revoluciones pretenden que las cosas cambien y por eso nunca las hacen los de arriba. Éstos quieren que todo permanezca igual; todo queda de modo que ellos son beneficiados. Los de abajo no saben que las cosas pueden cambiar, no saben cómo hacer esa transformación, están sometidos ideológicamente, sea con la religión, sea con el nacionalismo. Los de en medio quieren un cambio, uno solo: quitar a los de arriba, pero para eso deberán convencer a los de abajo de que se lucha por ellos, que hay una causa justa, que el caudillo representa al pueblo. El de en medio planea, el de abajo se mata y así el de en medio accede al poder; éste deja de estar en medio y ahora está arriba, y ya no quiere que las cosas cambien.

Todo esto lo sabía y lo discutía Miguel Hidalgo y Costilla. Era uno de tantos planteamientos que se daban en las "tertulias literarias" a las que acudían los criollos más importantes del Bajío: los de en medio en la Nueva España. Miguel Domínguez, corregidor de Querétaro; Ignacio Allende, militar de abolengo y conspirador de tradición; los hermanos Aldama, dragones de la reina; los hermanos Hidalgo, hacendados despojados por el gobierno español. Todos ellos y otros personajes se reunían, en efecto, para discutir sobre literatura, pero casi toda la literatura que discutían era política; peor aún, era francesa, y por lo tanto herética y revolucionaria.

Los idealistas del movimiento, que siempre los hay, pensaban verdaderamente que se luchaba por el pueblo americano. Los pragmáticos, como Miguel Hidalgo, sabían que el pueblo sólo pelea y unos pocos son los que mandan. Los militares, como Ignacio Allende, eran curiosamente los que menos creían en el camino a través de las armas; sostenían que era mejor ir ganando adeptos entre los líderes armados hasta tener todo el poder sin precisar disparos, y por lo tanto sin necesidad de recurrir al pueblo. Porque para sumar al pueblo hay que prometerle cosas, y muchas veces hay que cumplirlas.

En una sola cuestión estaban todos de acuerdo: daba igual si había o no un rey en España o cómo se llamara dicho rey. Daba

igual si también era rey de la Nueva España o no. Lo importante era que en este reino americano fueran ellos, los criollos, los que gobernaran en nombre de ese rey. "Que los españoles se encumbren en España y no aquí", solían decir.

En esa discusión, acompañada de las imprescindibles tazas de chocolate caliente, estaba el padre Miguel Hidalgo cuando fue interrumpido por su sacristán, que es como se llaman los criados de los curas. El sacristán le avisó que afuera estaban dos personas, una señorita llamada Sofía Guillén acompañada por un indio, quienes decían venir de parte del padre José María Morelos y Pavón, con una carta; venían para que la señorita se quedara ahí.

Sofía y Mateo esperaban en una pequeña salita para ver al cura; ella sentada, él de pie caminando por el lugar, admirando los adornos de la parroquia, no muy grande pero con cosas de mucho valor. Muy diferente era aquello a Nocupétaro, donde el padre José María había tenido que construir la capilla. Era claro que el pueblo de Dolores era rico, finalmente estaba en una de las zonas mineras más ricas de toda la Nueva España.

En eso estaba Mateo cuando el sacristán salió a su encuentro para darle instrucciones; dejó la puerta entreabierta detrás de él, de modo que desde donde estaba Sofía se podía vislumbrar un poco del interior. Mientras los dos hombres hablaban, ella se levantó y se acercó a la puerta para echar un vistazo, ya que era curiosa por naturaleza.

Poco se podía ver, pero el salón estaba concurrido; había un grupo grande de personas, unas ocho, bebiendo en tazas y discutiendo algo que Sofía no alcanzaba a distinguir. En eso estaba cuando de repente uno de los objetos que vio la dejó helada; por unos instantes sintió que se le enfriaba la sangre. De pronto su memoria regresó al pasado, a la caída de su casa, a la muerte de sus padres, a su infancia trunca y al origen de su tragedia.

Lo vio muy claro al fondo de la habitación, una pintura en la pared: un águila con las alas extendidas. Esa misma que adornaba la sala de su casa cuando era niña, ésa que apareció en la lápida de sus padres y que colgaba de su cuello en forma de medalla. No, no estaba ahí, se llevó la mano instintivamente al cuello y recordó que la había perdido, arrebatada por Alejandra de la Gándara. Una sensación de nostalgia y coraje al mismo tiempo se apoderó de ella.

La mano de Mateo se posó sobre el hombro de Sofía, quien volvió de inmediato a la realidad. Ahí estaba el sacristán con la carta en la mano.

—Como le decía a Mateo —señaló—, el padre está enterado de

la situación y les da la bienvenida en la parroquia. Me ha indicado que los acomode y pedirles que esperen a que termine una reunión muy urgente en la que está en este momento.

—Yo no me quedo —señaló Mateo—, sólo acompañé a mi niña Sofía hasta acá y me regreso para Carácuaro.

—Pero estarás cansado. Has de descansar y comer algo antes de tu regreso.

—Claro, barriga llena, corazón contento.

Sofía volteó a ver a Mateo como sancionando con la mirada. Su "hermano" tenía la manía de hablar todo el tiempo con refranes y esto solía ponerla de mal humor. Mateo decía que era la sabiduría popular; ella afirmaba que eran frases tontas que se repetían sólo por decir. Él siempre las soltaba y ella siempre se desesperaba ante la cuestión. Para estas alturas de su vida ya se había convertido en una especie de juego entre ellos.

Antes de continuar, el sacristán se volvió hacia Sofía.

—El padre hablará contigo de tus deberes y de las reglas que rigen esta parroquia.

Sofía trató de ocultar su disgusto. Llevaba once años sin acostumbrase a las reglas que regían en el curato de Morelos. Más bien había logrado que el padre se acostumbrara a ella y a sus desacatos, a sus discusiones, a sus dudas y a sus interrogaciones. Pero lo que no dejaba de dar vueltas en su mente era esa imagen del águila en la habitación contigua. No le quedaba la menor duda: la imagen era idéntica. Todo esto la ponía muy nerviosa. Algo de su pasado la estaba persiguiendo y lo tenía cada vez más claro.

Lo anterior pasaba por su mente mientras seguía al sacristán por los pasillos de la parroquia, al mismo tiempo que Mateo cargaba un bulto con el equipaje. El monaguillo seguía hablando:

—Dormirás en una de las habitaciones de aquí, tras la parroquia. Todos los que estamos al servicio del templo tenemos aquí nuestros aposentos. La casa del señor cura está a unos pasos de la iglesia. Nos despertamos a las cuatro de la mañana, vamos a misa de cinco y desayunamos poco después. Ya te serán indicados tus quehaceres.

Sofía se sentía profundamente molesta. De pronto había quedado como criada de la parroquia del pueblo, por lo menos en cuanto a su habitación. Comenzaba a exigirse la humildad que el padre Morelos dijo que le hacía falta.

—¿Tendré las tardes libres? —preguntó.

—A veces, si no se te encomienda nada. Pero rezamos el rosario a las cinco de la tarde; te esperamos ahí desde hoy. Las puertas de la parroquia cierran a las seis entre el lunes y el sábado. El domingo

está abierto hasta la noche, pero es el día que más trabajo tenemos. Fieles de muchos pueblos cercanos vienen hasta acá para escuchar los sermones del padre Hidalgo.

Para ese momento se habían detenido en la entrada de lo que sería la habitación de Sofía. Pequeña y austera: una cama, un ropero y un escritorio con su silla. Eso era todo. Sofía abrazó a Mateo ante una mirada reprobatoria del sacristán.

—Tengo miedo, Mateo. Hay algo aquí que no me gusta, que no entiendo, algo del pasado.

2

Pocos días llevaba Sofía en el pueblo de Dolores, pero definitivamente no se acostumbraba. Ya había descubierto que era más civilizado que Carácuaro, eso ni hablar; el esplendor de zona minera se hacía notar por todos lados, pero en particular en la portada del templo y en su retablo. La gente "bien" nunca podía permitir que su templo se viera más austero que el de algún pueblo cercano.

A Dios, que poco le importa el material del que hacen sus múltiples casas, ni el origen de las telas con la que visten sus representantes, poco le importarían también unos pliegues de más o de menos en un retablo abigarrado o en una fachada sobrecargada. Pero la alta sociedad aliviaba sus conciencias aportando para la ornamentación material de ese reino que no es de este mundo, así que en realidad a veces había toda una competencia entre pueblos. El estado de una iglesia hablaba del estado de las almas de sus feligreses.

Dolores era un pueblo más próspero que Carácuaro, con riqueza minera y con comerciantes españoles. Ésa era una de las cosas que más molestaba a Sofía, tener que ver a diario a esos terribles gachupines, hasta sonreírles cuando iban a ver al cura Hidalgo, criollo él y, por su aspecto, de alta cuna. Muy bien se llevaba el cura con los pocos peninsulares del lugar, recibía sus donaciones, cenaba en sus casas, compartían los vinos y jugaban a las cartas. Nada que ver con esa actitud mucho más austera que Sofía admiraba en su protector, quien desde luego tenía sus pecadillos,

que tenían nombre y apellido, aunque éste nunca fuera el del cura.

Además tenía Sofía más trabajo que con Morelos y muchas más oraciones. La verdad es que el padre José María no se tomaba muy en serio eso del rezo. Sofía sabía la razón: su tutor nunca tuvo vocación clerical, sino la necesidad de heredar ese curato de Carácuaro cuyo título estaba en la familia, pero sólo podía ser entregado a un religioso. Morelos entró de cura por trabajo, no por búsqueda espiritual, y luego lo atrajo el conocimiento y las letras mucho más que las letanías. En fin, tal vez también ocurría así con ese padre, Miguel Hidalgo, porque los tenía a todos rezando pero rara vez estaba presente. Lo suyo parecía ser más el convivio social y las reuniones de todo tipo.

No había un solo día en que el padre Hidalgo no recibiera a dos o tres personas como mínimo y visitara a otras tantas. Una de aquellas tardes en que a Sofía le tocaba limpiar la entrada del templo, vio pasar al cura Hidalgo seguido de tres personas. Eso era de diario, pero en esa ocasión algo llamó su atención. Dos de ellos eran tan desconocidos como los de cualquier otro día, pero el rostro de uno se le hizo muy familiar: un criollo, bien formado, vestido de militar y muy galardonado, entrado en sus cuarenta. Creía reconocer esos rasgos con un poco más de juventud y por eso siguió a los invitados del padre Hidalgo unos cuantos metros. Sólo pudo escuchar que el cura lo llamó señor Allende. No recordaba el nombre pero sí la mirada. Una mirada del pasado.

Poca importancia le dio en realidad; más llamó su atención ver a los criados que venían detrás cargando bultos. Particularmente cuando uno de dichos bultos cayó y Sofía pudo perfectamente distinguir varios fusiles. "Para qué necesitaría Dios fusiles en su templo." Estaba nerviosa por ver armas y confundida por ese rostro que no podía recordar; pero cuando se disponía a entrar al templo para luego dirigirse a su habitación, algo la trastornó más aún, una voz, perfectamente reconocible, que le habló a sus espaldas.

—¿Vive aquí la señorita Sofía Guillén?

A sus espaldas, a dos metros de distancia, Sofía se encontró con la última persona que esperaba ver. Ahí estaba, con rostro sonriente y coqueto, y luciendo un vistoso traje militar, nada más y nada menos que Miguel de Montellano. Ciertamente lo encontraba más gallardo y apuesto que en ninguna otra ocasión, pero eso no importaba; no dejaba de ser un maldito gachupín y nada tenía que hacer ahí. Sofía contestó con toda la arrogancia de que fue capaz y sin mostrar el mínimo asombro:

—Tal vez, pero no sé si esté disponible; además, no habla con

desconocidos.

Eso era poco para amilanar a Montellano, quien respondió con una sonrisa:

—No soy un desconocido y ya le había dicho que me gustaría ser su sombra. ¿Qué la trajo por acá?

—Un castigo, ¿y a usted?

—Algo mucho mejor, un deseo.

—Pues francamente yo no creo que en este pueblo los deseos se cumplan —respondió Sofía, haciendo después una breve pausa, para continuar—, por lo menos no los suyos.

A Miguel nada parecía hacerlo rendirse.

—Bueno, eso se verá. Yo creo que todos los deseos se cumplen, sólo es cosa de luchar por ellos.

Tras aquel breve intercambio, Miguel intentó el acercamiento y dio un paso hacia Sofía, quien a su vez dio uno hacia atrás para guardar la debida distancia. En eso la campana de la iglesia sonó en todo lo alto y dio pretexto perfecto a Sofía.

—Debo irme —señaló.

—¿La espero más tarde, entonces?

—Yo le aconsejaría esperar sentado, caballero, se puede usted cansar.

—Tengo algo que le pertenece, y además me parece que es valioso, por sí mismo, pero también valioso para usted.

Sofía, que ya caminaba hacia la entrada del templo, se detuvo unos instantes, y sin voltear, sólo moviendo un poco la cabeza, agregó:

—Tal vez venga un rato más tarde a la plaza, como a eso de las cinco.

Sin decir más ni esperar respuesta siguió su camino al interior del santuario, dejando a Miguel de Montellano, literalmente, en las escaleras de la iglesia, conservando su característico buen ánimo y esa mirada de quien se sabe triunfante y con plena confianza en sí mismo.

Poco antes de las cinco de la tarde Sofía estaba lista para salir a la plaza a encontrarse con Miguel, como se decía a sí misma: “Sólo para ver qué es eso que tiene de valor y que es mío”. Sabía que eso equivalía a faltar al rosario, a llegar tarde y, en términos generales, a romper todas las normas de la parroquia. Bueno, ya se había tardado.

Antes de llegar a la puerta pasó por una habitación, una de aquellas en las que el señor cura tenía alguna de sus reuniones, y escuchó varias voces, como en una discusión, aunque no alcanzó a

distinguir lo que se decía. En eso las campanas anunciaron el comienzo del rosario o, para Sofía, la hora de su cita con Miguel. Pero no quería perder detalle de lo que ocurría, así que salió a un patio interno dentro del edificio, donde había una ventana abierta que daba a la habitación en cuestión.

Logró asomarse de reojo y lo primero que vio fue de nuevo ese gran cuadro con el águila de alas desplegadas, ese símbolo de sus padres que significaba tantas desgracias para ella.

Alcanzó a distinguir a Hidalgo de pie y a otras personas, unas sentadas, otras caminando por la sala. Además del cura, ahí estaba ese otro personaje que a Sofía le resultaba familiar y que ahora sabía que era el señor Allende, quien, a juzgar por la vestimenta de los demás, no era el único militar. Se hacía tarde para su encuentro y estaba mal escuchar conversaciones ajenas pero, de cualquier forma, pensó que también estaba prohibido que saliera, así que, mientras más tiempo se quedara, más estaba acatando las reglas. Escuchó la voz ya conocida del padre Hidalgo, quien mantenía una discusión con Allende.

—Cada vez hay más abusos y el pueblo está más cansado —dijo el cura.

—Pero también cada vez tenemos más apoyo de las clases altas y de algunas tropas. Hay que tener paciencia.

El cura no dejó terminar a Allende e interrumpió:

—Trescientos años teniendo paciencia, capitán Allende. Hay que actuar. Usted no es el único militar aquí. ¿Qué opina usted, señor Garrido?

Todos los presentes dirigieron su mirada al interpelado señor Garrido en espera de su respuesta, como si fuera alguien importante. En ese momento Hidalgo volteó a la ventana desde donde Sofía escuchaba, pero ella logró hacerse a un lado sin ser vista. Estaba nerviosa y asustada. Su pasado seguía haciéndose presente. El cura se acercó a la ventana y la cerró; Sofía se escurrió sigilosamente y siguió por el pasillo hasta llegar a la puerta lateral del edificio, por donde salió para encontrarse con los fieles que se acercaban a rezar el rosario. ¿Cuál sería la opinión del señor Garrido?

3

Sofía llegó a la plaza de Dolores tarde para su cita, pero su orgullo recibió un espaldarazo de buen ánimo cuando vio que Miguel esperaba pacientemente sentado en una banca junto a un hermoso caballo blanco. En cuanto la vio acercarse se puso de pie y se aproximó con paso firme hacia ella.

—Creí que no llegaba, señorita Guillén.

—Es usted un poco impaciente, ¿no cree?

Sofía se notaba agitada, tal vez por la prisa, quizás por la emoción de ver a Miguel por más que ella se lo negara a sí misma, por presenciar aquella nueva reunión o por seguir viendo esa águila que tanto le recordaba a su pasado y de la que no sabía nada. Miguel, evidentemente, percibió la turbación de Sofía.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Depende a qué se refiere con “bien”.

Miguel veía la oportunidad de un acercamiento emocional con Sofía:

—Puede confiar en mí.

—¿Usted cree? Ni siquiera sé su nombre y no tengo una verdadera idea de quién es.

Miguel de Montellano se irguió todo lo que pudo como para dar una digna presentación oficial, al nivel de su alta investidura social y militar. Firme junto a ella se presentó:

—Miguel de Montellano, capitán de la guardia real de la Nueva España, batallón Valladolid.

Sofía no sabía qué actitud tomar ante esa presentación. Por un lado, no podía negárselo, Miguel de Montellano le parecía atractivo, fuerte, arrogante, valiente. Lo visualizaba como un militar distinguido y leal, orgulloso de su posición y noble ante ella. Por otro lado, no sólo era lo que consideraba un español, un gachupín, por más que no lo fuera, ya que era un criollo, pero para ella eran lo mismo. No sólo era un español sino que era además un militar, es decir, de la élite opresora de esos malditos peninsulares a los que ella tenía que odiar por su condición de mestiza y, por lo tanto, oprimida, así como por la muerte de sus padres. Era su obligación aborrecer al español, y por lo tanto a Miguel. Sin embargo, quería seguir con esa conversación.

—¿Qué hace en Dolores?

—Ya se lo dije antes, seré su sombra.

Ante la expresión de incredulidad de Sofía, Miguel optó por abandonar momentáneamente el terreno de la coquetería y el

galanteo y pasar al de la estricta verdad.

—Mire, afortunadamente tengo ciertas libertades en cuanto a movimientos, y al saber que estaba en Dolores quise venir, como ya le he dicho, a traerle algo que creo que es de valor para usted. Pero también he recibido informes de que aquí podría haber algunas reuniones de conspiración ilegal en contra del gobierno.

Sofía trató de ocultar su nerviosismo. Estaba segura de que ella era por lo menos testigo de algo al respecto. Se detuvo frente a Miguel para confrontarlo.

—¿Entonces es usted como un espía?

—Todo depende, ¿es usted una conspiradora?

La respuesta de Miguel tomó a Sofía del todo por sorpresa. Le parecía evidente que simplemente había vuelto al terreno de la guasa, del chiste; pero de cualquier forma se sintió intimidada. No era una conspiradora, pero tal vez era un testigo. Se quedó callada y decidió mejor cambiar el tema.

—Dijo que tenía algo para mí, ¿me trajo una sorpresa?

Miguel se detuvo, y detrás de él se paró su brioso corcel que lo seguía a cada paso que daba. Se acercó al animal y de un morral extrajo una pequeña bolsa; jugó con ella para tener la expectación de Sofía. Finalmente la abrió y sacó algo que la dejó estupefacta: su medalla del águila, aquella que había perdido ante el desplante de Alejandra de la Gándara.

—Me parece que se le perdió esto en Valladolid.

Sofía estaba gratamente sorprendida, aunque por otro lado ese medallón volvía a ella en el peor momento, cuando se sentía perseguida por ese animal. Pero finalmente era la medalla de su madre. Estaba feliz de verla de vuelta; hasta una sonrisa muy real se le escapó hacia Miguel de Montellano. Él la captó, sabía que había logrado un punto con Sofía Guillén, quien apenas podía hablar de la emoción.

—Pero, ¿cómo pudiste…? —se interrumpió a sí misma—. ¿Cómo pudo usted conseguirla?

—Bueno, me dio la impresión de que era importante para usted, y usted es importante para mí. Conozco a las personas adecuadas.

Miguel se colocó de espaldas a Sofía y la rodeó con sus brazos para colocarle la medalla alrededor del cuello; ella se dejó poner el medallón pero de inmediato se hizo a un lado, aunque no pudo evitar una pequeña sonrisa que fue correspondida por el capitán Montellano.

4

Félix María Calleja del Rey era sin duda alguna el mejor militar de todo el imperio español, héroe de mil batallas en varios continentes. Estaba asentado desde hacía tiempo en América, donde era conocido como *la Espada de la Nueva España*; nadie, según se decía, blandía el acero como lo hacía el mariscal Calleja. Un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con él era equivalente a una sentencia de muerte.

El mariscal Calleja pasaba de sus cincuenta pero podía aparentar diez años menos. De gran porte, muy atlético, resultado de años de entrenamiento militar y de práctica en batalla. Félix María Calleja era un español de ascendencia inglesa, aunque no por ello había sido clemente con los ingleses, a los que había tenido que enfrentarse en 1782 en un intento español de arrebatar a los británicos el peñón de Gibraltar. Antes de eso había luchado en África, tratando de mantener el dominio español de Marruecos y disputándose con los franceses el territorio argelino.

En el revolucionario año de 1789, el gobierno español envió como virrey de la Nueva España al segundo conde de Revillagigedo, Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, español nacido en Cuba, quien fue probablemente el mejor gobernante que la Nueva España había tenido hasta ese momento. Uno de los principales objetivos de aquel virrey fue fortalecer al virreinato contra los ataques piratas y las guerras contra Inglaterra, por lo que se llevó con él a don Félix, entonces capitán y director del Colegio Militar Español.

En América, la carrera militar de Calleja siguió en ascenso y se convirtió en el hombre de mayor confianza del virrey Miguel José de Azanza, quien gobernó sólo de 1798 a 1800. En esos cortos dos años, virrey y capitán destruyeron una serie de conspiraciones criollas en busca de la independencia; una de ellas, la más importante tal vez, en Valladolid, donde una sociedad secreta, dirigida por un tal Manuel Guillén, había quedado al descubierto.

Félix María Calleja se convirtió en comandante de la intendencia de San Luis, desde donde no sólo atacó a conspiradores criollos, sino a diversos grupos de apaches rebeldes en el territorio de Texas, a colonos norteamericanos ilegales del mismo territorio, y a piratas angloamericanos que atacaban las costas del virreinato. Para 1808 el nombre de Calleja era sinónimo de bravura, valentía y arrojo; pero, ante todo, seguridad. Era hombre de probada nobleza española, a la que en la Nueva España sumó fortuna al contraer matrimonio con doña Francisca de la Gándara, hija de uno de los

hacendados más prósperos, Manuel Jerónimo de la Gándara.

Era don Félix un hombre de lealtad probada a la Corona y férreo enemigo de los movimientos independentistas, empuñando la espada, destruyendo a quien fuera necesario, pero sobre todo por medio de la inteligencia, ya que prefería infiltrarse en los grupos conspiradores a través de sus hombres de confianza. Era un gran hombre de armas que las prefería como la última opción.

Calleja vivía con su mujer en San Luis Potosí, aunque tenía propiedades en la ciudad de México para estar cerca de los movimientos políticos, y en Valladolid, para estar cerca de los movimientos económicos. Aquella tarde de septiembre de 1810, don Félix estaba en su casa de Valladolid, sentado ante un lujoso escritorio de roble, en un salón amplio, de igual lujo y ostentación. Dominaba la estancia un estandarte con la cruz de Borgoña, escudo del imperio español, y una imagen de la Virgen de los Remedios. Estaba ocupado el mariscal en revisar y firmar un contrato.

Del otro lado del escritorio estaba sentada Alejandra de la Gándara y un militar de evidente alto rango a quien se dirigió el mariscal.

—El contrato de promesa de matrimonio está listo, Diego. ¿Quieres revisarlo tú o pedirle a tu hijo que lo revise?

—No hace falta —respondió don Diego—. Represento a mi hijo en todas sus obligaciones. Él está enterado y sé que esto es lo que nos conviene a todos.

Don Diego se acercó al escritorio y firmó el documento. El compromiso matrimonial de su hijo con Alejandra de la Gándara estaba sellado legalmente con todas las condiciones pertinentes. Miró con una sonrisa a Alejandra y se dirigió de nuevo a don Félix:

—Además, tu sobrina es mucho más de lo que un hombre de su edad merece.

Tras la firma de Diego, Calleja asentó la suya.

—La unión fortalecerá a nuestras familias, sin duda —aseguró Calleja.

Alejandra se acercó a ver el manuscrito; el documento la dejaba plenamente satisfecha. Su noble apellido unido a la fortuna de don Diego era tan conveniente como los títulos nobiliarios que su hijo adquiriría. Se estipulaba la dote, que era aportada por el propio Calleja, quien apadrinaba a su sobrina, y la fecha en que se celebraría el matrimonio. Sin embargo, el rostro de Alejandra dejaba ver ciertas molestias que no dudó en comunicar a Diego.

—No estoy segura de que su hijo cumpla su palabra. Se fue de Valladolid hace varios días y no hay noticia de él.

—¿Será que se acobardó el muchacho? —preguntó Calleja.

—Mi hijo siempre ha sido leal y lo será —se apresuró a atajar Diego—. Fui yo quien lo mandó fuera de Valladolid. Lo envié a un pueblo cercano para hablar con un tal señor Garrido.

Diego era el mejor informante y elemento de inteligencia de Félix María Calleja, quien de inmediato se interesó:

—¿Quién es este tal Garrido?

—Juan Garrido es uno de mis informantes. Militar de segunda, parte del regimiento provincial de Guanajuato. Lo veremos pronto, con el intendente de Guanajuato, don Juan Antonio Riaño.

—¿Qué asunto te hace merodear por Guanajuato? —siguió interesado Calleja.

—Garrido me notifica de varias conspiraciones que tal vez estén relacionadas y ha pedido audiencia con el virrey. Se reunirá con mi hijo y le dará nombres con detalle.

Alejandra aprovechó esos momentos para servir sendas copas de brandy que depositó ante Félix y Diego, y se valió de la interrupción para cuestionar a don Diego:

—La zona del Bajío es un hervidero de criollos traidores. He visto a su hijo simpatizar con esa gente.

—No confundas la caridad cristiana, que tanto caracteriza a mi hijo, con simpatía. No hay de qué preocuparse. Además esa proximidad es parte del plan. Necesito que mi hijo esté muy cerca de esa gente, de los traidores, que se allegue a ellos, que se gane su amistad, incluso su confianza, como sea.

5

En uno de esos salones contiguos a la parroquia de Dolores, por lo visto el padre Miguel Hidalgo estaba por tener otra reunión, de ésas que tan nerviosa ponían a Sofía, quien estaba en la habitación preparando todo. Mientras encendía un quinqué junto al cuadro que dominaba la estancia, ése del águila con las alas extendidas, entró el cura Hidalgo acompañado de otro personaje, al que Sofía ya conocía, gracias a sus espionajes, como el señor Garrido, quien por cierto se notaba nervioso, asustado, sudaba demasiado: en definitiva algo le inquietaba.

Sofía se dispuso a abandonar la habitación para dejar al padre con su invitado, aunque no con total privacidad, ya que pretendía enterarse un poco de lo que ocurriera. Al salir cruzó miradas con el padre Hidalgo, quien le agradeció su ayuda, en particular por lo que definió como uno de los mejores chocolates calientes que había tomado. Pero algo más llamó su atención, algo que no había visto con anterioridad porque no estaba ahí; de haber estado, él lo habría notado. La cadena del águila rodeaba el cuello de Sofía Guillén y eso captó la atención del sacerdote. La propia Sofía no pudo evitar darse cuenta, pero siguió su camino para dejar a Hidalgo sólo con su invitado, mientras ella buscaba su estratégica colocación junto a la ventana que daba al patio interno, desde donde se podía escuchar la conversación que adentro se llevaría a cabo.

—Señor Garrido, aún es temprano para la reunión.

Garrido estaba muy nervioso, exaltado, jugueteaba con sus manos y bajaba la mirada. Trató de contestar y lo que salió de su boca fue en realidad una serie de balbuceos.

—Yo… Sí, lo sé… bueno. Es que no venía a la reunión. Yo sólo… quería decirle que estaré ausente algunos días atendiendo asuntos… en Guanajuato… y pues no podré participar hoy ni por algunos días.

—Guanajuato es la ciudad más rica del reino, seguramente que algo bueno para todos lo llevará por allá

Un ruido en el patio sacó a Sofía de su labor de escucha clandestina. Con mucho nerviosismo salió corriendo a su habitación.

6

Era la mañana del 14 de septiembre de 1810 y todo parecía estar en ebullición en la Nueva España, aunque la tranquilidad dominaba la plaza de Dolores, donde Sofía estaba haciendo mandados desde las cinco de la madrugada. Poco a poco la tranquilidad se llenaba de rumores y éstos se transformaban en bullicio; los comerciantes, ya listos en el portal de los mercaderes, intercambiaban ideas, sobre todo los españoles.

La noticia principal era que finalmente habría virrey después de

casi dos años de trono vacío. Cierto era que el arzobispo Xavier de Lizana había ocupado de forma interina la silla virreinal, pero también era por todos aceptado que su supuesto mandato había sido caótico y que por eso mismo había tenido que ser echado del puesto. El arzobispo había sido nombrado virrey interino desde julio de 1809 y destituido por la Real Audiencia en mayo de ese 1810. Era un inquisidor que en menos de un año había enviado a más de un millón de presos a España; todos eran sospechosos a sus ojos.

Pero no se debía olvidar que el religioso había sido nombrado de forma urgente para sustituir a don Pedro de Garibay, quien también había ocupado el trono de manera interina en 1808, tras dar un golpe de Estado al último virrey que había sido formalmente designado por el gobierno de la Corona en 1803: don José de Iturrigaray. El problema con Iturrigaray fue que aparentemente simpatizó con los criollos reformistas que en 1808 quisieron aprovechar la invasión de ese nefasto Napoleón, razón por la cual tuvo que ser removido por la fuerza el 15 de septiembre de ese mismo año. Desde esa fecha no había un verdadero virrey.

Pero en agosto de 1810 finalmente había arribado a las costas de Veracruz el señor don Francisco Xavier Venegas, y se esperaba su recepción y elevación a virrey en la ciudad de México para ese día, 14 de septiembre. Aun así su autoridad estaba en entredicho por todos los conflictos sucedidos en España; el legítimo rey Fernando VII permanecía preso del invasor francés, y al señor Venegas lo había designado la famosa junta de Sevilla, ese gobierno provisional que no todos los criollos aceptaban. Pero como fuera, había virrey.

En segundo término, corría la noticia de alborotadores instalados en Querétaro que conspiraban contra el poder, y que tal vez su intención fuera precisamente que don Xavier Venegas no asumiera su cargo. La Real Audiencia había tomado cartas en el asunto y había ordenado al corregidor de la ciudad, Miguel Domínguez, que arrestara a los conspiradores, miembros de una supuesta sociedad cuyos tentáculos llegaban a las zonas más ricas del Bajío, hasta el mismo Guanajuato, cuyo intendente, el señor Riaño, ya había escrito a Félix María Calleja para que enviara ayuda militar. Lo único bueno, tranquilizador por lo menos, y en ello coincidían todos los gachupines de Dolores, era que dichos conflictos eran ajenos a ese pueblo tan tranquilo.

De todo aquello se iba enterando Sofía mientras caminaba, cada vez más despacio, por los portales de los mercaderes, cargando una cesta con frutas que llevaba para el desayuno de la gente en la

parroquia. Su mente era un remolino, divagaba preocupada por las cosas que escuchaba y de las que de alguna forma se sentía parte; tanto divagaba que no vio a Miguel de Montellano hasta que lo tuvo frente a frente con unas flores en la mano. Reaccionó de inmediato.

—¿Otra vez, capitán? Creo que le he hecho saber que no estoy interesada. Va a acabar con las flores de Dolores y perderá su tiempo.

Miguel hizo caso omiso de la advertencia y con una sonrisa entregó a Sofía una flor que fue rechazada. La situación desde luego no lo amedrentó

—Tiempo tengo de sobra —se limitó a contestar.

—¿Ya encontró a sus rebeldes?

Miguel sonrió y se acercó a Sofía como para decirle un secreto. Cerca de su oído el capitán murmuró:

—A algunos, sí. Estás arrestada.

Hacía tiempo que Sofía no sentía tanto miedo, pero esa frase le heló la sangre, particularmente porque al mismo tiempo Miguel la tomó del brazo y le jaló la mano. Sofía estaba visiblemente nerviosa y asustada, pero de pronto Miguel acercó dicha mano a sus labios y la besó. El miedo se transformó en indignación y Sofía quitó la mano violentamente. Tras unos segundos se rió y decidió seguir la broma:

—¿Cuáles son los cargos?

—¿Le parece poco? Robar el corazón de un capitán del ejército. Para mí, usted es toda una conspiradora.

Esa palabra no dejaba de poner nerviosa a Sofía; parecía que una conspiración se le aparecía por todos lados.

—Tristemente —continuó Miguel—, vengo a decirle también que tendré que ausentarme y dejarla por unos días. Así que, como ve, la dejaré tranquila por ahora.

Sofía asumió de inmediato un tono cordial, y esbozó una sonrisa.

—Vaya, ¿así que se va? Parece que es bueno vivir en la parroquia, Dios me escucha.

—No se alegre tanto, es sólo por un día o dos. Voy a acompañar a alguien con el intendente Riaño, de Guanajuato. Es un mensaje para el nuevo virrey.

—Precisamente algo así había escuchado, que tenemos nuevo virrey. ¿Algo importante que decirle a su alteza?

Las últimas palabras las dijo Sofía con toda la sorna de que fue capaz, hecho que Miguel simplemente decidió ignorar. No era nuevo para él que entre la población con cierto nivel de educación,

es decir, una gran minoría, la Corona no despertaba simpatías, así que decidió seguir con la conversación.

—Ya lo sabremos. Tal vez no sea nada, casi ninguno de estos intentos de conspiración llega a hacer algo. Casi siempre son criollos discutiendo de política, pero con una posición lo suficientemente acomodada como para no tomar las armas.

—Criollos o peninsulares —respondió Sofía—; qué más da, capitán, finalmente son los dueños de todo lo que vemos y nadie más puede opinar nada.

Dicho esto, Sofía se dio la media vuelta y caminó unos pasos mientras un carruaje tirado por dos caballos se detenía frente a Miguel. Seguía luchando entre ese odio que, como obligación, debía tener a todo español, y esa simpatía con que la iba llenando Miguel de Montellano. Sonrió para sí misma y volteó hacia donde Miguel subía al carruaje, para despedirse. Alcanzó apenas a suspirar un hasta luego, ahogado por una presión en el pecho que sintió al ver al pasajero del carruaje. El señor Garrido. El cochero arrió a los caballos y el transporte emprendió su camino a Guanajuato.

7

Juan Aldama no había sido importante hasta ese momento de su vida y tal vez no lo hubiera sido nunca de no haber intervenido la casualidad, que convierte a muchos seres humanos, condenados al anonimato, en grandes próceres gracias a sus designios. Era Aldama buen militar, dragón de la reina, es decir, militar de élite, al mando de Ignacio Allende y fiel seguidor suyo en sus afanes conspiratorios. Participaba por tanto en las “veladas literarias” que se organizaban tan a menudo en Querétaro, Dolores o San Miguel, y estaba al tanto de la conspiración para formar un gobierno criollo en nombre de Fernando VII.

Quiso la casualidad que en Querétaro estuviera don Juan Aldama ese nefasto 14 de septiembre en que Miguel Domínguez tuvo que arrestar a algunos conspiradores. El propio Domínguez era un conspirador, pero evidentemente el gobierno no se enteró de eso; por ello, cuando le ordenaron detener a los rebeldes y catear sus casas, el corregidor tuvo que fingir demencia. No capturó a los

más importantes, a quienes más bien puso sobre aviso, pero tuvo que hacer algunas detenciones para acallar sospechas en su contra.

Muchas cosas traía en su mente el señor Domínguez ese día. Además de ocuparse en salvar lo que pudiera de la conspiración, y desde luego a sí mismo, le preocupaba salvar también su matrimonio y su honor. Así que se dio tiempo de pasar por su casa a ver a su esposa Josefa y encerrarla bajo llave en un sótano de su residencia. Pero fue también a través de ella que actuó la casualidad, ya que fue capaz de hacer llegar a Juan Aldama un recadito muy simple, un sobre dirigido al teniente Ignacio Allende con una sola frase en su interior:

Nos descubrieron

¿A qué otra cosa podría referirse doña Josefa con esa frase tan directa dirigida a tan alto caballero como lo era el teniente Allende? Para Juan Aldama estaba claro que todo el movimiento estaba comprometido y decidió tomar su misión en la historia. Bajo su responsabilidad quedaba dar la voz de alerta a todos los conspiradores posibles, desde luego a Allende y enseguida al cura de Dolores, Miguel Hidalgo. Fue así como un amorío prohibido desató una revolución.

El capitán Aldama no perdió el tiempo, se calzó unas grandes botas de montar, capa y sombrero, y montó su caballo a todo galope con dirección a San Miguel el Grande. Cambió de animal a medio camino para poder seguir el paso veloz que hubiera hecho desfallecer a un solo corcel, y finalmente llegó al pueblo donde residía el teniente Allende, a quien informó de inmediato de todo lo sucedido en Querétaro.

Allende pidió a Juan Aldama, al tiempo que le daba un tercer caballo, nuevamente uno descansado, que siguiera su carrera hacia Dolores para hablar con Hidalgo, mientras él buscaba a los otros dragones de la reina que simpatizaban con la causa para ponerlos sobre aviso. En el rostro de Allende se reflejaba la preocupación; se dirigió a Aldama:

—Pon sobre aviso a don Miguel Hidalgo, pero tómalo con calma, primero necesito consultar a la tropa. Y, sobre todo, Juan, espera mi llegada. Lo sabes tan bien como yo, quién sabe qué tontería es capaz de hacer el bribón del cura.

8

Mientras Aldama marchaba a todo galope, Allende consultaba a sus tropas, Domínguez arrestaba chivos expiatorios y el virrey Venegas pasaba su primera noche en el Palacio Virreinal. Por su parte, Sofía Guillén disponía todo para irse a dormir. Apagaba las velas de los pasillos de una en una. Juan Aldama, a todo galope en la oscuridad de la noche, avanzaba con prisa y preocupación por un camino estrecho en el campo.

Sofía caminaba despacio por el corredor hacia su habitación, con un candelabro para alumbrarse, cuando en el pasillo se encontró con Miguel Hidalgo, quien le dirigió una amable sonrisa.

—Buenas noches, Sofía.

Sofía aminoró el paso para contestar, pero sin la intención de detenerse, el sueño la vencía y hablar con Hidalgo no estaba en sus prioridades; estaba segura de que había cosas de las que no quería enterarse.

—Buenas noches, padre.

Aldama, mientras tanto, seguía su paso veloz por el campo, camino a Dolores.

El cura, sin embargo, sí tenía la intención de hablar con Sofía, así que la detuvo.

—Sofía, hace tiempo quiero preguntarte por esa medalla.

Sofía se llevó la mano a la medalla. Se la quitó y la mostró al padre Hidalgo.

—Era de mi madre.

Aldama vislumbraba ya cercanas las pocas luces que dejaban ver el pueblo de Dolores en la penumbra de la noche. La torre de la parroquia dejaba ver su oscura silueta gracias al reflejo de la luna. Nada detenía al jinete.

—Tu madre debió ser una mujer muy valiente —prosiguió Hidalgo.

—Sí, una valentía que me dejó huérfana por culpa de los españoles.

Hidalgo hizo una seña a Sofía para que se sentaran y pudieran seguir más cómodamente con la conversación.

—Tus padres murieron, pero no sus ideas; no puedes matar una idea.

—Las ideas no nos abrazan cuando nos sentimos solos, padre.

Las calles empedradas de Dolores repiqueteaban ya ante el raudo galope del caballo de Juan Aldama, quien se detuvo ante la casa del cura; al ver la luz apagada, cosa rara para la residencia de

un hombre que parecía no dormir, se dirigió al dispensario tras la parroquia, donde habitaba Sofía y donde el religioso tenía muchas de sus reuniones conspiratorias. La casa personal era sagrada, por ello ahí sólo se daban las reuniones para jugar a la baraja y tomar coñac. Juan Aldama vio aún luces prendidas en el dispensario y se dirigió hacia la puerta.

—No hay consuelo alguno si no se es libre —seguía diciendo Hidalgo—. Tus padres murieron para que lo seas. La libertad siempre tiene un precio; a veces es muy alto… Pero más caro sería no pagarlo.

Sofía estaba por contestar, pero en ese momento alguien comenzó a aporrear la pesada puerta de madera, por lo que de inmediato se encaminó a abrir y se encontró del otro lado a alguien que por su apariencia podía pasar por mendigo. Ahí estaba Juan Aldama, cubierto de barro de pies a cabeza, con el sombrero lleno de tierra y la capa hecha jirones.

Sin esperar invitación del cura, Aldama cruzó la puerta y se instaló en medio del recibidor a tomar unas cuantas bocanadas de aire. En cuanto estuvo repuesto volteó a ver a Sofía con mirada inquisitiva. Pero lo que más sorprendió a la jovencita fue ver que Hidalgo asentía con la cabeza, y ante la pregunta no formulada por Aldama simplemente contestó:

—Tranquilo, ella es de los nuestros.

Aldama procedió entonces a relatar los hechos. Venía desde Querétaro, alguien los había delatado y había dado muchos nombres. El corregidor tuvo que realizar detenciones y de eso seguramente saldrían más nombres, como los suyos. Sofía palideció terriblemente. Todo eso le recordaba la noche que perdió a sus padres; ahí estaba, una vez más, su pasado haciéndose presente.

Aldama continuó su relato. El teniente Allende ya estaba al tanto y en camino para que se discutieran los pasos a seguir.

Pero Hidalgo siempre había sido intempestivo y sus conflictos personales con los españoles a veces le nublaban la visión. Los hacía culpables de su desgracia. Él, que había llegado a ser rector del colegio de San Nicolás y que se había hecho de un buen capital con el que, junto con sus hermanos, había comprado tres haciendas; él, que era de los religiosos más ilustrados del reino, había perdido todo a causa de los gachupines.

Lo habían expulsado del colegio de San Nicolás por sus ideas, o eso decía él, aunque los rumores hablaban de malos manejos en asuntos de dinero y de faldas. Y en 1808, ante la invasión napoleónica, el gobierno español había pedido que se cobraran

todos los créditos pendientes, pero Miguel Hidalgo se había olvidado de que el segundo paso después de comprar haciendas era administrarlas y pagar impuestos. Después de varios años de evasión fiscal, el gobierno de los gachupines le arrebató sus haciendas para sufragar gastos de guerra. Esos odiosos gachupines lo tenían ahora de simple párroco. Sin mostrar su alteración comenzó a dictar órdenes:

—Señor Aldama, no hay muchos pasos a seguir, hemos sido descubiertos y esto es una guerra.

No dio tiempo para que Aldama contestara, y se dirigió al sacristán, que ante tanto alboroto ya se había hecho presente.

—Rápido, vete a buscar a mi hermano Mariano y a los demás, y que traigan las armas y las municiones que hemos estado reuniendo. Le daremos un par de horas al teniente Allende.

Después volteó a ver a Sofía.

—Sofía, aquí ya no estás segura. Mañana mismo te mando de regreso a Carácuaro; no sólo por tu seguridad, necesito que le avises al padre Morelos lo que está pasando.

Dicho esto, Hidalgo le regresó la medalla que aún conservaba en sus manos. Hubiera querido hablar con Sofía al respecto pero el destino los interrumpió.

—Ha llegado el momento de pagar por nuestra libertad —agregó el cura.

—Sí, padre, una vez más y sin saber por qué.

Mientras todo esto sucedía, Aldama no dejaba de escuchar en su mente las últimas palabras que le dijera Ignacio Allende: “Quién sabe qué tontería es capaz de hacer el bribón del cura”.

9

Amanecía el 16 de septiembre. Eran casi las cinco de la mañana cuando las puertas de la parroquia se abrieron de par en par, azotadas, aporreadas literalmente por un furibundo Miguel Hidalgo que entró al templo completamente fuera de sí, seguido por Ignacio Allende y Juan Aldama. A la comitiva se había sumado el hermano del sacerdote, Mariano Hidalgo, y el consabido sacristán.

El teniente Allende había llegado a reunirse con Hidalgo y

Aldama unas horas después de que este último hubiera puesto sobre aviso al señor cura. Hidalgo también dijo a Allende que Sofía era "de los suyos", cosa que ella no entendía pero que le permitió presenciar la discusión. Allende llegaba ya con una propuesta: los dragones de la reina estaban dispuestos a un levantamiento, pero no estaban listos aún y querían evitar derramamiento inútil de sangre; ante todo, querían evitar la participación del pueblo.

Una vez más la discusión giró en torno a conceptos de poder y política, sólo que en aquella ocasión no era en un debate literario sino que se trataba de tomar la decisión de pelear o no. La postura de Allende era no hacerlo, secundada por Juan Aldama, quien además respondía por su hermano, también de nombre Ignacio. El pueblo no sabría por qué peleaba, argumentaba Allende; paradójicamente nadie respetaba al rey más que el indio, y con el rencor social que cundía en la Nueva España aquello se convertiría en una masacre alentada por la posibilidad del saqueo.

El saqueo. Aquello era precisamente el plan de Hidalgo. La posibilidad de venganza, de saquear, pondría de su lado a miles, decenas de miles de personas; un ejército contra el que nada podrían hacer las autoridades virreinales.

Un ejército, reclamaba Allende, que luego pediría cosas, cambios, reformas, pagos, prebendas, una serie de cuestiones que ellos no estaban preparados para dar. Ante eso, la postura del cura era simple: prometer no hace daño; que los indios se cobren con el saqueo.

Los militares, terminó por declarar Allende, no estarían sumados al movimiento si se levantaba en armas a una turba iracunda; a nada temían más que a eso. Convocar a las armas en ese momento era romper de tajo con el apoyo militar con el que ya se contaba. La multitud embravecida, señalaba Allende, sólo estaría mientras hubiera saqueo, pero desaparecería al primer cañonazo o a la vista de los primeros muertos. Palabras de profeta tuvo Ignacio Allende, pero palabras de caudillo tuvo Miguel Hidalgo, y ésas mueven más multitudes; así el caudillo también se vuelve profeta.

El cura Hidalgo, el "bribón del cura", como solía llamarlo Allende, terminó la discusión de manera muy simple. Se puso de pie y, con toda la solemnidad de la que fue capaz, sentenció:

—Señores, hemos sido descubiertos. Aquí no queda más remedio que salir a coger gachupines.

Eran las palabras a las que más temía Ignacio Allende, las palabras que eran capaces de despertar a un dormido pueblo salvaje. Las palabras capaces de encender una guerra sin saber

dónde podía terminar. Era otro de los temas discutidos en las tertulias literarias cuando hablaban de Maquiavelo: puedes comenzar una guerra en cualquier momento, pero no puedes detenerla en cualquier momento. De ahí lo irresponsable de arengar y encender a una multitud.

No entró Allende al templo siguiendo sino persiguiendo a Miguel Hidalgo, quien antes de llegar a la parroquia, ante el señalamiento de Allende de que no había armas ni hombres suficientes, pasó primero por la cárcel del lugar, soltó y armó a todos los presos, les dio su bendición y permiso de despojar a los gachupines de lo que pudieran, y entonces sí se dirigió a su iglesia.

—Insisto, señor cura —seguía gritando Allende—, no estamos listos; tenemos incluso tropas de nuestro lado pero debemos esperar, prepararnos.

Aldama trató de apoyar a su jefe militar:

—Abrir las cárceles es un acto de desesperación. No podemos confiar en los prisioneros.

Pero el cura era implacable cuando estaba decidido.

—Todo enemigo del gobierno es amigo nuestro.

—Pero ni siquiera saben por qué pelean, ni a quién o qué siguen.

—Seguirán a la Virgen de Guadalupe, indudablemente.

Sin permitir más reclamo, Miguel Hidalgo comenzó a hacer sonar a todo repique la campana de su parroquia. Eran ya las cinco de la mañana de un domingo, por lo que mucha gente de rancherías cercanas comenzaba a llegar al pueblo para instalar su vendimia. Poco a poco la plaza se fue llenando de gente curiosa… y de gente preocupada. Hidalgo dejó la cuerda de la campana en manos de su sacristán, quien siguió haciéndola sonar mientras el señor cura se encaminó a la entrada del templo, donde ya lo veían con asombro los primeros curiosos en acudir al llamado. Nadie notó que Mariano Hidalgo había desaparecido.

Desde su habitación del dispensario, triste, preocupada y con miedo, Sofía presenciaba la escena. Desde una columna del portal, serio, cubierto con un sombrero y vestido de civil, Miguel atestiguaba esa rebelión. Había vuelto de Guanajuato con el señor Garrido después de ver al intendente Riaño y recibir una lista de conspiradores. En uno de los primeros lugares de la lista aparecía el nombre de Miguel Hidalgo y Costilla. Había llegado demasiado tarde.

Cuando una multitud apreciable, es decir, unos centenares de campesinos, estaba frente al templo de Dolores, Miguel Hidalgo comenzó una arenga. Detrás de él, Allende y Aldama miraban todo

con preocupación.

—Americanos, llegó el momento de sacudirnos este sistema de injusticias. Es momento de tomar el destino en nuestras manos. Todos hemos sufrido la opresión de los españoles y es momento de tomar lo que es nuestro.

La verdad es que nadie tenía idea de lo que estaba pasando ni mucho menos entendían de qué se trataba todo aquello. Para esa multitud la palabra *independencia* ni siquiera existía; en cambio una cosa estaba clara en su mente: el señor cura estaba dando una orden. Y en cuanto se explicara mejor y la orden se entendiera, habría que cumplirla. Era el señor cura.

Sofía seguía atenta en su ventana, le preocupaba Miguel; un soldado realista en ese lugar no sería muy bien visto. Miguel mantenía su puesto de vigilancia y se preocupaba por Sofía; a una mujer de su hermosura y porte la turba iracunda no le preguntaría si es española, criolla o mestiza antes de ultrajarla. Mientras tanto Miguel Hidalgo siguió con un discurso que el pueblo entendía cada vez menos:

—España ha quedado en manos de los franceses y nosotros no tenemos por qué seguir atados a ese gobierno usurpador y apóstata.

El pueblo no sabía dónde estaba Francia y mucho menos el significado de la palabra *usurpador*. Ni hablar siquiera de poder repetir una palabra como *apóstata*, si es que eso era una palabra.

Miguel Hidalgo se dio cuenta rápidamente de que tenía que dejar de hablar el ilustrado rector del Colegio de San Nicolás y tomar la palabra el cura de pueblo, así que cambió radicalmente el tono de su discurso:

—Nuestra santa religión está en peligro y nosotros debemos defenderla. Alguien debe defender al Señor de sus enemigos.

Ante eso, el cura recibió una ovación. Las cosas finalmente se estaban aclarando. La más atemorizada era Sofía, y también la más confundida. Tenía idea, por lo poco que había hablado con Hidalgo, y por la presencia de ese símbolo que era el águila, que aquello en lo que estuvieron metidos sus padres hacía ya once años tenía alguna relación con lo que estaba haciendo Hidalgo.

Sin embargo, en esa ocasión los enemigos de Dios eran sus padres y sus seguidores, y quienes lo defendían eran los gachupines. Ahora, el español era el enemigo del Señor, y el cura Hidalgo, su defensor. El pueblo, claro, la turba, la multitud enardecida, ahora lo tenía claro Sofía, era siempre la misma y actuaba siempre igual. Afuera, Hidalgo continuaba su arenga a sabiendas de que el pueblo siempre respondería a sus dos símbolos más sagrados: el altar y el

trono.

—¡Americanos, que viva Fernando VII! ¡Viva la América! ¡Viva nuestra Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines! ¡Muera el mal gobierno!

Apenas terminaba Miguel Hidalgo esa perorata cuando su hermano apareció con una carretilla llena de fusiles. Para eso el pueblo tampoco necesitó una explicación. Sea lo que fuera que diosito o la virgencita estuvieran pidiendo, era obvio que necesitaba disparos. Miguel Hidalgo se sumó a Mariano en el reparto de armas mientras no cesaba de decir: “Tomen lo que quieran, hijos, que todo es suyo”. El saqueo fue permitido; es más, promovido.

Las casas de los poquísimos españoles que habitaban Dolores fueron saqueadas, y si sus habitantes no fueron asesinados ahí mismo fue porque Allende se dedicó a dar latigazos a todo aquel de la multitud que intentara hacerles daño. Él era un militar y, para su fortuna, muchos de aquellos alzados nunca habían tomado un arma. El propio Allende terminó por recomendar a los españoles que se encerraran voluntariamente en la cárcel para que todos estuvieran juntos y él pudiera darles protección. Ese día comenzó una revolución, y ese día sus dos máximos líderes tuvieron la primera gran discusión de un conflicto que los hizo cada vez más enemigos hasta el día de su muerte, cuando se acusaban mutuamente de ladrones y oportunistas que sólo querían usar el movimiento para su beneficio personal.

El pandemónium duró unas horas: a las doce del día fue saqueado todo lo saqueable y por lo tanto la turba se había ido, dirigida por Hidalgo y vigilada por Allende. Antes de irse, el cura había dejado a Sofía con un poco de dinero, un carro, un caballo, una carta y un criado que la condujera de nuevo a Carácuaro. A pesar de su obligación de odiar a Miguel de Montellano, no quería irse del pueblo sin saber algo de él. Entonces lo vio.

Ahí estaba Miguel en una faceta desconocida totalmente por Sofía. Ese hombre, siempre galante y risueño, se presentaba ante ella como el soldado, el guerrero. El capitán Montellano estaba cubierto de sangre, con la ropa rasgada y sucia, con golpes, la mirada perdida, penetrante y profunda, la espada desenvainada y también manchada en sangre, seguramente de más de uno. Serio y preocupado. Así se acercó a Sofía y la tomó de la mano.

—Sofía, este lugar ya no es seguro para ti. Ven conmigo.

Sofía Guillén no sabía qué hacer. Tenía que aceptar que le alegraba ver a Miguel con vida, aunque le diera rabia verlo manchado de la sangre de los que ella consideraba su gente. Por

otro lado sentía miedo y sabía que Miguel significaba seguridad, pero también tenía una misión que cumplir.

—Tenemos caminos diferentes.

—Nosotros podemos elegir nuestro camino, Sofía.

Sofía lo miró seriamente.

—Ése es el problema, la gente como tú elige. Nosotros nunca hemos podido hacerlo. Tal vez ha llegado el momento.

Tal vez por la situación no advirtió Miguel que era la primera vez que Sofía lo tuteaba. Quizá también por la emoción de verla con vida y bien, se olvidó de las normas del galanteo cortés y se acercó a ella mientras la tomaba de ambas manos, de frente.

—Las tropas han sido llamadas y no tengo opción, tengo que ir a Valladolid.

Tal vez Sofía tampoco advirtió el acercamiento físico tan atrevido de Miguel, o tal vez no le importó. En esta ocasión lo miró de frente y le sonrió. Aceptaba para sí misma sus sentimientos por él y agradecía que una fuerza mayor los separara.

—¿Tiene usted una misión que cumplir, capitán?

Miguel la miró fijamente.

—Así es.

—Yo también, y es por un camino totalmente distinto al suyo. Le deseo buen viaje, capitán.

En esa ocasión Sofía estiró su mano para permitir a Miguel de Montellano el gesto de besarla. Él lo hizo caballerosamente y subió de un solo brinco al caballo. Dirigió una última mirada a Sofía.

—Tiene razón en una cosa. La gente como yo elige, y la he elegido a usted. Ha sido un gusto conocerte, Sofía Guillén. Volveré a encontrarte.

Miguel de Montellano salió a todo galope mientras Sofía Guillen quedaba en la devastada plaza de Dolores. La libertad es elegir y cada uno lo había hecho.

Los misterios de la libertad

CARÁCUARO (1810)

1

José María Morelos estaba de pie junto a una ventana mientras contemplaba el exterior con la mirada perdida, en actitud meditativa. Hablaba consigo mismo pero en voz alta.

—Tenía que pasar tarde o temprano… Esto tenía que estallar… ¿Pero en manos de un cura, de un hombre de Dios, del padre Hidalgo? Ah, si tu padre estuviera aquí.

Sofía aprovechó la mención e irrumpió molesta:

—¡Mi padre! Exactamente, señor cura, mi padre, mi padre. Explíqueme, ¿qué tuvo que ver mi padre en todo esto?

La hora había llegado y el padre Morelos lo sabía. Era momento de que hablara con Sofía de su pasado, aunque tuviera poco que decirle.

—Conocí poco a tu padre, pero lo suficiente para saber cómo veía a esta nación.

—¿Y cómo la veía, padre Morelos? —en realidad Sofía estaba furiosa, se sentía engañada, abandonada, alejada de una vida

mucho más cómoda debido a causas que ella desconocía.

—Libre. Por eso luchó hasta el final. Libre y unida, esa última era su mayor inquietud.

Sofía lo interrogó tan sólo con la mirada y lo invitó a continuar. El padre Morelos vio el momento de comenzar otra cátedra:

—La libertad es sólo un concepto filosófico, pequeña Sofía. Hoy mismo, al campesino que vive miserablemente de trabajar la tierra le importa muy poco quién manda, si es un gachupín, un criollo u otro campesino. Poco le importa pues poco cambiará su vida. La libertad no sirve sin un verdadero país. Nosotros no tenemos eso. Tenemos varios pueblos compartiendo violentamente el mismo espacio, con intereses distintos, dispuesto cada uno a matar, pero no por su país sino por su beneficio. Antes de aspirar a un país libre necesitamos tener un país. Para eso debemos ser un solo pueblo; no gachupines, criollos, castas, indios y negros. Tu padre sabía eso.

—Por eso mismo esto no ha llegado al final —agregó Sofía—. Tenemos que seguir luchando.

—Tú tienes mucho que aprender, querida Sofía, como dejar de odiar, ya que ningún país se puede construir con base en el odio. Además, al odiar al español te odias a ti misma. Tú, como casi todos en este país mestizo, no existiríamos sin el español. Nos guste o no, somos descendientes de español, no sólo de los nativos de este continente.

—Ellos nos conquistaron, padre.

—No a ti, no a mí, no a nosotros, eso fue hace trescientos años y hoy en día descendemos de ese hecho.

—Nunca lo había escuchado hablar así, padre.

—Sólo estoy citando a un hombre notable Sofía, a un hombre que entendía quiénes somos y luchaba por la libertad, pero basada en la unidad. Un pueblo libre, unido y responsable. Son las ideas de tu padre.

Emocionalmente todo se complicaba para Sofía. Odiaba a los españoles, siempre había sido así, y ahora resultaba que su padre no tenía nada contra ellos. Por otro lado, odiaba a su padre por haberla abandonado, así que no tenía por qué pensar como él. Pero tanto su padre como su madre habían luchado y muerto por lo mismo y era imposible honrar sus ideas por separado. Guardaba rencor a su padre por haberla cambiado por una estúpida causa y luego haberse dejado matar por esos odiados gachupines, a los que tenía que odiar por esa razón, aunque su padre no lo hiciera. Su mente era un caos y por eso buscó la salida fácil.

—Pues bien, hay que pelear.

—Tú no. Tu padre me encargó que te cuidara y es precisamente lo que haré.

Mientras Morelos hablaba sacó de un compartimiento el cofre de madera que años atrás le diera Manuel Guillén. Le entregó el cofre a Sofía, quien sin saber de qué se trataba lo abrió. Lo que encontró en el interior la dejó desconcertada. Monedas de oro, muchas monedas de oro, varios documentos y algo que parecía ser un diario, viejo a juzgar por el color del papel y el tipo de la caligrafía. Sofía miró intrigada a Morelos.

—Todo es tuyo, hija. Recibí este cofre de manos de tu padre la noche que te dejó a mi cuidado. Antes de ese momento no habíamos tenido contacto más de dos o tres ocasiones, cuando tu padre visitaba unas posesiones que tenía en Uruapan, un pueblo no muy lejano a Valladolid donde entonces yo era maestro de gramática y latín. Poco conversamos, pero su inteligencia y su sagacidad siempre me impresionaron. Era sobre todo enemigo de la ignorancia y la superstición.

—Pues sería enemigo de todos, padre. Si algo he aprendido con usted es que la inmensa mayoría de la gente de la Nueva España, sobre todo el campesino, viven de creencias que no han cambiado en quinientos años.

—Y como parte de la Iglesia tengo que admitir la parte de culpa que corresponde a los religiosos, que con tal de evangelizar no les importaba mezclar santos con divinidades paganas y con todo tipo de creencias, y que con tal de someter poco les importaba esparcir leyendas diabólicas y usar el miedo. Tu padre en particular padeció por eso.

—¿Qué quiere decir con eso?

—En Uruapan era dueño de la propiedad más rica, la más fértil y la que tenía un gran manantial. Él fue un hombre bondadoso, siempre tuvo el agua de su manantial al servicio de todos. Sin embargo, nadie tomó nunca esa agua; preferían dejar secar una cosecha entera.

—Eso es estúpido, ¿por qué lo hacían?

—Bueno, Sofía, el manantial de tu padre tenía un nombre popular debido a una leyenda. Le llamaban, le siguen llamando hasta ahora, “La Rodilla del Diablo”. Cuenta la leyenda que el diablo en persona se detuvo a beber ahí y hasta dejó marcada su rodilla en una piedra.

—No puede estar hablando en serio, padre.

—Muy en serio, Sofía. Tu padre era muy querido por la gente, pero bastó un cuento diabólico para mandar a una turba iracunda

en su contra, los mismos a los que siempre ayudó. Yo estuve ahí esa noche.

—Así que todo este tiempo que he odiado a los españoles por matar a mis padres debí haber odiado a los indios por haber llevado a cabo la matanza.

—Tus padres no querrían eso. Lo único a lo que debes odiar y combatir es a la ignorancia. Nada somete más a un pueblo que la ignorancia; a pocas cosas temen más los soberanos que a un pueblo pensante.

Sofía guardó silencio unos instantes; revisaba cada una de las palabras del padre Morelos y cada uno de sus recuerdos del pasado. El sacerdote estiró la mano para sacar del cofre un papel en particular.

—Eso está lleno de cosas que supongo son sólo para tus ojos, pequeña Sofía, y el oro que es tuyo, íntegro lo que dejó tu padre, suficiente para hacer toda una vida sin problemas, para que te olvides de estos conflictos. Sólo leí dos documentos, una carta que dejó para mí… y ésta.

Extendió un papel que Sofía tomó y procedió a leer:

Querida Sofía: quisiera estar contigo y abrazarte; si no es así es porque he luchado para que tú puedas ser libre. Yo podré morir como han hecho otros antes de mí, pero recuerda que las ideas no mueren, llevas en tu sangre la lucha por la libertad que es nuestro legado. Como mestizo he comprendido aquello que separa a la gente de este país: la guerra de castas, el rencor social. Debemos soltar el ancla del pasado y vivir con la mirada hacia al futuro; sólo así este país verá todo su potencial. El pasado nunca debe seguir determinando nuestro futuro. Si no aprendemos a unirnos tal vez podremos ser libres, pero nunca un verdadero país. A veces quisiera dejarlo todo y dedicarme tan sólo a tu madre y a ti, mi Pequeña Sabiduría, pero entonces recuerdo que tengo un legado, una misión y una responsabilidad. Lucho hoy para que mañana tú seas libre.

Sofía conservó la carta en sus manos mucho tiempo después de leerla, hasta que finalmente la arrugó y la aventó hacia el cofre. Lloraba. El padre Morelos la tomó de las manos.

—Te mandé a Dolores hace semanas porque pensé que estabas en peligro aquí, que alguien te había encontrado y que buscaban, no lo sé, algo. Algo que tu padre hubiera podido ocultar.

—¿Pues quién era mi padre, quién soy yo, qué se esconde?

—Eso no lo sé, Sofía. La noche que tu padre te dejó conmigo me entregó este cofre y dijo que aquí hallarías las respuestas. Es todo lo que te puedo decir, y todo lo que te puedo dar. Este dinero, y con

un poco de suerte las respuestas que buscas, tu pasado, y quizá tu futuro.

2

Sofía se apartó del mundo. Se recluyó en su habitación, donde se dedicó a revisar el cofre que le había dejado su padre, en compañía de Inés, quien le llevaba de comer y se quedaba con ella cuando necesitaba compañía. Poco o nada se enteró de lo que pasaba en el mundo exterior. Fácil hubiera sido para ella, y pasó por su mente, desentenderse de todos esos documentos y ocuparse sólo de las monedas de oro, pero su pasado estaba reunido en esos papeles, enfrentándola, proporcionándole esas respuestas que siempre había buscado. Los odiaba pero los anhelaba, además de que todo su espíritu inquisidor le exigía respuestas.

Ahí estaba Sofía en compañía de Inés tratando de armar un rompecabezas. Releyó varias veces la carta de su padre sin encontrar nada nuevo. El viejo diario estaba escrito con una caligrafía que parecía antigua y con un español que no comprendía muy bien. Además, el cofre tenía dos grabados en su interior; uno lo conocía perfectamente: el águila con las alas extendidas. El otro eran letras talladas en la madera.

IHS

Sofía creía entender el significado de esas letras. Si algo había recibido del padre José María había sido buena educación, particularmente en los temas que eran especialidad del sacerdote; religión, evidentemente, pero también latín y gramática. No había ningún problema para ella en comprender el significado de esas tres letras juntas, el monograma IHS; lo que no sabía era qué hacía grabado en ese cofre específicamente: un arcón dejado por su padre, vinculado evidentemente con algún tipo de conspiración y con el águila como un símbolo constante y con el cual el propio Hidalgo tenía relación.

Todo eso estaba claro, pero ¿qué hacía ahí el monograma que representaba el nombre de Cristo? IHS eran las tres primeras letras del nombre de Jesús en griego, pero en latín habían adquirido el significado de *Iesus, Hominun Salvator*. Se volteó desesperada hacia

Inés.

—¿Qué tiene que ver Dios en todo esto, Inés? No entiendo nada.

Inés hablaba poco, pero cuando hablaba lo hacía bien. Había recibido junto con Sofía la misma educación del padre José María.

—Yo no estoy muy segura de que tenga que ver con Dios.

Sofía se le quedó mirando fijamente; siempre hacía lo mismo cuando quería más explicaciones. No pensaba que fuera necesario usar palabras de más. Inés, que lo sabía, continuó:

—Es decir, no directamente, Sofi. Según recuerdo, IHS no se refiere sólo a Jesús como salvador sino como socio.

Como Sofía la seguía con mirada inquisitiva, Inés simplemente continuó su explicación:

—Sí, recuerda nuestras lecciones de historia de la Iglesia: IHS, *Iesum, Habemus Socium.* Tenemos a Jesús como socio.

Sofía abrió los ojos como iluminada.

—Los jesuitas.

—Claro, ahora pregúntate qué tienen que hacer los jesuitas en tu cofre, o en el cofre de tu padre.

—Eso puede tener sentido, Inés, ya ves que siempre han tenido fama de conspiradores; por eso los expulsaron de aquí y de todo territorio español en 1767.

Sofía se quedó callada tratando de hilar ideas; el rompecabezas tomaba un poco de forma en su mente.

—Bueno, tenemos a los jesuitas, probablemente conspiradores contra el gobierno, lo cual, por lo que sé, es precisamente lo que hacía mi padre, conspirar. Resulta que el padre Hidalgo tiene algún tipo de relación con lo que sea que simboliza esta águila, y estudió en una escuela que por un tiempo fue de jesuitas, probablemente aún cuando él ingresó, y créeme, ese cura es un rebelde. El padre José María estudió con él en la misma escuela y tenía contacto con mi padre. Todo comienza a encajar.

—Pero tiene que haber algo más —señaló Inés—. Tú naciste alrededor de 1790 y tu padre, según dices, aún era muy joven cuando los separaron, lo que significa que tal vez no había nacido, o era muy pequeño cuando los jesuitas fueron expulsados de la Nueva España. Es decir, ¿por qué tu padre tenía un cofre de los jesuitas y por qué lo buscaría la gente de Alejandra de la Gándara?

—Hay que buscar esas respuestas; seguramente están aquí mismo, en este cofre.

Sofía sacó el resto de los documentos del arcón de madera. No sabía por dónde comenzar, así que decidió tomar el diario viejo e intentar leerlo. Muchos de los folios estaban tan gastados que no se

podía leer en ellos. Tomó las primeras hojas y entre las dos comenzaron a descifrar la caligrafía.

Quisiera contare mía historia para que no bórrese mío nombre y mías ideas de la memoria de los hombres cuando mi cuerpo quede reducido a cenizas, como ha ordenado la Inquisitore y proclamará mientras soy conducido a la foguera.

Aquel que mencione mío nombre y míos actos sea anatema. No fabré existido. Pero viví convencido de la imposibilidad de matar una idea.

Desembarqué en el puerto de la Vera Cruz en el año del Señor de 1640. Vide la desigualdad desde el día primo, pobreza en el reino más rico que fabía visitado; después de ver la Angloterra, Francia, Portugal y España.

Luchaban Portugal y España desde cien años antes por el dominio de este Nuevo Mundo que les regaló el papa; pero ni papa ni rey tienen derecho a regalar lo que no les pertenece.

La muerte será mejor que los últimos diecisiete años de tortura. Encuéntrome sin uñas en manos y en pies, arrancadas una a una, con las plantas quemadas por los fierros candentes, los brazos dislocados del cuerpo por la presión del potro y la garrucha, los pulgares reventados como nueces, pero con la cordura intacta a pesar de la gota de agua martillando mi cabeza. Todo por la idea de la libertad. Una idea que no morirá, una idea que os dejo en legado.

Las dos quedaron mudas tras la lectura de ese primer documento. ¿De qué se podría tratar? ¿Quién era el autor de aquello? Hablaba de 1640; hacía más de ciento sesenta años que había sido redactado y parecía que de alguna forma tenía relación con el presente. No había firma ni nombre alguno. La tortura descrita era terrible, tanto que, aunque seguía habiendo Inquisición, ese tipo de prácticas estaban en desuso.

Otra cosa era importante: quien hubiera escrito eso daba un argumento contra la legalidad española de poseer América. En el siglo XV el papa español Alejandro VI había repartido el Nuevo Mundo entre España y Portugal con el pretexto de la voluntad divina. Si se refutaba la idea de que el papa tuviera dicha autoridad, se cuestionaba toda la conquista y los últimos trescientos años de dominio, poco más de cien años para cuando aquello fue escrito. No era poca cosa.

La estupefacción de Inés y Sofía fue interrumpida abruptamente por la entrada violenta y preocupada de Mateo en la habitación, visiblemente agitado y gritando:

—¡Ya nos cayó el chahuistle, mis niñas!

Las dos se levantaron preocupadas pero sin entender nada.

Mateo no sólo tenía esa costumbre de decir todo con refranes, sino también la de exagerar mucho. Fue Sofía quien tomó la palabra:

—Tranquilízate, Mateo, ¿qué pasa?

—Ay, mi niña, usted anda muy encerrada y muy poco enterada. La guerra llegó a Valladolid, los rebeldes destrozaron la ciudad y el padre Morelos salió a encontrarse con el padre Hidalgo; a mí se me hace que también le quiere tundir a los gachupines.

El semblante de Sofía cambió por completo. Su molestia era notoria.

—¿Cómo? ¿Se fue sin mí?

Inmediatamente su rostro delató sus intenciones; se encaminó de inmediato hacia la puerta, pero Mateo la detuvo del brazo. Ella le lanzó una mirada retadora y sacó de su interior la mejor voz de mando para hablarle a Mateo en un tono que nunca había utilizado:

—Esta guerra ya me arrebató a casi todos. No voy a permitir que me hagan a un lado. Mateo, quiero que me lleves con él, es una orden.

Mateo cambió su rostro por uno más serio, pero no podía enfadarse con Sofía, nunca lo había hecho y nunca lo haría; comprendía además que estaba desesperada.

—Ay, mi niña, usted ya está que come frijoles y eructa jamón. Ya sabe que si me pide el favor la llevo a donde me diga.

Sofía bajó la mirada.

—Discúlpame, por favor, Mateo. No debí hablarte así, pero en verdad necesito que me lleves con el padre José María, esté donde esté.

—Pues ni sé bien dónde está, mi niña; las tropas del señor Hidalgo salieron de Valladolid y el padre iba a tratar de interceptarlo en el camino. Habrá que buscarlo.

—Donde haga falta, Mateo. Esta… guerra o lo que sea, ya me separó de mi padre una vez y no lo hará de nuevo. Nada me detendrá.

Mateo aceptó su destino con resignación. Nunca le había podido negar nada a Sofía y evidentemente ésta no sería la primera vez.

La situación no estaba en definitiva como para estar viajando; era, de hecho, imprudente. Una multitud enardecida había tomado Valladolid y los caminos eran del todo inseguros. Así como la muchedumbre no se detenía a preguntar a cualquiera cuyo color de piel fuera más clara si era gachupín, criollo o mestizo antes de lincharlo, los soldados desplegados tampoco preguntaban a cualquiera cuyo color de piel fuera un poco más oscura si era o no parte de dicha turba. La ley era muy clara en esos casos: primero matas y después averiguas.

Iban, pues, Sofía y Mateo en una carreta jalada por un burro, ya en las cercanías de Valladolid, cuando un contingente de cuatro soldados se acercó a galope hasta su transporte, dos de ellos con pistola desenfundada y gritando: "¡Alto en nombre de la ley!" Así había que gritarlo, ya que no había rey en cuyo nombre detener a nadie.

Mateo detuvo la carreta muy asustado, sabía que en esas circunstancias su simple condición racial era un delito. Efectivamente, antes de averiguar, un soldado se acercó a Mateo y lo jaló de su lugar en la carreta hasta aventarlo al suelo. Sofía intentó hacer algo pero en ese momento sintió junto a ella a uno de los soldados, que estaba armado y apuntando.

—¡Están bajo arresto! —gritó uno de ellos.

Mucho menos que eso hacía falta para encender el carácter de Sofía, quien de inmediato bajó de la carreta y encaró al militar:

—¿Y me puede decir por qué?

—Porque puedo, y no está usted en posición de preguntar. Éste es uno de esos indios rebeldes —volteó a ver a uno de sus compañeros—. Revísalo y fusílalo, o al revés, si prefieres. Ya veremos qué hacemos con ella.

El soldado aludido sacó una pistola y con la culata golpeó a Mateo, quien quedó tirado. Ya con su enemigo inerme y tendido, el militar retrocedió dos pasos y apuntó a la cabeza. Sofía gritaba desesperada. La muerte de su hermano parecía evidente y ella era la culpable, así se sentía; lo había obligado a llevarla. Cuando Mateo y Sofía estaban preparados para oír un disparo, lo que escucharon fue una voz de mando que venía desde lejos.

—Alto, sargento, sólo son civiles inocentes.

El soldado se detuvo con evidente frustración, pero una orden superior tenía que ser acatada. Sofía no podía creer lo que veía y nunca lo había visto con tanto gusto. Miguel de Montellano bajaba de su caballo a unos pasos y se dirigía hacia ellos.

—No deberían estar aquí, estamos en medio de una guerra y la

ciudad está sitiada; mucho me temo que no pueden seguir su camino.

Mateo, quien se había visualizado ya en la otra vida, fuera cual fuera, se incorporó lentamente sin entender bien lo que sucedía ni quién lo había salvado de visitar prematuramente al Creador. Se sacudió la tierra y corrió a abrazar a Sofía. Los soldados se cuadraron ante la jerarquía del capitán Montellano, quien se acercó a los dos temerosos hermanos y se dirigió a Sofía:

—No deberías estar paseando así, este camino es peligroso. ¿A dónde vas?

—No muy lejos, según parece, pero puedo decirle que por primera vez me da un poco de gusto verlo.

Por muy en servicio que estuviera, Miguel no quiso desaprovechar el momento y la oportunidad.

—Permíteme llevarte a tu destino.

—No me dio tanto gusto como para que me tutee. Además puedo llegar sin su ayuda, capitán.

—Es peligroso, yo puedo ayudarte.

Miguel se acercó a ella mirándola a los ojos fijamente. Sofía no retrocedió, pero justamente en ese momento interrumpió Mateo:

—Con ayuda de un vecino mató mi padre a un cochino. Podemos llegar rebien sin usted.

Nada contento con la interrupción, mucho menos aún con la altanería y poca gratitud, a su entender, de quien acababa de ser rescatado de los brazos de la muerte, Miguel volvió a su expresión de seriedad y a la faceta del deber. Miró fijamente a Mateo, como para dejar claras las jerarquías.

—Como les dije, no deben estar aquí, la ciudad fue tomada y saqueada por una turba de indios.

—Indios que sólo pelean por su libertad —interrumpió un furioso Mateo.

Miguel se mantuvo firme frente a Mateo, a pocos centímetros de su rostro, pero volteando a ver a Sofía.

—Ese padre Hidalgo desató una carnicería, alentada por el rencor social. La libertad no es para ignorantes. Destruyó Guanajuato, no dio cuartel, asesinó a los prisioneros, quemó las casas. Eso es libertinaje.

Mateo ardía en ira, pero era mucho más comedido, mesurado y sensato que Sofía, quien por menos de eso estaría ya formando todo un conflicto; así que se contuvo. Sabía que no estaba en posición de discutir. No con un criollo, menos aún con un militar, menos aún en esa circunstancia. Miguel se dirigió a Sofía.

—Tienen que confiar en mí; los dos.

Ese intento de conversación fue interrumpido por la llegada de un elegante carruaje que pasó sin conflicto alguno el retén de los soldados y se detuvo justo frente a un Miguel evidentemente nervioso. Sofía había visto la gallardía y el temple de Miguel en Dolores, no entendía quién podría venir a bordo de ese carruaje, capaz de poner en ese estado de nerviosismo al capitán. Lo supo de inmediato cuando las cortinas se corrieron y Sofía pudo ver a Alejandra de la Gándara, acompañada de su prima Clementina, la misma del conflicto en Valladolid, y de una criada, la misma también.

Alejandra bajó del carruaje y miró directamente a Miguel, ignorando por completo a Sofía.

—Capitán Montellano.

Miguel contestó con un ademán de cortesía. Alejandra prosiguió como si efectivamente Sofía, y desde luego Mateo, simplemente no existieran.

—Dígame, capitán, ¿es necesario que conviva tanto con la servidumbre?

Ahora que la agresión iba contra ella, proveniente además de Alejandra, Sofía estuvo a punto de tener un arranque, que fue detenido de inmediato por Mateo, quien le susurró en voz baja:

—Tranquila, niña, y ahora sí hágame caso. Más vale que digan aquí corrió una gallina que aquí se murió un gallo.

Tratando de imponerse ante su nerviosismo, Miguel tomó la palabra:

—Sofía, creo que ya conoces a…

—A su prometida.

Alejandra de la Gándara disfrutó esa interrupción como pocas cosas en su vida. Pronunció esas palabras de forma lenta, pausada, arrogante y llena de malicia. Sofía no pudo evitar voltear a ver a Miguel con una cara en la que se mezclaban el asombro y el rencor. Pero no pudo decir nada; Alejandra no iba a permitir que se perdiera tan rápido su momento.

—Pero no es necesario que nos presentes, querido; jamás tendría a una criada tan irrespetuosa a mi servicio.

Ésa fue la gota que derramó el vaso. Sofía estaba resentida, humillada, golpeada y, por más que pretendiera negárselo a sí misma, dolida, herida en lo más profundo, no sólo de su ego, sino de su corazón, donde tal vez había comenzado a permitir que Miguel de Montellano se colara lentamente. Explotó definitivamente:

—¡Pues ya verán cuando les ganemos esta guerra quién es criado de quién!

El silencio fue sepulcral. El rostro de todos cambió por completo: Mateo, Miguel, Alejandra, e incluso los soldados. Quedaron sorprendidos, pasmados por lo que Sofía acababa de decir. Volvió a ser Alejandra la que aprovechó el momento. Se acercó a Sofía, se colocó frente a ella, miró la medalla que colgaba de su cuello, la reconoció perfectamente; luego vio de reojo a Miguel. Acercó su mano al cuello de Sofía y simplemente tocó el colguije.

—Así que, además de ladronzuela, la india es rebelde.

De inmediato se volvió hacia Miguel:

—Supongo que cumplirá con su deber y arrestará a esta traidora. Sería muy malo que dejara de ascender rápidamente en su carrera militar.

Sin esperar ningún tipo de respuesta Alejandra de la Gándara subió de nuevo al carruaje. Juana, su criada, la ayudó a acomodarse en el interior. Clementina, que nunca había bajado, lanzó una sonrisa de malévola complicidad a su prima. Una vez sentada su patrona, Juana tomó un bastón y golpeó la parte interior del toldo dos veces, señal para continuar el camino. El cochero arrió los caballos y el carruaje se alejó de la escena.

Miguel observó cómo Alejandra se retiraba del lugar, hasta que reaccionó y se volteó hacia donde Sofía subía de nuevo a su carreta, lista para partir, aunque los soldados no dejaron de apuntar hasta que Miguel les hizo la señal. Se acercó a la carreta.

—Sofía, yo puedo explicarte…

—Explícale a tu prometida.

Tenía los ojos cargados de lágrimas de tristeza y coraje. Mateo miró a Miguel con desprecio.

—Ya salió a relucir el cobre.

Dicho esto, Mateo arrió a las mulas que jalaban su carreta y emprendió el regreso. Los soldados amagaron con detenerlos, pero Miguel les hizo una señal para que no intervinieran.

4

Sofía no pudo encontrarse con el padre José María, pero éste sí

se encontró con Miguel Hidalgo. Dicho de forma más adecuada, lo persiguió y lo alcanzó, ya que el cura de Dolores no parecía tener la menor intención de encontrarse con nadie, e iba en desbandada con su multitud por el camino de Zitácuaro para tomar Toluca y después la ciudad de México.

Raro camino era el suyo: tras haber juntado a la muchedumbre en Dolores, se dedicó a tomar y saquear diversas ciudades de los alrededores, para rematar con la terrible toma de Guanajuato, que culminó con la muerte de más de cuatrocientos españoles atrincherados en un almacén de granos conocido como la Alhóndiga de Granaditas. Aunque la función de dicho edificio era guardar alimentos, había sido diseñado y construido para servir como fortaleza en caso necesario. Seguramente nadie pensó que se le daría ese uso tan prontamente, siendo que el edificio fue terminado e inaugurado en 1809.

Tras tomar y saquear Guanajuato, el siguiente objetivo era precisamente Toluca, la antesala de México, pero fue en esos momentos cuando Miguel Hidalgo se enteró de que el obispo electo de Valladolid, monseñor Abad y Queipo, había promulgado un edicto de excomunión contra él, por lo que el sacerdote decidió movilizar toda su tropa a aquella ciudad para obligar al cabildo de la catedral a levantar dicha excomunión. Las razones de ochenta mil furibundos campesinos armados convencieron al órgano religioso y fue así como la presión social evitó la excomunión de Hidalgo.

Fue ese pequeño desvío por motivos personales el que colocó a José María Morelos cerca de Hidalgo, con quien finalmente se encontró en el poblado de Charo. No sabía muy bien el cura de Carácuaro para qué quería entrevistarse con el cura de Dolores, tal vez para ver a su antiguo maestro, quizá para agradecerle en persona los cuidados prodigados a Sofía, posiblemente sólo para corroborar que efectivamente su mentor había comenzado una revuelta armada. El hecho tangible era que José María Morelos sentía devoción por Hidalgo, y por eso se ofreció a ser capellán de sus tropas, ya que las manos ensangrentadas de don Miguel lo incapacitaban para ofrecer sacramentos.

Pero la salvación de almas ya no era prioridad del cura de Dolores y destinó a las manos de Morelos otros usos menos piadosos y más bélicos que las ensangrentarían aún más que las propias. Recordaba Hidalgo muy bien a Morelos y sus discusiones, su carácter intempestivo, su sagacidad mental. Hidalgo le hizo saber a Morelos que la situación no estaba para confesores sino para generales, así que su labor sería, mejor que seguir a las tropas para

cuidar sus almas, organizar su propio ejército e insurreccionar el sur de la Nueva España.

Una misión muy específica le dio: tomar el puerto de Acapulco para cortar suministros a la ciudad de México. La misión encomendada y el aval de Hidalgo quedaron asentados en el único escrito que intercambió con Morelos. Un pedazo de papel en el que improvisó el nombramiento de su nuevo guerrillero:

Otorgo a José María Morelos y Pavón el título de general y la misión de insurreccionar el sur de Nueva España, con autoridad suficiente y bastante para representarme en los asuntos de guerra.

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Capitán General de los Ejércitos Americanos

Todo esto le comunicó el padre José María a Sofía cuando finalmente se vieron, ya que tras sus respectivos encuentros, él con Hidalgo y ella con Miguel y Alejandra, coincidieron de nueva cuenta en Carácuaro. Aceptaría la misión encomendada. Se lo comunicó de una sola vez a Inés, Mateo y Sofía antes de hablar con la gente del curato y comenzar a reclutar a su ejército. Los tres estaban asombrados completamente y sin saber qué decir, hasta que Sofía se limpió las lágrimas de los ojos, se aclaró la garganta y exclamó:

—Así que finalmente la guerra nos alcanzó a todos.

—No a todos, tú e Inés se quedan, la guerra no es para ustedes —se volvió hacia Mateo—: Pediré a los hombres de la localidad que me sigan, Mateo, me gustaría que estuvieras conmigo en esta lucha.

El purépecha saltó como resorte.

—¡A darle, que es mole de olla!

Sofía se levantó y se interpuso entre Morelos y Mateo.

—Ésta también es mi guerra, padre.

—¿Qué experiencia puedes tener tú en la guerra, Sofía?

—Ninguna… igual que usted, pero esta causa ha marcado mi vida, desde que mi padre la puso por encima de mí.

—No se discute —cortó Morelos—, tu padre me encargó protegerte y es exactamente lo que haré.

Cosas muy curiosas hizo José María Morelos y Pavón antes de lanzarse a la guerra. La primera, por extraño que parezca, fue pedir permiso, o por lo menos avisar, y de hecho solicitar licencia con goce de sueldo. El padre Morelos escribió a su superior inmediato en Valladolid que se ausentaba del curato y de sus funciones para seguir las instrucciones de Miguel Hidalgo, y que solicitaba por lo tanto que se nombrara a un sustituto a quien se pagara el setenta por ciento del salario asignado, ya que él pretendía seguir recibiendo el treinta por ciento restante. Es probable que lo viera como un derecho, ya que finalmente ese curato era una herencia.

La otra curiosidad fue que, antes de salir a cumplir las órdenes de Miguel Hidalgo, clavó en la puerta de la parroquia una copia del decreto de excomunión contra el propio Hidalgo, el cual llegaba enviado por monseñor Abad y Queipo, a quien poco importó que el cabildo de la catedral hubiese revocado la sentencia religiosa.

Y tal vez hubo una rareza o imprudencia más de José María Morelos: pretender que Sofía Guillén, a quien conocía perfectamente y cuyo carácter rebelde no había podido domar en más de diez años, se conformaría con la orden de permanecer en el curato alejada de todos los conflictos. Pero una cosa había aprendido Sofía: no discutir una orden con el señor cura no significaba que la obedecería. Así pues, ella se despidió de él y de Mateo cuando, junto a otros veinticinco hombres, salieron de Carácuaro rumbo al sur.

La propia Inés estaba muy sorprendida con esa conducta de Sofía, pero su sorpresa fue mayor aún dos días después de la partida de Morelos, cuando se la encontró vestida de campesina, sentada en la entrada de la parroquia y con el cofre de su padre en las piernas. Se acercó Inés con la intención de tener una explicación de Sofi, a lo que ella simplemente respondió:

—No puedo quedarme, Inés. Los voy a alcanzar.

—¿Y qué vas a hacer tú en el campo de batalla? ¿Matar personas?

—Curar a los nuestros, Inés, justo lo que sé hacer.

—¿Y por qué estas vestida así?

—No quiero que el padre José María me reconozca; todos los campesinos se ven iguales. Pienso pasar inadvertida el tiempo que sea posible. Pero debo estar ahí; aún hay muchas cosas que necesito saber.

Inés sabía que era imposible discutir cuando Sofía tomaba una determinación. Además, sabía que en realidad su hermana estaba huyendo: por mucho que le doliera aceptarlo, sufría por el

desengaño que le habían provocado Miguel y Alejandra. Había comenzado a dejar que el capitán Montellano se ganara un lugar en su corazón cuando se enteró de que estaba comprometido. “No me debería extrañar, malditos gachupines, todos son unos traidores.”

Era simple, entonces: Sofía huía de un lugar en el que nunca quiso estar, de una vida que ya nada le ofrecía y de una decepción amorosa justo cuando comenzaba a confiar y abrir su corazón. La guerra era una opción para escapar, para ahogar su furia y para seguir hurgando en su pasado y ver si esa búsqueda la llevaba a algún futuro halagüeño.

Sofía se puso seria y tomó de la mano a Inés.

—Hay algo más —le dijo mientras habría el cofre—. Quiero que te quedes con esto.

Mientras hablaba Sofía sacó del cofre un costalito en el que ya había puesto todas las monedas de oro. Inés lo miró deslumbrada.

—Tú sabes que no puedo aceptarlo, Sofi; ese dinero es tuyo, es tu herencia, es tu futuro.

—No, Inés, es parte de mi pasado, de un pasado que no entiendo y que buscaré en estos papeles y con el padre Morelos, aunque sea en la batalla.

—¿Estás segura de que todo esto no tiene que ver con Miguel de…?

Sofía no la dejó terminar.

—El capitán Montellano es un militar español; además es un traidor y un mentiroso. Y, lo más importante, esta guerra nos ha puesto en bandos distintos —tomó las manos de Inés y las cerró en torno al costal con las monedas—. Sabes que yo no voy a dejar que te niegues. Esto hará más falta aquí que en el campo de batalla. Tú te quedarás, ése es tu camino. Yo iré a la guerra, Inés, ése es el mío.

La mirada de Sofía sobre Inés no admitía objeción alguna. Las dos hermanas se abrazaron.

—Además —continuó Sofía—, ya no se qué pensar —mientras hablaba sacó del cofre uno de los papeles, uno solo, pequeño y evidentemente viejo—. No entiendo nada; seguí revisando los documentos. Casi todos son ilegibles, pero me encontré con éste. Me confunde; incluso me da miedo.

Entregó el papel a Inés, quien lo leyó con cautela:

1659

El irlandés hereje.

Maldita sea su alma, que lo maldigan los ángeles y los arcángeles, maldito sea por Pedro y Pablo, por Jesús y María, maldito sea por los apóstoles y por el Espíritu Santo. Que todas sus palabras y delirios sean

borrados de la memoria de la humanidad para siempre, y quien lo recuerde sea anatema. Además de Alta Traición y Lesa Majestad, es encontrado culpable de brujería, hechicería, nigromancia, adivinación, herejía, blasfemia, apostasía y pactos con el diablo. Sea entregado a las llamas el pirata Guillén de Lampart, al amanecer del día 19 de noviembre del año del Señor de 1659.

Traición, lesa majestad, brujería, pactos con el demonio, morir en la hoguera. ¿De qué podía tratarse todo aquello?, ¿quién era ese pirata? Y el nombre: Guillén. Para ninguna de las dos pasaba inadvertido que el nombre de ese pirata irlandés era el apellido de Sofía. Un escalofrío las recorrió a las dos.

Los caminos de la guerra

SUR DE LA NUEVA ESPAÑA (1811)

1

Hermenegildo Galeana tenía cuarenta y nueve años cuando las tropas de Morelos irrumpieron en su vida y la cambiaron para siempre. Él y su familia eran descendientes del pirata inglés Lucius Galen, quien había naufragado en la costa sur del Pacífico en el siglo XVIII. Eran todos criollos y hacendados, de riqueza modesta pero posición acomodada. Como el noventa por ciento de la población de entonces, don Hermenegildo era analfabeta, pero era hombre honrado y trabajador que había sabido hacerse de un patrimonio con base en el trabajo arduo.

Morelos llegó a finales de 1810 al pueblo de Tecpan junto con sus tropas, para entonces algunos cientos, proclamando la lucha contra los españoles y la formación de un autogobierno. La familia Galeana se encontró con él para ofrecerle su apoyo, y su hacienda para descansar y abastecerse. Todos, menos don Hermenegildo, simpatizaban con Morelos.

La duda del mayor de los Galeana, todo un patriarca del pueblo,

que era conocido con el sobrenombre de *Tata Gildo*, provocaba que muchos dudaran; fue por ello que Morelos en persona se entrevistó con él. Don Hermenegildo simpatizaba con la causa libertaria y compartía la animadversión contra el español, pero dudaba de las intenciones de Morelos tanto como de las de Hidalgo, cuyas correrías ya habían llegado en forma de noticia al sur del virreinato.

Para Galeana la cosa era clara: Hidalgo no peleaba por la libertad sino por cambiar el poder de manos, tal vez incluso por venganzas personales. Peor aun, la turba iracunda que lo seguía, ochenta mil a finales de 1810, no era un ejército nacional contra uno invasor, sino uno de pobres contra los patrones ricos. Eso, decía Hermenegildo, no era una causa justa.

Y sus razones tenía el *Tata Gildo*. Una turba, decía, no pregunta al atacado de qué lado está ni cuáles son sus simpatías; sólo ataca, saquea y mata. El propio Galeana, criollo, era por lo tanto de piel blanca, y aunque simpatizaba con la independencia y estaba en contra de los gachupines, tenía claro que una guerra de castas, basada en el rencor social, relacionado del todo con el color de la piel, no sólo no era un buen principio para un país, sino que atacaría a personas como él. La gente debería tener causas elevadas como aliciente, no el saqueo; era preferible, decía Galeana, menos gente pero más ordenada, que sepa por qué está luchando y a la cual se le prohíba el saqueo y cualquier acción relacionada con el odio.

Escuchó Morelos a Hermenegildo Galeana y mucho aprendió de él, hasta que finalmente el patriarca de la familia Galeana decidió unirse al cura. Tras él lo hicieron todos aquellos en el pueblo que aún dudaban. Galeana no sólo aportó un brazo más, sino que puso a disposición de Morelos municiones, fusiles y, lo más importante, el primer cañón con el que contaron los insurgentes y que fue bautizado como El Niño.

Pero lo mejor de la adhesión de Galeana fue su coraje, su entrega, su valentía y sus palabras sabias que siempre supieron orientar a José María Morelos. Con casi dos mil hombres salieron Galeana y Morelos hacia el puerto de Acapulco para cumplir la encomienda del cura Hidalgo.

2

Acapulco (febrero de 1811)

El puerto de Acapulco era donde unas seis veces al año atracaba el galeón de Manila o Nao de China, embarcación a la que, curiosamente, en las Indias conocían como la Nao de Acapulco. Pocas embarcaciones más tocaban tierra en aquel puerto, pero el comercio generado por la Nao era importante y sus ganancias muy jugosas. Tomar el puerto significaba dejar dichos ingresos en manos de los insurgentes.

Por eso mismo el puerto estaba a buen resguardo. Para ello, y para defensa de los piratas, se había construido el fuerte de San Diego, una fortaleza armada donde el ejército español se atrincheró ante el ataque de Morelos. Un solo cañón y un ejército improvisado tenía Morelos para sitiar y tratar de tomar una fortaleza. Misión imposible. Ya días antes había tenido lugar un enfrentamiento a campo abierto, donde las tropas rebeldes tomaron el cerro de Veladero, que era la entrada al puerto. Pero definitivamente vencer el fuerte de San Diego era irrealizable.

No obstante, por mucha que fuera la sensatez de Galeana, más grande era el empecinamiento de Morelos, y ahí estaban los dos, a caballo, cerca del fuerte la noche del 8 de febrero, con la tropa esperando tras ellos oculta en la selva.

Morelos se veía confiado. Sabía que sus tropas nunca harían caer el fuerte, pero había decidido apelar a la naturaleza avariciosa de los españoles y recurrido a la estrategia de la corrupción. Un teniente español de artillería, José Gagó, acordó con Morelos, con ocho mil pesos de por medio, dejar abierta la entrada a la fortaleza la noche del 8 de febrero y distraer a los guardias para que las tropas pudieran asediar el lugar. Cuando todo estuviera listo encendería una luz como señal. Por eso esperaban pacientemente Morelos y Galeana ese día, a esa hora y en ese lugar. El primero con fe en la victoria, el segundo receloso.

—Prepare a sus hombres, señor Galeana, veremos la señal en cualquier momento.

—Sigo pensando que no debemos confiar en ese señor Gagó. Es

demasiado bueno pensar que un español va a traicionar a su gente. Además, no podemos ganar una batalla sin artillería.

—Le falta fe. Podemos tomar el fuerte, don Hermenegildo. Tenemos a El Niño, el cañón que usted nos dio, mucha gente y mucho amor a la patria.

—Un cañón no basta. Lo que tenemos es una multitud enardecida e ignorante, no un ejército. Gente que ni siquiera sabe por qué pelea. No podemos tener amor a una patria que no existe y la fe no gana batallas. Dios ayuda a los malos cuando éstos son más y mejor armados.

—Saben que pelean por una mejor vida. Eso es un comienzo, es justo y debemos tratar de dárselos.

—Que Dios nos ilumine.

No bien se había encomendado don Hermenegildo a Dios cuando algo, aunque no fuera el Señor, los iluminó. Fue de hecho una antorcha, la señal esperada que debía dejar José Gagó. Morelos avanzó a caballo y tras él Galeana, quien hizo una seña con la mano para ordenar a la gente que avanzara. Los dos guiaron a las tropas hacia el fuerte, las cuales se acercaron lentamente mientras el cielo de la noche sin luna oscurecía cada vez más. Mal augurio para una batalla.

Los españoles no sólo eran avariciosos, sino también ladinos y traicioneros. La puerta del fuerte estaba cerrada, la señal era falsa, los guardias no sólo no estaban distraídos sino que estaban listos en las almenas y los cañones apuntaban. En su primera gran batalla, Morelos guió a sus hombres a la boca del lobo. Los disparos comenzaron a sonar.

3

Tecpan (febrero de 1811)

Tecpan era sólo una pequeña muestra de lo que fue Acapulco. El pueblo estaba lleno de soldados heridos recostados por distintos lugares; cuerpos sangrantes y mutilados, gritos de dolor, miembros amputados, lágrimas y dolor. Por encima de todo, una batalla perdida a cuestas. No una derrota: una masacre. Varios soldados y campesinos heridos, pero en pie, se encargaban de cuidar a otros más desvalidos. Las mujeres del pueblo prestaban ayuda a los insurgentes; todo aquel que podía atendía heridos.

Morelos caminaba acompañado de Galeana en medio de aquel infierno, decaído, culpable, abatido. Trataba de dar ánimos a los heridos pero era él quien los perdía a cada momento. Se detuvieron cerca de donde algunos soldados curaban a sus compañeros heridos.

—Tantas muertes en vano; ni siquiera pudimos tomar Acapulco. Debí haberlo escuchado, señor Galeana, todo esto es culpa mía.

—No decaiga, señor cura, hay que aprender de los errores. Esto es una guerra y nuestros seguidores lo saben. Además, algo bueno obtuvimos a pesar de todo: capturamos a un soldado realista que llevaba el correo. Él está prisionero, se le atiende y tenemos incautadas todas las cartas que llevaba consigo.

Dicho esto, Galeana mostró un morral a Morelos y sacó un hato de documentos.

—Me he dedicado a su lectura; bueno, no yo personalmente, que no leo; pero me los han leído. Cartas de amor, a parientes, a hijos. Cosas banales, pero algunos documentos son útiles. Me preocupa éste en particular.

Galeana mostró a Morelos una carta lacrada, con el sello del ejército realista.

—Debe ser importante, va dirigida al mariscal Calleja de parte de un tal Diego de Montellano.

Ante la mención de ese nombre, Morelos reaccionó, le quitó la carta a Galeana y leyó.

—Esto es muy grave, señor Galeana. El padre Hidalgo fue derrotado cerca de Guadalajara, en puente de Calderón.

—Así es. Según lo escrito, Hidalgo y su gente van hacia el norte huyendo, pero los espera una emboscada. Hay un infiltrado entre ellos, un tal señor Elizondo.

—No podemos hacer mucho por ellos, pero enviaremos un mensajero que intente contactarlos antes para ponerlos sobre aviso.

Galeana guardó un silencio serio por unos segundos.

—Desde luego, padre Morelos, y quiera Dios que podamos auxiliarlos; pero me preocupa más todo lo demás que describe ese documento. Es aquello de lo que le hablé desde nuestra primera

entrevista. Según dice la carta, los realistas tienen espías que han dado pormenores del movimiento a las autoridades. Me preocupa. Allende e Hidalgo pelearon entre ellos tanto o más que contra los españoles, se acusaron mutuamente de querer robar el dinero del movimiento e intentar huir, lucharon por separado y dividieron fuerzas. Hidalgo se dedicaba a un saqueo indiscriminado que Allende siempre quiso evitar; el cura nunca hizo caso de las indicaciones del militar y eso los llevó a la derrota. Según esa carta, Hidalgo ya va incluso en calidad de prisionero de Allende, Aldama y Jiménez. Poco importa si los atrapan o no los españoles, señor Morelos. Están derrotados.

Morelos atendía con detalle a cada palabra de Hermenegildo Galeana.

—Para serle sincero —contestó el cura—, me lo temía. Esas diferencias se dejaban ver desde que me encontré con ellos cerca de Valladolid. Debo admitir además que destruyeron la ciudad. Mi principal conflicto, aunque no lo externé en ese momento al cura Hidalgo, era que pretendían luchar por ese tirano de Fernando VII, lo cual no significa independencia. Siendo franco, no quiero faltar a mi maestro, pero no tenía ideas claras.

—Ése es el punto, señor Morelos, ideas claras. ¿Las tenemos nosotros?, ¿las tiene la tropa? El señor Hidalgo se hizo líder omnipotente de un movimiento en el que sólo su voz tenía valor.

—Pues muy bien, señor Galeana, ya sabemos qué errores no debemos cometer, y no los cometeremos. Para eso cuento con usted, que es más sabio que yo.

Sin que Galeana y Morelos se percataran, había otra persona muy atenta a su conversación. Cerca de ellos, uno de los soldados, que se dedicaba a cuidar a un compañero herido, había dejado sus diligencias y se ocupaba más en escuchar. Morelos pretendió seguir su camino pero fue interrumpido por Galeana.

—Perdone, señor Morelos, una cosa más. Como le he señalado, las demás cartas no tienen importancia; son comunicados de soldados a sus familias, despedidas. Pero hay una que me inquieta; no tiene remitente ni destinatario claro. Está dedicada a alguien a quien se dirigen como “mi conspiradora”, y el firmante se autodenomina “tu sombra”.

El soldado en cuestión que cuidaba heridos dedicó toda su atención, tratando de pasar inadvertido.

—¿Y qué dice? —preguntó Morelos.

Galeana le extendió el documento al padre Morelos.

—Mejor léala usted, que sabe hacerlo.

Morelos tomó el papel que le extendía Galeana y lo leyó con atención en voz alta.

Mi Conspiradora:

Necesito explicarte todo ya que hay cosas que no sabes y son importantes.

Te buscaré incluso en el campo de batalla si es necesario, aunque me vaya la vida.

Tu Sombra

Morelos miró inquisitivamente a Galeana.

—Eso es todo, padre. No sé lo que signifique, pero hay que cuidarnos de tener un infiltrado.

—Siempre habrá gente inesperada entre nosotros, don Hermenegildo, eso se lo aseguro.

—Volviendo a asuntos de guerra, padre, necesitaremos tropas organizadas y más armas si queremos seguir con la lucha. Se ha puesto en contacto conmigo una familia de criollos, hacendados de la zona. No los conozco personalmente, pero sí su reputación. Tuvieron que abandonar su hacienda por negarse a contribuir con los realistas y están ocultos en unas cuevas cercanas. Quieren unirse a la causa y creo que serán de gran ayuda. Se trata de la familia Bravo. Miguel Bravo y su hermano Leonardo, con su joven hijo Nicolás.

Morelos esbozó uno de esos gestos que hacía cuando trataba de sonreír.

—Muy bien, los necesitaremos. Debemos tomar Chilpancingo, Tixtla e Izúcar. Si no pudimos bloquear Acapulco, tenemos que aislar la ciudad de México.

Galeana y Morelos se separaron y siguieron su camino. Cerca de ellos, aquel soldado que había escuchado todo siguió atendiendo a su herido.

4

El pequeño pueblo de Tecpan era el refugio de los insurgentes de Morelos y Galeana, su centro de operaciones. Ahí estaban instalados de momento los dos líderes, recuperándose de la derrota de Acapulco, planeando las nuevas estrategias y tratando de sumar

más gente al movimiento, como fue el caso de la familia Bravo.

A José María Morelos le habían habilitado una habitación que fungía a la vez como oficina, donde el sacerdote descansaba y se reunía con Galeana para tomar decisiones. No había nadie en el aposento cuando un soldado de la tropa insurgente entró con sigilo, mirando en todas direcciones, buscando algo. Abrió gavetas, donde las había, hasta que llegó al escritorio donde había un esbozo de mapa del territorio, desplegado junto a una imagen de la Virgen de Guadalupe.

El soldado se detuvo repentinamente: ahí, en el suelo, junto al escritorio, estaba el morral con el correo interceptado. Estaba visiblemente nervioso, el rostro cubierto con el sombrero, las manos sudorosas y temblando. Tomó el morral y buscó entre los papeles hasta que extrajo uno de ellos, aquel en el que se podía leer en el encabezado: "A mi Conspiradora". De pronto un portazo evidenció la presencia de alguien en la habitación. El soldado se quedó de pie, helado, sin moverse ni hablar. La voz de Morelos retumbó.

—Así que, efectivamente, tenemos infiltrados entre nosotros. Probablemente un traidor, y como tal, condenado a ser fusilado.

El soldado siguió inmóvil; todo el cuerpo le temblaba. Finalmente se dio la vuelta para ponerse cara a cara con el general José María Morelos, ante quien se descubrió para evidenciar su identidad.

Morelos permaneció de pie, con la mirada fija en aquel rostro, los ojos bien abiertos, la mirada penetrante. Trataba de tomar fuerzas para ejercer toda su autoridad, pero finalmente, como pocas veces en su vida, el sentimiento se apoderó de él. Corrió hacia el soldado y lo abrazó fuertemente.

—Ya me lo sospechaba, nadie trata con tal diligencia a los heridos. Sofía, es increíblemente estúpido lo que has hecho. Si algo te hubiera pasado nunca me lo habría perdonado.

Tras unos segundos, Sofía se separó del abrazo de Morelos. Tenía lágrimas en los ojos pero habló con toda firmeza:

—Yo soy quien no lo ha perdonado, padre. Yo también tengo el derecho de vengar la muerte de mis padres.

Todo el paternalismo se fue del rostro y las actitudes de José María Morelos; de nuevo hablaba el sacerdote, el tutor, la autoridad y, ahora, el general:

—Sigues sin entender nada. Esto no es una venganza personal.

—Para mí sí lo es. Para muchos de aquí también. Queremos vengar la sangre derramada por esos…

Morelos levantó la mano y detuvo el discurso de Sofía. Le

mostró la imagen de la Virgen de Guadalupe.

—Nuestra gente sigue a esta imagen, Sofía, es su bandera, la madre de Dios. El enemigo, los realistas, tienen como bandera la imagen de la Virgen de los Remedios, la misma madre de Dios. ¿Tú crees que la Virgen o Dios estén de algún lado? ¿Crees que prefieren nuestra causa o la de los realistas? Es la misma Virgen y el mismo Dios, el Dios de todos, de nosotros y de los realistas.

—Pero es nuestra Virgen, padre, la de estas tierras.

—Por Dios, Sofía, haz honor a tu nombre. Esa imagen es sólo un símbolo. Mientras casi todo el pueblo piensa que se apareció en el Tepeyac hace casi trescientos años, prácticamente toda la élite religiosa sabe que fue sólo un sincretismo: convertir a una divinidad pagana venerada por todos, la diosa madre Tonantzin, en la madre de Dios. Pero la gente sólo pelea si piensa que tiene causas para hacerlo; por eso el padre Hidalgo tomó equivocadamente a la Virgen como estandarte, porque sabía que sólo así pondría de su lado al pueblo.

—Y lo logró —interrumpió Sofía.

—Logró que ochenta mil ignorantes tomaran las armas con la idea de que peleaban por la virgencita, y los mantuvo porque los dejó saquear a discreción. Mira, Sofía, en nuestro ejército hay muchos criollos, blancos, descendientes de españoles; hay indios, hay mestizos. Pero del otro lado, en el ejército realista, también hay criollos, obviamente españoles, y también hay mestizos e indios, y de igual manera creen que pelean por Dios. Sería peligroso que regresaras y por eso dejaré que te quedes con nosotros, pero debes ser la primera en entender por qué luchamos.

Sofía estaba callada, pequeña, con la mirada en el suelo y sin saber qué decir, algo poco común en ella. Apenas logró emitir un sonido:

—Esos españoles no son mis hermanos.

Morelos se acercó a ella y le levantó el rostro con sus manos.

—Su sangre y la nuestra es igual de roja. Somos Caín y Abel peleando sin sentido. Todos los que nacimos en esta tierra somos hermanos. ¿No lo entiendes, Sofía? Todo aquel nacido aquí es americano, desde el indio hasta el criollo. Pero necesitamos que lo entiendan, que dejen las banderas de vírgenes y santos, que entiendan que se pelea por una patria libre.

Sofía escuchó en silencio, dio la espalda a Morelos y se dirigió a la puerta de la habitación, llevándose, sin que él lo notara, la carta que había ido a buscar, aquella que sabía era para ella. Desde la puerta y antes de salir se dirigió a Morelos:

—Yo no lo comprendo, padre, y francamente dudo que la mayoría aquí lo entienda.

—Muy bien, pues creo que ha llegado el momento de dejar claro a todo el mundo qué es lo que buscamos. Quien no esté de acuerdo podrá retirarse.

5

Cuando Hidalgo y sus huestes tomaron Guanajuato, el intendente Riaño, antes de atrincherarse en la Alhóndiga de Granaditas, había mandado una carta al mariscal Félix María Calleja del Rey solicitando su ayuda militar para defender la ciudad. Calleja no acudió al llamado y los insurgentes tomaron el sitio.

Calleja recibió la misiva pero decidió hacer caso omiso de ella. La razón fue simple: el mariscal era, ante todo, un estratega. Sabía que Guanajuato era indefendible por su situación geográfica, y que irse a meter ahí con tropas era como entrar a una ratonera. Así tiene que pensar un militar, estratégicamente, y buscando la mejor victoria posible. Calleja se quedó en San Luis aumentando su ejército y preparándolo; para cuando estuvo listo, Guanajuato ya había caído y el mariscal se dirigió a la ciudad de México.

El 31 de octubre de 1810 las tropas de Hidalgo, unos ochenta mil guerrilleros, derrotaron a un pequeño ejército realista, de no más de dos mil elementos, en el cerro de las Cruces, la puerta de entrada a la ciudad de México. Tras la victoria todos esperaban la toma de la capital, pero en un movimiento inesperado Hidalgo se retiró; nadie supo el motivo.

La causa fue Félix María Calleja, quien tenía todo listo para sitiar y destruir a Hidalgo en la propia ciudad de México. La otra causa fue que, a pesar de todo, Allende siempre tuvo razón: quienes seguían a Hidalgo no formaban un ejército, sino una turba sedienta de sangre y hambrienta de saqueo, desde luego indisciplinada, y tal como el teniente Allende había anunciado, en cuanto hubo muertos y enfrentamientos reales contra cañones, la turba se disipó. Cierto, ganaron el cerro de las Cruces, pero ahí no había nada que saquear. La guerra dejó de valer la pena.

Hidalgo se retiró con su gente y fue vencido por Calleja en

Aculco. El héroe derrotado siguió rumbo a Guadalajara mientras Allende se refugió en Guanajuato, donde el propio Calleja lo expulsó. Aunque ya eran enemigos, Allende e Hidalgo se encontraron en Guadalajara para tratar de establecer una nueva estrategia que los llevara de regreso al camino del triunfo. Pero una vez más, el cura no quiso escuchar al militar y tomó las decisiones equivocadas.

Cerca de Guadalajara, en el puente de Calderón, Hidalgo, al mando de ochenta mil personas, muchas de las cuales reunió en Guadalajara, nuevamente fue derrotado por Calleja y menos de seis mil hombres. Se enfrentó la turba contra la disciplina. Venció la segunda, como siempre lo había dicho Allende.

El mariscal Calleja fue llamado a la ciudad de México y recibió todo tipo de honores, entre ellos la nobleza. Fue condecorado y honrado con el título de conde de Calderón, en honor a su gran triunfo. En febrero de 1811, Hidalgo ya no era una amenaza para la capital novohispana, que sin embargo comenzaba a sentir miedo por la proximidad de Morelos. Ahí, en su residencia de la ciudad, Calleja planeó sus nuevas estrategias y aprovechó para reunirse con su principal espía, don Diego de Montellano.

—La situación no es clara y es, por lo tanto, preocupante, mi querido Diego. Por un lado, el matrimonio está pactado, pero tu hijo no aparece por ningún lado. Creo que abusa de sus privilegios militares. También me dice mi sobrina Alejandra que Miguel frecuenta demasiado a una mestiza que está ligada al tal Morelos. En tercer lugar, ese Morelos comienza a ser preocupante.

—Todo lo contrario, señor conde, el compromiso de Diego con Alejandra es más sólido que nunca; yo respondo por él. Mi hijo está tras los pasos de Morelos y simplemente se gana la confianza de algunos allegados; además, la tal Sofía Guillén puede tener información muy importante. Por el tercer tema no se preocupe, precisamente tengo a Morelos bien vigilado y Miguel es parte del plan. Todo sigue en perfecto orden.

El ahora conde de Calderón llenó de brandy dos copas y pasó una a Diego de Montellano.

—Me complace mucho escuchar lo que dices, Diego. Tu hijo es demasiado emocional y eso a veces me pone nervioso. Pero toda la confianza que tengo en ti la deposito en él. Brindemos por que pronto se realice ese matrimonio y por la pronta muerte de José María Morelos. Mi carrera, y por tanto la tuya y la de tu hijo, dependen de ello.

6

La plaza principal de Tecpan estaba llena de gente; los pobladores simpatizantes, que eran todos, y los soldados que estaban bien se encontraban ahí. Esperaban un discurso que su general Morelos iba a pronunciar. Rostros nuevos y desconocidos se podían ver también entre la multitud. La fama de Morelos se extendía y de diversos puntos y rincones se acercaban para sumarse a su causa.

En un edificio que tenía un balcón con vista a la plaza, estaba Morelos dialogando con Galeana. La situación no era fácil. Cierto, se sumaba gente, pero no querían repetir los errores de Hidalgo; no necesitaban tumultos sino tropas organizadas y disciplinadas. No querían, por tanto, engañar a la gente con dioses, santos o vírgenes para que los siguieran. Galeana particularmente se oponía a ello de manera tajante. Por eso era necesario hablar con la gente.

En el interior de la habitación estaba Sofía Guillén, acompañada de Mateo, quien había sido designado por el propio Morelos para no perderla de vista. Así, eran testigos del diálogo que Morelos y Galeana sostenían antes de dirigirse a la multitud.

—Es importante que defina qué quiere usted, padre Morelos. ¿Qué busca su guerra? ¿Liberar a un pueblo de un tirano para que quede en manos de otro, uno que viva en México y no en Madrid? ¿Que otro tenga el poder; usted, por ejemplo?

—Sin tiranos, señor Galeana. Sólo quiero a un pueblo libre, un pueblo que se mande a sí mismo. Habrá que buscar la forma en que se represente y se gobierne. Una cosa puedo asegurarle: no busco glorias personales ni poder, sólo libertad.

—La libertad requiere madurez.

Antes de contestar a Galeana, Morelos volteó a ver a Sofía; hasta de ella podía aprender el señor cura de Carácuaro.

—Alguien me hizo ver un día, señor Galeana, que sólo un pueblo maduro puede ser libre, pero sólo un pueblo libre puede madurar.

Sofía no pudo evitar sonreír. Ella aleccionando a su gran mentor, quién lo diría.

Afuera la multitud esperaba, y José María Morelos se dirigió al balcón para comenzar su discurso, un mensaje fundamental para el resto de su movimiento. Su presencia, aunque baja de estatura, ya que el cura apenas levantaba un metro con sesenta centímetros del suelo, llenaba todo el lugar. La gente comenzó a callar y el señor cura habló:

—¡Americanos! Perdimos Acapulco, pero no debemos

detenernos ante una derrota. La América será libre y una nueva nación con sus propios sentimientos. Pero no debemos olvidar los ideales por los que luchamos y que serán la base de esta nueva patria.

Sabía el cura de Carácuaro que muchos no entenderían aquel discurso, que en muchos no existía siquiera la noción de patria, que nada significaba el concepto de libertad, que tenían como valores máximos el altar y el trono. Sabía, pues, que su discurso podía generar desbandadas, pero estaba decidido: era mejor tener pocos hombres conscientes de sus objetivos. Siguió con su discurso:

—Hoy proclamo abolida la esclavitud en todo territorio que sea tomado por las tropas libertadoras, basados en la idea de que todos somos iguales.

Esa proclama sí arrancó gritos de júbilo. La idea de ser todos iguales en un reino donde jurídicamente eran todos desiguales. Morelos seguía hablando.

—Por esta misma igualdad, decreto en este momento que queda prohibido cualquier tipo de discriminación y la guerra de castas. Todos los americanos debemos estar unidos, sólo así podremos ser libres y tener un futuro. No es ésta una guerra de despojo; no estará permitido el saqueo ni el odio. No se tomarán represalias ni venganzas contra los dueños de tierras y haciendas.

Morelos no pudo evitar darse cuenta de que esas palabras motivaron el desánimo en algunos, para quienes el saqueo era una forma de hacerse de bienes y posesiones, aquellos que veían en esta lucha la manera de cobrar efectivamente venganzas centenarias. La consternación dominó el espíritu de varios de ellos; la desbandada comenzó en ese mismo momento y algunos hombres dejaron sus palos, sus fusiles, sus azadones o lo que usaran como arma. Morelos prosiguió, era momento de hablar de ideales más altos.

—Escúchenme con atención. Esta América septentrional debe ser libre del yugo de los españoles. Ha llegado el momento de construir para nosotros, los americanos, una nueva nación; pero una nación no debe ni puede sustentarse en el odio y en los rencores. Éste es el momento en que todo aquel que lo desee podrá abandonar la lucha sin ser considerado desertor. Los que permanezcan deben saber que pelean por la libertad de esta nueva patria, y que ésa, y sólo ésa, será su recompensa.

Al final de su arenga la multitud era considerablemente menor, pero la plaza de Tecpan seguía conteniendo a un buen número de personas que seguían a pie firme. A ellos dirigió el sacerdote la arenga final:

—¡Viva la América!

La gente en la plaza levantó sus manos, vacías o con armas. Como si hubiera existido un común acuerdo contestaron la proclama a una sola voz:

—¡Que viva el general Morelos!

7

Vicente Guerrero nunca pudo haber tenido un mejor nombre, era exactamente un guerrero de espíritu. Contaba apenas con veintinueve años cuando Morelos llegó a Tecpan y decidió unirse a su causa. Cuáles fueron sus motivaciones, imposible saberlo; si algún rencor guardaba al español, sería más por motivos sociales que económicos, es decir, por la discriminación que su color oscuro le atraía.

Su familia, sin embargo, no era mal acomodada. Su tío, Diego Guerrero, era militar realista, y su padre, un arriero, es decir, se dedicaba a los animales, al comercio, estaba entrenado en el uso de armas y por lo tanto no era alguien a quien le preocupara el dinero. Aun así, su hijo Vicente sintió la vocación de unirse a las fuerzas del cura de Carácuaro. Precisamente Guerrero no requería del saqueo para vivir, por lo que tal vez ese discurso libertario y la idea de formar una nueva patria fue lo que llamó su atención. El caso es que allí, en Tecpan, Vicente Guerrero y gente que lo acompañaba se pusieron incondicionalmente a las órdenes de Morelos. Tal vez el cura no reconocía a Guerrero, pero él sí recordaba al sacerdote, ya que don Vicente había sido miembro del consejo de administración del curato en años pasados.

Miguel Fernández Félix era criollo nacido en el norte de la Nueva España, en la Villa de Tamazula. A temprana edad ingresó al seminario en la ciudad de Durango y siendo muy joven fue enviado a estudiar a la capital del virreinato, en el Colegio de San Ildefonso, lo que evidenciaba su elevado nivel socioeconómico. Hombre ilustrado y dedicado a sus estudios era don Miguel; sin embargo, lo dejó todo al enterarse del movimiento de José María Morelos: abandonó la seguridad de la ciudad y los estudios y se internó en la sierra del sur en busca del cura de Carácuaro. Al igual que Vicente

Guerrero, se encontró con él en Tecpan y fue precisamente la proclama contra la guerra de castas, el saqueo y las venganzas lo que convenció a don Miguel de unirse a las filas de Morelos. Tenía tan sólo veinticinco años y un gran espíritu.

Guerrero y Fernández ganaron rápidamente la confianza del padre Morelos y decidió hacerlos partícipes de sus planes. Por eso estaba con ellos y con la familia Bravo cuando él y don Hermenegildo Galeana planearon los pasos a seguir en la guerra, determinados en gran medida por una carta.

Ahí estaban todos ante una gran mesa presidida por el general Morelos, quien terminaba de escribir una misiva. Una vez lacrado el sobre, comunicó las noticias a los presentes.

—He recibido una carta del señor don Ignacio López Rayón, quien se identifica como secretario general de don Miguel Hidalgo. En ella me notifica la captura de Hidalgo y sus más cercanos seguidores.

Un silencio sepulcral invadió la habitación. Morelos prosiguió:

—Esto no debe detenernos. El padre Hidalgo, como nosotros, conocía los riesgos y estuvo dispuesto a dar su vida, como espero lo estén ustedes.

—¿Qué haremos ahora, padre? —preguntó Galeana.

—El señor López se autodenomina líder del movimiento que llama de independencia, aunque sigue hablando de entregar la Corona de la Nueva España a Fernando VII. Argumenta que el teniente Allende, antes de ser capturado, lo dejó al mando. Por otro lado, el señor Hidalgo me nombró a mí como general con autoridad suficiente. No es momento ahora de disputar liderazgos sino de unir esfuerzos. El señor López Rayón ha proclamado una junta de gobierno y nos pide ayuda.

Galeana tomó la palabra:

—Supongo que hablo por todos aquí al decir que cuenta con nuestra lealtad en lo que usted decida, nuestro general.

—Yo estoy dispuesto a defender la Junta con la vida, señor Galeana, pero no como él la establece ni como el propio Hidalgo planteaba. La nuestra no es una lucha por Fernando VII.

Morelos se puso de pie para dar fuerza a sus palabras:

—Hidalgo y Allende estaban equivocados. Es hora de quitarle la máscara a la independencia; los americanos somos un pueblo soberano y no respondemos ya a ningún rey. Esto es lo que acabo de escribir en esta carta a don Ignacio. Si la junta de gobierno que forma busca la independencia total, tendrá todo el apoyo de este ejército.

Vicente Guerrero se puso intempestivamente de pie al tiempo que tomaba la empuñadura de su espada:

—Mi espada y mi vida están con usted, general Morelos.

Los demás presentes, Miguel Fernández, los Bravo y el propio Galeana se pusieron de pie en un gesto similar, todos reconociendo a Morelos como su supremo general, quien retomó la palabra.

—Mucho agradezco a todos; ahora hay que pasar a la acción. Señor Guerrero, usted irá junto con Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo a tomar Taxco. Es fundamental para nuestro movimiento apoderarnos de la ciudad y de sus vetas de plata. Las guerras cuestan. No vamos a cometer los errores de Hidalgo, quien tras cada saqueo dejaba las ciudades abandonadas. Por eso voy a pedirle a Leonardo Bravo que se mantengan con tropas en la costa para conservar las posiciones ganadas.

Todos los presentes asintieron de pie y se aprestaron a cumplir sus órdenes. Morelos se dirigió a Miguel Fernández:

—Voy a pedir a usted que se quede a mi lado. Tomaremos Chilpancingo, que es ruta fundamental del comercio a la capital. Como pueden ver ustedes, estaremos rodeando la ciudad de México por el sur.

Cuando todos salieron de la habitación, el padre José María solicitó la presencia de Mateo, quien llegó en pocos minutos.

—Mateo, hemos tomado decisiones y dispersaremos las tropas para un mejor ataque. Tú y Sofía vendrán conmigo a Chilpancingo y a Izúcar. Cuídala bien y no le quites los ojos de encima.

8

Camino a Chilpancingo (marzo de 1811)

La sierra del sur era un terreno inexpugnable; la selva totalmente cerrada impedía el paso de cualquiera, y sin embargo

por ahí se encaminaron las tropas de Morelos. Las noches sin luna creaban una penumbra tenebrosa y helada. Ningún soldado realista hubiera atinado a pensar que Morelos tomara esas veredas, y mucho menos se hubiera atrevido a seguirlo. Sólo uno lo hizo, y seguía paso a paso, sigilosamente, las huellas del grupo insurgente.

El grupo de Morelos acampaba en medio de la sierra. Todo estaba sumido en el más profundo de los silencios; las carpas de campaña escondidas bajo los árboles y el follaje eran irreconocibles, los animales dormían, el viento no soplaba. Nadie pensaría que un grupo de rebeldes acampaba en ese territorio. Pero aquel soldado realista los seguía de cerca. Al fondo del campamento algunas carretas también funcionaban como carpas. Todo parecía seguro. El campamento entero dormía. Sólo una luz tenue se vislumbraba entre tanta penumbra; provenía de la carreta que hospedaba a Sofía, quien con la luz de un quinqué, lo más exigua posible, leía; mejor dicho, trataba de leer los papeles antiguos del cofre de su padre.

Era prácticamente imposible encontrar un párrafo completo que se pudiera comprender. Por ello Sofía se dedicó a copiar todos los renglones que tuvieran significado y colocarlos en orden. Pensó que tal vez así podría descifrar algo. Varias páginas ilegibles se transformaron en pocas líneas:

El camino de la libertad llevome por el mundo; de mía tierra natal a la de los anglos, oprimidos por el infame rey Carlos, y con los francos, sometidos por Luis XIII…

Aparte de ese único párrafo legible en su totalidad, todo eran retazos:

Los reyes pretenden estar designados por un Dios al que convierten en sometedor…

…No juzguéis, dicen los que mandan al infierno a aquel que no se doblega ante sus designios…

…La Iglesia es enemiga de la libertad de los pueblos…

…Sociedades que luchan por el conocimiento y la libertad, en secreto…

…hubimos de huir hacia el Nuevo Mundo…

…Dos años de navegar entre los piratas… …Veracruz… el camino a la ciudad de México…

…tertulias literarias, buscábamos la forma de liberar el país…

…Sociedad del Águila…

…IHS rebeldes…

…1642… brujería y herejía… tratos con el demonio.

…escapé la Navidad de 1650…

…liberar a Nueva España.

…Nueve años más en el calabozo más oscuro…

…la sentencia, que las llamas purifiquen mi alma… habrá otros tiempos propicios para la libertad, dejo para ellos un legado.

GL

Sofía no podía creer lo que leía y tenía en sus manos; comenzaba a armar las piezas. Esas letras al final: GL. Tenían que referirse a la misma persona, al tal Guillén de Lampart. La historia podía coincidir. Sabía Sofía que ese hombre había sido juzgado y condenado a muerte por la Inquisición. No le extrañaba; los ataques a la Iglesia eran una constante en esas líneas, y seguramente en las partes que no logró interpretar había más información al respecto. Pero dos cosas sobre todas las demás llamaban poderosamente su atención.

No sabía a lo que se refería, pero en medio de frases incomprensibles encontró claramente escritas las palabras "Sociedad del Águila" y no podía entonces sacar de su mente esa medalla que colgaba de su cuello, esa figura grabada en la lápida de sus padres, ese tallado en el cofre de su padre. Siempre un águila. El otro concepto que no salía de su cabeza era el de "IHS rebeldes". ¡Jesuitas rebeldes! No podía significar otra cosa. Algo relacionaba a los jesuitas, a su padre, a la Sociedad del Águila y a aquel misterioso irlandés hereje, pero ¿qué?

Sus pensamientos fueron violentamente interrumpidos. El único soldado español que logró seguir los pasos del grupo de Morelos se hizo presente, por lo menos su voz. Al otro lado de su carpa, Sofía escuchó perfectamente la voz de Miguel de Montellano que la llamaba.

—Sofía, sé que estás ahí, necesito hablarte.

Sofía quedó completamente desconcertada. Pensaba que no volvería a ver nunca a Miguel de Montellano, pero desde luego jamás, bajo ninguna circunstancia de las posibles, esperaba encontrarlo ahí, en medio de la nada, en un campamento rebelde y con Morelos y Mateo durmiendo a sólo unos pasos. La voz volvió a hablar:

—Sofía, escúchame, tengo que hablarte y no me importa si despierto a todos.

Sofía no sabía qué hacer ni era capaz de dominar ni de entender sus emociones. Ahí estaban la ira, el coraje, la frustración, el enojo; pero también una gran felicidad y un terrible miedo. Ante todo, al responder, se impuso la dignidad:

—No debería estar en el campo enemigo, capitán, arriesga su

vida… y la arriesga sin sentido.

—La arriesgo a diario, Sofía, y por cosas sin sentido en verdad. Tú eres la mejor causa.

Sofía estaba sin habla, nerviosa. Tenía que contestar pero no sabía cómo. Necesitaba controlar sus sentimientos.

—Debería cuidarse… para su prometida.

—Necesito que me dejes explicarte, Sofía. Yo no amo a Alejandra de la Gándara y no me interesa casarme con ella.

A pesar de su mejor máscara de indiferencia, el rostro de Sofía esbozó una sonrisa. Cada uno a un lado de la carpa mantuvo el silencio.

Pero en toda esa soledad no eran Sofía y Miguel los únicos despiertos. Una sombra comenzó a moverse, muy despacio y sigilosamente, como acechando a su presa. Se acercó a otros dos soldados que dormían y muy en silencio los despertó. Les hizo una señal de que lo siguieran. Todo marchaba a la perfección, capturarían a Miguel de Montellano.

Dentro de la carreta, Sofía sentía palpitar cada vez más fuerte su corazón. Tenía que aceptar que la llenaba de emoción la presencia de Miguel en ese paraje lejano y desolado. Pero trató de que no se notara que la estaba doblegando.

—Pues yo creo que son el uno para el otro, capitán.

Pero Miguel no había llegado hasta ahí para rendirse fácilmente.

—Eso es un matrimonio arreglado, Sofía; desde hace años, entre mi padre y su madre. Buscan unir nobleza y fortuna, pero yo nunca he querido casarme con ella.

Por suerte para Sofía, una carpa los separaba y no se podían ver los rostros, ya que Miguel hubiera notado que todas sus defensas habían caído. Sofía sonrió, acercó el rostro a la carpa, junto al de Miguel, quien abundó:

—Sólo una persona me ha hecho recorrer el país. Quiero que estemos juntos, Sofía.

—Eso es imposible, Miguel, por más que lo queramos.

No se dio cuenta Sofía de lo que contestó ni de cómo lo hizo, con qué familiaridad, pero a Miguel de Montellano, soldado finalmente, no se le fue el detalle, la oportunidad.

—¿Que lo queramos?

Sofía esperó antes de contestar, pero sabía que había perdido ese encuentro.

—Por más que usted quiera eso, capitán. Además, su presencia aquí nos pone en peligro a mí y a los que quiero. Seguramente el resto de las tropas conocen su ubicación.

—Te aseguro, Sofía, que vine solo y nadie sabe dónde estoy. Nadie corre peligro.

Tres eran ya entonces las sombras que acechaban sigilosas y se acercaban lentamente a la carreta de Sofía. Mientras tanto Miguel, ya del todo embelesado, seguía hablando con Sofía.

—El padre Hidalgo está en juicio en la Inquisición y sólo le espera el paredón. Todos los demás líderes que lo acompañaban ya fueron fusilados. Ahora todas las miradas están sobre tu padre, Morelos. Él está en peligro y por lo tanto también quienes lo rodean. Ven conmigo.

Algo sacó a Sofía de su estado casi hipnótico; tal vez su imaginación, tal vez el miedo, quizás algo real, pero creyó escuchar un ruido.

—En este momento tú eres el que está en peligro, tienes que salir inmediatamente de aquí.

Miguel estaba más que consciente de eso, pero también estaba dispuesto a arriesgar su vida para decirle su versión de la historia a Sofía Guillén. Ya lo había hecho y era momento de irse. Sólo le quedaba algo por decir:

—Te quiero, Sofía.

—Huye, pronto.

Mateo entró violentamente a la carpa de Sofía mientras los dos soldados que lo seguían empuñaban sendos fusiles y miraban alrededor de la carreta. Nada. Mateo no podía creerlo, estaba seguro de que lo tenía en sus manos. Sofía estaba recostada y puso su mejor cara de asombro ante un Mateo que se veía furioso.

—¿Dónde está, Sofía? El soldado, ese Montellano; yo sé que estaba aquí, ¿dónde está?

Sofía perfeccionó aún más su cara de asombro y la acompañó con una cándida sonrisa.

—No sé de qué estás hablando, Mateo.

Mateo no podía reñir con Sofía, nunca lo había hecho y sabía que jamás lo lograría.

—Mi niña… es el enemigo, seguramente busca al padre Morelos.

Sofía incluso fingió estar recién despierta.

—¿Quién busca al padre Morelos, Mateo? ¿De qué hablas?

Mateo miró a Sofía con todo el enojo de que fue capaz, que fue poco. Se sabía rendido.

—Estoy seguro de que estaba aquí y que tenía todo listo para capturarlo, niña.

—Bueno, ya ves lo que dicen, Mateo: del plato a la boca a veces se cae la sopa.

9

No acababa de salir el sol del día siguiente cuando José María Morelos mandó llamar a su presencia a Sofía Guillén. El general esperaba dentro de su casa de campaña, de pie, con el rostro firme, adusto, sin ningún rasgo del paternalismo que Sofía siempre había podido encontrar en Morelos. Junto al general Morelos estaba Mateo, por lo que Sofía intuía de qué se trataba todo aquello.

Estaba Morelos en realidad molesto y así se lo hizo saber a Sofía. Si ella había decidido ir a la guerra y seguirlo en el campo de batalla debía atenerse a las normas de esa batalla, a la disciplina castrense, y a verlo a él ya ni como su tutor, no como el sacerdote, sino como el general del ejército del sur. Toda indisciplina, todo acto de insubordinación, toda traición debía ser castigada. Reunirse en secreto con el enemigo era irremediablemente un acto de traición. Sofía permanecía sentada con la cabeza baja.

—Lo entiendo.

—Tú no has entendido nada, no hay casualidades en la guerra. Él es Miguel de Montellano, su familia es de tradición realista, enemigos de la causa. Podría ser un espía. No puedo creer que tengas algo que ver con él, que me hayas escondido esto.

—Todo enemigo de la causa es un enemigo mío, padre. Pero no se preocupe, él no es un espía. Él venía por mí y por supuesto lo rechacé.

—No te engañes, Sofía, no venía por ti. Él ya está comprometido con alguien de su clase. Lo que buscaba era información.

José María Morelos conocía muy bien a su protegida, sabía dónde atacar su orgullo y lo había logrado. Sofía sintió que le hervía la sangre cuando Morelos hizo referencia a la clase social.

—Pero ese matrimonio es arreglado, padre. ¿Por qué piensa que alguien de su clase no se fijaría en alguien como yo? Usted siempre ha dicho que todos somos iguales y ahora me dice que no soy suficiente para el capitán Montellano.

Morelos se acercó hasta Sofía; por momentos el padre volvió a imponerse sobre el general, se acuclilló para poner sus ojos al mismo nivel que ella. Asumió una actitud más cariñosa y tomó sus manos.

—Hay cosas más graves que tú no sabes.

—Precisamente por eso decidí venir con usted, buscando respuestas. Además, no entiendo qué podría ser tan terrible. Ya sé que Miguel de Montellano es de la aristocracia, ya sé que está comprometido, pero también sé que le creo, que me quiere, que su

matrimonio es arreglado. Ya puedo tomar mis decisiones; estoy harta de esta estúpida guerra y de esta estúpida causa. Ya nada me interesa.

Morelos apretó las manos de Sofía.

—Sofía, el padre de Miguel, don Diego Montellano, ha sido enemigo de la causa, un traidor, según sé. Desde hace años ha aniquilado a los que luchaban por la independencia. Ha sido un espía del gobierno virreinal, y por lo que sé, su hijo le sigue los pasos.

El padre José María guardó silencio, miró a Sofía a los ojos fijamente y vio cómo su rostro comenzaba a cambiar.

—Tu padre era el principal líder de una conspiración; no sé mucho más que eso, pero esa conspiración fue delatada por uno de sus miembros. Sofía, el padre de Miguel, Diego de Montellano, asesinó a tus padres la noche que yo te llevé conmigo.

Sofía quedó en silencio, inmóvil, con la mirada perdida; la rabia le salía por los poros, sus músculos se tensaban. Lentamente las lágrimas comenzaron a aflorar de sus ojos; el goteo se convirtió en tormenta. Entonces se levantó con furia, y en un arrebato de ira apretó los puños y gritó. El llanto brotó como nunca. Sentía que toda su vida se destrozaba, que todo sueño quedaba irrealizable, que todo castillo en el aire estaba destinado a desmoronarse, que a cada ilusión se imponía una barrera. Morelos intentó acercarse para abrazarla, pero Sofía volcó toda su furia contra él. Mientras la abrazaba y la contenía, la niña golpeaba desesperada su espalda. Finalmente ganó el cansancio; Sofía quedó rendida abrazando a su padre José María.

10

Francisco Xavier Venegas había tomado su cargo de virrey de la Nueva España un día antes de que Hidalgo levantara en armas a su turba iracunda. Jamás pensó enfrentarse a una guerra de independencia, sino a una bola de léperos sublevados sobre los que habría que ejercer toda la represión posible. Tras la muerte de Hidalgo y sus seguidores, el virrey se sintió tranquilo en el trono, convencido de que había detenido esa revolución que había

marcado el inicio de su reinado.

¡Qué equivocado estaba el señor virrey! Esa insurrección marcaría todo su mandato. Justo cuando comenzaba a respirar de alivio tras la muerte de Hidalgo, ya le llegaban noticias del movimiento de López Rayón y de José María Morelos. Por eso mandó llamar al hombre fuerte del reino, por más que no fuera de su confianza o de sus afectos: don Félix María Calleja del Rey, quien desde luego se apersonó acompañado de su esbirro de primer nivel, Diego de Montellano.

—Las situaciones especiales requieren medidas especiales, caballeros —comenzó a hablar el virrey—. No debemos dar cuartel; todo traidor será condenado a muerte sin juicio de por medio y podrá ser fusilado en el campo de batalla.

Intervino el mariscal Calleja:

—Si me permite, excelencia, el problema es que pueblos enteros apoyan a este hereje y le dan su protección. Si usted me lo permite, yo podría persuadir a esos pueblos de que dejen de apoyar a Morelos.

—Nos apegaremos a la caballerosidad y el honor de la batalla, mariscal Calleja; conozco sus métodos y no son honorables. Toda bajeza cometida por usted caerá sobre mi propio honor.

—Pero, excelencia, no podemos desafiarlo en una guerra frontal y es imposible capturarlo si lo protegen los pueblos de la sierra; es el momento de tomar medidas drásticas aunque el honor esté en juego.

Diego de Montellano se había mantenido a la distancia observando a los dos adversarios políticos. Venegas poseía el puesto al que aspiraba el mariscal, quien tenía la gloria que nunca había obtenido Venegas. Decidió que era oportuno intervenir:

—Si me permiten, creo que tengo la solución adecuada. Una guerra frontal puede prolongarse indefinidamente, y estoy de acuerdo en proteger el honor de tan notables caballeros. Yo, por mi parte, estoy más acostumbrado a la deshonra, y también al dinero. Sé de buena fuente que el general Morelos se dirige a Chilpancingo, población que tomará sin dificultad. Es imposible sitiarlo, imposible vencerlo… pero podemos simplemente aniquilarlo y evitar enfrentamientos; su sola muerte bastará para que todos los demás huyan.

Los dos militares pusieron toda su atención en don Diego. Una muerte repentina de Morelos podía aniquilar el movimiento y terminar con todos los problemas. Diego les hizo saber que estaba informado de la ruta de Morelos y de su destino; también, de que

había infiltrado a una indígena a su servicio, convencida de que Morelos era un hereje enemigo de Dios, y la había provisto de un fuerte veneno que desangraría internamente al cura de Carácuaro hasta provocarle una muerte agónica y, sobre todo, muy lenta. Varios días de sufrimiento.

No tenía caso, pues, mandar tropas a Chilpancingo; él mismo se encargaría de hacer llegar el veneno a su espía para que ésta pudiera administrárselo a José María Morelos.

Pero si eso no fuera suficiente, planteaba don Diego, esos insurgentes no estaban unidos. Hidalgo y Allende se habían vuelto enconados enemigos, y Morelos y López Rayón eran precisamente los sucesores de aquellos dos. Sólo era necesario mantener ese conflicto y hacerlo crecer.

—López Rayón no comanda un gran ejército —planteó Diego—; quiere hacer algo más formal, una junta de gobierno que pretende presidir. El tal Morelos sí tiene un gran ejército y, créanme, aspirará al poder. Enfoquemos de momento la inteligencia contra el cura; eliminémoslo. Mientras, dejemos que López Rayón termine de establecerse en Zitácuaro, donde no es una amenaza. Cuando sea necesario, lo sacaremos de ahí, si él y las tropas insurgentes del sur no se aniquilan antes.

Que esos indios rebeldes se mataran entre sí, era la idea de don Diego. Los días del movimiento estaban contados y éste expiraría en la villa de Chilpancingo.

11

En agosto de 1811, sin que ninguna tropa realista lo impidiera, Ignacio López Rayón estableció en Zitácuaro lo que él llamó la Junta Nacional Americana, de la que se nombró presidente, eso sí, en representación de Fernando VII. Esa mención al rey hizo que José María Morelos, sin llegar a desconocer la junta, decidiera no participar en ella, aunque nombró como su representante a uno de los integrantes de ésta, a su antiguo amigo, José Sixto Verduzco. Tal como el virrey y el mariscal preveían, los dos movimientos avanzaban por separado, aunque de momento sin enemistarse.

Mientras tanto el general Morelos agonizaba. Su salud, de hierro

hasta mayo, cuando tomaron Chilpancingo, comenzó a declinar. Vivía débil, cansado, febril, y vomitaba sangre todos los días. El cura de Carácuaro se estaba desangrando por dentro, pero era fuerte. Sus órganos se consumían a sí mismos, pero no lo destruyeron.

Todos sus seguidores estaban preocupados, aunque el propio general Morelos siempre había tratado de dejar en claro que se luchaba por una causa y no por una persona; en realidad, los otros líderes sabían que sólo Morelos los mantenía unidos. Moribundo continuó Morelos su avance, dejó a Galeana en Taxco, con tropas apuntalando el control sobre Chilpancingo, y siguió con rumbo al norte, hacia el Golfo. Su intención era crear todo un semicírculo al sur de la ciudad de México para aislar a la capital.

Para el mes de septiembre José María Morelos estuvo a punto de reunirse con el Creador. Pero así, en camilla, inconsciente en varios momentos, sangrante, ordenaba el avance. Sofía Guillén no se separó de él durante todo ese tiempo; lo cuidaba y lo atendía aunque sabía que el destino de su padre adoptivo no estaba en sus manos. Morelos era lo único que daba a Sofía motivos para vivir.

No había vuelto a saber nada de Miguel de Montellano, y no quería saber de él. Casi no hablaba, vivía internamente su odio, su desamor, su frustración, su rabia, su incomprensión de las cosas. No hablaba con nadie. La única persona que le hubiera podido sacar alguna palabra, Inés, no estaba con ella.

Sofía sólo quería dejar atrás el pasado: las malditas monedas de oro que se habían quedado en Carácuaro, y todos esos terribles papeles: esa historia de piratas, esa condena de la Inquisición al irlandés hereje, todo lo había entregado a las llamas, que lo consumían. El cofre de su padre, y de algún jesuita rebelde, y la cadena de su madre, era lo único de su vida pasada que subsistía. Y su único presente se llamaba José María Morelos y Pavón y estaba a punto de morir. Hubo varias noches en que Sofía pensó que tendría que despedirse de su mentor. Mateo estaba inconsolable, pero tenía que mantener el carácter firme, ya que él era quien comunicaba las voluntades del general.

En cama recibió Morelos la carta en la que López Rayón le informaba acerca de la creación de su junta de gobierno, basada en un documento escrito por él mismo, *Elementos para Nuestra Constitución*, donde seguía considerando como soberano legítimo a Fernando VII. Esa misiva lo puso de pie; no soportaba Morelos la mención al rey de España como soberano de América. ¡Qué tipo de independencia era ésa! Tal vez fue sólo el tiempo, quizá la fortaleza

de cuerpo y espíritu del general, o los cuidados y las lágrimas de Sofía, o saber que sólo él pelearía por una independencia verdadera, sin rey de España; pero Morelos se mantuvo de pie a partir de ese momento. Seguía grave, continuaba vomitando sangre, pero así, de pie y con la espada desenvainada, entró junto con Miguel Fernández Félix al poblado de Izúcar, que tomaron para la causa insurgente. El cerco sobre México se iba cerrando. La peor derrota realista: Morelos fue envenenado, pero no murió.

12

Izúcar (diciembre de 1811)

Mariano Matamoros era bachiller en artes y teología, y cura desde 1796. Originario de la ciudad de México, pertenecía a la aristocracia criolla y tenía un espíritu rebelde. Tan rebelde que desde 1808, siendo responsable del oratorio de Querétaro, se le relacionó con las diversas conspiraciones organizadas contra el poder virreinal. A partir de ese año fue perseguido por las autoridades españolas, que lo obligaron a huir de pueblo en pueblo. Fue así como llegó a la sierra del sur, donde escuchó de las correrías de Morelos y decidió no descansar hasta encontrarlo y unirse a su causa.

Eso ocurrió el 16 de diciembre de 1811, precisamente durante la toma de Izúcar. Ambos religiosos se entrevistaron y Morelos vio en Mariano Matamoros el espíritu de él mismo encontrándose con Hidalgo. Así que procedió de la misma forma y lo nombró coronel de su estado mayor, con la encomienda de reclutar hombres para una nueva milicia que pudiera desarrollar sus propias misiones. Desde ese primer encuentro Matamoros se volvió hombre cercano a Morelos y digno de toda su confianza.

Ahí, en Izúcar, recibió Morelos una nueva misiva de Ignacio

López Rayón. Se encontraba el general Morelos con Miguel Fernández y Mariano Matamoros. Extrañaba a Morelos la ausencia de Mateo, quien siempre lo seguía de cerca, fungía como su secretario y llevaba notas de todas sus reuniones. El general seguía tosiendo y aún escupía sangre cada vez que lo hacía. Le pedían que se cuidara pero siempre argumentaba que no era nada y que el mal pasaría con el invierno. En realidad lo acompañó siempre. Era tuberculosis. El general expuso la situación:

—La junta encabezada por López Rayón ha sido expulsada de Zitácuaro y se movió a Toluca. Piden nuestra ayuda. Si bien tenemos desacuerdos, iremos en su apoyo. Con usted, señor Fernández, y con el señor Matamoros, tomaremos Tenancingo y Cuautla para acercarnos. Intentaremos que Toluca quede protegida.

—¡Cuautla! —interrumpió Matamoros—. No sabía que había planes de tomar Cuautla.

—Tenancingo, Cuautla y Cuernavaca —agregó un Morelos dominado por la seguridad de la victoria—. Esos territorios, sumados a los de la costa que protege Leonardo Bravo, esta ciudad de Izúcar, y Taxco en manos de Galeana. Estrecharemos cada vez más el cerco a la ciudad de México. Estamos más fuertes que nunca. Nada nos detendrá.

El discurso de José María Morelos fue interrumpido por un grupo de soldados insurgentes que entraron en la habitación. Llevaban presos a otros soldados, gente del pueblo, y Mateo estaba entre ellos también en calidad de prisionero. Uno de los soldados se adelantó hacia Morelos.

—General, un grupo de soldados nuestros, mulatos todos, fueron sorprendidos golpeando a un grupo de criollos de la población. Los trajimos ante usted para que nos diga qué hacer.

Morelos miró a Mateo con una dureza y una firmeza con las que nunca antes lo había mirado. Sus ojos evidenciaban reproche y decepción. Antes de que el padre pudiera decir algo, Mateo se adelantó:

—Los mulatos siempre han estado con nosotros, padrecito; son los que más sufren el dominio español. Peleamos por justicia, los blancos son el enemigo.

Morelos mantuvo esa mirada dura y penetrante en su pupilo.

—Eso no fue justicia, Mateo, fue rencor.

—La burra no era arisca, padre… nos hicieron a palos. Son esos malditos gachupines.

—No puede haber patria basada en el rencor —interrumpió el general Morelos—; no se puede odiar al que es de otro color o de

otra raza. Sería el mayor yerro que podrían cometer los hombres. Nuestra nueva patria no puede ser igual a la que tenemos ahora, y que no es nuestra. El rencor entre hispanos y mestizos sólo llevaría a la destrucción. Todo aquel que se subleve y genere odio de castas será ejecutado. Ésa es una ley, y no distingue colores o posición… ni preferencias, querido Mateo.

Ante la sorpresa de todos, el general Morelos, que es lo que era en ese momento, ordenó a los soldados que se llevaran presos a los sublevados que habían atacado a los criollos locales, incluyendo a Mateo.

El propio Mateo no lo podía creer, pero se dejó llevar dócilmente por los soldados, con la cabeza baja, mientras volvió a dirigirse a Morelos:

—Sólo peleo por lo justo, padrecito. Ellos nos han tratado así durante muchos siglos.

—Tienes que aprender, Mateo, como se lo dije a Sofía, que ésta no es una venganza personal. Estarás encarcelado con tus amigos tres días. Pero no podré perdonarte si vuelven a ocasionar problemas. Todo aquel que genere odio de castas será ejecutado. Debemos construir un país sin rencor.

13

No había propiamente una cárcel en Izúcar, pero los rebeldes, Mateo entre ellos, fueron encerrados en una casa durante tres días, los dos primeros sin recibir visitas. El general Morelos estaba preocupado, pues conocía el temperamento y los prejuicios de su pupilo: un odio profundo a todo lo que considerara español le recorría las entrañas. Pero el padre, el sacerdote José María Morelos, ya no existía. Era el general del ejército insurgente y el líder de un movimiento que pretendía generar un nuevo país sobre la Nueva España, un país que superara los conflictos enraizados del imperio español.

El general Morelos creía que se podía construir, pero no quería hacerlo sobre escombros, menos aún sobre pilares de odio, de separatismo. Su propio ejército, comandado por un mestizo como él, con sangre española finalmente, tenía como principales líderes a

españoles criollos como los Galeana, los Bravo, Miguel Fernández, el padre Matamoros, o a mulatos como Vicente Guerrero y Pedro Ascencio. ¿Cómo eliminar el separatismo de trescientos años? Tenía que hacer entender a su gente que este nuevo país en construcción no era de unos ni de otros. Era de todos. Que el color de la piel y el origen no debían ser los elementos determinantes de la nueva identidad, la cual descansaba en la mezcla y había sido forjada a partir de dos grandes raíces: la hispana y la indígena.

Pero Mateo no era un caso aislado sino un síntoma, un reflejo. La propia Sofía odiaba a los españoles a su modo. Ninguno de los dos comprendía, como no lo entenderían cientos de miles de personas, que odiar al español era odiar a una parte de sí mismos. Se los había dicho Morelos muchas veces cuando los educó: la religión que los unía a todos, la lengua que se hacía común, las fiestas, la comida, los vestidos, nada era indígena ni nada era español. Todo era una mezcla y nada de eso existiría sin una de sus dos raíces. Por eso el general Morelos encerró a Mateo; el ejemplo tenía que venir desde arriba.

El tercer día permitió Morelos que Sofía visitara a Mateo en su encierro. La comida parca y sobria había sido parte del castigo y por eso ella le llevaba de comer algo más apetitoso. Lo encontró sentado en el piso de su improvisada celda, pensativo, pero con una mirada que revelaba que tres días después seguía sin comprender las razones del padre José María. Sofía se acercó cariñosamente a él.

—Toma, Mateo, las penas con pan son menos, ¿cierto?

Mateo tomó el plato sin levantar la cabeza del suelo, aunque la vista de una comida decente finalmente le arrebató una sonrisa. Comenzó a comer.

—Tenga esto presente en la cabeza, mi niña. La próxima vez que vea a su soldadito, lo voy a mandar con el diablo.

—No es mi soldadito y yo no quiero volver a verlo nunca, Mateo. Ni a él ni a los de su clase. Pero ya oíste al padre José María, no debemos convertir esto en algo personal.

—Personal es desde el momento en que esa gente pisó esta tierra. No sé por qué el padre José María los protege tanto.

—¿De verdad crees que todos son así?

—¿Y usted no?

—No sé, Mateo, últimamente he estado confundida. ¿Por quién o por qué estamos peleando?

14

Ciudad de México (febrero de 1812)

El mariscal Calleja había sido llamado a la capital del virreinato ante el temor que el propio virrey tenía de un ataque sobre la ciudad. Las tropas de Morelos se habían movido desde la sierra de Puebla y ahora estaban en una situación amenazante. Todo parecía indicar que sus planes eran tomar la ciudad de México.

Tecpan, Chilpancingo, la Costa Chica, Izúcar, Toluca, Tenancingo y Taxco estaban en poder de los rebeldes. La estrategia sobre un mapa se veía clara: estaba rodeando la capital de la Nueva España. En enero, Hermenegildo Galeana dejó protegida la ciudad de Taxco y se lanzó rumbo a Cuautla. Las tropas insurgentes se encontraron en el camino. Con Morelos al frente, Galeana, Nicolás Bravo, Mariano Matamoros, Miguel Fernández y Vicente Guerrero habían entrado a dicha ciudad el 31 de enero y la tenían totalmente tomada. La situación era alarmante.

Calleja se había reunido con Diego de Montellano y Alejandra de la Gándara en torno a una elegante mesa vigilada por un estandarte de la Virgen de los Remedios, la generala de los españoles. Sobre la mesa había copas de vino; tanto Calleja como Montellano vestían en aquella ocasión sus respectivos trajes militares, muy galardonados, pero era evidente la superioridad de méritos del mariscal. Miguel de Montellano entró sin anunciarse y se cuadró ante su superior.

—Mariscal Calleja. Me ha mandado llamar.

Calleja permaneció sentado y antes de voltear hacia Miguel dio un trago a su copa de vino.

—Bueno, faltabas únicamente tú para que esta reunión familiar estuviera completa. Además, nos preocupábamos por ti, y desde luego por el destino común de todos nosotros. Como bien sabes, los rebeldes han tomado la ciudad de Cuautla, tu padre ha venido a analizar la situación en el frente de batalla, y mi sobrina Alejandra, tu prometida, simplemente ha venido a verte.

Alejandra, quien se había mantenido impasible, sonrió y se lanzó a los brazos de Miguel.

—Buenas noches, querido Miguel. Me has tenido preocupada, no

has contestado mi correspondencia. Pensé que algo te había pasado.

Miguel mantuvo su actitud marcial.

—Mis disculpas, señorita. No he tenido oportunidad de escribir como es debido.

Alejandra se acercó a la mesa para tomar dos copas de vino, una para ella y otra para Miguel. Calleja y Diego se pusieron de pie.

—No te apures —prosiguió Alejandra—, ahora que sé que estás bien me siento muy tranquila de que podamos proseguir con nuestros planes.

Diego levantó su copa para hacer un brindis:

—Nuestras familias quedarán relacionadas, señor mariscal. Nobleza y fortuna juntas, como debe ser.

Los presentes levantaron su copa para acompañar el brindis, mientras que Miguel la depositaba sobre la mesa. Todos notaron el gesto y bajaron sus copas. La mirada de Diego sobre su hijo hubiera podido matar a cualquiera con menos temple. Todas las miradas estaban posadas en el capitán Miguel de Montellano.

—Creo que nuestro matrimonio debería esperar a que terminen las hostilidades.

Calleja sonrió al muchacho.

—Entonces no habremos de esperar mucho, capitán. Vamos a sitiar Cuautla a partir de mañana, y muy pronto lucharemos contra un enemigo débil y muerto de hambre.

Alejandra se acercó a Miguel y lo abrazó de nuevo.

—¡No sabes cuánto he esperado ese momento! Nuestra unión será un festejo doble: por nuestro amor y por la destrucción de esos miserables.

Miguel permaneció firme, de pie. Guardó silencio unos momentos antes de continuar:

—No creo que vaya a ser una lucha sencilla, señor. Cuautla los apoya, y tienen un gran espíritu.

—Nosotros haremos nuestra parte, son unos rebeldes ignorantes y sin sentido del honor. Yo mismo comandaré las tropas que destrozarán ese ejército de gentuza, mientras tu padre hará su parte: eliminar directamente al tal Morelos.

—Sin importar el tiempo que lleve y las dificultades que se presenten, puede usted darlo por un hecho, mariscal. Aunque ese Morelos es un demonio con muchas vidas, me encargaré de él.

Alejandra cruzó una mirada de complicidad con don Diego y con su tío, el mariscal Calleja. Tomó asiento y los otros dos lo imitaron. Miguel permaneció de pie, mientras su superior se dirigía hacia él:

—La lucha no es únicamente contra una tropa de rebeldes, sino

contra todo un pueblo en rebelión declarada contra sus legítimas autoridades. Quiero que todo aquel que profese ideas rebeldes sea apresado o ejecutado. La menor simpatía, de cualquier tipo, debe ser castigada; incluso el hecho de proporcionar agua a los rebeldes o atender a sus heridos. No están las cosas para la caridad cristiana. ¿Contamos contigo, Miguel?

Una vez más todas las miradas se posaron sobre el capitán Montellano, firme como un roble, en silencio, pensativo. Éste los auscultó a todos con la mirada; entendía el verdadero motivo de la reunión, la presión que caía sobre él, su situación.

—Soy un soldado del ejército realista español, y como tal, leal ante la ley y la justicia. Respondo ante mi dios y ante mi rey.

El pasado que nos marca

CUAUTLA (febrero de 1812)

1

La ciudad de Cuautla era un hervidero, la gente corría atemorizada ante la noticia de la cercanía de los insurgentes. Unos, a su encuentro para unirse; otros huyendo de la ciudad por temor al saqueo, ya que las noticias de los abusos de Hidalgo eran bien conocidos, más aún en un lugar como Cuautla, lleno de hacendados españoles y criollos. Algunos habitantes intentaron defender la ciudad de las tropas rebeldes, otros más les brindaron auxilio; muchos otros se escondieron, cerraron los negocios y recluyeron a las mujeres en sótanos. Nadie sabía qué esperar esa tarde del 31 de enero de 1812.

Morelos entró a Cuautla a caballo y con espada desenvainada, seguido de Galeana y Matamoros, sus dos brazos, según él mismo decía. Tras ellos comandaba una tropa Nicolás Bravo, acompañado de Vicente Guerrero y de Miguel Fernández. Cuautla los recibió a cañonazos. No toda la ciudad, sino sólo un hacendado de la zona que tenía listo un cañón al que bautizó como El Matamorelos. Don Hermenegildo Galeana se encargó de que el nombre del cañón no se

convirtiera en realidad y con un balazo atravesó de lado a lado a don Mateo Musitu cuando tenía a Morelos en la mira.

Las tropas entraron al pueblo tras una feroz batalla contra la guarnición realista que cuidaba la ciudad y los muchos voluntarios españoles y criollos que se unieron contra los rebeldes. A pesar de los esfuerzos por defender la plaza, Morelos entró a la ciudad y, como primer acto, mandó fusilar a cincuenta soldados realistas.

Con la plaza en calma, el general Morelos mandó a sus hombres de confianza a convocar a los habitantes al centro de Cuautla, donde finalmente lanzó un discurso con la intención de tranquilizar a la población y explicarle su plan: las pertenencias serían respetadas, al igual que las vidas, a menos que los habitantes se opusieran al dominio insurgente sobre la ciudad. El movimiento, explicó, buscaba asediar la ciudad de México y derrotar al gobierno virreinal, proclamar la independencia y construir una nueva nación de igualdad y justicia. Todos podían sumarse al movimiento; aquellos habitantes de Cuautla que no simpatizaran con la causa tenían dos días para tomar sus cosas y salir libremente de la ciudad.

Gente corría en todas direcciones; muchos se alistaron en las filas de Morelos y otros tantos aprovecharon el periodo de gracia para irse. Otros más simpatizaban con la idea de la independencia, pero temían la reacción de las tropas virreinales. Morelos desplegó a sus hombres por toda la localidad. Cuautla era de ellos; ahora era necesario fortificarla y preparar el ataque a la capital.

Leonardo Bravo comenzó la fortificación, ya que esperaban un contraataque en cualquier momento. Construyó pozos y mandó abrir troneras en casas y templos. Por su lado, Mariano Matamoros se dedicó a recolectar víveres y pertrechos de guerra, y Miguel Fernández se consagró al reclutamiento de los voluntarios. Al final había tres mil soldados insurgentes, dos mil de infantería y mil a caballo. Había dieciséis cañones, entre ellos aquel que donara don Hermenegildo, El Niño, el primer cañón que tuvo la insurgencia.

Morelos se estableció en una casa donde instaló el cuartel general y adecuó el lugar para atender heridos, tarea evidentemente encomendada a Sofía, a quien pretendía tener cerca todo el tiempo. Ella llevaba semanas sumergida en una rara melancolía que el padre José María nunca le había visto.

El 10 de febrero amaneció con acciones de guerra. Félix María Calleja del Rey en persona comandaba las tropas que se disponían a atacar Cuautla. *La Espada de la Nueva España*, el mejor militar del imperio español, se acercaba con siete mil hombres con la intención de aniquilar a todos los que estuvieran en Cuautla.

Galeana fortificó más los alrededores de la ciudad, Matamoros dispuso la vigilancia de las trincheras del sur, mientras el propio Morelos cuidaba las del norte y transportaba provisiones.

Ocho días pasaron en tensa calma, hasta que el 18 de febrero las implacables tropas de Calleja comenzaron el asedio a la ciudad con una columna de tres mil hombres, a los que Morelos enfrentó con ochocientos, pero con una artillería impecable que destrozó las fuerzas del mariscal. Aun así, el general Morelos estuvo a punto de ser capturado y sólo lo salvó la oportuna aparición de Galeana.

Los heridos llegaban sin cesar al improvisado hospital donde Sofía trataba de coordinar a las mujeres voluntarias de Cuautla para atender a los soldados. Se enfrentó a algo que nunca antes había visto. Sabía curar heridas, detener infecciones y sangrados, entablillar miembros rotos, pero toda su fortaleza tuvo que salir a flote cuando fue necesario amputar miembros gangrenados. Cambió los utensilios de enfermería por machetes. Cortar de tajo, detener sangrados, salvar vidas. Sofía vivió esos días cubierta en sangre, pero con su mente lejos de Miguel de Montellano. Cuando ella no lo notaba, su padre Morelos la observaba orgullosamente. Ésa era la niña que él había educado y la digna hija de sus padres.

Por su lado, Mateo seguía impulsado por el odio, que ahora el general Morelos no trató de contener, ya que era vital ahí donde estaba, en el frente de batalla, disparando, alimentando cañones, derribando gachupines de sus caballos.

Comenzaba a salir el sol del día siguiente cuando cuatro columnas de soldados realistas entraron a Cuautla; al centro de esos siete mil soldados, en una carreta y detrás de un cañón, venía Félix María Calleja, quien infundía ánimo a sus tropas, aun a expensas de quedar expuesto al fuego insurgente.

Morelos tomó una decisión arriesgada, una estrategia desesperada e irracional, tal vez la única razonable cuando un ejército entrenado supera en tres a uno a una tropa improvisada: dio la orden de no acometer a los realistas y permitir su entrada, mientras Galeana se escabullía para atacar su retaguardia. El objetvo era rodearlos en el mismo centro de Cuautla y enfrentarlos cara a cara. Algo que Calleja jamás hubiera esperado.

Las tropas realistas quedaron en el centro de Cuautla recibiendo el ataque frontal de Morelos, un Morelos que les infundía miedo, pero al que veían con una tropa muy reducida. Los realistas se confiaron; incluso Calleja anunció prematuramente el triunfo. Pero cuando el ataque frontal se llevaba a cabo, Hermenegildo Galeana atacó por la retaguardia y los tomó por sorpresa. Antes de que los

realistas pudieran reaccionar ya habían caído más de cien hombres. Aquella tropa realista era comandada por el coronel Sagarra, quien al identificar a Galeana apuntó a matar y disparó a quemarropa. La bala dio en el brazo derecho de Galeana, quien siguió el ataque, desenvainó su sable con la zurda y se lanzó contra Sagarra. Don Hermenegildo descargó la furia de su brazo sano y la cabeza del coronel realista rodó a los pies sus tropas, que huyeron despavoridas. Calleja cantó la retirada.

Diego de Montellano acudió junto con su hijo a la reunión urgente convocada por el mariscal Calleja para discutir las acciones a seguir. Diego seguía teniendo gente infiltrada y el plan de envenenar a Morelos seguía en pie, pero de cualquier forma era necesario planear una estrategia militar para acabar con ese ejército rebelde. La decisión estaba tomada desde antes. Si no podían derrotarlos, los matarían de sed y de hambre; el virrey Venegas enviaría refuerzos para sitiar todas las entradas y las salidas de la ciudad. Cuautla sería la cárcel y la tumba de los insurgentes.

Miguel de Montellano no apoyaba esa idea, no sólo porque Sofía estaba en Cuautla, sino porque la acción no era honorable. Primero había que pugnar por la rendición en paz, incluso ofreciéndoles la amnistía, decía él. Sugería además entrar con bandera blanca a Cuautla y parlamentar para evitar la pérdida de vidas. Para su sorpresa, tanto su padre como Calleja aceptaron su ofrecimiento.

2

Cuautla estaba lista para una nueva embestida realista, las zonas estratégicas fortificadas, los fusiles cargados, los cañones apuntados. Toda la ciudad tenía zonas de ataque, y Morelos, Matamoros y Bravo estaban al frente de esta máquina de guerra justo en el punto donde calculaban que intentarían atacar los realistas. Con ellos tenían cuatro cañones, uno de los cuales era El Niño de Galeana.

Los cañonazos realistas comenzaron a llover sobre Cuautla desde un cerro cercano y la artillería insurgente contestó el fuego. Las balas españolas lograron abrir un hueco entre las tropas rebeldes y los soldados de Calleja entraron a la plaza de Cuautla. Una vez más el salvador fue Galeana, quien parecía ya un experto en atacar por

sorpresa la retaguardia enemiga. Morelos gritó un alto al fuego que permitió a don Hermenegildo llegar hasta la zona de defensa, junto a Matamoros y Morelos. Las tropas de Galeana lograron replegar a los realistas. Galeana se acercó a Morelos.

—Estamos completamente rodeados por las tropas españolas y Calleja está al mando.

—¿Cuán grave es la situación?

—Tengo hombres impidiéndoles el paso, pero la ciudad está sitiada. Han cortado el agua y en pocos días no habrá alimentos. Si las cosas siguen así las opciones son pocas: logramos romper el sitio y conseguir alimentos o la hambruna aniquilará a la población.

Mariano Matamoros intervino:

—Hay campos de cultivo que pueden estar a nuestro alcance, lo mismo algunos pozos de agua y manantiales. Yo puedo encargarme, con el apoyo de mis hombres, del asunto de los suministros.

—Muy bien, señor Matamoros, usted encárguese de los alimentos. Señor Galeana, usted y yo defenderemos la ciudad.

La plática fue interrumpida por otro cañonazo que hizo huir a la población y a los soldados. Morelos, Galeana y Matamoros se dirigieron a sus cañones mientras ordenaban el repliegue; cada uno se hizo cargo de un cañón y se lo llevó a la retaguardia. El Niño de los Galeana se quedó abandonado a mitad del campo de batalla, entre realistas e insurgentes, cargado.

Entre tanto movimiento, Mateo se acercó de pronto al general Morelos:

—Padre Morelos, se acerca un soldado realista agitando una bandera blanca.

—Interesante forma de sugerir paz tienen estos españoles. Mandar a alguien a parlamentar mientras tiran cañonazos.

—Viene a caballo, me parece que es el tal Miguel Montellano. ¿Cuáles son las órdenes?

—Respetaremos el honor de la batalla; déjenlo entrar y garanticen su seguridad. Quiero pensar que en cuanto entre, cesarán los disparos de su bando.

Miguel de Montellano entró a Cuautla al mismo tiempo que, efectivamente, cesaban los disparos. Cabalgaba despacio, brioso, con una mano en la rienda y con la otra sosteniendo una bandera blanca. Los soldados insurgentes fueron retirándose a su paso mientras el general Morelos esperaba de pie al centro de la plaza, rodeado de soldados.

Miguel se detuvo a unos pasos de Morelos, bajó del caballo y miró a su alrededor, temiendo por su vida. Su valentía se impuso; nunca había estado frente a José María Morelos y resultó muy diferente de lo que esperaba. Morelos, la mayor amenaza de los españoles, quien ponía en jaque al mariscal Calleja, era un hombre robusto pero pequeño, de mirada firme y penetrante. Miguel dio unos pasos y se colocó frente a él.

—No se preocupe, soldado —adelantó Morelos captando su temor—, su vida está asegurada. Todos aquí somos hombres de honor.

Miguel no abandonó nunca su postura marcial, su firmeza. Miró a los ojos al general Morelos, como quien respeta a su adversario. Se presentó:

—Capitán Miguel de Montellano, bajo el mando del mariscal Félix María Calleja del Rey.

Sofía reconoció esa voz de inmediato. Su nombre retumbó en la plaza. Miguel de Montellano. Sofía estaba en su improvisada enfermería, cerca de donde Morelos parlamentaba con Miguel, y no pudo evitar escuchar la voz de aquel a quien consideraba un gran traidor. Dejó sus quehaceres y prestó atención, viendo de reojo desde la ventana.

Afuera, en la plaza, Miguel, con un pergamino desplegado, seguía de pie frente a Morelos.

—El mariscal Calleja me pide comunicar a usted un acuerdo.

Morelos asintió con un gesto.

—El mariscal Calleja reconoce y admira su valor, por lo que ofrece un indulto a usted, a sus tropas y a todos los civiles que hayan apoyado la insurrección, si deponen las armas hoy mismo. Será un olvido general.

Morelos miró firmemente a Montellano, a quien también reconocía su valor y su gallardía.

—Debe estar consciente, capitán, de que la rendición en realidad no es una alternativa.

Miguel de Montellano hizo caso omiso de la interrupción de Morelos y siguió leyendo el comunicado.

—De lo contrario… —Miguel se interrumpió a sí mismo; estaba

nervioso y reacio a comunicar el resto del mensaje, pero cumplió con su deber—. De lo contrario la ciudad se mantendrá sitiada hasta hacerlos morir de inanición. Además, todos los civiles que apoyan la insurrección en otras comunidades serán declarados traidores y se ordenará matar a uno de cada diez habitantes en cada pueblo y en cada ciudad leales a los rebeldes.

Morelos se mantuvo impasible como si no hubiera escuchado lo terrible de aquellas condiciones.

—Puede decir a su mariscal Calleja que el general José María Morelos ofrece a su ejército y a sus leales exactamente las mismas condiciones. Que considere, como gesto de buena voluntad, tu regreso con la cabeza sobre tus hombros.

Dicho esto, Morelos dio por terminada la entrevista y se dio la media vuelta para retirarse, mientras Miguel subía a su caballo. De pronto esa tensa calma fue abruptamente rota por la voz de Sofía, quien llegó a la plaza gritando con toda la potencia que le permitía su voz:

—Su cabeza estaría mejor con una soga al cuello… como merecen los traidores.

Sofía continuó acercándose hacia Miguel a paso firme, decidido. Miguel estaba sorprendido y pasmado, sin saber qué hacer. El propio Morelos quedó de pie, observando con extrañeza la escena. Galeana y sus soldados estaban listos para cualquier eventualidad. Finalmente Miguel logró articular una frase:

—Sofía, estoy cumpliendo una orden, sólo eso. Sólo cumplo con mi deber.

Sofía se detuvo a unos pasos de Miguel, contenida por Mateo.

—¿Y en tus órdenes está engañarme? ¿En tus órdenes está asesinar a inocentes?

—Sofía, yo…

—¿Así es como vas a cuidarme y a protegerme, matando a los que me rodean?

—Sofía, yo nunca he pretendido…

Sofía gritaba cada vez más fuerte, como poseída, descargaba en ese momento toda su furia, su rabia, su frustración, sus odios y su rencores… su desamor, aunque no lo aceptara como tal.

—Vas a entender esto muy bien: el único sentimiento que me inspiras es odio. El mismo odio que siento por todos los malditos gachupines.

Ante sus palabras todos estaban simplemente pasmados e impactados. Nadie entendía lo que estaba presenciando; tal vez sólo Mateo y el propio Morelos. Sofía seguía gritando, con lágrimas

escurriendo de sus ojos:

—Me haré justicia. O los eliminamos a todos, o estaré muerta y no tendré que vivir con ustedes.

Se quedó callada, al igual que Miguel, al igual que todos. Volteó desesperadamente a ver a los demás y continuó gritando con furia:

—¿No van a hacer nada? ¿Vamos a dejar libre al enemigo? ¿No ven que sólo nos engaña?

Morelos intervino y se acercó a Sofía.

—No podemos hacer nada, Sofía; parlamenta con bandera blanca y le dimos acceso. No seremos nunca unos salvajes.

Sofía tenía el rostro completamente descompuesto por el enojo y el llanto. Se dirigió de nuevo a Miguel:

—Jamás debí confiar en usted, capitán; yo soy una conspiradora y usted es un espía. Preferiría morir de hambre aquí que tenerlo en mi destino.

Miguel no decía nada, pero se podía notar cómo temblaba, cómo su porte marcial se derrumbaba en su interior, cómo ese joven capaz de hablar cara a cara, a un metro de distancia del general Morelos, quedaba inerme y vulnerable ante aquella niña. Vio a Sofía alejarse de ahí. Antes de que estuviera demasiado lejos se dirigió en voz alta a los ahí presentes.

—Escúchenme todos. El método de esta guerra es la división y el rencor, y no puedo estar de acuerdo. Tampoco puedo considerar honrosos algunos métodos de nuestro bando, eso lo acepto. Aprovechen esta oportunidad de acabar con esto.

Miguel subió a su caballo, dirigió a todos una última mirada, vio a Sofía que seguía alejándose y finalmente clavó la mirada en el general Morelos, que seguía firme en el centro de la plaza. Espoleó su caballo y salió de la ciudad a todo galope.

4

Sofía no escuchó las últimas palabras de Miguel; demasiadas voces, ruidos y conflictos sonaban en su cabeza. Entró corriendo a la improvisada enfermería y se dirigió a la estancia que fungía como su habitación. Azotó la puerta tras de sí.

Estaba desesperada, quería romper todo, destruirlo todo, sacar

esa furia que la estaba carcomiendo. De pronto vio frente a ella aquel objeto que simbolizaba todo su pasado. Ahí estaba el cofre de su padre, el que tenía grabada la detestable águila y el símbolo de los jesuitas, que contenía su pasado, su maldito pasado enigmático, incomprensible, con diarios viejos, excomuniones, conspiraciones y piratas irlandeses.

Identificó ese cofre como el pasado que la tenía en aquella situación, en ese momento, con esa furia. Corrió hacia él; ahí estaban los documentos que había leído en distintos momentos y que sólo la habían confundido; esos papeles viejos que había entregado a las llamas para destruir su memoria y para tratar de construir un nuevo futuro en el que pudiera tomar las riendas de su destino.

En medio del llanto, toda su frustración seguía a flor de piel. Tomó el cofre y con sus dos manos y toda la fuerza de su rabia lo lanzó contra la pared más lejana. El cofre se estrelló en el muro, la tapa salió volando, la madera quedó astillada y lo que quedó de aquella vieja arca de desarmó.

Después de esa catarsis Sofía estaba un poco más tranquila, jadeaba, lloraba, sufría. Pero su furia había sido desfogada. Se sentó en el piso y se quedó observando el otro extremo de la habitación; el cofre hecho pedazos estaba frente a ella. Así pretendía despedirse de su pasado y darle la espalda a todo aquello que no entendía y que la marcaba. Pero algo llamó su atención. Ahí, entre los restos de madera destruida, descubrió un pedazo de papel.

Se acercó a los restos de aquella vieja caja y los examinó. Efectivamente ahí había un pedazo de papel atorado entre las astillas de la madera. Tomó los restos en sus manos. El tablón que había sido el fondo de aquel cofre parecía estar separado, como formando una especie de doble fondo, un escondite secreto. Ahí había otro pedazo de papel, un fragmento más de su pasado.

Deshizo ese doble fondo y extrajo el papel oculto. No era tan viejo como los demás que ya había revisado; de hecho, parecía muy reciente. Lo desdobló. Ahí estaba de nuevo ante ella la maldita águila con las alas desplegadas. Era un solo pergamino, en cuya parte superior estaba grabada el águila junto a un encabezado:

Sociedad del Águila

Debajo de ese encabezado, de ese nombre que Sofía ya había leído en los otros documentos ya destruidos, y acompañado del símbolo que la había seguido toda su vida, aparecía una lista de nombres y fechas. No quería saber nada de esas cosas y estuvo a punto de romper en mil pedazos aquel documento, pero algo la

detuvo. Ahí, al final de esos nombres y de esas fechas aparecía el nombre de su padre: Manuel Guillén, lo cual llamó su atención; enseguida descubrió otro nombre, uno que le causó escalofríos: Diego de Montellano. Resignada, se sentó a revisar aquel nuevo fragmento de su pasado:

1563-1595 Martín Cortés/Leonor Cortés de Moctezuma

1595-1610 Fernando Cortés

1610-1620 Isabel Tolosa

1620-1640 Cristóbal Saldívar

1640-1642 Guillén de Lampart

1642-1650 Leonor Saldívar

1650-1659 Guillén de Lampart/IHS

1672-1690 Guillermo Lampart y Saldívar

1690-1700 Carlos de Sigüenza y Góngora

1701-1703 José de Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma y Tula

1703-1715 Juan Guillén y Saldívar

1715-1725 Fausta Sarmiento de Valladares y Moctezuma, condesa de Moctezuma y Tula

1755-1765 Francisco Xavier Clavijero

1765-1768 Miguel Cabrera

1768-1774 IHS

1774-1785 José Ignacio Bartolache

1785-1790 Diego de Montellano y Miravalle

1790-1794 Servando de Mier

1794- Manuel Guillén.

Sofía revisó la lista con detenimiento. Algunos nombres le eran evidentemente conocidos, y otros no le decían absolutamente nada. Claro que el documento en sí mismo no le decía nada; ¿qué podía significar esa sucesión de nombres? Notó además que las fechas se interrumpían, había saltos entre algunos años, y los jesuitas, o su símbolo, IHS, aparecían más de una ocasión.

Hizo todo un esfuerzo mental para recordar sus clases con el padre José María, pero definitivamente lo que estaba escrito ahí escapaba a su entendimiento. Necesitaba ayuda; tenía que recurrir a alguien que no fuera el padre Morelos. Si tan sólo Inés estuviera con ella, pues siempre había sido una alumna ejemplar y su memoria era simplemente perfecta.

No sabía a quién acudir, hasta que de pronto una idea cruzó por su cabeza. Era arriesgada, pero constituía una posibilidad.

5

Desde su carpa de batalla en el cercano poblado de Pasulco, donde se encontraba fortificado el mariscal Calleja, en la eterna compañía de su mejor espía y agente de inteligencia, Diego de Montellano, se tomaban las decisiones que serían decisivas para el futuro de la confrontación en Cuautla. Los dos militares tenían desplegado frente a sí un mapa de la ciudad y sus alrededores, donde se indicaban las posiciones de cada bando, así como los puntos que, según la información de Montellano, eran los más fuertes y los más débiles de la fortificación insurgente. Calleja se veía nervioso.

—¿Qué crees que ese Morelos responda a tu hijo?

—Creo que jamás aceptará una rendición; es muy obstinado.

—¿Qué haremos entonces?

—Tenga su excelencia listo el ejército; pronto ellos mismos nos abrirán un hueco y podremos tomar la ciudad.

El mariscal se veía sorprendido ante esa información.

—¿Tu hijo se encargará de ello?

—Miguel es sólo una distracción; mientras todos le prestaban atención en la plaza, parte de nuestras tropas se retiró de una zona y dejó débil una parte de nuestro bloqueo, un sitio por el que fácilmente podría salir alguna tropa rebelde a buscar víveres. Ahí aprovecharemos nosotros para entrar.

—Muy astuto. ¿Miguel sabe que era sólo una distracción?

—Tiene demasiados principios. Está convencido de que fue a ofrecer un trato.

—Así pues, ¿los insurgentes encontrarán un hueco que les permita salir por víveres?

—Así es, excelencia, y en cuanto lo hagan los tomaremos por sorpresa.

—Muy bien planeado, Diego, será como un juego de niños. Los sorprenderemos y acabaremos de una vez con esta revuelta.

6

Miguel Fernández Félix tenía la eterna costumbre de leer cuando

no había batalla o preparativos para pelear. Era un hombre ilustrado, culto y con muchos estudios. Eso era lo que Sofía había escuchado, aunque nunca hubiera tenido una conversación seria con él. Sabía que estuvo en el seminario y por algunos años había estudiado leyes antes de unirse a Morelos. Además, parecía un hombre noble, digno de confianza. Por eso Sofía se decidió a pedir su ayuda y a arriesgarse a confiar en aquel hombre tan desconocido para ella. Tenía además que pedirle toda su discreción; no debía contarle nada al padre Morelos.

Don Miguel recibió a Sofía con afecto; no sabía qué podía ser aquello tan importante de lo que la niña quería hablarle y ofreció darle toda su ayuda con absoluta confidencialidad. Desde luego nunca esperó encontrarse con el documento que le presentó Sofía. Conocía don Miguel muy bien varios de aquellos nombres, pero el documento en general también lo dejó perplejo y desconocía su significado.

—Siento que no podré serle de tanta ayuda como esperaba, pero haré lo que pueda.

—Se lo agradezco mucho —respondió Sofía—, y le agradezco que acceda a no decirle nada al padre Morelos.

—En realidad no sabía lo que me iba a mostrar; puede ser información importante y el padre José María es mi general… No obstante, prometí guardarle a usted el secreto y puede confiar en mí.

Don Miguel Fernández escuchó con atención a Sofía, quien le contó las partes de la historia que consideraba imprescindibles, guardando información para sí y evitando desde luego la mención de Miguel de Montellano. Tras atender su relato, don Miguel leyó de nuevo el documento.

—Por lo que me cuenta usted y por lo que se lee, me parece que se trata de algún tipo de sociedad secreta, aunque nunca había escuchado acerca de ella. Sin embargo, en la ciudad de México se ha formado precisamente un grupo clandestino conocido como Los Guadalupes, muchos de los cuales son abogados y gente ilustrada, que simpatizan con el movimiento del general Morelos. A través de ellos yo tuve noticias de su paradero.

—¿Así que era usted miembro de ese grupo?

—No, nunca lo fui; sólo asistí a una de sus reuniones, precisamente en la que hablaban de brindar apoyo al señor Ignacio López Rayón y a su junta de gobierno. Otros más decían que además se debía contar con un ejército y que era necesario apoyar a Morelos, aunque no todos estuvieron de acuerdo. Al día siguiente

de esa reunión yo salí en su búsqueda.

—¿Y cree usted que esos Guadalupes tengan relación con todo esto?

—No sabría decírselo, pero sí escuché que algunos miembros de ese grupo participaron en conspiraciones varios años atrás y habían sido descubiertos, por lo que se dispersaron y permanecieron ocultos. Algunos de ellos eran de Valladolid. Todo es posible…

Miguel Fernández mantuvo unos instantes el silencio y señaló el cuello de Sofía.

—Me pareció ver esa imagen en algún cuadro en el lugar donde se llevó a cabo la reunión.

A Sofía todo le daba vueltas. Seguía sintiendo que no tenía respuestas, pero sí más dudas. Ahora sabía que había conspiradores en la capital virreinal y que tal vez alguno de ellos tuvo algo que ver con las antiguas reuniones de su padre. Miró a don Miguel.

—¿Qué me puede decir específicamente de este documento, de estos nombres?

—Pues mire usted, aparecen personajes reconocidos de esta Nueva España, y algunos nombres que parecen importantes. Vayamos al principio, Hernán Cortés tuvo dos hijos en esta tierra, ambos de nombre Martín. Supongo que se refiere a uno de ellos, particularmente por el apelativo que aparece a un lado; ignoro de quién se trate, pero sus apellidos, Cortés de Moctezuma, supongo que se refieren de alguna forma a algún descendiente del conquistador y del antiguo señor mexica.

Sofía no daba crédito a lo que escuchaba, ¡Moctezuma y Cortés! Don Miguel prosiguió su explicación:

—Fernando Cortés fue nieto del conquistador. A partir de ahí desconozco los nombres; sólo puedo decirle que hasta días recientes la familia Saldívar, que tanto aparece mencionada, es de alta alcurnia en la capital del virreinato. Luego aparece ese Lampart, de quien más usted me habló a mí, ya que confieso que ignoraba del todo su existencia, que por cierto me resulta muy interesante. A partir de ahí reconozco el nombre de algunos personajes ilustres: Carlos de Sigüenza y Góngora fue un importante pensador y científico, educado por los jesuitas, y José de Sarmiento y Valladares fue nada menos que virrey de la Nueva España, de la familia de Moctezuma.

Sofía abrió descomunalmente los ojos, estaba muy sorprendida.

—¿Me está diciendo que un descendiente del último gran señor azteca fue virrey de la Nueva España?

—En realidad, no. Fue conde consorte; su esposa era

descendiente de Moctezuma, pero la Corona española consideró que sería muy popular nombrar virrey a alguien que ostentara ese linaje, aunque fuera por matrimonio. Fue, por cierto, el último virrey nombrado por la Casa Habsburgo, ya que ese año murió el último rey español de esa estirpe y la Casa Borbón comenzó a reinar.

Sofía permanecía callada, quieta, con la mirada fija, prestando mucha atención, por lo que don Miguel prosiguió su historia:

—Fausta Sarmiento fue hija de aquel virrey, es decir, descendiente también del señor Moctezuma. Xavier Clavijero fue un importante historiador; yo mismo me eduqué con alguno de sus libros, a veces prohibidos. Era jesuita también. Miguel Cabrera no fue religioso pero de igual manera fue educado por jesuitas, que por lo visto tienen mucho que ver en esta historia. Se volvió famoso por pintar imágenes de nuestra Señora de Guadalupe; ciertamente imitaba bien la imagen milagrosa del Tepeyac. Desconozco los demás nombres, excepto el de Servando de Mier, otro religioso, aunque éste perteneció a la orden dominica. Hace años fue expulsado de la Nueva España por las autoridades. Ignoro la razón, aunque se dice que fue por hereje y blasfemo.

Hereje y blasfemo. Esas palabras siguieron resonando en la mente de Sofía Guillén. Hereje y blasfemo. De eso fue acusado Guillén de Lampart, el irlandés hereje, como le llamaba la Inquisición. Eso mismo gritaba la multitud que irrumpió en su casa aquel día en que su vida cambió por completo, y eso mismo era el tal Servando de Mier. Aquélla parecía una lista de herejes y blasfemos, en la que su padre figuraba al final.

Miguel Fernández continuaba, aunque ya hablaba más para sí mismo que para Sofía, quien, por otro lado, ya no escuchaba pues era otra cosa la que ya daba vueltas en su mente.

—Me parece que podría haber un vínculo entre esta Sociedad del Águila y Los Guadalupes; desde luego, me da la impresión de que fue una sociedad secreta. La pregunta es: ¿qué buscaban o qué escondían? Dudo que los hijos del conquistador tuvieran algo en común con ideas como las de Servando de Mier, un ilustrado convencido de las ideas republicanas y un detractor de la conquista. La presencia de los jesuitas es una constante, hasta que desaparecen de la lista, lo cual coincide con su expulsión de la Nueva España. Esto parece todo un movimiento conspiratorio…

Pero Sofía ya no escuchó nada de lo anterior. Don Miguel siguió hablando para sí mismo y guardó la lista, sin que al parecer a Sofía le importara. Ella permanecía con los pensamientos hechos un nudo

y con dos palabras que no dejaba de escuchar en su interior: blasfemos y herejes.

7

Una pequeña guarnición realista huía por el camino de Cuautla. Tras ellos, una tropa insurgente los perseguía y los atacaba. Habían logrado salir de la ciudad comandados por don Mariano Matamoros, en una misión especial destinada a obtener víveres, agua en particular, para poder sostener el sitio que Calleja tenía puesto en Cuautla. Matamoros iba al frente, a caballo, con la espada en todo lo alto. Tras él, varios de sus soldados disparaban y hacían huir a los realistas. Lograron salir por una parte de la ciudad en que el bloqueo español era débil.

Desde el cerro de Pasulco, el mariscal Calleja contemplaba las acciones auxiliado por su catalejo. Sonrió. Diego de Montellano y su hijo Miguel estaban junto a él. Calleja se dirigió a Diego:

—Mordieron el anzuelo.

Miguel estaba consternado; se le veía furioso, sin compartir el aire de triunfo de su padre y de su jefe.

—Me han convertido en el autor de una felonía. Yo llevé un ofrecimiento de paz que han usado para tender una trampa.

Calleja guardó el catalejo y contestó a Miguel, sin mirarlo, con la vista aún perdida en el horizonte, ahí en el punto por donde pretendía tomar la ciudad de Cuautla:

—Y fue muy importante tu participación. Pudimos mover tropas sin llamar su atención.

—Pensé que en nuestro bando se manejaba el honor —protestó Miguel.

Su padre interrumpió:

—En nuestro bando se maneja la victoria, hijo. Recuérdalo bien: en la guerra y en el amor todo se vale.

“En la guerra y en el amor todo se vale.” Miguel se quedó meditando seriamente en aquella frase mientras seguía mirando a su padre. En la guerra y en el amor todo se vale. En un amor dentro de la guerra probablemente también, desde luego, en una guerra por el amor.

8

Mientras Mariano Matamoros salía de Cuautla y de paso disparaba todas sus municiones contra los gachupines, Morelos y Galeana permanecían alerta dentro de la ciudad, listos para cualquier eventualidad, pero festejando que don Mariano hubiera logrado salir. Faltaba ahora la segunda mitad de la hazaña: cargado de víveres, el cura de Izúcar debería volver a Cuautla y abastecer a las tropas. Por esa razón Morelos y Galeana estaban organizándose para cualquier eventual defensa.

—Parece que la información fue cierta —señaló Morelos a Galeana—; ahora debemos mantener el hueco para permitir el regreso del padre Matamoros.

—Organizaré una línea de defensa con nuestros cañones, aunque ya casi no hay pólvora. Debemos traer a El Niño, que quedó abandonado allá adelante, en medio del campo; sigue cargado y con pólvora.

—Bien, enviaremos a dos soldados a recuperarlo…

El general Morelos no pudo continuar. Varias explosiones y una serie de gritos inundaron el lugar y Nicolás Bravo llegó corriendo hasta donde estaba el general. Se le veía visiblemente alarmado. Tras él se acercaba también Vicente Guerrero. Bravo tomó la palabra:

—Los realistas se acercan, un gran batallón está entrando a nuestro territorio precisamente por el hueco abierto por Mariano Matamoros. Vienen comandados por Calleja.

Morelos reaccionó de manera inmediata:

—Movilicen a todo el que tenga capacidad de pelear, distribuyan armas de fuego y espadas. Que mujeres y niños queden a salvo.

Mientras aquello sucedía en las calles de Cuautla, Sofía Guillén estaba en uno de los cuartos improvisados como enfermería. Sin dejar de atender a los heridos, se dedicó a prestar atención desde su ventana a todo lo que ocurría. Mateo, que estaba con ella, se levantó como un resorte, tomó un fusil que estaba recargado contra la pared y se encaminó a toda velocidad hacia fuera de la habitación. Sofía lo miró con tristeza.

—Ten cuidado, Mateo.

—No se preocupe, niña; si los he toreado cornudos, cuantimás los toreo sin cuernos.

Dicho lo anterior salió corriendo, bajó por las escaleras y se incorporó a las tropas que ya se estaban formando, listas para

repeler el ataque enemigo.

Las tropas realistas ya estaban dentro de la ciudad y seguían ingresando mientras disparaban a discreción. Del otro lado de la ciudad estaban Morelos y Galeana, al mando de los insurgentes. Ahí estaban prestos para la batalla Nicolás Bravo, Vicente Guerrero y Miguel Fernández. Entre ambos bandos beligerantes se formó un espacio muy grande, una tierra de nadie que comenzaría a ser disputada palmo a palmo por ambas tropas. Ahí, en medio de ese territorio sin dueño quedó abandonado El Niño, el cañón de Galeana, cargado y con pólvora.

Los rebeldes estaban atrincherados y disparaban con arrojo, pero sus municiones eran escasas y cada vez llegaban más contingentes realistas. La derrota se veía cerca y no había esperanza de evitarla. Morelos se encontraba desesperado, tratando, junto con Galeana, de remediar la situación.

—Nos hemos quedado sin artillería, señor Galeana.

—Los cañones no tienen pólvora, pero si pudiéramos llegar a El Niño podríamos dispararlo. Está listo y en un lugar estratégico, pero llueven las balas en esa zona.

De pronto, entre la multitud de soldados atemorizados surgió un niño de no más de doce años. Morelos lo había visto en varias ocasiones, ya que era compañero del batallón infantil que su propio hijo, Juan Nepomuceno, organizaba. No obstante ni siquiera conocía su nombre.

Sin pensarlo dos veces, el crío tomó una antorcha y salió corriendo a la zona en disputa, tratando de llegar a donde estaba El Niño. El infante corrió a través de la tierra de nadie, la zona en disputa. Quedó en medio de dos bandos, como un blanco perfecto. Avanzó con dificultad entre los disparos que rozaban su pequeño cuerpo mal protegido y con escasa vestimenta.

Del lado de las tropas realistas todos estaban emocionados ante la inminente victoria, que debería producirse en cualquier momento. Al frente, el propio mariscal Calleja seguía dictando las órdenes:

—Esta guerra terminará hoy mismo. Quiero que tomen la ciudad y que no dejen piedra sobre piedra, y a ningún enemigo con vida.

Entre las tropas realistas estaba el capitán Miguel de Montellano, al mando de un pequeño grupo, disparando tras una trinchera. Él vio a aquel pequeño niño vestido con harapos correr en medio de los dos bandos hacia el cañón. Miguel recargó su fusil en la barricada y apuntó a matar. Prácticamente nadie en toda la Nueva España disparaba con la precisión de Miguel de Montellano. Un

objetivo en su mira era un hombre muerto. Ahí estaba aquel pequeño, corriendo hacia ese cañón que apuntaba al grueso del ejército realista. Lo tenía en la mira y lo acechaba. Sólo debía jalar el gatillo, donde su dedo experto ya estaba listo. No disparó.

Mientras tanto, Calleja seguía comandando el ataque, tratando de cubrir los flancos y llenar los huecos para tomar todas las posesiones.

—Hay todo un hueco abierto. Ataquemos por la plaza; acabaremos con ellos.

Parecía no darse cuenta, al menos le restó importancia, de que un pequeño crío recorría esa tierra a punto de ser tomada. Las tropas realistas se lanzaron en desbandada hacia la plaza, justo a la zona donde estaba abandonado el cañón al que el pequeño insurgente seguía aproximándose.

En el interior de la casa-enfermería, Sofía seguía las acciones desde la ventana. Desde allí notó el peligro en que se encontraba aquel chaval. Intentó salir, pero los disparos se lo impidieron.

Miguel de Montellano, en su trinchera improvisada, seguía teniendo en la mira al pequeño. Seguía todos sus movimientos pero no se decidía a disparar. Calleja, su superior, seguía dando órdenes:

—Rápido, hay que tomar ese hueco y apoderarnos de ese cañón. ¡Que alguien detenga a ese niño!

El pequeño llegó al cañón. Miguel podía acabar con él en ese momento; su dedo estaba listo en el gatillo. Junto a él estaba otro soldado de su guarnición, atento a lo que sucedía. Subordinado también de Calleja, había escuchado perfectamente la orden: “¡Que alguien detenga a ese niño!” El soldado volteó a ver a Miguel.

—¿No va a disparar, señor?

—Pero es sólo un niño.

—Es el enemigo. Va a disparar.

El soldado se preparó para disparar él en caso de que Miguel no lo hiciera. Él seguía apuntando pero no disparaba. Cerró los ojos; era evidente que una tormenta ocurría en su cabeza.

—Los niños nunca son el enemigo. Se supone que defendemos una causa justa.

Mientras Miguel dudaba de estar haciendo lo corecto, el pequeño insurgente tomó la mecha del cañón y acercó la antorcha. Se escuchó un grito de angustia de Sofía que miraba desde su ventana al pequeño, pero sin distinguir a Miguel.

Miguel de Montellano aflojó el dedo del gatillo. La tropa realista llenaba el hueco de la plaza. El pequeño tenía la mecha del cañón cargado y apuntado. El soldado junto a Miguel se preparó para

disparar. Miguel soltó el gatillo de su arma. El soldado, con el chiquillo en la mira, jaló el gatillo de su fusil, pero Miguel se abalanzó sobre él.

—¡No, es sólo un niño!

El infante encendió la mecha de El Niño y se escuchó un estruendo. El cañón disparó y la bala salió volando en dirección a donde la tropa realista llenaba la plaza. La explosión segó de golpe la vida de muchos soldados y la bala rodó y mutiló a varios españoles. Una carreta con paja fue el destino final de la gran munición y toda esa hierba seca se prendió de inmediato. Humo y confusión reinaron en el sitio.

Morelos se dio cuenta de lo ocurrido y dio la orden de aprovechar aquella desorientación para lanzar un ataque. Las tropas insurgentes se lanzaron al frente.

Sofía llegó corriendo hacia donde estaba aquel pequeño artillero, lo tomó en sus brazos y lo sacó de ahí.

Calleja bajó su catalejo. Estaba furioso. Ordenó la retirada y se alejó a caballo a toda velocidad, con una ira incontenible.

9

La plaza de Cuautla estaba cubierta de gloria y festejaba. Los insurgentes vitoreaban a Morelos y a Galeana; la gente celebraba en las calles y los ¡vivas! al Generalísimo se escuchaban en los balcones de la salvada ciudad. Pero el verdadero héroe de aquella batalla tenía doce años y caminaba de la mano de Sofía Guillén. El general Morelos lo sabía y pensaba reconocer al pequeño todo el honor que se merecía.

Acalló a la multitud que se agolpaba a su alrededor. Una vez que la plaza de Cuautla estuvo en silencio, el general Morelos le hizo un ademán al pequeño insurgente para que se acercara. Morelos se arrodilló para estar a la altura del niño y le dio un gran abrazo, para luego ponerse de nuevo de pie y dirigirse a la multitud:

—Gente de Cuautla, este pequeño y nadie más es el héroe de este día. Es un ejemplo de valentía y de lealtad a la causa de la libertad. No pensó en sí mismo sino en los demás.

La multitud comenzó a aplaudir y a gritar otorgándole el

reconocimiento a ese héroe desconocido. Hasta que el general los contuvo de nuevo.

—Todo héroe merece ser aclamado y recibir sus respectivos honores con su nombre.

Se dirigió al pequeño y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, pequeño héroe?

El niño no daba crédito a lo que sucedía. Apenas esa mañana repartía las raciones de agua que quedaban en la ciudad. Y de pronto, esa tarde, todo el pueblo, encabezado por el general Morelos, lo aclamaba. Miró al general, hinchado de orgullo.

—Narciso, señor. Narciso Mendoza.

Mateo fue el primero en vitorear ese nombre, seguido por la multitud. Gritó a todo lo que daba su voz:

—¡Viva Narciso Mendoza!

La multitud respondió a los vítores de Mateo: “¡Viva Narciso Mendoza!” Los vivas y las aclamaciones ahora tenían nombre y apellido, y José María Morelos en primera fila aplaudía al pequeño y coreaba su nombre como el salvador de la causa. Una vez más hizo un ademán para tranquilizar a la multitud. Se acercó al pequeño y le mostró una moneda de oro. Los ojos de Narciso estaban abiertos descomunalmente. Nunca en toda su vida había tenido una moneda de oro, ni todo el dinero que ésta simbolizaba. También extrajo Morelos de uno de sus bolsillos una improvisada medalla hecha con una moneda de plata.

—Muy bien, Narciso, en recompensa a tu heroísmo te entrego esta medalla y esta moneda de oro.

Morelos colocó la medalla alrededor del cuello de Narciso y le entregó la moneda de oro mientras la gente seguía aplaudiendo y gritando su nombre.

El general Morelos volvió a contener los gritos de la multitud.

—Narciso, eres un ejemplo del verdadero americano y de la causa de la libertad.

Morelos le sonrió al pequeño héroe galardonado, visiblemente emocionado.

—Soy mexicano, señor, a mucha honra. Gracias.

—No, gracias a ti, pequeño Niño Artillero.

La multitud continuó con los aplausos y los vítores, y al nombre de Narciso sumaban ahora el sobrenombre que el general Morelos le había asignado. Toda la plaza de Cuautla gritaba vivas al Niño Artillero.

Mientras tanto, Morelos ya se había acercado a Nicolás Bravo y a don Hermenegildo Galeana. Bravo tomó la palabra:

—General, no podremos resistir otro ataque.

Galeana agregó:

—Debemos planear la salida de Cuautla o aceptar la derrota, señor.

Morelos lo sabía y estaba preocupado. Toda la algarabía sería momentánea, porque el hambre y la sed pronto recordarían al pueblo de Cuautla su verdadera situación.

—Organicemos la salida, don Hermenegildo, estoy seguro de que Mariano Matamoros volverá pronto y aprovecharemos el desorden generado para salir de aquí. Quizá no haya manera de vencer a Calleja.

El general Morelos se quedó pensativo viendo al pequeño Niño Artillero. Su propio hijo, Juan Nepomuceno, estaba con él en Cuautla y no tardaría en ser víctima de las carencias. Por toda la causa, y por su propio hijo, necesitaba romper el sitio de Cuautla. Su mirada seguía fija en Narciso, quien sonreía y arrojaba al aire constantemente la moneda de oro.

Horas más tarde, otra moneda de oro giraba por los aires, una y otra vez, arrojada por un Félix María Calleja totalmente desolado por la derrota sufrida ante la que, hasta ese momento, consideraba una turba iracunda y sin sentido, y ante quien hasta entonces consideraba un cura con aires de grandeza. En resumen, Calleja pensaba que peleaba contra las huestes de Hidalgo, y se enfrentó con que José María Morelos era completamente distinto.

Así que ahí estaba el mariscal en su tienda de campaña en Pasulco, acompañado de Diego y de Miguel de Montellano, ambos de pie, mientras él, desde su sillón individual, seguía arrojando una moneda al aire, como tratando de atribuir esa derrota a una simple jugada del destino. Finalmente habló:

—Quizá no haya manera de vencer a Morelos.

—Siempre hay una manera —se adelantó Diego de Montellano—; tengo un plan, y sin importar cuánto tarde en realizarlo lo llevaré a cabo. Morelos morirá envenenado y su movimiento se disgregará. Su excelencia, ocúpese del ejército.

Miguel de Montellano se animó a tomar la palabra:

—Nuestros hombres están cansados y enfermos. Usted mismo no goza de buena salud, mariscal. Ha podido comprobar que aquí se enfrenta a un ejército y no a una chusma de léperos.

El mariscal Calleja se puso de pie.

—Mi fama me precede. Soy *la Espada de la Nueva España*. No quiero aceptar que fui derrotado por un simple hombre.

—No ha luchado contra un hombre, mariscal. Ha peleado contra

un pueblo.

10

Cuautla (2 de mayo de 1812, por la madrugada)

El estruendo de un disparo cimbró a la población de Cuautla y puso en alerta a las tropas españolas. El Niño, junto con otros once cañones que habían sido disparados al unísono, oscurecieron más aún aquella noche sin luna sobre Cuautla. La calma que precede a la tempestad acababa de llegar a su fin.

Tras el gran cañonazo conjunto, el estruendo de la pólvora fue sustituido por el de los caballos a todo galope. El general Morelos, don Hermenegildo Galeana, y don Mariano Matamoros, quien había logrado volver heroicamente con víveres y sumarse de nuevo a la guerra, conducían a más de cinco mil hombres que aquella noche saldrían de la ciudad sitiada sin importar el peligro.

Los cañones se desplazaban sobre carretas tiradas por caballos, con lo que se convirtieron en mortíferos obuses andantes que abrían el paso a la tropa. Tras los artilleros venían por lo menos mil hombres a caballo y más atrás toda la infantería corriendo a todo lo que sus fuerzas les permitían a cada quien.

Los españoles no esperaban este intento de fuga. Toda esa tarde, Galeana había recorrido los diversos puntos de defensa y había dejado soldados de paja detrás de cañones inservibles. Más tarde prendió antorchas en toda la línea de resguardo. Desde el punto de vista de Calleja, aquellos insurgentes sólo se estaban preparando para recibir un ataque, pero jamás para emprender una huida. Pero ese día, 2 de mayo de 1812, Morelos, Matamoros y Galeana habían tomado la decisión de salir o perecer en el intento. Todo, antes que rendirse. Lo que no sabían era que ese mismo día, don Félix María Calleja había notificado al virrey su intención de suspender el sitio

de Cuautla ante la imposibilidad de vencer, según sus propias palabras, a esa bestia, a ese segundo Mahoma que era el general Morelos.

De esa manera, el día que ambos bandos estaban dispuestos a rendirse y a aceptar la superioridad del enemigo, los insurgentes salieron desesperadamente de aquella ciudad que comenzaba a convertirse en su tumba. Más de cinco mil personas seguían a Morelos y a Matamoros, a la vez que eran protegidos en la retaguardia por las tropas de Hermenegildo Galeana. En medio, tratando de poner orden entre la multitud, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Miguel Fernández arreaban y animaban a la multitud que los acompañaba.

Al frente seguían, a todo galope y con espada en mano, el general Morelos y su brazo derecho, don Mariano Matamoros.

—No estamos lejos del río, señor Matamoros. Lo lograremos.

—Saldremos de Cuautla a toda costa, general. Pero habrá que apurar a la gente que nos sigue.

—Por eso no se preocupe; nadie como el señor Galeana. Si alguien es capaz de sacar a todos con vida de este infierno es precisamente don Hermenegildo.

En medio de esa multitud que, a pie, en mulas, en carros de caballos, o como les fuera posible, abandonaba Cuautla, iba Sofía a caballo, cuidada por Mateo por orden expresa del general Morelos.

Pero detrás de esa turbamulta, de ese río de gente que dejaba vacía la ciudad de Cuautla, venían las tropas realistas, disparando a mansalva.

Don Hermenegildo dejó momentáneamente su posición de resguardo en las últimas líneas para acercarse a todo galope a Nicolás Bravo e informar los hechos. Los españoles ya habían descubierto el plan y los seguían. Nicolás Bravo hizo sonar una corneta, señal acordada previamente. El general Morelos, a la cabeza de la columna, ahora sabía que ya los perseguían. Sólo se escuchó su grito de batalla entre la multitud:

—¡Por la patria y por la libertad! Sigan avanzando según lo convenido.

Lo convenido, sabido ya por Matamoros, Galeana, Bravo, Guerrero, y especialmente por Fernández, quien tenía la parte más importante de la misión, era separarse para despistar al enemigo y obligarlo a separar también sus tropas. Cada uno de los líderes tomó su camino, seguido por sus hombres; irían por distintos caminos hacia la sierra, rumbo a Izúcar. No sólo para salvaguardarse, sino para intentar tomar algunas de las ciudades más importantes de

aquella zona.

Miguel Fernández miró por última vez la carreta en la que iba Sofía; hubiera querido protegerla, a ella y a sus secretos, ésos que él mismo quería conocer ahora. Pero antes tenía una misión importante, la primera que le encomendaba el general Morelos y, don Miguel lo sabía, una misión casi suicida que el propio general dudaba de que se pudiera cumplir. Pero Miguel Fernández Félix estaba convencido de su victoria; se había encomendado a la Virgen de Guadalupe y, con ella como testigo, tomaría a como diera lugar la ciudad de Oaxaca.

Los líderes y sus tropas más importantes quedaban ya lejos del alcance del ejército realista, pero la multitud que se iba rezagando ya estaba al alcance de las balas españolas, y poco había que don Hermenegildo pudiera hacer además de infundirles valor y cubrir la huida con sus tropas. Los "negros de Galeana", como les decían a sus hombres, iban en la última fila disparando contra los españoles; no obstante, éstos los superaban en número y se acercaban peligrosamente.

Ahí entre esa marea humana iba la carreta de Sofía custodiada por Mateo. De pronto se escuchó un disparo y Mateo rodó por el suelo mientras su caballo permanecía tendido. Sofía se detuvo, bajó del caballo y corrió hacia Mateo. Al hacerlo se colocó ella misma al alcance de los soldados realistas que los perseguían. Mateo yacía en el suelo. Sofía se acercó a él desesperadamente.

A pocos metros de ahí, un soldado español la tenía ya en la mira y con el dedo en el gatillo; sólo necesitaba tirar de él para que Sofía cayera muerta. El disparó sonó. Sofía volteó asustada, ilesa, y pudo ver a pocos metros de ella a un soldado español, con pistola en mano, que caía muerto con una espada clavada en la espalda. Tras él, a todo galope y sin espada, se acercaba Miguel de Montellano.

No se detuvo el capitán Montellano a ver el estado de Sofía. Sabía que estaba bien. No se preocupó por Mateo, sabía que estaba ileso, pues él mismo había disparado a su caballo para que el jinete simplemente cayera. Sin detener el paso, Miguel cabalgó junto a Sofía, la tomó de la cintura y la obligó a subir a su propio caballo, delante de él, como un costal inerte, mientras ella gritaba maldiciones y pedía auxilio.

—¡Mateo, Mateo, padre Morelos!

Miguel siguió avanzando a todo galope sin inmutarse.

—Mateo se quedó sin caballo y Morelos está ya muy lejos de aquí. Nadie puede venir en tu auxilio.

A lo lejos, Mateo se había levantado de su estrepitosa caída,

efectivamente sin heridas, y había visto lo sucedido. Su rostro se llenó de rabia hacia Miguel de Montellano. Pero no había nada que pudiera hacer.

—¡Sofía, mi niña, tranquila, yo iré por usted!

Ahí quedó Mateo, solo pero a salvo, gritando en medio de la campiña. Las tropas seguían su camino, los realistas los perseguían y no quedaba ninguno para ocuparse de Mateo. Sólo uno de los líderes encargados de la retaguardia se percató de la escena y volvió. Mateo se encontró con Nicolás Bravo.

11

Yecapixtla era un poblado de origen indígena cercano a la ciudad de Cuautla. Más que un pueblo, era una misión dominica cuyo convento fortaleza del siglo XVI destacaba por encima del paisaje, en las faldas del volcán Popocatépetl. El convento había sido terminado de construir en el siglo XVI y consagrado a san Juan Bautista, quien sustituyó el culto a Tláloc por los nativos del lugar.

Fue uno de los primeros conventos que hubo en el territorio, cercano a pueblos de origen nahua que no se resignaban al dominio español. Por tal motivo muchos conventos eran erigidos como fortalezas para proteger a los frailes y a la población cristianizada de ataques de los pueblos de la región. Poco a poco fue ocurriendo en la zona el mismo proceso de sincretismo, a través del cual muchos religiosos, con tal de llevar a cabo una evangelización masiva, sustituían poco a poco el culto a las deidades antiguas por los santos del cristianismo. Fue así como Juan Bautista sustituyó a Tláloc, y por esa razón en aquel pueblo, donde se rendía culto al antiguo y pagano dios de la lluvia, el templo estaba dedicado a san Juan.

Para el año de 1812 el convento se mantenía erguido, y firme como imponente fortaleza. Desde la lejanía se podían distinguir sus almenas de piedra como las de un castillo medieval, en un templo de veinticinco metros de altura, con muros de más de un metro de espesor y artísticamente tan ecléctico como en el ámbito religioso: la nave central tenía un estilo románico, digno del siglo X; una fachada plateresca correspondiente al siglo XVI, pero rematada con

un rosetón gótico flamígero con todo el estilo del siglo XIII, mismo estilo que adornaba todo el techo de la nave, con las nervaduras góticas típicas. Al fondo había un retablo barroco muy adornado, y en los costados, pequeños altares con detalles neoclásicos de reciente manufactura.

A ese convento, en las faldas del volcán y en medio del bosque, llegó Miguel de Montellano con Sofía Guillén. Llegaron en el corcel de él. Ella se había acomodado adelante, de modo que Miguel tenía que abrazarla para poder guiar al animal. En el rostro de Sofía se veía la resignación y el enojo. Nadie los seguía.

Miguel condujo su caballo hasta la entrada del atrio conventual, se apeó del animal y ayudó a Sofía a hacer lo propio. Todo el pequeño pueblo estaba vacío, como consecuencia de la guerra. Algunos hombres se habían unido a las huestes de Morelos; otros habían huido por temor, otros más para no ser reclutados por los realistas, y hasta los frailes habían abandonado el convento, que mostraba evidentes señales de que alguna batalla se había librado ahí. Sin preguntar, Miguel tomó de la mano a Sofía y la jaló hacia el atrio en dirección a la entrada del templo. Ella se resistía.

—¿Por qué me has traído aquí? Llévame de regreso. Llévame con mi gente; no quiero tener nada que ver con alguien como tú.

Miguel ignoró el comentario de Sofía y siguió caminando hacia el convento.

—Tengo que hablar contigo en un lugar seguro.

Antes de entrar en el templo, Miguel miró todo a su alrededor para asegurarse de que nadie los había seguido. Eso le pareció. Condujo a Sofía por la entrada principal y por el pasillo del templo, mientras ella seguía resistiéndose.

—Tú no tienes lugar en la casa de Dios, Miguel. No deberías atreverte a entrar aquí.

Miguel seguía sin hacerle caso; jamás en su rostro se había visto tal convicción por lo que hacía. La jaló contra su voluntad por todo el pasillo hasta tenerla justo delante del altar, un altar vacante frente a un retablo que seguramente antes de la guerra había sido de oro, pero que ahora estaba totalmente desmantelado.

Sofía seguía gritando cuanto improperio le venía a la mente, hasta que finalmente colmó la paciencia del joven Montellano.

—Cállate de una vez, por favor. No te voy a hacer caso y nadie puede oírte. Estás totalmente a mi merced. Te voy a soltar, pero necesito que no hagas tonterías.

Miguel dejó de sujetar a Sofía. Estaban los dos ahí, frente al altar del templo. Él se quedó a pie firme mirando a los ojos a Sofía, quien

le sostuvo la mirada, ahí, soberbia, frente a él. Miguel enmudeció unos segundos; era obvio que no sabía qué decir. Finalmente habló:

—Sofía, he cometido traición por ti.

Ella no cedió. Mantuvo su postura de dignidad y rechazo.

—No necesito que me cuides. Para eso está el padre José María.

—Sofía, el mariscal Calleja es el mejor militar de la Nueva España, tal vez de todo el imperio español, y está empeñado en destruir a Morelos…

—Que hasta ahora ha resultado más inteligente que él —interrumpió Sofía—. José María está a salvo.

—No por mucho tiempo. Efectivamente, Calleja ha visto lo difícil que puede resultar derrotar a Morelos en el campo de batalla. Tiene otro plan, Sofía… —Miguel titubeó, se interrumpió, pero finalmente continuó—: Lo quieren asesinar a traición, de cualquier manera posible. Parece que lo van a envenenar; lo hará alguien cercano a él. Van a infiltrar a alguien y tú no estás a salvo.

Sofía lo miró con intriga y odio.

—¿Cómo sé que ésa no es otra de tus mentiras?

—Nunca te he mentido, Sofía. Esto lo sé porque mi padre me lo dijo… Él… él está detrás de esto.

Sofía no podía creer lo que escuchaba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y de furia.

—Tu padre y tú están detrás de toda mi desgracia. Sólo has querido utilizarme para llegar al padre Morelos.

—Sé razonable, Sofía; si yo quisiera asesinar al padre Morelos ya lo hubiera hecho.

—Claro, la esencia asesina se lleva en la sangre.

Miguel de Montellano enmudeció. No esperaba eso; su rostro se descompuso totalmente. Interrogó a Sofía con la mirada, quien se acercó a pocos centímetros de él, y con una voz mucho más suave pero llena de furia, prácticamente le escupió en la cara esta acusación:

—Tu padre, Diego de Montellano, es un traidor y es además el asesino de mis padres.

Dicho lo anterior Sofía dio por terminada la entrevista, se dio la media vuelta, dándole la espalda a Miguel al tiempo que desandaba el camino el pasillo del convento. Miguel tardó en reaccionar, pero de inmediato la siguió, gritando:

—¡Espera, Sofía!

La detuvo a medio pasillo y se colocó frente a ella, impidiendo su paso y obligándola a continuar con aquella conversación.

—Sofía, te juro aquí mismo, ante Dios, que nada sé de lo que me

acabas de decir. Además, no puedes pretender que yo pague por un pasado que no es mío, que cargue con las culpas de mi padre.

Sofía volteó el rostro e hizo ademán de volver a retirarse. Miguel usó su último recurso:

—Como yo no pretendo que cargues con las culpas de traición de los tuyos.

Esas palabras hicieron efecto en Sofía, que se detuvo de tajo. Su rostro estaba absorto. Se volvió para encarar a Miguel y se dirigió a él con rabia:

—Mis padres lucharon por una patria libre. Tu padre estaba con ellos y los traicionó. Lo impidió. Tenemos un pasado que nos separa, Miguel.

Miguel la tomó de ambos brazos, frente a ella, muy cerca de su rostro, mirándola a los ojos.

—No, Sofía, el pasado no es nuestra culpa ni debe ser nuestra justificación. Debemos decidir nuestro futuro. Eso es lo más importante de la libertad por la que dices luchar. Ser libre es ser responsable de uno mismo, es tomar las decisiones propias, encaminar la propia vida por donde uno quiera.

Miguel se le acercó más, firme la mirada sobre sus ojos, muy cerca. Sofía estaba nerviosa.

—No me importa nada que no sea un futuro contigo, y ningún pecado de mi padre o del tuyo me lo va a arrebatar. Ya te lo dije una vez. Sí, yo soy de los que elige, y te elegí a ti.

Sofía estaba cada vez más rendida ante Miguel. No sabía qué decir, sólo balbuceaba.

—Miguel, no podemos…

Miguel la interrumpió con un beso corto al que Sofía no se resistió.

—Si me dices que no me quieres te dejaré en paz para siempre. Si me lo dices aquí y ahora, en este lugar sagrado. Dime que en verdad no quieres volver a verme y así será.

Sofía estaba nerviosa, alterada, perturbada. Se quedó callada un momento antes de contestar. Ahora ella lo miró fijamente a él. Se acercó lentamente a Miguel de Montellano y lo besó. Por primera vez sus labios se juntaron con pasión, con ardor, con deseo. Se besaron larga y pausadamente, ella rendida del todo mientras él la abrazaba contra su cuerpo, hasta que finalmente se separaron.

—No puedo ni quiero imaginar una vida sin tu presencia, Miguel de Montellano.

Se miraron y se besaron nuevamente, ahí, frente al altar abandonado del convento de Yecapixtla, jurándose amor ante un

Dios que parecía haber huido por la presencia de la guerra.

Sus labios se disfrutaron por un largo tiempo, sus cuerpos se rozaron y finalmente se juntaron, se apretaron el uno contra el otro. Sus manos se recorrieron mutuamente sin que sus labios de despegaran un solo momento. El instante se hizo eterno, hasta que algo devolvió a Sofía a la realidad. Se separó del capitán Montellano, lo miró a los ojos seriamente y le dijo con toda la ternura, el cariño y la sinceridad de que fue capaz:

—Si de verdad me amas, ayúdame a salvar al único padre que me queda.

Miguel se quedó absolutamente silencioso, pensativo; el conflicto se veía en su mirada. La pugna entre el hombre que ama y el soldado que tiene un deber, la batalla entre el amante y el súbdito, el combate a muerte entre el hombre y el soldado, entre la lealtad y la traición.

La lealtad a su rey, a su padre, a su superior y a su deber, lo arrojaba a traicionar a su amor. La lealtad a Sofía, honrar el amor por ella, lo impulsaba a traicionar a los suyos. Tomara la decisión que tomara sería a la vez leal y traidor. Tenía que elegir y el momento crítico había llegado. En la guerra y en el amor todo se vale, y él estaba en medio de una guerra, precisamente por amor. Miró con ternura a Sofía.

—Haré todo lo que esté en mis manos por hacerte feliz, Sofía.

Sofía se lanzó de nuevo hacia el pecho de Miguel en un tierno abrazo, que él aceptó por unos segundos; pero después se separó y miró fijamente a los ojos de su amada.

—Pero antes debo de decirte otra verdad, querida Sofía. No quiero que haya ningún secreto ni nada oscuro entre nosotros.

Sofía lo miró con una mezcla de sospecha y miedo. Miguel continuó:

—Escúchame con atención y no digas nada hasta que termine. En realidad sé muy pocas cosas, pero de lo que sí estoy seguro es de que mi padre, hace ya muchos años, participó en una sociedad secreta que incluso llegó a liderar durante un tiempo. Era un grupo de conspiradores en el que, efectivamente, estaba tu padre. Te juro ante Dios que no sabía nada más que eso; yo no tenía idea de que mi padre fuera el asesino de tu padre. Sólo sé que él era un infiltrado, siempre a las órdenes del mariscal Calleja, y que en 1799 destruyó una conspiración contra la Corona española.

Sofía cumplió, no interrumpió a Miguel. Escuchaba con atención otros aspectos de la misma historia, juntaba otras piezas del rompecabezas que era su pasado. Miguel siguió con su relato:

—Debo confesarte que en un principio, en tus idas a Valladolid, comencé a verte porque mi padre me encomendó que te vigilara. No me odies, por favor. Me dijo que eras la heredera de un hombre peligroso y que podías tener información de interés fundamental para el gobierno de la Nueva España, que guardabas secretos. Que eras importante y yo tenía que estar al tanto de tus movimientos para conocer si tú sabías quién eras.

Sofía ya no pudo contenerse más.

—Eso es lo que he querido saber toda mi vida. No sé quién soy, Miguel, no sé de qué habla tu padre, no conozco ningún secreto. Soy una huérfana criada por un cura, que hasta hace algunos meses pensaba que no había nada más en su vida que eso, todo por causa de un padre que fue asesinado por estar involucrado en algo extraño. Necesito que me digas todo lo que sepas. ¿De qué se trata todo esto?

Sofía habló con desesperación absoluta, al borde del llanto, pero firme. Ahora veía que Miguel no era una casualidad en su vida. No existían las casualidades. Todo era un entramado del que ella formaba parte, sin saber cómo ni por qué. Él trató de consolarla.

—Mira, Sofía, yo mismo no puedo decirte mucho, sólo que mi padre siempre aseguraba que eras peligrosa a causa de tu pasado, que yo debía estar al pendiente de tus movimientos, que eras la única que quedaba de aquel grupo que él destruyó en 1799 y que quizá guardabas secretos, nunca dijo cuáles. Pero conforme comencé a verte, a contemplar tu belleza, tu sonrisa, tu carácter, tu inteligencia y tu inocencia, fui quedando del todo prendado de ti. Ahora estoy aquí, cometiendo traición, y no me importa. Espero que puedas perdonarme y quererme.

Sofía miró con detenimiento a Miguel de Montellano. Ya no podía ocultar sus sentimientos hacia él, pero era evidente que el rencor formaba parte de tales sentimientos, aunque no los sintiera directamente hacia él sino a su padre, a su pasado.

Estaba dispuesta a continuar con todo aquello, pero había dos pendientes y se los dejó claros a Miguel: debía terminar de descifrar su pasado y, además, no podían estar en dos bandos distintos de una guerra de castas.

Pero el joven Montellano no veía aquella contienda como un asunto de castas. Trató de explicarle su visión a Sofía.

—Yo creo que es una cuestión de lealtad, Sofía, y la lealtad es un valor muy subjetivo. Mi padre fue educado como un leal súbdito a la Corona española y es un militar de palabra. Para él la lealtad es mantener el imperio español y todo conspirador es desleal. Tu

padre creció con la idea de que esta tierra no debe pertenecer a España sino a los criollos y mestizos que la habitan. Tenía una causa y era leal a ella, aunque significara traicionar la lealtad al rey. Yo he querido ser leal a mi padre y a España. Así he sido educado. Pero ahora quiero ser leal, ante todo, a ti. Eso me convierte en traidor a la causa en la que he sido educado y a la que he defendido.

Sofía comprendía los sentimientos de su amado. La decisión que estaba tomando no era fácil y debía partir en dos su corazón.

—Ésta es una lucha por la libertad, Miguel, y yo quiero ser libre contigo, libre de poder elegirte y que tú seas libre de elegirme a mí. Nada de eso existe en este sistema social que nos oprime a todos los que no tenemos pureza de sangre como tu padre.

Miguel tomó aire antes de contestar:

—La pureza de sangre prácticamente no existe en nadie que lleve generaciones en este reino. Los españoles tienen privilegios y derechos especiales mientras más pura sea su nobleza y su hispanidad, eso es cierto. En ese sentido, mi padre también oculta un secreto.

Sofía miraba atentamente al capitán Montellano, quien siguió su relato con palabras pausadas, como sabiendo que revelaba algo que no debería ser contado:

—Mi padre no es de sangre pura; es un mestizo, igual que tú, igual que Morelos, igual que yo y que casi todos los que luchan. Mi padre es Diego de Montellano y Miravalle. Los Miravalle tienen un linaje noble de muchos siglos, del que mi padre podría estar orgulloso si no fuera porque ese apellido fue el que con el tiempo identificó en España a los descendientes del señor Moctezuma. Sangre india corre en las venas de mi familia, noble pero india. Eso a mí me ha parecido siempre una tontería, pero mi padre ha querido ocultar ese pasado, el cual sí conocía tu padre. Es todo lo que puedo decirte, Sofía. Mi padre ha estado siempre al servicio de España, desmanteló una conspiración, pero oculta el secreto de su linaje que se origina con Moctezuma. De todos los conspiradores, a quien más temía era a tu padre, por todo lo que él sabía y representaba, que yo mismo ignoro. Algo teme él de ti, pero ya no me importa lo que sea. Yo sólo puedo ver en ti a una mujer hermosa, asustada, retadora, valiente y, además, inocente. Una mujer que me ha robado el corazón. Para mí, Sofía Guillén, no hay más bando que el tuyo, más causa que la tuya y más aspiración que tenerte, sin importarme toda esta guerra. Intentaremos salvar a tu padre Morelos y descifrar tu pasado.

Miguel de Montellano calló, se mantuvo firme, con los ojos fijos en los de Sofía, en los de su mujer amada. Se había confesado y esperaba un veredicto. No podía hacer nada más que esperar. Espera que rompió Sofía arrojándose de nuevo en sus brazos. Se acurrucó en él, se recostó en su pecho. Finalmente le dio un beso tierno y corto en los labios.

—Declaremos nuestra libertad, pero antes tengo que salvar al padre José María.

12

Sofía y Miguel abandonaron el convento de Yecapixtla a paso lento, tomados de la mano, embelesados. Mantenían un diálogo en silencio que nada podía interrumpir; se decían todo sin hablar. Estaban dispuestos a seguir su vida más allá de aquella guerra. Así, en ese silencio cómplice, salieron del templo y su diálogo sin palabras fue interrumpido con violencia por Mateo, quien sorpresivamente apareció ante ellos en el atrio del convento y se dirigió con furia hacia Miguel:

—Ora sí, soldadito. La primera te la paso pero a la segunda te aso…

Dicho esto Mateo arremetió contra Miguel con el puño y lo arrojó lejos con toda la rabia que guardaba contenida, no sólo contra él, sino contra todos los de su clase.

Miguel se levantó del piso y se sacudió el polvo. Estaba acostumbrado a no dejar una ofensa sin respuesta, pero miró a su Sofía y se contuvo, y luego dirigió la mirada a Mateo.

—No me interesa pelear contigo.

—Pos claro que no, si eres como los frijoles, que al primer hervor se arrugan. Deja en paz a la niña Sofía.

No acababa de terminar la frase, cuando Mateo le soltó otro tremendo golpe, pero Miguel, en esta ocasión, lo esquivó, y Mateo, con toda su inercia, fue a caer en la entrada del convento. Sofía observaba la escena asustada y le gritó a Mateo:

—¡Mateo, no!

Pero él no escuchaba, ensordecido como estaba por la ira. Se puso de pie y adoptó de nuevo una actitud de pelea.

—A ver, soldadito, ven para que te siga dando tu receta.

Dicho esto, Mateo se lanzó de nuevo contra Miguel, mientras Sofía seguía gritándole que se detuviera. Finalmente, Miguel no se contuvo y, tras esquivar el primer golpe lanzado por Mateo, arremetió contra él y quedaron enfrascados en una lucha a puño limpio.

Los gritos de Sofía se confundieron, clamaba a voz en cuello que se detuvieran, y así, entre el ruido y la pelea, ninguno notó que alguien apareció sigilosamente y tomó a Sofía por la espalda, tapó su boca y se la llevó.

Mateo no vio lo que había ocurrido, pues le daba la espalda a la escena, pero Miguel se dio cuenta de que se llevaban a Sofía y de inmediato sacó una pistola. Mateo se detuvo.

—Pa' eso me gustabas, soldadito. Cargado de hierros, cargado de miedo.

—No, Mateo, se llevaron a Sofía.

Mateo volteó y se percató de que, efectivamente, Sofía no estaba. Ambos escucharon sus gritos que venían de afuera del atrio, de la calle.

Mateo se volteó hacia Miguel:

—La traicionaste, maldito gachupín.

Mateo se olvidó de su conflicto con Miguel, en ese momento nada era más importante que salvar a su Sofía; así que salió corriendo hacia fuera del atrio, pero Miguel lo detuvo cuando estaba a punto de salir. Lo tomó por la espalda y lo sujetó de manera que lo dejó totalmente inmóvil. Alcanzaron a ver a un pequeño contingente realista que tenía detenida a Sofía. Mateo seguía retorciéndose entre los brazos del capitán Montellano, que no lo dejaba libre. De pronto lo soltó y le gritó:

—Ponte a salvo.

Al mismo tiempo, Montellano salió corriendo del atrio a enfrentar a aquellos soldados. Mateo corrió hacia el otro lado en busca de su propia ayuda, ya que él tampoco había llegado solo, así que ya no pudo ver lo que ocurrió. Miguel se encontró cara a cara con los militares, pero de pronto notó que junto a las tropas estaba el carruaje de Alejandra de la Gándara, decorado con el escudo de armas de Félix María Calleja.

Alejandra estaba fuera del carruaje, de pie junto a él.

Miguel se acercó a ella y pudo distinguir de inmediato que Alejandra sostenía en sus manos la medalla de oro de Sofía. Ahí estaba de nuevo esa águila misteriosa que tantos conflictos había traído. Miguel sostuvo la mirada de Alejandra, con absoluto

reproche, y luego miró a los soldados, a quienes se dirigió con aire castrense.

—Soldados, les ordeno que la suelten.

Los soldados no sabían qué hacer; reconocían el rango del capitán Montellano, pero no obedecieron la orden.

—Obedezcan o…

—¿O qué, señor capitán? —interrumpió la voz de mando de Alejandra.

Miguel se quedó sorprendido, no de la presencia de Alejandra, sino de la autoridad que parecía ejercer en todo lo que estaba pasando.

—Alejandra, ¿qué tienes que ver en todo esto?

—Digamos que no estaba segura de confiar en ti… y mi tío el mariscal decidió que sería bueno vigilarte.

—Suéltala inmediatamente, Alejandra.

—Lo siento, querido, son órdenes del mariscal Calleja. Tu… amiga… debe ser arrestada por conspiradora.

Mientras decía eso le mostró la medalla del águila a Miguel.

—Según informes de tu propio padre, todo portador de este símbolo debe ser detenido por conspirador —hizo una pausa para darle mayor peso a sus siguientes palabras—: Y todo aquel que intervenga también.

Miguel estaba completamente enfadado, pero dominándose a sí mismo. Veía frente a él a la mujer con la que supuestamente debería casarse, a la que antes consideraba tan sólo pusilánime y superficial, pero ahora la veía como totalmente despreciable.

—¿Todo esto es porque pospuse el casamiento, verdad?

Alejandra lanzó una sonrisa irónica, de ésas que hieren.

—Nada se ha pospuesto, querido, ¿pensabas que sí? Te veo pronto.

A un ademán de Alejandra, los soldados se llevaron presa a Sofía, mientras ella subía a su carromato. Carruaje y soldados partieron, dejando a Miguel de Montellano completamente solo, y tal vez por primera vez en su vida, desde que él recordaba, totalmente desorientado. Se quedó inmóvil en la calle, sin saber qué hacer, hasta que la única solución posible pasó por su cabeza: si ya lo consideraban un traidor, lo sería en verdad. Era fundamental detener a esos soldados y rescatar a Sofía; sin embargo, no podía hacerlo solo. Subió a su caballo y salió a todo galope en la dirección en que se había marchado Mateo. Él era su única esperanza.

13

Mateo no había marchado solo rumbo a Yecapixtla. En la retaguardia de la retirada de Cuautla se había encontrado con Nicolás Bravo, quien tras enterarse de los hechos, lo había acompañado junto con cuatro soldados. Bravo y su pequeña guarnición esperaban a pocos minutos a caballo de Yecapixtla cualquier señal para rescatar a Sofía y seguir luego su camino hacia el punto pactado.

Estaba Mateo contando lo sucedido en el convento, cuando un jinete a todo galope comenzó a acercarse a ellos. A los pocos segundos distinguió Mateo a Miguel de Montellano y alertó a los demás para un posible enfrentamiento. Sin embargo, el capitán realista venía completamente solo.

No acababa de llegar junto al grupo ni de apearse del caballo cuando ya gritaba desesperadamente a Mateo:

—Rápido, Mateo, aún podemos rescatar a Sofía; necesitamos colaborar juntos.

Pero el purépecha no quiso escuchar. Ya tenía su idea preconcebida de Miguel de Montellano y de sus compinches, los gachupines: eran traidores y sometedores. Ignoró completamente a Miguel y se volteó hacia Nicolás Bravo.

—Captúrenlo, es un espía de los gachupines y planeó el secuestro de la niña Sofía.

Los cuatro soldados apuntaron a Miguel con sus fusiles mientras Nicolás Bravo lo arrestaba y encadenaba. Mateo estaba satisfecho, radiante de felicidad. Se acercó a pocos centímetros de Miguel y lo desdeñó mirándolo de la cabeza a los pies.

—Miren quién entró a la boca del lobo.

Miguel no opuso resistencia alguna a su arresto, con la esperanza de manifestar sus buenas intenciones.

—Olvídate de esto, Mateo; deja a un lado nuestros conflictos personales, olvídate de tu rencor, de tus prejuicios y de tu desconfianza. Yo soy tan criollo como éstos que me están deteniendo. Deja a un lado esta guerra por un momento. Aún podemos salvar a Sofía.

Nicolás Bravo y sus soldados se miraron entre sí, reflexionando en las palabras del capitán Montellano, que no hicieron mella alguna en Mateo.

—No hagan caso, es una trampa.

Nicolás Bravo estaba ahí con su gente para ayudar a Mateo en su misión especial, así que no discutió el asunto. Dio la orden a sus

soldados.

—Llévenselo.

Mateo, Nicolás y los soldados subieron a sus caballos, mientras Miguel, atado, detrás de uno de los animales, era llevado a rastras. Ya no sólo era un traidor; ahora, además, era un prisionero de guerra y, por lo tanto, con casi total seguridad, hombre muerto.

Lo que más le preocupaba era que sin su ayuda, ni Mateo ni el propio Morelos sabrían cómo rescatar a Sofía. Sufría por ella. Conocía a Calleja, pero sobre todo conocía a su padre y sus métodos. Sin estar seguro de qué información podrían buscar en esa inocente mujer de menos de veinte años, sabía que no le esperaban buenos momentos a su amada. “¿Qué podría haber tan importante en Manuel Guillén o en su hija Sofía?”

Por el rumbo contrario, los soldados, mandados momentáneamente por Alejandra de la Gándara, iban con Sofía prisionera hacia Valladolid. La mente de la muchacha seguía siendo un rompecabezas, una tempestad, un pozo sin fondo. Acababa de confiar del todo en Miguel, y ahora no sabía si esa captura era una casualidad o si él estaba detrás de todo. Finalmente era el hijo de Diego de Montellano y le confesó que su padre estaba tras ella. Pero, por otro lado, sus palabras le parecieron sinceras.

La otra cuestión era Alejandra: no podía creer Sofía que todo ese movimiento estuviera motivado únicamente por celos; tenía que haber algo más de trasfondo. Además, en las dos ocasiones en que Alejandra estuvo en posibilidades, le arrebató su medalla, y seguramente ese objetivo tenía algún significado.

En la guerra y en el amor todo se vale. ¿Alejandra actuaría en términos de guerra o de amor? ¿Y Miguel? Lo que parecía muy claro era que la guerra y el amor no podían ir de la mano. Miguel de Montellano, el capitán realista, iba prisionero de los insurgentes rumbo a la sierra occidental, cerca de Oaxaca. Sofía Guillén, insurgente por azares del destino, iba prisionera de los realistas a su ciudad natal: Valladolid.

El secreto de nuestro origen

1

Valladolid (junio de 1812)

La Catedral de Valladolid era orgullo de toda la Nueva España; tenía las torres más altas de toda América. La belleza del conjunto religioso se vislumbraba desde la lejanía, no sólo por la altura, sino por la forma en que todo el edificio brillaba cuando el sol iluminaba su cantera color rosa.

Atardecía en Valladolid y todo en la ciudad continuaba su vida normal. Desde que Hidalgo la abandonara, en octubre de 1810, la gran ciudad del occidente había regresado al orden virreinal y todo marchaba en paz. La gente estaba en las calles, los vendedores; el bullicio normal de una tarde en la plaza central. Sonaban las campanas vallisoletanas llamando a misa. La gente que acudía rumoraba que había llegado hacía poco una comitiva del ejército realista con una prisionera, seguramente una de las rebeldes que los saquearon junto con el cura Hidalgo en 1810.

La cárcel de Valladolid estaba en un edificio frente a uno de los costados de la Catedral. Por fuera era un hermoso edificio neoclásico con un bello patio central en el interior y algunas celdas

en los pasillos laterales. Pero sus sótanos guardaban secretos más oscuros: celdas alejadas de la luz del sol, salones de tortura y demás instalaciones, casi todas en desuso, que habían sido propiedad de la Santa Inquisición. Muchos de los instrumentos de tortura continuaban ahí, ya que su sola vista aflojaba la lengua de casi cualquier prisionero.

En una de esas celdas oscuras estaba Sofía, de pie y en silencio, mientras Alejandra de la Gándara caminaba a su alrededor. Se detuvo muy cerca de Sofía. Llevaba en sus manos la medalla del águila que le había quitado en Yecapixtla. Diego de Montellano estaba en la puerta de la celda. Sólo observaba. Alejandra era quien intentaría obtener información de Sofía Guillén.

—Estás en la prisión de Valladolid, acusada de traición y conspiración.

Sofía permaneció firme y en silencio. Alejandra continuó:

—No se podía esperar otra cosa de la hija de un hereje. Pero aún tienes una oportunidad de ser libre. Quiero que dejes en paz a Miguel.

Sofía sonrió levemente y miró a Alejandra directamente a los ojos, con altanería.

—Parece que últimamente Miguel sólo está en paz cuando está conmigo.

Alejandra le propinó una bofetada a Sofía con todas sus fuerzas.

—Mira, niña estúpida, puedo dejarte aquí para siempre si me place. Miguel no es para ti y la política tampoco. Aún puedes evitar un cargo por traición si hablas.

Mientras Sofía se dolía del gran golpe que le había asestado Alejandra, no dejaba de pensar: “¿Será que finalmente lo que ella hace es únicamente por celos? Es imposible”. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la presencia de Diego de Montellano. Ahí estaba el asesino de sus padres; nunca antes lo había visto pero sabía que era él. Don Diego se acercó a ella lentamente en actitud conciliadora.

—Sólo queremos que nos haga un favor y un servicio de lealtad a la Corona. Ya que anda usted en tan malas compañías, me gustaría saber el nombre y los planes de sus amigos.

2

Sierra del sur

Las tropas de Morelos transitaban en medio de la nada, por esos caminos montañosos y selváticos que habían sido su principal aliado. Ahí donde los realistas simplemente no podían encontrarlos. Esos caminos del sur que Vicente Guerrero y Pedro Ascencio conocían muy bien y a los que Galeana y Matamoros estaban tan acostumbrados. Siempre por esos senderos sin sendero los insurgentes de Morelos se acercaban a las ciudades que iban a ser atacadas.

El general Morelos estaba en su tienda de campaña, acompañado de Nicolás Bravo, que había regresado, junto con Mateo, de su fallida misión de rescatar a Sofía, pero con un prisionero valioso. Morelos terminó de leer una carta que arrugó y arrojó con coraje.

—Me temo que lo de Sofía no es la única mala noticia, don Nicolás. Me informan que Leonardo Bravo, su padre, fue capturado por tropas realistas.

Nicolás Bravo desenvainó su espada por instinto, como por reflejo, como si el enemigo estuviera ahí. De inmediato descansó en el piso.

—Permítame organizar una tropa para rescatarlo.

—Ni siquiera sabemos dónde está; podríamos perder meses buscándolo en cada ciudad. Para demostrar la valía en que lo tengo, he ofrecido liberar a trescientos prisioneros realistas a cambio de su vida. Esperemos que respondan al ofrecimiento. Trescientos por uno es algo que no se puede rechazar.

—Pero, general…

—Lo siento, no hay otra cosa que podamos hacer. El intercambio es ventajoso para ellos. Trescientos hombres por la vida de uno solo.

Nicolás Bravo obedeció con resignación; sabía que el general Morelos tenía razón, tanto por la imposibilidad de encontrar a su padre, como por lo ventajoso del intercambio que ofrecía. De hecho, sentía gratitud por Morelos por considerar que la vida de su padre valía la de trescientos hombres. Mientras don Nicolás acataba

aquel destino, Mateo interrumpió:

—¿Y qué haremos por Sofía?

—Lo mismo. No podemos actuar de manera distinta; ofreceremos un intercambio. Además, tenemos una causa que es superior a los intereses individuales, y saben que la vida de Sofía es una prioridad para mí, y que si yo no fuera responsable de toda una causa libertaria iría en persona por toda la Nueva España hasta dar con ella.

—El prisionero, Miguel de Montellano —agregó Mateo—, debe saber dónde está; él lo planeó todo. Si lo torturamos, hablará.

—Nada de torturas, Mateo, no es de cristianos. Recuerda además que nosotros estamos tratando de construir una patria, y en ella no habrá lugar para la tortura.

3

Cárcel de Valladolid

La noche había caído sobre Valladolid. Toda la ciudad descansaba, o casi toda; el verdugo seguía haciendo su trabajo. Los representantes de Dios no descansan y ahí estaban en la prisión dos frailes dominicos, los grandes inquisidores, atestiguando aquel inusual interrogatorio. Del verdugo no se veía nada, menos aún su rostro; cubierto como siempre; sólo se podía ver una cruz en su pecho. Todo por aniquilar a los enemigos de Dios.

La torturada era Sofía Guillén, que permanecía sentada en una silla, de espaldas a un tanque con agua: la dejaban caer hacia atrás en el tanque y la sacaban continuamente. Era el clásico tormento del ahogamiento. Junto al verdugo estaba Diego de Montellano, hablando con ella:

—Créeme que terminarás por hablar, pequeña; mejor sería para ti hacerlo de una vez.

Sofía cerró los ojos y bajó la vista sin emitir palabra. El verdugo la volvió a sumergir obedeciendo un ademán de don Diego.

Así pasaron los días, tal vez las semanas, o más tiempo aún, para Sofía Guillén. Había perdido la noción del tiempo, encerrada en una celda a la que nunca le daba la luz del sol, alimentada a intervalos irregulares y sometida a la tortura: simplemente era imposible tener una idea de cuánto tiempo llevaba recluida y torturada. Una cosa tenía clara: jamás daría información sobre José María Morelos.

Sofía era conducida de manera constante a la sala de torturas, donde la sometían a aparatos que llevaban décadas sin usarse. Le infligieron diversos tipos de tormento sin obtener de ella una sola palabra. Su mutismo simplemente era increíble. Además, ni siquiera estaba segura de qué querían de ella.

Cada día o cada noche, no lo sabía, después de las torturas era arrojada violentamente a su celda de piedra, sucia, húmeda y fría, vestida con harapos. A veces la dejaban sola con el verdugo; en ocasiones distinguía la silueta de Alejandra de la Gándara, aunque casi nunca volvió a sentir la presencia de Diego de Montellano.

Después de una de tantas jornadas de tortura fue lanzada de nuevo al piso de su celda y pudo distinguir a Alejandra y a Diego en la puerta. Escuchó sus voces:

—No creo que hable —dijo don Diego.

—Ni que sobreviva —remató Alejandra.

Alejandra miró a Sofía en el suelo y se acercó a ella.

—Hablarás o irás directo al infierno, como el padre Morelos, quien finalmente ha sido excomulgado.

4

Orizaba (octubre de 1812)

Efectivamente, Morelos había sido excomulgado, igual que

Hidalgo, por las mismas causas (las matanzas) y por la misma persona: monseñor Abad y Queipo, obispo electo de Valladolid y superior del sacerdote José María Morelos.

Morelos estaba en el punto más álgido de su lucha. Dominaba prácticamente toda la sierra del sur, desde Izúcar hasta Chilpancingo y Tecpan, y de ahí hasta Carácuaro. La ciudad de México estaba aislada del puerto de Acapulco, que sin embargo seguía siendo la obsesión de Morelos. No obstante, ahora estaba más cerca de otro puerto mucho más importante: el de Veracruz. Las tropas insurgentes, guiadas por Morelos, Vicente Guerrero y Miguel Fernández, llevaban semanas asolando Orizaba y estaban a punto de hacer caer la ciudad. Pero todas esas victorias no significaban nada para el padre José María al lado de su gran derrota: no sabía nada de su querida Sofía.

El edicto de excomunión contra Morelos fue promulgado en Valladolid. En octubre, una copia estaba clavada en la puerta de todas las iglesias importantes de la Nueva España:

Por la autoridad de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de las vírgenes, ángeles y arcángeles, y todos los santos. Sea condenado al fuego del infierno José María Morelos y Pavón. Lo separamos de esta Santa Iglesia para que sea atormentado, despojado y entregado a Satán. Que lo maldigan los ángeles y las cortes celestiales, y los apóstoles de Cristo. Sea condenado y anatemizado José María Morelos y Pavón y todos aquellos que simpaticen con sus ideas y sus causas. Que todos los poderes del cielo se levanten contra ellos. Así sea.

Monseñor

MANUEL ABAD Y QUEIPO

Pero muy alejado estaba el general Morelos de esas preocupaciones; de hecho ni siquiera creía en la autoridad de Abad y Queipo, pues era un arzobispo que no había sido nombrado por un rey sino por un cabildo. Había visto ya también la forma en que la Iglesia se metía en política y mezclaba los asuntos terrenales con los eternos. Creía Morelos en la religión católica y en sus valores, y los quería como pilar ético y moral de la nueva nación; pero no en una religión al servicio de un rey tirano más que del propio Dios.

Así pues, con la pérdida de Sofía en su corazón, Morelos y sus tropas entraron a Orizaba y se apoderaron de la ciudad el 27 de octubre de 1812. La declararon territorio libre de España, y una vez más permitieron que los civiles no conformes con esta disposición abandonaran el lugar, previo pago de un impuesto revolucionario. Los que no eran perdonados eran los soldados realistas, que caían

ante las balas implacables de los insurgentes o eran hechos prisioneros, como moneda de cambio para cualquier futura negociación.

Fue otro triunfo amargo para Morelos, quien no podía dejar de pensar en la suerte que habría sufrido Sofía, a quien daba por muerta. La culpa pesaba sobre su conciencia; por causa suya estaba en esa guerra y él no supo sacarla de ahí. Por lo tanto no había cumplido la promesa que le hizo a Manuel Guillén: mantener a salvo y con vida a su pequeña.

Los despojos de Sofía, sin embargo, resistían aún en la cárcel de Valladolid. Resistían al tormento, a la ansiedad y a la locura que intentaba apoderarse de su mente, y se resistían, ante todo, a perder la esperanza de salir de ahí, aunque no se viera una sola posibilidad.

5

Cercanías de Orizaba (octubre de 1812)

Don Nicolás Bravo, acompañado de Mateo y varios soldados insurgentes, tenía formados delante de sí a trescientos soldados del ejército realista, prisioneros de guerra. Los militares que acompañaban a Bravo iban armados con fusiles que ya apuntaban al pecho de los cautivos, listos para disparar. En los rostros de aquellos hombres al borde de la muerte se podía ver un mosaico de emociones: algunos dignos hasta en los últimos momentos; otros llorando; otros más simplemente temerosos; algunos suplicando piedad; otros, los menos, a pie firme, sacando el pecho, sin mostrar cobardía ni ante el último aliento. Entre estos últimos estaba Miguel de Montellano.

Don Nicolás caminaba de un lado a otro de la fila de los prisioneros; lo hacía despacio, reflexivo, luchando internamente con

el cristiano piadoso, el soldado que obedece órdenes explícitas y el hijo que debía vengar la muerte de su padre. Finalmente les habló a los condenados:

—El general Morelos ofreció la vida de trescientos realistas, las de ustedes… a cambio de la de mi padre… —se quedó en silencio mirando a los soldados, escrutando sus rostros—: El intercambio fue rechazado. Mi padre ha sido ejecutado y me toca cumplir nuestra parte. Trescientas muertes, las de ustedes, a cambio de la de mi padre. Además, es la orden del general.

Mientras hablaba, Nicolás Bravo pasó frente a Miguel de Montellano, quien mantenía su postura de altivez y valentía. Lo reconocía Bravo como el raptor de María, el traidor que llevó una falsa paz a Cuautla, uno de los predilectos del mariscal Calleja. Sacó su pistola lleno de rabia y la puso en la sien del capitán Montellano, quien habló con arrogancia:

—Hazlo de una vez, así, cobardemente, como los salvajes que son.

Don Nicolás bajó su arma.

—¿Cobarde? Cobardes los españoles, que han matado a mi padre a garrote vil, infligiéndole una de las peores torturas, apretando el cuello hasta que sus venas reventaron y murió asfixiado. Sin la dignidad de un soldado valiente. ¡Me habla usted de salvajismo y de cobardía!

Miguel se quedó callado y pensativo. Siempre había despreciado algunos métodos de los realistas, en particular de Calleja; incluso varias veces lo había manifestado. Hasta en la batalla debería existir el honor y el enemigo sería digno de ser honrado. Bravo siguió caminando y continuó hablando a los soldados:

—En toda guerra hay muertos, eso lo acepto y lo entiendo. Lo que no comprendo es que ustedes, nacidos en esta tierra, peleen en contra de su independencia, en contra de su propia libertad, por un rey cautivo al que nunca han visto y nunca verán.

Don Nicolás dio un par de pasos hacia atrás, para tener más a la vista a los prisioneros y poder hablar a todos en su conjunto y que sus palabras fueran claras. Guardó unos instantes de silencio, miró directamente a los ojos a varios de los soldados, quienes no le sostenían la mirada.

—Estoy seguro de que si entendieran el valor de la libertad, lucharían por ella. Y ya que sus vidas me pertenecen… Escúchenlo bien, sus vidas me pertenecen… Yo les doy su libertad.

Don Nicolás se paró de nuevo frente a Miguel antes de continuar.

—A todos, porque todos somos americanos. Pueden irse o pueden pelear por una nueva patria libre. ¡Que viva la América!

Todos los soldados sin excepción se quedaron mudos. No podían creer lo que estaban viviendo. Tres minutos antes eran hombres muertos de pie, y ahora estaban vivos y eran libres. El silencio fue roto por gritos de algarabía y emoción.

Don Nicolás volteó a ver a Mateo, quien bajó la cabeza con humildad en el rostro. Había aprendido una gran lección.

Uno de los soldados liberados se acercó a Bravo y gritó hacia los demás:

—¡Que viva el caudillo magnánimo!

Varios vivas se sumaron. Algunos soldados, aún sin creer su buena fortuna, comenzaron a retirarse, mientras otros se acercaron a Bravo para ponerse a sus órdenes. Sus vidas le pertenecían.

Miguel de Montellano no sabía qué pensar, pero también había aprendido una lección. Todo ese honor que no veía en su padre y en Calleja lo había presenciado en persona, en boca de alguien que tenía derecho a matarlo. Se quedó solo, pensativo, reflexionando.

6

Cárcel de Valladolid (octubre de 1812)

Sofía Guillén, lo que quedaba de ella, estaba en su celda, acurrucada en un rincón, sentada en el piso. Tenía miedo. Se podían ver en ella los estragos del tiempo y de la tortura. Estaba harapienta, sucia, con el cabello largo y maltratado, la mirada perdida. No sabía por qué seguía viviendo.

De pronto Diego de Montellano apareció en su celda. Sofía ni siquiera tenía fuerzas para levantarse y voltear a verlo, pero sí de hablar.

—Hoy no tengo una respuesta diferente.

Don Diego le sonrió amablemente.

—Pero es que hoy quiero darte una nueva razón para vivir.

En ese momento don Diego hizo una señal y un soldado hizo entrar a la celda a un hombre mayor, canoso, vestido en harapos, sucio, de cabello y barbas largas y maltratadas. Todo un mendigo en su peor momento.

—Ya que luchas tanto por la libertad, quiero pensar que podrías querer liberar… a tu padre.

El anciano levantó la cara. Cicatrices en cuerpo y rostro denotaban que había sido torturado. Lo pálido de sus ojos evidenciaba años de encierro en la oscuridad, por lo que prácticamente no podía ver. Extendió sus manos como buscando algo en la nada.

Sofía lo miró con pena pero con incredulidad. Podía esperar cualquier sucio ardid de Diego de Montellano.

—Mi padre murió hace muchos años.

Don Diego sacó algo brillante de su bolsillo y lo colocó en las manos de Manuel Guillén, al tiempo que seguía hablando:

—Aquí está el símbolo de una familia de traidores.

Dicho esto lo arrojó contra la pared y salió de la celda azotando la puerta tras de sí.

Sofía se quedó sorprendida. Con sus pocas fuerzas y ánimos, pero con su característica compasión, se acercó al prisionero y lo ayudó a incorporarse. El anciano no decía nada, pero palpó aquello que Diego le había puesto entre las manos. Levantó el rostro hacia donde creía percibir a Sofía, intentando verla, y murmuró.

—¡El águila de Cortés!

Sofía también había visto la medalla en las manos del anciano y murmuró:

—Es… mi medalla.

El anciano siguió palpando aquel símbolo de oro. Extendió las manos, tomó el rostro de Sofía y lo puso frente al suyo. Sofía lo miraba detenidamente mientras el anciano, con toda delicadeza, tocaba el rostro de la joven. Finalmente habló:

—Tienes las mismas facciones que tu madre cuando la conocí. Me recuerdas a ella, a mi querida Mariana.

Mariana. El nombre de su madre. Sofía rompió a llorar y tomó las manos de su padre; entre los dos acariciaron aquella medalla que Sofía tanto había odiado y que ahora le daba ese gran momento de felicidad. Finalmente, entre sollozos, Sofía habló:

—Pensé que estabas muerto.

—Lo he estado por más de diez años. Recé por volver a verte,

pero nunca quise que fuera de esta manera.

Los dos se abrazaron efusivamente y lloraron.

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró don Diego con dos soldados; uno detuvo a Sofía y el otro a Manuel, sujetándolo por la espalda. Diego apuntó una pistola al pecho de Manuel Guillén; la puso sobre su corazón.

—Te puedo devolver a tu padre, o puedo matarlo frente a ti.

Sofía se quedó pasmada, pensativa, titubeando. Volteó a ver a su padre; se podía ver la duda en su rostro. No pudo evitar recordar al general Morelos: “La causa es primero”. Pero estaba con su padre. Manuel Guillén interrumpió el momento dirigiéndose a don Diego.

—Ella es más fuerte que yo.

Sofía seguía muda, temblaba, sus ojos estaban al borde del llanto. Se veían sus labios, que nunca se abrieron.

Diego movió una mano dando una orden a un soldado, quien colocó una soga con torniquete en el cuello de Manuel y comenzó a darle vueltas. El cuello de Manuel Guillén se iba apretando.

—Puedo matarlo frente a ti, lentamente y con dolor.

El dolor de Manuel Guillén era evidente; se estrechaba su garganta, le faltaba el aire, pero alcanzó a pronunciar unas palabras casi en silencio.

—Nunca tengas miedo, Sofía. No te sometas, no digas nada. Yo morí hace más de diez años.

El rostro de Sofía estaba lleno de lágrimas; sufría indeciblemente por la tortura de su padre. Finalmente pronunció una palabra:

—Oaxaca.

Sofía volteó a ver a su padre, llorando. De inmediato dirigió su mirada a Diego.

—Desde que salimos de Cuautla sé que tenían pensado tomar Oaxaca antes de que terminara el año. Ése era el objetivo y el último punto de reunión, después de Chilpancingo, Izúcar y Orizaba.

—Nombres, necesito nombres y saber sus escondites, sus rutas.

—Le juro que no sé nada más.

Don Diego se encaminó hacia la puerta de la celda, pero de pronto se detuvo, como si olvidara algo, y se dirigió de nuevo a Manuel Guillén y lo tomó de los brazos. Manuel cerró los puños y Montellano lo golpeó con la cacha de su pistola. Manuel Guillén cayó, sus manos se abrieron y la medalla rodó al piso. De inmediato la tomó don Diego, quien la guardó en sus ropas, miró con desdén el cuerpo de Manuel Guillén en el piso y le dio un puntapié.

—Traidores y obstinados.

Luego se dirigió a Sofía:

—Dejaré que lo pienses. Nada como una reunión familiar para aclarar la mente.

Acto seguido cerró la puerta y dejó a padre e hija sumidos casi en la total penumbra.

7

Orizaba (octubre de 1812)

Miguel de Montellano estaba de pie, frente a José María Morelos. Encarándose con el general insurgente, entrevistándose con el que debería ser su peor enemigo, suplicando a quien debería aniquilar. Ahí estaba Miguel, quien tras recibir la liberación de Nicolás Bravo decidió usar su recién adquirida libertad para ir a buscar al general Morelos.

Estaban uno frente al otro, y aunque Miguel rebasaba por lo menos por una cabeza a Morelos, era él quien se sentía pequeño ante la gran presencia de su adversario, que finalmente había aceptado encontrarse con Miguel de Montellano cuando éste anunció que podía rescatar a Sofía.

—Ya lo recibí una vez, capitán. Traía una oferta de paz mientras el resto de sus tropas debilitaba nuestras defensas. Sólo lo recibo porque me interesa la vida de Sofía.

Miguel quedó algo cabizbajo. No era culpa suya lo ocurrido en Cuautla. Él mismo fue engañado, pero para fines prácticos José María Morelos tenía razón. No intentó disculparse.

—Tenían el derecho de matar a esos trescientos prisioneros, de matarme a mí con ellos… Ahora sé que son gente honorable.

—¿Qué le hacía pensar que somos diferentes?

—Con estas circunstancias nadie está pensando claramente. Hay quienes los ven como libertadores y hay quienes piensan que son

unos rebeldes y salvajes que destruyen el orden. Los que vivieron los saqueos y las matanzas de Miguel Hidalgo les tienen miedo.

—Ésta es una guerra distinta. Nadie está aquí por el saqueo, está prohibido; hay disciplina, la gente sabe por lo que lucha, por eso somos muchos menos que la tropa de Hidalgo. Pero tenemos un ideal claro: liberar a este país de la tiranía española. Dar a este pueblo su libertad.

—No debo ser yo quien discuta eso con usted ni es el tema que me trae a su presencia. Pero muchos criollos temen que su triunfo signifique la pérdida de sus propiedades.

—Eso no será así, y créame que triunfaremos. Tal vez yo no, pero sí este pueblo.

—¿Y en verdad cree que hay un solo pueblo aquí? Yo veo diversos grupos con diferentes intereses peleando por sus conveniencias. La soberanía popular sólo puede emanar de un pueblo unido, con leyes que los restrinjan y con gente de bien y sabiduría al mando. De lo contrario, esto podría ser una bomba de tiempo.

Morelos vio por primera vez con respeto al joven Montellano. Le pareció distinto a su padre; idealista, pero ante todo honorable. Lo miró con atención y cambió de tema, al que realmente le interesaba.

—Fue liberado por el señor Bravo, quien contradijo mis órdenes. ¿Qué hace todavía aquí?

—Creo que sé dónde puede estar Sofía. Debemos rescatarla.

Morelos desenvainó su espada listo para cualquier ataque mientras Mateo, siempre junto al cura, se acercó por detrás, con un machete, listo para cualquier contingencia.

—Ya sabe usted que somos honorables. ¿Y yo cómo sé que es usted gente honorable? Su familia siempre ha sido enemiga de la causa.

Miguel permaneció firme, y con una sola mano desató el cinturón en el que portaba un cuchillo oculto, su única arma. El cuchillo cayó al suelo.

—Estoy aquí, desarmado y vulnerable ante usted. Mi causa es Sofía. No tengo más razones que ella.

El general Morelos se quedó pensativo. Bajó su arma y le ordenó a Mateo que hiciera lo mismo, quien obedeció lleno de desconfianza.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Concédame la libertad de amarla. Yo puedo rescatarla, sigo siendo un capitán realista. He cometido traición, pero tal vez aún

pueda moverme en ciertos círculos, y puedo investigar dónde la tienen.

Mateo se apresuró a intervenir.

—No le crea nada, padre. Piel de oveja, hocico de lobo.

Morelos estaba frente a él de nuevo. Muy cerca, lo miró a los ojos. Irradiaban confianza… pero era un Montellano. Por otro lado, nada tenía que hacer ahí y arriesgó su vida por llegar a su presencia. El general seguía en silencio.

—Confíe en mí, general Morelos.

Morelos se quedó pensativo unos instantes más y llamó a Mateo.

—Mateo, consigue unos hombres, tú y el capitán Montellano irán a buscar a Sofía.

En la cara de Mateo se podía ver el desconcierto, el desacuerdo; incluso el enojo ante esa decisión. "Cómo puede el padre José María dejarse engañar por ese miserable gachupín." Intentó reclamar, pero el propio Miguel lo interrumpió.

—Mateo, no te voy fallar, necesito tu ayuda.

Mateo lo miró con recelo. Ahora tendría que ir de misión, por órdenes de su superior y padre adoptivo, con aquel al que se había propuesto odiar hasta la muerte.

—Ya veremos —se limitó a contestar el purépecha.

—¿Cuál es su plan, capitán? —preguntó Morelos.

—Necesito los uniformes realistas que podamos conseguir ahora; supongo que no le será difícil.

8

Valladolid

La casa que el mariscal Calleja poseía en Valladolid no desmerecía en absoluto a sus propiedades de San Luis y de la ciudad de México. Ahí había citado a don Diego de Montellano. Ambos

conversaban en su lujoso salón dominado por una gran bandera de la cruz de Borgoña, símbolo del imperio español, y la imagen de la Virgen de los Remedios. Calleja estaba sentado tras un gran escritorio, firmando algunos documentos. Al otro lado, de pie, se encontraba Diego de Montellano. La conversación fue interrumpida por un mayordomo que anunció la llegada de Alejandra de la Gándara.

Una vez anunciada, Alejandra entró en el salón con aires de gran señora, saludó con una inclinación a don Diego, y en cuanto quedó frente a Calleja le lanzó una gran sonrisa y lo abrazó. Calleja se puso de pie para recibir aquella felicitación.

—Querido tío, qué gran noticia. Nadie más merecedor que tú.

El mariscal volteó a ver a don Diego.

—No se lo había comunicado aún. Se me ha honrado con el nombramiento de virrey de la Nueva España. Pronto tomaré posesión del cargo ante la audiencia. Ya lo sabes, según los términos de esa herética constitución aceptada por las cortes en España, mi título oficial es el de jefe político superior; virrey, para fines prácticos, título que pretendo ostentar en cuanto esos malditos liberales sean sacados del poder en Cádiz.

—Habrá que decirle alteza, tío. Ahora esos malditos indios verán su final.

Diego de Montellano hizo su mejor gesto de servilismo, se acercó y se inclinó ante Félix María Calleja del Rey.

—Su excelencia no debió ocultar este placer. Mi hijo y yo nos reiteramos a su servicio y al de su majestad, Fernando VII.

Alejandra aprovechó la mención de Miguel para interrumpir con un dardo verbal lleno de veneno.

—En realidad no sé qué tan confiable siga siendo Miguel de Montellano; me parece que se ha relacionado demasiado con esa protegida de Morelos.

—A eso quería llegar, Diego —agregó Calleja.

El jefe político superior de la Nueva España, virrey para fines prácticos, el mariscal Calleja, tomó asiento y fue inmediatamente imitado por su sobrina Alejandra. Montellano permaneció de pie mientras Calleja, en su lujoso sillón, continuaba hablando.

—La conducta de tu hijo es sospechosa y tal vez hasta podría ser considerado un traidor… a su patria, a su clase y a su rey.

—Yo le aseguro, señor…

Calleja no lo dejó terminar la frase:

—No asegures, Diego. Los hechos son los que cuentan. Supongo que si siguiéramos adelante de manera expedita con el compromiso

de tu hijo y mi sobrina, quedarán en claro sus lealtades.

Don Diego hizo una reverencia.

—Puede contar con ello, señor virrey.

—Ahora, como virrey, más que nunca mi obligación es aplastar esta rebelión. No será bajo mi mandato que se desintegre el imperio español. La insurgencia no sobrevivirá a Félix María Calleja del Rey, eso lo aseguro.

—Ahora debemos ocuparnos de ese rebelde Morelos; sabemos que sus tropas, escondidas en la sierra, se dirigen a Oaxaca.

Calleja mostró preocupación.

—En Oaxaca hay pocas tropas, no podremos defender la ciudad.

—No se preocupe, excelencia, al conocer con anticipación sus planes utilicé uno de sus salvoconductos para solicitar tropas en la zona. Habrá por lo menos tres mil hombres esperando a Morelos. Además, sólo necesitábamos saber su ubicación. Ahora sí podremos envenenarlo, tengo a una persona indígena de mi total confianza muy cerca de él todo el tiempo; las cosas estarán dispuestas para que emponzoñe sus alimentos. Aumentaremos la dosis, esta vez no sobrevivirá.

Alejandra no quiso terminar esa conversación sin otro dardo ponzoñoso.

—Dadas las dudas que tenemos sobre usted y su hijo, veré personalmente que así sea.

9

Cárcel de Valladolid (noviembre de 1812)

Sofía había perdido toda esperanza de salir con vida de aquel agujero oscuro. Sabía que ninguna confesión le devolvería su libertad. Mencionó Oaxaca sólo por la tortura que amenazaba a su padre. Ambos estaban sin fuerzas, sentados en el suelo de su

húmeda celda, con la cabeza baja, en un silencio que Manuel interrumpió:

—No debiste decir nada, Sofía.

—Lo siento, pero no podía perderte otra vez.

Manuel se arrastró por el suelo para acercarse a su hija; la tomó de las manos.

—Creo que es tiempo de que te cuente varias cosas.

Sofía asintió apretándole ambas manos con cariño y Manuel comenzó su relato:

—El día que te perdimos, tu madre y yo teníamos una reunión en casa. Algunos nos llamaban conspiradores. Éramos sólo algunos cuantos hombres y mujeres de conocimientos, que discutíamos las posibilidades de un gobierno que no dependiera de España. No buscábamos la guerra, sino una separación pactada, conveniente para todos.

Sofía interrumpió:

—Ahora hay una guerra, y no sé a dónde va a llevar a este reino.

—Eso queríamos evitar, el caos, la incertidumbre. Esa noche citamos en casa al padre José María, en quien teníamos toda nuestra confianza, para que te cuidara si algo nos pasaba, ya que todo indicaba que alguien del grupo era un traidor. Fue la persona que menos pensé, a quien más estimaba y en quien más creía: Diego de Montellano. Esa noche el padre José María te puso a salvo mientras nosotros enfrentamos a una tropa encabezada por Diego. Él mató a tu madre ante mis ojos. A mí me mantuvo preso, intentando sacarme información. Tuve que dar algunos nombres… lo que te pedí a ti que no hicieras. Sé que es difícil. No he podido perdonarme esa traición.

Sofía lo miró llorando, pero con rabia. Para ella seguía siendo un extraño el que ahora resultaba ser su padre. Y ella tenía muchos reproches acumulados qué hacerle.

—Pero si lo primero que traicionaste fue a tu familia; nos cambiaste por esa causa. A mí me dejaste por eso. Ni siquiera me abrazaste cuando te fuiste.

—No podía abrazarte. Tenía miedo de no poder soltarte.

—Me exigiste que nunca tuviera miedo.

—Ese día yo tenía miedo. Mis ideales me estaban quitando a mi familia… y finalmente los perdí a ambos.

Sofía se quedó pensativa; las lágrimas invadían sus ojos. Su mente era de nuevo una borrasca. Ahí estaba el padre al que había tratado de odiar para tranquilizar su alma; el padre a quien culpaba de arrebatarle una vida. Pero ahí estaba también el papá ausente, al

que ansiaba y añoraba abrazar. Ahí estaba frente a frente con ese pasado que tanto la había acosado. Su padre murmuró:

—La lucha por la libertad corre por tus venas…

Sofía lo miró tiernamente.

—Fueron las últimas palabras que escuché de mi madre.

—Eso imaginé. Espero que puedas perdonarme.

Tras unos segundos de silencio reparador, Sofía abrazó a su padre. Se fundieron en un primer momento de sincero perdón. Se mantuvieron unidos por varios minutos hasta que Sofía interrumpió con una pregunta:

—¿Por qué a nosotros?

Se separaron del abrazo. Manuel tomó a su hija de ambas manos y platicaron frente a frente.

—Mira, Sofía, este país es una mezcla de razas, ideas, tradiciones, gente…

—Conquistado por los españoles, que nos odian —interrumpió su hija.

—No, Sofía, ya no hay español o indio, sólo americanos, mexicanos, como dicen algunos. Este país es algo totalmente distinto a lo que fue hace siglos. Es otra cosa muy diferente. Fue formado por los españoles y por los pueblos que aquí habitaban, y por gente de distintos lugares que ha llegado desde entonces.

—No todos lo ven así.

—Porque estamos divididos por el odio. Este país debe pertenecer a los que lo habitan, sin importar su color o su origen.

—Es lo que siempre ha dicho el padre José María. Pero hace falta algo que nos una a todos, un proyecto común.

—Eso es precisamente lo que buscaba la Sociedad del Águila, un proyecto común. Mira, Sofía, desde que comenzó el dominio español ha habido grupos y personas que intentaron liberar a esta patria, o por lo menos hacerla justa para todos. La hija del emperador Moctezuma, Isabel, tuvo una hija con Hernán Cortés, Leonor de Moctezuma, tal vez la primera en intentar la liberación.

—Pensaba que los descendientes de Moctezuma se habían ido a España a reclamar el reconocimiento de su linaje y su nobleza.

—Casi todos. Leonor fue una hija no reconocida por su propia madre, pero sí por Cortés. Luchó siempre por evitar el dominio español y porque esa nueva sociedad que se estaba formando no mantuviera distinciones. En ocasiones estuvo aliada con su medio hermano, Martín Cortés, quien de hecho organizó un levantamiento armado contra los españoles. ¿Lo ves, Sofía? Tanto Martín como Leonor eran mestizos, como el país que se formaba. Leonor,

además, tenía el linaje real de Moctezuma y la sangre del primer conquistador. Era el símbolo perfecto del mestizaje. Desde esas lejanas épocas se formó un grupo clandestino llamado la Sociedad del Águila…

Sofía interrumpió. Se llevó la mano al cuello buscando la cadena del águila, que no encontró.

—El águila… Mi madre, la medalla de mi madre.

—Así es, Sofía, los dos, tu madre y yo, fuimos parte de esa sociedad. Yo fui su último líder.

Sofía recordó el documento que había encontrado en el compartimiento oculto del cofre, con una lista de nombres que remataba con el de su padre. La que había discutido con don Miguel Fernández. Así que eso era… la lista con los líderes de aquel grupo.

—Pero si tú no estás en contra de los españoles, entonces no entiendo qué es todo esto.

—Hay algo que todos en este país deberían entender, Sofía: estar en contra del español es negarnos a nosotros mismos. Somos resultado de esa mezcla. Hablamos su idioma, tenemos su religión, su arte. Todas nuestras tradiciones son una mezcla. Además, querida Sofía, no hay que estar en contra de algo sino a favor de algo.

—¿A favor de qué?

—En mi caso, de un nuevo país donde todos seamos iguales. Ya lo ves, indígenas, españoles y hasta un irlandés han luchado por eso.

Sofía reaccionó de inmediato y abrió los ojos sorprendida.

—¡El irlandés hereje!

Manuel sonrió débilmente.

—Veo que has leído los papeles que te dejé. Te contaré su historia, que seguramente conoces ya a medias. Se llamaba Guillén de Lampart, un idealista que muchos consideraron un impostor. Pero que también intentó independizar estas tierras. Fue parte de sociedades secretas en el viejo mundo y por eso vino a la Nueva España a intentar una liberación. Fue un adelantado a su tiempo que buscaba derrocar los regímenes monárquicos, con la idea de que un pueblo debe ser su propio soberano. Decía que ni el papa ni Dios tenían que ver con la política ni repartían continentes. Pretendió sustituir al virrey, fue encarcelado por la Inquisición y se escapó de sus cárceles para intentar seguir con sus planes; pero finalmente fue vuelto a encerrar y declarado hereje por el tribunal de la Inquisición.

Sofía le mencionó la lista a su padre. Ahí aparecía más de un

Lampart, y más de un Guillén.

—Su nombre y nuestro apellido es el mismo —señaló Sofía.

—Ésa es completamente otra historia que intentaré resumir. Nosotros somos descendientes de Guillén de Lampart, quien formó parte de la Sociedad del Águila y fue su líder. Mira, Leonor de Moctezuma, como te dije, era nieta de Moctezuma e hija de Cortés. Como no fue reconocida por su madre, en realidad usaba el nombre de Leonor Cortés. Aunque no existía propiamente la Sociedad del Águila en esa época, se le considera la fundadora.

—¿Por ser el símbolo perfecto del mestizaje? —preguntó Sofía.

—Por eso y porque, junto con Martín Cortés, luchó contra la tiranía. El movimiento fue continuado por Fernando Cortés, nieto del conquistador, pero fue hasta 1610 cuando se conformó de manera oficial la Sociedad del Águila. Fue creada por Isabel Tolosa, hija de Leonor Cortés con Juan de Tolosa, noble español. Era descendiente, por lo tanto, de Cortés y de Moctezuma. Isabel se casó con un criollo, Cristóbal Saldívar, y tuvieron un hijo del mismo nombre que fue líder del grupo. Era biznieto de Cortés y tataranieto de Moctezuma.

Sofía estaba intrigada, pues su principal duda seguía sin respuesta.

—¿Qué tiene que ver un irlandés en todo esto? ¿Y los jesuitas?

Manuel sonrió ante la curiosidad de su hija.

—Justamente hacia allá vamos. Nadie sabe muy bien el año en que Guillén de Lampart llegó a la Nueva España, pero ya estaba aquí en 1642, cuando entró en contacto con el grupo y llegó incluso a ser su líder. Era el más sabio de todos; hablaba más de seis idiomas, sabía latín, griego, inglés, francés, español. Tenía más lecturas y conocimientos que los que cualquiera en ese tiempo y en este lugar pudiera soñar. Pero ese mismo año fue encerrado en la cárcel de la Inquisición. Entonces tomó el liderazgo Leonor Saldívar, hija de Cristóbal Saldívar, y aunque intentaron liberar a Lampart, no lo lograron.

Sofía bajó el rostro y dejó escapar algunas lágrimas.

—Supongo que nadie escapa de estas cárceles.

—No pierdas la esperanza, él lo hizo. Escapó en 1650 y se dedicó a hacer propaganda por la independencia antes de volver a ser encarcelado. Siempre dijo que la apatía y el desinterés de este pueblo eran peores enemigos que cualquier tirano. El grupo entró en crisis; reconocía a Lampart como líder, pero éste seguía en la cárcel. Ahí aparecieron los jesuitas.

Sofía eso sí que no lo entendía.

—¿Qué tienen que ver los jesuitas en esto?

—En esa época, querida Sofía, y hablamos de mediados del siglo XVII, los jesuitas estaban involucrados en varias rebeliones contra las monarquías europeas, sobre todo en Francia y en España. Aunque fue con religión como se sometió América y como se sometía Europa, los jesuitas siempre abogaron por el conocimiento. Durante años sólo en los conventos jesuitas se siguió hablando de la Sociedad del Águila, hasta que en 1672 retomó el liderazgo Guillermo de Lampart y Saldívar. ¿Te das cuenta? Hijo de Guillén de Lampart y de Leonor Saldívar; es decir, descendiente también de Moctezuma y de Cortés. Incluso algunos llegaron a decir que eso lo avalaba para ser rey de la Nueva España.

Sofía estaba encantada pero impaciente.

—¿Y a qué hora entramos nosotros en esta historia?

—Trataré de resumir. Por momentos la Sociedad del Águila sólo buscaba promover el conocimiento, tan limitado por la Iglesia; en otras ocasiones hablaban directamente de independencia. Hubo grandes personajes liderando la sociedad: Carlos de Sigüenza y Góngora, gran científico educado por los jesuitas, y Francisco Xavier Clavijero, historiador educado también por los jesuitas, igual que el artista Miguel Cabrera. Tanto jesuita metido en estos líos hizo que se viera a la orden con sospecha, aquí y en España, y por eso fueron expulsados del imperio español en 1767. En fin, en 1703 tomó la dirección del movimiento un joven llamado Juan Guillén y Saldívar, religioso jesuita, por cierto. Era nieto de Guillén de Lampart, pero cambió su apellido por temor a la Inquisición. Usó el nombre de su abuelo como apellido. Es el primer Guillén, querida Sofía, y somos sus descendientes.

Manuel Guillén guardó silencio. Esperaba que la sagacidad de su hija completara la historia. Sofía, efectivamente, quedó unos segundos en silencio, reflexionando, y de pronto algo brilló en su rostro y se llenó de interrogantes.

—¿Me estás diciendo que tú, y por lo tanto yo, no sólo somos descendientes de Guillén de Lampart, sino que por su unión con los Saldívar, somos, soy, descendiente directa de Moctezuma, el señor azteca, y de Hernán Cortés, el conquistador?

Manuel Guillén asintió en silencio.

—Una buena razón para no odiar a los españoles, Sofía, es que hacerlo sería odiar la mitad de ti misma. Esa lección no es sólo para ti, sino para todos los habitantes de este país. Esta patria a la que se quiere independizar no es la continuación de las culturas milenarias; es una creación de los españoles y de aquellos pueblos,

y es una cultura mestiza. Esta patria a la que se quiere liberar no existiría sin los españoles. Los que hemos luchado por liberarla, y seguramente los que seguirán luchando por ello, no existirían sin los españoles. Ni tú, ni yo, ni tu madre, ni el padre José María existirían sin los españoles. Servando de Mier, ese cura revoltoso que también lideró la Sociedad del Águila y que lanzaba terribles diatribas contra los españoles, no existiría sin ellos.

Todo había quedado claro, todo encajaba. Sólo una pieza faltaba en el rompecabezas de Sofía, la pieza que además comprobaría la veracidad de Miguel de Montellano.

¿Y Diego de Montellano?

La simple mención del nombre transfiguraba a Manuel, lo hacía sufrir y Sofía lo sabía; pero tenía que completar su historia, entender el secreto de su pasado. El rostro de su padre se entristeció, pero continuó:

—Diego de Montellano fue líder de la Sociedad del Águila y todos confiábamos en él. Era de la familia Miravalle, que son los descendientes de Moctezuma que hoy viven en España y en Austria. Los padres de Diego vinieron a la Nueva España y aquí nació él. Era descendiente de Moctezuma y español; era perfecto para nuestra sociedad. Al final resultó un traidor, un infiltrado del gobierno virreinal en busca de conspiradores y, ante todo, un hombre que se avergonzaba de su pasado indígena, por noble que fuera. Un hombre que, tras eliminarme a mí, sabía que tú eras la única por cuyas venas corre la sangre de Cortés y de Moctezuma; del conquistador y del último gran emperador azteca. La única que podría seguir con esta causa.

Sofía tenía una historia completa, pero de pronto se dio cuenta de que aún había un misterio por resolver para que todo quedara claro. La medalla del águila, ahora comprendía que era el símbolo de la sociedad. Pero no entendía la obsesión de Alejandra de la Gándara y de Diego de Montellano por poseerla. Tenía que haber algo más.

—Y dime, ¿cuál es el misterio del águila?, ¿por qué quieren esa medalla?, ¿qué esconde?

Manuel tomó de las manos a su hija.

—Precisamente eso, pequeña, un misterio, tal vez una leyenda. Muchos aseguran que en ella se esconden las indicaciones para encontrar el tesoro de Guillén de Lampart, resultado de los dos años que estuvo al servicio de piratas ingleses y saqueando barcos españoles. Según se dice, fue una de las causas por las cuales fue torturado por la Inquisición, para obtener la ubicación de dicho

tesoro.

—¿En realidad existe ese tesoro? Además, si existiera, sería producto del robo; dinero mal habido.

Manuel sonrió.

—Lampart siempre dijo que era el dinero que España saqueaba a la Nueva España, y por lo tanto sólo lo estaba devolviendo a sus dueños. Ese tesoro existe, Sofía; es tu herencia, tuya y de toda esta patria cuando sea libre.

—Pero, ¿dónde está?

—No lo sé, pero Diego piensa que sí; por eso no me mató y me mantuvo con vida todos estos años. Por eso también te ha buscado a ti. Parte del misterio está en tu medalla, nuestra medalla, la que ha estado resguardada por la familia Guillén, herederos de Lampart. Él mismo forjó dos medallones de oro; éste es uno de ellos y lo llamó el Águila de Cortés. Pero el mensaje no está completo, otra parte está en la medalla que el propio Diego tiene en su haber: el Águila de Moctezuma, que era resguardada por la familia Saldívar. Pero parece que el irlandés dejó otra clave oculta. Mientras ésta no se descifre nadie sabrá la ubicación del tesoro y el misterio del águila seguirá oculto.

Sofía permaneció en silencio. No daba crédito a lo que escuchaba; de pronto era protagonista de una conspiración, de una leyenda y de una historia que le parecía medieval en el peor de los casos. Miró unos instantes a su padre y lo abrazó, mientras él seguía hablando.

—La lucha por la libertad corre por tus venas. Toda la identidad de una nueva patria corre por tus venas.

10

Oaxaca (noviembre de 1812)

Mientras Sofía yacía en su celda en pleno reencuentro con su pasado, en reconciliación consigo misma y aceptando su identidad, pero sin la más mínima esperanza de sobrevivir, los eventos de la guerra continuaban.

Tropas realistas protegían ya la ciudad de Oaxaca que los insurgentes esperaban encontrar desprotegida. Calleja, ya como virrey, no requería permiso de ningún superior para llevar a cabo acciones deplorables con tal de ganar aquella guerra. Don Diego y Alejandra contaban con una persona cercana a Morelos para envenenar sus alimentos y acabar con la insurrección de tajo. Miguel y Mateo iban unidos por el destino a intentar un rescate que parecía un suicidio, y el general Morelos tenía a sus mejores hombres tomando otras plazas, justo cuando necesitaba a alguien bravío, valiente, brioso y arrojado en quien confiar las tropas para el intento de tomar Oaxaca. Desde Cuautla había pensado en Miguel Fernández Félix.

Un río separaba a las tropas realistas que defendían Oaxaca de las tropas insurgentes comandadas por don Miguel, quien pretendía tomar la ciudad. Tres mil soldados del ejército virreinal protegían la plaza contra unos mil hombres al mando de un hombre que tenía estudios religiosos y jurídicos, pero no tenía nada de militar.

Ahí estaba Miguel Fernández con sus hombres, mil soldados asustados, superados en número de tres a uno, con un río como trinchera y una misión imposible por delante. Los militares realistas, a la otra orilla del río, ni siquiera esperaban que se produjera el ataque.

Contaba don Miguel sólo con su bravura y su valentía, su ejército titubeante y su grande y sólida fe en que estaba destinado a triunfar. Extrajo de la alforja de su caballo una bandera que desdobló ante su tropa y que resultó ser una imagen de la Virgen de Guadalupe. Los que iban a pie se arrodillaron, los de a caballo se descubrieron e inclinaron la cabeza. Don Miguel dirigió una oración. Finalmente se persignó, levantó la espada en todo lo alto y frente ante sus hombres:

—¡Señora de Guadalupe, le ofrezco la victoria!

La multitud respondió con gritos mientras su jefe comenzó a blandir la espada en el aire, ante un ejército realista que, al otro lado del río, se ponía alerta.

Don Miguel espoleó su corcel y quedó a la orilla del río, de frente a los realistas. Levantó su espada en todo lo alto y, ante el asombro de todos, con todo el impulso de su brazo armado, arrojó la espada por encima del río y ésta fue a clavarse en la orilla

resguardada por los realistas. Entonces gritó ante sus tropas con todo el estruendo del que fue capaz:

—¡Va mi espada en prenda, voy por ella!

Apenas terminó de decir aquello se lanzó al ataque sobre el río con todo y caballo al tiempo que desenfundaba una pistola y un machete. Tras pocos segundos de estupefacción, sus tropas lo siguieron, gritando y con las espadas desenvainadas.

Ese día, ante la sorpresa de todos, incluido el propio Morelos, los insurgentes tomaron Oaxaca. Miguel Fernández Félix no volvió a ser llamado por ese nombre. Había nacido don Guadalupe Victoria.

El juicio final

1

Cárcel de Valladolid (noviembre de 1812)

Caía la noche sobre Oaxaca. Mientras los insurgentes festejaban en la ciudad tomada, Félix María Calleja hacía la peor rabieta de su vida y el general Morelos saqueaba el convento de Santo Domingo para convertirlo en cuartel de guerra. Sofía yacía exhausta en el suelo de su celda, junto a su padre, abrazados.

De pronto entró en la mazmorra un soldado realista, perfectamente uniformado, con todo y casco, que se acercó a Sofía mientras otro soldado esperaba en la puerta del calabozo. La pequeña entró en pánico, pues pensó que había llegado su hora. Pero antes de que pudiera hacer o decir algo, el soldado se descubrió frente a ella y Sofía pudo ver el rostro de Mateo, quien rápidamente le cubrió la boca con la mano y le susurró al oído que guardara silencio. Sofía estaba sorprendida. Habló con voz casi inaudible:

—¡Mateo!, ¿cómo es posible?

—Nos trajo Miguel de Montellano, parece que esta vez sí dijo la verdad.

En ese momento el otro soldado entró y se descubrió ante Sofía. Era Miguel de Montellano.

—Siempre te he dicho la verdad, Sofía.

La pequeña niña, asustada y harapienta, esbozó una débil sonrisa.

—Ahora lo sé, Miguel.

Sofía y Miguel se fundieron en un abrazo frente a Mateo, que no pudo más que hacer un gesto de resignación. Mientras tanto, el anciano Manuel Guillén seguía dormido en el suelo, en un rincón de la celda, ajeno a lo que sucedía. Mateo los interrumpió:

—Es hora de salir. Más vale que digan aquí corrió que aquí quedó.

Sofía se levantó apoyándose en Miguel y señaló al anciano del rincón.

—Él es mi padre, Miguel, sobrevivió en esta celda todos estos años. Fue mi madre la que murió aquella noche. Está casi ciego y muy débil, no podemos dejarlo aquí.

Miguel condujo a Sofía hasta el rincón donde yacía Manuel Guillén. El anciano permanecía inmóvil y no respondió a los llamados de Sofía. La pequeña lo zarandeó, pero aquel cuerpo sin vida no respondió ni lo haría nunca más. Sofía derramó algunas lágrimas, mientras Miguel la rodeaba con sus brazos. Mateo, de pie, se quitó el casco e inclinó la cabeza. Los tres rezaron una breve oración y Sofía abrazó desesperadamente a su padre. Miguel tuvo que interumpirla.

—Lo siento mucho, Sofía, pero hay que salir de aquí. Él hubiera querido que te salvaras.

Antes de salir, Miguel detuvo a Mateo y le pidió que cambiara su traje de soldado por una túnica harapienta que llevaban con ellos. Todo conforme el plan. Los tres salieron de la celda y comenzaron a caminar por los pasillos. De nuevo hacia la libertad.

2

Miguel esperaba no tener problema alguno. Portaba un uniforme galardonado y esperaba que cualquier soldado con el que pudiera encontrarse reconociera su rango y no tuviera que darle

explicaciones. Salieron del laberinto de pasillos subterráneos y en el patio exterior se encontraron con un grupo de cuatro soldados, al mando de un teniente, con uniforme impecable y condecorado. Miguel de Montellano sintió un escalofrío al reconocer a aquel hombre, uno de los mejores militares de la Nueva España y probablemente el mejor jinete del reino, miembro de la guarnición de dragones de la reina. Era Agustín de Iturbide.

Miguel hizo una seña a Mateo y a Sofía para que permanecieran unos pasos atrás mientras él se adelantó y se colocó frente a Iturbide, con toda la naturalidad que pudo fingir, que era mucha. Lo saludó como quien se encuentra con un colega en una circunstancia cotidiana.

—Teniente Iturbide, tanto tiempo sin verlo.

Agustín de Iturbide irradiaba un porte marcial tan gallardo como el de Montellano. Alto, robusto, fuerte, de ojos claros y cabello castaño, de piel apiñonada y una seducción natural que normalmente lo hacía salirse con la suya. De haber convivido en un mismo contexto, él y Miguel de Montellano hubieran podido ser grandes rivales en el terreno de las conquistas femeninas, o cómplices terribles. Sin embargo, natales ambos de Valladolid, la vida los había conducido por distintos derroteros. Se conocían personalmente aunque sabían más sobre sus mutuas reputaciones. Iturbide se detuvo frente a Miguel y respondió en todo amigable:

—Capitán Montellano, qué sorpresa. ¿Qué lo trajo a prisión?

Miguel tuvo un momento de titubeo ante tan astutas palabras; pero continuó con su plan:

—He venido a trasladar a esta prisionera y a este otro traidor a la ciudad de México.

—Muy bien, supongo que trae la orden correspondiente.

Miguel, que había planeado con detalle la fuga, tenía una excelente falsificación que extendió a Iturbide.

—Todo en orden como a usted le gusta. Aquí tiene, teniente.

Iturbide miró el papel mientras Miguel intentó distraerlo y halagarlo con un poco de conversación:

—Veo que en su zona no han podido hacer nada los rebeldes, teniente Iturbide.

Don Agustín sonrió.

—Me parece que han dejado crecer demasiado a ese rebelde Morelos. Si se le llega a atravesar la idea de venir a Valladolid, yo le daré su merecido.

—Al parecer el general Morelos es más astuto de lo que usted piensa.

—Ya cometerá un error, todos lo hacen, y cuando eso suceda yo estaré ahí.

Miguel sonrió con complicidad:

—¿Para acabar finalmente con sus sueños de independencia?

Iturbide miró con seriedad a Montellano antes de contestar:

—No se confunda, capitán. Comparto sus sueños de independencia. Yo mismo nací en esta tierra y nada me ata a la vieja España. Yo sólo pienso acabar con sus métodos sanguinarios, como los de Hidalgo, sin orden, sin proyecto, sin ideas claras. Pero tenga por seguro que esto ya nadie lo detiene, más tarde o más temprano éste será un país independiente.

Miguel se quedó sorprendido ante aquella respuesta, que definitivamente no esperaba de un soldado con la fama de lealtad a la Corona como era Iturbide, quien además era uno de los hombres más privilegiados por el sistema social de la Nueva España: un criollo, aristócrata, terrateniente, con riqueza… nada le faltaba.

—¿Y no le gustaría ser parte de eso, teniente?

Don Agustín de Iturbide sonrió a Miguel de Montellano.

—Todo a su tiempo.

Miguel se sentía tranquilo; al parecer todo seguía el rumbo planeado y decidió que ya había prolongado esa conversación con Iturbide.

—No los interrumpo más, teniente Iturbide, ha sido un placer encontrarlo.

Iturbide le entregó de vuelta la orden falsificada y muy tranquilamente y sonriente le contestó:

—Muy bien, capitán, terminemos con esta mascarada. Está usted arrestado. La orden de su padre fue que detuviéramos a quien quisiera llevarse a la conspiradora, incluido usted.

El teniente Iturbide volteó a ver a sus soldados y dio la orden.

—Guardias, arréstenlos.

Miguel desenvainó rápidamente su espada, dispuesto a morir en la batalla. Mateo se colocó frente a Sofía y dio un fuerte y sonoro silbido. En ese momento ocurrió lo que Iturbide definitivamente no esperaba: los traidores llevaban refuerzos. De lo alto de los muros que rodeaban el patio central cayeron diez soldados, vestidos de uniforme realista, pero evidentemente insurgentes. Cada uno de ellos cayó en el patio con pistola desenfundada y apuntando al enemigo, que se encontraba en evidente inferioridad.

Mateo se llevó a Sofía a un lado mientras los otros insurgentes amagaban a los soldados realistas, listos para un combate. Iturbide hizo una señal a sus hombres para que bajaran la guardia.

—Vaya, capitán, traidor pero también astuto. Veo que finalmente cambió usted de bando.

Miguel de Montellano se acercó a Iturbide con la espada en alto, dirigida a su cuello.

—No tengo interés alguno en esta guerra absurda, teniente; pero pelearía mil batallas por esa mujer que tenía usted prisionera.

Iturbide estiró su brazo para tomar la espada que sostenía Montellano y apuntarla hacia el suelo. Miguel se dejó hacer.

—No voy a pelear en un duelo perdido, capitán. Nos doblan en número. Pueden bajar todos sus espadas, tienen mi palabra de honor.

Miguel hizo a todos una señal para que bajaran sus pistolas. Sabía que don Agustín era hombre de palabra.

—Es usted honorable, teniente, pero no puedo correr riesgos.

Volvió a levantar su espada contra Iturbide y señaló una celda en uno de los pasillos laterales del patio.

—Me temo que tendré que solicitarle que entren todos a la celda.

Al tiempo que decía eso amagó de nuevo a Iturbide con la espada. Éste dio la señal a sus soldados de que entraran a la mazmorra.

—Habría sido un honor cruzar espadas, capitán. Su fama es legendaria, pero usted no está siendo razonable, como nada ni nadie en este movimiento que sólo está generando odio y mayor división.

—Me parece que en esta guerra nadie tiene la razón. Ya se lo dije, ella es mi única causa.

Iturbide entró a la celda en la que ya estaban sus subalternos y se dejó encerrar.

—Vaya usted en paz, capitán, pero irá por el camino incorrecto. Créame, cuando llegue el momento, yo sabré terminar con este conflicto, en paz y sin violencia, con acuerdos. La única forma en que se puede construir un país.

Camino de Oaxaca (noviembre de 1812)

Dos comitivas antagonistas se dirigían de Valladolid a Oaxaca al mismo tiempo, con propósitos igualmente contrarios: unos para matar y otros para salvar a José María Morelos.

Por un lado, cuatro soldados realistas escoltaban una elegante carroza con los escudos españoles. A bordo viajaban Diego de Montellano y Alejandra de la Gándara.

—¿Cree que esto vaya a durar mucho tiempo, don Diego?

—Con Morelos muerto será cosa de muy poco tiempo pacificar a la Nueva España.

—Pero él no es el único, estas malditas ideas liberales están por todos lados.

—Vayamos poco a poco, mi querida y desconfiada Alejandra. Morelos ha hecho girar todo en torno a su persona y su carisma; cuando él desaparezca los demás serán como ovejas sin pastor.

En las manos de Alejandra había una pequeña botella de color oscuro que le había encargado don Diego.

—Esto terminará con la vida de ese rebelde, mi querida Alejandra, sin importar qué tan fuerte sea. Además de que el primer veneno lo dejó muy débil, éste es certero y fatal; lo desgarrará por dentro y antes de que pasen tres semanas habrá muerto. Además, así no habrá sospechas; parecerá una muerte natural. Y créame que nuestro contacto no fallará en administrarlo. Es quien le prepara sus alimentos.

Por un rumbo distinto, la otra comitiva también buscaba llegar a Oaxaca por los caminos menos transitados y conocidos. Incluso sin usar caminos. Mateo y cinco de sus soldados iban a la vanguardia mientras que otros cinco hombres cubrían la retaguardia. En medio de ambos grupos, en un solo caballo, viajaban Miguel y Sofía.

—Debemos darnos prisa, Miguel, la vida del padre José María corre peligro. Saben dónde está y se supone que tienen gente infiltrada en su ejército. Tratarán de matarlo a él, sin batalla, de la única forma en que pueden hacerlo.

—Te dije que haría todo por ayudarte y así será. Llegando a Oaxaca, Mateo y yo buscaremos a mi padre, que seguramente estará ahí. Tú busca de inmediato a Morelos y ponlo sobre aviso.

4

Plaza de Santo Domingo,

Oaxaca (noviembre de 1812)

Mateo y Miguel caminaban por las hermosas y coloridas calles de Oaxaca, en la explanada de Santo Domingo, uno de los templos más majestuosos del reino. La gente intentaba realizar sus actividades normales, pero había soldados insurgentes por todos lados. Ni siquiera estaban seguros de dónde buscar, pero de pronto Miguel distinguió un rostro conocido entre la multitud: otro capitán al servicio de Calleja estaba ahí entre la multitud, vestido como cualquier persona del pueblo. Silenciosamente llamó la atención de Mateo para indicarle lo que acaba de ver. Los dos se dirigieron a encarar al realista infiltrado. Miguel se le acercó por la espalda y le puso la pistola en el cuello.

—Silencio, espía, o te mueres.

El espía en cuestión logró reconocer a Miguel.

—Así que, finalmente, traidor… como se rumoraba.

—Así es la historia. Los traidores de hoy son los patriotas de mañana. ¿Dónde está mi padre?

No acababa de preguntar cuando escuchó el ruido inconfundible de las armas de fuego preparándose a disparar. Volteó y reconoció a seis soldados realistas, todos de civiles. Uno de ellos encañonó a Mateo y los demás apuntaron sus armas sobre Miguel de Montellano. El capitán al que Miguel había reconocido se acercó a él.

—Qué bien te conoce tu padre. Sabía que estarías aquí.

—Qué poco me conoce si cree que no voy a pelear.

No había terminado de decir esas palabras cuando en un

movimiento muy veloz sacó su pistola y disparó sin pensarlo siquiera al soldado que estaba encañonando a Mateo. Le dio justo en la frente. El soldado cayó fulminado de inmediato y Mateo reaccionó velozmente, desenvainó su espada al mismo tiempo que Miguel de Montellano. Corrieron a encontrarse aprovechando el momento de desconcierto; quedaron espalda con espalda, protegiéndose el uno al otro, con las armas en guardia. Estaban rodeados por seis soldados, pero no iban a morir sin pelear.

Miguel había sido instruido en las artes de la esgrima por el propio Calleja, *la Espada de la Nueva España*, como le decían, por lo que su pericia era destacada y conocida. Mateo portaba un sable que con el paso del tiempo había aprendido a dominar bastante bien.

Mateo luchó como un poseído; de un solo golpe cortó de tajó el brazo de uno de sus atacantes y con el golpe de regreso atravesó a otro soldado. Del otro lado Miguel se defendía de tres enemigos que arremetían al mismo tiempo; detenía cada una de sus estocadas pero se veía imposibilitado para embestir.

Uno de los realistas hirió a Miguel en la pierna y éste tropezó. En ese momento perdió la guardia y quedó vulnerable ante otro soldado que estaba de pie junto a él, listo para soltar el estoque de muerte. El realista tomó impulso para descargar toda la furia de su espada contra Miguel, quien sólo pudo ver cómo la punta de un sable salía del pecho de su enemigo con la mitad de sus entrañas sangrantes. El soldado cayó de bruces con el arma de Mateo enterrada en la espalda. El purépecha extendió la mano a Miguel para que se levantara.

—¡Me salvaste la vida, Mateo!

Mateo lo miró de frente, como nunca un indio se hubiera atrevido a mirar a un español.

—Usted salvó a mi niña Sofía y tal vez al padre José María. Ahora todos somos mexicanos.

Miguel se incorporó, y cuando ambos estaban dispuestos a lanzarse de nuevo al ataque fueron interrumpidos por un disparo al aire. Los dos voltearon y vieron a un soldado que acababa de hacer el tiro mientras otros seis refuerzos les apuntaban con fusiles.

—Ya basta de esto. Llévenlos con el general don Diego de Montellano.

5

Convento de Santo Domingo

Sofía supo de inmediato que el general Morelos se había instalado en el convento y templo de Santo Domingo, y que lo usaba como casa y cuartel general durante su estancia en Oaxaca. Para entonces Sofía llevaba meses separada de los insurgentes y Morelos estaba rodeado de personas que no la reconocían. Su nombre nada le dijo a quien se identificó como Juan Nepomuceno Rosáins, secretario del Generalísimo José María Morelos, quien le pidió esperar en una sala, por más que Sofía insistía a gritos que se trataba de algo urgente, a lo que su secretario simplemente contestó:

—El general Morelos está por tomar sus alimentos y no quisiera interrumpirlo hasta que haya terminado. Casi no tiene momentos de paz.

Mientras Rosáins hablaba Sofía alcanzó a ver a una criada de rasgos indígenas que llevaba una charola con un plato y una botella de vino con una copa, los alimentos de Morelos. Pero algo en ese rostro llamó su atención, aunque no sabía qué. La siguió con la mirada e intempestivamente su rostro se llenó de terror. Recordó aquella lejana tarde en Valladolid, en el puesto de abanicos. Recordó aquel otro día en las cercanías de la ciudad, cuando la detuvieron los soldados. Su rostro se transformó.

Como una fiera, Sofía empujó y derribó a Rosáins al tiempo que gritaba:

—¡Éste tampoco será un momento de paz para él! ¡Que alguien detenga a esa mujer!

Sofía pasó literalmente sobre el secretario de Morelos en persecución de aquella en quien ahora reconocía a Juana, la criada de Alejandra de la Gándara. Rosáins, que no conocía a Sofía, veía más peligro en ella que en la indígena que llevaba los alimentos. Llamó a alerta a los soldados:

—Deténgala, pronto.

A su paso salieron dos guardias que le cerraron el camino mientras Juana seguía rumbo a los aposentos de Morelos. Sofía

levantó las manos en señal de rendición; se mostró derrotada, pero en cuanto los guardias se acercaron los golpeó con todas sus fuerzas. La sorpresa, más que el poderío del golpe, fue lo que desequilibró a los soldados y permitió a Sofía pasar entre ellos y llegar corriendo al cuarto a donde vio entrar a la criada con la comida. Los soldados se pusieron de pie y la siguieron a toda carrera.

Sofía entró intempestivamente en la habitación donde José María Morelos estaba sentado a la mesa, con los platos delante y la copa de vino en la mano, listo para beber. Corrió como una desesperada hacia él al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Deténgase, padre!

Morelos no terminó de reaccionar, ya que estaba de espaldas a la entrada. Seguía con la copa en la mano. Sofía siguió su carrera, se lanzó contra el general y arrojó la copa al suelo.

—Es veneno.

José María Morelos quedó paralizado. Finalmente la reconoció, la pudo ver. Ahí frente a él estaba Sofía Guillén, su niña adorada, su hija adoptiva. No podía creerlo. Corrió hacia ella, la tomó de ambos brazos y la abrazó amorosa y salvajemente a la vez; la levantó del suelo, la besó en las mejillas. Los soldados que habían llegado a la habitación estaban atónitos al presenciar aquellas emociones en su pétreo general, mientras que la criada se quedó pasmada en el centro de la habitación. Trató de salir corriendo, pero los soldados le cerraron el paso hasta saber qué era lo que pasaba ahí.

Morelos seguía abrazando a su hija adoptiva.

—Sofía, Sofía, estás bien, estás a salvo.

—Y ahora también usted, de momento.

Morelos retomó su actitud de serenidad y dominio; se convirtió de nuevo en el Generalísimo.

—¿De qué hablas, Sofía? ¿Veneno? ¿De dónde sacas esas ideas?

Sofía señaló a la criada que seguía impávida en el centro del cuarto.

—Ella no es de los nuestros, es enviada de Diego de Montellano.

Morelos volteó a ver a la criada.

—Juana, ¿qué tienes que decir a eso?

Juana estaba nerviosa y asustada, se le dificultaba hablar.

—Yo le juro, padrecito, que eso no es cierto. Yo quiero mucho a vuestra merced.

Sofía, que estaba de pie junto a Morelos, alcanzó a ver un cuchillo que colgaba de la cintura del general. Rápidamente lo tomó

y corrió hacia Juana, la tomó por la espalda y apretó el arma contra su cuello.

—Habla de una vez; te conozco, estás al servicio de Alejandra de la Gándara.

—Me confunde usted niña, yo le juro que…

—Sin juramentos —atajó Sofía—; que hablen los actos.

Dicho eso presionó la punta del cuchillo contra Juana.

—Prueba los alimentos que traías.

Juana se quedó inmóvil; se podía ver el terror en cada uno de los poros de su cuerpo. Sofía presionó.

—Anda, si eres inocente pruébalos…

Juana no aguantó la presión y el pánico y comenzó a llorar.

—Perdón, perdón. Es verdad. Mi patrón me dijo que el padre es un enemigo de Dios, y que si no lo hacía me iba a ir al infierno.

Morelos miró a Juana con enojo, pero también con ternura. Ahí estaba el sometimiento religioso que azotaba a la Nueva España, la ignorancia que había que combatir, los métodos de evangelización que había que reformar. Tristemente, Morelos entendió que Juana representaba perfectamente a ese pueblo que él pretendía liberar. La miró paternalmente, mostrando por adelantado el perdón en sus ojos.

—¿Ibas, pues, a envenenarme?

—Me dieron un líquido que debía poner en su bebida y en su comida.

Morelos miró a Sofía.

—Creo que te he estado subestimando, hija. No niegas tu sangre. Pero no debemos volcarnos sobre esta mujer, es una víctima de la ignorancia y de los engaños.

Pero el tiempo en prisión había hecho mucho más dura a Sofía, que se quedó junto a Juana y la volvió a presionar con el cuchillo.

—Esta mujer debe saber más. ¿Dónde está Diego de Montellano? ¿Quién más está en la ciudad?

6

En el interior de una casa del centro de Oaxaca se encontraban Miguel y Mateo amarrados a unas sillas. Frente a ellos estaba Diego

de Montellano, dando vueltas, caminando frente a su hijo, tratando de entender la situación, pero lleno de furia, rabia, enojo e irritación. Y, ante todo, de decepción. Su hijo, su único heredero, una de las promesas de la Nueva España, a punto de formar parte de la nobleza por medio del sagrado vínculo del matrimonio, era un traidor. Diego miró detenidamente a su hijo.

—Los traidores tienen reservado el último círculo del infierno, Miguel.

—Tú querías matar a la mujer que amo.

—El amor es un negocio, Miguel, un contrato. Y nuestra conveniencia está en la familia De la Gándara.

—El amor debe ser libre… pero tú no sabes de eso.

Diego mostró una mirada de decepción y de tristeza.

—Veo que te han metido esas absurdas ideas sobre la libertad.

En ese momento Alejandra entró a la habitación, pasó frente a Miguel sin hacerle caso; al final sólo le envió una mirada despectiva y se dirigió hacia Diego de Montellano.

—Ya debe estar hecho.

Don Diego asintió con la cabeza y siguió hablando con su hijo:

—Tú aún puedes obtener un indulto, Miguel, si honras tu compromiso con Alejandra. En estos momentos el padre Morelos ya debe estar muerto.

La voz temblorosa de Mateo los interrumpió:

—Que la boca se le haga chicharrón. Eso no es cierto.

Sin dignarse a mirar a Mateo, y con todo el desprecio que pudo reunir, Alejandra contestó:

—Fue envenenado. Uno de los tuyos lo hizo.

—Con la muerte de Morelos toda esta estúpida rebelión terminará pronto —aseguró don Diego.

Pero una voz a su espalda interrumpió su alegato:

—Tal vez tenga más vidas de las que piensa.

Diego de Montellano volteó y se encontró cara a cara con el general José María Morelos, quien iba acompañado de Nicolás Bravo, Mariano Matamoros, Hermenegildo Galeana y Guadalupe Victoria. Tras ellos venían otros tantos soldados insurgentes. Sofía los acompañaba.

Don Diego simplemente sonrió.

—No creo que tenga tantas vidas como usted cree.

En ese momento Morelos se dio cuenta de que detrás de ellos había unos veinte soldados realistas apuntándoles. Los superaban en número; habían caído en una trampa. Hizo rápidos cálculos: ellos y sus soldados sumaban diez, mientras que, contando al propio Diego,

había veinticinco soldados realistas. Todo parecía perdido.

Pero José María Morelos nunca se había rendido ante la adversidad y no iba a hacerlo ahora. Decidió actuar rápidamente y no dejar que creciera el momento. En un vertiginoso movimiento se llevó ambas manos a la cintura; con una desenvainó la espada y con otra una pistola, con la que disparó a uno de los soldados, mientras se daba la vuelta y segaba el cuello de otro con la espada. Todo ocurrió en fracciones de segundo.

Galeana reaccionó de inmediato y lanzó un machete que se clavó en la frente de uno de los realistas. Matamoros, Bravo y Victoria desenvainaron sus espadas y comenzó la batalla. Insurgentes y realistas se lanzaron al ataque.

Alejandra llevaba una pistola, aunque era obvio que nunca había usado una. De hecho era claro que la sobrina de Calleja y espía de los realistas no acostumbraba participar en batallas; no sabía qué hacer. Volteó a su alrededor para ponerse a salvo, pero Sofía aprovechó su momento de distracción y le dio un tremendo golpe en la cara con el puño cerrado. Ya no era la niña indefensa de hacía pocos años. La pistola cayó al piso.

Mientras Alejandra se recuperaba, Sofía corrió hacia donde estaban Miguel y Mateo, para intentar liberarlos. Mariano Matamoros corrió a ayudar a Sofía y dio un cuchillo a cada uno. Los dos se unieron al combate y se lanzaron sobre dos soldados realistas a quienes lograron despojar de sus espadas, mismas que estrenaron atravesando a los recién desarmados combatientes.

Alejandra salió corriendo del lugar, recogió su pistola y se dirigió al patio de la casa. Sofía logró verla y la siguió. Mientras en la habitación corría sangre de ambos bandos, Sofía buscaba a Alejandra de la Gándara, quien estaba escondida detrás de un árbol. Preparó la pistola, estaba dispuesta a matar a Sofía Guillén de una vez por todas.

Adentro de la casa, Galeana, Victoria y Matamoros habían descontado a la mitad de aquella emboscada realista. En medio del combate a espadas, Diego de Montellano sacó su pistola y se preparó para disparar a Morelos. Ésa era su única misión. Apuntó y puso el dedo en el gatillo.

Mateo estaba cerca de Diego y se abalanzó contra él, haciéndole fallar el primer tiro. Forcejearon. La pistola se disparó por segunda vez y Mateo recibió el impacto de la bala. En ese momento, Diego recibió una estocada en la mano que lo despojó de su arma. Su propio hijo lo había desarmado.

—Nunca olvides el honor, padre. Si vas a matar a ese hombre

tendrás que luchar contra él. Si lo matas no haré nada contra ti; si él intenta matarte te defenderé. Y no atentes contra la mujer que amo.

En el patio Alejandra, escondida tras el árbol, apuntaba a Sofía con la pistola y seguía sus movimientos. Cuando tuvo a Sofía prácticamente frente a ella y se sintió totalmente segura, le gritó:

—Es momento de despedir a la servidumbre.

Se escuchó el ruido de un balazo. Sofía volteó asustada y alcanzó a ver que Alejandra de la Gándara caía abatida. Detrás de ella estaba Morelos con la pistola en la mano, aún humeante. Miró fijamente a Sofía por unos instantes antes de volver a la habitación del combate.

Sofía se acercó a Alejandra, quien sólo estaba herida en la pierna.

—En este país se acabará la servidumbre.

Alejandra estaba en el piso, se agarraba la pierna lesionada. Se podía ver el dolor en su rostro. La sangre manaba de la herida. Sofía se reclinó para revisarla; se arrancó un pedazo de tela de su propia manga, la limpió y le aplicó un torniquete. Alejandra no comprendía.

—¿Qué haces?

—Morir es demasiado bueno para ti. Vas a vivir, para vernos ganar.

Miguel de Montellano combatía contra dos soldados españoles. Al tiempo que logró atravesar a uno de lado a lado, el otro estuvo a punto de darle una estocada fatal, pero el movimiento de su espada fue detenido por un sable en la mano de Morelos. El general miró a Miguel y le extendió la mano.

—Gracias por salvar a mi Sofía y por demostrarme que el pasado no debe determinarnos.

Miguel correspondió a Morelos con su mano.

—Gracias por confiar en mí y permitirme salvarla. Ahora sé que no debe unirnos lo que fuimos, sino lo que queremos ser.

Miguel, Sofía y Morelos se dirigieron hacia Mateo para ver cómo estaba. Sofía lo tomó entre sus brazos, lo revisó minuciosamente, se dio cuenta de que no había nada por hacer. La herida era fatal.

—Vas a estar bien, Mateo.

—Sí, mi niña, pero en un lugar mejor.

Sofía no pudo contener el llanto; Miguel estaba a su lado, abrazándola; Morelos se arrodilló junto a su pupilo haciendo la señal de la cruz.

—No seas tonto, te pondrás bien —dijo Sofía.

—Ya lo sabe, niña, del rayo te salvas, pero de la raya no pasas.

Mateo hizo un esfuerzo y volteó a ver a Miguel:

—Cuídala, gachupín. Ha sido un honor luchar junto a ti… Me alegra que terminemos siendo amigos.

—Todos somos americanos, Mateo, así debe ser.

—Mejor que eso. Es un honor y una alegría morir como mexicano. Eso es lo que seremos ahora gracias al padre José María —finalmente habló a su padre Morelos—: Siempre tuvo usted razón, padre. Podemos hacer una patria para todos, donde seamos iguales y sin distinción por nuestro color, sólo por nuestras virtudes. No deje de luchar.

Terminó de decir esas palabras con su último aliento, y expiró en los brazos de Sofía, tomando la mano de Miguel.

El luto fue interrumpido por la presencia de Diego de Montellano, quien apareció con espada en mano. Miguel se dirigió a Morelos.

—Es mi padre. Si usted trata de matarlo tengo que defenderlo. Pero usted es como un padre para Sofía; si defiendo a mi padre y lo mato a usted, la pierdo para siempre.

Morelos miró con admiración al joven Montellano.

—Eres un buen hombre. Me honrará que tomes la mano de Sofía. Yo no seré un impedimento.

Morelos se puso de pie, tomó su espada y apoyó la punta contra la tierra en son de paz. Don Diego se quedó sorprendido. Morelos señaló a Miguel y a Sofía.

—Ellos son el futuro, nosotros somos el pasado. Dejemos que sean felices en la patria que sea; eso lo decidirá el destino. Váyase de Oaxaca, lo dejaré marchar en paz. Dicho esto, Morelos soltó su espada, dejó caer su pistola y todas sus armas.

Pero Diego estaba poseído por la ira y se lanzó espada en mano contra el inerme general Morelos. Pero ocurrió lo inesperado; Sofía se levantó y se interpuso entre los dos.

—Es a mí a quien quiere. ¿Qué desea usted, Diego de Montellano? Si va a hacer algo, hágalo contra mí, que por lo visto es a quien odia.

Todos estaban atónitos ante la valentía de Sofía.

Diego levantó su espada para descargarla con furia contra esa inocente niña. Toda la saña de su espada se concentró en Sofía Guillén. Cuando estaba por dar el golpe fatal sonó un disparo; la sangre comenzó a manar de la frente de Diego de Montellano, justo entre sus ojos. Al otro lado, con la pistola en la mano y lágrimas en los ojos, estaba Miguel. Era su padre o su amada. Tomó una

decisión. En el cuello del cadáver de don Diego se podía ver la medalla de Sofía. La pequeña se acercó con respeto y recuperó aquella polémica pertenencia, el águila de Cortés. Si Miguel de Montellano tenía el águila de Moctezuma, tal vez juntos podrían encontrar la pieza restante y resolver el misterio que tanto la había perseguido. Ya habría tiempo para ello.

Galeana, Bravo, Victoria y Matamoros se hicieron presentes; todos los demás habían muerto. Habían derrotado a los soldados enemigos. Aún vieron a Miguel con la pistola en la mano y a su padre muerto a unos metros de ahí, junto a Sofía, quien era abrazada por Morelos, ambos próximos al cuerpo inerte de Mateo. Todos inclinaron la cabeza en señal de luto, reconocimiento y admiración.

Sofía se acercó a Miguel de Montellano, quien seguía desolado en el piso. No dijo nada y lo abrazó en silencio. Él la besó. Entre todos los demás levantaron el cuerpo de Mateo y salieron lentamente de la habitación en la que sólo quedaron Miguel y Sofía, en un profundo abrazo.

Los sentimientos de la nación

CHILPANCINGO (1813)

1

Andrés Quintana Roo era una joven promesa de las letras y el derecho. Criollo, nació en Mérida cuando Yucatán no era parte de la Nueva España sino una capitanía general, mismo estatus que tenían las provincias centroamericanas gobernadas desde Guatemala. No obstante siempre hubo en Yucatán pensadores liberales que abogaban por una separación de España o, por lo menos, por establecer una relación más equitativa y eliminar el servilismo entre la población maya. Uno de ellos fue Matías Quintana, padre de don Andrés, quien incluso estuvo recluido en San Juan de Ulúa por sus ideas subversivas. Fue don Matías la primera influencia liberal de su hijo Andrés.

Para 1813 contaba apenas con veintiséis años de edad; había estudiado en el seminario de Mérida y después en la ciudad de México, en la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España. Algunos criollos liberales de la capitanía de Yucatán consideraban que el movimiento de Morelos era una buena oportunidad para

separarse de España e integrar una sola nación. Cuando el general Morelos convocó a un Congreso Nacional Americano en Chilpancingo, don Andrés Quintana Roo fue enviado como representante de Yucatán. Su presencia fue vital para Morelos.

La realización del congreso era vista por las autoridades virreinales como una amenaza. Era la primera vez que veían real el peligro de la independencia. El arzobispo electo de Valladolid, monseñor Abad y Queipo, escribió una apremiante carta al virrey Félix María Calleja:

Excelentísimo señor virrey, don Félix María Calleja:

Si no se destruye lo principal de la insurrección, se consumirá hasta el último extremo la devastación del reino y en menos de diez años no quedará una cara blanca en él.

La idea de estos sucesos no entran en la conciencia de nuestros americanos, ni aun en la de los más sabios, porque todos están ignorantes de los efectos de una anarquía. Una gran masa de habitantes desconoce los bienes de la sociedad y los verdaderos principios de la religión y la moral. Nuestros americanos están deslumbrados con la ilusión de la independencia. Hemos visto que desde el suceso de Morelos, de la toma de Oaxaca, se han hecho insurgentes los que estaban indecisos.

Morelos es, sin disputa, el alma y el tronco de toda la insurrección, y en la junta que ha convocado para este mes en Chilpancingo, se va a elevar a Jefe Supremo, independiente de toda otra autoridad.

No se le debe dejar tiempo para que pueda organizar ejércitos respetables. Pues aunque él es un idiota, la envidia y la ambición han desplegado bastante sus talentos. Acabar con Morelos es acabar con la guerra, y la reunión en Chilpancingo ofrece la oportunidad de arrancar este mal desde su raíz.

Monseñor

MANUEL ABAD Y QUEIPO

El virrey Calleja efectivamente estaba preparando más ejércitos para destruir completamente la insurrección. De hecho, lentamente, sin que nadie en el movimiento lo notara, ya había comenzado a propiciar la debacle de José María Morelos.

La obsesión del Generalísimo por tomar el puerto de Acapulco fue el arma que Calleja utilizó en su contra. Aquella lejana misión fallida, la primera que le encomendara Hidalgo en 1810, seguía en la mente de Morelos, quien mantuvo sitiado Acapulco de abril a agosto de 1813. Finalmente, la bandera española fue arriada del fuerte de San Diego y el puerto donde atracaba la Nao de China

quedó en poder de los insurgentes. Muchos, entre ellos el propio Generalísimo, consideraban aquella una victoria, pero en todos esos meses que invirtió Morelos en tomar un solo puerto, Félix María Calleja había logrado movilizar tropas y reorganizar el ejército virreinal.

Los conflictos entre los insurgentes aumentaban y se hacían cada vez más evidentes. La junta de gobierno de López Rayón no estaba de acuerdo con las acciones militares de Morelos, quien a su vez se distanciaba cada vez más de ésta. No obstante, sus victorias hablaban por él; en agosto de 1813, todo el territorio al sur de la ciudad de México desde Oaxaca hasta Michoacán, desde Tenancingo hasta Acapulco y de Orizaba a Zihuatanejo, eran territorio insurgente. En el norte habían surgido algunos movimientos y reconocían el liderazgo de Morelos y su proyecto de independencia.

Morelos llevaba casi tres años de aplastantes victorias, pero todo lo que había vivido le había enseñado que las ideas viven mucho más tiempo que los hombres. Lo decía Manuel Guillén: "No puedes matar una idea". Era de vital importancia que la idea de la independencia no dependiera de la persona de Morelos. Además era fundamental dirimir los conflictos internos en los diversos grupos de insurgentes, particularmente el representado por Ignacio López Rayón y el encabezado por José María Morelos. Por todo eso se decidió convocar al congreso en Chilpancingo, ciudad bien retenida por los rebeldes.

Pocos días antes de la instalación del congreso, el general Morelos estaba nervioso. Quería redactar un documento que plasmara el ideal de nación por el que se luchaba; esas ideas inmortales que sobrevivirían a aquellos hombres que luchaban por ellas. Morelos conocía la fama de hombre letrado, justo e ilustrado, de Andrés Quintana Roo, y fue por eso que solicitó su ayuda para redactar el documento.

Ante un gran escritorio se sentó don Andrés y del otro lado el general Morelos.

—El movimiento es cada vez más grande pero no puede girar en torno a una sola persona. Por eso necesito que usted me ayude a formular las bases ideológicas de nuestro movimiento.

El joven Andrés estaba admirado y se sentía honrado de haber sido considerado por Morelos, a quien ni siquiera había conocido antes.

—Me honra con su solicitud, pero nadie mejor que usted para hacerlo. Nadie con su autoridad moral.

—Señor Quintana Roo, he recorrido gran parte del país, he vivido derrotas y victorias, he visto el carácter de la gente, las injusticias y las ideas. Por eso creo saber las bases sobre las que debe erigirse este nuevo país. Pero es usted el hombre de letras; si le parece, quisiera comunicarle mis ideas y que usted me haga el favor de ponerlas por escrito.

Andrés Quintana Roo tomó papel y pluma, listo para transformar en palabras escritas las vivencias de José María Morelos. Colocó frente a sí el pergamino y escribió:

SENTIMIENTOS DE LA NACIÓN

José María Morelos comenzó a hablar:

—Ante todo, que la América es libre…

2

Chilpancingo (13 de septiembre de 1813)

De todos los rincones de la Nueva España llegaron diputados para representar a sus provincias en el congreso y proclamar formalmente la independencia. Pero más allá de disputas por el liderazgo, protagonizadas por Ignacio López Rayón y su pugna con Morelos, el problema era mucho más de fondo. La junta de Zitácuaro, organizada por don Ignacio, pretendía legitimarse al reconocer como monarca a Fernando VII. El propio Miguel Hidalgo levantó en armas a la multitud arengándolos en nombre del rey de España. Había sido Morelos el que había exigido que se le quitara la máscara a la independencia y se dejara de mencionar a Fernando VII.

No obstante, para algunos de los representantes no había legitimidad que no viniera del rey, y ése era precisamente el que consideraban tópico central del congreso. A tres años de haber comenzado una guerra, aún no se sabía por qué se peleaba. Por eso

Morelos tenía la urgencia de presentar ante ese supremo congreso *Los sentimientos de la nación*, que redactó con Andrés Quintana Roo y que dicho documento fuera aceptado como la base del movimiento de independencia. Morelos, héroe triunfador de mil batallas ante poderosos ejércitos, ahora debía librar y ganar una batalla ante los hombres políticos.

No sólo se dieron cita en Chilpancingo los diputados, sino que casi todos los insurgentes que habían luchado en distintos territorios estaban ahí: Mariano Matamoros y Hermenegildo Galeana, los dos grandes brazos de Morelos, se hicieron presentes, al igual que Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, quien llegó a la ciudad acompañado de Miguel de Montellano y de Sofía Guillén.

Morelos no había permitido que Miguel y Sofía lo siguieran al largo sitio de Acapulco, y Valladolid, su ciudad natal, estaba prohibida para ellos, ya que era fuertemente resguardada por las tropas realistas. Fue por ello que decidieron residir en la zona del Golfo, donde Miguel Fernández Félix, ahora don Guadalupe Victoria, era amo y señor, y habían residido en Orizaba durante aquel tiempo.

Los diputados tomaron asiento en torno a una gran mesa. Alrededor suyo se dispusieron sillas para que los demás interesados pudieran presenciar la sesión. Ahí estaban los representantes libertarios de las provincias de la Nueva España, de cuya presencia dejaron constancia firmando el acta que formalizaba el congreso:

Ignacio López Rayón,
diputado por la provincia de Nueva Galicia.
José Sixto Verduzco,
diputado por la provincia de Michoacán.
José María Liceaga,
diputado por la provincia de Guanajuato.
Andrés Quintana Roo,
diputado por la provincia de Puebla
y representante de la capitanía de Yucatán.
Carlos María Bustamante,
diputado por la provincia de México.
José María de Cos,
diputado por la provincia de Zacatecas.
Cornelio Ortiz Zárate,
diputado por la provincia de Tlaxcala.
José María Murguía,
diputado por la provincia de Oaxaca.

José Manuel Herrera,

diputado por la provincia de Tecpan.

Seguía habiendo entre ellos “fernandistas”, como llamaban a los que pretendían reconocer al monarca español, pero había también seguidores de Morelos y de sus ideas en torno de una patria totalmente independiente. Entre el público asistente también estaban presentes los compañeros de batalla del Generalísimo, así como Sofía y Miguel.

Cada diputado habló y lanzó diversas peroratas sobre la libertad y la importancia de respetar la opinión de las provincias. A Morelos le aburrían los discursos de los políticos, pero fue paciente. Sin embargo, definitivamente algo en lo más profundo de su ser lo impulsó a levantarse e interrumpir cuando el diputado Carlos María Bustamante iba a la mitad de su discurso:

—…Vamos a restablecer el imperio mexicano, vamos a preparar el asiento que debe ocupar nuestro príncipe Fernando VII, recobrado del cautiverio en que gime…

Fue en ese momento que Morelos no pudo más, interrumpió su discurso poniéndose de pie; ese solo hecho provocó los gritos y los aplausos de la multitud.

Ahí estaba su verdadero héroe, su gran libertador, el único al que querían escuchar, no obstante que ni siquiera era diputado en aquel congreso. Eso por decisión propia, ya que argumentó siempre que no se debía acumular poder, y que él, de momento, fungía como militar. Entre los gritos de la gente, Morelos hizo sonar su voz en todo el recinto:

—No vamos a restablecer el imperio mexicano, vamos a mejorar su gobierno; no a dárselo a un rey extranjero, vamos a hacer un país con soberanía del pueblo. Muchos se han levantado en armas en nombre de Fernando VII. Lo hizo el propio Hidalgo, el señor López Rayón y el señor Bustamante aquí presentes, y muchos de ustedes. Pero les digo que eso no es independencia. Sólo seremos libres si nosotros nos gobernamos.

Vivas y aplausos interrumpieron el discurso, la gente gritaba y aplaudía; entre la multitud se oyó que alguien exclamaba:

—Viva Morelos, su Alteza Serenísima.

La gente coreó aquel nombramiento:

—Viva su Alteza Serenísima.

Morelos aplacó los gritos y continuó con su discurso:

—No hay diferencia si el pueblo, en vez de ser sometido por Fernando VII, es sometido por mí.

Mientras decía eso volteó a ver a Hermenegildo Galeana, quien

le correspondió con una sonrisa. Ésa era la razón por la que *Tata Gildo* lo había seguido; por no cambiar a un tirano en Madrid por uno en México. Morelos proseguía su discurso.

—Por eso hemos formado este congreso, para que represente a todos. No, señores, no soy Alteza Serenísima. Yo soy José María Morelos y Pavón, y soy, únicamente, el Siervo de la Nación.

La multitud ya estaba totalmente entregada a Morelos, y él sabía que eso movería a los políticos. Siguió hablando y lo que dijo a continuación lo hizo mirando a Sofía y a Miguel, en una muestra de reconocimiento:

—He aprendido que los hombres mueren, pero que nadie puede matar una idea; por eso esta lucha no debe estar sustentada en mi persona, sino en el congreso soberano; no en caudillos sino en ideales. Alguien me dijo una vez que un país no debe estar marcado por lo que fue, sino por lo que aspira a ser. Por esa razón he escrito un ideario para nuestra nueva patria independiente, mismo que someto a consideración de los representantes aquí presentes.

Se hizo el silencio y José María Morelos, el Generalísimo, procedió a leer el documento que el propio don Andrés había titulado *Los sentimientos de la nación*.

—Que la América es libre e independiente de España y de toda otra nación.

Aquella proclama de independencia total, sin rey, español o cualquier otro, movió a todos los presentes. Ignacio López Rayón y Carlos María Bustamante sabían que su causa había sido derrotada. Se unieron al aplauso mientras Morelos seguía con la lectura.

—Que la soberanía dimana directamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en este supremo Congreso Nacional Americano.

Aquella proclama fue más aplaudida por los propios diputados que por el pueblo presente, pero sabía Morelos, asesorado por Quintana Roo, que debía darle su crédito a los políticos si quería tenerlos de su lado.

En uno de los extremos del salón, Miguel y Sofía hablaban mientras escuchaban las palabras de Morelos.

—Viene lo más difícil, querida Sofía, mantener el orden, construir juntos esta nueva patria. Hay muchos rencores sociales y demasiados intereses.

—Tú y yo somos prueba de que es posible superarlos.

Sabedor de su total victoria, Morelos continuaba la lectura de su documento.

—Que la patria no será del todo libre y nuestra mientras no se reforme el gobierno, abatiendo el tiránico, y echando fuera de

nuestro suelo al enemigo español, que tanto se ha declarado contra esta nación.

Algunos gritos entre la multitud respondieron con un nostálgico "¡Viva el padre Hidalgo!"

—Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro el vicio y la virtud.

Aquella nueva proclama volvió a encender el salón. No sólo se hablaba de libertad, sino de algo más insólito aún en la Nueva España: igualdad. Que el color de la piel no fuera motivo de distinción alguna. Morelos no pudo evitar recordar en ese momento a Mateo y tuvo que contener una furtiva lágrima. Volteó a ver a sus dos brazos; ahí estaban, tan leales como siempre, don Hermenegildo Galeana y don Mariano Matamoros.

—Que en la nueva legislación no se admita la tortura.

El general dirigió una mirada de admiración a don Nicolás Bravo, el caudillo magnánimo, a quien tanto había reprimido por perdonar la vida de aquellos prisioneros. Ahora lo entendía.

—Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, alejándolo de la ignorancia, la rapiña y el hurto.

Ignorancia. Ése era uno de los grandes retos y todos lo sabían. Más que España, había sido la Iglesia la gran sometedora. El congreso estaba proclamando la libertad de un pueblo en el que noventa por ciento de sus integrantes no sabía leer ni escribir y que definitivamente no hubiera entendido nada de lo que ahí se estaba planteando.

—Que a cada uno se le guarden sus propiedades y respete en su casa como en un asilo sagrado.

Recordó las palabras que le había dirigido el propio Miguel de Montellano cuando eran enemigos: algunos tenían miedo de perder todo si el movimiento triunfaba. Antes de leer el siguiente sentimiento, que sabía arrancaría el júbilo popular, volteó a ver a don Guadalupe Victoria.

—Que se establezca por ley constitucional la celebración del día 12 de diciembre en todos los pueblos, dedicado a la patrona de nuestra libertad, María Santísima de Guadalupe.

Los gritos y los aplausos, en efecto, no se hicieron esperar. No sólo era una cuestión de fe. La Virgen de Guadalupe había sido un símbolo de la rebelión criolla desde el siglo anterior.

—Finalmente, en honor al padre Hidalgo, que se solemnice el día 16 de septiembre todos los años, como el día en que se levantó la voz de la independencia y nuestra santa libertad comenzó.

Morelos dejó la carpeta que leía en la mesa y guardó silencio. Uno a uno los diputados se pusieron de pie para honrar al gran general de la independencia; uno a uno se unieron a los aplausos. Con mucho pesar, don Ignacio López Rayón se sumó al festejo. Había luchado por el liderazgo del movimiento de independencia y era claro que había sido derrotado. Ganó el mejor.

Entre la multitud siguieron los gritos, los vivas, los aplausos, y dos gritos que se distinguían por encima de los demás, y a los que se sumaron Galeana, Matamoros, Guerrero, Bravo y Victoria:

—¡Que viva Morelos! ¡Que viva el Siervo de la Nación!

3

Chilpancingo (octubre de 1813)

El día era perfecto para una ceremonia, por simple y austera que fuera. El campo en las cercanías de Chilpancingo mostraba un paisaje esplendoroso: verdes montañas, cielo azul, sol radiante y, en el horizonte, esperanza. José María Morelos no podía considerarse ya a sí mismo un sacerdote; sus manos estaban manchadas de sangre y una excomunión pesaba sobre él como terrible condena. Pero poco importaba eso a quienes se amaban y querían dejarlo de manifiesto ante la gente y ante Dios.

Sofía Guillén y Miguel de Montellano, ambos descendientes de Hernán Cortés y de Moctezuma, símbolo perfecto de la nueva patria, eran ahora uno mismo. La ceremonia fue en medio de la naturaleza. Duró pocos minutos, pues en guerra el tiempo no debe perderse. Pocos pudieron presenciarla, ya que los esperaba el combate. Don Guadalupe Victoria, don Hermenegildo Galeana y

don Nicolás Bravo no habían terminado de expresar sus congratulaciones a Sofía y a Miguel, cuando ya estaban a caballo y a todo galope. Morelos estaba de pie junto a su corcel; se uniría a ellos en breves momentos. Pero antes quería decir adiós a Miguel y a Sofía, que intentaban convencerlo de no seguir en el campo de batalla.

—Pero, padre, ya no tiene que arriesgar su vida. Le han ofrecido un cargo de jefe máximo. Otros pueden luchar.

—Lucho yo para que otros no tengan que hacerlo.

—¿Qué va a hacer entonces, general? —preguntó Miguel.

Morelos subió a su caballo.

—Seguir en el combate, ganar más ciudades, ampliar la zona de la libertad. Y morir si es necesario por defender el Congreso Soberano.

Morelos ya estaba sobre su caballo, listo para alcanzar a sus compañeros. Sofía se acercó:

—No quiero perderlo.

Morelos sonrió a su pupila, a su hija adoptiva, a su salvadora. Acarició su frente.

—Recuerda bien, Sofía. Morir es nada cuando por la patria se muere.

Dicho esto Morelos arreó su caballo y salió a todo galope. Sofía y Miguel se quedaron mirándolo, tomados de la mano, hasta perderlo en el horizonte. Sabían que aún no tenían un país libre; no todavía. Aún quedaba mucho combate por delante. Tal vez faltaba lo peor.

Sofía tomó su medalla dorada, el águila de Cortés.

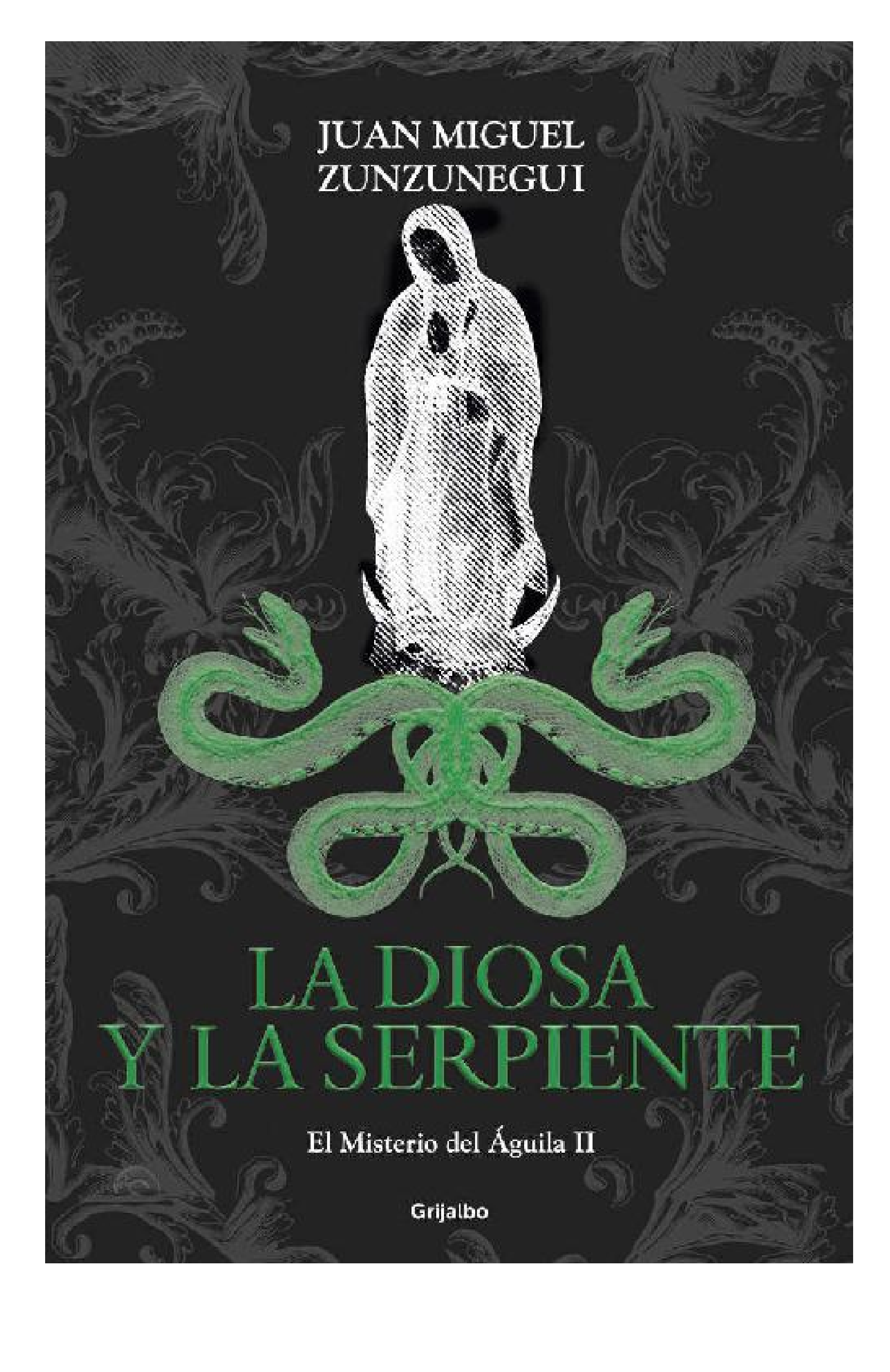
—Tu padre seguramente poseía el otro medallón, el águila de Moctezuma, del que logró despojar a sus legítimos custodios. Debemos unir estas dos medallas y tratar de entender el misterio. Ahora sabes que no es sólo mi pasado, sino también el tuyo, y puede ser el futuro de toda una nueva patria.

Miguel asintió en silencio; sabía efectivamente que ahora él era parte de todo eso, del Misterio del Águila. A lo lejos se perdió de su vista el Siervo de la Nación. Sofía guardó bien en la mente sus últimas palabras: “Morir es nada cuando por la patria se muere”.

El futuro seguía siendo oscuro. Calleja continuaba siendo virrey y soltaría toda su furia contra el movimiento insurgente. Por otro lado, cada vez más personas entendían aquello de construir un nuevo país. Ellos dos sabían que tendrían responsabilidad en esa misión, que la libertad conlleva responsabilidad. Pero era momento de disfrutar la felicidad. Habían vencido todos los obstáculos y

habían descubierto su identidad.

Miguel y Sofía, criollo y mestiza, se fundieron en un beso.


JUAN MIGUEL
ZUNZUNEGUI
LA DIOSA
Y LA SERPIENTE
El Misterio del Águila II
Grijalbo

Índice

A Emma Ibarra, mi mamá, por quien comencé a leer, y por lo tanto, probablemente, por quien comencé a escribir.
Gracias por ser parte de este trabajo.

Gracias a Adriana, por la última pincelada
a todas las personas reales que se esconden
detrás de la ficción.

A Ximena, por su dedicación…

… y a mi centro de gravedad, mi singularidad inicial,
por ser el origen de todo fulgor.

Guillén de Lampart, "el irlandés hereje" de El misterio del águila, *existió, luchó por liberar la Nueva España, y en su honor hay una estatua de mármol de tamaño natural en la Columna de la Independencia.*

Leonor Cortés de Moctezuma existió, fue efectivamente hija de Hernán Cortés y nieta de Moctezuma; tanto de ella como de su madre, Isabel, hay una descendencia mezclada de Moctezuma y Cortés. Los descendientes de Moctezuma y Cortés existen a la fecha con diversos apellidos; viven en Austria, en México, en España y en Estados Unidos.

El título de conde de Moctezuma existe en la actualidad; además de nobles, son considerados Grandes de España, el más alto honor. El título de Cortés, Marqués del Valle, también existe en nuestros días.

Las sociedades secretas, masones, y los misterios del pasado presentados en El misterio del águila*, y en esta entrega, son absolutamente reales. Existió una sociedad conocida como Los Guadalupes, algunos de cuyos miembros se identificaban como pertenecientes a la antigua Sociedad del Águila.*

En vista de que muchas veces la realidad supera a la ficción, el lector podrá encontrar al final de esta obra una lista que distingue a los personajes históricos de los ficticios.

PRESAGIOS

Costas mayas. Año Uno Caña

Amanecía en las costas de Levante del inmenso territorio de la Liga del Mayapán, el "lugar que no es para todos". El sol comenzaba su eterno periplo por la bóveda celeste para hundirse en su ocaso como cada día y luchar arduamente contra las tinieblas para poder emerger nuevamente; para ello, desde luego, necesitaba poder, y éste sólo podía obtenerse de la sangre, lo único que los seres humanos poseían con una pizca de divinidad.

No era ésa la enseñanza que Serpiente Emplumada había tratado de introducir entre sus seguidores toltecas o sus anfitriones itzáes. Se negaba a todo sacrificio humano; por eso mismo se había enfrentado a Tezcatlipoca y había resultado derrotado en la antigua Tollán, donde pregonó la misma paz que infundió entre su nuevo pueblo. Había creado la Liga de Mayapán para mantener la paz entre Uxmal, Mayapán y Chichén, pero finalmente las sanguinarias doctrinas se habían apoderado de su pueblo. El momento había llegado finalmente.

Era un año Uno Caña, tal como estaba profetizado. Amanecía. Serpiente Emplumada se acercó al mar y contempló el sol naciente por encima de los mares que miran a oriente. La intersección entre la penumbra y la luz, las últimas tinieblas de la noche, cedían ante los primeros rayos del sol y formaban un firmamento multicolor. El momento había llegado.

El pueblo, su pueblo… mejor dicho, los seguidores que conservaba entre aquel mosaico de etnias donde se fusionaba lo maya con lo tolteca, lo seguía con discreta timidez. Adoraban y respetaban a Kukulcán; poco habían tardado en perder el temor que les provocaba su tez aclarada y sus rasgos nunca antes vistos, divinos con toda seguridad. Alto, blanco, con el rostro cubierto de cortos cabellos. El sol quemaba su rostro… Un dios entre los hombres según decían muchos. El dios creador de la humanidad, el dios hecho hombre nacido de Tonantzin, el dios piadoso y único verdadero. El rey sabio y civilizador.

Tiempo hacía desde que llegó del oriente, del valle central, de las ciudades legendarias donde convivían los hombres y los dioses. Su

mirada se perdía en el horizonte y podía verse que recuerdos, pensamientos y emociones se agolpaban en su mente. Diecinueve años había gobernado a los toltecas; les enseñó la paz, el progreso y la armonía; los convirtió en gigantes en medio de seres comunes hasta que fue vencido por las fuerzas de la oscuridad.

El astro rey seguía su recorrido en un cielo que dejaba atrás la penumbra. No podía perder más tiempo. Todo estaba en su mente como si recién hubiera ocurrido: sus enemigos, los sacerdotes de Tezcatlipoca el negro, los seguidores del sacrificio humano, la sangre y la violencia… los que propagaban los tiempos de terror y guerra, los dioses temibles y vengativos. Todo aquello que intentó destruir Serpiente Emplumada.

Aquella nefasta mañana había quedado en el pasado pero lo atormentaba cada día, el momento en que despertara aún embriagado por los néctares de la diosa Mayaguel, por el pulque con que lo atascaron y lo engañaron sus enemigos. El rey casto, limpio y puro olvidó sus votos a causa de los vapores que subieron a su cerebro, nublaron su mente, trabaron su lengua y aflojaron sus piernas.

Ésa fue la mañana en que el dios príncipe dejó a los toltecas y se encaminó con unos cuantos seguidores, sin rumbo fijo, hacia la zona por donde salía el sol. Ayunó y se dirigió a la ya legendaria ciudad donde los hombres se convierten en dioses, para hacer penitencia, y finalmente emprendió su camino. Prometió volver en un año Uno Caña a recuperar su señorío.

Serpiente Emplumada despejó su mente de los tormentos del pasado, de los días aciagos; lo más importante estaba por suceder. El disco solar ya había rebasado completamente la línea del horizonte y el agua tocaba ligeramente los pies del príncipe, que penetró en el mar hasta que éste cubrió sus rodillas, para finalmente volverse y ver cara a cara a sus seguidores.

No dijo nada. Con un repentino movimiento de sus manos hizo que se revolvieran los vientos, su elemento, e hizo brotar fuego de las arenas de la playa, el fuego salió de la nada para envolverlo lentamente. Serpiente Emplumada pronunció sus últimas palabras antes de elevarse entre las llamas para convertirse en la estrella matutina.

—Mi tiempo en estas tierras ha terminado por ahora. Seguiré entre ustedes y con ustedes, pero mi momento no ha llegado aún, ni están listos los oídos que escuchen mis palabras. Permaneceré en las alturas donde podrán mirarme en cada alba y ocaso; podrán alabarme ahí en el firmamento. Otras fuerzas dominarán su mundo antes de que yo vuelva, en otro año Uno Caña como éste; volveré por oriente rodeado de signos evidentes: temblará la tierra, se cimbrará su mundo, caerán sus dioses, vendrán los astros volando, arderán sus templos, los grandes caerán

ante los extraños, hervirá el lago, se iluminará el cielo, aparecerán fenómenos y animales extraños.

Nadie entendía aquello que Serpiente Emplumada anunciaba de forma tan catastrófica. Evidentemente todo caería, y todo volvería a renacer. Todo ocaso precede a un nuevo amanecer, todo fin es sólo la preparación de un nuevo principio. Todo vuelve, todo se destruye y todo se engendra nuevamente. Todos lo sabían. Las profecías de Kukulcán eran extrañas. Las llamas envolvían cada vez más a Serpiente Emplumada, quien comenzaba a elevarse ayudado por los vientos que él dominaba. Aumentó el volumen de su voz, que se hizo como de trueno.

—Una a una caerán sus viejas deidades. La diosa madre, mujer serpiente, anunciará el momento y vagará por las noches vaticinando mi llegada y mi triunfo. Cuando todo suceda, finalmente volverá la Serpiente Emplumada. Éstos son los presagios.

Primera Parte

ENTRE LA ESPADA Y EL DRAGÓN

El camino a la muerte

1
San Cristóbal Ecatepec.
Viernes 22 de diciembre de 1815

El Generalísimo camina hacia la muerte. Todo está perdido. Aún no ha tocado el piso el cuerpo del Siervo, cuando ya agoniza su insurgencia; ya se arrojan entre ellos como buitres tras la carroña, ya pelean como lobos por los restos de lo que fue la zona de la libertad. La insurgencia no sobrevivió al virrey Félix María Calleja del Rey… quien más que disparar, sólo dejó que salieran los más bajos instintos y las ambiciones de esos léperos insurrectos y los dispuso a aniquilarse mutuamente como fieras.

Morelos iba a morir por la causa del pueblo, ahora convertido en multitud. La multitud que nunca ha tenido palabra de honor y se mueve hacia donde se mueven los vientos. Los individuos pueden tener ideales… pero una multitud, una turba iracunda de léperos sólo tiene pasiones, opiniones volátiles y efímeras. Las multitudes no hacen patria, pero tampoco los caudillos…

Entonces ¿cómo formar una nación?, ¿cómo lo habían logrado los colonos anglosajones del norte que habían construido un gran país? Incluso tuvo que enviar a esas tierras a su hijo Juan Nepomuceno Almonte, al que no volvería a ver. Todo esto cruzaba por la atormentada mente de José María Morelos en las últimas horas de su vida.

Era un hombre de Dios que había disfrutado derramando sangre, que se había regocijado ante la vista de miembros desprendidos de

sus cuerpos, de sables hundidos en carne… Aunque siempre hubiera tenido el pretexto de la guerra… la verdad es que disfrutó la sangre. ¿Se arrepentía sinceramente, como había dicho llorando ante el tribunal inquisitorial, o estaba conforme con lo sucedido?

Él mismo no podía saberlo. Intentó no repetir los errores del cura Hidalgo y fue humildemente el Siervo de la Nación… Pero esa humildad lo enalteció, junto con el grado de Generalísimo. Dejó de ser un hombre para ser un ídolo. ¿Ése había sido su error?

El antiguo cura de Carácuaro no iba con el alma tranquila a su encuentro con la muerte. Se sentía traicionado, por su gente desde luego; pero antes que nada, por el pueblo al que quiso liberar… por la multitud que es gris y pusilánime. Tan gris y pusilánime como habían resultado todos aquellos que participaron en la insurgencia y decían buscar la libertad, o aquellos que juraron seguirlo hasta la muerte… la muerte frente a la que ahora estaba absolutamente solo.

Abandonado por el pueblo, por Dios y por los insurgentes. Por Ignacio López Rayón, quien con la necedad de desconocer su autoridad precipitó el fin; por Andrés Quintana Roo, quien como miembro del Congreso votó su destitución por una sola derrota, tras años de victorias… y por su mujer Leona, esa niña romántica, tan adicta a López Rayón, tan ciega que no supo ver que su ídolo sólo luchaba por el rey de España, aun cuando éste ya había vuelto al trono; por Juan Nepomuceno Rosains, el hombre que le dio todas las instrucciones equivocadas y lo abandonó a su suerte; por Nicolás Bravo, quien vio cómo era capturado y se alejó a galope; por el propio Vicente Guerrero refugiado en su sierra… y por esa gran esperanza que era Manuel Mier y Terán, amo y señor de Tehuacán, pero que no recibió al Congreso en sus dominios. Todos ausentes.

Él lo sabía… Matamoros y Galena, sus dos brazos, hubieran estado ahí para arriesgar sus vidas por él, pero ya lo habían hecho, y estaban muertos, por su causa y por su culpa. Ellos estarían ahí… si él mismo no hubiera sido pusilánime, si al final no hubiera cometido los errores de Hidalgo: endiosarse, creerse invencible, pensarse victorioso antes de la batalla, por el simple hecho de ser Morelos, perder el piso… creer en la turba y en los aduladores.

Morelos se acercaba a la muerte con poca esperanza ante la que fue su causa. El pueblo sólo es pueblo cuando alguien lo arenga; sólo un caudillo convierte a la multitud en pueblo, que cambia de amores y de cabecillas con mucha facilidad. Un día persiguen la libertad y al otro abrazan al monarca extranjero.

Esa multitud ahora gritaba: “¡Hereje, blasfemo, apóstata, ateo,

Satanás!” Todas esas acusaciones caían sobre José María Morelos y Pavón el día que iba a morir. Las había escrito la Inquisición, recién restituida por Fernando VII, aunque nunca había dejado de funcionar en la Nueva España… Y las repetía a todo pulmón el pueblo al que intentó liberar alguna vez, el pueblo que lo aclamó y lo elevó, el pueblo que ahora escupía la tierra por la que iba a pisar ese inerme prisionero cargado de cadenas… el pueblo que desconocía el significado de lo que vociferaba.

¡Hereje, blasfemo, apóstata, ateo, Satanás!… Finalmente sabía que todo aquello eran simples acusaciones infundadas, las necesarias para que pudiera ser condenado a morir. Pero una carga y una acusación que nadie profería pesaba más en el corazón de Morelos: ¡Traidor! Trataba de consolarse a sí mismo pretextando que no existía alma humana que permaneciera incólume ante las torturas del Santo Oficio. Había sido golpeado, desarticulado por el potro, atormentado por la gota de agua; sus hombros descoyuntados por la garrucha, sus pulmones destruidos por la silla de agua.

Pero él lo sabía y le pesaba. Lo que lo venció no fue la fuerza bruta o el martirio; no, lo que lo doblegó fue el miedo, el peor enemigo del ignorante… a él, uno de los hombres más preparados de la Nueva España. Algo atormentaba su alma; había declarado sin problemas haber tenido tres mujeres a pesar de sus votos, reconoció a sus hijos, renegó de la insurgencia ante la tortura.

Nada de eso era grave; por lo menos fue más sincero que Miguel Hidalgo, que ni ante la muerte reconoció la pléyade de hijos que había regado por la Nueva España… Pero había más: dio los nombres y las posiciones claves de sus hombres con tal de salvar la vida. Ahora, camino al cadalso, sabía que no era su vida sino su alma lo que le preocupaba.

El miedo es el mejor aliado de los tiranos, el mejor general en la batalla, el orador más elocuente, el principal movilizador de masas. En la Inquisición, en el mismo calabozo que no hizo flaquear, años atrás, a Servando Mier, José María Morelos y Pavón vio su excomunión… y el hombre sabio tuvo miedo del infierno.

El liberal no podía evitar ser cura, si es que un cura, por ilustrado que fuera, podía ser realmente liberal. ¿Siervo de qué nación? Cuando la élite ilustrada de una sociedad es religiosa y sigue hundida en el fanatismo, no hay patria ni nación posible. La Nueva España era ignorante, supersticiosa y sometida por Dios; nunca podría ser libre en verdad… incluso aunque fuera independiente.

Los que no habían muerto abandonaron la causa; el Congreso

por el que dio su vida estaba por desaparecer de cualquier manera, ante la impasibilidad y la ambición de Mier y Terán; el territorio tomado en nombre de la libertad ahora era botín a repartirse entre los sobrevivientes del movimiento, que aspiraban tan sólo a ser caciques de un terruño. Todo esto pasaba por la mente de Morelos mientras caminaba a la muerte con el alma desasosegada y las manos aniquiladas por el ácido con que lo degradaron de su condición sacerdotal.

Sabía… creía por lo menos, que ahora había una esperanza depositada en Miguel y Sofía de Montellano; le costaba acostumbrarse a eso… a ese apellido unido al de su querida Sofía. Pero qué podrían hacer ellos si los propios jefes insurgentes abandonaron las causas y los ideales por una matanza entre hermanos; de hecho hacía más de un año que no sabía de ellos. ¿Sería verdad todo aquello que encontraron en La Rodilla del Diablo y que hizo tambalear su propia fe?

No había mejor nombre para ese lugar, que guardaba un secreto que podía aniquilar la fe y la esperanza. Morelos, ese hombre de ideas e ideales, en aquellos últimos instantes de su vida, no sabía si una idea podía ser inmortal, y si en realidad podía ser más poderosa que un fusil.

A cualquiera de sus hombres hubiera esperado ver Morelos en ese aciago día, listo para salvarlo… por lo menos para seguirlo con la mirada hasta el paredón y hacerle saber que no moría en vano. Pero nadie estaba ahí.

Sólo había una persona a la que esperaba no encontrar ahí, no reconocerla entre la gente… y afortunadamente no estaba. El único hombre que en realidad comprendió la causa no podía arriesgarse a estar presente ahí cuando todos lo buscaban. Ciertamente Morelos jamás hubiera pensado que terminaría siendo él el único en quien al final podría confiar. Afortunadamente no estaba.

Morelos no dejaba de cavilar. Libertad… tal vez la idea abstracta por la que más personas han muerto a lo largo de la historia. ¿Podía ese pueblo ser libre? Morelos continuaba su lento paso a las afueras de la ciudad, cargando con su imponente cuerpo las cadenas que lo apresaban. En el fondo tenía esperanza; por lo menos sabía que no todo estaría muerto, por eso había enviado a Guadalupe Victoria al otro lado de la Nueva España tras la derrota de Valladolid: a Veracruz.

¡Victoria!… A lo lejos pudo vislumbrar el templo dedicado a la Virgen del Tepeyac… y el hombre de fe ya no supo qué pensar al respecto. Él, que siempre fue ferviente guadalupano, pero también

un hombre de lógica, se había enfrentado a muchísima información que no podía creer, pero que era evidente… La multitud engañada, la Virgen, la Iglesia… él mismo derrotado por el miedo… ¡La Virgen de Guadalupe!

No, no esperaba verlo ahí; sabía que no debía estar ahí. Era la única persona por la que había suplicado a Dios no poder reconocer ahí. Pero de cualquier forma, tras dos años de no verlo, algo le preocupaba en sus últimos instantes: ¿dónde demonios estaba Guadalupe Victoria?

2
Huatusco, Veracruz.
Viernes 22 de diciembre de 1815

Sofía Guillén de Montellano lloraba desconsolada entre los brazos de Inés. Ya había suplicado y gritado durante días. Su padre, el padre José María, iría irremediablemente hacia la muerte y no había nadie que quisiera evitarlo. En ese momento odiaba a todos los malditos insurgentes y no sabía en qué orden.

De nada valía el consuelo que intentaba darle su hermana adoptiva, a quien habían logrado llevarse de Uruapan, a donde la trasladó Morelos tiempo atrás, cuando huyeron de Michoacán a Veracruz, a los dominios de Rosains… cuando todo se estaba desmoronando, cuando el pasado de nuevo se volvió un presente lleno de mentiras, cuando el mar fue su único refugio y los piratas volvieron a aparecer en la historia.

En realidad, Inés sufría por igual; finalmente el padre Morelos había sido el padre de ambas; aunque ella no hubiera vivido con él las aventuras y las desventuras de la guerra, tuvo que enterarse a la distancia de la muerte de Mateo, y de hecho jamás había vuelto a ver a Morelos desde aquel octubre de 1810, cuando decidió lanzarse a la guerra… que él convirtió en la guerra de independencia. El único consuelo de las dos hermanas era estar juntas, pero sin posibilidad de hacer nada que no fuera sufrir y rezar… algo que ya sabían que no funcionaba. Dios no se mete en política… por lo menos nunca del lado del débil.

—Tienes que entenderlo —trataba de razonar Inés contra todos

sus instintos—. En realidad no podemos hacer nada; no hubiera tenido caso intentar llegar a la Ciudad de México, hubiera sido un suicidio.

Los años habían hecho más combativo el espíritu de Sofía, pero ciertamente no más sabio ni reflexivo; para ella era todo o nada.

—Pudimos haberlo intentado, Inés; luchar hasta morir, demostrarle nuestra lealtad. Y en mi caso, y en tu caso, nuestro amor. Pero nadie quiso hacer nada. La verdad es que todos le tenían envidia y no les viene mal su muerte. Ahora cada uno es maldito cacique en su zona.

—Tienes que entender Sofi…

—Son unos hijos de puta, Inés —Sofía jamás había hablado en esos términos; Inés estaba sorprendida—. Eso es lo que son. A ninguno le interesa ni la independencia, ni esta nación, ni el futuro, ni nada… a ninguno de esos desgraciados que tienen el descaro de seguirse llamando insurgentes.

—¿Y tu marido, Sofía?... ¿No fue lo que él dijo siempre, lo que pensó desde que era capitán realista, lo que siempre te negaste a creer? Miguel siempre dijo que esto acabaría con Morelos. Y parte de lo que te duele es que tuviera razón.

Sofía se quedó en silencio; ya no sabía qué pensar sobre nada ni nadie. Era un hecho que Miguel nunca había sido un verdadero insurgente, que lo único que lo movió a seguir a ese ejército había sido ella y nunca fue una causa libertadora… Ciertamente aprendió a respetar a Morelos, a Galeana a Matamoros y a Victoria; pero no por sus victorias insurgentes, sino por su valor e integridad, por su congruencia. "Hombres así —había dicho Miguel alguna vez a su mujer— serían el mejor ingrediente de una nueva patria; lo malo es que sólo hay cuatro; los cuatro están en este movimiento, y probablemente los cuatro van a morir."

Dos estaban muertos y uno moriría ese día. Así hablaba Miguel de Montellano, sin cortapisas, directo, duro, a veces despiadadamente. Muchas discusiones le había causado aquello con Sofía, quien mantenía una postura romántica sin fundamento. En dos años quizás discutieron más de lo que habían disfrutado, aunque cada uno había superado las expectativas íntimas del otro y se entregaban durante horas a una pasión sin freno.

Pero entre la guerra y las discusiones poco tiempo habían tenido de llevar una vida marital que trascendiera la pasión desenfrenada. En 1813 se habían fundido en un beso simbólico que unía lo criollo con lo mestizo, pero que poco los unió a ellos en realidad, más allá del terreno de la lujuria y de los deseos, al que ingresaron antes de

que los insurgentes entraran de nuevo al terreno de batalla. Morelos y sus tropas cabalgaban hacia Valladolid mientras Miguel y Sofía se cabalgaban mutuamente.

Esa primera noche de libertad para ellos se olvidaron de todo y de todos; Sofía desdeñó sus prejuicios antiespañoles y Miguel la muerte de su padre. Tres años de tensiones se hicieron presentes en el lecho, desfogadas de la más pasional de las formas: a besos, a arrebatos, a mordidas, a jadeos y con ataques más fuertes que los de la batalla. Ahí fueron iguales el hombre y la mujer, el criollo y la mestiza; nadie dominaba a nadie, sino que se alternaban uno encima del otro por una eternidad, obedeciendo y mandando, con gritos y con ternura, con súplicas y con órdenes que finalmente, tras horas de encuentro, terminaron con la victoria conjunta de ambos; al mismo instante vieron la gloria en medio de gritos y de sueños. Su primera noche fue la gloria.

Pero la verdad es que no vivieron felices para siempre. Dos años recorriendo las provincias de la Nueva España en busca de claves de un supuesto misterio del pasado; dos años a salto de mata huyendo, tanto de los realistas como de otros insurgentes; dos años que no habían terminado de resolver el conflicto que Sofía Guillén mantenía en lo más profundo de su alma contra todo lo que considerara gachupín… como su adorado Miguel.

Con el tiempo, con la caída de Morelos y con el desastre de la insurgencia, Miguel de Montellano no podía dormir por las noches, cuando la imagen de un agujero, que manaba sangre en la frente de su padre, lo atormentaba en sueños. Lo había matado por Sofía Guillén. ¿Había valido la pena?

Sofía seguía derramando lágrimas con la mirada perdida, mientras pensaba en las cientos de pláticas y discusiones que había mantenido con Miguel. Todo en ella era confusión; en el fondo, en muchas ocasiones admitía, por lo menos internamente, que Miguel de Montellano tenía razón. Él siempre desconfió de la mayoría de los líderes y lo decía sin tapujos. Ahora, mientras el padre Morelos estaba a punto de morir y cada líder cuidaba su terruño conquistado, sabía que siempre había tenido razón. La voz de Inés la interrumpió:

—¿Estás bien, Sofía?

—¡Claro que no estoy bien! ¿No lo ves, Inés? El padre José María morirá… Toda esta estupidez por la que murió mi padre y mi madre. Y ahora el padre Morelos… Y miles de personas; nada tiene sentido. Todas esas tonterías de conspiraciones y misterios, de sociedades secretas… Todas esas estupideces sin sentido, todas esas

mentiras que nadie con un poco de inteligencia hubiera creído.

Inés seguía siendo tímida ante Sofía; normalmente no se atrevía a discutir demasiado con ella… Eso sí no tenía sentido. Además, esos dos años las habían distanciado mucho. Inés vivió ese par de años como campesina en Carácuaro, mientras Sofía experimentó la guerra. Nada era igual. Aun así guardaba sus interrupciones para ocasiones especiales.

—¿No será que te molesta que Miguel tenga razón?

La mirada penetrante de Sofía pudo haber acuchillado a cualquiera.

—¿Qué quieres decir?

—Es simple, Sofi. Él siempre dijo que éste no era un movimiento organizado, sino la revuelta de un montón de alzados que sólo estaban unidos por la figura del padre José María.

—General Morelos, Inés —interrumpió Sofía—. Miguel siempre lo trató con ese respeto; siempre se refirió a él como el general Morelos y lo aceptó como su superior militar aunque él no luchara en la insurgencia.

—Ése es mi punto, señora Montellano —ironizó Inés—. Miguel siempre respetó al padre Morelos, pero bien sabes que desconfiaba de casi todos los demás, que nunca confió en el Congreso creado en Chilpancingo y que siempre desconfió terriblemente de Quintana Roo, a quien consideraba manipulable y voluble; de su mujer Leona, bienintencionada pero ingenua; de Rosains, y sobre todo, de Ignacio López Rayón, líder de un movimiento totalmente distinto.

—En eso tenía razón. Ese maldito señor López destruyó lo poco que se había logrado construir en este intento de país. Ni Andrés ni Leona supieron verlo y el propio padre Morelos cometió el error de darle demasiada importancia a ese seguidor del cura revoltoso.

Hacía tiempo que Sofía había decidido que no quería saber nada de Miguel Hidalgo ni de quienes tuvieran algo que ver con él. Hidalgo enfrentó una guerra personal, motivado por sus rencores personales; nada que ver con ideas y proyectos. El propio Morelos y sus grandes hombres, como Galeana, Matamoros y Victoria, siempre marcaron su distancia y dejaron claro que la lucha de Hidalgo y la de ellos era del todo distinta.

El cura y sus secuaces —ahora sus herederos— luchaban por el poder, por representar en la Nueva España a Fernando VII, a pesar de que el rey había depositado nuevamente su oronda figura en el trono; mientras ellos, la gente de Morelos, anhelaban una república con soberanía popular, con división de poderes, con igualdad de todas las castas, sin reyes. El sueño de un país libre y próspero, sin

élites, donde sólo distinguiera a un hombre del otro el vicio o la virtud… Así lo escribió Morelos en los *Sentimientos de la nación*. ¿Ese ideal sería realidad algún día?

Por eso Hidalgo enfrentó una guerra que en realidad sólo duró cuatro meses pues no contó con el apoyo de la Ciudad de México; mientras que los Guadalupes, y otros grupos de criollos adinerados y cultos, la mayoría abogados, siempre apoyaron a Morelos… inclusive en su pretendido juicio.

Sofía misma había recibido un misterioso y anónimo mensaje cuando Morelos fue capturado:

Haremos lo que esté en nuestras manos. Tú no debes rendirte; siempre contarás con amigos leales.

GUADALUPES

Nada de esas estupideces le servían ahora. Los sermones de Inés tampoco. La miró con rabia, con una furia que no iba destinada a ella, su querida hermana, sino a toda la realidad que la rodeaba.

—Viví un cuento iluso, querida Inés. ¿Qué podía unirnos a Miguel y a mí, si en realidad nunca habíamos convivido? Él tiene alma de protector, una especie de complejo de caballero andante; hermoso, es cierto, pero muy fuera de tiempo, y siempre quiso ver en mí a la doncella desvalida que tenía que ser salvada. Y yo, lo acepto, asumí el papel de su princesa rescatada. ¿Pero qué puede unirnos en realidad además de la lujuria y del hecho de tener la misma genealogía… de ser parientes?

Inés se quedó pasmada. En realidad habían podido hablar muy poco desde que volvieron a reunirse, unos meses antes, cuando en su camino a Veracruz pasaron a llevársela de Carácuaro antes de que llegaran las tropas realistas.

—¿Parientes?

—No te preocupes… lo suficientemente lejanos, de hace como tres siglos. Eso fue parte de lo que descubrimos en la casa de Diego de Montellano y en la antigua propiedad de mis padres en Uruapan, en La Rodilla del Diablo. Eso y muchas cosas de las que no sé qué pensar, pero que hicieron tambalear la fe del propio padre Morelos, que bien sabes que nunca fue mucha… Quiero decir que él siempre fue un hombre más cercano a la lógica que a la superstición.

Sofía miró a su hermana. A pesar del tiempo que ahora las hacía un poco distantes, siempre era necesario tener una confidente confiable; más aún en esos tiempos en que nadie sabía en quién confiar.

—Tienes razón, Inés; en el fondo me molesta que Miguel siempre haya acertado. Me molesta incluso, sabiendo que no es

culpa suya, que su padre haya sido un traidor… Y no sé si eso se lleva en la sangre. Me molesta que sea español aunque ahora tenga que aceptar que yo lo soy en parte, como todo este reino. Me molesta que sean españoles todos los que dicen luchar por la independencia contra España.

—Y del padre Morelos, ¿no te molesta que sea español?

Sofía contuvo la rabia que solía experimentar cuando alguien evidenciaba sus propias contradicciones.

Según algunas personas, José María Morelos era mulato; negro, según otras. Quienes nunca lo habían visto afirmaban que era indio; no obstante, la mayoría aseguraba que era mestizo. De esta manera siempre lo quiso ver Sofía.

Pero el padre le había mostrado su fe de bautismo en la que claramente se asentaba el origen de sus padres y, por lo tanto, el suyo: hijo de don José Manuel Morelos y Robles, español, y de doña Juana María Guadalupe Pérez-Pavón y Estrada, española.

José María Teclo Morelos y Pérez-Pavón, por lo tanto, era español… criollo, pues, como Hidalgo, Allende, Galeana, Matamoros y el inefable López Rayón.

—El padre José María es diferente, Inés.

—No, Sofí; tú acomodas las cosas a tu conveniencia. Yo no soy española, sino una mulata tirando a negra que sólo vive bien gracias al padre José María, primero, y después gracias a ti, a Miguel y a Guadalupe Victoria. Pero el padre Morelos es tan español como Miguel y como tú; tan español como el Galeana al que idolatras y el Rayón al que odias; tan español como el Iturbide que los derrotó a todos en las afueras de Valladolid y precipitó el principio del fin. Todo esto lo sé por medio de las noticias que recorren el reino, porque tú nada me has contado.

—Lo sé, Inés; tengo dos años de experiencias que contarte; muchas cosas extrañas: derrotas y conjuras, y, desde luego, traiciones. Te lo contaré todo… pues necesitaré tu ayuda, negrita lista.

El hecho de que Sofía terminara la frase con una sonrisa, embromándola, y reconociendo su inteligencia, hizo que Inés se atreviera a preguntarle lo que tenía a flor de labio desde el principio de la conversación.

—¿Y Miguel?, ¿dónde está Miguel?

Sofía respondió con una mezcla de furia, nostalgia, cariño y frustración… todo contaminado por los celos y la incertidumbre:

—Está en la Ciudad de México, Inés, atestiguando cómo muere el padre Morelos; está presenciando impunemente cómo muere mi

padre… No fue a salvarlo. Miguel ya no es mi caballero andante… o ya tiene más miedo al poder absoluto de Calleja, o ya que me obtuvo vuelve a ser el caballero andante de otras doncellas desvalidas… Siempre fue muy coqueto, ¿lo recuerdas? ¿Qué te hace pensar que una ceremonia simbólica en el campo lo haría cambiar?

Y es que en el fondo había una realidad ineludible que ahora era evidente para ambos; en realidad, Miguel y Sofía no eran marido y mujer. Nunca lo habían sido y quizás no podrían serlo. Como le explicó a su hermana, el propio padre José María les dio la bendición en una sencilla ceremonia atestiguada por Victoria… pero Morelos estaba excomulgado. No era un sacerdote católico cuando los unió y por lo tanto no pudo consumar su matrimonio ante Dios. El suyo era sólo un amasiato, un pecado… y, por qué negarlo, la lujuria galopante cuando la ocasión lo permitía.

Pero Miguel de Montellano tampoco había sido un insurgente, sino un peón del destino que por causas que él hubiera preferido evitar terminó en el bando en el que no deseaba estar, convertido en traidor a la Corona. ¿Lo traidor se lleva en la sangre?

En términos legales, no era esposo de Sofía Guillén, una mujer perseguida por la justicia; y a Morelos no le guardaba lealtad sino respeto. En ese instante estaba en la capital virreinal presenciando la inmolación del único hombre que podía mantener unidos a los insurrectos, a los que Miguel aún despreciaba. En la capital también se hallaba el virrey Calleja y su sobrina Alejandra… y muchas damas de la alta sociedad que bien hubieran querido echarle un lazo a Miguel, el hombre que había matado al padre de esta última, más en un arrebato que en una acción meditada.

La muerte de don Diego, desde luego, se le atribuyó a algún insurgente, y a Miguel no se le persiguió por fratricida… aunque lo era; pero ahora no sabía si había cometido aquel homicidio por una causa que valiera la pena. No se podía perdonar a sí mismo, y en el fondo tampoco podía perdonar a Sofía; sin embargo, y eso lo asumía con valor, había sido de él la maldita decisión de jalar aquel gatillo.

Miguel estaba en la capital virreinal, donde cientos de insurgentes se cambiaban de bando y se volvían realistas, donde los indultos a la gente con dinero se conseguían de una manera fácil… aunque Miguel, señalado como un traidor, sólo sería gente de dinero si obtenía un indulto y se le devolvían las riquezas y las propiedades que le habían sido incautadas: las propias y la herencia de su padre. Estaba en la misma situación que Andrés y Leona, con el dinero perdido no por obsequiarlo a la insurgencia, sino

confiscado por las autoridades.

Miguel estaba en México, donde se tramitaban los perdones y los indultos; donde se recuperaban las fortunas incautadas y los títulos de nobleza; donde se borraba el pasado insurgente; donde se hallaba Alejandra; donde moría Morelos sin que nadie lo evitara; donde Calleja había destruido la insurrección, y donde se ocultaban más misterios del pasado.

Sofía e Inés estaban seguras en el pueblo de Huatusco, propiedad absoluta de Guadalupe Victoria, resguardadas por más de tres mil de sus "pintos"; vivían con las comodidades que les prodigaba el pueblo serrano, lleno de gente buena que se desvivía en atender a las protegidas del general.

—Bueno, Sofi, hay muchas razones para estar en México…

—Seguramente… pero no me las dijo, y hace semanas que se fue sin darme explicación alguna.

Inés quería confiar en Miguel, pero en realidad lo conocía menos que Sofía Guillén, quien a pesar de ser su "esposa" desconocía muchas cosas de él.

—¿Y el general? —preguntó la mulata.

—¡El general!… Ni siquiera sé por qué ahora es general. Tu pregunta, a la que nadie tiene respuesta, debe tener sin sueño a Calleja ahora que venció a José María Morelos. Yo tampoco sé la respuesta, Inés, pero créeme que me encantaría saber dónde demonios está metido Guadalupe Victoria en un momento como éste.

3
San Cristóbal Ecatepec/Ciudad de México.

Viernes 22 de diciembre de 1815

Los traidores de hoy pueden ser los héroes del mañana, y viceversa; sobre todo si toman el poder. No existen buenos ni malos; el villano de un reino puede ser el prócer de otro, y el que pelea por la libertad de su patria no siempre obtiene en su momento la recompensa. ¡Hay tantas cosas que dependen de los caprichos de la historia! José María Morelos y Pavón era traidor a su patria, a su rey, al papa y a su Dios; así lo catalogaban los españoles

peninsulares de la Nueva España, e incluso muchos españoles criollos, por haber luchado en busca de la libertad.

Paradójicamente, los españoles de la Península hubieran clamado al cielo, no por cinco Morelos, como se decía que pedía Napoleón para conquistar el mundo, sino por uno solo, para derrotar a ese pequeño corso, emperador de Europa. Finalmente lo hicieron sin un Morelos, ya que España también estaba llena de héroes liberales dispuestos a recuperar su mancillado territorio; en 1814 España obtuvo la victoria en su guerra de independencia contra Francia.

Eran tiempos en que nadie sabía exactamente por qué luchaba y en que los valores eran absolutamente subjetivos. España había recuperado la libertad en su guerra contra Francia, y era en nombre de aquella España recién liberada, que la Inquisición, la Real Audiencia y el propio Félix María Calleja del Rey, condenaban a morir al Siervo de una nación inexistente que luchaba por la libertad.

Paradojas de la historia: España luchó por una libertad muy extraña, por la que derrocaron a un José Bonaparte liberal, para reinstaurar a un rey Fernando, que de inmediato les quitó sus derechos y sus libertades. En nombre de ese rey se combatía en América a un movimiento que buscaba una libertad republicana… pero conservadora, teniendo como máxima jerarquía a la que en realidad era la sometedora: la Iglesia. ¡Libertad con un rey absolutista!, ¡libertad con una república dominada por la Iglesia!

Ahora estaba claro lo que había decretado Galeana y Miguel de Montellano: nadie sabía por quién peleaba. Bien lo sentenció el virrey Calleja en 1812: “La insurgencia no sobrevivirá a Félix María Calleja del Rey”. El mejor militar del imperio español, el héroe de tres continentes, la “Espada de la Nueva España”, había cumplido su misión a cabalidad.

Con la captura de Morelos terminaba la guerra de independencia, el rey volvía al trono, los sobrevivientes del movimiento se aniquilaban entre sí y el virrey esperaba volver triunfante a España a recibir honores y a luchar contra los rebeldes a la Corona, que agitaban la propia Península Ibérica. Calleja había aniquilado la insurgencia, ¿era un villano? Calleja había cumplido una vez más con el rey al que debía fidelidad, ¿era un héroe?

Pero, ¿qué fuerzas en la historia precipitan los acontecimientos: el azar o el destino? Esa pregunta había sido parte de toda la historia de la Nueva España y probablemente seguiría siendo fundamental en su futuro… fuera éste el que fuera. A minutos de

morir, también eso giraba en la mente del cura José María: ¿dónde había comenzado su derrota?

Tal vez su caída y su captura simplemente eran consecuencia de la última batalla, camino a Tehuacán, mientras protegía al Congreso; pero quizás sólo había sido el final inalterable de una serie de sucesos que se pusieron en marcha desde que fue derrotado en Valladolid, o tal vez desde antes, desde que cometió el error de ascender a general a Juan Nepomuceno Rosains y nombrarlo su secretario.

Pero nada de eso hubiera ocurrido en su vida si mucho tiempo atrás, aún en el siglo anterior, no hubiera tomado la decisión de estudiar en el Colegio de San Nicolás. Nunca hubiera conocido a Miguel Hidalgo; no habría sido cura, sino arriero, y en ese mismo momento de diciembre de 1815 estaría preparándose para celebrar la Navidad.

Morelos sabía que su antiguo rector había usado al pueblo como pretexto y escudo para cobrar sus antiguas *vendettas* contra los gachupines; pero de no haber sido por esa rabieta intempestiva del cura de Dolores, el propio Morelos no se habría convertido en la pieza clave de este juego… Y si no hubiese acudido en 1799 a la casa Guillén, cierta ignorancia le habría dado consuelo en sus últimos días. Más allá de lo que Morelos podía saber, desde aquel lejano año, el padre Mier ya había sido expulsado de la Nueva España, y era imposible saber que 15 años después ese fraile rebelde y nacionalista aún desempeñaría otro papel importantísimo.

A cada paso que daba rumbo al patíbulo, recordaba sus conversaciones con Matamoros, el licenciado, el culto: “Los héroes no saben que son héroes; es imposible saber su papel en la historia… el papel que la historia le otorgará en el futuro, cuando sea escrita”. De momento se es sólo un hombre. ¿Son los hombres los que van forjando la historia con sus actos libres? Este pensamiento era inherente a su calidad de cura católico que está obligado a creer en la libertad como don de Dios. ¿Es la historia la que forja a los hombres? Esta última idea parecía evidenciar la realidad, aunque hacía a un lado el concepto de libre albedrío en el que debía creer como católico.

Pero esa Nueva España a la que pretendía liberar en realidad no era católica, y ahora, a minutos de su muerte, lo sabía. Era una mezcla de cristianismo con idolatría pagana en la que las tradiciones populares pesaban más que los dictados del papa, en la que los dioses antiguos se habían transformado en santos y en vírgenes, pero seguían siendo adorados incluso por encima de Dios.

Era un pueblo católico que debía creer en la libertad y que no obstante encomendaba su destino a sus santitos, quienes en realidad eran sus dioses. Jesús no era el hijo del Dios cristiano, sino la nueva forma de venerar a Quetzalcóatl… Y por más que le pesara, la Guadalupana no era la Virgen madre de Dios, sino una manera de adorar a Tonantzin Cihuacóatl, tal como siglos atrás denunciara el fraile Sahagún. Idolatría pagana.

¿Era su destino ser el Siervo de la Nación?, ¿lo fue por los azares de la vida… o lo fue por su libre decisión? Quizás lo más terrible para un hombre es que todo en lo que ha creído se desmorone… Pero más terrible aún es que esto suceda durante sus últimos pasos camino a la muerte.

Todas las ideas de sus últimos años se arremolinaban en su mente: ¿las ideas nunca mueren?, ¿el pasado no debe marcar el futuro? Estos dos en apariencia grandes ideales, podían ser potencialmente destructivos si se juntaban. Un pueblo supersticioso e ignorante tiene ideas viejas, gastadas, anacrónicas e inútiles… Si es verdad que éstas no mueren, en definitiva el pasado marcará eternamente el futuro.

Ésa era la realidad de la América hispana: ideas anacrónicas que nunca mueren. Si las ideas que no mueren son absurdas, si son impuestas por una élite para controlar a un pueblo, si sirven para arraigar el pasado que impide ver hacia adelante… Si esas ideas mantienen a una patria en la oscura Edad Media en lugar de proyectarla hacia al futuro… si esas ideas no mueren, un pueblo estará destinado a cargar la pesada ancla que lo ata al pasado. Él estaba a punto de morir, ¿sus ideas eran las que necesitaba la América hispana?, ¿sobrevivirían en el proyecto de Guadalupe Victoria?

4

Faltaban escasos minutos para que el Generalísimo se enfrentara con el único adversario a quien un personaje de sus tamaños no podría derrotar: la muerte. José María Morelos estaba exhausto por el viacrucis que lo habían obligado a recorrer; salió de la cárcel de la Inquisición en la Ciudad de México, con grilletes en manos y pies,

cargado de cadenas y obligado a caminar en ese estado hasta el sitio de su fusilamiento, el cercano pueblo de San Cristóbal. Había sido procesado en la capital, pero el virrey decidió que sería mejor ejecutarlo en las afueras de la ciudad, lejos de la multitud.

Sus rodillas ya no podían mantenerse en pie, y del mismo modo que Jesucristo, el Siervo de la Nación, vencido por su peso, sus cadenas, sus penas, sus cavilaciones y sus miedos, cayó de rodillas en el piso… Y al igual que Jesús, se preguntó por qué Dios lo había abandonado.

En ese instante, una ironía más de la vida pasó por su mente: así, de rodillas, hacía 18 años exactamente, un 22 de diciembre, llevó a cabo su primer acto como sacerdote después de haber sido ungido con los óleos que la Inquisición le arrebató simbólicamente durante su juicio.

Más aún, de rodillas, vencido por su peso y por el peso de sus cadenas, volteó a su derecha y se percató de que justo allí se encontraba el santuario guadalupano. Cerró los ojos y una lágrima escurrió por su mejilla… Quienes presenciaban el paso del insurgente a su patíbulo interpretaron esa acción como su último acto de fe y devoción guadalupana; pero en realidad el Siervo de la Nación había derramado su última lágrima conmovido por su pueblo, eternamente engañado.

Aun así, el templo no dejaba de ser un santuario mariano, es decir, dedicado a la madre del hijo de Dios; así que el Generalísimo, fiel creyente, y pese a todo, sacerdote, permaneció de rodillas, atormentado por todas sus dudas, y exclamó: "Señor, si he obrado bien, tú lo sabes; pero si he obrado mal, yo me acojo a tu infinita misericordia". El hombre de fe recuperó toda su entereza, su fuerza física y moral, y se levantó para continuar con dignidad el camino a su cruz.

José María Morelos no lo sabía, pero desde el día anterior, durante todo su camino hacia la muerte, un admirador lo seguía de cerca, alguien que pudo haberlo salvado, o al menos conmutar su pena por prisión perpetua en un convento de algún sitio de la África española… Un admirador que a final de cuentas era su enemigo y cuya responsabilidad sagrada ante su Dios y ante su rey era terminar con la insurgencia, un admirador que firmó la sentencia de muerte del sacerdote con la mano temblorosa, porque a pesar de todo, como militar, sabía que un hombre de ese tamaño, un gigante con su valor y con su temeridad, no debería morir.

Félix María Calleja del Rey sabía reconocer a un gran hombre; más aún al hombre al que no pudo derrotar en cinco años. Honraba

a su enemigo, pero debía cumplir con su obligación. Nunca, en cinco años de guerra, había visto a Morelos; no sabía cómo era físicamente, nunca lo tuvo frente a frente; pero de general a general, Morelos logró derrotarlo durante tres años y finalmente esquivarlo y escapar durante dos más.

El virrey de la Nueva España quería conocer a ese hombre, a ese monstruo imbatible que apenas levantaba poco más de un metro y medio del suelo, pero que no dejaba de parecer un coloso: ancho, de grandes brazos y piernas, con un torso musculoso y una mirada combativa como ninguna otra.

Evidentemente, Calleja pasó inadvertido en todo momento, pues no quería que Morelos lo reconociera, ni que la gente notara su presencia; vestido de inquisidor dominico, estuvo presente en su martirio y en su celda.

Así siguió a la caravana de la muerte en un carro jalado por caballos. Junto al virrey iba otro personaje que en cierto modo admiraba a Morelos, aunque también lo odiaba y, contra lo que fuera, lo quería muerto. Alguien que conocía secretos que ni el mismo Calleja imaginaba, la persona que presionó al virrey para que firmara una orden de ejecución, por traición y por herejía, cuando ninguna de esas dos causas pudo ser probada de manera cabal. Vestía de negro y portaba una capucha que le cubría su rostro. Así llegaron, más allá del mediodía, al lugar del fusilamiento.

Miguel Salazar fue el sacerdote comisionado para atender a José María Morelos, acompañarlo en sus últimas horas y, si el reo lo deseaba, escuchar su confesión. A la una de la tarde, el Siervo de la Nación comió tranquilamente junto al sitio donde habrían de arrancarle la vida. Cinco años de batallas lo habían acostumbrado a la frugalidad; comió pan y vino, y platicó trivialidades con Salazar, como si se tratara de una comida más. Al final le habló de la guerra y de sus desgracias.

—Temamos a la historia, que ha de presentar al mundo el cuadro de nuestras acciones, padre Salazar.

—¿Se arrepiente, pues, de sus acciones, señor Morelos?

—Me arrepiento de haber mentido a la Inquisición, padre Salazar; de firmar una abjuración en la que no creo. Confío firmemente en la libertad y en que este pueblo no debe ser preso, ni de la Iglesia ni de España. Creo que la América septentrional española debe ser libre, y que España debe ser hermana y no dominadora de América.

—Pero se está condenando al infierno —atajó Salazar.

—Usted no conoce el infierno, padre; yo sí, yo lo desaté. No olvide que fui sacerdote, teólogo, filósofo. Y, con todo respeto, recuerde que de esto sé más que usted. Llevo cinco años en el infierno. Dios conoce mi corazón y sabe de lo que me arrepiento. Pero seré un fiel devoto hasta el fin, y sí, quiero confesarme y recibir su bendición. Sólo le advierto que no me arrepiento de haber comenzado esta lucha por la libertad… Me arrepiento tan sólo de que haya sido tan sangrienta; y en eso, las autoridades fueron tan culpables como yo.

El sacerdote José María Morelos y Pavón terminó de ingerir sus alimentos, se hincó ante Salazar y confesó sus interminables pecados, desde la violación de su castidad, hasta toda la sangre derramada de la que reconoció ser corresponsable. Así pues, no obstante la terrible excomunión dictada por Abad y Queipo, y ratificada por el doctor canónigo Matías de Monteagudo, Morelos se enfrentó a la muerte en el seno de la Iglesia.

El momento había llegado. Morelos rezó un salmo: “Ten piedad de mí, oh Dios, en tu bondad; por tu gran corazón borra mi falta, que mi alma quede limpia del mal, y purifícame tú de mí pecado…” Continuó hasta terminar de memoria el salmo 51 de la Biblia. Después se puso de pie, abrazó al padre Salazar, se dirigió a donde estaba Manuel de la Concha, el hombre que lo había derrotado y capturado en el camino a Tehuacán. Lo abrazó y lo perdonó.

De la Concha despojó a Morelos de todas sus cadenas y le permitió portar una levita negra… No había razón para morir como un andrajoso, decía el Generalísimo. Sabía que lo condenaban a morir por traidor, con los ojos vendados, de rodillas y de espaldas al pelotón, para que su cuerpo cayera de bruces y mordiera el polvo en un acto final de humillación.

El propio Morelos tomó la venda y se tapó los ojos, no sin antes mirar cara a cara a los integrantes del pelotón que le quitarían la vida… Todos mestizos, todos sometidos por España. Ya con los ojos vendados dio la espalda al regimiento y se puso de hinojos. Un silencio sepulcral invadió San Cristóbal. Calleja y su misterioso acompañante presenciaban todo desde su carroza. De la Concha dio la orden:

—¡Preparen!

Los soldados cargaron fusil; Calleja estaba nervioso… Una voz protegida por la multitud se atrevió a gritar que iban a asesinar a un santo, al mejor hombre del reino. La gente presente respondió con gritos. Era necesario terminar con eso.

—¡Apunten!

El Generalísimo, el Siervo de la Nación, se irguió completamente desde sus rodillas para mostrar entereza hasta el último minuto. Félix María Calleja quería atestiguar la inmolación de un hombre que no debía morir; se movió hacia adelante en su asiento para ver mejor. Su acompañante, vestido de blanco y con una capa negra que también le cubría el rostro, le puso una mano en el hombro y lo obligó a recargarse en el respaldo.

—Así debe ser, Su Excelencia.

Manuel de la Concha tomó aire para girar la instrucción que terminaría con Morelos.

—¡Fuego!

Doce fusiles tronaron al unísono y el cuerpo de Morelos se convulsionó… sin caer. De la Concha no quería sufrimiento. Sin pensarlo volvió a dar la orden fatal.

—¡Fuego!

Doce descargas más abatieron el cuerpo del Generalísimo José María Morelos y Pavón, quien en un último aliento de vida usó todas sus fuerzas para caer hacia atrás. El cuerpo del cura de Carácuaro se desplomó de espaldas a la tierra, con la cara al cielo, al mismo tiempo que la venda caía de sus ojos. Lo último que vio Morelos fue el cielo al que esperaba encaminarse.

La multitud calló y su silencio recorrió el pueblo a las cuatro de la tarde, al mismo tiempo que las campanas de la Ciudad de México, incluidas las del templo guadalupano, tañían a todo lo que daban. Esa había sido la orden, que a las cuatro de la tarde el sonar de las campanas anunciara con júbilo la muerte de la peor amenaza de la paz novohispana.

La multitud de indios y mestizos se lanzó a las calles al festejo… Los criollos callaron… Los insurgentes estaban ausentes. Con Morelos moría su guerra y su sueño. El año en que España volvía a ser libre, la Nueva España quedaba dominada por España.

En la carroza, el subrepticio virrey de Nueva España, Félix María Calleja del Rey, se persignó; se asomó por la ventana, y al ver el cuerpo de Morelos con la mirada al sol, como los grandes, y no clavada en la tierra, esbozó una leve sonrisa. Respetaba al general. Paradójicamente, el Siervo de la Nación moría mientras la multitud celebraba su inmolación, no obstante que aquél había intentado convertirse en su libertador.

Eran las cuatro de la tarde del viernes 22 de diciembre de 1815. López Rayón mandaba en Tlalpujahua; Andrés y Leona estaban escondidos; Guerrero vigilaba su sierra y sus dominios; Manuel Mier y Terán dominaba Tehuacán y preparaba la disolución del Congreso

por el que Morelos arriesgó su vida; Nicolás Bravo enfrentaba sus tropas contra las de López Rayón; Sofía Guillén de Montellano lloraba en brazos de Inés, en Huatusco, pues ignoraba por completo el paradero y las acciones de Miguel, de quien sólo sabía que estaba en la capital, atendiendo asuntos que a ella le eran del todo desconocidos. Por recomendación del misterioso encapuchado, Calleja ordenó que el cuerpo de Morelos fuera retirado del terreno donde había sucumbido.

Las campanas del templo de Guadalupe repicaban con todas sus fuerzas celebrando la muerte del general que, en sus *Sentimientos de la nación*, había proclamado que se festejara como fiesta nacional el día de la Guadalupana, del militar apoyado por una congregación de criollos que firmaban como Los Guadalupes, del hombre que luchó tres años con una imagen de la Virgen Guadalupana junto a su corazón.

El arzobispo de la Ciudad de México ordenó que todos los templos de la capital virreinal entonaran un *Te deum* para celebrar y que se oficiaran misas en homenaje a Fernando VII. Quedaban grupos de guerrilleros, pero el movimiento insurgente había perecido junto con su más grande líder. La Nueva España nuevamente quedaba bajo control de la Corona española.

Aprovechando que las autoridades del virreinato y de la ciudad estaban concentradas en la ejecución de Morelos y en las subsecuentes celebraciones, un hombre aprovechó para burlar la escasa vigilancia del Palacio de la Inquisición y entrar a la celda que había alojado hasta esa mañana a José María Morelos, y que 20 años antes había mantenido prisionero a fray Servando Teresa de Mier.

El extraño hurgó en todas las esquinas del calabozo hasta encontrar una piedra floja, la que removió hasta encontrar un hueco entre el piso y la pared. El sitio era nauseabundo; salieron ratas y otras alimañas. El hombre se llevó un pañuelo a la boca para no percibir el olor y evitar las náuseas que casi lo obligaron a vomitar. Finalmente, venció su repulsión, metió la mano en un recoveco oculto, hasta que logró asir algo. Sacó un paquete de aquel escondite y salió a toda prisa de la cárcel de la Inquisición.

Mientras tanto, el virrey Calleja entraba a la ciudad y daba a una orden a uno de sus capitanes que recientemente se habían incorporado a su ejército.

—Con la muerte del general Morelos esta insurrección ha quedado prácticamente desarticulada. Los demás insurgentes luchan entre sí, su Congreso tiene las horas contadas y Vicente Guerrero se

esconde en la sierra del sur como un animal herido en su madriguera. Su padre colabora con nosotros y espero que lo convenza de dejar las armas. Pero no hay que festejar antes de tiempo… Es de vital importancia encontrar al general Fernández Félix, ese que se hace llamar Guadalupe Victoria.

5

España. Era napoleónica

Del otro lado del mar océano, Francisco Xavier Mina cumplía con los requisitos para ser héroe y traidor; era un joven y valiente navarro nacido en el revolucionario año de 1789. El año de la revolución libertadora probablemente marcó su destino, ya que no luchaba a favor ni en contra de Napoleón o de Fernando VII, ni, en su momento, de la propia España. Xavier Mina luchaba por la libertad, y para él la libertad no tenía nacionalidad.

Con el océano de por medio, era imposible para José María Morelos y Pavón, ese desconsolado y derrotado siervo de una ilusa nación en camino a la muerte, saber que, al mismo tiempo que había comenzado su debacle y se marcaba su caída, del otro lado del mundo un desconocido para él —de hecho, un soldado que por simple azar no fue enviado a América a luchar contra su insurgencia— estaba por convertirse en el seguidor de su causa libertaria.

Hay años que parecen nudos históricos, como 1789, la fecha simbólica en que el mundo antiguo comenzó a revolucionarse en Francia. El mismo año en que Morelos comenzó a estudiar en el Colegio de San Nicolás, y también el mismo año en que Calleja arribó a la Nueva España como militar. En 1789 nació una niña a la que bautizaron con una sucesión interminable de nombres, pero a la que llamaban tan sólo Leona, y del otro lado del mundo, también

nació durante ese año un joven navarro que, por azares del destino y gracias a las argucias del padre Servando Mier, terminaría por luchar a favor de la libertad de la Nueva España.

En 1815, el año en que Morelos caminaba al patíbulo, ese navarro estaba listo para combatir en América la tiranía de su rey Fernando VII. Al mismo tiempo que moría Morelos comenzaba a nacer Francisco Xavier Mina.

Xavier Mina era un héroe español. Desde febrero de 1808, cuando los primeros contingentes franceses comenzaron a hollar el suelo navarro, organizó una escuadra de guerrilleros para atacar al enemigo. No era cuestión de considerar o no una tiranía a la monarquía española, que entonces ni siquiera contaba con una cabeza que detentara la corona, dado que padre e hijo, Carlos y Fernando, peleaban como fieras por un poder del que ninguno era digno.

Para Mina no era cuestión de si Napoleón y su hermano José representaban las ideas liberales ilustradas de Europa, con las que coincidía. Más bien era una cuestión de algo que les sobraba en la sangre a vascos y navarros: un asunto de patriotismo y honor.

El muchacho de 19 años se hizo hombre defendiendo el norte de España de la invasión francesa; vio caer Pamplona, San Sebastián, y hasta lo que parecía increíble que cayera: la férrea e imbatible Barcelona. En 1809 organizó una resistencia conocida como el "Corso Terrestre de Navarra", formada por su tío y por varios campesinos de la montaña… una fuerza incapacitada para detener a los franceses, a quienes detuvo durante varios meses por medio de una guerra de guerrillas con la que 300 valientes españoles tuvieron en jaque a miles de franceses.

Aquél fue un año confuso. España luchaba por su independencia contra Francia, mientras en la Nueva España continuaban las conspiraciones de criollos, quienes en realidad no sabían bien a bien lo que buscaban: independencia o autonomía. Y tampoco estaba claro contra quien luchaban: contra Francia, contra España o contra el gobierno virreinal de la Nueva España, que, dadas las circunstancias del otro lado del océano, se manejaba solo y en manos de la Iglesia.

En 1810 Mina comenzó siendo un dolor, uno más, en el costado de Napoleón. Ese rapaz montañés había iniciado una resistencia insulsa con pocos campesinos, quienes en ese año sumaban más de 1 200 guerreros. Ese año, la Nueva España no tenía un verdadero dueño, no había rey en España, nadie reconocía a José Bonaparte y se discutía en América si la Junta de Sevilla tenía o no autoridad en

el Nuevo Mundo.

Mientras Morelos comenzaba a luchar por la independencia de la Nueva España, Mina luchaba por la emancipación de España, contra Francia, en el norte del país, y un desterrado de la Nueva España, Servando Mier, también luchaba contra Francia por la independencia de la Península Ibérica, en Valencia, desde donde —igual que Xavier Mina— vio caer Barcelona.

El último virrey nombrado por la monarquía, José de Iturrigaray, había sido depuesto mediante un golpe de Estado por apoyar las conspiraciones criollas. Su relevo provisional, Pedro de Garibay, nunca gozó de legitimidad. Para 1810 la Iglesia gobernaba, a través del arzobispo Francisco Javier de Lizana… quien coronó su carrera como un pésimo virrey.

Así pues, a mediados de 1810 la Iglesia gobernaba América, nadie gobernaba España y Napoleón gobernaba casi toda Europa. Nadie, desde luego, regía el espíritu de Napoleón; ni siquiera él mismo. Finalmente, los imbatibles ejércitos franceses tomaron el norte de España, ayudados por catalanes, vascos, navarros y asturianos que veían en los Bonaparte su paso a la modernidad.

Xavier Mina fue hecho prisionero por sus propios compatriotas en abril y llevado a Francia, donde fue recluido con otros prisioneros españoles, con quienes permaneció encerrado hasta mediados de 1814, cuando la derrota de Napoleón dejó libres a los enemigos.

Pero resultó que Mina no había peleado por la libertad, pues Fernando VII volvió a sentarse en el trono español a ejercer un despotismo nunca antes visto, de tal magnitud que, en 1815, en la misma época en que Calleja dictaba la muerte de Morelos, el valiente navarro ya había huido de España, pasando por Francia, y se había instalado en Inglaterra.

Ahí el azar hizo su parte, y el valiente navarro que luchó por España y contra Francia, conoció al hereje sacerdote novohispano, Servando Mier, quien fue expulsado de la Nueva España en 1794 con motivo de dos discursos, uno muy famoso en contra del guadalupanismo, y otro menos popular, exaltando la figura de don Hernán Cortés.

¡Curiosa situación: un fraile dominico, de la orden inquisitorial, guardián de la fe, expulsado del reino por exaltar la figura del conquistador y por denunciar la idolatría guadalupana! En Londres, el viejo fraile de 52 años convenció al ingenuo e idealista guerrillero de 26 para que se lanzara a la fallida aventura americana. Cuando todo moría en la Nueva España, comenzaba a

renacer en la Vieja España.

6
Huatusco, Veracruz.

Febrero de 1816

Huatusco era un poblado enclavado en la sierra de la intendencia de Veracruz, que por sus características geográficas era el lugar perfecto que se convertiría en el centro de operaciones de Guadalupe Victoria. La costa veracruzana era estratégica, pues dominarla implicaba someter a ciertos puertos. Por sus lecturas y su experiencia, Victoria sabía que, en las guerras modernas, quien es dueño del mar es dueño de la tierra.

No obstante, las costas veracruzanas también significaban una sentencia de muerte para quienes no habían nacido ahí: la fiebre amarilla, las diversas pestes y el famoso vómito negro atacaban a cualquiera que se atreviera a permanecer mucho tiempo en sus puertos.

Por eso Victoria eligió Huatusco. Su altura de poco más de mil metros del nivel del mar alejaba las enfermedades; su complicada geografía lo volvía inexpugnable para los realistas, y sus caminos boscosos ayudaban a que la guerrilla de pintos de Victoria aniquilara a quien osara penetrar el territorio.

Además, Huatusco era estratégicamente perfecto; el pueblo estaba ubicado prácticamente en el centro de Veracruz, en zona serrana, a tiro de piedra de Xalapa, Córdoba y Orizaba; cerca de Oaxaca y de Puebla… Y, lo más importante, cerca del puerto de Veracruz y de su fuerte de San Juan de Ulúa, único rincón que mantenían las tropas realistas y que significaba su único punto de contacto con Cuba y con Europa; pero mientras Victoria mantuviera

en su poder todo lo demás, era un puerto sitiado. Por si fuera poco, desde Huatusco dominaba don Guadalupe dos puertos vitales: Nautla y Boquilla de Piedras.

Mucho había aprendido Guadalupe Victoria de la historia, de la experiencia y de la guerra, y hasta de Guillén de Lampart, cuyos documentos custodiaba ahora. Desde sus puertos, el general Victoria otorgaba patentes de corso, es decir, permisos para ejercer la piratería; eso sí, sólo contra navíos españoles.

Victoria comprendía cada vez mejor las guerras europeas y se había convertido en un excelente pirata: cuando todos lo buscaban por tierra, a nadie se le ocurría que el general se hallara en medio del océano.

Desde sus dos puertos, además de controlar los barcos piratas y atracar las naves españolas —las cuales, según Victoria, con base en lo que aseguraba Lampart, se estaban llevando la riqueza americana, y por lo tanto era completamente lícito y legal recuperarla—, se dedicaba a mantener contacto con Estados Unidos, específicamente a través de Nueva Orleáns, donde, tiempo atrás, le seguía la pista a las noticias del inminente regreso de Servando Mier, quien con su lengua de plata y su excelente verborrea había convencido a un valiente joven navarro de luchar por la libertad americana, y no conforme con eso, había conseguido préstamos por millones de pesos con empresarios ingleses y estadounidenses. Para Victoria, encontrarse con Servando Mier, Xavier Mina y sus mercenarios era la única forma de rehabilitar el movimiento y ganar la guerra.

¡Qué más hubiera querido Victoria que salvar la vida de su mentor, su maestro y su general! Pero era hombre sabio y sensato, y no necesitaba haber hablado con Morelos los últimos dos años para entender que no podía arriesgarse; sabía que Morelos consideraba más importante la causa que su propia vida… Por eso se había sacrificado para salvar al Congreso. Y Victoria no debía inmolarse en el intento de realizar un rescate imposible. La mejor forma de honrar a Morelos era continuar al frente de su causa, la que muchos habían abandonado o simplemente no comprendieron.

El general sabía que estaba rodeado de traidores como López Rayón, Mier y Terán y, sobre todo, del desgraciado Juan Nepomuceno Rosains, ese malparido al que hubiera querido ver muerto retorciéndose en el infierno. Por lo tanto, estaba convencido de que no podía confiar en nadie, y que tras la desbandada general de la insurgencia, los berrinches del señor López —a quien restaba importancia omitiendo su segundo apellido—, y con Guerrero

encerrado y rodeado en su sierra del sur, los esfuerzos del poder virreinal se concentrarían en buscarlo a él. Por eso permaneció un tiempo en el mar, que muy mal le vino, por cierto; a él, que evidentemente resultó ser un hombre de tierra.

Pero finalmente todos estaban en Huatusco, en una austera casa atendidos como reyes por una población que idolatraba al general… Y su trabajo le había costado ganarse a los jarochos, quienes cuando vieron que, no obstante sus títulos y su piel blanca de criollo, podía ser más mal hablado que ellos, más enjundioso, y que manejaba el doble sentido mejor que la espada, le prodigaron su respeto.

En una habitación, con una gran mesa llena de frutas y tasajo, el general Guadalupe Victoria presidía una reunión. Estaba acompañado por Sofía, Miguel, Inés y Tarsicio. A Sofía y a Miguel prácticamente no los había visto desde que se presentaron ante él, pocos meses atrás, cuando fueron a buscarlo por órdenes expresas de un Morelos que ya adivinaba su derrota y su muerte; a Inés la conoció aquella ocasión y no había vuelto a verla, pero la devoción que la mulata sentía por Morelos, y el cariño que Sofía sentía por ella, eran para el general más que suficientes para tenerlas en su afecto.

Miguel y Sofía no se habían visto desde noviembre del año anterior, cuando aquél desapareció misteriosamente. Y ahora que se habían vuelto a reunir se negaba a dar explicaciones de su paradero durante aquellos meses, argumentando que tenía asuntos que atender, que mejor sería para ella no conocerlos.

La rabia de Sofía hizo que hablaran poco; pero no evitó que, sin decir palabras, dieran rienda suelta a sus pasiones en la intimidad. Guadalupe Victoria parecía confiar en Miguel. Por su parte, más allá de sus cavilaciones infundadas, Sofía estaba convencida de que en realidad ella tampoco tenía un verdadero motivo para desconfiar de él.

Tarsicio era desconocido por todos, así que fue presentado por Victoria. Era su gran hombre de confianza, el capitán de su ejército, los pintos de Victoria, el hombre que lo acompañaba a todos lados desde hacía casi dos años, desde que Morelos lo envió a los dominios de Rosains; el hombre que lo acompañó mientras permanecía oculto y en quien depositaba la seguridad de Huatusco y de toda su gente.

Había muchos sucesos qué recordar y muchas noticias qué comunicar… Victoria tomó la palabra.

—Ustedes —dijo, dirigiéndose a Sofía, a Inés y a Miguel— fueron enviados por el Generalísimo a Veracruz, a los dominios del

general Rosains, el hombre que me otorgó el grado de teniente coronel. Pido a las damas que disculpen mi florido léxico, pero es el lenguaje local; Juan Nepomuceno Rosains es un verdadero hijo de puta, un desgraciado malparido y *pocoshuevos*, al que espero ver en el infierno, aunque yo mismo tenga que estar ahí con él para ver cómo se pudre a fuego lento.

La mirada de todos denotó estupefacción. Tarsicio estaba al tanto de lo que había ocurrido y se había acostumbrado al lenguaje que el general había aprendido en Veracruz, que por lo demás era muy adecuado para referirse a escorias como Juan Nepomuceno Rosains. Inés y Sofía no daban crédito a lo que escuchaban.

El propio Morelos había nombrado general, y su secretario particular, al señor Rosains, en 1813, en el Congreso de Chilpancingo. Fue el hombre que comandó los ejércitos durante la batalla de Valladolid… Vaya, incluso se había lanzado de avanzada a la ciudad a ofrecerle la rendición a Iturbide, a riesgo de su propia vida. Tras la derrota el propio Victoria se sumó a sus tropas para ir a Veracruz. ¿Sería el general Victoria otro de esos remedos de insurgentes que ya se dedicaban a luchar entre sí? Miguel permaneció impasible. Victoria prosiguió:

—Ese maldito lameculos se merece un espacio junto a Judas en el último círculo del infierno. Es, y siempre fue de hecho a mi entender, un pinche traidor, un cabrón de pies a cabeza; otro más de los desgraciados que, entre el maldito Calleja y el infeliz Diego Montellano —disculpa, Miguel—, infiltraron en nuestras filas.

La sala quedó en silencio. La mirada de Sofía se clavó en Miguel, quien mantuvo sus ojos firmes, puestos sobre la figura del general Victoria, sin moverse y sin denotar emoción alguna. Sofía trataba de escrutarlo, de indagar si lo traidor se llevaba en la sangre. Al mismo tiempo, se preguntaba por qué, entonces, lo había citado don Guadalupe.

¿Para apresarlo de una buena vez? ¿Para interrogarlo sobre su paradero de los últimos meses? ¿Para ajusticiarlo sin más? Algo la atormentó con mayor persistencia: ¿Miguel sabía que Rosains era un traidor, otro lacayo de su padre? Miguel no volteó jamás a ver a Sofía, quien en realidad no era su mujer. Simplemente, con la mirada fija en Victoria, pronunció una oración:

—Prosiga, general. Yo no soy mi padre. Espero que usted lo sepa.

Victoria continuó:

—Ese maldito Judas todo el año pasado se dedicó a luchar contra Ignacio López Rayón y contra Nicolás Bravo. Yo pienso que

López es un cabrón y Bravo un imbécil manipulable, pero de cualquier forma no son traidores. Aunque no compartamos ideas; incluso aunque la necedad y la obcecación de López hayan precipitado la caída del Generalísimo, ambos son enemigos del virrey y por lo tanto es nuestro deber ayudarlos. No como ese hijo de puta de Rosains, al que llamaban Palma del Terror, que se olvidó de quién es el enemigo en esta guerra y se lanzó contra ellos. Pero ese pinche traidor no pudo conmigo, lo capturé y está encerrado en Nautla, en espera de ser juzgado… Si no fuera por mi formación de abogado, y de canonista eclesiástico, le hubiera atravesado su asqueroso y despreciable cogote en el mismo instante en que lo capturé.

Las mujeres seguían boquiabiertas, un poco por la información revelada y otro tanto por el léxico que había utilizado Guadalupe Victoria. Sofía recordaba al hombre culto y afable, de lenguaje pulcro. El ambiente costeño y serrano lo había convertido en un hombre lépero… Los galones de general, sacados de quién sabe dónde, le habían caído muy mal en el ego. Miguel volteó a ver a Sofía, hasta que ella se dio cuenta de que era escrutada por su amado y evadió su mirada. No podía actuar de otro modo hasta estar segura del papel que jugaba Miguel de Montellano en aquel embrollo.

Por fin Sofía se puso de pie dispuesta a pedir explicaciones. A estas alturas de su vida, con 22 años, curtida en la batalla y probada en los amores, su belleza era simplemente insultante y su presencia arrasadora… Y aunque no utilizara el rudo vocabulario de don Guadalupe, todos temían a sus malos humores. Así pues, habló sin que nadie, ni el propio general, pudieran evitarlo:

—Aceptado, nunca confié en Rosains desde que lo encontré en Oaxaca; pero este movimiento es un caos: los que eran hermanos de la causa hace un año hoy se están matando entre sí. Usted, Miguel Fernández… Guadalupe… o como prefiera llamarse, está irreconocible…

Tarsicio se levantó de su asiento como impulsado por un resorte. No había hablado durante toda la reunión; pero ahora no podía tolerar que nadie, fuera quien fuera, y sin importar la belleza que derramara, le faltara al respeto a su general al referirse a él con tanta confianza y omitiendo su título.

Antes de que pronunciara sus palabras, que el general sabía que serían más altisonantes que las suyas, Victoria lo detuvo con la mano asiéndole el hombro y animó a Sofía a continuar.

—La última vez que lo vi, era usted un educado teniente, erudito

y heroico. Dice que fue ascendido a teniente coronel por el hombre que usted mismo aprehendió y a quien casi mata. Ahora pretende ser general. ¿Le robó el título a su superior, o simplemente se lo adjudicó al puro estilo de déspotas como Hidalgo o López Rayón, quienes se hacen llamar capitán general, jefe supremo… o algo parecido?

Guadalupe Victoria sonrió y caminó hacia Sofía Guillén; la tomó delicadamente de los hombros, acercándose a pocos centímetros de ella; más allá de la distancia que Miguel consideró necesaria. Se quedó viendo a la hermosa mestiza en silencio, durante varios segundos… más de los que también Miguel estimó inexcusables. Victoria acarició el cabello de Sofía y la tranquilizó con la mirada.

—Hace tres años pediste mi ayuda, niña, y entonces te dije que siempre podrías confiar en mí. Eso no ha cambiado. Ahora te digo que yo sólo puedo confiar en ustedes, los que están presentes aquí… Y en el general Guerrero, de quien lamentablemente estoy aislado. Él quizá sea más valiente que yo, pero no siempre es tan listo. Las explicaciones que pides son muy válidas. Pero recuerda esto que te voy a decir: por mi cuenta corre que la muerte del Generalísimo Morelos, de tu padre José María, no haya sido en vano. Él proclamó una república. Yo te juro que mi batalla no terminará hasta que tengamos una república donde todos seamos iguales. De esta manera José María Morelos tampoco habrá muerto.

Victoria se separó de Sofía, Miguel respiró aliviado, Inés no quitaba sus ojos del general y Tarsicio se mantenía en su posición defensiva. Sofía tomó asiento y Victoria hizo lo propio.

—Antes que nada —dijo el general— tenemos que ponernos al día, ya que lamentablemente casi no he tenido tiempo de atenderlos como es debido desde que llegaron. Inés no sabe nada de mí ni yo de ella, nadie conoce a Tarsicio, noto a Sofía muy distante de Miguel y a Miguel muy distante de todos. Desconozco lo que pasó con ustedes desde que nos vimos por última vez, cerca de Valladolid, tras aquella terrible derrota. Guardo los papeles que alguna vez me dio a leer Sofía y he investigado sobre el particular. Ustedes recorrieron gran parte de Michoacán en busca de respuestas, y ahora estamos aquí, con la noticia de que yo mismo he tomado preso a Rosains y de que soy el general Guadalupe Victoria. Así pues, les pido que nos sentemos y hagamos un recuento sereno de los últimos dos años. Sólo entonces podremos tomar decisiones.

Sofía se tranquilizó, Inés se sintió aliviada, Miguel parecía incómodo… En contraste, Guadalupe Victoria parecía de un ánimo excelente. Dio unas palmadas y algunos de sus pintos entraron al

salón con platos y vasos, Victoria se sirvió un buen pedazo de tasajo y convidó a todos a servirse lo que quisieran. Y como no se pueden contar historias con la garganta seca, mandó traer vinos de frutas y aguardiente, no obstante que él casi no bebía alcohol.

—Y bien —dijo con una gran sonrisa el general—, como los veo poco entusiasmados, comenzaré yo por ofrecerles algunas explicaciones, para que mi querida Sofía esté tranquila. Espero ganar su confianza y que también ustedes me cuenten su historia.

Miguel reaccionaba con cierto recelo siempre que el general Victoria se acercaba a Sofía, o la tocaba, o clavaba su mirada en ella; incluso cuando se refería a ella con dulzura. Cierto que su relación no era buena, pues legal y religiosamente ni siquiera eran marido y mujer, que los prejuicios y los rencores seguían minando esa tentativa de relación, que sólo se reactivaba durante algunas horas, de vez en vez, cuando los instintos de ambos coincidían en tiempo y lugar… Pero Miguel de Montellano no dejaba de pensar que poseía algún privilegio de exclusividad sobre la mujer por quien asesinó a su propio padre.

En el fondo sabía que sus reticencias eran injustificadas, pues confiaba en Guadalupe Victoria. Ante el silencio de todos, el general continuó:

—Seré breve: el Generalísimo Morelos otorgó al desgraciado de Rosains el título de general en Chilpancingo, porque se dejó endulzar el oído por la lengua viperina de ese infame lamebotas. Pero Rosains siempre fue un traidor, que condujo al mejor ejército que había tenido la insurgencia a la peor de sus derrotas; dio al Generalísimo los peores consejos, y precipitó la muerte de Matamoros y de Galeana… porque era un pinche infiltrado de Calleja.

El general hizo una pausa para evaluar reacciones: Miguel permanecía con la mirada perdida sin denotar ningún tipo de emoción, mientras Sofía mostraba interés en el discurso de Victoria y escrutaba su rostro intentando entender con qué hombre estaba tratando… Un traidor más como todos los malditos insurgentes o el hombre íntegro que recordaba. No sabía qué pensar, ni cómo reaccionar, ni si debía otorgar el beneficio de la duda al hombre que, no podía negarlo, la había ayudado incondicionalmente años atrás.

Inés no quitaba la mirada de los ojos del general, a quien conocía muy poco; pero parecía que las ideas del guerrillero eran lo último que le interesaba. Victoria continuó su relato:

—Rosains guió equivocadamente al Generalísimo, y luego lo

obligó a abandonar a su suerte a Galeana y a Matamoros. Tras la derrota lo envió, a petición suya —porque el cerdo quería huir de la escena del crimen—, a Veracruz, y yo recibí la orden de sumarme a sus tropas para vigilarlo de cerca. En efecto, Sofía preciosa, él me concedió el grado de teniente coronel, con la intención de mantenerme al margen mientras el muy cabrón atacaba a Bravo y a Rayón, y con su asquerosa labia llenaba de ambición al imbécil de Manuel Mier y Terán.

Sofía lo interrumpió, mucho más tranquila, pero siempre con su actitud retadora, fiel a su carácter, para tratar de entender si a don Guadalupe Victoria lo movía la aparente lealtad al proyecto del padre José María, o sus rencores personales, conocidos por todos, hacia algunos insurgentes.

—Señor Victoria, Manuel Mier y Terán siempre fue hombre de confianza del padre José María, se ganó a pulso sus galones de general, dominaba la zona de Puebla. Por eso el padre Morelos decidió llevar el Congreso a Tehuacán, para que lo protegiera Mier y Terán… quien, por otro lado, tiene conflictos personales con usted desde hace tiempo.

Victoria sonrió y miró tiernamente a Sofía.

—Mira, mi niña; Mier y Terán ganó en batalla todos sus grados, no lo niego. Pero ese maldito niño arrogante fue el que lapidó las ideas del Generalísimo. Y no, no me mueve contra él el hecho de que el muy imbécil se burle de que yo haya cambiado mi nombre a Guadalupe Victoria, ni tampoco el hecho de que el muy ignorante se mofe diciendo que él se llamará Américo Triunfo… Allá él y sus pendejadas… No sabe nada. No sabe cuál fue la intención de cambiarme el nombre; no entiende el significado simbólico de mi nuevo apelativo, que nada tiene que ver con la Virgen…

El general calló súbitamente. Su declaración sorprendió a Sofía. La fe guadalupana de Morelos había flaqueado tras los descubrimientos en La Rodilla del Diablo; pero la devoción de quien se llamara Miguel Fernández y Félix era conocida por todos, al igual que el episodio en la toma de Oaxaca, cuando el guerrillero decidió cambiar su nombre.

Por el silencio y la mirada de Sofía, Victoria comprendió que había hablado de más al decir eso último, así que no perdió el tiempo y continuó su discurso antes de que alguien lo cuestionara.

—Ya habrá tiempo para hablar de eso más tarde. El punto principal de este asunto es que mis conflictos con Mier y Terán no son personales. Él pudo salvar al Generalísimo, pero permaneció como si nada en Tehuacán, coludido con ese malnacido de Rosains.

No sólo no ayudó a Morelos, sino que además, en cuanto el maltrecho Congreso llegó a Tehuacán, escoltado por Nicolás Bravo, dispuso su disolución. Tal vez no sea un traidor… pero sí fue lo suficientemente imbécil como para dejarse engañar por un traidor como el infeliz de Rosains.

Sofía no pudo evitar voltear a mirar a Miguel de Montellano, quien sintió los ojos escrutadores de su amante, pero se mantuvo con la vista fija en el general Victoria. Sofía Guillén no sabía qué pensar y dejó escapar una furtiva lágrima de duda. ¿Había sido tan tonta como para dejarse engañar por un traidor?

El general Victoria se acercó a ella, se inclinó y con ternura limpió la lágrima que ya rodaba por su mejilla. Nuevamente Miguel se sintió incómodo cuando Victoria se acercó tanto al rostro de Sofía, a su oído, en el que le susurró algo que aquél fue incapaz de escuchar.

Victoria volteó a ver a Miguel y le dijo:

—No sufras en vano echando a volar tu imaginación.

Acto seguido se puso de pie y mientras caminaba hacia su lugar de honor en la mesa se apresuró a concluir su relato:

—Cuando el hijo de puta de Rosains comenzó a atacar a otros insurgentes con más saña que a las tropas realistas, mis sospechas quedaron disipadas: era un maldito traidor. Por eso desconocí toda su autoridad, al igual que lo hicieron sus tropas y las mías, que de inmediato me dieron el título de general por aclamación popular.

Volteó en seguida a ver a Sofía, adivinando lo que efectivamente estaba por suceder. Vio su cara de duda y la impugnación a su relato a punto de salir de su boca. Pero la detuvo con la mano y se apresuró a continuar con la historia de su ascenso.

—No lo digas, pequeña Sofía. Sé muy bien que un título ofrecido por una multitud enardecida es absolutamente inválido. Y ése era el caso de mis tropas. En noviembre del año pasado, después de la captura del Generalísimo, me dirigí a Tehuacán para aplastar al maldito Rosains, a quien tengo lo más aislado que puedo, y para exigir al timorato de Mier y Terán que saliéramos en defensa de Morelos. Pero el muy cabrón, envenenado de ambición por Rosains, ya estaba planeando cómo eliminar al Congreso y asumir el mando que dejaría la ausencia del Generalísimo. Esa maldita rata ya saboreaba la muerte del Siervo de la Nación para asumir su lugar y por eso ordenó arrestar a los diputados del Congreso. Yo traté de ayudarlos pero fue inútil. Los diputados del Congreso por el que José María Morelos dio la vida, fueron encarcelados en Tehuacán por el propio Manuel Mier y Terán… quien al final de cuentas es

otro hijo de puta que sólo busca su beneficio.

Sofía, Inés y Miguel no dejaban de ver a Guadalupe Victoria. No daban crédito a todo lo que escuchaban. Cinco años del movimiento de Morelos se habían desmoronado en unos días, no por causa de Calleja o de las autoridades, sino por las traiciones y la ambición de poder en el seno de la insurgencia. Lo que siempre sostuvo Miguel, lo que siempre temió el propio Morelos.

Sofía estaba desconsolada. Por lo visto era estúpido ser idealista en un país lleno de traidores; por lo visto sus dos padres, el real y el adoptivo, habían sacrificado sus vidas por un pueblo que no lo merecía, y por una causa imposible.

—Nicolás Bravo tiene dos mil hombres —continuó Victoria— y los utiliza para defenderse de los ataques de los tres mil hombres que ha logrado juntar López Rayón, quien se autodenomina Jefe Máximo y de nuevo lucha en nombre de Fernando VII. El general Vicente Guerrero está ocupado en el sur tundiendo a los gachupines en Acapulco, con unos dos mil hombres y sin posibilidades de salir de la sierra; Rosains resultó una rata rastrera; Andrés Quintana Roo está perdido con su mujer, buscando el indulto, sin duda alguna, y el cabrón de Mier y Terán destruyó el Congreso Americano creado y defendido por Morelos. La última acción de ese Congreso, Sofía, en quien el Generalísimo depositó la soberanía y el liderazgo del movimiento, fue ratificarme con el rango de general que me concedieron las tropas. Soy, pues, con todas las de la ley, el general Guadalupe Victoria.

Guadalupe Victoria no era un hombre corpulento ni de gran tamaño, pero así como estaba, vestido de militar, con su sable al cinto, sus galones obtenidos en batalla, pero ante todo con aquella actitud de seguridad absoluta, de quien es capaz de profetizar un final que conoce de antemano, con ese aplomo mezclado con arrogancia y con un tono de voz lleno de sinceridad, parecía un gigante. El general levantó la mano hacia el cielo y acto seguido golpeó la mesa.

—Por esa razón, frente a la traición y a la mentira, juro ante ustedes que vencerán nuestros ideales. No me importa ser el único hombre que luche para que esta historia no termine hasta que los ideales de José María Morelos se hagan realidad. Ésta es la palabra de Guadalupe Victoria.

El principio del fin

1

Europa/Nueva España.

1812-1815

El año 1812 fue otro nudo de la historia, que a veces parece compañera inseparable del azar. En aquella época Morelos se colmaba de glorias al mismo tiempo que se preparaba su caída. También fue el año en el que Napoleón cometió el error de su vida: la invasión de Rusia. El emperador aprovechó que Inglaterra se había involucrado en una guerra del otro lado del mundo contra Estados Unidos, pero no contaba con que a la estrategia rusa de tierra arrasada se sumaría el invierno más crudo de las últimas décadas.

Ese mismo año su hermano José comenzó su retirada de España,

lo que influyó en la vida de Napoleón y en el curso de la independencia novohispana. El azar y la historia son compañeros inseparables: un caos total termina por regir el devenir de hombres y naciones y lo que ocurre en un rincón del planeta puede afectar a otro de manera inesperada.

Aquel conflicto comenzó años antes. Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses y de casi toda Europa, tenía una obsesión que lo obligaba a pensar con las vísceras: derrotar a Inglaterra; pero también poseía el conocimiento certero de la imposibilidad de invadir la isla… Por eso había decretado un bloqueo comercial continental desde 1803. Nadie en Europa podría comerciar con Inglaterra.

En el siglo XIX Portugal era un apéndice de Europa que en la práctica fungía como un protectorado británico. Por eso el reino de los Braganzza siguió realizando un intercambio comercial con los británicos. Y ésa fue la causa por la que el gran Napoleón intentó conquistar Portugal en 1808, pasando por España, en paz y en tranquilidad, después de negociar con el rey.

El problema es que nadie sabía quién era el rey de España, ya que padre e hijo se arrebataban la corona con las uñas. Por esa razón el francés decidió conseguir las abdicaciones de ambos monarcas, ceñir con la corona la cabeza de su hermano José y de ese modo incorporar a una España a la que, estaba seguro, controlaría en un mes. Fue un gran error de Bonaparte ningunear al español, pues España ya era un país insignificante en el juego de potencias, pero con el mismo orgullo que cuando fue conquistadora del planeta. España jamás se rindió y su actitud minó lentamente al emperador.

A miles de kilómetros de España, el zar Alejandro de Rusia era amigo de Napoleón. Claro, un amigo en la política es tan confiable como un juicio de la Inquisición. Rusia vivía de sus recursos naturales, y el país más industrializado de Europa, Inglaterra, era la nación que más le compraba sus productos a la primera, la cual finalmente restableció su comercio con los británicos. Napoleón, que no pudo aleccionar a los Braganzza de Portugal, quienes tuvieron tiempo de irse a Brasil, tenía que imponer su autoridad sobre el zar Romannov, a riesgo de perder su poder.

De esa manera en 1812 cometió el error que significó el principio del fin. Una historia impecable de éxitos se convirtió en dos años de derrotas, como consecuencia de una mala decisión. Ese mismo año, del otro lado del mundo, el general admirado por Napoleón también estaba a punto de cometer el error que, tras tres

años de victoria, precipitaría el principio del fin.

Mal aconsejado por su gran ego, Napoleón decidió llevar a cabo una acción imposible: invadir Rusia. En junio de 1812 salió de Cracovia con 500 000 soldados, el ejército más grande que había caminado por Europa… En diciembre de ese año, Napoleón regresó a Polonia con 30 000 hombres, si a eso que llevó consigo se le podía llamar hombres: volvió con 30 000 cadáveres vivientes, moribundos por el hambre y el frío.

Es tan curioso el azar, que incluso Rusia se vio involucrada en lo que acontecía en la Nueva España, ya que tras la aplastante derrota sufrida a manos del zar y del invierno, el emperador tuvo que llevarse tropas de la Península Ibérica para reforzar Francia… Eso fue todo lo que necesitaron los patriotas españoles para ganar su guerra de independencia. Y eso, evidentemente, cambió toda la situación en América. En 1815, Calleja contaba ya con unos 80 000 soldados disciplinados que llegaron de España una vez que fue derrotado Bonaparte, contra unos 8 000 insurgentes que se hallaban escindidos en la Nueva España.

Mal aconsejado por Rosains, en 1812 Morelos perdió mucho tiempo en asediar Acapulco, y comenzó a planear el ataque a Valladolid, en diciembre de aquel nefasto año. Prácticamente al mismo tiempo comenzó la debacle de esos dos pequeños gigantes. Como consecuencia de una sola mala decisión, las carreras gloriosas y triunfantes de Napoleón Bonaparte y de José María Morelos comenzaron su caída sin fin. Napoleón ninguneó a España… Morelos también. Los dos sucumbieron. Ambos comenzaron su debacle entre diciembre de 1812 y 1813. Valladolid fue la Rusia de José María Morelos.

2

Las Cortes de Cádiz

Miguel Ramos Arizpe fue uno de los hombres que vivió de cerca la historia europea que afectó directamente a Nueva España. Nació en las abandonadas provincias internas de Coahuila, en un poblado llamado San Nicolás, en febrero de 1775. Como muchos hombres con aspiraciones intelectuales, ingresó al seminario, en Monterrey, y más adelante a la Universidad de Guadalajara. Se graduó como doctor en filosofía, en cánones y en leyes civiles… Fue uno de los hombres más ilustrados de la Nueva España.

Precisamente por su gran capacidad intelectual, fue enviado a Cádiz en 1810 como integrante de las cortes que la Junta de Sevilla decidió convocar en 1808, tras el vacío de poder que había dejado el encarcelamiento de Fernando VII, a quien comenzaron a llamar el Deseado. Fue un hecho sin precedentes que la absolutista España convocara a representantes de todos sus territorios, pero ocurrió precisamente porque el absolutista monarca estaba ausente y aprovechando esa coyuntura los liberales constituyeron el poder provisional.

Ramos Arizpe participó como representante de las provincias de la Nueva España de 1810 a 1814 y fue uno de los diputados que, en 1812, promulgaron la Constitución de Cádiz, el Día de San José; por lo que dicha Carta Magna fue cariñosamente bautizada como "La Pepa". Por esas eternas contradicciones de la vida, el nombre del usurpador, José Bonaparte, estaba vetado incluso al mencionar a la Sagrada Familia; sin embargo, la Constitución emanada del hecho de que José Bonaparte usurpara el trono se llamaba como él: La Pepa. Gracias a Pepe, los españoles liberales promulgaron La Pepa.

Ahí en Cádiz, en 1812, Ramos Arizpe proclamó esa Constitución, que convertía los dominios americanos en reinos confederados en igualdad de condiciones ante la Corona. Desde Cádiz, don Miguel vio cómo era invadida España, presenció de cerca la sangrienta guerra de independencia y recibió con disgusto la noticia del levantamiento del cura de Dolores y su continuación en manos de Morelos. De hecho, fue un tenaz enemigo del movimiento de independencia, justamente en los tiempos en que la nueva Constitución los haría reinos iguales y hermanos.

Ahí en Cádiz fue testigo del encumbramiento de Napoleón Bonaparte, desde donde también presenció su caída; conoció las noticias del frente ruso y vio cómo, gracias a esa tragedia para los franceses, las tropas invasoras dejaban la península y los patriotas iban ganado cada vez más espacios. Don Miguel Ramos Arizpe, por medio de su constante correspondencia con Nueva España, se encargó de que muchas noticias llegaran suficientemente

adelantadas al virreinato.

Claro que no era don Miguel el único americano, aunque sí uno de los más destacados, entre decenas de representantes del Nuevo Mundo agrupados en España para hacer una Constitución. Lo anterior generó una situación extraña ya que, casi sin importar su tendencia ideológica, los diputados de la Nueva España y sus provincias no iban a defender o a exigir la independencia, sino a tratar de construir un Gran Imperio Hispano, con Fernando VII a la cabeza, como rey de reyes —papel que le quedaba grande a ese fanático del bordado y el pollo frito—, y un rey de la dinastía Borbón en cada reino hispano del resto del mundo. Es decir, buscaban autonomía dentro de una gran confederación de reinos.

A todos estos diputados, en general, les molestaba el movimiento de Morelos por su carácter republicano. Así pues, el Siervo de la Nación tenía aliados y enemigos a ambos lados del océano. Los diputados estaban situados en las cámaras según su lugar de origen, por lo cual los novohispanos se sentaban juntos y podían distinguir que incluso entre ellos había diferencias ideológicas.

Los representantes de la Nueva España, que era el nombre que le daban a la zona del centro del territorio, eran más conservadores y estaban representados por José María Cuoto Ibea, mientras que los representantes de provincias lejanas eran más proclives a la autonomía, y precisamente era Ramos Arizpe quien representaba su postura.

Por su parte, José Cayetano Foncerrada representaba al reino de Michoacán y simpatizaba con el movimiento fernandista de Ignacio López Rayón, a quien desde junio de 1812 pudo adelantar una noticia que atravesó el océano:

Los franceses van en retirada, el Deseado volverá tarde o temprano y jamás tolerará una postura independentista. Lo mejor es seguir apoyando la causa de representar a Su Majestad en la Nueva España. Ese cura y los demás serán traidores, incluso rodarán cabezas liberales en estas cortes. FONCERRADA .

La postura del michoacano era clara y en consonancia con la de su paisano: oponerse a la independencia absoluta y convertirse en los nuevos líderes de un reino bajo la soberanía de Fernando VII. José María Cuoto, diputado por la Nueva España, se mostraba más conservador y defendía la idea de dejar las cosas como estaban, con un gobierno central desde la Ciudad de México que dominara todas las provincias… Eso sí, en manos de criollos. Como siempre, cada quien su conveniencia.

Las ideas y las discusiones en la sesión iban y venían entre los diputados de la Nueva España, del sur América, de Filipinas y, desde luego, de España. Más allá de discrepancias y desavenencias, todos, europeos o de ultramar, eran hombres lúcidos, muy por encima del rey al que pretendían representar y quien en su momento jamás entendió la calidad del texto constitucional que habían preparado sus súbditos. También, más allá de toda discordia, había una idea fundamental en la que estaban de acuerdo todos: convertirse en un Gran Imperio Hispano, cuyos reinos fueran iguales.

Juan de O'Donojú y Ryan, un español liberal y masón de ascendencia irlandesa, que había luchado contra los franceses, fue capturado por el general Murat, pero finalmente logró escapar para llegar a Cádiz e integrarse a las cortes; fue un hombre que tuvo el honor de proclamar el primer artículo de la Constitución de Cádiz, el cual versaba sobre el proyecto que hispanos de ambos lados del Atlántico traían entre manos:

La nación hispana es la reunión de los españoles de ambos hemisferios.

Juan José Guereña y Garayo, criollo de la provincia de Durango, destacado por su postura en contra de la Inquisición, estaba sentado junto a Miguel Ramos Arizpe y al lado del sacerdote José Miguel Gordoa, de Zacatecas. Tenían en común el habitar en el norte de la Nueva España, al que el gobierno de la capital nunca prestaba atención y tenía abandonado a su suerte en manos de bandas de delincuentes y salteadores de caminos. Guereña se acercó a sus compañeros al mismo tiempo que O'Donojú seguía con un discurso.

—En eso estamos de acuerdo, don Miguel; queremos ser parte de una gran nación hispana global; pero debemos defender nuestra independencia, no respecto de España y de su rey, sino de la propia Nueva España y de sus autoridades incompetentes. Es vital crear el virreinato del norte de América. El norte debe independizarse del gobierno de la Ciudad de México.

Don Miguel Ramos esbozó una sonrisa, dio una palmada en la espalda de Guereña y miró a José Miguel Gordoa.

—Evidentemente, pero debe hacerse con apego a la ley… A las nuevas leyes. Por eso mi propuesta en estas cortes es la creación de los municipios libres y autónomos en las provincias con más de mil habitantes. Eso incluye tanto a la zona de Durango, mi estimado don Juan José, mi propia provincia, como a Zacatecas, donde, con su excelencia Gordoa, contaremos incluso con una arquidiócesis. Con esta ley no sólo debilitaremos el poder de la aristocracia

peninsular, sino que lograremos, en efecto, que el virreinato de la Nueva España tenga su frontera en el Bajío y dé oportunidad al surgimiento del virreinato del norte de América.

Arizpe señaló a un diputado que estaba sentado lejos de ellos:

—También contamos con el apoyo de don Miguel González Lastiri, quien finalmente vela por los intereses de Yucatán, cuyos habitantes desean caminar separados de la Nueva España. Claro que enfrentamos dos amenazas; por un lado, a los diputados centralistas que representan a la Nueva España, como don Francisco Murilla, José Ignacio Beye de Cisneros y Salvador de San Martín; pero más peligroso aún es el movimiento de independencia total que sigue creciendo en América en manos de José María Morelos. Nada de lo que hayamos logrado aquí servirá si ese hombre comete el error de separarnos del resto del imperio.

—Por eso no debe preocuparse, don Miguel —dijo Guereña—; mantengo contacto con la Nueva España y sé de buena fuente que en realidad no existe un movimiento unido. Mientras el cura rebelde de Carácuaro pugna por la independencia total y por la erección de una república, al estilo de los invasores franceses, mi paisano, don Ignacio López Rayón, se mantiene y se mantendrá en una postura en pro de Fernando VII, y estoy seguro de que su movimiento será el triunfante.

De ese modo en 1812, mientras José María Morelos planeaba la independencia total respecto de España, con carácter republicano, Ramos Arizpe y otros diputados en Cádiz propugnaban por una Constitución que acercaba a la Nueva España, más que nunca, a la Corona española. Particularmente, Miguel Ramos Arizpe, con la ley del ayuntamiento y el municipio libre, buscaba en el territorio americano la consolidación de un poder local criollo que incluía un ataque directo a los derechos de la aristocracia peninsular, arraigada en la Ciudad de México, de la que pronto también esperaban separarse.

Mientras el Siervo de la Nación proclamaba la república y desconocía la autoridad de Fernando VII, Ramos Arizpe abogaba por reconocer al monarca, pero en el seno de un nuevo concepto: una Federación de Reinos Hispanos y un nuevo virreinato del norte de América. De ahí que viera con buenos ojos movimientos como el de López Rayón y repudiara la guerra del Generalísimo.

3

En julio de 1812 Morelos seguía intentando tomar el puerto de Acapulco en la Nueva España. Y al mismo tiempo que Napoleón se adentraba en territorio ruso, las Cortes de Cádiz habían elaborado una Constitución en un reino que no tenía rey; el inglés duque de Wellington, al frente de un ejército anglohispano instalado en Portugal, derrotaba a los franceses cerca de Salamanca y dominaba el sur de España, con lo cual las cortes quedaron a salvo, y Pepe Botella salía huyendo de Madrid para ocultarse en Francia.

En efecto, todo indicaba que el regreso de Fernando VII el Deseado ocurriría tarde o temprano; y ya con un rey aposentado de nuevo en su trono, las posturas fernandistas de los criollos americanos tal vez tendrían apoyo, mientras que cualquier otra idea, incluida una insurrección abierta como la de Morelos, sería considerada una traición.

Así pues, en 1812 se habían instituido las cortes en España, el rey usurpador francés escapaba del país y el Deseado, Fernando VII, seguía preso en París. A finales de ese año las tropas francesas comenzaron a salir de España para recomponer el ejército de Bonaparte. Lentamente los patriotas comenzaron a recuperar su país, y las tropas españolas, que antes atacaban a los franceses, eran enviadas a la Nueva España para reforzar al ejército virreinal.

Guereña y Ramos Arizpe pudieron comunicar esas y otras noticias a aliados como Ignacio López Rayón, quien para septiembre de 1813, cuando se celebró el Congreso de Chilpancingo, en el que Morelos proclamó la independencia total, ya sabía que en España había sido derrotado Napoleón y que no tardaría en volver Fernando VII. De ahí su decisión de no reconocer el movimiento de Morelos. Desde entonces, López Rayón era un fernandista declarado, aliado del proyecto de Arizpe. Y el proyecto del Generalísimo significaba un escollo para sus aspiraciones.

Pero López Rayón no era el único que recibía noticias desde el otro lado del océano. Por órdenes de Morelos, Guadalupe Victoria ya sabía lo suficiente como para tener contactos en diversas partes del mundo, desde corsarios en Nueva Orleáns hasta emisarios desconocidos en la propia España.

Por medio del pirata estadounidense Peter Ellis Bean, mantenía comunicación con el Viejo Mundo, donde pudo establecer correspondencia con dos hombres diametralmente opuestos: Héctor María Pignatelli de Aragón y José Antonio Mancilla de Teruel. El primero fue una decepción, pero el segundo mantenía informado a

Guadalupe Victoria, a través de su corsario, de los acontecimientos más importantes del mundo, con tal velocidad que a veces parecía que las noticias llegaban incluso antes que los eventos. De esa manera Victoria tenía a José María Morelos tan informado como López Rayón.

Peter Ellis era un coronel estadounidense venido a menos y convertido en pirata, que pasó varios años de su vida preso por los españoles, pues se dedicaba al robo de caballos en Texas, entonces bajo dominio español; por lo cual las autoridades norteamericanas decidieron encarcelarlo en el fuerte de San Diego, de donde fue liberado en 1811 para apoyar a los realistas contra Morelos.

Pero Peter Ellis era un hombre de lealtad, así es que a la primera oportunidad se unió a las tropas del Generalísimo, colaboró en la toma de Acapulco y en la rendición del fuerte de San Diego, y desde entonces se volvió un incondicional del Morelos, un tanto por gratitud, y otro poco por la revancha que al parecer es común a todos los piratas.

Tras la desastrosa derrota de la insurgencia en Valladolid, Ellis dejó la tierra para volver a su elemento, el mar, y actuó como contacto entre la insurgencia y los Estados Unidos, y más adelante con Europa. De pronto los insurgentes contaban en sus filas con piratas que luchaban por la libertad, tal como había hecho Guillén de Lampart siglo y medio antes.

Ellis luchó por los insurgentes y fue leal a Morelos; pero como estadounidense apoyó a su propio país en una guerra que comenzó en 1812, cuando Inglaterra intentó la reconquista de sus antiguas colonias. Gracias al pirata norteamericano hubo un contacto permanente con el puerto de Nueva Orleáns. La dinámica era difícil, pues la insurgencia dominaba la costa del Océano Pacífico y el contacto con los norteamericanos debía establecerse por el Océano Atlántico, lo cual implicaba viajar a Panamá, cruzar por tierra y abordar otro barco en el otro océano. Por eso era fundamental dominar algún puerto en el Golfo de México, lo cual finalmente logró Guadalupe Victoria cuando tomó el puerto de Nautla.

Héctor María Pignatelli de Aragón era, desde 1800, nada más y nada menos que duodécimo marqués del Valle, el título nobiliario que alguna vez ostentó el mismísimo Hernán Cortés. Aunque dicho título sólo permaneció en la familia en descendencia directa hasta la muerte del biznieto del conquistador, don Pedro Cortés de Ramírez y Arellano, recorrió las ramas del árbol genealógico hasta emparentar con familias tan antiguas como el linaje original de Fernando el Católico, o de riqueza y poder como los Medici. No era,

pues, un descendiente de Cortés, pero sí el heredero de su legado.

También en el sur de España vivía Juan Antonio Marcilla de Teruel, décimo conde de Moctezuma, quien era descendiente en línea directa del último gran señor azteca. En tiempos de la conquista, Isabel de Moctezuma, hija del *tlatoani*, se casó en quintas nupcias con Pedro Andrade, de quien tuvo un hijo, Pedro Andrade de Moctezuma. Este Pedro Moctezuma había viajado a España en tiempos de Felipe II, donde se le concedió la nobleza, el título de conde de Moctezuma y, más aún, la más importante de las caballerosidades españolas: la Grandeza de España.

Noble como era, y Grande de España, nada lo ataba a la tierra de sus ancestros, por lo que permaneció en la península, donde su descendencia conservaba el título de conde de Moctezuma, pero lo ocultaban.

Como enviado de Guadalupe Victoria, Ellis logró obtener audiencia con el conde Moctezuma. Peter Ellis Bean, pirata como era, siempre había pensado que no había nada más bajo que ser pirata… hasta que conoció al señor conde.

—El general Morelos y el teniente Victoria no piden casi nada de usted —aseveró el pirata—. No dinero, desde luego; pero sí le piden su ayuda para su guerra libertaria. Todo lo que necesitan es información de lo que ocurre en las Cortes de Cádiz, y usted, como grande de España, tiene libre acceso a las sesiones. No se lo pedirían si no supieran que usted es descendiente directo, en duodécima generación, del gran señor Motecuzoma. Le piden algo sencillo por la libertad de la tierra de sus antepasados.

Poco derecho tenía Ellis de juzgar a las personas, pues él era un atracador de barcos; aunque sólo atacaba navíos que saqueaban la riqueza americana y la llevaban a Europa y regía su conducta bajo el adagio aquel del perdón que tiene el ladrón que roba a un ladrón. Con parte del dinero que hurtaba apoyaba una causa justa, como era la de Morelos y Victoria… Y respetaba el viejo código de honor de los Hermanos de la Costa: la ley de los piratas.

Pero al conde de Moctezuma, al fin y al cabo español, le dio asco y repugnancia la petición de Ellis. Era peor que un pirata: un vil y vulgar vividor afeminado y codicioso sin más interés que embellecer los tapices de su palacio y esperar la muerte sin tener que vivir la penosa experiencia del trabajo.

El conde aspiró su pipa morisca y habló mientras escupía humo en la cara del pirata norteamericano:

—Yo no sé nada de aquel lugar ni me interesa América. Hasta donde entiendo, mi ancestro se rindió ante don Hernán Cortés, y el

propio nieto de Monte… como se pronuncie su nombre… viajó a España a ennoblecerse y prefirió la tierra de sus conquistadores.

El pirata miraba con asombro al señorito conde, que no sabía ni pronunciar su título nobiliario y expiraba el humo al ambiente, que ya tenía el hedor de su codicia.

—Como puede ver —prosiguió el conde—, no me falta nada. Y todo esto se lo debo a España. Mire, en 1590, su majestad Felipe II ordenó que a la descendencia de ese emperador derrotado se le pagara una pensión anual de 150 000 ducados de oro, en compensación por haber levantado la Ciudad de México en lo que supuestamente eran nuestras tierras. No, señor, no conozco América ni me interesa. Y menos aun su independencia. Mientras aquellos territorios sean propiedad de la Corona, mi familia seguirá viviendo de esa pensión, que es lo único que perseguimos. Mi causa es el dinero… Usted mejor que nadie debería de entenderlo: un pirata tampoco trabaja.

Peter Ellis Bean supo entonces que había algo más bajo que ser pirata: ser un desagradecido mantenido que vivía a expensas de los recursos del pueblo sin importarle nada más. Él era un pirata, cierto, pero navegar por el mundo era un trabajo más difícil que permanecer todo el día en un asiento sin hacer nada de provecho para nadie. No tenía caso seguir allí. Se levantó sin decir palabra y sin volver a dirigir una mirada al conde. Sólo una frase cruzó por su mente: “Little bastard son of a bitch”.

Tras esa experiencia, poco esperaba el pirata de otro marquesito, dueño de una nobleza que no le costó pues la había heredado, y que no tenía vínculo alguno con América. Sin embargo, se sorprendió de que el propio marqués del Valle ofreciera trasladarse de su residencia en Villuercas, Extremadura, para entrevistarse con Ellis en el puerto de Cádiz.

—Hace tiempo que el título de marqués del Valle es simbólico, pues no representa ni tierra ni rentas, sino sólo algunos privilegios en esta España tan medieval —comenzó por explicar el marqués don Héctor María—. Los propietarios de este título no llevamos la sangre de don Hernando Cortés, pero sabemos que a él le debemos lo que somos. Muchos propietarios de este título respetamos y nos enorgullecemos de un hombre tan valiente y tan caritativo como fue Cortés, a quien Dios tenga en su gloria, ya que la historia no lo ha reconocido.

El pirata Peter Ellis no daba crédito a la paradoja: un descendiente directo de los mexicas antiguos despreciaba con desparpajo la causa libertaria, mientras que un hombre que ya tenía

más de italiano que de español y cuya relación con Hernán Cortés era meramente simbólica, se mostraba interesado por la causa.

—Valiente y caritativo no son precisamente los adjetivos que en América usan para referirse al conquistador —se atrevió a decir el pirata.

—Claro, claro… comenzando porque lo consideran *conquistador*. Ese hombre se aventuró a lo desconocido a los 19 años e hizo fortuna; luego, con poco más de 30 años y menos de 500 hombres, se lanzó más allá de los límites de lo desconocido y conquistó el imperio más poderoso de América. No encuentro un adjetivo mejor que *valiente* para describir a don Hernando. Él fue el creador de ese reino novohispano que hoy busca su libertad… una libertad por la que el propio señor Cortés siempre luchó y por la que incluso se enfrentó a su señor Carlos V. Murió tras legar a sus hijos lo suficiente para vivir y destinó lo demás a hacer obras de caridad en la Nueva España, como la construcción del Hospital de Jesús, donde espero que sus restos descansen en paz.

Ellis se consideraba un hombre ignorante, aunque viajar por el mundo y navegar los mares le había proporcionado cierta experiencia; pero definitivamente, tanto en la Nueva España como en Estados Unidos, jamás había escuchado una versión favorable a la memoria del conquistador. Su asombro invitó al marqués a continuar su relato:

—Y para rematar su historia, ese hombre que amaba a la Nueva España tuvo que presenciar cómo el emperador y la Iglesia destruían su sueño y ni siquiera pudo morir en el que consideraba su país. Una cosa puedo decirle, señor Ellis: la historia no ha hecho justicia al gran Hernando Cortés en ningún lado del Atlántico… Y yo haré lo que esté en mis manos para ayudar al señor Morelos y a Guadalupe Victoria… Pero sólo pido una cosa a cambio: justicia histórica; la Nueva España guarda el legado de Cortés.

Peter Ellis Bean se embarcó en Sevilla con dirección a América. Entendía muy poco de historia y estaba convencido de que había mucho que contarle a don Guadalupe; desde aquella versión novedosa del conquistador de América, pasando por el dato de sus restos, hasta aquella pretensión misteriosa de luchar por la justicia histórica y reconocer el legado de Cortés.

De ese modo la causa americana recibió el apoyo de un pirata norteamericano y de un español italiano heredero de Cortés, el conquistador. Mientras que un descendiente en línea directa del último señor azteca, un señorito afeminado que sólo estaba interesado en recibir su pensión, se había negado a prestar

cualquier tipo de auxilio a la causa insurgente.

De cualquier forma, Peter Ellis llevaba información y buenas noticias para Victoria.

Mientras los insurgentes se mataban entre sí y los llamados liberales novohispanos, como Arizpe, negociaban en Cádiz la incorporación de la Nueva España a la Corona con estatus de reino confederado, Guadalupe Victoria estaba más activo de lo que pensaban realistas e insurgentes, que lo imaginaban como el menos importante de los rebeldes.

De este modo, cuando fue inaugurado el Congreso de Chilpancingo, tanto Rayón como Morelos ya contaban con la información privilegiada de la inminente caída de José I, Pepe Botella, y del próximo regreso de Fernando VII.

Victoria, quien aún como Miguel Fernández estuvo a punto de convertirse en sacerdote, o en abogado de la capital novohispana, ahora era un guerrero con dotes de conspirador, metido en asuntos secretos y utilizando los servicios de corsarios como espías internacionales. ¿Azar o destino?

4
De Chilpancingo a Valladolid.

Diciembre de 1813

Juan Nepomuceno Rosains tenía 31 años cuando se llevó a cabo el Congreso de Chilpancingo; era un abogado poblano mal encarado, que se ufanaba de haber sido quien diera la forma final al ya famoso documento conocido como *Sentimientos de la nación*, cuya redacción original hiciera Quintana Roo.

Era feo, de baja estatura, con un cuerpo deforme. Tenía una cara regordeta, el cabello relamido, las anchas cejas resaltadas, escasa la

frente; le descollaba una joroba, probablemente por la mala postura del abogado que trabaja horas enteras sentado frente a su escritorio; y para colmo, poseía una mirada esquiva. No obstante tanta fealdad, era muy inteligente, un magnífico orador y, ante todo, un hombre elocuente como pocos.

Se sumó a las fuerzas del Generalísimo Morelos en abril de 1812. Poseía una labia proverbial que lo ayudó a que el número de sus seguidores creciera 700 veces en un mes. No era hombre de guerra pero sí un buen estratega, inteligente, seductor. Quizás esas características de hombre ilustrado lo ayudaron a salir de la nada y convertirse en uno de los principales hombres de Morelos en poco tiempo, ante la mirada celosa, pero sobre todo desconfiada, de grandes personajes como Mariano Matamoros y Hermenegildo Galeana.

Ante todo, Rosains sabía cómo agradar a las personas adecuadas. José María Morelos tenía una obsesión que no apoyaba ninguno de sus hombres: tomar el puerto de Acapulco. Ahí comenzó su carrera militar, con una derrota, siempre al lado de Galeana.

Tras el fracaso de Acapulco, Morelos había logrado dominar un territorio libre que se extendía desde las costas de Michoacán hasta Oaxaca, de ahí al norte de Veracruz, Cuernavaca, Tenango, Toluca y gran parte de la intendencia de Michoacán. Prácticamente tenía aislada y amenazada la Ciudad de México desde el sur. Pero no quitaba de su mente la idea de tomar Acapulco.

El Galeón de Manila ya no atracaba en el puerto por causa de la guerra y el comercio era casi nulo, además de que el puerto estaba sitiado. Por eso no era necesario tomarlo, mucho menos invertir tiempo y recursos en una plaza inútil: así se lo dijeron Galeana, Matamoros, Guerrero y Victoria; pero el Siervo de la Nación no hizo caso.

Por otro lado, Juan Nepomuceno Rosains siempre apoyó esa obsesión del Generalísimo y la alimentó entre abril y agosto de 1813. Finalmente el Fuerte de San Diego capituló y el puerto fue entregado a Morelos. Aquélla fue la victoria más pírrica e inútil conquistada por los insurgentes, pues además de que no ganaron nada, dio tiempo para que Félix María Calleja reorganizara su ejército.

Al celebrarse el Congreso de Chilpancingo, en septiembre de 1813, Morelos se sentía orgulloso del triunfo más insulso y dañino que había obtenido en su carrera, y Rosains, gracias a esa virtud fundamental en la política, que es la de ser un buen adulador, fue nombrado secretario particular del general.

En noviembre de ese año Morelos se había convertido en el gran hombre de la América hispana, no sólo porque había derrotado en varias ocasiones a Calleja, sino porque además había acabado institucionalmente a López Rayón y a su movimiento a favor de Fernando VII. El Generalísimo creía que había llegado el momento de dar un golpe simbólico a las fuerzas realistas. Pero los insurgentes estuvieron en desacuerdo con esa idea. Era necesario dar un golpe a Calleja, pero nadie acertaba a definir cómo y dónde.

Aquélla era la primera vez que todos los grandes hombres de la insurgencia marchaban juntos. En Chilpancingo quedó instalado el Congreso, o parte de él. Diputados de letras como Andrés Quintana Roo y José Sixto Verduzco permanecieron en sesión, mientras López Rayón abandonó su puesto de representante para sumarse al mayor ejército que jamás había formado la insurgencia (que no la mayor turba, ya que en eso era imposible superar a Miguel Hidalgo).

Matamoros y Galeana pretendían permanecer en Taxco, en Cuernavaca o incluso en el propio Chilpancingo, donde pensaban establecer la capital de la naciente república proclamada. Pero Morelos ya se sentía invencible y su sentimiento de semidiós era enaltecido por la lengua de plata de Rosains, que hacía su trabajo perfectamente, ya que el calzado de Morelos no podía estar, metafóricamente, más limpio y brillante.

El Generalísimo quería una capital imponente para su América libre, y ésta no podía ser otra que Valladolid, su ciudad natal, la joya del occidente de la Nueva España, la ciudad que no logró tomar Miguel Hidalgo.

No había objeción posible. El Congreso había otorgado un poder absoluto al Siervo de la Nación en términos militares. Con José María Morelos a la cabeza, seguido de cerca por Rosains, y a su derecha por el licenciado Mariano Matamoros, quien había sido nombrado segundo al mando en caso de muerte del general, marcharon casi 10 000 hombres en dirección a Valladolid. En segunda línea cabalgaba Hermenegildo Galeana, acompañado por Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

En otro cuerpo de batalla marchaba Ignacio López Rayón acompañado por su hermano Ramón. El fernandismo había sido derrotado; la Junta Provisional Americana de la que había sido jefe indiscutible López Rayón ya no existía más, y las partes beligerantes habían acordado dirimir diferencias en Chilpancingo, donde la postura a favor de la independencia total había obtenido una abrumadora victoria.

López Rayón no iba convencido a la batalla pues en ella no

lucharía por su causa ni por sus ideales.

Del otro lado del océano ya no había un rey usurpador en el trono español y López Rayón lo sabía. Fernando VII volvería en algunos meses, tal vez en unas semanas, y don Ignacio confiaba en que el trabajo de los diputados novohispanos en las Cortes de Cádiz rendiría frutos. Estaba seguro de que la Constitución daría origen a un Gran Imperio Hispano, en el que Fernando VII sería el emperador, y cada reino hispano de América —la Nueva España, la Nueva Granada, el Perú y La Plata— sería independiente, con su propio rey… o con su propia junta de gobierno, que él pensaba encabezar.

De hecho, era el gran proyecto de avanzada que, tiempo atrás, había imaginado el conde de Arandas, ministro del rey de España, Carlos III: un imperio hispano que abarcara los dos hemisferios y dominara dos océanos. La gran potencia católica que frenara el crecimiento de la América anglosajona y del Imperio británico.

López Rayón sabía que de sancionarse la Constitución, estarían creando el imperio más grande del mundo… Y a su entender, Morelos, con su corta visión, era incapaz de comprender eso. Su guerra por la independencia total llegaba justo cuando no hacía falta y la batalla por Valladolid sin lugar a dudas sería decisiva.

A los casi 10 000 hombres que se acercaban a Valladolid se agregaban 2 000 a caballo, decenas de carretas llenas de pólvora, más de 36 cañones y un renovado espíritu de triunfo nacido en Chilpancingo. Además, Morelos sabía que Valladolid sólo era defendida por 800 soldados. El triunfo estaba frente a él y no habría hombre capaz de arrebatárselo.

Pero no en vano don Félix María Calleja del Rey era considerado el mejor militar del imperio español y el héroe de tres continentes. Era un militar que estaba convencido de que la inteligencia ganaba más batallas que los fusiles y siempre había contado con infiltrados en las filas insurgentes que le informaban con detalle de sus movimientos.

La Espada de la Nueva España, como llamaban al virrey, sabía que Morelos marchaba con el ejército más grande que hubiera tenido jamás y conocía las divisiones internas de la insurgencia, así como, desde luego, las noticias de allende el mar; también sabía que Fernando VII pronto volvería a sentarse en el trono de España, pero al contrario que López Rayón, Calleja nunca pensó que el rey fuese a aceptar la Constitución liberal.

Así pues, Calleja quería aniquilar a la insurgencia ofreciéndolo como un regalo de bienvenida a su rey; conocía el número de

contingentes y los movimientos del ejército de Morelos; estaba al tanto de sus discrepancias con López Rayón, de la seducción en la que había caído el Generalísimo gracias a la elocuencia de Rosains, y de la desconfianza que éste generaba entre los llamados dos brazos de Morelos: Matamoros y Galeana.

Evidentemente, estaba al tanto de que sólo 800 hombres resguardaban Valladolid. De hecho, se había encargado de que los insurgentes lo supieran. Pero también tenía a las tropas de Domingo Landázuri listas en la Ciudad de México, con 2 000 hombres, al ejército de Ciriaco del Llano que marchaba desde el sur con otros 2 000, listos para reunirse con los 2 000 comandados por el Dragón de Hierro, el coronel Agustín de Iturbide, en Puebla. Esos 6 000 hombres se sumarían a los 800 de Valladolid para presentar la batalla final.

El 21 de diciembre de 1813 las tropas insurgentes, bajo el mando absoluto de Morelos, tenían a su vista las torres de la catedral de Valladolid y estaban listas para tomar la ciudad y definir la guerra de Independencia. Unos 10 000 valientes hombres pretendían formar una patria. Del otro lado del mar océano, Napoleón había logrado juntar a 100 000 soldados para tratar de recuperarse de la derrota en la Batalla de las Naciones, contra Prusia, Rusia, Inglaterra, Portugal, Suecia y España, pero sus enemigos ahora marchaban con medio millón de soldados.

Diez días antes, el 11 de diciembre de 1813, como parte de sus derrotas, Napoleón Bonaparte había firmado el tratado de Valencay, por medio del cual reconocía a Fernando VII como rey de España y de todas sus colonias. El movimiento independentista de Morelos era el único que aún tenía sentido, ya que quienes pretendían representar a Fernando VII, habían perdido su causa con aquella firma. Claro que nadie lo sabía cuando lucharon en Valladolid.

Un dato importante: en esa misma fecha, las joyas de la Corona española atravesaban al Atlántico camino a Estados Unidos, en manos de José Bonaparte, quien, encariñado con ellas y necesitado de un recuerdo de su fugaz reinado, tuvo tiempo de tomarlas antes de marchar al exilio, y ya que la Francia de su hermano tampoco era muy segura, decidió que el sitio de su destierro debería ser el Nuevo Mundo… Pero, claro, el Nuevo Mundo libre, es decir, Estados Unidos, desde donde el Bonaparte se dedicó a financiar organizaciones masónicas que lucharan contra el imperio español en América.

Al finalizar 1813, Napoleón había sucumbido; Inglaterra se erguía como una gran potencia; España, sin saberlo, se acercaba a la

debacle a la que la condujo el Deseado, que al poco tiempo terminó siendo el Felón; Estados Unidos había ganado la guerra a Inglaterra en su intento de reconquista, y la masonería europea seguía los pasos de José Bonaparte: el exilio en Estados Unidos.

Al mismo tiempo, decenas de miles de soldados desembarcaban semana a semana en el puerto de Veracruz, enviados desde España, una vez que Napoleón había sido derrotado por los ingleses. Decenas de miles de hombres armados comenzaban a formar el ejército virreinal, mientras que los insurgentes, todos juntos, apenas llegaban a 10 000… Aunque en realidad los insurgentes no estaban unidos… Y eso lo sabía Félix María Calleja.

5
Chilpancingo.
Diciembre de 1813

Leona Vicario no dejaba de observar con curiosidad a Sofía Guillén, quien se había convertido en una especie de leyenda, y su relación con Miguel en una historia romántica de antología. Se aseguraba que era descendiente de Moctezuma y Cortés, que había luchado junto al Generalísimo, que era hija de antiguos y heroicos conspiradores por la libertad, que estaba envuelta en un mundo de sociedades secretas e intrigas, y que con toda certeza poseía la clave para encontrar un antiguo tesoro o para descifrar un enigma. A Sofía le parecía que todos sabían más de su persona que ella misma.

Leona era poco mayor que Sofía; había nacido en 1789 en el seno de una de las familias más acomodadas de la capital novohispana que presumían antiguo linaje español, pero que también aseveraban ser descendientes directos de la realeza texcocana. En ese sentido hasta se parecían… Por si fuera poco, Leona también tenía una historia romántica de antología: había sido prometida en matrimonio a un prominente criollo de alta sociedad que tuvo que salir a España por negocios; justamente durante ese distanciamiento, Leona se había enamorado perdidamente de Andrés Quintana Roo, un abogado recién graduado, originario de Mérida, en la Capitanía General de Yucatán, que ni siquiera era legalmente parte de la Nueva España.

Andrés, como Leona, simpatizaba con la insurgencia; pero el tío de la señorita Vicario, don Agustín Pomposo, albacea de la gran herencia de que era dueña al haber quedado huérfana desde los 18 años, era un declarado realista. Andrés pidió la mano de Leona, que le fue negada, ya que oficialmente la señorita seguía comprometida.

El joven Quintana Roo había asistido varias ocasiones a reuniones clandestinas en las que se apoyaba económicamente y con información a la insurgencia. Era 1811. Entonces tenía apenas 24 años y sufría de mal de amores; quizás por eso, y por la influencia del escritor Carlos María Bustamante, otro asiduo asistente a dichas reuniones, tomó la decisión de irse a la guerra. Como Hidalgo ya había muerto, se lanzó a Tlalpujahua en busca del general López Rayón. Sin saberlo, el joven abogado había sido parte de ese mítico grupo conocido como Los Guadalupes.

El ingenuo Andrés estaba seguro de que marchaba a una guerra que terminaría muy pronto y con la victoria, por lo que prometió a Leona que la buscaría después del triunfo para casarse con ella. De cualquier forma, Leona mantuvo correspondencia con su amado y le mandaba dinero para que estuviera más cómodo donde estuviera peleando. Lo habría seguido haciendo si no la hubiera denunciado su propio tío, a principios de 1813, y si no la hubieran encarcelado; no en la cárcel, sino en un colegio religioso para señoritas, y a final de cuentas una prisión, sólo que con tormentos distintos.

Fue juzgada y encontrada culpable de traición, por lo que su cuantiosa fortuna, depositada en el consulado comercial de Veracruz, que rondaría los 150 000 pesos, fue incautada por las autoridades virreinales. Cuando apenas se estaba resignando a terminar su vida como monja, gran vocación religiosa, ya que los curas necesitaban quien les hiciera los mandados, fue rescatada por Francisco Arroyave y un pequeño grupo de insurgentes enviados por su querido Andrés.

Andrés esperaba en Tlalpujahua, pero por cuestiones de la guerra Leona fue conducida a Oaxaca, donde recibió del general Morelos 500 pesos y la promesa de una pensión para vivir con comodidades. Cuando apenas se estaba acostumbrando a no volver a ver a Andrés, y se lamentaba de haber despreciado a su más encumbrado ex prometido, llegó la noticia del Congreso convocado por José María Morelos en Chilpancingo, al que asistiría López Rayón y por lo tanto Andrés Quintana Roo.

Sin pensarlo ni un segundo, Leona se encaminó a la ciudad donde se celebraría Congreso y, finalmente, en septiembre de 1813, tras casi dos años de separación, se encontró con el amor de su

vida.

Tenían mucho en común Leona y Sofía: edades similares, historias románticas de novela, participación en grupos secretos; incluso se habían casado durante la misma semana; pues mientras, en noviembre de 1813, clausurado el Congreso, el padre Morelos daba la bendición a Sofía y Miguel, Leona se casaba con Andrés, apadrinados por Ignacio López Rayón; claro que a Leona y Andrés los casó un cura que no estaba excomulgado.

Sofía tampoco dejaba de observar con curiosidad a Leona. ¡Vaya que tenían mucho en común! Hasta el hecho de haber perdido a sus padres a temprana edad. No obstante, Sofía veía con desconfianza a alguien que, incluso después del triunfo del movimiento republicano de Morelos en el Congreso, seguía siendo tan leal, junto con su marido, a un hombre como López Rayón que se seguía declarando fernandista.

Poco había que hacer en Chilpancingo. El Congreso, liderado por Andrés Quintana Roo, leía y releía los *Sentimientos de la nación* de Morelos, junto con otros documentos elaborados por López Rayón, con el objetivo de convertirlo en la Constitución de la naciente república. Pero en realidad había poco que hacer más allá de esperar noticias de la toma de Valladolid para trasladar a los diputados a la nueva capital.

Sofía y Miguel habían pasado días y noches enteros de encierro en una casa que Morelos les proporcionó en la población. Dedicaban gran parte del tiempo a prolongar su noche de bodas, a recorrerse mutuamente, a olvidarse del mundo y a crear su propio universo donde no había nada más que ellos dos y sus cuerpos imantados. A nivel corporal, aquellos amantes no podían pedir mayor entendimiento.

Ninguno estaba contento en Chilpancingo. Miguel era visto con sospecha, más por su color que por su pasado realista… aunque en realidad tampoco era insurgente… Y él era el primero en manifestarlo. Pero además, ese lugar le inspiraba malos recuerdos, pues le traía a la memoria la tormentosa situación de haber sido el asesino de su propio padre, a quien tuvo la obligación de darle cristiana sepultura lejos de Valladolid, donde él habría deseado y adonde ambos sabían que debían volver tarde o temprano para tratar de develar el misterio de la medalla del águila, probablemente en los escombros de la Hacienda Guillén y, desde luego, en la casa de Montellano.

Sólo estaban esperando las noticias de la victoria insurgente para poder llegar sin miedo a la ciudad…

Un domingo, afuera de la Iglesia, Leona Vicario finalmente se acercó a Sofía Guillén.

—¿Así que tú eres la famosa Sofía? Para algunos eres casi una leyenda del tamaño del mismísimo general. Hola, soy Leona Vicario… Ahora, de Quintana.

—Creo que lo de leyenda es algo exagerado; en cambio, a ninguna mujer ha recibido el padre José María con tanto orgullo como a usted. Sí, soy Sofía, Sofía Guillén… Supongo que ahora, de Montellano.

—Somos compañeras de ideales y tenemos vidas muy parecidas. Casi podríamos ser hermanas; por favor, hablémonos de tú.

—Claro… Leona… como gustes. Pero no sé qué tanto coincidan nuestras ideas. Sinceramente estoy muy confundida. Sí, pienso que debemos ser libres, y por otro lado eso mismo me da miedo. Creo en la libertad casi por herencia de familia. Y creo en el padre José María y en su idea de una república… En cambio tú… tú y tu marido siguen fieles a la idea del señor López Rayón, que no deja de decir que lucha en nombre de Fernando VII.

—Bueno, Sofía, ése era el proyecto original del padre Hidalgo, del teniente Allende, e incluso de los conspiradores anteriores. Nadie conoce aquí otro tipo de gobierno. Además, según nos ha explicado don Ignacio, cuando Fernando VII vuelva al trono, con la nueva Constitución seremos un reino libre e igual a España.

—Claro, pero todos están partiendo de la idea de que ese tirano va a aceptar una Constitución elaborada en su ausencia. Perdona que te lo diga con franqueza, pero yo no confío en Ignacio López Rayón.

Era evidente la incomodidad de Leona cuando alguien hablaba en contra de su gran ídolo; pero lo que se decía de él era cierto: López Rayón no estaba conforme con lo que se había dispuesto en el Congreso, ni mucho menos con haber dejado de ser el Jefe Máximo del movimiento. Además, lo último que quería en ese momento era una discusión política, una más en su corta vida.

—Bueno… Se cuenta que tu familia tuvo que ver con los orígenes de Los Guadalupes.

Sofía miró a Leona con desconfianza y curiosidad.

—Parece que estoy destinada a que todos sepan acerca de mi familia más que yo. No quiero ser descortés, pero me molesta que hasta tú, a quien acabo de conocer, sepa cosas que yo ignoro. De los llamados Guadalupes no sé prácticamente nada; sólo poseo una historia de misterio en torno a una supuesta Sociedad del Águila.

En esa ocasión fue Leona la que reaccionó con asombro.

—¡Pero si a eso me refiero! ¿Qué no lo sabes? Bueno, yo tampoco sé mucho al respecto. En realidad se sabe poco de Los Guadalupes, a menos que tú seas una de los principales. Yo misma trabajé para ellos sin saberlo; todas las cartas que me dediqué a enviar entre las tropas eran instrucciones de Los Guadalupes. Andrés, mi marido, también los conoce. Él es abogado y parece que la mayoría del grupo lo son, estudiantes de San Ildefonso. Pero, aunque es cierto que en esto hay mucho de leyenda, varios miembros de Los Guadalupes se identifican a sí mismos como integrantes de la antigua Sociedad del Águila. Eso lo saben casi todos los involucrados… Eso, y que tu padre fue líder de dicha sociedad.

—Pues lo que tú has dicho es prácticamente lo único que sé. Eso, y que el nacimiento de la supuesta sociedad se remonta a lo orígenes de la Nueva España, hasta llegar a Hernán Cortés.

Leona no pudo evitar soltar una risa inocente y mirar a Sofía Guillén con ternura.

—Me parece que a ti te han contado la leyenda y no la verdad.

—¿A qué te refieres? Mi padre fue su líder, y el traidor Diego de Montellano antes que él. Además existe una lista donde aparecen los nombres de figuras notables que fueron cabecillas de la Sociedad del Águila. El fraile hereje, que fue desterrado, Servando Mier, también estuvo involucrado en dicha sociedad. Y antes que él, el científico Bartolache y el pintor Miguel Cabrera; y, desde luego, un irlandés que murió quemado en la Inquisición en 1659. Y antes de él los descendientes de Moctezuma y de Cortés. Todo está escrito; el propio don Miguel Fernández, quiero decir don Guadalupe Victoria, me explicó parte de la historia.

Con cada palabra que pronunciaba, Sofía se sentía menos convencida de lo que salía de su boca… pues al pensarlo detenidamente, todo aquello parecía una historia fantástica y del todo inverosímil… Y sin embargo era a lo único a lo que se podía aferrar. Una sociedad secreta del siglo XVI que sobrevivía 300 años después de su creación, con un misterio oculto y ella como supuesta heredera de… de algo que aún no lograba descubrir. En verdad parecía fantástico. Ya no sabía en qué creer. Aquella mujer a quien acababa de conocer le parecía sincera.

—Cada día que pasa sé menos en qué o en quién creer. Parece que ni Morelos ni mi propio padre me dijeron la verdad. Y no sé qué tanto sabe Miguel de todo este asunto. Lo que sí es un hecho es que tengo que ir a Valladolid a descubrir lo que sea que está oculto tras esta medalla que llevo en el cuello. En cuanto lleguen noticias

de la victoria de la insurgencia me iré de vuelta a casa.

—Mira, Sofía; yo tampoco sé muchas cosas. Pero lo que sí es un hecho es que existe una historia, o más bien, muchas historias míticas que ocultan la realidad. Hasta donde yo sé, algunos Guadalupes formaron parte de la Sociedad del Águila, y este grupo, según entiendo, no tiene más de 20 años de antigüedad; parece que tiene relación con el fraile Servando Mier. Lo que se cuenta acerca de lo que ocurrió antes de ese lapso de tiempo casi todo es una leyenda.

Sofía tenía que aferrarse a algo.

—Pues estoy segura de que hay mucho de cierto en esa leyenda y estoy dispuesta a descubrirlo, con ayuda o sola… Aunque ahora sé que no puedo lograrlo sin Miguel y sin el apoyo de Guadalupe Victoria.

—¡Pero si Guadalupe Victoria es…!

Las palabras de Leona fueron interrumpidas por Andrés Quintana Roo y Miguel de Montellano, quienes se acercaron a toda prisa a sus mujeres, evidentemente preocupados. Andrés se acercó gritando:

—¡Leona, Leoncilla mía!

Llegó corriendo a abrazarla, y tras él, Miguel de Montellano, con traje de montar y con todas las armas disponibles.

—¡Es Calleja! Félix María Calleja se acerca. Hay que salir de aquí. Sofía, no estamos a salvo y dudo que lo estemos en lo sucesivo. Ese hombre es el mismísimo diablo cuando se propone algo. Y está dispuesto a destruir el Congreso a como dé lugar. Tenemos que huir.

Sin esperar respuesta, Miguel de Montellano abrazó a Sofía y se la llevó, mientras que un asustado Andrés Quintana los seguía de cerca con Leona a su lado.

—Pero ¿a dónde iremos? ¿Qué pasará con el Congreso?

—No tenemos muchas opciones. Calleja marcha desde el sur; las tropas de Landázuri han salido de México; Santa Anna ha vuelto de Texas y tiene una guarnición en Veracruz, y, lo peor de todo, Ciriaco del Llano ya ha unido a sus tropas a las del coronel Iturbide. Ese hombre no pierde una sola batalla y tiene sitiada toda la zona de Puebla. Iremos hacia Tenango, donde debe haber hombres de Galeana… Esperemos que el general Morelos venza en Valladolid; si no, estaremos perdidos.

Sofía interrumpió y habló llena de convicción:

—Lo de Valladolid sólo es cuestión de tiempo. Allí se ha concentrado el mejor ejército que haya tenido la insurgencia, con el

mejor general al mando. Todos contra una ciudad indefensa.

Corrían mientras hablaban. Andrés y Leona los seguían de cerca; el primero sin dejar de preguntarse qué pasaría con el Congreso, y la segunda vociferando que era preciso buscar al general López Rayón.

—¿No lo entiendes, Sofía? —continuó Miguel—. Esto no puede ser una casualidad. Calleja debió enterarse de los movimientos de Morelos desde antes; siempre ha actuado con base en una estrategia. Seguramente tiene espías entre las filas insurgentes… Esto parece una trampa. Chilpancingo quedó desprotegido y las tropas de Calleja lo tomarán en cuestión de horas. Y Valladolid está mejor protegida que nunca, ¿no lo ves? Seis mil soldados realistas asediarán la ciudad, comandados el Dragón de Hierro, el mismísimo Agustín de Iturbide en persona. Morelos está perdido.

Miguel tenía listo un bridón de pura sangre para salir de ahí con Sofía. Mientras tanto, Andrés Quintana había corrido al templo local, que habían utilizado como salón de sesiones, para rescatar los documentos del Congreso. La noticia del advenimiento de las tropas de Calleja había corrido como reguero de pólvora y por todo el pueblo la gente corría de un lugar a otro. Andrés subió con Leona a un caballo, mientras otros miembros del Congreso, desubicados ante la urgencia de la situación, preparaban carretas para el viaje, como si fueran de vacaciones.

—Nos moveremos con el Congreso Soberano a Tlalpujahua; buscaremos la protección de los hombres de López Rayón —dijo Andrés, al mismo tiempo que espoleaba su caballo—. No hay tiempo para tonterías —gritó a los demás—. Dejen lo que no sea indispensable y huyan. Nos veremos en Tlalpujahua.

Miguel de Montellano estaba listo, abrazando a Sofía en su caballo. Era momento de separarse. Vieron a Andrés Quintana y a Leona Vicario salir del pueblo, seguidos de los miembros del Congreso que, asustados, huían con lo que podían cargar.

Miguel no era un insurgente, ni era su labor proteger al Congreso. No era una autoridad de la insurgencia, por eso no le harían caso. El camino hacia Tlalpujahua pronto sería ocupado por las tropas de Landázuri; el Congreso, que finalmente no había llegado a ningún acuerdo, huía disperso hacia la zona por la que pasarían todas las tropas realistas… Y Morelos estaba por caer en una ratonera de la que sería imposible salvarlo.

Miguel salió con Sofía a todo galope por un rumbo distinto del que tomaron Andrés, Leona y los demás. La guerra, que hacía pocos días se pensaba estaba por terminar, apenas comenzaba. Y sí, quizás

terminaría antes de que acabara ese año, con la derrota total de los insurgentes.

Con el destino incierto, huyendo como un cobarde que había traicionado al hombre que lo formó militarmente, Miguel de Montellano no podía dejar de admirar la audacia de Félix María Calleja del Rey. Y si en ese momento no tenía cabeza para pensar en la patria ni en los ideales, mucho menos en un misterio oculto. Tenía que salvar su vida y la de Sofía Guillén, acosadas por los dos hombres más temibles del ejército virreinal.

Sofía no volvió a hablar; iba resignada a ser una marioneta del destino, que una vez más la involucraba en una guerra que seguía sin sentir que fuera suya. Sin importar lo que su marido dijera sobre la valentía y la astucia de Calleja e Iturbide, ella se sentía a salvo en los brazos del hombre al que consideraba el más valiente de la Nueva España.

Callaba; se dejó llevar por Miguel de Montellano, el hijo del hombre que mató a sus padres; su esposo, el hombre que recorrió los campos de batalla para buscarla; el soldado que traicionó a su rey, no por la independencia, sino por ella… El hijo que asesinó a su propio padre para salvar su vida una vez más… Sofía prometió no volver a dudar nunca más de Miguel de Montellano y se alejó a galope, con una mano en el cuello, acariciando su medalla, mientras las palabras de Leona Vicario hacían eco en su mente atormentada: "Todo es una leyenda".

6

Lomas de Santa María, Valladolid.

23 de diciembre de 1813

José María Morelos y Pavón, el Generalísimo de la insurgencia y Siervo de la Nación, contemplaba a la distancia su ciudad natal. Desde las boscosas Lomas de Santa María destacaban a la perfección las torres rosadas de la catedral vallisoletana. Morelos estaba de pie, vestido de general, como se había hecho retratar tiempo atrás, con sombrero estilo francés y una imagen de la virgen junto al rosetón de dicho sombrero.

Portaba un sable y una pistola. Su mirada se perdía en el horizonte ante la puesta de sol que siempre teñía de rojo los atardeceres de Valladolid. Nada le causaba mayor emoción que tomar como capital su añorada ciudad; pero temía desde luego que en el furor de la batalla quedara destruida aquella urbe que lo vio nacer… Ni hablar, se decía, es el precio de la victoria.

El general estaba solo; su gente lo observaba a lo lejos sin interrumpir sus pensamientos. Morelos esperaba el regreso de Juan Nepomuceno Rosains, a quien había enviado con bandera blanca a ofrecer a las autoridades de la ciudad la rendición pacífica a cambio de garantizar el orden y el respeto a las propiedades y de evitar el saqueo. Como hombre de honor estaba obligado a buscar una alternativa a la violencia.

A lo lejos distinguió la figura de Rosains acercándose a todo galope dando la señal convenida; agitaba con un palo, no la bandera blanca con la que había ido a parlamentar, sino una tela roja, del color de la sangre. El general cerró los ojos y tomó aire lentamente. Las autoridades tuvieron una oportunidad y habían tomado una decisión. Al día siguiente se desataría el infierno sobre Valladolid.

Amaneció el 23 de diciembre de 1813. Tomó varias horas para que las tropas indisciplinadas de la insurgencia adoptaran su posición en las Lomas de Santa María. Antes de que el sol llegara al cenit todo estaba listo. Morelos, a pesar de las recomendaciones en contrario de Matamoros, estaba en el frente del batallón, acompañado por Rosains.

—Usted es nuestro líder, general Morelos; su vida es más valiosa que la de 100 hombres. No debe exponerse de esta forma.

—Agradezco su preocupación, general Matamoros; pero precisamente como líder debo poner el ejemplo de la valentía… Además, si muero, un hombre mejor que yo ocupará mi lugar, y usted lo sabe muy bien.

Mariano Matamoros no pudo evitar sonrojarse ante la alusión

que Morelos hacía a su persona. El Generalísimo continuó, antes de que Matamoros pudiera objetar:

—Es usted mi brazo derecho, general. Usted es el mejor guerrero de este ejército y su lealtad es de las pocas que no puede ser puesta en duda. Yo estoy dispuesto a morir por la patria… Pero no se preocupe, que hoy no tengo ánimo de morir. Iré por el centro según las indicaciones del general Rosains, que tuvo oportunidad de ver un poco los preparativos de defensa. Usted es mi sucesor, nombrado en el Congreso, así que debe luchar en otra columna. Rodeará por la izquierda con 500 caballos y 1 000 hombres a pie, mientras Galeana hace lo mismo por la derecha. El teniente Victoria se encargará de la artillería. Cuando cesen los disparos, Bravo y Guerrero entrarán con la infantería como último apoyo.

El Generalísimo de la insurgencia se veía más confiado que nunca y hasta parecía sonreír. En poco tiempo, estaba seguro, entraría triunfante a su ciudad natal, que sería la capital de aquella nueva patria libre.

—Ya lo verá, esto será rápido. Nuestra cena de Navidad se celebrará en la catedral de Valladolid.

7
Ciudad de México. 25 de diciembre de 1813

El virrey don Félix María Calleja del Rey, aquel hombre poderoso, regio, dueño de la situación y de sí mismo, estaba notablemente nervioso en el gran despacho de su casa en la Ciudad de México.

El hombre más poderoso de la Nueva España sudaba por los nervios en espera de la llegada de su invitado. Sus manos temblaban y sus dedos repiqueteaban sobre la gran mesa de encino mientras intentaba conservar la ecuanimidad. Uno de sus lacayos entró a la habitación para hacer un simple anuncio:

—Ha llegado, su excelencia.

—¡Pronto, que pase! Que dos sirvientes vayan delante de él, limpiando el suelo por el que va a pasar. No lo molesten.

El virrey se puso de pie en el centro de la habitación; se paró

firmemente, enderezó la espalda, sacó el pecho y limpió el sudor de su frente con un paño de seda. En ese momento se abrió la pesada puerta que daba acceso al salón. ¿Quién podría generar tanto miedo y nerviosismo en el hombre más poderoso del virreinato?… Claro, suponiendo que el virrey fuera el hombre más poderoso del virreinato; pero siempre hay sombras por encima del poder, los que dan las órdenes, los que mueven los hilos; esos intocables contra los que nada puede hacerse.

El invitado entró como un rey; vestía su hábito blanco cubierto por completo por su capa negra y la capucha del mismo color que cubría su rostro, mientras una gran cruz de oro aparecía imponente en su pecho. Ahí estaba la causa del terror; nadie en la Nueva España podía permanecer tranquilo ante la presencia de un fraile predicador, de un dominico; los *domine cannis*, los perros de Dios, los inquisidores de la Iglesia.

El virrey estaba frente al hombre más poderoso de la Nueva España; se arrodilló ante tan augusto personaje y besó el anillo que ostentaba el sello del Gran Inquisidor. Se puso de pie al mismo tiempo que hablaba e intentaba controlar sus nervios.

—Su Ilustrísima… Puedo decirle con agrado que los rebeldes fueron aplastados en las afueras de Valladolid, tal como lo planeamos, en el paraje de las Lomas de Santa María.

El dominico no se movió ni mostró emoción alguna ante la aparente buena nueva emitida por el virrey.

—¿Y el hereje? ¿Y la hija de Guillén? ¿Qué noticias me tiene de ellos?

El sudor volvió a la frente de Félix María Calleja; sus piernas temblaron al igual que su voz, a sabiendas de que no era portador de las noticias que su interlocutor esperaba.

—El padre Morelos huyó antes de que terminara la batalla. Tuve que tomar una decisión… Si nos lanzábamos a perseguirlo podíamos perder la batalla… Pero tomó el camino de Uruapan y el coronel Iturbide no tardará en darle alcance y someterlo.

—Así pues, ¿se ganó la batalla? No esperaba otro resultado de usted. ¿Y la Guillén?

—Sofía Guillén no iba con los insurgentes y tampoco está en Chilpancingo. Pero el Congreso creado por el hereje ha salido huyendo. Y al parecer, la señorita Guillén huyó sola… No creo que pueda llegar muy lejos.

El dominico dio un paso adelante hacia el señor virrey de la Nueva España. El hombre que representaba toda la majestad de un Fernando VII, que aún no volvía a sentarse en el trono español, el

héroe de tres continentes, casi dio un paso hacia tras por instinto, pero se mantuvo firme. El dominico retiró la capucha negra de su cara y dejó ver su rostro y su penetrante mirada.

—¿Sola… o con Miguel de Montellano, a quien usted fue incapaz de controlar?

—Es posible que vaya con el joven Montellano, con ese traidor a la Corona y a su clase social. Sin embargo, acepto que desconozco su situación. Los insurgentes mataron a su padre, a don Diego, y aunque haya abandonado las filas realistas, dudo mucho de que se haya sumado a las tropas de esos léperos.

El Gran Inquisidor comenzó a caminar lentamente en torno a Félix María Calleja… Podía oler su miedo; finalmente era un perro, y aunque fuera un perro de Dios, disfrutaba el aroma del miedo. Esbozó una sonrisa.

—Desconocemos lo que el joven Montellano sabe sobre su padre. Por el momento parece que sigue hechizado por esa bruja hija de piratas y de traidores. Ellos dos solos pueden ser más peligrosos que Morelos con todo su ejército, y es justamente a los que no tiene bajo su control.

—Es cierto, su ilustrísima, pero mi gente los busca. Tenga por seguro que los encontraremos. Por otro lado, la batalla de Valladolid fue una victoria contundente; en menos de dos días el coronel Iturbide los destruyó; confundió a sus tropas para que se atacaran entre ellos, evitó que entraran a la ciudad y los obligó a huir por separado. Huyó o murió más de la mitad de su ejército. El licenciado Matamoros quedó separado del resto de las tropas, Galeana se fugó por separado con sus hombres y Morelos escapó… pero vigilado de cerca. No sabemos nada de Vicente Guerrero ni de Guadalupe Victoria, pero ellos son hombres de escasa importancia.

El perro de Dios dio la media vuelta al mismo tiempo que cubría de nuevo su rostro, indicando que la conferencia estaba por terminar.

—Subestima usted a Victoria, señor virrey. Monseñor Francisco Javier Mier y Campillo, obispo de Almería, quien muy probablemente será el siguiente Gran Inquisidor de España cuando termine esta invasión, y cuando nuestro amado rey derogue esa diabólica Constitución, me ha informado que Guadalupe Victoria ha encontrado medios de informarse de lo que pasa en Cádiz, y que está investigando temas del pasado que no debemos permitir que conozca. Hay que vigilarlo de cerca donde quiera que esté. Lo felicito por el triunfo en la batalla, pero no debe permitir que Morelos, Matamoros y Galeana reunifiquen sus fuerzas… Y, señor

virrey… debe encontrar a Sofía Guillén y a Miguel de Montellano.

El religioso dio la espalda al virrey con el rostro totalmente cubierto y se dirigió a la puerta de salida. Se detuvo debajo del dintel. Sin voltear a ver a Calleja, preguntó:

—¿Cómo dice que se llama el coronel que nos dio tanto triunfo en sólo dos días?

—Iturbide, señor, el Dragón de la Reina y coronel realista, Agustín de Iturbide y Aramburu.

El dominico guardó silencio unos instantes.

—Vaya, vasco o navarro, según parece. No son confiables… no son castellanos. Pero ha dado un duro golpe a nuestro favor. Recordaré ese nombre y lo tendré presente… y bien vigilado. Uno nunca sabe cuándo cambia de opinión o de lealtades la gente que lleva esa sangre.

Calleja estaba a punto de dejarse caer exhausto en su sillón, para desahogar toda la presión que le había generado la visita del perro de Dios, cuando de pronto el dominico volvió a asomarse por la puerta.

—Por cierto, señor virrey; usted es un militar, ocúpese de lo suyo y capture a los rebeldes. Yo mismo me encargaré, con mi gente, de Sofía Guillén y Miguel de Montellano.

8
Lomas de Santa María. 23 y 24 de diciembre de 1813

La noche anterior a la visita del Gran Inquisidor, Calleja celebró la cena de Navidad con un gran festejo en el que se ufanaba de haber dado el golpe fatal del que ya no podría reponerse la insurgencia. Estaba reunido con su familia y sus amigos.

En la cabecera presidía él, como anfitrión y virrey; el otro lugar de honor lo ocupaba su suegro, don Manuel Jerónimo de la Gándara, acompañado por su mujer, Francisca de la Gándara, que a su vez tenía como invitados a su hermana Ignacia y su hermano Jerónimo, quien iba con su hija Alejandra de la Gándara. Los acompañaba don Pedro Romero de Terreros III, conde de Regla y Xala, y don Manuel Rincón Gallardo, coronel del regimiento de

Dragones de San Luis y marqués de Guadalupe Gallardo, acompañado por su hijo don José María, futuro heredero de dichos títulos y fortuna, y nuevo prometido de Alejandra. Todos brindaron por el fin de la insurgencia, de lo que obviamente dieron gracias a Dios.

Esa misma noche de Navidad, Morelos no cenó en la catedral de Valladolid como había previsto. Los insurgentes celebraron la nochebuena mientras huían entre cañonazos de una intacta ciudad, defendida por el coronel Iturbide, quien por evidentes razones tampoco festejó la Navidad; no con una cena en familia por lo menos, aunque sí recorriendo los campos a todo galope, con sable y pistola en mano, cercenando cabezas y acribillando rebeldes mientras perseguía a las tropas de Morelos, que huía al lado contrario de Matamoros, perseguido por Ciriaco del Llano.

Antes de que llegara la Navidad, las Lomas de Santa María estaban sembradas de cadáveres insurgentes, miles de ellos, mientras las bajas del Dragón de Hierro no llegaban a 20.

El mejor y más grande ejército que había tenido la insurgencia, finalmente unida tras la reunión del Congreso, había sido aniquilado en menos de 48 horas por un ejército realista, inferior en número de efectivos y artillería, pero evidentemente superior en disciplina y en estrategia.

La tragedia comenzó el 23 de diciembre al mediodía, cuando el Generalísimo, una vez reunido su ejército, dio la orden inicial de avanzada.

—General Matamoros, inicie el ataque por la derecha. General Galeana, ataque por la izquierda. Rodearemos sus tropas y los sitiaremos en el centro de la ciudad. El general Rosains y yo bloquearemos la retirada por el frente, por lo que su única opción será retroceder. Teniente Victoria, en ese momento esperamos su certero ataque de artillería. ¿Entendido?

Matamoros y Galeana a caballo, con sable en mano y pistola lista, y Guadalupe Victoria, de pie tras la línea de artillería, contestaron al unísono:

—¡Sí, mi general!

En seguida Morelos espoleó su caballo para mostrarse delante de sus jinetes y de toda la infantería, comandada por Vicente Guerrero y Nicolás Bravo.

—Americanos: ha llegado el momento de hacer cumplir los sentimientos de esta nación. La América es libre de España. Todos ustedes culminarán hoy el sueño de una patria independiente, sin extranjeros que nos sometan, sin esclavitud, sin odios y sin rencores

sociales… un país donde todos seremos iguales.

Los ¡vivas! no se hicieron esperar entre la multitud, lista para dar su aliento en la batalla final por la independencia.

—Pueblo de América, hoy se derramará la última gota de sangre de esta guerra; hoy juntos haremos que nazca nuestro sueño soberano y defenderemos nuestra santa religión. ¡Que viva la América y nuestra libertad!

Morelos cabalgaba de lado a lado para ser visto y escuchado por todos sus hombres y no dejaba de mantener en alto su mano derecha con la que blandía su sable que tantos gachupines había atravesado. Su corcel reparó y el Siervo de la Nación dejó caer a la tierra su sombrero; todos pudieron ver su rostro moreno claro, su mirada profunda, su frente amplia y su cabeza cubierta por una pañoleta roja. Parecía un gigante cuando dio la orden final:

—Matamoros, Galeana, ¡a la carga!

Matamoros y Galeana comenzaron a moverse, cada uno con 1 500 hombres en direcciones contrarias, descendiendo de las Lomas de Santa María para rodear a la tropa realista acantonada en Valladolid. Guadalupe Victoria se había colocado detrás de 36 cañones, cada uno atendido por tres hombres, listos para dejar caer su metralla en el centro de la ciudad, cuando estuvieran en retirada las tropas enemigas. Desde su posición pudo ver cómo Juan Nepomuceno Rosains se acercaba al Generalísimo y le hablaba al oído; pudo darse cuenta de que evidentemente intercambiaron frases, aunque no pudo distinguirlas, pero de inmediato vio cómo Rosains y Morelos se hacían a un lado.

El Generalísimo dio la orden de mover a 1 500 hombres de infantería y 500 jinetes hacia una llanura un poco más elevada donde, por decisión aparentemente suya, pero en realidad por recomendación de Rosains, esperarían el curso de los acontecimientos antes de atacar.

Hermenegildo Galeana comenzó el asedio a Valladolid, bravo y valiente como era, a caballo, al frente de sus tropas, disparando de manera exacta a las tropas realistas de Landázuri que iban a la avanzada. Los realistas comenzaron a caer; pero entonces don Hermenegildo se dio cuenta de la trampa en la que habían caído. Había mucho más de 800 hombres resguardando la ciudad… Las tropas de Landázuri, 2 000 hombres, ya estaban listos a la defensa. Los españoles superaban dos a uno a las tropas de Galeana.

Nunca la adversidad había derrotado a Galeana, y ésa no iba a ser la ocasión… Toda su caballería y su infantería se lanzaron contra los realistas, con tal ardor, con tal mirada en sus rostros, que

el enemigo, superior en número, comenzó a retroceder hacia el centro de la ciudad; muchos con la idea de llegar a la catedral, con la seguridad de que ni siquiera esos léperos insurrectos se atreverían a atacar la casa de Dios.

Pero antes de que los hombres de Landázuri pudieran retroceder lo suficiente, el general Mariano Matamoros llegó a todo galope con el sable desenvainado y cercenando cuellos españoles. Los realistas quedaron acorralados entre las tropas de Galeana y Matamoros. El sol apenas comenzaba a ocultarse en Valladolid la tarde del 23 de diciembre de 1813, cuando la última gran batalla estaba por definirse.

Morelos y Rosains contemplaban la aplastante derrota realista desde la loma. Victoria tenía lista la artillería, pero por un lado parecía que no sería necesaria, y por el otro, ya era imposible bombardear el centro de Valladolid sin herir a su propia gente.

Convencido de tan fácil triunfo, el Generalísimo estableció un campamento con la intención de tener una tropa que rodeara la ciudad ante cualquier eventualidad. Menos de un día había sido suficiente para darle a Félix María Calleja el golpe fatal y definitivo… Pero más importante aún, para que José María Morelos demostrara por qué él, y nadie más, era el Generalísimo de la insurgencia. Intercambió sonrisas con Rosains.

Pero cuando menos lo esperaba, Ramón López Rayón, hermano de don Ignacio, subió cabalgando a la loma junto con unos 200 soldados, muchos de ellos heridos. Su rostro reflejaba el terror y de su boca salía a todo pulmón una sola palabra:

—¡Iturbide, Iturbide!

Esa palabra no requería de más precisiones. Y mucho antes de que Morelos pudiera reaccionar, Nicolás Bravo había brincado y corría hacia el campo de batalla con toda su infantería… Era demasiado tarde. Desde las Lomas de Santa María, Morelos, Rosains, Victoria, Bravo y Guerrero pudieron ver al Dragón de Hierro cabalgando sin usar las manos, detenido únicamente por la fuerza de sus piernas y de su abdomen, mientras en cada mano sostenía una pistola con la que iba derribando insurgentes. Tras Iturbide cabalgaba Ciriaco del Llano, y detrás de ellos unos 4 000 hombres entraban a reforzar la defensa de Valladolid. En cosa de minutos, Galeana y Matamoros fueron sitiados.

Los “Negros” de Galeana siempre estuvieron dispuestos a dar la vida por su jefe. Centenares de sus hombres costeños se lanzaron contra las tropas recién llegadas y abrieron el camino para que Hermenegildo Galeana saliera del cerco y lograra acercarse al

campamento de Morelos. Del Llano intentó seguirlo, pero Iturbide lo detuvo.

—Ciriaco, déjelo ir.

—Pero, coronel, provocará un ataque de los 2 000 hombres que aún conserva el cura.

Iturbide sonrió.

—Morelos es admirable, señor del Llano; quizás sea el mejor enemigo al que pueda enfrentar en toda mi vida. Es valiente y temerario. Mejor aún, es salvaje y no mide el peligro… Atacará, se meterá a la ratonera… Y aún hay 1 000 hombres más a mi mando esperando precisamente ese momento. Todos quedarán atrapados, atemorizados. No usan uniforme; cae la noche y ni siquiera podrán distinguirse entre sí. Terminaran en el centro de Valladolid matándose unos a otros… Y no creo que el tal Victoria sea tan inteligente para distinguir la trampa. Soltará la metralla sobre su propia gente. Hoy termina la guerra.

Ya era de noche en Valladolid, una noche sin luna. La penumbra se apoderó de un campo de batalla donde los hombres de Galeana, sin su líder, y las tropas de Matamoros, estaban rodeados por un mínimo de 5 000 realistas al mando de Landázuri, Del Llano e Iturbide, que bloqueaban los accesos por el sur, el norte y el occidente de la ciudad. Las desesperadas tropas insurgentes trataron de huir por el único camino que quedaba libre, la ruta del este, por la que además podrían tratar de regresar al campamento.

Hermenegildo Galeana había logrado llegar al lado del Generalísimo, que aún disponía de 3 000 hombres que no entraban en batalla.

—General Morelos, esto es una masacre; nos tendieron una trampa. Ahí abajo se halla el ejército realista más grande al que hayamos enfrentado. ¡Lance el ataque!

Un Morelos totalmente desconocido para Galeana fue el que respondió, después de intercambiar miradas con Rosains:

—Es el precio de la guerra, general Galeana. Hay que ordenar la retirada, reagrupar a los sobrevivientes con las tropas que aún quedan indemnes, y planear un contraataque.

Ciertamente Morelos habló como un estratega español; más valía huir para pelear después; pero no había sido así como había conseguido decenas de triunfos en tres años. Morelos nunca se retiraba y eso es lo que había aniquilado una vez tras otra a Calleja, quien ordenaba la retirada cuando las bajas eran muchas. Morelos siempre había tomado la decisión de lanzar hasta el último hombre a riesgo de perderlo todo… Y así había ganado. Era Rosains quien

hablaba a través del Generalísimo:

—Los está abandonando a su suerte, mi general… Todo por hacerle caso a este advenedizo. Está abandonando a Mariano Matamoros.

Morelos habló a Galeana como nunca antes lo había hecho. Dejó de escuchar al hombre sabio para dar una orden directa e incuestionable a un subordinado:

—Se refiere usted al general Rosains, señor Galeana, quien únicamente me aconseja como militar. Yo soy quien toma las decisiones. Ordene la retirada.

Por primera vez en su vida, Galeana miró con recriminación al Siervo de la Nación. Una mirada de furia, de frustración, de resentimiento… y, ante todo, de impotencia. Aquél ya no era el general que lo había convencido de sumarse a sus tropas. Volteó a ver a Nicolás Bravo, quien a caballo encabezaba a 1 500 hombres, unos pocos jinetes y los demás a pie. Galeana sabía que no sería la primera vez que don Nicolás desacataría una orden; también permanecía ahí Ramón López Rayón con sus hombres. En ese momento no le importó nada.

—Don Nicolás, don Ramón… los invito a salvar a Mariano Matamoros y a nuestros demás hermanos. Vamos al ataque.

Nicolás Bravo miró de reojo a un Morelos amenazante, pero decidió pensar por sí mismo, algo que al paso de las décadas demostraría que no era su fuerte, y lanzó el grito de batalla con el que se lanzó hacia Valladolid seguido de su gente… Algunos de ellos eran hombres a quienes, tiempo atrás, desobedeciendo a Morelos, había perdonado la vida.

Galeana volteó a ver a Ramón Rayón para cuestionarlo con la mirada, para apelar a su honor y a su valentía. Rayón bajó la mirada.

—No es mi guerra, señor Galeana. Y ya perdí a un hijo hace una semana al enfrentarme a Iturbide para avisar al general Morelos. Mi gente y yo nos vamos a Tlalpujahua con mi hermano Ignacio.

De esa manera Nicolás Bravo, bravo como siempre había sido, se lanzó a ayudar a sus compañeros de batalla. Ramón López Rayón demostró su cobardía y Morelos exhibió una de sus facetas absolutamente desconocida por todos sus hombres: su arrogancia.

Bravo atacó, López Rayón huyó, y Morelos permaneció incólume observando los hechos.

Nicolás Bravo llegó a los portales de Valladolid, donde, tal como había planeado Iturbide, fue recibido a tiros por los confundidos y atemorizados insurgentes. Peor aún, tras él entró la última columna

de 1 000 hombres de Agustín de Iturbide atacando por la retaguardia. Las tropas de Landázuri, de De Llano y de Iturbide iniciaron la retirada mientras los miembros inexpertos del ejército libertador se disparaban unos a otros.

En una sola cosa falló Iturbide. Guadalupe Victoria, viendo a un Generalísimo totalmente desorientado, reubicó sus cañones y jamás disparó al centro de Valladolid, donde hubiera terminado de aniquilar a los suyos. De hecho, las pocas bajas de las tropas del Dragón de Hierro fueron causadas por los escasos cañonazos que pudo lanzar el teniente Victoria.

Diez mil insurgentes asediaron Valladolid, al mediodía del 23 de diciembre de 1813; pasada la madianoche, en la víspera de navidad, 4 000 cadáveres tapizaban la ciudad natal de Morelos, unos 1 000 hombres habían huido, y 3 000 más, entre los que estaban Morelos, Rosains y Guerrero, observaron todo.

Al centro de Valladolid, junto a la catedral, en la total penumbra y con las torres catedralicias más altas de América como único testigo, el valiente Mariano Matamoros decidió morir antes de rendirse. Ya sin municiones, siguió atacando cuerpo a cuerpo a cada militar realista; su sable atravesó a más de una veintena de soldados enemigos y logró poner en orden a los pocos insurgentes sobrevivientes.

Al mismo tiempo, cuando todo parecía tranquilidad en el campamento de Morelos, en las Lomas de Santa María, donde estaban las tropas restantes protegidas por la oscuridad y por los árboles, se escuchó nuevamente de una voz anónima la palabra que sembraba el terror:

—¡Iturbide… es Iturbide!

Morelos dio la orden de ataque… “Ese maldito Dragón de Hierro está en todas partes… Y vaya que tiene la energía de un dragón.” El general por primera vez se sintió desesperado. En ambos lados del océano, dos de los más grandes generales que ha conocido la historia, Morelos y Bonaparte, los dos valientes y excelentes estrategas, los dos levantando poco más de metro y medio del suelo, eran derrotados casi al mismo tiempo por el peor de los enemigos: la arrogancia.

Eran las dos de la madrugada del 24 de diciembre de 1813. Las tropas del Dragón de Hierro, Agustín de Iturbide, cayeron como fieras, por dos flancos distintos, sobre el campamento de Morelos. Una vez más sembró el terror y la confusión y retiró a sus hombres antes de sufrir bajas; mientras, al igual que en la ciudad, los insurgentes continuaron aniquilándose entre sí.

Galeana y sus “negros” nada pudieron hacer por Mariano Matamoros, más que matar a todos los gachupines que pudieron mientras se retiraban por un rumbo distinto del que tomaba Morelos.

En medio de la penumbra vallisoletana todo era muerte y destrucción… Pero a pesar de todo un hombre brillaba. Tal vez era su sable, tal vez su alma; quizás la luz del valor y del coraje. Esa noche, el general Matamoros dio cuenta de más de 100 realistas. Y con toda la adversidad en su contra, logró salir con vida de esa gran trampa que fue Valladolid.

Morelos cantó la retirada, que fue más bien un grito de ¡sálvese el que pueda! Él, Guerrero y Rosains lograron escapar sin ser perseguidos. Iturbide era lo suficientemente inteligente como para saber que sería más fácil darles alcance de día. Victoria también fue inteligente, no podía huir ni salvar a sus hombres cargando 36 cañones, mismos que no podía dejar a los realistas; así pues, después de hundirlos en el fango, y de mojar toda la pólvora, él y sus hombres se retiraron.

José María Morelos salvó la vida, pero la insurgencia no. Las Lomas de Santa María y el centro de Valladolid fueron la gran fosa común de los últimos grandes héroes anónimos que pelearon por la independencia de la Nueva España.

La herencia del conquistador

1
Camino a Valladolid.
Diciembre de 1813

Miguel de Montellano se consideraba a sí mismo, ante todo, un hombre con dos virtudes: la justicia y la lealtad. Ambas parecían defectos en un país donde la ley y la justicia no siempre iban de la mano, y de hecho a veces tomaban rumbos totalmente opuestos; y donde la lealtad era considerada ingenuidad por una mayoría que buscaba sólo el beneficio propio y nunca el del pueblo.

Ése era el país de Miguel; eso era lo que más de una vez lo había tentado a buscar suerte en otra parte. Sin embargo, sin nada que lo hiciera sentirse orgulloso de su tierra natal, finalmente la amaba, y estaba dispuesto a luchar por mejorar las cosas.

Por un tiempo y por causa de su educación, pensó que el futuro estaba en formar parte de España y su imperio. Ahora no sabía nada. Había comenzado a acercarse a Sofía en calidad de espía; de ahí pasó a enamorarse, y a partir de ese momento no fue su mente fría la que tomó las decisiones.

Cuatro años después de que iniciara la misión de seguir a la hija del supuesto traidor Manuel Guillén, él se había convertido en un traidor al ejército realista, a su rey, al orden establecido, e iba cabalgando mientras abrazaba con ternura a la mujer que siempre le habían dicho que era su enemiga.

Los indultos estaban a la orden del día como una estrategia para acabar con la insurrección, pero él sabía que la furia de Calleja se

cernía sobre él, y que mientras don Félix fuera virrey, su indulto era una quimera… además de que nunca lo aceptaría su adorada Sofía. "¿Habría peor traición que matar a tu propio padre; habría indulto para eso?" Ese pensamiento no abandonaba la mente de Montellano… Pero si no hubiera hecho lo que hizo, habría muerto una inocente y él habría pecado por omisión, permitiendo el mal. Ahora sabía que su padre fue leal al rey y a España, pero con los métodos más viles, y él había sido educado en la idea de que el fin no justifica los medios. Su alma estaba atormentada.

Las ideas en su mente galopaban quizás a mayor velocidad que el corcel que los llevaba a él y a Sofía: no era un insurgente, eso lo tenía muy claro. Admiraba el honor de gente como Nicolás Bravo, a quien le debía la vida, y desde luego del propio José María Morelos; creía en la libertad, pero no estaba seguro de que aquel reino estuviera listo para ella. No creía en la democracia, eso también lo tenía claro: un pueblo ignorante no puede autogobernarse ni tomar decisiones vitales para el país.

Pero aunque no fuera insurgente, ya era fugitivo, y, peor aún, se había casado con una rebelde perseguida con saña por razones que aún no comprendía pero pretendía encontrar. No era insurgente, pero en ese momento lo mejor que podía ocurrir en su vida era una victoria de Morelos en Valladolid… Sin embargo, su preparación militar, la educación recibida de manos del propio Calleja, le hacía saber que Valladolid sería una trampa. Por eso tenía que irse con cuidado.

El sur de la intendencia de Michoacán había sido prácticamente tomado por los insurgentes, lo cual garantizaba que no se encontrara con las tropas realistas; pero Miguel estaba convencido de que un encuentro con los insurrectos tampoco le garantizaba nada. Finalmente llegaron a Tenango, ciudad en manos de gente de Galeana, y de ahí procedieron por los bosques hasta llegar a Jungapeo, un pueblo cercano a Zitácuaro, en el camino a Valladolid, casi junto a la región de Carácuaro. El lugar perfecto para buscar noticias.

El viaje fue penoso para ambos, lo más distante a un viaje de bodas perfecto, aunque alguna cueva funcionó ocasionalmente como lecho nupcial. Los bosques de oyamel por donde debían viajar eran fríos y húmedos, guaridas de salteadores de caminos, madriguera de todo tipo de animales peligrosos; pero eran perfectos para viajar a escondidas. Era una zona de mucha vegetación, pero poco comestible. Un camino complicado.

Pasaron hambre y frío pero finalmente llegaron a Jungapeo el

28 de diciembre de ese 1813, sólo para que al frío del cuerpo le siguiera una helada en la sangre: Morelos había sido derrotado, los realistas dominaban la ciudad y las tropas insurgentes, disminuidas a la mitad, huyeron en todas direcciones perseguidas por Ciriaco del Llano y Agustín de Iturbide. Sin noticias de Morelos, se hablaba de la división de los generales, del abandono de Matamoros. Calleja fue quien dio el golpe fatal.

2

Amaneció el 29 de diciembre de 1813. Miguel y Sofía habían logrado dormir en una cama formal después de dos semanas en el bosque; claro, si a eso que se ofrecía en Jungapeo se le podía llamar cama, no obstante que las almohadas eran ligeramente más suaves que las piedras.

Miguel se comportaba como militar en guerra, fríamente, sin tiempo que perder, con la mente siempre alerta. Sofía recordó los tiempos pasados y respondió al mismo nivel. No había ni un instante que perder en lamentar tragedias o llorar por José María Morelos.

—Iremos a mi hacienda, Sofía; está a menos de un día de aquí. Ahí guardaba mi padre todo lo que consideraba valioso. Lo que sea que busquemos debe estar en la hacienda. Ahí estaremos seguros. Ahí no hay realistas ni insurgentes sino la gente de mi padre; mi gente, por lo tanto. Ahí soy el patrón… Sobre todo ahora… ahora que mi padre… está muerto.

Ése era el tema que no había tocado desde aquella batalla y aquel día en que Miguel de Montellano tuvo una fracción de segundo para decidir entre la vida de su padre y la de Sofía, la del hombre que le dio la vida o la de la mujer con quien esperaba generar otra. Finalmente murió Diego de Montellano, pero Miguel seguía sin saber si fue asesinado por el amante o por el justiciero.

Sofía se acercó a él en un intento de abrazarlo, y de alguna forma darle el pésame por la muerte del hombre que intentó asesinarla y que mató a sus padres, pero que a pesar de todo era su padre, el padre del hombre al que pretendía amar.

—Miguel…

Miguel no la dejó seguir. Si no había tiempo para llorar o lamentarse por José María Morelos, todo un hombre de honor, tampoco lo había para lamentarse por Diego de Montellano. Había que tomar decisiones importantes.

—No digas nada, preciosa Sofía. Estamos en medio de una lucha por la libertad… Y yo decidí libremente. Me atormenta, es cierto. También es verdad que sigo sin saber si era la única opción. Pero no me pregunto si hice bien en matar a mi padre, sino que tengo la certeza de que fue correcto dejarte vivir a ti. Murió un hombre al que debo honrar, pero que era ruin en sus métodos, que me enseñó y me educó en el honor del militar, pero que no lo practicaba… A cambio se salvó una mujer inocente.

Miguel de Montellano no dejó crecer aquel momento; subió de un solo salto al caballo y ayudó a Sofía a montar a la bestia. Se alejaron para adentrarse en el bosque y seguir su camino lejos de realistas e insurgentes, para llegar a tiempo a su cita con el destino.

En la Hacienda Montellano los esperaban, con toda certeza, muchas respuestas, pero —Sofía estaba segura— probablemente desagradables. Con seguridad habría más enigmas, más preguntas, más misterios… Más malditas puertas en ese laberinto, más información sobre su propio pasado que le era tan ajeno y sobre aquellos dos desconocidos que eran sus padres. Se acercaba a Valladolid, no para cerrar un misterio, sino apenas para abrirlo.

3

Intendencia de Michoacán

Parecía que cada fecha religiosa trajera consigo un golpe contra la insurgencia, como si el propio Dios estuviera en contra de la libertad de un pueblo y a favor del dominio de la aristocracia. El 12 de diciembre de 1813, un día después de que Napoleón firmara el

regreso de Fernando VII al trono español, las tropas de Iturbide y Ciriaco del Llano se unieron para marchar a Valladolid, después de derrotar a Ramón López Rayón y matar a su hijo. Fue la víspera de Navidad cuando murieron todos, cuando la furia del poder virreinal se dejó caer sobre el ejército libertador. Y ahora sabían Miguel y Sofía que el 6 de enero de 1814 había sido capturado con vida el gran general Mariano Matamoros. La noticia fue la fiesta de Día de Reyes en Valladolid: el segundo hombre de la insurgencia había caído.

Hacía prácticamente tres años que Miguel de Montellano había salido por última vez de la propiedad de su padre. Y el propio don Diego había estado ausente desde mediados de 1812. La mitad de los peones se habían marchado, otros seguían ahí porque finalmente allí tenían su hogar; las tierras de cultivo estaban casi abandonadas, y la casa grande comenzaba a parecer una ruina. Aun así Miguel de Montellano fue recibido con algarabía por Melquíades, el leal capataz de su padre, y por una veintena de peones que lo reconocieron de inmediato.

Sofía y él habían llegado casi en calidad de mendigos, débiles, con hambre, maltratados por las inclemencias de la naturaleza… Pero dicen que el porte es algo imposible de ocultar y eso era precisamente lo que le sobraba a la pareja. Lo más traumante para Miguel había sido tener que llegar, con la carreta que habían conseguido en Jungapeo, cargando un ataúd de madera lleno de piedras que pretendían ser los restos de don Diego de Montellano, un engaño necesario para que Melquíades y los demás presenciaran el entierro de su antiguo patrón y reconocieran a Miguel como el nuevo jefe absoluto de esa inmensa propiedad, a la que desde 1799, cuando don Diego eliminó la conspiración de los Guillén, se habían sumado las tierras de don Manuel, incluido el famoso manantial de Uruapan conocido como La Rodilla del Diablo.

Finalmente habían pasado una noche en una cama de lujo y entre sábanas de tela italiana, con grandes almohadones y después de un baño caliente; sin embargo, no lograron dormir toda la noche: Sofía no sabía nada de Morelos, la atormentaba la noticia de la captura de Matamoros, y le dolía saber que las tierras de su padre, su herencia finalmente, había pasado a ser propiedad legítima de aquel traidor, cuyo hijo yacía insomne a su lado.

Miguel percibía el dolor, la furia, la rabia y la frustración de Sofía, y no podía olvidar la macabra escena de un ataúd sin el cuerpo de su padre, sepultado por su gente, y una cruz colocada con su nombre en el panteón familiar, junto a su madre… Un montón

de piedras junto a los restos de su madre. Y dudas, muchas dudas, y quizás por primera vez en su vida: miedo; y algo peor que notó justo esa noche al mirar de reojo a Sofía: rencor.

Nunca, desde enero de 1814, Sofía y Miguel lograron tener una relación verdadera de pareja. Hubo momentos de pasión, otros de romance… A veces en verdad parecían una pareja amorosa. Quizás en el fondo se amaban, o tal vez sólo era deseo. Pero la historia del caballero que rescata a la doncella había terminado y ahora vivían una realidad que los superaba y a la que les costaba mucho trabajo enfrentar. La historia romántica había comenzado justamente cuando ya tenía todos los componentes que la podían hacer morir. Ambos sabían que era necesario superar el pasado y mirar al futuro, pero no era fácil.

4

A la mañana siguiente, 9 de enero de 1814, Sofía tuvo noticias, contadas por boca del propio Melquíades, de lo que había acontecido después de la nefasta Navidad insurgente de 1813 en Valladolid.

Tras la derrota y la huida desordenada, Morelos envió emisarios a buscar a sus hombres, para entregarles cartas con las indicaciones correspondientes: Guadalupe Victoria, Hermenegildo Galeana y Mariano Matamoros eran convocados a reunir toda la gente posible y dirigirse a la Hacienda de Puruarán para unirse a las tropas de Morelos y hacerle frente a Iturbide en campo abierto.

"¡Una locura, una insensatez, y la prueba de que el Siervo de la Nación ha perdido el suelo!" Ése fue el pensamiento de Galeana, quien, tras dudar, finalmente decidió ser leal a su superior, aunque hubiese perdido la razón. Matamoros no lo dudó un instante aunque también consideró aquello una locura; pero una orden de su general no estaba sujeta a discusión. Así marcharon los dos gigantes, los dos brazos de Morelos, a su encuentro con el destino.

El 3 de enero de 1814 los ejércitos insurgentes, o lo que quedaba de ellos, se reunieron en la Hacienda de Puruarán. Morelos y Rosains contaban con 2 000 hombres, entre los que estaba Vicente Guerrero. De Nicolás Bravo nada se supo, aunque aparentemente

tomó el rumbo de Tlalpujahua, a los dominios de López Rayón. Matamoros y Galeana no sumaban más de 1 000 combatientes, atemorizados, fatigados y desmotivados. Victoria tenía artilleros pero no cañones. Nadie quería entrar en batalla.

—General Morelos —refutó Matamoros—, Iturbide es prácticamente invencible, tiene aún por lo menos 5 000 hombres que prácticamente no dieron batalla y están frescos. Nosotros estamos exhaustos, dejamos armas en el camino y no tenemos cómo pelear. Lo sensato sería seguir huyendo hacia el sur, adonde no puedan alcanzarnos, y tratar de fortalecernos.

—En Valladolid nos sorprendieron con una trampa… pero no debemos dejarnos abatir por una derrota. ¿No es así, señor Galeana? Así me lo dijo hace ya unos tres años tras caer en Acapulco.

—Con todo respeto, general —respondió don Hermenegildo—, la situación es muy distinta ahora. Entonces nuestras bajas fueron menores, la tropa de Acapulco no nos perseguía y teníamos Tecpan para guarecernos y hacernos de más gente. No debemos abatirnos, pero sí saber huir para pelear después.

—¡La huida es inconcebible! Me decepcionan y los desconozco, señores. Soy José María Morelos; he vencido a Calleja durante tres años, siempre con ustedes y siempre por ser más temerarios que los realistas. ¡Nada podrá detenernos!… Además es una orden.

Mariano Matamoros no iba a desobedecer a su general en batalla y decidió callar, pero Galeana fue el primer hombre de Morelos, cuando se hablaban de tú y no se llamaban por sus cargos, cuando el cura de Carácuaro escuchaba, cuando no era un dios, cuando no era Hidalgo ni el Generalísimo. Don Hermenegildo Galeana nunca había callado y aquélla no iba a ser la primera ocasión.

—No, señor cura… porque no olvidemos que eso es es usted. Yo no lo he olvidado. Es usted el que me decepciona y al que desconozco totalmente. ¿Qué pasa con usted? ¿Se dejó envolver por la labia de Rosains, de ese hombre en el que nadie, más que usted, confía?… Y sólo porque siempre le da la razón con elocuentes palabras. Yo recuerdo al sacerdote idealista que escuchaba razones, pero ahora veo al sucesor de Miguel Hidalgo, a un hombre sediento de batallas aunque no tengan sentido.

Morelos levantó su mano derecha como para ejercer su autoridad, para ordenar a Hermenegildo Galeana que callara, para dar una orden irrefutable, pero Galeana ni siquiera lo dejó terminar el ademán.

—No me interrumpa, señor cura. Me uní a sus filas cuando usted

era un hombre sensato. Ahora ya no sé si pelea contra los realistas o, políticamente, contra López Rayón, ni si la ambición le ha llenado el alma. No me importa lo que diga el Congreso nombrado por usted mismo. Usted ya no es el Siervo de la Nación; usted ya no sabe por qué o por quién pelea. Jamás me verá abandonar el campo de batalla ni dejar morir solo a un valiente como Matamoros. Daremos esa lucha que usted quiere en Puruarán; nos entregaremos en ese estúpido sacrificio al que nos lleva… Pero después de eso, si salimos con vida, señor Morelos, búsqueme cuando haya aclarado su mente. Yo ya no soy ningún general; sólo soy un hombre que lucha por su vida y la de los suyos. Por lo tanto, usted ya no es mi superior.

Morelos calló, todos callaron. No hubo más autoridad que la de Galeana. Y todos los hombres presentes se prestaron a luchar, si era preciso hasta la muerte, para defender lo indefendible, para proteger una hacienda vieja, simplemente para rescatar un poco del honor mancillado en Valladolid.

La mañana del 5 de enero los ejércitos realistas del Dragón de Hierro llegaron a la Hacienda de Puruarán, donde ya menos de 3 000 hombres —porque muchos huyeron por la noche— se refugiaban tras viejos muros de roca. Ciriaco del Llano notó esa pésima estrategia y se dedicó durante una hora a soltar los cañonazos contra el muro, que se despedazaba a cada golpe y aniquilaba a más insurgentes de los que hubiera podido matar una simple bala de cañón.

Los dos principales jefes de la insurgencia, José María Morelos y Mariano Matamoros, estaban juntos. No debían morir juntos si pretendían que alguien mantuviera vivo el espíritu de la lucha. Con esto en mente y por recomendación de Rosains, Morelos dispuso todo para la batalla y después anunció que se retiraba a la hacienda de Santa Lucía.

La última impresión que tuvo Matamoros en vida de aquel que fue su Generalísimo, fue la del hombre que abandonaba la batalla, y a su gente, sus amigos, a su suerte.

Victoria, Matamoros y Galeana no pudieron hacer nada más que esperar el ataque de la caballería y la infantería al frente de Iturbide, que antes de las once de la mañana ya rodeaba la hacienda. Más de 1 000 insurgentes cayeron muertos y otros tantos huyeron, protegidos por Matamoros, quien se sabía perdido y estaba dispuesto a derramar hasta la última gota de su sangre, ya no por matar realistas, sino por salvar a su gente. Incluso uno de sus hombres trató de hacerlo entrar en razón.

—Mi general Matamoros, la orden que le dieron es tan absurda, que usted podría incumplirla sin comprometer su honor. Usted también es general y bien puede objetar esa orden.

—Recibí una orden de mi superior, del general supremo de este ejército y del movimiento de independencia. Las órdenes no pueden ser cuestionadas cuando no las consideramos convenientes. Moriré si es necesario y cumpliré con mi deber. Hay que alimentar a una patria que nace; y si es necesario la alimentaré con lealtad, con heroísmo y con sangre.

Hermenegildo Galeana y Guadalupe Victoria lograron huir. Matamoros decidió que había llegado su momento de gloria y la hora de morir con un propósito. En su último día como guerrillero insurgente, salvó la vida de cientos de sus hombres, permitió la huida de Victoria y Galeana, remató a varios realistas y, ante todo, se sacrificó por un hombre al que en el fondo seguía admirando y respetando y de quien estaba seguro que pronto recuperaría su antiguo brillo para volver a alzarse como el imbatible Generalísimo. El 5 de enero de 1814, el general Mariano Matamoros se entregó; sacrificó su vida para salvar a quien seguía considerando el Siervo de la Nación.

5

El año del Señor de 1813 comenzó muy agitado en la Nueva España. Las noticias en ambos bandos de la contienda corrieron como reguero de pólvora; los correos humanos, tanto insurgentes como realistas, galoparon a tope en todos los frentes de la guerra.

Ilustrísimo señor obispo electo, D. Manuel Abad y Queipo:

En ataque acaecido el 5 de enero contra las fuerzas insurrectas, reunidas en la Hacienda de Puruarán, fue hecho prisionero el licenciado Mariano Matamoros, teniente general, y, según se dice, segundo del general Morelos.

Este rebelde ha sido el principal cabecilla y ha causado daños irreparables a la nación española, por lo que debe sufrir la pena de muerte. El rebelde Matamoros tiene la unción sacerdotal, por lo que ruego a Vuestra Ilustrísima llevar los trámites correspondientes de su jurisdicción.

CIRIACO DEL LLANO

Las autoridades civiles no podían ejercer pena alguna sobre un sacerdote antes de que tomara acciones al respecto la autoridad religiosa. Así había ocurrido con Miguel Hidalgo y con Mariano Jiménez, y así tendría que ser con Mariano Matamoros.

Se asegura que el general José María Morelos lloró cuando se enteró de la captura de su brazo derecho, quizás por su pérdida militar, quizás por la caída de su amigo, tal vez por darse cuenta de los errores que cometió él mismo por arrogancia, tal vez por reconocer nuevamente la sabiduría que salía de las palabras de Galeana. Valoraba a Mariano Matamoros en todos los sentidos, y por eso decidió escribir, por primera vez, una carta al virrey Félix María Calleja:

La suerte de la guerra ha puesto en poder de Vuestra Excelencia, a mi teniente general, el señor licenciado Mariano Matamoros. Mis obligaciones institucionales con la nación, y personales conmigo mismo, me han hecho decidir entrar en contacto por vez primera con Vuestra Excelencia para ofrecerle un canje que espero encontrará justo. Tengo en mi poder a 200 prisioneros españoles que estoy dispuesto a liberar a cambio de la vida del licenciado Matamoros. Espero la resolución de Vuestra Excelencia.

GENERAL JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN

Pero lo cierto es que antes de que pasaran cinco días de la derrota de Puruarán, la insurgencia era un desastre en total declive. Enterado de los eventos, Ignacio López Rayón, quien nunca estuvo de acuerdo con el Congreso, se apresuró a desconocer toda autoridad de Morelos y de cualquiera de sus hombres, y pasó a denominarse Ministro Supremo de la Nación Americana, cargo que nunca aceptó el Congreso, que le ordenó retirarse a proteger Oaxaca.

Vicente Guerrero, al ver todo perdido, decidió que era momento de esperar mejores tiempos y huyó con sus hombres más leales —Pedro Ascencio y Juan Álvarez— a refugiarse en la sierra del sur, donde esperaba hacerse de más gente y quizás recuperar el poder de la insurgencia.

Mientras tanto, Calleja sentía haber alcanzado la cúspide de su carrera contra la insurgencia. Además, tenía la obligación de comunicar los pormenores de sus acciones al dominico, al Gran Inquisidor. Ése había sido el trato, Calleja se comprometía a derrotar al enemigo en el ámbito militar, mientras que el religioso enviaría a su gente en busca de Miguel y Sofía. Así pues, escribió:

Excelentísimo Señor:

Puruarán ha significado la caída total de la insurgencia con la captura de Mariano Matamoros, pero no satisfecho con esta presa, informó a Su Excelencia que aspiro a la caza de Morelos, convencido de que si la consigo terminarán para siempre las conspiraciones y las maquinaciones que es capaz de emprender el espíritu verdaderamente revolucionario de este religioso. La derrota ha puesto fin a los planes de Morelos y a las esperanzas de sus secuaces.

Suyo

FÉLIX MARÍA CALLEJA

Desde Santa Lucía, José María Morelos, Generalísimo de la insurgencia, escribió varias copias de la misma carta, destinadas a Vicente Guerrero, Ignacio López Rayón, Andrés Quintana Roo —líder del Congreso—, Hermenegildo Galeana y Juan Nepomuceno Rosains.

En todas notificaba a la insurgencia que, capturado Mariano Matamoros, quien hasta ese momento era su brazo derecho y por lo tanto quien debía tomar el mando si él llegaba a morir, era imprescindible nombrar a un sustituto. Y la persona en quien Morelos fincaba esta responsabilidad era nada más y nada menos que el general Juan Nepomuceno Rosains.

Si la noticia de por sí desorientó a todos, más lo hizo cuando además Morelos enviara a Rosains a la zona de Veracruz, para entrar en contacto con Manuel Mier y Terán, quien dominaba Puebla desde hacía dos años. Según el plan del Generalísimo, quien evidentemente pensaba recomponerse a sí mismo y a su movimiento, era de vital importancia tomar posesión de las dos costas de la Nueva España.

Pero la orden recibida por Guadalupe Victoria fue totalmente distinta; se le comisionaba para marchar al otro lado de la Nueva España, a las costas de Veracruz, con su grado de teniente, y ponerse a las órdenes del general Rosains para tratar de mantener el contacto con el pirata norteamericano Peter Ellis Bean, quien a su vez lo contactaría con el mercader de armas William Robinson y con el pirata francés Jean Latiffe, los cuales, según el Generalísimo, podrían serle de mucha ayuda. Las órdenes eran muy claras, excepto por la última oración del comunicado:

Don Guadalupe, confío en usted la república. Estar a las órdenes de Rosains es la mejor forma de vigilarlo. EL SIERVO.

En el encabezado, el general Morelos se dirigía al teniente Victoria; no había duda alguna, era una orden, una disposición de su superior. No obstante, esa última frase iba dirigida a don

Guadalupe y estaba firmada por El Siervo. No era, pues, el Jefe Supremo el que hablaba, sino al patriota de Chilpancingo, que, según el entender de Victoria, aclaraba que lo anterior, mucho más que una orden, era una petición.

Además estaba claro que mientras el general le ordenaba ponerse a las órdenes de Rosains, El Siervo, el hombre, al patriota, le pedía que lo vigilara de cerca. El destino de Guadalupe Victoria dio un giro radical: dejaba el ojo del huracán, el centro de la tormenta que se había generado en Valladolid, y era enviado al extremo contrario del reino a seguir la guerra en esos lares… Crecía la sospecha en torno de la deslealtad Juan Nepomuceno Rosains.

6

Hacienda de Montellano.

Febrero de 1814

Enero de 1814 no fue una buena época para andar por los caminos de Michoacán. Lo mejor, para todo aquel que pudiera elegir, era permanecer en casa y salir lo menos posible; nunca se sabía cuándo habría un intercambio de disparos o cuando se vería volar una cabeza cercenada. Desde luego, la vida de nadie que se atreviera viajar por los caminos de Michoacán estaba garantizada.

Miguel y Sofía decidieron permanecer por lo menos un mes a salvo y tomaron un merecido descanso; además, ambos estaban

enfermos y sabían que fuese lo que fuese lo que los esperaba, requeriría de toda su fortaleza. En la hacienda nadie sabía la verdad. Para los peones Miguel ahora era el amo. Y ya que su padre siempre había sido leal a la Corona, asumían que Miguel de Montellano también lo era, y por lo tanto que también era enemigo de los rebeldes. Sofía, desde luego, no fue presentada como su esposa, de manera que sólo se le consideraba como la mujer con la que transitoriamente se deleitaba el nuevo patrón.

La orden para los peones era seguir con su labor cotidiana, no salir de las tierras y no irrumpir en la casa grande más que para llevar los alimentos y hacer el aseo.

Para Miguel no era un secreto dónde debían comenzar a buscar. En el gran salón que servía como oficina a su padre colgaba un enorme pendón de seda con la Cruz de Borgoña, símbolo del ejército del imperio español. La pared en la que colgaba dicho estandarte ocultaba una puerta falsa, perfectamente disimulada, de la cual se pasaba a un corredor estrecho que terminaba en una habitación oculta, un secreto que siempre había conocido Miguel.

En dicha habitación Miguel y Sofía se dirigieron al único objeto existente, un gran arcón de madera pesada y tosca, enterrado en el piso y recubierto con acabados de hierro forjado. Con un poco de pólvora y muchos esfuerzos Miguel abrió el cofre y entre los dos se dedicaron a escrutar su contenido.

Telarañas, humedad, hongos, polvo y años de encierro tardaron en disiparse y permitir que un rostro humano pudiera husmear en su interior. Finalmente lo hicieron y los decepcionó un poco lo que encontraron adentro: papeles, simplemente papeles; algunos sueltos, otros encuadernados en piel. Sacaron todo de ahí.

Antes que nada revisaron un pergamino que estaba guardado en una funda de piel en la que había grabado el escudo de armas de la familia Montellano. Era la genealogía de Miguel. Una gran lista de antepasados que remataba con el nombre de don Diego de Montellano y Miravalle, nacido en Valladolid, intendencia de Michoacán de la Nueva España, en 1758, de padres peninsulares emigrados en 1755 con el séquito del virrey don Agustín de Ahumada y Villalón.

El documento era una heráldica que se iba actualizando con el tiempo. Y éste había estado guardado muchos años, los suficientes para que no apareciera registrado aún el nombre de Miguel, lo cual no dejaba de ser extraño, ya que lo propio hubiera sido agregarlo en el momento de su nacimiento, aunque era tradición en algunas familias dejar el espacio en blanco hasta que el nombre del familiar

pudiera acompañarse con sus honores. Hacia arriba en el pergamino simplemente podía verse la ascendencia de Diego de Montellano y Miravalle.

Su padre, el abuelo de Miguel, nació en Castilla en 1730, con el nombre de Fernando Miguel de Montellano y Ahumada, hijo a su vez de Felipe Joaquín de Montellano y Alvarado y de doña Ana de Ahumada y Villalón. Ese dato develaba que existía un parentesco entre la familia Montellano y el virrey Agustín Ahumada y Villalón, con quien viajara en 1755 el abuelo de Miguel y padre de don Diego.

También evidenciaba que eran ciertos los rumores del antiguo linaje de la familia. El propio apellido Montellano podía rastrearse hasta el siglo XVI . Y en la genealogía de la familia aparecían varios apellidos de gran alcurnia y abolengo.

Pero lo que llamó la atención de Sofía fue la columna del lado materno de Miguel. La madre de Diego Montellano y abuela de Miguel se llamaba Isabel de Miravalle-Tultengo y Almería, nacida en Sevilla en 1734, hija a su vez de doña Mercedes de Almería y Valencia y de don Pedro de Miravalle-Tultengo y Algeciras. En resumen, en el origen materno estaba el apellido Miravalle, unido al de Tultengo, título de los condes de Moctezuma en España; en consecuencia, de ahí provenía el linaje que unía a Miguel de Montellano con el señor mexica Moctezuma.

Al parecer, Miguel de Montellano era descendiente de toda una línea de la familia Miravalle, condes de Moctezuma Tultengo, supuestamente radicados en España, un linaje que comenzaba con don Pedro de Moctezuma, primer conde que ostentó el título, y que fue llamado de la Nueva a España a la corte madrileña ante las sospechas de que organizaba un movimiento cuyo propósito era reclamar el trono de su abuelo. Aquel Pedro Moctezuma no era otro más que el hijo de Isabel de Moctezuma —hija de Moctezuma II— y del conquistador Pedro Andrade.

Sin embargo, había huecos en la genealogía que hacían pensar que esa rama perdida de los Miravalle fuera fruto de algún amor furtivo; en buen español, que algún tatarabuelo de don Diego había sido, literalmente, un bastardo, ya que el título oficial de conde de Miravalle y Moctezuma-Tultengo, en ese momento lo ostentaba Joaquín Guinés de Oca y Moctezuma, en Granada.

Pero sólo hasta ese instante, en esa habitación húmeda y con escaso aire, ante papeles que estaban llenos de de preguntas y respuestas, de misterios y leyendas, Sofía reparó en el detalle de que no sabía nada de la madre de Miguel, quien con tanta nobleza iba

por la vida con un solo apellido.

—¿Cuál es tu segundo apellido, Miguel?

—¿Cómo?

—Sí, Miguel, ¿cuál es tu apellido materno? ¿Quién fue tu madre? Desde que te conozco es un tema que nunca hemos abordado.

Sólo en ese momento Sofía se percató de que estaba con un completo desconocido, que vivía una historia de amor romántico con un hombre que la había seguido a través de los campos de batalla y que le salvó la vida en más de una ocasión, que finalmente se habían besado… que incluso el padre Morelos los había casado y que a partir de ese momento habían seguido huyendo, entregándose a la lujuria cada vez que lo permitía la ocasión; pero que se guardaban rencores mutuos… Y, lo más importante, que casi nunca habían hablado de sus vidas, y no sabían nada uno del otro. Miguel y Sofía eran dos desconocidos, no obstante que estuvieran casados.

Pero más aún, fue justo en ese instante cuando Sofía se dio cuenta de otro detalle que prefirió no mencionar: el padre José María Morelos, quien les dio la bendición matrimonial, se había manchado las manos de sangre y había sido excomulgado por la Iglesia. Por lo cual en realidad no estaban casados. Eran dos desconocidos entregados a la lujuria, y además en amasiato, en concubinato, o como demonios se le dijera al simple pecado en que vivían. Su mirada estaba perdida y estaba fuera de sí hasta que fue interrumpida por Miguel.

—¿Estás bien Sofía? Me preguntaste por mi madre y luego te quedaste absorta. ¿Qué te pasa?

—Nada, nada… me quedé pensando en muchas cosas. Tantas cosas que han pasado últimamente. Pero entonces, dime, ¿quién fue tu madre?

—Sólo sé que murió cuando nací yo; no la conocí. Mi padre nunca fue bueno con esto de las emociones y simplemente nunca tocó el tema conmigo. Sólo sé que provenía de un linaje antiguo de mucho renombre, particularmente de la era borbónica y afrancesada. Se llamaba Rebeca. Fuera de eso no sé nada… Supongo que me voy a enterar al mismo tiempo que tú y de la misma manera: Hurgando en el pasado oculto de este arcón.

Miguel y Sofía volvieron a tomar el pergamino de la heráldica familiar, recorrieron toda la lista de nombres importantes, todo el linaje de Moctezuma, desde Isabel de Moctezuma hasta Joaquín Guinés de Oca Moctezuma y Mendoza. De ida y vuelta hasta volver a Diego de Montellano y Miravalle, casado en 1783 con doña

Rebeca de Cortés-Altamirano y Sarmiento.

Finalmente Sofía había descubierto el nombre completo del hombre que no era su esposo: Miguel de Montellano y Cortés Altamirano. Algo en su mente se revolvió de manera terrible, aunque no tuvo claro qué había sido… Quizás fue el hecho de tener tan cerca el apellido de aquel hombre al que ya no sabía si llamar conquistador, constructor… o simplemente pariente.

Había siglos de pasado en ese baúl, por lo que Miguel y Sofía decidieron sacar todos los documentos para analizarlos uno a uno con mayor comodidad en la estancia de la hacienda. Tomaron una carpeta con el nombre de Hernán Cortés, varios legajos de documentos con símbolos de diversas órdenes religiosas, cartas, pergaminos y muchos papeles que estuvieron ocultos en aquel escondite.

Cuando finalmente se aseguraron de haber retirado todos los escritos y que el cofre estaba vacío, en el fondo descubrieron un pequeño compartimento, una puertecilla que comunicaba a un doble fondo. Lo abrieron. Por lo menos Sofía estaba segura de que algo de verdad tendría que haber detrás de todo eso que parecía una leyenda: una medalla, casi idéntica a la suya, apareció de pronto en aquel refugio misterioso. Debía ser el Águila de Moctezuma.

7

Miguel de Montellano inmediatamente se encaminó a una gran mesa en la que desplegó todos los documentos extraídos del arcón. Estaba sorprendido, fascinado y hasta temeroso, y tal vez, por primera vez en aquel enredo del pasado, emocionado, ya que al fin tenía frente a sí una serie de papeles que lo involucraban de manera directa.

Sofía, por razones evidentes, se concentró de inmediato en la medalla, en el Águila de Moctezuma, aquella pieza de oro tan similar a la que portaba en su cuello. Finalmente no era una quimera: ahí estaba la verdad entre sus dedos. Se sentó en el extremo contrario de la gran mesa para no estorbar el desplegado de papeles y carpetas que estaba llevando a cabo Miguel, se quitó la

medalla del cuello y colocó ambas piezas sobre la mesa, frente a ella, y comenzó a observarlas detenidamente.

Es probable que hasta ese momento tampoco se hubiese detenido nunca a ver la suya con detenimiento. Su Águila de Cortés, que le diera su madre, era una medalla de oro, con un águila de alas desplegadas, posada sobre un nopal en una piedra. Con su pico y con su garra derecha asía una serpiente a la que devoraba. Nada de eso le parecía extraño… pues hasta donde entendía se trataba de un símbolo de los antiguos mexicas, conocidos como aztecas por los españoles.

Pero sólo al observarla junto al otro medallón, notó detalles que antes hubieran sido irrelevantes. Su Águila de Cortés, aunque estaba de frente, volteaba su cuello y giraba la cabeza hacia la izquierda; claro, si la miraba de frente, hacia la derecha. Aquél podría haber sido un detalle insulso; pero en ese momento vio que el Águila de Moctezuma giraba el cuello y la cabeza exactamente hacia el lado contrario.

Por lo demás eran muy parecidas, un águila vista de frente, con las alas extendidas y devorando… ¡Nada! ¡Devorando nada! El Águila de Moctezuma estaba en la misma pose que el Águila de Cortés, con la excepción de que su cabeza miraba en el sentido opuesto… Y además no había una serpiente en esa medalla; sólo el águila. En ese momento se dio cuenta de otro detalle: el sitio donde se posaba el animal tenía casi la misma forma que el nopal que surgía de la piedra de su propia medalla… Pero no era un nopal, sino una media luna. Y lo que en la medalla de Cortés era una piedra, en la de Moctezuma era una especie de ondas que semejaban agua. A la distancia parecían idénticas, pero era evidente que sus diferencias significaban algo.

—¡Miguel, mira esto! Creo que sí debe haber algo oculto en las medallas. Además, es muy curioso que en la medalla de Moctezuma no aparezca la serpiente, sino sólo un águila.

—A mí me hubiera parecido igual de extraño… hasta ahora, hasta este momento. Pero mira este documento.

Miguel desplegó sobre la mesa un pergamino con pictogramas prehispánicos, evidentemente aztecas a su entender. Desde luego no era un códice original, sino un dibujo, la réplica de algún documento antiguo. De hecho, el papel en el que estaba inscrito no podía tener 300 años de antigüedad; pero lo más importante: el pergamino contenía anotaciones en español y además el título no dejaba lugar a dudas:

CÓDICE DE MENDOZA

Enviado por don Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España, a Su Majestad, Carlos I de Castilla y V del Santo Imperio Germano. Año del Señor de 1549.

El primer folio aclaraba que había sido elaborado en 1540, esto es, no en tiempos de los mexicas, sino después de la conquista, por manos indígenas bajo la guía de los religiosos españoles. El objetivo de ese documento era dar a conocer a Carlos V más datos sobre sus nuevos dominios y sus súbditos.

También narraba una historia curiosa: la del viaje del documento, que nunca llegó a manos del rey, ya que salió de Veracruz en 1549, pero el barco en el que iba fue atacado por corsarios franceses, que obsequiaron el documento a su rey, Enrique II, quien, ignorante de su valor, lo garabateó con su firma varias ocasiones.

A la muerte del monarca, en 1559, y ante la bancarrota de Francia, la reina madre, Catalina de Medicis, lo vendió al embajador inglés, Richard Hakiuyt, quien además era historiador y geógrafo. Hasta donde se sabe, el documento permanecía en Londres, por lo menos hasta el momento en que se realizó su réplica.

—Pero mira, Sofía; fíjate aquí, en el segundo folio. Todo el documento parece ser una historia del pueblo azteca, pues comienza con la leyenda de la peregrinación que terminó al aparecer la señal de Huitzilopochtli. Observa este pictograma: es la ciudad, partida en cuatro; seguramente los cuatro barrios. En el centro está el águila, sobre un nopal… Pero mira… no existe la serpiente.

—Espera, espera, ¿de qué leyenda hablas?

—Sofía, no creerás que un dios que no existe, como Huitzilopochtli, se apareció en sueños a un sumo sacerdote y que su pueblo vagó durante 100 años hasta encontrar una señal… Eso simplemente es imposible.

—Bueno, el hecho de que el dios Huitzilopochtli no exista no quiere decir que alguien no pueda soñar con él… Aunque tienes razón en una cosa: es prácticamente imposible que un pueblo entero peregrine unido durante 100 años sin separarse, pelearse o hasta matarse entre sí. Además, recuerdo algo que nos enseñó el padre José María: el mito del pueblo hebreo, narrado en el Antiguo Testamento de la Biblia, habla precisamente de un pueblo elegido, al cual Dios lanza a la búsqueda de la tierra prometida… La leyenda azteca es muy similar, porque fue inventada mucho tiempo después, tras la conquista, por los franciscanos. Si consideramos que el

documento fue elaborado en 1540, todo tiene sentido.

Los dos quedaron un rato en silencio, como asimilando lo que acababan de descubrir… Desde luego, aquél era un dato histórico muy interesante; pero ¿qué relación tenía con lo que buscaban? De hecho ¿qué era lo que buscaban? A Sofía su padre le había hablado de un tesoro, pero lo único que siempre había encontrado eran papeles.

Por la mente de Miguel pululaba otra cosa. Efectivamente, el dato histórico era interesante; pero, por otro lado, qué más daba si los aztecas habían peregrinado uno o 100 años, si hubo o no un águila y si ésta devoraba o no a una serpiente. En su mente las dos medallas comenzaron a tomar una forma plena de coincidencias. Ante todo se preguntaba por qué su padre había guardado todos esos objetos misteriosos… Y más importante aún, ¿cuál era su verdadero valor como para esconderlo en un sitio tan recóndito?

De pronto tuvo un destello: ¡los medallones, Hernán Cortés, Rebeca, su madre!… Una serie de piezas comenzaron a encajar en sus pensamientos como un perfecto rompecabezas. Miguel de Montellano corrió al extremo de la mesa donde estaban desplegados los documentos y tomó la carpeta de piel que tenía grabado el nombre del conquistador. Tal como lo pensó, en el primer folio estaba el escudo de armas de Hernán Cortés, seguido de su linaje. El escudo donde aparecía el águila bicéfala de los Habsburgo. Todo tuvo sentido en ese momento.

8

Don Hernando de Cortés y Monroy Pizarro Altamirano, ése era el nombre completo del aventurero que conquistó Tenochtitlán el 13 de agosto del año del Señor de 1521… quien tuvo una vida de novela épica, según pudieron constatar Miguel y Sofía después de varios días de organizar documentos y juntar historias.

Nació en la provincia de Extremadura en 1485, cuando ésta había sido absorbida por la Corona de Castilla durante las guerras contra los árabes. Era Cortés lo que comúnmente se conocía en aquella época como un hidalgo, es decir, un noble empobrecido, de aquellos que obtuvieron su nobleza en la batalla contra los moros, y

que la Corona, a cambio de una compensación monetaria, otorgaba como título de gran nobleza, pero sin tierra que hiciera de dicha nobleza un negocio lucrativo.

Castilla era un reino pobre y Extremadura era la región con el clima más extremo del reino, y por lo tanto, la más pobre. No es de extrañar que por eso don Hernando se fuera de su patria desde los 19 años de edad, en 1504, en pos de la aventura americana, donde estuvo instalado un tiempo en Haití y luego en Cuba, ambas pequeñas colonias castellanas.

Pero lo importante para Miguel, más que todas las aventuras de aquel lejano conquistador, era su linaje, que fue prolífico y además derramado por medio mundo, mezclando un sinfín de etnias y culturas. Cortés gustó de inmediato de las mujeres del Nuevo Mundo y desde su estancia en Haití bautizó a una para amancebarse como Dios manda. A esta mujer, cristianizada con el nombre de Leonor Pizarro, se la llevó a Cuba, donde tuvo a su primera hija, nacida en 1514, con el nombre de Catalina Pizarro y de la cual no se decía nada más.

Después de haber conquistado Tenochtitlán en 1521, de la princesa tlaxcalteca bautizada como doña Marina, y que le sirvió de intérprete, le nació en 1522 su primer varón, Martín Cortés, a quien, para no confundirlo, se le llamó Martín el Mestizo, ya que tiempo después, una década para ser exactos, procreó otro hijo al que llamó Martín, quien nació de un matrimonio legítimo con una española con la que su padre, también Martín, lo había comprometido. Éste era Martín el Marqués, heredero del título de don Hernando.

Durante aquellos 10 años el conquistador fue prolífico. En 1524, de una princesa mexica bautizada como doña Hermosilla, tuvo un hijo varón al que llamó Luis Altamirano. Es importante señalar que en aquella época uno podía elegir los apellidos familiares; como Hernán Cortés resultó ser poco original con los nombres, por lo menos cambió los apellidos. Luis Altamirano fue otro hijo de Cortés, también mestizo. El apellido Altamirano lleva la sangre del conquistador.

En 1528 nació, de Isabel de Moctezuma, la hija del último gran señor azteca, la niña llamada Leonor Cortés… de Moctezuma, aunque su propia madre no la reconociera. Ahí estaba la antepasada de Sofía, la hija de Isabel… de Moctezuma, ascendiente de Miguel.

Ahí, en el siglo XVI , cuando comenzó el mestizaje cultural que formó a la Nueva España y el mestizaje racial al que el señor Cortés abonó de manera persistente, ahí se hundían las raíces tanto de

Sofía Guillén como de Miguel de Montellano… Pero, ¿y Cortés Altamirano?

Era demasiado para ser casualidad: la madre de Miguel había llevado los apellidos Cortés Altamirano. Rastreando sus orígenes españoles, pudieron remontarse hasta el mismísimo Luis Altamirano, que vivió durante muchos años en la Península Ibérica, antes y después de la primera gran revuelta por la independencia en la América hispana. Trescientos años posteriores a la formación de la Nueva España, Miguel y Sofía resultaban ser descendientes muy lejanos tanto de Hernán Cortés como de Moctezuma Xocoyotzin.

Era estúpido pensar que aquello fuera una casualidad: aquel linaje que emparentaba a Manuel Guillén con Diego Montellano debió ser la causa de que en algún momento hubiera un conflicto entre ambos, conflicto que llevó a Diego a traicionar a Manuel. Y claro, no hay azar ni providencia: Miguel conoció a Sofía porque su padre le encargó vigilarla, por ser hija de Manuel Guillén.

En ese momento Sofía decidió tocar un tema pendiente:

—¿Sabías que en realidad no estamos casados, Miguel?

Montellano guardó silencio un instante mientras seguía removiendo papeles, hasta que finalmente habló:

—¿Te refieres a que el padre Morelos está excomulgado?… ¿Y lo estaba cuando nos casó?

—Entonces lo sabes.

—Lo reflexioné poco tiempo después, pero no consideré oportuno abordar el tema… A fin de cuentas ya no sé si creer en la Iglesia y en sus excomuniones. De pronto pienso que Dios no necesita de la burocracia humana y… bueno, pensé que si todo salía bien, podríamos casarnos después con un cura que se halle en el seno de la Iglesia.

—Francamente ya no sé si quiero que nos case un cura de esta Iglesia. A veces me parece que la Iglesia es la verdadera conquistadora y explotadora de este reino, pues en esta guerra, en mi guerra y en la guerra del padre José María, resulta que la Iglesia es nuestra enemiga. Es decir, parece que la Iglesia es enemiga de la libertad… Por lo menos sí lo es en cuanto a libertad de pensamiento.

Ambos quedaron en silencio por un tiempo. Ahora sabían que no sólo no estaban casados legalmente, sino que además aquélla era una certeza que compartían desde hacía tiempo aunque no la hubiesen compartido. No había confianza entre ellos… O tal vez tenían demasiado miedo. Miedo y desconfianza no suelen ser los pilares más idóneos para cimentar una relación.

—¡Bueno, supongo que si ya me acusan de hereje, de insurrecta y de tantas cosas, el pecado en el que hemos vivido es poca cosa!

—¿Pecado? —Miguel miró con extrañeza a Sofía—. ¿De qué pecado estás hablando?

—Pues es muy claro. Desde aquella ceremonia y hasta hoy hemos compartido el lecho —Sofía no pudo evitar una sonrisa traviesa—… y lo hemos compartido muy bien.

Miguel tuvo un exabrupto, bruscamente soltó los papeles que tenía en la mano y caminó enérgicamente de un lado a otro de la habitación. Era evidente que la presión había terminado por vencerlo.

—¿A eso le llamas pecado, Sofía, a habernos amado frecuentemente, a compartir desnudos el lecho? ¡Yo te diré lo que es un pecado!… Matar a tu propio padre es un pecado… sin importar las circunstancias… Y es un pecado imperdonable; no sé si más condenable que traicionar al rey, a la patria y por lo tanto al propio Dios. Eso es un pecado, Sofía, y no los arrumacos de dos personas que se aman.

—¡Arrumacos! ¿Eso he sido para ti, Miguel de Montellano? Así que finalmente resulta que te empecinaste en una conquista… y ya conseguiste tu arrumaco, ya saciaste tu lujuria, ya probaste conmigo los placeres de la carne… Y listo. Bien, como no estamos casados eso me convierte en tu querida y puedes largarte cuando quieras.

Miguel se tranquilizó e intentó calmar a Sofía. Se acercó a ella despacio, colocó ambas manos sobre sus hombros. Ella lloraba mientras Miguel delicadamente enjugaba con la mano una de sus lágrimas y luego levantaba con suavidad su rostro.

—Sofía, escúchame bien —dijo con voz tranquilizadora—: tú eres mi mujer y no mi querida. Las excomuniones son un arma más en la política y en la guerra y es claro que nada tienen que ver con la religión.

Sofía volteó a ver a su… a Miguel. Su cara reflejaba tristeza, confusión, miedo, incertidumbre. Su vida cambiaba día a día y no precisamente para bien, como ella pensaba. Su padre, de quien sabía muy poco, era descendiente de un pirata irlandés, y al mismo tiempo, de Moctezuma el Segundo y de Hernán Cortés. Miguel, por parte de su padre, llevaba en sus venas la sangre de los hijos de Moctezuma y por parte de su madre era descendiente del propio Cortés.

Entonces resultaba que no los unía un lazo matrimonial pero sí uno sanguíneo… Claro, con siglos de distancia. De pronto parecía que el padre de Sofía tenía algún tipo de parentesco con Diego de

Montellano… En ese momento, ella cayó en cuenta de que tampoco usaba su segundo apellido, no porque lo desconociera, sino por costumbre.

Había prometido a sí misma no desconfiar nunca de Miguel, de su caballero andante, pero no podía evitarlo en un momento en que en realidad desconfiaba de todo y de todos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Miguel:

—Sofía, mira esto —la pequeña se acercó a la mesa donde Miguel seguía revisando el pergamino con el linaje del conquistador, temerosa de descubrir nuevas revelaciones—. Sí que fue prolífico Hernán Cortés. Aquí se detalla cómo, en 1528, tuvo otra hija con una princesa azteca en apariencia desconocida, a quien llamó María Cortés. Y después, con su segunda esposa legítima, doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, procreó un niño y una niña, Luis y Catalina Cortés, que nacieron y murieron en 1530 y 1531, respectivamente. Fue después cuando tuvo a Martín Cortés, el segundo marqués del Valle, en 1532… Pero la cosa no termina ahí. Aún tuvo tres niñas más: María, Catalina y Juana, las tres de apellido Cortés, en la ciudad de Cuernavaca.

Sofía no demostró mucho interés en lo que simplemente parecía el enorme árbol genealógico de un antepasado que además de conquistador parecía haber sido todo un garañón.

—Pero mira, Sofía —continuó Miguel—, lo curioso es que prácticamente no dice nada de la descendencia a partir de ahí, excepto este dato: Martín el Marqués tuvo un hijo en 1566, según se sabe; pero aquí está asentado claramente que ese año el segundo marqués del Valle tuvo gemelos; uno de ellos, Hernando o Fernando Cortés, fue el tercer marqués del Valle; y se menciona a una hermana llamada Juana Cortés de Ramírez y Arellano.

Ese nombre fue el que logró captar la atención de Sofía, quien volteó de inmediato y siguió con atención el relato que hacía Miguel. Los dos se miraron fijamente y comprendieron todo sin decir palabras: Ramírez y Arellano. Todo se complicaba cada vez más.

Según siguieron leyendo, al morir el nieto de Cortés, sin descendencia, su hermana gemela quiso heredar el título, lo cual resultó imposible, ya que las leyes, tanto las de España como las de la Nueva España, estaban hechas para favorecer a los hombres. Por esta situación, el hermano menor, Pedro Cortés, se convirtió en el cuarto marqués del Valle.

Les pareció muy curioso que, al igual que su hermano, Pedro Cortés muriera sin descendencia. Frente a aquella situación,

finalmente Juana Cortés accedió al título en 1629, ya a los 63 años de edad. A partir de ese momento comenzó una pugna con su marido, quien pretendía ser el propietario del título, por lo que en 1635, sintiendo la muerte cercana, renunció al marquesado en favor de su hija, Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés. A partir de ese momento el título cambió de familia en familia emparentándose con la casa de los Aragón, los Medici y los Pignatelli.

El título, pero sobre todo las tierras que formaban el llamado Marquesado del Valle, eran muy incómodas para la Corona española, ya que no se limitaban al valle de Oaxaca, sino que abarcaban gran parte de la costa, casi todo el territorio al sur de la Ciudad de México, hasta Cuernavaca, donde de hecho se asentaba el palacio familiar, y seguía hasta la zona de Michoacán.

No sólo era el territorio más fértil del virreinato, sino que, desde tiempos de Hernán Cortés, constituía un Estado dentro del Estado, una espina clavada en el costado de la monarquía.

Por esa razón, a la muerte de Pedro Cortés, biznieto del conquistador, se organizaron unos funerales majestuosos, no obstante la banalidad de este hombre. Sin embargo, ese hecho fue el pretexto para exhumar los restos de don Hernán Cortés, que se hallaban en el convento franciscano de Texcoco. Entonces se realizó un gran rito fúnebre para enterrar juntos al conquistador y a su último descendiente varón en el templo franciscano de la Ciudad de México. Con esta ceremonia se pretendía terminar con el linaje oficial y, por lo tanto, con el Marquesado del Valle. Quedaba así cerrado un capítulo en la historia de la Nueva España.

—Al parecer —señaló Sofía—, Hernán Cortés, su descendencia y su título resultaban incómodos a la Corona española. Lo cual no deja de ser extraño… pues a fin de cuentas se trata del conquistador.

—Eso es cierto, querida Sofía; pero por lo que sé, se trataba de un conquistador muy incómodo. A fin de cuentas la iniciativa de la expedición de conquista fue suya, y la llevó a cabo por su cuenta aunque siempre declarara todo en nombre de Carlos V. En realidad, él logró que todos los señoríos indígenas, antiguos enemigos de los aztecas, le rindieran pleitesías. Y por lo que sé, incluso se enfrentó al propio monarca por la situación política que se vivía en la Nueva España.

—¿Y eso por qué habría sido?, ¿No conquistó estas tierras para España?

—Ahí está el detalle, Sofía. Recuerda que cuando Hernán Cortés salió de Europa, en 1504, él vivía en Castilla, y España aún no

existía como país unificado. Incluso en 1521 seguía siendo así. Por curiosidades de la historia, la Nueva España nació antes que la Vieja España.

—Bueno, pero más allá de los nombres, conquistó todo para el rey de España.

—Hasta donde sé, ésa es otra imprecisión. Carlos de Gante, que era nieto de los famosos Reyes Católicos, tomó el trono de Castilla y el de Aragón por separado, pero nunca el de España. Eso ocurrió en 1516. No era un monarca muy querido, entre otras cosas porque no hablaba castellano ni vivía en la península.

Sofía no dejaba de mirar con admiración a Miguel. ¡Qué poco conocía a ese hombre!

—Bueno, ¿y tú cómo sabes todo eso, Miguel?

—De la misma manera como podrías saberlo tú, preciosa —Miguel sonrió como burlándose de una obviedad—: leyendo. Hay muchas cosas que a la gente le resultan misteriosas, pero que están en los libros de historia.

Sofía devolvió la sonrisa pícara e intempestivamente se arrojó a los brazos de Miguel de Montellano y le dio un beso… Uno tierno y juguetón. Acto seguido le golpeó la frente con un dedo.

—Qué chistoso eres… Ya sé que leyendo un libro de historia. Pero, ¿por qué tienes esta información?

—Bueno, mi padre siempre fue muy estricto con mi educación y me obligaba a leer muchos libros de historia, particularmente de España y de Hernán Cortés. ¿Por qué tanto acerca de Hernán Cortés? Si esa genealogía es verdadera, resulta que es mi… nuestro ancestro.

Aquella idea no dejaba de desagradar a Sofía, aunque resultaba evidente, no sólo por su lado paterno, sino más aún por el lado materno.

Miguel prosiguió:

—Específicamente, toda su vida y todas sus aventuras son narradas, de un modo muy épico, por cierto, por el cronista español López de Gómara, quien conoció a Cortés en el segundo viaje de éste a España… Viaje del que ya nunca volvió. Una biografía que por cierto fue prohibida por Carlos V.

Los dos se miraron unos segundos en silencio. Su situación era paradójica y compleja. No eran marido y mujer, por más que su matrimonio hubiese sido consumado varias ocasiones en forma por demás extenuante.

Miguel aún no superaba el hecho de haber asesinado a su padre y no podía evitar que su resentimiento por aquel suceso se reflejara

en sí mismo y en su hermosa Sofía. Ella, por su parte, había prometido confiar absolutamente en Miguel, pero no podía dejar de sentir desconfianza por todo lo que tuviera trazas de español… incluido el propio Miguel de Montellano.

Pero ahí estaban los dos, mirándose con lascivia, con ojos que evidenciaban su mutuo deseo, con un campo de fuerza que los empujaba instintivamente el uno al otro. En aquel momento se contuvieron. Tenían que terminar con aquel tema; pero ya se habían prometido sin hablar que esa noche olvidarían sus problemas y volverían a ser marido y mujer, amantes, pecadores o lo que fuera.

—El punto es —prosiguió Miguel— que Carlos de Gante fue Carlos I de Castilla y Aragón, a la fuerza… Pero, además, en 1520 fue coronado como Carlos V, Emperador Germánico, aunque no hablaba alemán y era menos querido por los germanos. Ni siquiera podía entenderse con la nobleza, ya que tampoco dominaba el latín.

—¡Pues valiente rey tan inservible! En general, de él se tiene la idea de que era un gran señor. Es evidente que la política está llena de hombres inútiles.

—Fue un hombre grande gracias a Hernán Cortés, a quien le arrebató todos estos dominios. Aquí quería llegar: Hernán Cortés conquistó a los aztecas y obtuvo el vasallaje de los demás pueblos. Y gracias a la inmensa fortuna que envió a Carlos de Gante, con la que pudo comprar la elección imperial, fue nombrado capitán general de la Nueva España, donde era el hombre más rico y poderoso.

—Bueno, ¿y cuándo llegamos a la parte en la que se volvió un personaje incómodo? Hasta el momento sólo ha atascado de riqueza a un rey que por sí mismo no hubiera logrado ser ni siquiera duque de Flandes.

—Exactamente. Cortés era un hombre mucho más grande que Carlos V; sin embargo, siempre le fue fiel, no obstante que muchos de sus seguidores, e incluso los franciscanos, lo instaban a nombrarse rey de la Nueva España.

Sofía interrumpió:

—Lo cual, hasta donde sabemos, rechazó; pero a su hijo Martín sí lo tentaron con esa oferta, con la idea de la independencia. Mira esto.

Sofía señaló el documento en el que estaban analizando la genealogía de Cortés y colocó su dedo justo donde aparecía el nombre de Martín Cortés, segundo marqués del Valle, y de sus hijos gemelos. Debajo de aquel nombre, con letra borrosa, se alcanzaba a

ver aún una inscripción en letras pequeñas:

Don Martín de Cortés y Ramírez Arellano

(Novus Hispania rex 1566)

Ahí estaba la prueba de que, efectivamente, los hijos de Cortés, por lo menos Martín el Marqués —aunque los tres habían sido aprehendidos—, habían participado en una conspiración para independizar a la Nueva España, comenzando, desde luego, por el territorio legado por don Hernán, el llamado Marquesado del Valle de Oaxaca, tan grande, que el propio Cortés se hacía llamar simplemente Marqués del Valle, ya que sus tierras iban mucho más allá de Oaxaca. Era la zona más poblada y la más rica. En verdad un Estado dentro del Estado.

Pero Sofía ya había averiguado parte de esa historia, por lo que descubrir ese título en latín, "Rey de la Nueva España", no le sorprendía mucho.

Era otra cosa la que la molestaba, la que atormentaba su alma y la hacía sentir rencor por la única persona por la que nunca lo había sentido: su madre.

Ahí estaba presente aquel apellido: Martín de Cortés y Ramírez Arellano. Ahora sabía que su esposo era Miguel de Montellano y Cortés Altamirano, lo cual él mismo había ignorado hasta ese momento: un descendiente por línea materna del mismísimo conquistador… Lo cual subrayaba el carácter español de Miguel, la parte de él que ella odiaba.

Pero, ¿cuánto tiempo fingiría ignorar lo que ella conocía perfectamente y que Miguel no había mencionado? ¿Cuándo aceptaría que, por herencia de su criollísima madre, su nombre era Sofía Guillén y Ramírez Arellano?

El secreto de la serpiente

1

Tlacotepec.

Febrero de 1814

Andrés Quintana Roo estaba muy nervioso; sudaba a chorros, lo cual se le notaba en los cabellos y en la ropa. Constantemente esquivaba la mirada y tamborileaba con los dedos sobre la mesa en la que presidía el Congreso. Detrás de él estaban sólo algunos diputados; debían ser 15, incluyéndolo, pero por lo común más de la mitad no asistía a las sesiones. A aquélla en particular todos le rehuían.

Cuando los diputados huyeron de Chilpancingo pretendían llegar a Tlalpujahua, pero las noticias de las tropas realistas merodeando por las tierras de Michoacán; la devastadora

información de la derrota sufrida en Valladolid, en Puruarán, y la trágica captura de Mariano Matamoros, los hicieron volver sobre sus pasos y esconderse en Tlacotepec, un pueblo tan cercano a Chilpancingo al que probablemente jamás se le hubiera ocurrido al coronel realista Armijo salir a buscarlos, y mucho menos en medio de la sierra.

Ahí en Tlacotepec, el Congreso pretendía sesionar, aunque había transcurrido algún tiempo sin que lo hiciera, pues en realidad tenía poco trabajo que hacer más allá de esconderse. Aquel 18 de febrero de 1814, el sometido Generalísimo José María Morelos se presentó ante dicho cuerpo soberano, un Congreso dividido cuyos escasos miembros activos sólo velaban por los intereses de sus grupos.

En septiembre del año anterior había triunfado la postura republicana de Morelos, a quien encumbraron en lo más alto de la cúspide. Cinco meses después, con su derrota como pretexto, y animados por López Rayón y por los fernandistas, determinaron que era el momento de hacerlo caer.

No fue el Generalísimo de siempre el que se presentó ante Andrés Quintana Roo, sino un hombre abatido, derrotado y deprimido. Ni siquiera era El Siervo o el señor cura… sino el militar que había abandonado a su mano derecha y el hombre que perdió a su amigo. Ahí estaba Morelos sin sus mejores hombres, sin Galeana y sin Matamoros… El primero había dejado la lucha y su paradero era desconocido; el segundo había sido capturado y juzgado. Acusado de traición a la Corona; sin inquisición, a pesar de ser sacerdote; sin haber sido degradado, al final fue condenado a muerte.

Hasta 300 fueron los hombres que el Generalísimo llegó a ofrecer a cambio de la vida de su brazo derecho, pero el 3 de febrero, con la carta en la mano, Félix María Calleja, quien conocía el valor del general Matamoros, estaba dispuesto a sacrificar a 300 españoles… Efectivamente, Matamoros valía eso y más. Su muerte había sido decretada en Valladolid. Murió de pie, dignamente, con el rostro erguido aunque tuviera los ojos vendados. Murió de frente y después de tres descargas del batallón de fusilamiento.

Morelos parecía un cadáver viviente, pero no dejaba de ser un hombre bravo, por lo que los diputados ya habían sondeado con su secretario Rosains si el Generalísimo estaba dispuesto a acatar la orden. Como líder del Congreso, era Andrés Quintana Roo quien debía hablar.

—Señor general José María Morelos y Pavón. Este cuerpo soberano depositó en usted el mando supremo de la insurgencia —

don Andrés hablaba en voz tan baja que era inaudible; se quebraba, trastabillaba, bajaba la mirada incluso ante un Morelos aniquilado —. La derrota sufrida en Valladolid, en las Lomas de Santa María, y más adelante en Puruarán… obedecen… obedecen, según el análisis de este Congreso, a… a malas decisiones y estrategias erróneas en la batalla. Todo lo cual ha llevado a la captura de su segundo al mando, el general Mariano Matamoros… quien finalmente ha sido fusilado. Su muerte… su muerte, general, ha sido producto de aquellas decisiones.

Los ojos de José María Morelos estaban fijos en la mesa. Don Andrés no lo miraba y él tampoco miraba a don Andrés. Si alguien lo hubiese observado de cerca, se habría podido dar cuenta de que una lágrima surgía de manera subrepticia en los ojos de Morelos, quien no estaba ante aquellos diputados para combatir… El hombre seguía llorando la muerte de su amigo… ¿Provocada por sus malas decisiones? Rosains… Sólo hizo todo lo que le había aconsejado Rosains; se dejó endulzar el oído por ese hombre. Incluso lo nombró su segundo… Pero para eso había comisionado junto a él a Guadalupe Victoria.

Morelos no interpeló y Andrés continuó con su discurso:

—Este Congreso, en quien reside la soberanía del pueblo al que queremos liberar… ha tomado una decisión. José María Morelos y Pavón… Queda usted relegado de su cargo de Generalísimo y de cualquier otro dentro de este ejército. Esperamos que acate usted esta resolución.

Todo el salón permaneció en silencio. Nadie se atrevía a ver al Siervo de la Nación, quien de pronto recuperó su brío y levantó el rostro. Lentamente escrutó a todos los presentes con la mirada. Todos lo esquivaron. Pudo ver detrás de aquellos rostros cobardes a Ignacio López Rayón, a su fernandismo, a su autoproclamada Junta Suprema Americana de la que pretendía ser líder, aunque el Congreso no reconocía dicho organismo ni tal cargo. López Rayón había sido enviado a Oaxaca, adonde fue a regañadientes. Morelos lo sabía… Toda aquélla era una contraofensiva política del señor López Rayón, más interesado en su liderazgo que en la patria.

El Generalísimo habló:

—He dado mi vida, mi sudor y mi sangre por la independencia de esta América desde hace ya más de tres años. Dirigí a miles de hombres y triunfé en decenas de batallas. Arrebaté a los gachupines un territorio para comenzar a vivir en él la libertad… Y para darle larga vida a este sueño, formé este congreso soberano y me sometí a él… Hoy no voy a cambiar de opinión. Si es la decisión de este

cuerpo soberano que yo renuncie a mis cargos, lo haré sin miramientos. Pero si ya no soy útil al mando de este ejército, solicito con toda humildad se me permita seguir peleando en él como uno más de sus soldados.

Ningún diputado se atrevió a levantar el rostro. Sabían que todo aquello era cierto: que Morelos derramó su sangre, sobrevivió a las conspiraciones, tomó ciudades, y cuando fue nombrado jefe absoluto, depositó su poder en el Congreso, que ahora lo despojaba del mando… Andrés Quintana Roo retomó la palabra:

—Señor Morelos, siempre será usted parte fundamental de este ejército. De hecho, este Congreso tiene órdenes para su persona. Se le solicita acudir al puerto de Acapulco y hacer efectiva la ejecución de los 300 hombres del ejército realista que ofreció a cambio de la vida de Matamoros. Después de que haya cumplido con esa misión, se requiere su presencia en el Congreso para dos asuntos: sumarse a él como representante del Nuevo Reino de León… y hacerse cargo de la defensa y la protección de esta soberanía.

Ningún descaro sorprendía a José María Morelos de ese Congreso gris y pusilánime, de esos hombres volubles manejados por Rayón… Pero qué podía decir él, que había sido manipulado por Rosains. Nada mejor esperaba de Andrés Quintana Roo, aquel hombre a quien había conocido apenas hacía unos meses, en quien quiso ver a una promesa de las leyes y las letras. Ciertamente era bueno en las palabras, su participación fue determinante para la redacción y la estructura de sus *Sentimientos de la nación*… No obstante, era un hombre débil y sin convicciones. Todo lo contrario de su Leona, aguerrida y convencida, firme en sus ideas… no obstante que éstas giraban en torno a Ignacio López Rayón y, por lo tanto, al fernandismo. ¿Lo sabría?

El soldado José María Morelos y Pavón salió de aquella sala sin decir una sola palabra. Su derrota militar y política era evidente. Su frustración provocó que brotar su lado más oscuro. No esperó Morelos a llegar a Acapulco. Ahí mismo, al salir de Tlacotepec, tuvo un pequeño enfrentamiento con una tropa realista que lo derrotó, pero a la que logró arrebatar 36 prisioneros.

Su frustración y su coraje habían envenenado su mente; y ahí mismo, a las afueras del pueblo, el hombre que prohibió los crímenes de odio, asesinó personalmente, con saña y amargura, lentamente, a los 36 realistas que había tomado prisioneros. Ni siquiera eran españoles, sino criollos y mestizos del bando contrario… Pero, ante todo, eran 36 enemigos con quienes pudo desahogar parte de su rabia.

Toda esa ira no la contuvo en el viaje a Acapulco. Mandó liberar a 300 realistas —españoles, criollos, mestizos e indios—, y los hizo llevar a un acantilado cercano desde donde se podía contemplar el hermoso paisaje de Acapulco. Desde aquellas alturas se vislumbraba el fuerte de San Diego, el puerto donde ya no atracaba el Galeón de Manila, la Isla de la Roqueta que alguna vez tomara Galeana… Galeana, su brazo izquierdo que ya no estaba junto a él.

Morelos formó a los 300 reos de todas las castas; les ordenó arrodillarse a orillas del acantilado y mirando hacia la bahía. Cientos de metros abajo las olas se estrellaban contra las piedras. No hubo pelotón de fusilamiento; no hubo piedad.

Tomó el rostro de uno de los prisioneros y lo levantó hacia el sol, dejando inerme su cuello; miró al horizonte, tomó aire, y sin pensarlo hundió su cuchillo en el pescuezo del enemigo atravesándolo de lado a lado… despacio, regodeándose con la sangre que brotaba a borbotones. Lo detuvo del cabello hasta que los últimos estertores hicieron evidente su muerte. Acto seguido arrojó el cuerpo sin vida al acantilado y miró cómo se rompía con las piedras hasta llegar al mar, donde desapareció el cadáver.

Todos los prisioneros, muchos de los cuales habían conocido la leyenda del caudillo magnánimo, Nicolás Bravo, atestiguaron el sufrimiento de su compañero caído. Comenzó el tormento psicológico. Morelos dio la orden a los soldados que lo acompañaban de ejecutar exactamente del mismo modo, degollados, lentamente y con dolor, a cada uno de los prisioneros. Comenzó la degollina y el propio Siervo enloquecido siguió participando.

Uno a uno, los 300 cuerpos de aquellos hombres, a pesar de suplicar una piedad que Morelos negó a todos, fueron cayendo al acantilado, quebrándose contra las rocas, hasta llegar al mar teñido de rojo.

Como si cada cuerpo destrozado por las piedras templara un poco su ira y sanara su frustración, José María Morelos contempló impávido la muerte de cada enemigo, su caída al abismo y el quebradero de sus huesos en aquel acantilado que desde entonces fue conocido como La Quebrada.

2

Juan Nepomuceno Rosains seguía ostentando el título de general pero, ante todo, el privilegio de ser el segundo al mando de Morelos… aunque en esos momentos ignoraba que su Generalísimo había perdido el mando supremo. Así pues, Rosains podía ser general, comandaba sus propias tropas, pero ya no era segundo al mando de nada ni de nadie. Marchaba con su ejército a Veracruz, acompañado por Guadalupe Victoria como su teniente coronel.

Victoria nunca había depositado mucha confianza en Rosains, pero ahora se sentía casi como su espía. Había destruido la carta de Morelos, pero recordaba perfectamente la instrucción que El Siervo, y no el general, le dio al amigo, y no al subalterno: “Estar a las órdenes de Rosains es la mejor forma de vigilarlo”.

López Rayón no protegió Oaxaca como le ordenó el Congreso y dejó la ciudad a su suerte hasta que fue recapturada por los realistas, que de hecho fueron recibidos como libertadores, ya que ante la ausencia de un líder con suficiente autoridad, los insurgentes de la ciudad se habían dedicado a los excesos atemorizando a la población. Oaxaca cayó y López Rayón culpó de su derrota a Rosains… Después de esa batalla no dejaron de enfrentarse ambos personajes. Una guerra civil entre insurgentes mientras decenas de miles de españoles engrosaban las tropas realistas.

Bien lo había sentenciado Galeana; así lo había señalado Miguel de Montellano, y de ese modo también lo había predicho Félix María Calleja: la insurgencia unida jamás sería vencida. Pero en realidad la insurgencia jamás había estado unida… Calleja e Iturbide tuvieron que luchar poco, pues los insurgentes se aniquilaban entre sí.

Cayó Oaxaca y también Orizaba; el coronel Armijo recuperó Chilpancingo y Acapulco; Taxco estaba sitiado; Cuautla y Cuernavaca volvieron a manos de los realistas; Valladolid nunca pudo ser tomada por ningún insurgente; el camino de Veracruz a Acapulco estaba bajo el dominio virreinal, y Guadalajara, lo mismo que los pueblos y las ciudades de Guanajuato y los liberales de Yucatán desconocieron el movimiento independentista.

En septiembre de 1813, el Generalísimo José María Morelos había proclamado la independencia prácticamente sobre todo el sur de la Nueva España, que estaba bajo su control. Seis meses después, la desorganización, las envidias, el individualismo y las conspiraciones habían aniquilado el sueño de la libertad, y el

soldado Morelos se había convertido en un guerrillero más en la sierra.

López Rayón y sus seguidores vivían la ilusión de que don Ignacio era el líder supremo de la América Septentrional Española, aunque con trabajos podía liderar Tlalpujahua, su pueblo natal. En la zona del Bajío, él y Nicolás Bravo se dedicaron más a pelear entre sí que contra un ejército realista que simplemente contemplaba cómo los rebeldes, sin ideas —como siempre aseguró Diego de Montellano y don Félix María Calleja del Rey—, se aniquilaban en el seno de su propio ejército.

El valle de Tehuacán estaba bajo dominio de Manuel Mier y Terán, el único que mantenía una ciudad, un ejército y cierto orden. A sus 24 años de edad parecía ser el nuevo líder natural de la insurgencia, tal como él mismo se proclamaba, aunque nunca fuera reconocido por López Rayón o por el Congreso, cuya soberanía se extendía a los parajes remotos de la sierra de Michoacán, por donde tuvieron que infiltrarse para huir de los realistas.

Ya casi sin mando, Morelos seguía ordenando a los timoratos y asustadizos diputados. Y su resolución había sido que marcharan hacia Uruapan, que El Siervo conocía a la perfección, donde pretendía protegerse de cualquier ataque.

Vicente Guerrero se quedó en la sierra del sur en compañía de su leal compañero Juan Álvarez, en el territorio donde se sentían seguros; la tierra caliente que dominaban y que los protegía. De esa manera quedaron aislados de todos los insurgentes, pero… ¿quiénes eran todos los insurgentes? La guerra había terminado.

Juan Álvarez tenía 24 años y un brío espectacular. Por su parte, Guerrero había cumplido 32 y poseía una valentía sin precedentes… Pero ya no había guerra en la cual demostrar sus dotes respectivas. Ambos se internaron en la sierra con la esperanza de sobrevivir, de reunir hombres, y de esperar tiempos mejores, para ser útiles a la causa de la libertad y de la República… y al sueño de Morelos.

Guadalupe Victoria comenzó conquistando la sierra oriental. Varios pueblos de la zona de Veracruz cayeron en su poder, al igual que dos puertos: Nautla y Boquilla de Piedras. Estaba a las órdenes de Rosains, a quien nunca le quitó el ojo de encima, y quien pasaba más tiempo viajando a Tehuacán, a los dominios de Mier y Terán. La lengua venenosa de Rosains ahora seducía la mente codiciosa de este último.

Además de participar en las batallas, Victoria tenía mucho que hacer. Debía volver a su faceta de hombre ilustrado; a ser el canonista y el abogado; el bachiller y el latinista, y a dedicarse a la

investigación. Había conservado los papeles de Sofía Guillén y tenía muchos cabos que atar… muchos asuntos por resolver en torno a la información que deliberadamente le ocultó a Sofía.

Necesitaba reanudar la comunicación con sus contactos en la Ciudad de México. Además, él que era hombre de tierra, tenía la misión de buscar y encontrar al pirata estadounidense Peter Ellis y al francés Jean Latiffe… pues necesitaba establecer contacto con los Estados Unidos y con Europa, y ellos eran su única esperanza.

Miguel y Sofía tenían muchas cosas por descubrir. Antes que todo a sí mismos: su pasado, la relación de sus familias, el parentesco directo que compartían por línea materna con Hernán Cortés. Debían descifrar toda la información que contenía aquel cofre lleno de papeles… Y esperar que esa información tuviera alguna utilidad.

Sofía guardaba las dos medallas: el Águila de Cortés y el Águila de Moctezuma. No dejaba de mirarlas y de preguntarse qué ocultaban dos simples piezas de oro casi idénticas: una con la imagen de la serpiente y otra sin ella; una posada en un nopal y otra en una media luna, y cada una volteando la cabeza en direcciones opuestas.

Ambos estaban seguros de que existía algo que no podía ser producto de la coincidencia. Siendo sus familias descendientes de Cortés y Moctezuma; siendo los dos herederos de Cortés, se habían dado cuenta de la forma que tenían los dos medallones cuando los ponían uno sobre otro.

El escudo de armas de Cortés estaba repleto de simbolismos. Era un pabellón coronado, insignia de su nobleza, rodeado por indios encadenados que representaban sus armas —en este caso, el poder de la conquista—; en el centro del lábaro había cuatro insignias: en la parte inferior derecha, una ciudad sobre el agua, que representaba a Tenochtitlán, su gran triunfo… El agua de la insignia era idéntica a la del medallón; en la parte inferior izquierda se veía un león, emblema del valor de Cortés; en la parte superior derecha había tres coronas, que representaban a los tres *tlatoanis* derrotados, y en la parte superior izquierda, la más importante de toda heráldica, se hallaba un águila bicéfala, símbolo de la Casa Habsburgo, del Sacro Imperio Germano y, por lo tanto, del emperador Carlos V, quien otorgó aquel escudo a Cortés.

Un águila de dos cabezas, cada una volteando al lado contrario… Exactamente lo que se obtenía si se sobreponían las dos medallas. Si además se colocaba el Águila de Moctezuma, el águila bicéfala quedaba sobre el agua de Tenochtitlán, la ciudad de los tres

tlatoanis derrotados por don Hernán y representados por las tres coronas del escudo.

El Águila de Moctezuma había permanecido guardada y se conservaba en buen estado. Sobre la forma circular que la limitaba se podían apreciar perfectamente grabados rostros indígenas, idénticos a los del escudo del marqués del Valle. Sólo en ese momento Sofía miró con más detalle su medalla, en la parte circundante, donde había líneas borrosas a las que nunca les había dado importancia… Entonces se dio cuenta de que aquellas líneas tenían formas de cadenas… como las que ataban a los indios en el escudo.

Todos los elementos del escudo de armas de don Hernán Cortés estaban representados en las dos medallas juntas… Todos menos uno, como lo hizo notar Miguel: el león.

Sofía y Miguel entendieron que el león que faltaba podía tener algún significado, por lo que buscaron en el documento que resumía la genealogía y la heráldica de Cortés. En la encuadernación de piel se hallaba grabado el escudo completo; en los pliegos de adentro estaba la información que ya habían consultado sobre su descendencia; más adelante había una serie de folios con cada imagen del escudo por separado: las tres coronas, el águila, la ciudad sobre el agua, las cadenas, los esclavos… Cada cual contenía una descripción y una frase en latín, que seguramente describía el simbolismo de cada elemento.

Finalmente, un folio mostraba al león, una metáfora del valor de don Hernando Cortés… y una frase en latín que pudieron traducir entre los dos.

Sólo entonces Sofía supo el valor de las lecciones del padre José María. Siempre se había preguntado qué utilidad tenía conocer una lengua que ya nadie hablaba. Al traducir aquella frase al español se quedó helada:

Si el Adversario se detuviera a descansar,
¿dónde apuntaría el dedo del diablo
cuando su rodilla se hundiera en la roca?
(El pasado no debe marcar el futuro.)

Entonces recordó perfectamente que “el Dedo del Diablo” era una de las formas con que la Inquisición se refería a Guillén de Lampart, según él mismo asentaba en sus propios documentos. No podía ser casualidad descubrir aquella expresión en esos papeles.

Pero eso no era lo verdaderamente importante.

El Adversario era una de tantas formas de referirse a Satanás, y si en el mismo párrafo se hablaba del Dedo del Diablo, era evidente

que a él se referían como al Adversario. "¿Dónde apuntaría su dedo cuando su rodilla se hundiera en la roca?" Sofía no podía tener más clara aquella señal: debían ir a la que había sido propiedad de sus padres y dirigirse al manantial, a La Rodilla del Diablo, para encontrar lo que estaban buscando.

3
España.
Abril de 1814

En abril de 1814 todos huían en ambos lados del océano; en las dos Españas, la nueva y la vieja. En América, el Congreso de trasladaba de pueblo en pueblo en busca de la seguridad de Uruapan; pero también en la Península Ibérica comenzó el éxodo. Fernando VII, el Deseado, finalmente volvió a España… Muchos dejaron de desearlo justamente en ese momento.

El rey de España había sido liberado en París, y José Bonaparte ya estaba en Estados Unidos, rodeado de masones antihispanos, disfrutando las joyas de la Corona española. El 14 de marzo de 1814, Su Deseada Majestad pisó suelo español, sólo para enterarse de que se habían puesto en práctica las normas liberales que en su nombre habían proclamado los diputados de Cádiz.

Fernando VII era la antítesis de los liberales. Aquel recalcitrante absolutista fue recibido con la noticia de que las Cortes habían establecido condiciones para reconocerlo como rey. ¡Cómo se atrevían esos plebeyos a poner condiciones al rey y, por lo tanto, a Dios! Los diputados de Cádiz habían determinado que "no se reconocería por libre al rey ni, por tanto, se le prestaría obediencia, hasta que preste el juramento prescrito por el artículo 173 de la Constitución".

Las Cortes habían tenido el descaro de proclamarse soberanas, una herejía que se hubiera evitado si aún existiese un tribunal de la Inquisición que pusiera orden; pero también las dichas Cortes habían tenido el atrevimiento de suprimir al Santo Oficio. ¡Esos irreverentes y sacrílegos liberales! Incluso habían establecido una regencia que pretendía representar al rey. Bueno, todo aquello podía terminar en ese momento.

Gran parte de los españoles patriotas que lucharon contra Francia por el regreso de su rey habían participado en las Cortes y ahora eran declarados enemigos de la nación por el rey al que defendieron. Desde luego, la Iglesia española estaba detrás de los conservadores que pretendían volver al antiguo régimen.

La regencia había planeado una ruta para el regreso del rey, quien, para demostrar su autoridad, decidió tomar su propia ruta, acompañado por los cardenales españoles, y entró por Valencia el 16 de abril de 1814. Quienes en España habían luchado juntos por el retorno de su rey, ahora estaban listos para pelear entre sí por volver al absolutismo o establecer una Constitución.

De este modo, en Valencia había dos personas diametralmente opuestas esperando a Fernando VII: un diputado de las Cortes, quien llevaba una copia de la Constitución, para presionar al rey a reconocerla, jurarla y aceptar el trabajo que los diputados del Gran Imperio Hispano habían realizado en dos años, y un disidente conservador, que portaba un documento firmado por 69 diputados a favor del absolutismo, documento conocido como *El manifiesto de los persas*, que invitaba al rey a ignorar la Constitución y a restablecer la monarquía absoluta.

Aquella tarde, el rey engañó a su pueblo y le prometió gobernar con la Constitución, pero al día siguiente el general Elio, del ejército español, puso sus tropas a disposición de Fernando VII, quien con ese apoyo marchó sobre Madrid y el 10 de mayo desconoció la labor legislativa de las Cortes de Cádiz, decretó que el tiempo no había pasado en España, que ocuparía su trono con poderes absolutos, y que todos los liberales eran enemigos de la nación.

Estos últimos, patriotas que resistieron la usurpación y gobernaron en nombre del rey, ahora corrían despavoridos para no ser aniquilados por el Deseado. La Inquisición lanzó a los perros de Dios por todos los rincones del reino para cazar a los herejes que habían creado de la Constitución y a cualquiera que fuera considerado liberal.

Paradójicamente, el joven navarro Francisco Xavier Mina logró cruzar la frontera para ponerse a salvo en la Francia contra la que luchó. Llevaba como único equipaje la frustración y la decepción de haber peleado por un rey felón. Otro que logró cruzar la frontera huyendo de la Inquisición, a pesar de haber peleado por España, fue Servando Mier.

Ambos personajes, sin conocerse, realizaron el mismo recorrido hacia París, de donde finalmente salieron en busca de la verdadera libertad, que pretendían encontrar en la Inglaterra de Jorge III, el

monarca odiado por los estadounidenses, quienes lo habían derrotado en dos ocasiones: en la guerra de independencia de 1776 y en el intento de reconquista de 1812. En Londres estaban destinados a coincidir no sólo esos dos aventureros, sino también el coronel norteamericano Winfield Scott, quien se manifestó a favor de la independencia de la Nueva España.

Muchos diputados de las Cortes huyeron a Francia y a Portugal; algunos más lograron embarcarse a Inglaterra o a Estados Unidos, donde, paradójicamente también, recibieron el apoyo del masón José Bonaparte, el rey al que despreciaron y que podía darse el lujo de ayudarlos gracias a que huyó de España llevándose consigo las joyas del Deseado que ahora los perseguía para quemarlos en las llamas de la Inquisición.

Algunos tuvieron menos suerte, pues confiaban en que el rey felón parlamentaría y permanecieron mucho tiempo en España. De ese modo, el español Juan de O'Donojú, impulsor del Gran Imperio Hispano; el español Agustín de Argüelles, gran antiesclavista; el novohispano Miguel Ramos Arizpe, promotor del federalismo de un imperio hispano, y el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, quien simplemente se negó a besar el anillo real, fueron arrestados.

Rocafuerte logró escapar a Francia, viajó por Europa hasta la Rusia de Alejandro I, el gran vencedor de Napoleón, y finalmente viajó a La Habana. Argüelles fue encarcelado en un presidio en Ceuta, una ciudad africana bajo el dominio de España, mientras que O'Donojú y Ramos Arizpe fueron aprehendidos por la Inquisición.

Todo lo que ocurría aniquilaba de manera absoluta al fernandismo en la Nueva España, justamente en el momento en que el verdadero movimiento de independencia, el republicanismo de Morelos, estaba herido de muerte. López Rayón se quedó sin sustento y sin contactos en Europa, lo que no impidió que siguiera pretendiendo ser el Jefe Supremo de un movimiento sin causa y sin seguidores. El marqués Héctor María logró transmitir aquellas noticias a Guadalupe Victoria, quien más que nunca supo que era el momento de reforzar la guerra por una república independiente.

En la catedral metropolitana de la Ciudad de México, un hombre vestido de blanco, con una capa y una capucha negra, el hábito dominico adornado con una gran cruz de oro en el pecho y el anillo de Gran Inquisidor en la mano, abrió una carta enviada por monseñor Francisco Javier Mier y Campillo, obispo de Almería y Gran Inquisidor de España desde la liberación de Fernando VII, en la cual informaba de manera escueta de lo que sucedía en la Península Ibérica:

Por decreto del rey el tiempo no ha pasado en España.
Todo sigue como en 1808

El Gran Inquisidor de la Nueva España no necesitaba más información. Todo estaba claro: Fernando VII volvía al trono como rey absoluto; la Constitución de Cádiz sería derogada; Félix María Calleja dejaba de llamarse jefe político superior y volvía a ser virrey, como Dios manda, con un poder tan absoluto en América como el que ostentaba del propio rey en la Península Ibérica.

La Nueva España perdía la oportunidad de ser autónoma y se quedaba con su estatus de colonia… Y, lo más importante, la Iglesia conservaba todos sus privilegios, y la Inquisición, que nunca había dejado de funcionar en América, volvía a ser oficial.

La insurgencia, de por sí aniquilada, estaba en condiciones de ser destruida. Los rebeldes ya peleaban entre sí y sólo faltaba capturar a Miguel de Montellano y a Sofía Guillén.… Aunque sería mejor atraparlos hasta que encontraran lo que éstos buscaban. La Inquisición de nuevo tomaba el control religioso de la Nueva España… Pero debía tener cuidado con los 10 o 12 jesuitas que, según datos del inquisidor, se ocultaban en el reino… y vigilar de cerca al verdadero enemigo que rondaba silencioso: los franciscanos.

4
Uruapan.
Mayo de 1814

Miguel de Montellano y Cortés Altamirano, junto con Sofía Guillén y Ramírez Arellano, ambos descendientes de Hernán Cortés, llegaron a Uruapan de manera discreta. Esta ciudad era un bastión insurgente, por lo que Miguel decidió no utilizar su traje militar, sino un atavío de comerciante; conducía un carro jalado por un caballo, en el que llevaba varios tiliches tomados al azar en la hacienda para aparentar que eran una pareja que simplemente buscaba mercar sus productos.

Sofía vestía de manera modesta; no obstante su belleza fulguraba día con día y era imposible que pasara inadvertida. Bajo algunos sarapes llevaban ocultos el uniforme militar de Miguel, por

si se ofrecía, y algunas armas. El propio Miguel llevaba consigo los documentos que habían encontrado en su casa.

Por primera vez en mucho tiempo la fortuna parecía sonreírles, ya que llegaron a Uruapan y se enteraron de que el Congreso, escoltado por Morelos, se había instalado una semana antes en esa ciudad. ¡Sofía podría ver al padre José María, a quien no lo había vuelto a ver desde que se separaron en Chilpancingo, en noviembre de 1813! Desde entonces sólo había recibido terribles noticias de sus derrotas… y de la trágica pero heroica muerte de Mariano Matamoros.

El Congreso sesionaba en una casa de la plaza central del pueblo. Tenía como encomienda transformar los *Sentimientos de la nación* en una carta constitucional que fuera la base de un país independiente… justamente cuando la libertad se veía más lejana que nunca.

Sofía fue de inmediato a encontrarse con el sacerdote, a quien halló muy distante.

Ahí estaba José María Morelos, robusto y fuerte como siempre, con los rasgos de su cara invariablemente duros, pero con una mirada diferente. Ella no podía saberlo, pero aquella mirada extraña era la del hombre que había asesinado arteramente a 300 personas infligiéndoles dolor y sin compasión alguna. Morelos parecía ser el gran roble de siempre, pero estaba acabado, con la ira en los ojos… Y, además, no podía ocultar que estaba deprimido. Hasta entonces Sofía y Miguel se enteraron de que el Generalísimo ahora era sólo un soldado más del ejército insurgente.

El soldado Morelos sonrió al ver a Sofía, pero ni siquiera tuvo fuerzas para ir hacia ella. Como si se tratara de un padre, simplemente abrió los brazos para recibirla y Sofía corrió a refugiarse en ellos y lloró desconsoladamente sobre el pecho del sacerdote.

Hablaron durante muchas horas. Morelos recibió amablemente a Miguel, le estrechó la mano; se respetaban. Miguel nunca dejó de referirse a él como el general, aun a sabiendas de su degradación, pues de esa manera le mostraba el respeto y el cariño que le profesaba.

Miguel no era un insurgente; ni siquiera un seguidor de Morelos, pero había aprendido a respetarlo y le dejó claro que, aunque actuaba por su cuenta, estaba dispuesto a recibir órdenes sólo del Generalísimo, sin importar lo que dispusiera el Congreso. El cura reconoció en Montellano una virtud que ya lo había distinguido: la lealtad.

Morelos les contó su periplo, desde las terribles derrotas en Valladolid y en Puruarán, su huida, la retirada de Galeana, la muerte de Matamoros… hasta su degradación, la influencia de López Rayón en el Congreso, la ausencia de liderazgo en el movimiento insurgente, la marcha de Victoria a tierras veracruzanas… y los sucesos de Acapulco, con los que Sofía quedó sumamente conmovida. No podía imaginar al padre Morelos encabezando una degollina como lo hizo tiempo atrás el cura Miguel Hidalgo.

Miguel de Montellano tampoco daba crédito al relato de aquellos sucesos, pero curtido como estaba en las batallas, sabía que hasta el más noble espíritu termina por ceder a las tribulaciones de la guerra. No dijo nada hasta que Morelos lo miró y dijo:

—No soy como don Nicolás Bravo, un caudillo magnánimo, que te permitió vivir. Si tu vida hubiera dependido de gente como yo… ahora estarías muerto.

Era evidente que el sacerdote y el militar luchaban en el corazón de aquel hombre. Había pospuesto un intercambio que fue rechazado y la obligación del militar era ejecutar a los prisioneros… Pero el sacerdote nunca apareció en aquellos atroces momentos para mostrar la piedad cristiana de una muerte sin dolor. Ahora lo atormentaba su alma. Sofía lo abrazó.

—Es de humanos ser derrotado por las pasiones, general. El espíritu no reacciona igual en el triunfo y en la derrota… Y esta guerra ya se ha convertido en un infierno —dijo Miguel de Montellano.

Morelos sabía que aquel hombre intentaba darle un pretexto que lo justificara. Tenía razón, esa guerra ya era un infierno que ardía con más fuerza cada vez que un grupo de soldados llegaba de España para sumarse a las tropas realistas. Sabía que el movimiento estaba aniquilado, que no quedaban más de 10 000 insurgentes, ocultos en diferentes zonas y al servicio de distintos caudillos. Les dijo que él quiso depositar sus esperanzas en la institucionalidad, en el Congreso… pero ya no confiaba en ellos.

Sofía también resumió su historia. Habían huido de Chilpancingo ante la llegada de las tropas realistas. En la casa de Miguel hallaron un arcón con documentos de todo tipo que aún no terminaban de examinar; entre ellos, la copia de un códice elaborado por el virrey Mendoza en el que se contaba la historia de los aztecas, pero en cuyo escudo faltaba un águila. Le contó que en aquellos papeles se describía la descendencia de Cortés y Moctezuma, que se emparentaba a través de varias ramas, tanto en

la Nueva España como en el Viejo Mundo… y el hecho de que tanto ella como Miguel tenían afinidad con diversas ramas de los hijos de Cortés. Desde luego, también le habló del descubrimiento del Águila de Moctezuma, donde faltaba la serpiente; le relató con entusiasmo acerca de aquella medalla, tan parecida a la suya, y le refirió la coincidencia de que, las dos medallas juntas, contenían todos los elementos gráficos del escudo de armas de Hernán Cortés… todos menos el león, la pista que los condujo hasta Uruapan.

Si el Adversario se detuviera a descansar
¿dónde apuntaría el dedo del diablo
cuando su rodilla se hundiera en la roca?
(El pasado no debe marcar el futuro.)

Morelos, quien evidentemente conocía el latín mejor que ellos, estuvo de acuerdo en que con toda certeza aquella frase hacía referencia al manantial de la antigua propiedad de los Guillén. Y además tenía sentido que don Manuel hubiese escondido… lo que fuera… en algún lugar de sus tierras. Definitivamente debían ir a La Rodilla del Diablo.

Sofía se sentía decepcionada, pues todo lo que estaba haciendo era recopilar documentos que no los conducían a nada concreto. Hasta ese momento sólo sabían de la supuesta existencia de una Sociedad del Águila, aparentemente relacionada con Los Guadalupes… y tenían el dato que les había dado Leona, de que todo aquello sólo era una leyenda. Sabía que su padre y el padre de Miguel, que de alguna forma resultaban ser parientes, presidieron aquella sociedad, formada por la hija del conquistador y nieta del último señor azteca: Leonor Cortés de Moctezuma.

Según los documentos, los hijos de Cortés, encabezados por Martín el Marqués, habían sido los primeros en impulsar la independencia respecto de España. (Estos vástagos de don Hernán Cortés resultaron ser antepasados de Sofía y Miguel.) En la Sociedad del Águila apareció un misterioso irlandés que también pugnó por la emancipación de la Nueva España y fue quemado en la hoguera por la Inquisición en 1659. Asimismo, diversos personajes célebres del Nuevo Mundo, como Miguel Cabrera, Ignacio Bartolache y Servando Mier, fueron líderes de la supuesta sociedad secreta… Y, para colmo, al parecer detrás de todos esos intentos de liberación se hallaban los jesuitas.

Todo eso podía ser muy interesante, pero en realidad no conducía a nada; aún faltaban documentos por revisar. Y también debían realizar una visita a La Rodilla del Diablo. Victoria conservaba los papeles de Guillén de Lampart que, más allá de una

historia fascinante, tampoco aportaban nada que Sofía pudiera considerar verdaderamente relevante… Su padre había mencionado algo sobre un tesoro, lo cual a esas alturas le parecía algo absurdo. Sin ánimo, se dispuso, junto a Miguel y al padre Morelos, a seguir hurgando en los documentos.

Ahí estaba la genealogía, la heráldica y el escudo de Cortés, documentos que narraban la misma historia de Lampart que ya conocían; los ancestros de Miguel, los linajes de Moctezuma y de Cortés que finalmente lo involucraban tanto a él como a Sofía. No había nada que aportara algo nuevo… hasta que hallaron un pergamino enrollado que parecía más viejo que los demás, el que desplegaron para ver su contenido:

Quetzalcóatl–Kukulcán–Serpiente Emplumada–Hernando Cortés

Amanecía en las costas de Levante del inmenso territorio de la Liga del Mayapán, el "lugar que no es para todos". El sol comenzaba su eterno periplo por la bóveda celeste para hundirse en su ocaso como cada día y luchar arduamente contra las tinieblas para poder emerger nuevamente; para ello, desde luego, necesitaba poder, y éste sólo podía obtenerse de la sangre, lo único que los seres humanos poseían con una pizca de divinidad.

No era ésa la enseñanza que Serpiente Emplumada había tratado de introducir entre sus seguidores toltecas o sus anfitriones itzáes. Se negaba a todo sacrificio humano; por eso mismo se había enfrentado a Tezcatlipoca y había resultado derrotado en la antigua Tollán, donde pregonó la misma paz que infundió entre su nuevo pueblo. Había creado la Liga de Mayapán para mantener la paz entre Uxmal, Mayapán y Chichén, pero finalmente las sanguinarias doctrinas se habían apoderado de su pueblo. El momento había llegado finalmente.

Era un año Uno Caña, tal como estaba profetizado…

Todo parecía indicar que se trataba de un documento que narraba la leyenda de Quetzalcóatl, el antiguo dios tolteca; la Serpiente Emplumada conocida en tierras mayas con el nombre de Kukulcán. Sofía seguía frustrada… ¿Qué utilidad podía tener una vieja leyenda de los pueblos antiguos? ¿Por qué podría ser tan valiosa como para matar por ella, como para tenerla oculta?… Además, aquellos documentos eran apócrifos lo mismo que la copia del códice del virrey Mendoza.

Con ligeras variantes, se contaba la misma vieja historia: el dios Quetzalcóatl, conocido por los mayas como Kukulcán, se despide de su pueblo, no sin antes prometerle que regresará un año Uno Caña y señalarle una serie de presagios que anunciarán su regreso. Finalmente se sumerge en el mar y se convierte en estrella. Un

hermoso mito.

Sin embargo, el final del documento llamó la atención de todos. Sobre el texto original había anotaciones hechas por una mano distinta, con otra tinta y con otra pluma… apostillas muy extrañas que hablaban de Dios, de la Virgen y de Hernán Cortés. Ante la vista de esas explicaciones, el título del documento: “Quetzalcóatl-Kukulcán-Serpiente Emplumada-Hernando Cortés” resultaba más extraño aún. Y algo menos esperado, al pie del documento: el sello de la orden de los franciscanos: dos brazos entrelazados en torno a una cruz.

Otras fuerzas dominarán su mundo antes de que yo vuelva, en otro año Uno Caña como éste (1519);volveré por oriente (Castilla)rodeado de signos evidentes: temblará la tierra, se cimbrará su mundo, caerán sus dioses (Dios nuestro Señor vence a la idolatría), vendrán los astros volando, arderán sus templos, los grandes caerán ante los extraños, hervirá el lago, se iluminará el cielo, aparecerán fenómenos y animales extraños.

Una a una caerán sus viejas deidades (Caída de los falsos ídolos, éxodo). La diosa madre, mujer serpiente (Tonantzin-Cihuacóatl, diosa madre y virgen), anunciará el momento y vagará por las noches vaticinando mi llegada y mi triunfo. Cuando todo suceda, finalmente volverá la Serpiente Emplumada (Don Hernando Cortés). Éstos son los presagios.

Sofía Guillén tenía sentimientos encontrados; por un lado sentía una gran curiosidad natural: cuestionaba todo, era inquisitiva, siempre quería saber más… pero ya no soportaba la frustración. Todo aquello le parecía un embustero laberinto con mil bifurcaciones pero que no tenía salida. Ya era muy extraño haber hallado aquellos documentos sobre una supuesta sociedad secreta relacionada con los jesuitas… ¿Pero qué tenían que ver los franciscanos en todo ese misterio?

Morelos, por el contrario, al ver aquellos papeles extraños sintió renacer su espíritu erudito. Surgió entonces el profesor de Uruapan, el hombre ilustrado que por unos momentos se olvidó del soldado vencido y del hombre que había abandonado a su suerte a su amigo. El cura escrutaba minuciosamente el documento. Miguel no podía hacer nada sino esperar. Observaba a Sofía desesperada, y al general Morelos con un interés absoluto. Finalmente habló:

—General Morelos, ¿tiene idea del significado de estos papeles?

La pregunta de Miguel de Montellano era lo único que faltaba para que, ahí en Uruapan, el antiguo cura, profesor de ese mismo pueblo, se impusiera sobre el insurgente. Tenía ante él una cátedra

y dos pupilos.

—Supongo que la leyenda de Quetzalcóatl es conocida de sobra… Pero este documento puede aclarar muchas cosas. Miguel, Sofía, imaginen que están en 1521, el año en que Hernán Cortés derrotó a los mexicas y tomó la ciudad de Tenochtitlán, exactamente el 13 de agosto.

Miguel y Sofía se miraron con extrañeza. ¿Qué tenía que ver Cortés y la caída de Tenochtitlán con la leyenda de la Serpiente Emplumada? Morelos prosiguió

—Cortés llegó a América en 1519 al frente de 400 exploradores que ni siquiera eran soldados. Casi sin armas, con unos 12 caballos y 10 cañones… Con ese séquito logró llegar hasta la ciudad del gran Moctezuma, quien con su gente vivió en paz en Tenochtitlán de noviembre de 1519 a junio de 1520, cuando Cortés salió a enfrentar a las tropas españolas de Pánfilo de Narváez, enviado por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, para arrestar a Cortés.

Igual que cuando dictaba cátedra, hizo una pausa para medir la reacción de sus educandos, quienes permanecían callados y atentos, por lo que el profesor Morelos volvió a retomar el hilo de su disertación:

—Cortés derrotó a Narváez y logró que los hombres de éste se le sumaran. Entretanto, en Tenochtitlán hubo un levantamiento, aparentemente causado por los excesos de Pedro de Alvarado, el hombre a quien Cortés había dejado al mando. Don Hernán logró volver a Tenochtitlán pero fue incapaz de contener la violencia de sus habitantes… Incluso trató de que Moctezuma los tranquilizara; no obstante el pueblo mató a este último a pedradas. Los españoles tuvieron que huir de la ciudad cargando con toda la riqueza que pudieron del tesoro mexica… Una gran cantidad de aquellos hombres perecieron en el lago a causa del peso del oro que metieron en sus armaduras y que les impidió nadar. Finalmente Cortés y su comitiva lograron huir el 20 de junio de 1520.

—En la llamada Noche Triste —agregó Sofía—, la cual, por cierto, si nosotros fuimos los conquistados y Cortés fue el conquistador, debería ser conocida como la Noche Alegre, o la Noche Triunfante. Noche Triste para Cortés… ¿Por qué nadie cuestiona la historia?

Miguel esbozó una sonrisa que en segundos se convirtió en carcajada… Ésa era la Sofía de la que se había enamorado: la irreverente, la inconforme, la cuestionadora. Finalmente tenía razón. Le sonrió. Ella le devolvió gesto, que de inmediato se transformó en una mirada fugaz de deseo. Morelos continuó:

—Pues tienes razón, querida Sofía; fue una noche triste para Cortés. Pero el punto es que la llegada de los hombres de Narváez engrosó las filas del conquistador. Y después de su huida había unos 800 españoles, que durante un año se refugiaron en Tlaxcala para preparar el ataque final. En junio de 1521 comenzó la ofensiva sobre Tenochtitlán. Fue una guerra y un sitio terrible que duró tres meses, hasta que Cuauhtémoc fue capturado, el 13 de agosto de 1521.

—Siempre me ha interesado la historia, general —acotó Miguel —, pero ¿qué tiene que ver todo esto con el documento que tenemos aquí?

—Pues tiene que ver con todo, señor Montellano. Aquellos 800 españoles derrotaron a más de 50 000 mexicas… ¿Cómo fue posible eso? Ya no tenían municiones, las armaduras estaban oxidadas y los cañones se habían extraviado durante la huida de la Noche Triste. Fueron 800 contra 50 000… Y ganaron.

Sofía comprendió hacia dónde se dirigía su maestro y tutor. Entonces tuvo un chispazo de inspiración:

—Claro. La leyenda cuenta que los indígenas confundieron a los españoles con dioses… Y a Cortés con el mismísimo Quetzalcóatl, el dios que había prometido volver. Pero eso no tiene sentido; si hubiesen creído que eran dioses no los hubieran enfrentado un año antes… Esa historia debe ser mentira.

—Y lo es, Sofía, lo es. Hernán Cortés marchó sobre la capital mexica al mando de 800 españoles… y de unos 100 000 indígenas de diversos pueblos: tlaxcaltecas, cempoaltecas, totonacas, xochimilcas… y hasta texcocanos, antiguos aliados de los mexicas. Fueron esos 100 000 indígenas los que hicieron caer la ciudad. Pero evidentemente era una versión más heroica para los españoles afirmar que 800 hombres habían derrotado a 50 000. Bernal Díaz del Castillo, uno de los hombres de Cortés que narró aquellos hechos, menciona que fue indispensable la ayuda de los pueblos indígenas sometidos por los mexicas para lograr la conquista. Cortés sólo tuvo la inteligencia de unirlos en torno suyo.

—Bueno —interrumpió Miguel—, pero quizás aquellos pueblos sí se unieron a Cortés porque lo confundieron con Quetzalcóatl… ¿Qué otra razón habrán tenido para haber traicionado a los suyos?

Morelos soltó una sonora carcajada que dejó perplejos a Miguel y a Sofía. Si de por sí era un hombre serio, el estado de abatimiento en el que se hallaba lo hacía ver mucho más enjuto aún… Pero ahora estaba de nuevo en Uruapan, donde había sido maestro, y estaba haciendo lo que más había disfrutado en su vida: dando una

clase. Esa circunstancia lo tenía de buen humor, aunque fuera por unos instantes.

—Señor Montellano —dijo aún con una sonrisa en los labios—, no dudo que a usted le encantaría que lo tomaran por un dios o por algún tipo de divinidad, como percibo a veces que lo mira mi adorada Sofía; pero está usted equivocado de manera rotunda.

El señor cura había acertado. Sí, la verdad es que a veces tenía delirios de grandeza… Por lo menos los tuvo en el pasado, cuando era el capitán realista que atraía las miradas de las jóvenes de Valladolid y las envidias de los hombres… Pero no ahora, que era considerado un traidor y un fugitivo. Aun así no pudo evitar sonreír, quizás por la mención que había hecho el cura de que su querida Sofía lo miraba como a un dios.

—Ilústreme, pues, general —añadió sonriendo.

—Mire usted, los indígenas no son ni eran tontos y no confundieron a nadie con Quetzalcóatl; pero tampoco traicionaron a los suyos. Éste no era un país. En este territorio cohabitaban en absoluta enemistad decenas de culturas con diferentes lenguas, etnias, religiones y culturas. En los tiempos de Cortés, todos estaban sometidos sanguinariamente por los mexicas, y vieron en el conquistador al hombre que los podía liberar de aquel yugo. Ésa y sólo ésa fue la razón por la que todos aquellos pueblos se unieron a él: el odio por los mexicas.

Ahora la confundida era Sofía:

—Bueno, ¿pero de dónde proviene ese mito que asegura que lo confundieron con Quetzalcóatl?

—Pues en realidad hay muchas leyendas, pero quizás este documento lo aclare. Se afirmó durante mucho tiempo que los franciscanos —la primera orden religiosa que llegó a la Nueva España, grandes aliados de Hernán Cortés— inventaron ese mito después de la muerte del conquistador… Un recurso más de la conquista espiritual y una forma de pretender que fueron 800 españoles, solos, los que derrotaron a los mexicas, lo cual era materialmente imposible.

Miguel y Sofía se quedaron con la mirada fija en el documento franciscano. Todo comenzaba a tener sentido. Nadie sabía a ciencia cierta cuándo comenzaría un año Uno Caña, pero los franciscanos se dedicaron a propagar la idea de que 1519, el año en que Cortés tocó suelo americano, coincidía con el Uno Caña del calendario mexica.

Se decía que Quetzalcóatl había prometido regresar desde oriente. Y claro, vista desde la Nueva España, Castilla estaba al oriente. Los frailes aseveraban que las religiones de los pueblos

americanos tenían mucho de paganismo idólatra, carácter que fue derrotado por el único dios verdadero, el católico… No había que olvidar que el día de la victoria de los españoles sobre los mexicas, Cortés subió al templo y derribó los ídolos de piedra de Tláloc y Huitzilopochtli, en cuyo altar colocó una cruz y una imagen de la Virgen… Sin embargo, dejó intacto el templo de Quetzalcóatl que se hallaba enfrente, muy posiblemente por consejo de los franciscanos, ya que al ser la Serpiente Emplumada un dios único, podía ser asimilado por el dios de los españoles.

Acerca de todo eso discurrían Morelos, Miguel y Sofía. Aquellos datos comenzaron a tener sentido a la luz del documento que analizaban, en el que las anotaciones, evidentemente hechas por algún franciscano, aclaraban qué partes de la leyenda de la Serpiente Emplumada se adecuaron a las ideas católicas y a la divinización de Cortés.

Supuestamente Quetzalcóatl, el rey-dios, había profetizado que caerían los dioses del mundo nahua, como falsos ídolos, ante el dios verdadero.

En los documentos se hacía referencia al libro bíblico del Éxodo, probablemente cuando Moisés suplió la idolatría por la adoración de Dios.

El siguiente era un dato más seductor aún: la idea de que la diosa madre, es decir, la Mujer Serpiente —la antigua deidad nahua conocida como Tonantzin-Cihuacóatl—, anunciaría el regreso y el triunfo de Quetzalcóatl.

—Esto es fascinante —aseveró Morelos—… fascinante y… macabro. Y a fin de cuentas demuestra algo que yo siempre acusé: la mala evangelización de estas tierras, que terminó produciendo un sincretismo. En más de una ocasión, en el Colegio de San Nicolás donde estudié, escuché que los franciscanos habían reinventado la leyenda de Quetzalcóatl… Pero nunca pasó de ser una leyenda. Este documento parece indicar que todo es real.

Miguel de Montellano también había recibido, como todos los criollos de noble cuna, una educación decente, que incluía, desde luego, una buena formación religiosa. Además, como criollo de una familia leal a la Corona, había sido educado en la veneración de la Virgen de los Remedios, la deidad de los españoles, y no en la veneración de la Virgen de Guadalupe, que era la diosa de indios y mestizos, y que se había convertido en símbolo de rebeldía de criollos inconformes… como Manuel Guillén, José María Morelos, e incluso Miguel Hidalgo.

—General Morelos, creo que como creyentes sabemos que existe

una sola Virgen María, madre de Dios, más allá de que algunos hayamos sido educados en la veneración de la Virgen de los Remedios y de que la mayoría del pueblo idolatre a la Guadalupana.

—Efectivamente, señor Montellano; me costó mucho trabajo que Sofía entendiera esa idea. Me da gusto saber que usted ha sido bien educado.

—Gracias, general… A lo que me refiero es que María es la madre de Dios, la madre virgen de Dios, y según entiendo, Tonantzin significa "nuestra madre" o "diosa madre"… es decir, la madre de los dioses. ¿Esto quiere decir que los franciscanos transformaron a Tonantzin en la virgen católica?

—Bueno, caballero, ésa es parte de la leyenda, y es una de las aberraciones de la evangelización que siempre critiqué como estudiante y como maestro. Pero, más aún, Tonantzin es la diosa madre o la madre de los dioses… Pero no de cualquiera. Cihuacóatl quiere decir "mujer serpiente"; así pues, una diosa madre, mujer serpiente, no puede ser otra que la madre de Quetzalcóatl… la madre virgen de Quetzalcóatl… Una aberración más de la evangelización que, al parecer, los franciscanos aliados de Cortés ayudaron a propalar.

De hecho, más allá de lo que hubieran dicho o escrito los franciscanos, y más allá de la leyenda de la Serpiente Emplumada con todas sus variantes, muchos registros de los cronistas de la época aseguraban no sólo que Cortés había colocado una imagen de la Virgen en el templo mayor de los mexicas… sino que la propia Virgen se había aparecido en los cielos… en un acto que avalaba el triunfo español sobre los pueblos paganos.

—Es decir —intervino Sofía— que este reino ha estado lleno de mentiras desde el principio. Si lo entiendo bien, no fueron los españoles, sino decenas de miles de indígenas los que conquistaron a los mexicas. Un triunfo que hábilmente se adjudica Cortés, quien además asegura algo evidentemente falso: que la Virgen se le apareció en el cielo para bendecir su victoria.

Años después de su muerte, para seguir justificando la invasión del Nuevo Mundo, los franciscanos traídos por Cortés, divulgaron la historia —también falsa, por lo visto— de que los indígenas habían confundido a Cortés con Quetzalcóatl… y se rindieron dócilmente al conquistador… Y para colmo convirtieron a la diosa Tonantzin, madre de la Serpiente Emplumada, en la Virgen madre de Dios… Vaya que estos frailes tenían mucha imaginación.

—Y sin embargo —agregó Morelos— los franciscanos se

negaron, particularmente durante el siglo XVI, a venerar a la Virgen de Guadalupe.

—Eso sí no lo entiendo —exclamó Miguel—. ¿No les convenía practicar y difundir ese culto?

—Todo lo contrario —respondió Morelos—. Una cosa era que los frailes, que dominaban la religión, impulsaran ciertas leyendas, como la de relacionar a Quetzalcóatl con Cortés, y luego incluso a Quetzalcóatl, dios único, hijo de una virgen, con Jesús… lo que a mi entender siempre fue una blasfemia… Y una cosa muy distinta era que los indios comenzaran a generar su propio culto, por más que fuera a la Virgen María, en su advocación de Guadalupe, pero que se hacía popular e independiente de los frailes y de las autoridades religiosas. Hay que aceptar que desde el principio la religión sirvió para someter a los pueblos. Y un culto religioso libre y sin autoridades pudo haber sido más bien liberador… De ahí que con el tiempo la imagen guadalupana se convirtiera en el símbolo de los rebeldes, de los conspiradores y, finalmente, de los insurgentes.

Sofía casi ya no escuchó esa última parte, ya que otro documento de los que llevaban consigo llamó poderosamente su atención. Reconoció la imagen del águila con las alas extendidas en la parte superior de un pergamino. Lo tomó de inmediato. El padre José María y Miguel interrumpieron su diálogo al ver el rostro pálido de Sofía, que sostenía el documento en sus manos. Miguel la abrazó:

—¿Qué pasa, Sofía?

Ella no respondió; sólo extendió el documento hacia Miguel y Morelos. Era un pergamino muy similar al que Sofía había hallado años atrás entre los papeles de su padre; muy parecido a la lista de la llamada Sociedad del Águila y sus líderes… Más bien, era la misma lista… aunque con algunas pequeñas diferencias.

El encabezado era el mismo:

Sociedad del Águila

Debajo del encabezado había una lista llena de huecos inquietantes y de anotaciones al margen:

1563-1595 Martín Cortés (¿El Mestizo o el Marqués?)

Leonor Cortés de Moctezuma (¿Sería posible?)

1595-1610

1610-1620

1620-1640

1640-1642 Guillén de Lampart

(El irlandés efectivamente contactó con grupos rebeldes y se

hizo de seguidores… ¿Espía del conde duque de Olivares? ¿Espía de los jesuitas? ¿Masón?)

1642-1650

1659 Guillén de Lampart

(Año en que el hereje escapó de la cárcel de la Inquisición; promovió panfletos subversivos, llegó al palacio del virrey… Acusó de fraude el libro del jesuita Miguel Sánchez, verdadera razón de su ejecución… ¿Masón? ¿Jesuita rebelde? ¿Espía franciscano?)

1672-1690 Guillermo Lampart y Saldívar

(Si hubo un hijo del irlandés, verosímil que haya intentado una insurrección)

1690-1700

1701-1703

1703-1715

1715-1725

1755-1765

1765-1768 Miguel Cabrera… (Conveniente… guadalupano… aliado)

1768-1774

1774-1785 José Ignacio Bartolache… (Antiguadalupano… enemigo peligroso)

1785-1790 Diego de Montellano

1790-1794 Servando de Mier

(Contacto de los masones franceses del Jorobado Larouche… nacionalista… antiguadalupano… libertino… elocuente… defensor de don Hernando Cortés y posible rebelde… detractor de la evangelización… peligroso)

Los tres quedaron sorprendidos. En su momento todos habían visto la lista original… por lo menos la lista que tenía Sofía, la que dejara Manuel Guillén. Era un documento muy claro, una cronología de los líderes de una sociedad secreta que desde hacía 300 años propugnaba por la independencia… Pero esta versión de la lista era muy extraña, tanto por las ausencias como por las anotaciones al margen.

En orden, resultaba raro que se cuestionara si el Martín Cortés del que se hablaba era el Mestizo, el hijo de doña Marina, o el Marqués, el hermano 10 años menor, heredero legítimo del título de marqués del Valle de Oaxaca. Claro, podría tratarse de una confusión por el hecho de que ambos personajes tenían nombres iguales.

La mención a Leonor Cortés de Moctezuma era inquietante. A qué se refería la anotación junto a su nombre: “¿Será posible?” Más

inquietante aún eran los tres espacios en blanco, en los cuales se omitían los nombres de la lista que Sofía tuvo en sus manos y que, suponía, ahora estaba en poder de Guadalupe Victoria. Ni Fernando Cortés, ni Isabel Tolosa, ni Cristóbal Saldívar aparecían anotados.

Encontrar el nombre de Guillén de Lampart con aquellas anotaciones al margen, la inquietaban pero a la vez también la tranquilizaban… Por lo menos quería decir que Lampart no era una leyenda. Y era extraño que se cuestionara si era masón, espía de los jesuitas o favorito del rey, el conde duque de Olivares.

Pero había algo más extraño aún sobre aquel misterioso irlandés. Sofía sabía que aquel personaje había sido un hombre subversivo que escapó de la cárcel… Pero no tenía la menor idea de quién era el jesuita Miguel Sánchez, ni a qué libro se hacía alusión en el pergamino, e ignoraba que la crítica a dicho libro hubiese sido la causa de que su autor fuera inmolado en la hoguera… Y le desconcertaba que a las acusaciones vertidas sobre aquel hombre se le agregara la de "¿espía franciscano?"

Que Guillén de Lampart tuviera un hijo, cuyo nombre aparecía consignado en la lista, con algunas anotaciones al margen, la tranquilizaba más, pues le daba la certeza de la existencia del misterioso irlandés.

Sofía detuvo su mirada en los espacios en blanco, donde no aparecían ni Sigüenza y Góngora, ni el virrey que fuera conde consorte de Moctezuma, ni Xavier Clavijero… Y, por el contrario, le sorprendió que apareciera Miguel Cabrera, con esa extraña acotación: "Conveniente, guadalupano, aliado". ¿De qué podía tratarse todo aquello?

Mientras Morelos y Miguel escrutaban el documento, Sofía procuraba evadirlo. Su rostro se volvió pálido y unas lágrimas casi imperceptibles comenzaban a escurrir por sus ojos. ¿Cómo era posible que en aquella lista apareciera Cabrera como "guadalupano y aliado" y el científico Bartolache como "antiguadalupano y enemigo"?

Finalmente Sofía detuvo su mirada en el nombre que más odiaba, en el del asesino de sus padres, Diego de Montellano, sin anotación alguna… Descubrió un detalle, sólo perceptible para gente muy observadora: el nombre aparecía sin su segundo apellido… sin el Miravalle que denotaba su ascendencia indígena.

Y al final, el nombre del famosísimo religioso dominico hereje que había sido expulsado de la Nueva España, fray Servando Teresa de Mier, a cuyo lado estaban escritas la mayoría de las anotaciones que contenía el documento y que, a la vez, eran las menos

comprensibles de todas: lo de nacionalista, antiguadalupano, libertino, elocuente y rebelde tenía sentido… y coincidía con lo que se rumoraba acerca de él; pero, ¿cómo era posible que el defensor de Hernán Cortés, el conquistador, fuera considerado un peligro? ¿Por qué era un detractor de la evangelización? ¿Qué lo hacía tan peligroso? ¿Posiblemente era masón?… Pero, además, ¿quién era el Jorobado Larouche y los franceses a quienes se mencionaba?

Sofía volteó a ver a Morelos. En el rostro del padre José María, quien no soltaba el documento franciscano de la leyenda de Quetzalcóatl, no pudo ver ninguna certeza, sino más dudas.

Parecía que en esa ocasión, su gran maestro, padre y tutor, no tenía respuestas. Sofía Guillén salió de la habitación sin decir palabra, con la mirada perdida, y con las palabras de Leona resonando en su cabeza: “Todo es una leyenda”.

Entre Dios y el diablo

1

Europa/Nueva España.

Junio de 1814

En toda revolución hay dos tipos de personas: los que las hacen y los que se aprovechan de ellas. Así es como Napoleón Bonaparte se refería a la Revolución francesa, originalmente pensada por los ilustrados, organizada por personajes como Danton y Robespierre, pero a fin de cuentas aprovechada por el propio Napoleón. La Bastilla cayó en manos del pueblo francés en 1789, la cabeza de Luis XVI rodó en 1793, los revolucionaros comenzaron a sucumbir unos en manos de otros a partir de ese momento, hasta que todos cayeron en manos de Napoleón en 1799.

En 1799 Napoleón se autonombró cónsul de Francia, en una

época en que ya era dueño de Italia y de Austria, había detenido las invasiones a su país y había extendido los dominios de lo que vislumbraba como un gran imperio europeo… El sueño de muchos desde que cayera Roma.

El pequeño gigante le agregó a su consulado el calificativo de *vitalicio* en 1802 y se coronó emperador en presencia del papa en 1804. Hasta ese momento el poder emanaba de Dios, pero Pío VII entregó la corona, símbolo de aquel poder, a Luis Bonaparte, presidente de los diputados de Francia, es decir, representante del pueblo. Simbólicamente el representante de Dios en la tierra había abdicado el poder divino en manos del pueblo. Luis Bonaparte, en representación del pueblo, entregó la corona a Napoleón, quien la colocó sobre sus propias sienes. El poder de Dios emanaba del pueblo, y el pueblo lo depositaba en un soberano: el sueño de los ilustrados.

Entre 1800 y 1812, Napoleón conquistó gran parte de Europa; había invadido España en 1808 y destituido al monarca Fernando VII, acto que dio origen a los movimientos de independencia de la América hispana. En 1812 volvió aniquilado de Rusia, y fue presa fácil, a partir de 1813, año de sus grandes derrotas, hasta que su ejército fue aniquilado, en octubre.

Tras una serie de intentos por abdicar al poder en nombre de su hijo pequeño, como Napoleón II, fue políticamente aniquilado, y el 11 de abril de 1814 firmó su dimisión y su derrota definitiva. Ese día, el emperador de un continente pasó a ser el emperador de una isla de 20 kilómetros cuadrados: Elba.

Derrotado el gigante, las antiguas casas reales, vestigios del pasado, representantes de los restos del medioevo, procedieron a buscar acuerdos, no sólo para redibujar el mapa europeo, sino para borrar de la faz de la tierra las ideas liberales de los revolucionarios franceses… Pero las ideas nunca mueren, y la Revolución no murió con Napoleón.

Aun así, Europa intentó luchar contra las fuerzas de la historia y suprimir las ideas liberales, para lo cual los embajadores de las casas reales, desde mayo de 1814, fecha en que terminó oficialmente la guerra de todos contra Francia, convocaron a una reunión que se llevaría a cabo en Viena en octubre de aquel año.

El objetivo era fijar las nuevas fronteras, restablecer las monarquías aniquiladas por Bonaparte y, al estilo de Fernando VII, pretender que lo ocurrido no había ocurrido y que las ideas revolucionarias no habían existido, lo cual significaba restituir el absolutismo.

Evidentemente esas noticias tenían que cruzar el océano hacia la América, ya que de una u otra manera involucraban a todos los países del Nuevo Mundo. El Gran Inquisidor de España lo comunicó a los arzobispos e inquisidores de las colonias, por lo que Matías de Monteagudo, el Gran Inquisidor de la Nueva España, el hombre al que se sometía el propio Félix María Calleja, lo supo de inmediato, incluso antes que el virrey.

Pero en junio de aquel 1814 la noticia de la restauración de la monarquía absoluta en la persona de Fernando VII ya era de dominio público y los rumores de la convocatoria al Congreso en Viena corrían por diversos círculos. Una cosa era clara: todo liberal, lo cual incluía a aquel que buscara la libertad, o incluso que quisiera poner un freno al poder absoluto del rey, era un hereje que debía ser juzgado por la Inquisición.

Otra cosa también era evidente: cualquier movimiento fernandista, es decir, que pretendiera representar a Fernando VII o que intentara establecer un gobierno en su nombre, estaba fuera de la ley, ya que un rey absolutista no necesitaba a nadie que hablara en su nombre. Con aquellas nuevas el movimiento de López Rayón perdía todo sentido, no obstante que su causa ya estaba perdida desde hacía tiempo… En ese momento había algo que le interesaba mucho más que la patria: el poder; por eso siguió autodenominándose Jefe Supremo.

En aquellas circunstancias, en el lejano pueblo de Uruapan, en medio de la sierra occidental, en la meseta central de Michoacán, entre montañas, volcanes y bosques, adonde se llegaba por caminos laberínticos, José María Morelos recibió una breve nota:

Absolutismo total en Europa y España. La Pepa ha muerto, los diputados encarcelados. La única libertad posible es republicana, y para ello no hay recurso legal. Nuestro Congreso no puede ser fernandista.

GUADALUPES

Muchas personas, los propios Guadalupes, fueran quienes fueran, no aceptaban la autoridad del Congreso, el cual estaba formado por 17 miembros, ya que, aunque se decían representantes de las provincias de la Nueva España, habían sido electos de manera aleatoria y muchos de ellos no eran oriundos de la provincia a la que representaban. El propio Morelos, sin haberlo pedido, fue nombrado diputado del Nuevo Reino de León, un territorio desconocido para el cura de Carácuaro.

Desde la derrota de Valladolid el Congreso estaba dominado por gente de López Rayón, cuya postura fernandista ya era obsoleta. Los

Guadalupes lo sabían y por lo tanto sólo podían apoyar la postura republicana de Morelos, no obstante que hubiese sido degradado. Además, había una noticia muy clara: “La Pepa ha muerto”… lo cual quería decir que ya no había Constitución en España, ni mucho menos una confederación de reinos hispanos en condiciones de igualdad.

Como miembro del Congreso, José María Morelos presentó las noticias a sus compañeros, que ya se daban desde entonces a la tarea de convertir los *Sentimientos de la nación* en una Constitución americana, originalmente proyectada con el propósito de reconocer a Fernando VII, pero dadas las novedades, y sin importar mucho que fueran seguidores de López Rayón, entendieron que sólo quedaba una opción: adaptar su trabajo a una Constitución nacional que se pronunciara por la absoluta independencia respecto de España y por la república como forma de gobierno.

Cosas de la historia: cuando Morelos, el gran luchador de la libertad republicana, fue derrotado políticamente por los fernandistas, ocurrió el retorno del rey Fernando VII, lo cual propició el triunfo de su república… El problema fue que ésta estaba muerta antes de nacer, ya que la insurgencia prácticamente había sido aniquilada gracias a sus divisiones internas y a que cada soldado español que desembarcaba en Veracruz echaba una palada de tierra más al sueño republicano.

El propio Morelos, más allá del entusiasmo que los documentos descubiertos por Miguel y Sofía provocaban en su faceta de profesor y erudito, tampoco encontraba ningún sentido en todo aquel misterio, que aparentemente tenía una escala más en La Rodilla del Diablo. Morelos entendía cada vez más que posiblemente aquel tesoro tenía que ver con las ideas… Pero ya nada podían hacer las ideas contra 60 000 soldados españoles apeados de los barcos procedentes de España.

Él ya no confiaba en el Congreso que había formado ni en su capacidad para elaborar una Constitución… independientemente de que el territorio de la libertad donde podría aplicarse se hacía más estrecho cada vez.

Habían perdido la guerra, y él tenía parte de la culpa. Y el Congreso, junto con López Rayón, otro tanto. José María Morelos no había sido capturado aún, pero ya estaba derrotado.

Aun así estaba convencido de que daría la vida si fuera necesario para proteger el Congreso soberano y sería leal hasta la muerte a su idea de institucionalizar el movimiento para evitar que dependiera de un caudillo. En aquellos momentos sólo existía una

esperanza intermitente en su corazón: la costa oriental, Manuel Mier y Terán, y Guadalupe Victoria. En su mente permanecía fija y clara una idea: “Morir es nada si se muere por la patria”.

2
Uruapan.
Junio de 1814

El diablo estaba en medio del paraíso, por lo menos la huella de su rodilla. Sofía y Miguel iban rumbo al manantial que había sido propiedad de Manuel Guillén. El camino atravesaba las montañas en un bosque frío de oyameles y pletórico de una vegetación exuberante, en medio de la zona volcánica más activa de la Nueva España que había generado un paisaje realmente paradisiaco.

Después de andar por veredas, llegaron al arroyo que nacía precisamente en el manantial. A partir de ahí sólo debían seguir río arriba por una cuenca empedrada, que finalmente los condujo a una explanada donde se abrían los árboles para hasta formar un círculo en cuyo centro había un ojo de agua con un borbollón. Ahí nacía el río, un espejo de agua burbujeante rodeado de piedras y oyameles.

Miguel y Sofía miraron a su alrededor buscando sin estar conscientes de lo que buscaban, sin saber que mientras ellos observaban el manantial, alguien, oculto entre los árboles y la maleza, los espiaba, un sujeto que ya los esperaba, a ellos o a los medallones que portaban. El hábito café, amarrado a la cintura con un grueso cordel blanco, hubiese delatado su origen.

Sofía y Miguel escalaron unas piedras que rodeaban el manantial mientras cada uno de sus movimientos era seguido por aquel desconocido. Ese día, quizás como consecuencia de los placeres a los que se entregaron la noche anterior, parecían, efectivamente, una pareja. Los dos de la mano, Miguel ayudando a subir a Sofía, a quien protegía como lo había hecho durante los últimos años. Iba con traje de montar, chaqueta corta y sombrero ancho, como el terrateniente que debió de ser. Llevaba un cinto del que colgaba una espada y una pistola, y un pequeño cuchillo enfundado en una de sus botas. De su cuello pendía una medalla de oro que descansaba sobre el pecho, su herencia histórica: el Águila de

Moctezuma.

Sofía se había vestido de una manera extraña, pues las prendas femeninas no eran las más adecuadas para aquella travesía; no obstante, no quiso prescindir del toque sensual. Así que se enfundó un pantalón de manta, blanco, cubierto por una camisola bordada que se ajustaba a su deliciosa cintura con una faja, y se protegía con una mantilla roja que resaltaba cada uno de sus rasgos mestizos, aquel color de piel que Miguel no dejaba de admirar, sus ojos oscuros, su mirada penetrante. Calzaba unas botas de montar, adecuadas para la caminata.

Sobre su pecho brillaba el oro del Águila de Cortés… Ya no podía negar su legado ni su origen. Paradójicamente, el gallardo criollo de noble cuna, de rasgos españoles, portaba la medalla de Moctezuma, su ancestro, y ella, la mestiza, la que repudiaba lo español, llevaba puesta la medalla de Cortés… le gustase o no, su ascendiente.

Aquel día los dos mestizos que aceptaban su origen iban en busca de… algo, algo que no fueran leyendas ni quimeras; en el caso de Sofía, algo más que papeles, historias y misterios.

Los dos se encontraban de pie sobre una roca, dos metros arriba del manantial, un oasis edénico de paradójico nombre: La Rodilla del Diablo. A la izquierda de Miguel había una roca más lisa que las otras, muy cerca del agua… y casi en el borde, a escasos centímetros del agua, como una gracia de la naturaleza que les permitía agacharse para beber el transparente líquido, una oquedad, un hueco redondo, capricho de la erosión. Con toda certeza ése era el lugar al que aludía la leyenda, donde el diablo se hincó para beber y dejó marcada su rodilla.

—Sofía, princesa… aquí —dijo Miguel al mismo tiempo que brincaba para llegar de un salto a la roca marcada por el Maligno—, éste debe ser el lugar.

Sofía había sido rescatada en múltiples ocasiones, pero era una mujer autosuficiente, de espíritu aventurero, que, gracias a haber bregado en medio de la guerra, sabía valerse por sí misma. Antes de que Montellano pudiera acercarse para ofrecerle su mano, de un salto Sofía cayó sobre la piedra, chocando contra el pecho de Miguel.

Ahí estaban los dos, la pareja que no era marido y mujer, los amantes en medio de la guerra, el criollo y la mestiza que se sintieron atraídos a la vorágine de manera irremediable, pero que estaban destinados a vivir en eterno conflicto por causa de su pasado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sofía mirando a los ojos a Miguel —. Ya estamos aquí. ¿Qué sigue?

—No lo sé, preciosa, pero lo descubriremos.

Sofía recordaba perfectamente la frase que los había conducido hasta ese lugar: "Si el Adversario se detuviera a descansar, ¿dónde apuntaría el dedo del diablo cuando su rodilla se hundiera en la roca?" ¿Qué significaban aquellas palabras? De pronto recordó la leyenda y tuvo una inspiración: el diablo se había hincado para beber agua del manantial y recargó su rodilla en la roca, por lo cual, según contaban, dejó su marca… Pero el agua estaba algunos centímetros más abajo, por lo que el diablo, o cualquiera que hubiese querido beber, tuvo que agacharse hasta alcanzar el líquido.

—Miguel, si te detuvieras a descansar en esta piedra; si te hincaras y te agacharas para beber, y extendieras el brazo, ¿a dónde apuntarías?

Miguel se quedó callado sin entender lo que significaban las preguntas de Sofía y simplemente la miró con un gesto de interrogación. Ella rió y dijo:

—Sí… no estoy diciendo que tú seas el diablo… aunque bien podrías serlo —se acercó a él y le dio un beso—. Es evidente que hay que buscar algo, y sin ser muy rebuscados, la frase contiene una pregunta directa: ¿adónde apuntaría el dedo del diablo, justo desde la posición en que estaría al arrodillarse? Justo aquí.

Miguel entendió de inmediato, la oquedad marcaba el sitio y la forma de la rodilla del diablo. Así pues, se colocó frente la huella en la roca y se hincó tratando de que su rodilla se acoplase de la forma más perfecta posible a aquel hueco. El diablo debía medir algo más que dos metros para tener una rodilla de ese tamaño.

—Ahora, agáchate como si fueras a tomar agua del manantial — ordenó Sofía, aún riendo.

—Me temo que soy más pequeño que el diablo —comentó Miguel con sorna—. Puedes estar tranquila… Y soy… no soy Satanás.

—Bueno, capitán Montellano, ahora haga gala de su fuerza; tal vez no sea más alto que el demonio, pero seguramente tiene más abdomen —Sofía estaba de un humor excelente y no dejaba de reír —. Así, arrodillado, haz como si fueras a beber, y en esa posición extiende el brazo y el dedo.

Miguel sabía perfectamente lo que pretendía Sofía, de manera que siguió sus instrucciones al pie de la letra. Arrodillado sobre la piedra, agachado como si tratase de alcanzar el agua, extendió

completamente su brazo izquierdo y señaló. Su dedo apuntaba al extremo contrario del manantial, en el fondo del agua. Antes de que pudiera decir algo vio cómo Sofía se lanzó al agua, se sumergió y reapareció en la superficie, con el cabello mojado escurriéndole sobre la camisola.

Era la imagen misma de la belleza, una Eva en el paraíso… con un poco más de ropa. Miguel volteó a donde había estado Sofía antes de saltar y pudo ver sus botas y su mantilla, lo único que se había quitado antes de arrojarse al estanque.

—¡Anímese, capitán! ¿Dónde dejó su arrojo? Sea lo que sea que busquemos, tiene que estar aquí.

Miguel de Montellano se quitó las botas, se desabrochó el cinto donde llevaba sus armas y se despojó de la chaqueta y la camisa. Antes de saltar tomó el pequeño cuchillo que llevaba enfundado en las botas y, dos segundos después, estaba en el agua junto a Sofía.

—Usted es el soldado —dijo Sofía—; lo que sea que busquemos debe estar aquí, bajo el agua… No me extrañaría que se trate de algún arcón… aunque no creo que pudiese conservarse tantos años bajo el agua sin sufrir gran deterioro.

—Muy bien, espera aquí.

Miguel tomó aire y se sumergió. El agua era totalmente transparente, por lo que Sofía nunca lo perdió de vista…

El personaje del hábito café no dejaba de observarlos.

Miguel permaneció poco más de un minuto bajo el agua, escudriñando entre las piedras, volteando en todas direcciones. Era muy difícil buscar bajo el agua… Más aún si no sabía exactamente lo que buscaba. Salió a tomar aire.

—¿Viste algo? —preguntó Sofía.

—Vi muchas cosas, preciosa conspiradora, pero nada que no sea parte de un manantial…

—Si está bajo el agua debe estar protegido de alguna forma… No sé, entre las rocas, en una caverna debajo… Todo es posible, recuerda que esta historia está llena de piratas.

Miguel volteó a ver la piedra de La Rodilla del Diablo, para ubicar el lugar que había señalado desde allí. De ese lado la orilla estaba repleta de piedras, así que decidió buscar entre ellas. Se sumergió nuevamente tras tomar una bocanada de aire y bajó lo más que pudo pegado a la pared rocosa, palpando las piedras… De pronto, Sofía lo perdió de vista. Tras unos segundos, que le parecieron eternos, Sofía comenzó a ponerse nerviosa. No veía a Miguel por ningún lado; tomó aire y nadó bajo el agua por la misma ruta que había tomado Miguel. Nada.

Salió a tomar aire. Miguel no estaba por ningún lado. La angustia la carcomía, no sabía qué hacer; se sumergió de nuevo… y nada. Salió nuevamente para aspirar aire. Gritó. Buscó en todas las direcciones. De pronto ahí estaba Miguel, emergiendo del agua, con una sonrisa que denotaba triunfo:

—¡Lo encontré!

El hombre del hábito café y el cordón blanco en la cintura no perdió ni un detalle de lo que allí había ocurrido.

3

Hermenegildo Galeana siempre había sido un hombre leal y valiente. Jamás fue un traidor. Su retirada de las fuerzas insurgentes le pesaba en el alma. No obstante, recordaba perfectamente sus inicios, cuando se decidió a seguir a Morelos. Lo hizo porque el cura de Carácuaro le demostró que no era como el cura de Dolores. Él sí era un hombre con causa, que sabía escuchar, que demostró que no lo movía la sed de poder ni de la sangre…

Morelos había sido proclamado Alteza Serenísima pero él prefirió el título de Siervo de la Nación… Pero para Galeana estaba claro que lo de Alteza se le había quedado en la mente y lo de Siervo sólo era parte de su discurso. Don Hermenegildo nunca fue un traidor. Jamás huyó del campo de batalla, se lanzó a la masacre ordenada por Morelos, se arrojó a ese estúpido sacrificio de Puruarán, que habría sido innecesario si el Generalísimo hubiera actuado como el Siervo de siempre en las Lomas de Santa María y no lo hubiera hecho como el semidiós que se embriagó con las palabras de Rosains.

Pero Galeana no era cobarde ni traidor, por eso luchó hasta el límite de sus fuerzas y derramó su sangre… y la de decenas de españoles. Se retiró como general insurgente. Sus últimas palabras, dirigidas a Morelos, resonaban, con kilómetros de por medio, en la mente de ambos: "Si salimos con vida, señor Morelos, búsqueme cuando haya aclarado su mente. Yo ya no soy ningún general; sólo un hombre que lucha por su vida y la de los suyos. Por lo tanto, usted ya no es mi superior".

José María Morelos aclaró su mente, ya que antes de llegar a

Uruapan a reunirse con el Congreso, a principios de mayo de 1814, se había separado del resto del grupo y cabalgó solitario hacia el único lugar donde supuso que encontraría a Galeana, en Tecpan, donde comenzó todo. Ante un Galeana decepcionado se presentó un Morelos arrepentido:

—Señor Galeana, el cura de Carácuaro quisiera tener unas palabras con usted, si me lo permite.

Galeana tampoco había sido un hombre de falsos orgullos y estaba contento de ver a Morelos en su propia casa, como al principio.

—Sólo si el señor cura, si el padre José María, me permite darle un abrazo.

José María Morelos y Pavón y don Hermenegildo Galeana se dieron un fuerte y fraternal apretón. Se respetaban y se estimaban mucho; juntos habían vivido grandes aventuras. En ese momento eran tan sólo dos hombres, hermanos de sangre derramada, que se encontraban de nuevo.

—Tenía usted razón, señor Galeana, como siempre la ha tenido. Usted siempre ha sido el hombre sabio de esta mancuerna. Mi cerrazón y mi egoísmo me derrotaron de una manera que nunca hubiera logrado Calleja… Todo por dejar de escucharlo.

—Errar es de humanos, señor cura; sin embargo, reconocerlo y pedir disculpas es una virtud superior; y, desde luego, aceptar una disculpa sincera es lo menos que puede hacer un hombre cabal.

—En ese caso quiero pedirle que se una nuevamente al ejército insurgente.

—Eso que me pide es imposible, señor Morelos… Tal vez usted no lo haya notado, pero ya no existe un ejército insurgente. Fue aniquilado, no sólo por Iturbide en Valladolid, ni mucho menos por usted… Ha sido aniquilado por la falta de proyecto y de unidad. El Congreso fue un triunfo efímero; la herencia de Hidalgo sigue en ese obstinado López Rayón; lo que queda del Congreso es absolutamente abyecto y pusilánime, pues puso a la venta sus opiniones y sus votos, y sus intereses particulares están por encima de los proyectos nacionales. Tiene que aceptarlo, señor cura, nuestro Congreso es una pléyade de malos políticos, sin ideas claras, con la arrogancia de erigirse como diputados pero sin un solo mérito que les merezca dicho título.

—Por eso lo necesito, don Hermenegildo. Las cosas han cambiado en España y por lo tanto cambiarán aquí. El fernandismo de López Rayón no tiene sentido y la única opción posible es retomar la lucha por la república. Guadalupe Victoria debe estar ya

del otro lado de la Nueva España estableciendo contacto con Estados Unidos. Todo puede renacer.

—No tenemos ejército, señor cura… Y lo peor de todo es que, por causa de ese Congreso al que se empecina en respetar, ya tampoco tenemos general. Haré mi parte, señor Morelos, seguiré luchando, pues no pienso morir como desertor ni como cobarde, mucho menos ante un hombre de su talla. Me reorganizaré en Tecpan, reuniré a mis hombres y defenderé el territorio de la tierra caliente y de la costa. Mientras yo viva, ésta siempre será tierra libre y territorio insurgente.

Aquélla había sido la última conversación entre aquellos gigantes. El padre José María no tuvo más opción que regresar solo a Uruapan… a defender el Congreso. Galeana, por su parte, vio alejarse al Generalísimo, decidido a cumplir su promesa.

De ese modo, Hermenegildo Galeana reorganizó a su gente. Resurgieron Los Negros de Galeana, que se dedicaron a mantener libre de soldados realistas todo su territorio. No obstante, en 1811 no había más de 8 000 soldados al servicio del virreinato, y para 1814 Calleja contaba con más de 60 000 militares moviéndose en los caminos de la Nueva España.

El teniente coronel realista, Fernández de Avilés, era el responsable de pacificar la zona de la costa donde mandaba Galeana. A lo largo de dos meses, un ejército de 10 000 hombres a su mando fue incapaz de derrotar a la guerrilla de 1 000 personas que seguían a “Tata Gildo”. No había combates frontales sino ataques por sorpresa en los que Galeana y su gente causaron por lo menos 2 000 bajas en las filas enemigas. Estaba dispuesto a defender su territorio y a cumplir la última promesa que le hiciera a Morelos.

Hermenegildo Galeana y sus “negros” se dedicaron a aniquilar a cuanto español hallaban a lo largo de la costa que se extendía de Zihuatanejo a Acapulco, y a mantener el control de la Roqueta, de la Laguna de Coyuca, de la de Mitla y de la de Tres Palos, para evitar cualquier intento realista de abastecerse en aquella zona y para tener puertos a disposición de Peter Ellis, si llegaba a ser necesario.

Un día de junio, cuando iba de Tecpan a Acapulco, fue sorprendido al estilo guerrillero por el teniente Fernández de Avilés, quien a fin de cuentas había aprendido sus técnicas. Galeana, con menos de 100 hombres, fue emboscado por 2 000 realistas. Comprendió que ése era su destino heroico y decidió no huir sino dar batalla… Su gente jamás lo abandonaría.

A caballo, Galeana disparó sus dos pistolas y dos gachupines cayeron muertos. No había tiempo de volver a cargar. Las dejó caer mientras seguía a todo galope con su sable desenvainado. Sus hombres lo seguían, unos a caballo y otros a pie; todos imitaron el ejemplo, dispararon. Varios realistas cayeron. Después, los insurgentes se lanzaron como fieras sobre el enemigo. Sus "negros" manejaban la espada, el machete, el cuchillo. Eran más grandes y fuertes que los españoles, que además se asustaban ante la vista de esos cuerpos oscuros semidesnudos.

Los 100 hombres de Galeana dieron cuenta de la mitad de la tropa que salió a su encuentro, pero la ventaja era demasiado grande y las fuerzas comenzaron a faltar. Cuando los realistas tuvieron tiempo de volver a cargar y disparar, Galeana dio la orden definitiva.

—¡Señores, ha sido un honor combatir junto a ustedes! ¡Nada me deben, nada los ata a esta derrota! ¡Retirada!

Algunos "negros" comenzaron la retirada a toda velocidad, hasta que se percataron de que la orden de su jefe sólo era para ellos, pues él pretendía seguir en la lucha. En ese momento decidieron volver al ataque aunque todos perdieran la vida. Corriendo desde donde estaban para volver a unirse a su "Tata" pudieron ver cómo Fernández de Avilés, a caballo y protegido a la distancia, daba órdenes de rodear a Hermenegildo Galeana para aislarlo de sus hombres. Éste aún destripó a dos españoles más antes de que su caballo fuera herido.

Desmontó de inmediato, y ahí, en medio del campo de Coyuca, absolutamente solo, rodeado de españoles, entregó su última gota de sudor y sangre. Sus "negros" arremetieron, pero el cerco sobre Galeana era muy grande; lo vieron convertirse en un gigante, salpicarse con la sangre enemiga, hundir su sable y su cuchillo en decenas de cuerpos… hasta que uno de los militares realistas lo encaró cuerpo a cuerpo, de quien logró detener cada una de sus estocadas; pero en un momento en que el exhausto Galeana tomó aire, el soldado Joaquín León le atravesó el vientre de lado a lado.

Don Hermenegildo Galeana cayó de rodillas al suelo, aún con vida pero sintiendo cómo la muerte se apoderaba de él, segundo a segundo. Trató de no morir sin antes aniquilar a otro gachupín, pero sus fuerzas lo habían abandonado; levantó el rostro para ver la cara de aquel que lo había vencido y alcanzó a ver un cuerpo que vigorosamente giraba su cintura con el brazo derecho levantado y empuñando un sable en dirección a su cuello.

El cuerpo sin vida de Hermenegildo Galeana cayó desplomado

en la tierra de Coyuca, mientras su cabeza volaba cercenada por los aires hasta quedar ensartada en la espada del militar que terminó con sus días. El teniente realista ordenó la retirada ante la mirada impávida de Los Negros de Galeana. Joaquín León se llevó la cabeza como trofeo y para exponerla en Coyuca para escarmiento de los rebeldes. El resto del cuerpo del más leal de los insurgentes quedó manando sangre en el suelo. Con lágrimas en los ojos, sus negros recogieron el cuerpo de su jefe, "Tata Gildo", y lo retiraron para rendirle los honores merecidos. Era el 27 de junio de 1814.

4
Ciudad de México.
28 de junio de 1814

Félix María Calleja del Rey tenía un poder casi absoluto y la satisfacción de ser el más grande héroe del imperio español. Había luchado y triunfado por España en la propia península, en África, en el Mediterráneo… Y ahora cumplía en América. Desde que era el mariscal encargado de abatir a la rebelión, hasta el momento de ser encumbrado como virrey, su misión era clara: mantener a toda costa el virreinato de la Nueva España. La muerte de Mariano Matamoros había sido un gran triunfo, y su correo personal acababa de entregarle la nota que le alegró el día:

Quien fuera el otro lugarteniente de Morelos, el rebelde Hermenegildo Galeana, ha sido abatido por mis tropas. Su cabeza descansa en una pica en Coyuca. Solicito a Su Excelencia se sirva remitir la recompensa ofrecida, para el soldado Joaquín León, el hombre que separó la cabeza de Galeana del resto de su cuerpo.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS

Además, el virrey restableció el poder real de Fernando VII en la Nueva España, abolió la Constitución que nunca había sido aplicada, declaró enemigos de la Corona no sólo a los insurgentes, sino a cualquiera que simpatizara con ideas las liberales o tuviese en su haber libros franceses.

Para reafirmar su poder, disolvió el ayuntamiento de la Ciudad de México y puso bajo vigilancia del ejército los cabildos de las ciudades más importantes, envió altos mandos militares a todas las

provincias del reino y declaró oficialmente restablecido el Tribunal del Santo Oficio, que nunca había dejado de funcionar. Nuevamente había tan sólo dos autoridades: Dios y el rey, representadas en la Nueva España por el Gran Inquisidor, Matías de Monteagudo, y Félix María Calleja del Rey.

Con Matamoros y Galeana liquidados, los infiltrados en las filas insurgentes, la división de los propios rebeldes y sus conflictos internos, Calleja estaba convencido de que Morelos ya no era nadie. Aun así, su prioridad era destruirlo a él y al Congreso. Con la restitución de la monarquía el poder de acción de Callaeja era absoluto, según carta del propio monarca, y nada podía atenuar su éxito y su felicidad… Ni siquiera la presencia del Gran Inquisidor, el doctor canónigo Matías de Monteagudo, quien se presentaba en ese momento.

—Que pase de inmediato —ordenó Calleja, quien esperó sentado detrás de su gran mesa.

No dio la orden de limpiar el suelo por el que caminaría Su Ilustrísima, lo cual notó el criado y desde luego el propio inquisidor, quien se percató de que no había sido recibido por un virrey temeroso al centro del salón, sino por un hombre empoderado detrás de una mesa. Desde luego, Calleja cumplió los protocolos y se puso de pie en cuanto entró Matías de Monteagudo con su hábito dominico y la cruz de oro en el pecho, que contrastaba con el voto de pobreza de los clérigos.

El virrey hizo una reverencia, pero no besó el anillo del inquisidor.

—Su Ilustrísima, siempre es un placer recibirlo, pero más aún cuando le tengo buenas noticias —el inquisidor esperó en silencio; Calleja prosiguió—: ayer fue aniquilado el rebelde Hermenegildo Galeana. Con su muerte y la del licenciado Mariano Matamoros ha comenzado la desintegración total de la rebelión. El poder absoluto ha vuelto a España, y por lo tanto a sus colonias; he ordenado disolver el cabildo de esta ciudad y vigilar de cerca a los otros. Y con mi suprema autoridad, emanada de Su Majestad Fernando VII, desde luego, y por lo tanto de Dios, he restablecido oficialmente el Tribunal de la Inquisición que Su Ilustrísima preside… la cual nunca estuvo sin funcionar.

El Gran Inquisidor de la Nueva España entendió a cabalidad el trasfondo de aquel discurso. Calleja no estaba atemorizado ante su presencia. El restablecimiento del poder absoluto de la Corona le había dado nuevos bríos, pues de nuevo se había colocado por encima de la autoridad clerical, que sólo existía, según el virrey,

gracias a él y a Su Majestad el rey.

—Bien, Su Excelencia, debo admitir que tiene la situación bajo control. No se podía esperar menos de quien aseguran que es el mejor militar del imperio. Bien, muy bien.

El inquisidor permaneció de pie y en silencio, lo cual significaba que había más que decir, pero que esperaba recibir las cortesías pertinentes a su alta investidura. Calleja lo notó y de inmediato lo invitó a sentarse en una pequeña sala; ordenó que les llevaran jerez. Acto seguido se sentó en el sillón adyacente al que había ocupado el doctor Monteagudo.

—Bien —continuó el inquisidor—, la situación amerita que seamos directos. Ambos sabemos que desde el siglo pasado, la Iglesia y la Corona española, aparentemente aliadas, mantienen una pugna de poder por el control de la Nueva España… En realidad, por el control de toda la América hispana, pero con interés particular en éste, su reino más rico y más habitado.

Efectivamente, España y la Iglesia eran aliados incómodos desde tiempos de la conquista; incluso, desde tiempos de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. En aquel lejano siglo XV, la reina de Castilla —a la sazón España— patrocinó los viajes del almirante Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, con el propósito de que lo que descubriera pasara a ser propiedad de la Corona.

Sin embargo, había un problema con Portugal, que desde antes que Castilla ya navegaba los mares del sur, e incluso es probable que sus hombres de mar ya hubiesen tocado suelo americano antes que el propio Colón. En vista de ese conflicto se recurrió al árbitro mundial, esto es, el papa, que, para mala suerte de los portugueses, era el valenciano Rodrigo de Borja, conocido por su alias pontificio como Alejandro VI, quien, como valenciano, era aragonés, y Fernando de Aragón era esposo de Isabel de Castilla.

De ese modo, la Iglesia del siglo XV, a través de la bula alejandrina, obsequió América a la Corona de Castilla, heredada por el nieto de los Reyes Católicos, Carlos de Gante, sacro emperador germánico y rey de Castilla y Aragón, tronos unidos en 1556 cuando fueron asumidos por su hijo, Felipe II.

Pero esa España también heredó una facultad otorgada por Alejandro VI: el llamado Regio Patronato, mediante el cual los reyes de España podían nombrar a las autoridades religiosas de América, desde el párroco de pueblo hasta el arzobispo primado.

La conquista no la llevó a cabo Hernán Cortés. Él sólo sometió a los aztecas. Fue la Iglesia la que impuso las nuevas creencias que unieron a los pueblos de aquella América, donde los religiosos

tenían más autoridad que el poder virreinal; no obstante que España imponía a los religiosos.

Y más allá de la Iglesia, América y la Nueva España se convirtieron en un terreno que de inmediato provocó la disputa y fue la manzana de la discordia de las órdenes religiosas; primero los franciscanos, llevados por Cortés, tomaron posesión de los mejores lugares; después llegaron los dominicos y los agustinos a competir por el resto del territorio.

Pero las órdenes, una vez aprobadas por la Iglesia, a final de cuentas comenzaban a mandarse solas… por lo que, entre España con su Regio Patronato y una Nueva España evangelizada por órdenes mendicantes, la Iglesia como estructura de poder quedaba fuera, por más que el pretexto para llevar a cabo la conquista fuera la evangelización. No obstante, en 1572 llegaron a la Nueva España los jesuitas, una orden religiosa al servicio del papado y con un voto de obediencia total al Santo Padre… aunque éste resultara no ser tan santo.

—Efectivamente —señaló Calleja—, la Iglesia siempre ha intentado socavar el poder de la Corona en América… Y a veces lo ha logrado. Algunos arzobispos han sido virreyes y son más leales a Roma que a España; siempre han luchado por convertirse en un Estado dentro del Estado… Pero en estos momentos el poder de la Iglesia depende del poder de la Corona.

—No debemos olvidar —agregó el inquisidor— que la Nueva España sólo pudo consolidarse gracias a la conquista espiritual y a la colaboración de la Iglesia, que permitió una evangelización muy torcida con tal de lograr el dominio. Toda la jerarquía social descansa en los pilares de la Iglesia. La única razón por la que millones de indios no se rebelen, es su devoción. Pero no discutamos, señor virrey. En estos momentos, España y la Iglesia se necesitan para aniquilar la rebelión… lo cual nos conviene a ambos; después podremos solucionar nuestros conflictos.

—Bien, Su Ilustrísima; estamos siendo sensatos. Pero parece que no se da cuenta de que la insurgencia ha sido aniquilada por mis tropas.

—Comandadas por un criollo… un tal Iturbide —acotó el inquisidor—. Tan criollo como los insurgentes a los que combate. Necesitamos que nuestro poder no dependa de los criollos, sino del sometimiento voluntario, ése que proporciona la Iglesia con sus dogmas… En ese sentido, usted sabe tan bien como yo que hay cosas del pasado que es mejor dejar enterradas.

—Eso es cierto, aunque dudo que los engaños de siglos

anteriores puedan hacer mella en la fe de hoy. Aun así, usted se iba a hacer cargo de los herejes. ¿Ha logrado controlarlos?

—Los tengo vigilados; los seguimos de cerca hasta que encuentren lo que tienen que encontrar.

—¿Y estarán bajo control?

—Son vigilados y seguidos muy de cerca. Pero es importante que primero encuentren lo que buscan. Es necesario saber dónde está escondida la información que nos interesa y qué tanto conocen de ella. Además… ¿quién podría sospechar de un franciscano?

5
Uruapan.
Junio de 1814

Lo que encontró Miguel era la entrada a una cueva a seis metros de profundidad; había que nadar después hacia arriba, de nuevo sobre el nivel del agua, lo que permitía el acceso a una caverna, o mejor dicho, a la parte interna de la superficie rocosa, en un lugar donde se formaba una burbuja de aire, un espacio húmedo pero sin agua, en el que la porosidad del suelo permitía la entrada de oxígeno, aunque el ambiente estaba viciado y se respiraba con mucha dificultad.

Ahí, en esa caverna oculta en las profundidades de La Rodilla del Diablo, efectivamente había algo… A Sofía no le iba a gustar: era un arcón reforzado con hierro forjado y muy bien cerrado. Miguel necesitaba la ayuda de su compañera para sacarlo de ahí; así que los dos se sumergieron juntos y emergieron en la caverna, para contemplar aquel cofre de madera y metal.

Sofía estaba decepcionada, aunque, claro, faltaba descubrir el contenido de aquel baúl… aunque ella ya no esperaba mucho. No obstante, algo llamó su atención y le arrancó una sonrisa: en la parte de enfrente, al centro, el cofre tenía el mecanismo que lo mantenía cerrado, pero a ambos lados había dos círculos de hierro empotrados en la madera, cada uno de los cuales tenía la forma de las dos medallas que ellos poseían. Parecía que iban en el camino correcto.

Bajo el agua no era difícil manejar el arcón, pero era necesario

sacarlo de la oquedad en donde estaba y sacarlo del agua al salir al manantial. Entre los dos tomaron el armatoste y nadaron hacia abajo, hasta la entrada de la cueva… Los segundos parecían eternos; el nado era más lento con aquella carga… pero al final vieron la luz del sol. Se desplazaron hacia arriba y con sus últimos alientos lograron salir a la superficie. Con la poca fuerza que les quedaba pudieron empujar la caja fuera del agua y depositarla en tierra firme, mientras ellos permanecieron unos instantes en el manantial.

Estaban exhaustos pero contentos. Aquélla había sido toda una aventura, independientemente de lo que pudieran hallar en aquel baúl. Los dos estaban empapados, Miguel con el torso desnudo y Sofía con la camisola pegada al cuerpo, que destacaba su figura casi perfecta… Perfecta a los ojos de Miguel. Se sonrieron. Estaban a escasos centímetros el uno del otro. Los venció el deseo y se besaron apasionadamente.

Pero de manera intempestiva Miguel se hizo a un lado y tomó el cuchillo que había conservado con él. Sofía tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente volteó al mismo lugar hacia donde veía Miguel. Ahí, fuera del agua, de pie sobre la roca donde estaba marcada la rodilla del diablo, se encontraba un hombre cubierto con un hábito café, atado a la cintura por un grueso cordón blanco. La cabeza cubierta por la capucha del hábito no les permitió ver su rostro.

Estaba firme, quieto, evidentemente mirándolos aunque ellos no pudieran ver sus ojos. Nadie hablaba. Miguel no soltaba el cuchillo, que mantenía en su puño bajo el agua mientras intentaba nadar hacia el sitio donde había dejado sus armas. El franciscano habló:

—No es necesario que tome sus armas, señor Montellano. Tampoco necesita el cuchillo que esconde bajo el agua. No habrá ningún tipo de violencia. Soy un religioso de la orden de San Francisco y vengo solo —volteó su rostro cubierto hacia Sofía—. Y usted debe ser la hija de Manuel Guillén, ¿no es cierto?

—Soy Sofía. ¿Quién es usted?

El franciscano bajó la capucha que lo cubría y dejó ver su rostro. Nada extraño. Era un hombre de unos 50 años bien llevados, de piel morena clara, mestiza; llevaba el cabello cortado al estilo monacal, los ojos verdes; su cabello aún tenía color aunque ya surcado con trazos blancos, y usaba una barba perfectamente bien rasurada. Parecía que se había arreglado y aseado esa misma mañana.

Pero al echarse hacia atrás la capucha también pudieron ver una medalla que colgaba de su cuello y caía sobre su pecho. Contra todo

pronóstico, portaba una gran insignia redonda, dorada, formada por dos círculos concéntricos. En el círculo más pequeño se apreciaban claramente tres letras: IHS, y en el círculo externo se veía una inscripción en latín, que aunque no se distinguía a la perfección, resultó obvia: *Iesus Habemus Socium*. Un símbolo jesuita en el pecho de un hombre que vestía como franciscano.

—Soy Gabriel —dijo el desconocido—, como el arcángel. Al igual que él, sólo soy un mensajero.

Se acercó hacia el manantial y Sofía vio que llevaba con él su mantilla, que le ofreció para que pudiera taparse cuando saliera del agua.

—Salgan por favor. Tenemos que hablar.

Diez minutos después Sofía y Miguel estaban secos por el sol y gracias a una manta que el religioso les había proporcionado. Ya vestidos y calzados, se sentaron sobre una piedra, con el cofre junto a ellos. Miguel había tomado sus armas, aunque pudo confirmar que el religioso venía solo y no representaba ningún peligro.

—Supongo que tienen las dos águilas —sin decir palabras, Sofía y Miguel tomaron sus respectivas medallas y las mostraron al religioso—. Bien, entonces el cofre y su contenido les pertenecen; y supongo que ya saben cómo abrirlo: sólo tienen que colocar cada medalla en los huecos correspondientes y girar los goznes; el cofre se abrirá sin problemas.

Los dos lo miraban atónitos, sin saber qué decir o cómo reaccionar.

Alguien más, aparte de ellos, sabía la ubicación de aquel misterioso objeto y no lo había sacado. Seguramente no le habría faltado quien lo hiciera; era obvio que sin las medallas no podía ser abierto, pero con toda certeza hubiera sido posible forzarlo o romperlo. Miguel volvió a su estado de alerta.

—Puede estar tranquilo, señor Montellano. En verdad estamos solos. E insisto, ese cofre les pertenece.

—¿Quién es usted? —exigió Sofía con firmeza—. ¿Quién es usted, Gabriel? ¿Por qué sabe todo esto y por qué usa un hábito franciscano con un símbolo jesuita? ¿Es usted un religioso?

—Los jesuitas fueron expulsados de la Nueva España, y de todo dominio español, en 1767, hace casi 50 años. Yo entonces tenía 20 años, y era un religioso jesuita.

Miguel y Sofía lo miraron de arriba abajo y luego buscaron sus miradas entre sí, interrogantes. Ese hombre aseguraba haber nacido en 1747, por lo cual debía de tener poco menos de 70 años, pero aparentaba cincuenta.

—En un solo día, y sin avisar, todos los colegios, las casas, los retiros y los conventos jesuitas fueron allanados. Nos dieron 48 horas para salir del reino… sin muchas opciones para dónde ir. Desde luego que algunos dejaron los hábitos y se hicieron pasar por gente común; otros cambiamos de hábito y pudimos quedarnos; desde luego, en secreto. Nunca nos fuimos; ahora debe haber unos 15 hermanos míos en todo el reino.

Sofía sintió que estaba frente a alguien que podía resolver sus dudas… Tantas tonterías de una sociedad secreta y de jesuitas rebeldes metidos en una conspiración para liberar a la Nueva España le parecían una fantasía… De pronto, tenían frente a ellos a un jesuita… alguien que decía serlo y que llevaba ocultos sus símbolos religiosos.

—Fray Gabriel… ¿es correcto llamarlo así? —el fraile asintió con la cabeza—. Bien, fray Gabriel. Necesito respuestas, sinceras, rápidas y directas, y si no las tengo ya verá que sí habrá necesidad de utilizar las armas.

El religioso sonrió.

—Digna hija de tus padres… Tranquila, Sofía. Te diré lo que quieras saber si yo tengo las respuestas.

—Muy bien —reaccionó Sofía dijo un poco apenada por la amenaza—. ¿Qué es la Sociedad del Águila? ¿Existe o existió? ¿Se remonta a la conquista? ¿Está conformada por los Guadalupes de hoy? ¿Mi padre fue su líder? ¿La historia de Guillén de Lampart es verdadera?… Y, antes que todo, ¿hubo una conspiración jesuita para independizar a la Nueva España?… ¿Una conspiración con “jesuitas rebeldes”, como afirman los papeles de Lampart?

El religioso sonrió nuevamente ante aquella lluvia de preguntas. Se arremangó el hábito y por primera vez tomó asiento en una piedra frente a Sofía y Miguel.

—Comenzaré por el final… Hubo, durante mucho tiempo, una conjura jesuita para liberar a la Nueva España, pero no para independizarla.

—Ah, por favor —agregó Sofía—, que las respuestas no sean acertijos.

—No lo son, pequeña. La Nueva España y toda la América hispana eran, son, propiedad de la Corona… En el siglo XVI la Iglesia estuvo de acuerdo con ese hecho: España pagaba los gastos de la conquista, los administraba y traía a religiosos para la tarea evangelizadora. Pero en el siglo XVII la riqueza de este reino era inmensa y todo el mundo lo sabía, y dado que el pretexto para legitimar la conquista precisamente fue la evangelización, la Iglesia

pensó que lo justo era administrar de manera directa los asuntos de América, para lo cual debía independizarla de España y someterla a la Iglesia.

—¿Está usted asegurando que mi padre luchaba para entregar este reino a la Iglesia?

—No, Sofía; tu padre, como muchos, fue engañado. A la gente le gustaban las historias de conspiraciones y sociedades secretas… sociedades secretas de las cuales todos saben algo, o aseguran saberlo… lo cual hace evidente que no son secretas y, en muchos casos, que ni siquiera existen.

—Eso nos lleva a la Sociedad del Águila y a la historia de Leonor Cortés de Moctezuma.

—Sucede con esta historia lo que ocurre con muchas otras, que presuntas sociedades secretas o grupos conspiradores del presente pretenden ser herederos de algún grupo del pasado, pero que en realidad no tienen ninguna relación directa. Efectivamente, los hijos de Hernán Cortés, y yo diría que el propio Cortés, lucharon por la independencia. El conquistador nunca quiso un gobierno español en el reino que él había creado, pero sus hijos… Bueno, los hijos no tenían los arrestos de su padre, aunque alguien llegara a proponer a Martín Cortés como rey de la Nueva España.

La pareja escuchaba con interés la narración de aquel misterioso, pues todo lo que decía coincidía con lo que ellos habían descubierto hasta ese momento, y, por más que Sofía no quisiera aceptarlo, la explicación del religioso era más sensata que aceptar la existencia de un grupo secreto a lo largo de 300 años.

—¿Y Leonor Cortés? —preguntó.

—Fue la más valiente, pero al fin y al cabo una mujer en una sociedad de hombres. Y, en efecto, tú eres su descendiente. Bueno, como saben, el escudo de armas de Cortés tiene dos águilas, o un águila bicéfala, tomada del escudo Habsburgo. Y recuerden que el águila también era un símbolo de los guerreros mexicas. No es extraño que esos elementos hayan sido tomados por un irlandés brillante, pero un poco desquiciado.

—¿Guillén de Lampart…? ¿Existió?

—Vaya que sí existió. Y vivió tres vidas en un periodo muy corto. Fue un irlandés, convertido en masón, que estaba en contra de la monarquía en general y de la británica en particular. Viajó a España, fue espadachín del conde duque de Olivares, primer ministro del rey Felipe IV. Estando en España se enteró de las leyendas que corrían en este reino, y como masón que era, y medio loco que estaba, decidió liberarlo. ¿Me siguen?

Ambos asintieron con la cabeza. Miguel no había dicho una sola palabra, pero estaba tan extasiado como Sofía. O tal vez más.

—Bien, Lampart se embarcó a América en un navío llamado *El Águila*. Quizás de ahí provenga su obsesión por esa ave. En la Nueva España trató de hacerse pasar por un hijo ilegítimo del rey y presentó cartas falsas que lo acreditaban como virrey. Fue descubierto pero logró escapar al arresto. Era un genio, un hombre brillante que hablaba seis idiomas y que poseía una memoria privilegiada, lo cual le atrajo admiradores y detractores, que lo acusaban de tener pacto con el demonio.

—¿El Dedo del Diablo? —pregunto Sofía—. ¿Por eso le decían así?

—Efectivamente… Bien, Lampart conoció la historia de los hijos de Cortés y de Leonor, y organizó, o al menos lo intentó, una logia masónica que pretendía ser heredera de aquellos ideales… La llamó la Logia del Águila. Eso fue su primera gran invención. Y como el escudo de armas de Cortés posee un águila bicéfala, decidió utilizar como su símbolo las dos medallas que conocen ustedes. Después, Lampart fue encerrado por la Inquisición, de la que logró escapar, pero fue arrestado de nuevo cuando comenzó a propagar la idea de que ningún rey, ni el papa, tenían derecho de ceder este continente a España, y por lo tanto, que América debía ser independiente… Su caso se agravó cuando comenzó a afirmar que también en Irlanda sometían a los nativos con la religión. Lanzó feroces críticas al guadalupanismo, específicamente al primer libro guadalupano de la historia, escrito por el jesuita Miguel Sánchez en 1649.

Sofía interrumpió de nuevo. Ese dato le parecía anacrónico. Las primeras apariciones de la Virgen de Guadalupe estaban registradas en 1531. Y según el fraile el primer libro guadalupano databa de 1649.

Los franciscanos, orden a la que pertenezco en la actualidad, fueron grandes enemigos del culto guadalupano en el siglo XVI; pero en esa época no se hablaba de apariciones ni había nada escrito sobre el tema. La leyenda la inventó el jesuita Miguel Sánchez en 1649… Pero ya habrá tiempo para aclarar ese punto. Lo trascendental es que Lampart fue condenado a morir por hereje en la hoguera… Y no fue el primero que murió en este reino por pronunciarse en contra del guadalupanismo.

—¿Qué está diciendo? —inquirió Sofía, con cierta alarma.

—Esas respuestas no las conozaco, pequeña. Lampart dejó un grupo de masones que no terminó de formarse y la dos medallas que ustedes poseen. En aquella época los jesuitas intentaron

emancipar a la Nueva España del dominio de España… pero por órdenes del papa. Recuerden que los jesuitas le deben obediencia absoluta al Santo Padre. No sólo el guadalupanismo, sino el nacionalismo criollo, al igual que algunos grupos de conspiradores, fueron alentados por esta orden religiosa para que lucharan contra España… y a favor de Roma, es decir, a favor de la Iglesia. La Nueva España era un jugoso botín que había que repartir.

—¿Era? —exclamó Sofía—. Lo sigue siendo. Y tal parece que el destino de este reino, de este país, o lo que sea, es ser un botín… Pero, ¿qué hay con la Sociedad del Águila?

Fray Gabriel mostraba una paciencia absoluta ante la irreverencia de Sofía. Por su parte, Miguel simplemente escuchaba sin hablar, tratando de discernir qué partes de aquella historia eran verdad. El religioso prosiguió su relato:

—En 1789 llegó a la Nueva España el virrey Güemes de Pacheco con la encomienda de apaciguar los movimientos criollos, para lo cual trajo con él a un héroe de mil batallas, el actual virrey Félix María Calleja. Pero con la corte de Güemes venían algunos franceses, médicos y científicos, que pretendían modernizar el reino; los franceses resultaron ser masones, y al enterarse de las hazañas de Lampart, decidieron ser sus continuadores… Ellos también se engancharon a los mitos del pasado. Comenzaron a reunirse en la casa del Jorobado Larouche y establecieron el Rito Nacional Mexicano Antiguo y Aceptado… que utilizó como su símbolo a dos águilas… las dos águilas de Lampart.

Miguel y Sofía se voltearon a ver en silencio. La historia tenía sentido; coincidía con los detalles que ellos habían descubierto, incluso con nombres como el de Larouche. Finalmente parecía que había respuestas… aunque no sirvieran de mucha ayuda en la situación actual. Sofía estaba un poco desesperada.

—¿Y la sociedad? —preguntó.

—Es difícil saber cuándo o quién la comenzó. Como les he dicho, grupos de diversas épocas retoman los mitos del pasado para inventarse una prosapia. Guillén de Lampart afirmó ser el sucesor de los movimientos libertadores de los hijos de Cortés y creó un grupo de masones que fracasó en su intento por emancipar a la Nueva España. Larouche y su gente aseveraron que eran herederos de Lampart… Los masones fueron capturados por la Inquisición y quemados en la hoguera en 1791.

El religioso, franciscano o jesuita, o lo que fuera, se quedó en silencio, como si hubiera terminado. Sofía se mostraba desesperada, pues fray Gabriel no continuaba su narración.

—¿Qué más? La historia no puede terminar así.

—Pensé que podrías deducirlo. Pero está bien… Antes de morir, los masones de Larouche, es decir, la Logia del Águila, se volvieron grandes investigadores, compilaron muchos documentos e información con la idea de que aquella verdad ayudaría a liberar a la Nueva España. Tuvieron contacto con mucha gente. Pero para el caso sólo nos importan tres personas —una vez más, el religioso hizo una pausa que a Sofía le pareció eterna; fue un silencio dramático, que preludiaba el final de la historia—. Verás, pequeña. Larouche logró establecer contacto con un gran nacionalista, muy erudito, un fraile dominico que hoy vive en el exilio: fray Servando Mier. También contactó con un gran idealista… tu padre… y con un aristócrata que aparentemente apoyaba la causa pero que al final resultó ser un infiltrado —fray Gabriel volteó a ver a Miguel de Montellano, quien ya había levantado el rostro previniendo lo que seguía—. Ése fue tu padre, Miguel… Diego de Montellano tuvo contacto con los masones franceses del Jorobado Larouche, formó parte del grupo, en el cual estuvo infiltrado desde entonces; tuvo acceso a su documentación… y es muy probable que haya sido él quien los delató.

Paulatinamente, Miguel de Montellano se iba dando cuenta de lo poco que había conocido a su padre… Y no podía culpar a Sofía por odiarlo, ni porque aquel odio se hubiese transformado en la desconfianza que le profesaba a él. Estaba seguro de que Sofía deseaba entregarle toda su confianza, pero algo se lo impedía… Y cada vez había más anclas del pasado que evitaban que su relación avanzara. No pudo disimular su tristeza y su decepción cuando exclamó discretamente:

—Todo un traidor, ¿eh?

El religioso se acercó comprensivamente a Miguel de Montellano:

—Eso depende de la perspectiva desde la que se vea. El padre de tu padre fue un español que vino a trabajar a la Nueva España para un virrey. Tu familia siempre estuvo bajo la férula de la Corona española. Diego de Montellano era un militar, que fungía como una especie de espía y cuyo trabajo era precisamente conjurar las conspiraciones.

Sofía tenía sentimientos encontrados hacia Miguel. En el fondo de su ser trataba de separarlo de las acciones que había cometido su padre, pero no dejaba de corroerle las entrañas cada nuevo episodio que conocía de la vida de don Diego… quien, a final de cuentas, había educado a Miguel. Se había prometido confiar completamente

en él pero, ¿si la traición se llevaba en la sangre?

—Lo demás lo pueden entender por sus propios medios —agregó fray Gabriel—. Si existió Sociedad del Águila, fue creada por Diego de Montellano, quien retomó las historias anteriores con el objeto de tender una trampa para descubrir las conspiraciones.

—Así que aquella lista de personalidades que han liderado la Sociedad del Águila…

—Son un invento de Diego de Montellano, en el que tu padre creyó inocentemente… O un invento del que intentó aprovecharse.

Aquello era mucho más de lo que Sofía podía soportar. Cada vez que descubría algo nuevo acerca de su vida, su existencia se volvía más confusa y sus creencias se desmoronaban.

Sofía se colocó al lado del cofre de La Rodilla del Diablo.

—¿Y esto qué contiene?

Fray Gabriel también se puso de pie y acto seguido Miguel lo imitó. El religioso habló:

—El más grande de los tesoros en un país ignorante: conocimiento, información, la verdad. Pero la verdad puede ser peligrosa, pues muchas veces la gente cree que busca la verdad, cuando en realidad quiere encontrar consuelo. Ahí hay verdades que pueden ser desconsoladoras. Desconozco si servirán de algo… Pero es información valiosa y muy peligrosa, por la que ha muerto mucha gente a lo largo de los siglos.

Miguel se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Perdón que lo pregunte de nuevo —dijo con energía—, pero ¿quién es usted… fray Gabriel? ¿Por qué sabe tanto? ¿Quién lo envía? ¿Tiene el encargo de eliminarnos?

El religioso los miró de pies a cabeza antes de contestar:

—Así es, ésa fue la misión que me encomendaron… Pero eso nos lleva a otra de tus preguntas, Sofía, acerca de los jesuitas rebeldes.

—Claro —respondió Sofía—, pero eso ya es evidente: los jesuitas rebeldes que cita Lampart, que supuestamente pugnaban la independencia, en realidad querían poner el reino bajo el dominio directo de la Iglesia.

Fray Gabriel sonrió.

—No, pequeña; ésa era la misión de los jesuitas que no eran rebeldes —anto Sofía como Miguel quedaron desconcertados; ante su silencio el fraile continuó—. ¿Quién es la única persona a la que, por votos, le deben obediencia total los jesuitas?

—El papa —respondió de inmediato Sofía.

—Exacto. Así pues, parece obvio que un jesuita rebelde contra quien se rebela… sólo puede ser el papa. Los jesuitas son los malos

de esta historia, si los queremos ver de ese modo: los que conspiraban, fieles al papa, para separar a la Nueva España de la Corona española y someterla a la Iglesia. Algunos eran… éramos rebeldes y nunca estuvimos de acuerdo con aquel propósito… Por eso cambiamos el hábito jesuita por el franciscano.

—Entonces, ¿no viene a detenernos? —se apresuró a decir Miguel.

—¿Y cómo podría detenerlo a usted, señor Montellano?

—La Iglesia tiene muchos medios; lo he aprendido recientemente.

—Es cierto, si hubiera querido, habría acabado con ustedes en cuanto hallaron el baúl. Pero no, ustedes son los legítimos herederos de la información que han encontrado… Incluidos los secretos de ese arcón. Yo sólo vine a advertirles que la verdad es peligrosa, que no siempre es lo que se busca… Y que la verdad que contienen esos papeles les ha costado la vida a muchas personas. Deben pensar bien lo que harán con esa información.

Fray Gabriel, el jesuita rebelde convertido en franciscano, se cubrió el rostro y se dio la media vuelta sin decir palabra. Comenzó a caminar y a alejarse hasta que Sofía lo detuvo con un grito:

—¿Por qué nos ayuda? ¿Por qué no cumple las órdenes que le dieron?

El fraile Gabriel se detuvo y volteó para mirar de frente a Sofía y a Miguel, quienes a través de la capucha del hábito pudieron sentir una mirada y hasta percibir una sonrisa.

—Aún tienen que buscar muchas respuestas para entender este reino. Ustedes dos son descendientes de don Hernán Cortés, uno de los hombres más valientes y más audaces que hayan existido y uno de los personajes que ha recibido los tratos más injustos por parte de la historia. Si luchan por la libertad, deberían conocer mucho mejor la historia de su ancestro… el conquistador.

Sofía dio un paso adelante con curiosidad e incredulidad:

—¿Pretende decir que Cortés no conquistó ni sometió a este país?

—¿País? Primero deberías preguntarte si en 1519 existía aquí un país, si Cortés llegó a un país… o si construyó uno, a partir de 1521. Teníamos un proyecto hermoso, don Hernán y los franciscanos, pero fue destruido por la ambición de Carlos V y de su hijo Felipe. Tu espíritu es inquieto, Sofía Guillén; por esa razón puedes llegar a adquirir mucha sabiduría, pero debes superar los prejuicios que has arrastrado durante muchos años, como los ha arrastrado este pueblo durante tantos siglos.

Miguel de Montellano había permanecido en silencio, reflexionando en cada una de las palabras del fraile. “Descendiente de Hernán Cortés”, ya lo había leído pero no lo había reflexionado. “¿Acaso los que habitaban este reino de religión católica, habla hispana, arte barroco y cultura mestiza, no eran también descendientes de Cortés?” Por primera vez desde que lo descubrió, estuvo consciente de su situación. Se colocó junto a Sofía y la abrazó mientras el religioso y seguía su camino. Aún Miguel lo detuvo con un grito:

—¿Quién lo envió? ¿Fue el virrey Calleja?

El religioso se detuvo y respondió sin voltear para después proseguir su camino:

—Ojalá hubiera sido Calleja, caballero. Pero no, fue el Gran Inquisidor.

La sola mención del canónigo Matías de Monteagudo paralizaba a cualquiera y fue precisamente el efecto que provocó en Sofía y en Miguel. ¿Qué tenía que ver la Inquisición con ese asunto? Los dos seguían mudos del asombro hasta que Sofía rompió el silencio, titubeante, mientras fray Gabriel seguía alejándose muy despacio:

—Entonces, ¿por qué nos ayudó?

El franciscano no se detuvo. Prosiguió su andar por el bosque, sereno, como si nada de lo que habían platicado tuviera importancia. Así, siguió hasta desaparecer, al tiempo que profería una de esas respuestas que sólo generan muchas preguntas:

—Aún les falta mucho por saber. Resuelvan el misterio de la serpiente y la diosa que tanto enfrentó a los franciscanos con los dominicos y los jesuitas. El Gran Inquisidor tal vez ignora el pasado, pero los franciscanos aún recordamos.

La figura del misterioso franciscano se perdió entre los árboles. La mente de Sofía se naufragaba en un mar de dudas. Después de tantas respuestas directas el fraile se había ido sembrando un acertijo. Dos ideas quedaron clavadas en la mente de ambos: la serpiente y la diosa… y el Gran Inquisidor.

6
Huatusco.
Febrero de 1816

Sofía concluyó el relato:

La información era muy confusa, extraña, rebuscada, difícil… oscura; relacionada de alguna forma con asuntos religiosos de la historia de la Nueva España. Había textos en castellano, pero también en latín y en náhuatl. Por eso que era fundamental revisarla junto con el padre José María.

De haber sabido el estado de letargo y melancolía en que iba a sumergirse, jamás lo hubiese hecho… Peor aún, jamás hubiera deseado que en tan aciagos momentos de su vida, en plena debacle de su movimiento, derrotado y sitiado, condenado a esconderse y huir, limitado por la gente de López Rayón… cuando más fortaleza necesitaba… su fe, lo único que quizás lo mantenía firme, se tambaleara como lo hizo.

Era imposible saber que en ese estado tan lamentable aún iba a recibir la peor de las noticias. Jamás había visto llorar al padre Morelos… Y no sólo lo vi llorar, sino caer, derrumbarse, rendirse por completo. A ese hombre que fue mi padre, mi tutor, mi amigo, mi confidente, mi apoyo; al hombre más fuerte, leal, noble y valiente que he conocido, tuve que verlo sucumbir. Así, aniquilado, fue como lo contemplé por última vez. Quizás en ese estado se enfrentó a la muerte… y no puedo evitar sentirme en parte culpable.

El fraile Gabriel nos había advertido que la verdad no es siempre lo que se busca y mucho menos es lo que uno quiere encontrar. La Rodilla del Diablo guardaba información que desmoronó a José María Morelos, pero era necesario revisarla con él. Mucha información, documentos, códices… Historias fantasiosas y hasta apocalípticas, todas relacionadas con la Virgen de Guadalupe, con dioses antiguos y paganos, con muertes misteriosas. Todos nos quedamos pasmados… pero el padre… el padre era un hombre de fe, y temo que la haya perdido.

Lo peor vino después. Los documentos estaban desperdigados en una mesa ante la cual el padre Morelos permanecía de pie, con la mirada extraviada, incrédulo. Y así, en ese estado, su última esperanza de recomponer su movimiento libertario se vino abajo de la manera más terrible.

Entró un soldado insurgente, pálido, con el miedo en el rostro, evidentemente portador de malas noticias. No pudo terminar de hablar, sólo alcanzó a señalar hacia el exterior de la habitación con lágrimas en los ojos. El padre salió corriendo y los demás detrás de él.

Fue espantoso. Como en un séquito macabro desfilaban unos 20

mulatos, negros como el carbón, mal vestidos y sin emoción alguna en la mirada. Caminaban despacio; los últimos seis, tres de cada lado, cargaban una red de palma, evidentemente pesada… aunque el peso lo llevaban en el espíritu.

La depositaron justo frente a Morelos; sólo entonces pudimos verlo. Ahí estaba en el suelo, amortajado y lavado, portando pulcramente su uniforme de militar el cuerpo, sin cabeza pero inconfundible, de don Hermenegildo Galeana.

Los Negros de Galeana lo habían recogido del campo donde un soldado español le atravesó el vientre y le cercenó la cabeza de un solo tajo. Lo lavaron, lo vistieron, lo lloraron y lo honraron; después decidieron que su general fuese enterrado por su amigo José María Morelos, como él lo habría deseado

El padre José María se quedó helado, de pie, firme como un roble, como el gigante que es. Su rostro no se inmutó, sus ojos no pestañearon. Pero de pronto, intempestivamente y ante la mirada incrédula de quienes estábamos ahí, soltó el lamento más terrible que jamás haya escuchado; lloró como un niño y cayó de hinojos junto al cuerpo degollado de Galeana. Se dejó caer al suelo, sobre el cadáver. Lo abrazó, vertió sus lágrimas sobre él, le pidió perdón.

Todas sus esperanzas habían sido destruidas; en ese momento ya estaba derrotado. Los que estuvieron cerca alcanzaron a escuchar cómo, entre sollozos y suspiros, el vencido Siervo de la Nación alcanzó a suspirar en voz baja: “Me han quitado mis dos brazos, ya nada soy”. Después de exclamar aquellas palabras se dejó caer de nuevo sobre el cuerpo inerte de su amigo “Tata Gildo”; cinco años de guerra acumulados en su espíritu lo doblegaron en ese instante. Matamoros y Galeana habían muerto en un periodo de seis meses. Y él se sentía culpable.

De la misma forma intempestiva, se puso rápidamente de pie y volteó la mirada al cielo. En sus ojos se veía la furia y el coraje. Sin decir nada entró a su habitación y salió con su chaqueta militar, el sable al cinto y dos pistolas. No le dijo nada a nadie. De un salto subió a su caballo y salió de ahí a todo galope. Sólo quedaba esperar. ¿A dónde habría ido?… Quizás a matar cuanto gachupín se cruzara en su camino para saciar su sed de venganza y calmar su furia.

Esperamos. Pasaron dos días, cuatro… una semana. El padre Morelos apareció de vuelta en Uruapan al amanecer. Si mató o no españoles es imposible saberlo… pero venía a caballo con dos personas; corrí a abrazar a mi hermana Inés, quien bajó del caballo a toda prisa para lanzarse a mis brazos. El padre, nunca mejor

usada esa palabra, ayudó a apearse del caballo a la otra persona que montaba: su hijo Juan Nepomuceno, de unos 10 u 11 años de edad, desconcertado y asustado.

Morelos se convirtió de nuevo en el general. Comenzó a dar órdenes y nadie se atrevió a cuestionarlas. Informó que las tropas de Iturbide estaban por toda la zona y no tardarían en llegar a Uruapan. Ordenó a los diputados del Congreso que empacaran lo que pudieran y que estuvieran listos a partir en dos horas. Nos iríamos todos rumbo a Apatzingán, huyendo de nuevo.

A Miguel y a mí nos encargó que cuidáramos de Inés y de su pequeño Juan Nepomuceno, y que en cuanto pudiera llevarnos a la costa, nos embarcaríamos con Peter Ellis Bean, pues era imposible llegar a Veracruz por tierra. Todo el centro del reino había sido tomado por decenas de miles de tropas realistas; era preciso hacer el viaje por mar. ¡Por mar! Eso significaba viajar hasta el centro de América, a la provincia de Panamá, trasladarse por tierra hasta llegar al otro mar y embarcar de nuevo.

Nos dio mucho dinero en oro. El destino de Juan Nepomuceno era Nueva Orleáns. A mí personalmente me encargó que lo cuidara y lo dejara a salvo en el que sería su nuevo hogar. Nosotros debíamos venir al puerto de Nautla. No debíamos de temer, pues Peter Ellis era un buen navegante y una persona leal. Pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos emprender el viaje.

Llegamos a Apatzingán. Peter Ellis aún no estaba listo para navegar; mejor dicho, el mar no era navegable, según el pirata. En su experiencia, el Océano Pacífico podía ser una fiera antes del mes de octubre. Lo mejor era navegarlo a finales del otoño, sin tormentas o, mejor aún, en invierno.

Por esos días fuimos testigos de cómo los diputados habían promulgado en Apatzingán un documento que pretendían que fuera la primera Constitución de la América libre. Burlesco, una Constitución para una nación independiente, lista justo a tiempo para ver cómo la independencia moría sin haber nacido. Aun así promulgaron ese "Decreto Constitucional para la Libertad de la América"… No se preocupe, traje una copia para usted, al igual que toda la información que hemos recopilado.

En diciembre Peter Ellis decidió que era oportuno zarpar, pero no fue sino hasta enero de 1815 cuando pudimos hacerlo. El padre Morelos dejó una gran cantidad de dinero a su hijo y otra igual para el pirata; además del que nos había dejado a nosotros, y aparte del que Inés nunca gastó del que yo le había dejado cinco años atrás, y aún lo cargaba con ella.

No pude evitar preguntarme de dónde obtenía tanto dinero un insurgente fugitivo… Pero era evidente que, por la causa que fuera, la guerra también termina por ser un buen negocio.

Jamás me hubiera imaginado viajando en un barco, rodeando la América septentrional. Sin embargo, lo hicimos. Era menester surcar los mares con cuidado, pues abundaban los barcos españoles e ingleses, y otras naves piratas provenientes del sur de América. Casi un mes tardamos en llegar a la provincia de Panamá.

Efectivamente Ellis es todo un pirata, en el mejor sentido de la palabra. Sabe sortear todas las situaciones, se comporta como si conociera a todos, sabe esconderse, disfrazarse, comprar cosas y sobornar a las personas cuando es el momento oportuno. Jamás hubiera sido posible realizar aquel viaje sin él y sin sus contactos. El Pacífico lo navegamos en un barco que no era suyo, sino de un conocido. Él tenía su barco en el Mar Océano —me gusta seguir llamando así al que hoy llaman el Océano Atlántico—, esperando por nosotros.

Pudimos ver que el virreinato de la Nueva Granada también está convulsionado por la guerra; los libertadores se inspiran en el sueño unificador de un tal Francisco Miranda y le llaman la Gran Colombia. Habíamos recorrido apenas la mitad del camino; faltaba un mes para llegar a La Habana; era imprescindible parar en dicho puerto para abastecer la nave, aunque fuera un puerto peligroso. Cuba es totalmente española.

Lo demás ya lo sabe. Miguel e Inés llegaron a Nautla antes que yo, pues navegaron directamente desde La Habana hasta aquí. Querían que yo fuera con ellos pero me negué de manera contundente, pues el padre José María me había encargado personalmente el cuidado de su hijo, y pensaba dejarlo hasta Nueva Orleáns, tardara lo que tardara. Ellis me aseguró que no era demasiado lejos.

Tanto Miguel como Inés insistieron en acompañarme, pero tampoco se los permití. Lo mejor es que llegaran lo antes posible a buscar al general Rosains… Bueno, ésa era la idea. No sabíamos que encontraríamos al general Victoria… y tantas novedades desesperanzadoras.

Por eso Inés y Miguel llegaron primero. Yo permanecí una semana en Cuba, disfrazada y protegida por Ellis hasta que me notificó que era momento de seguir rumbo a Estados Unidos. Para mi sorpresa, también me notificó que seguiría el viaje en otro barco y con otro pirata.

Peter Ellis Bean era el encargado de entregar una carta del

general Morelos al gobierno del presidente norteamericano James Madison, lo cual hizo por conducto de unos embajadores en Cuba. Tenía que volver a la Nueva España con noticias. Curiosamente se hizo a la mar en un barco llamado *El Águila*.

El resto del trayecto lo hicimos con un francés que, según supe, era el hombre más famoso y temido de esa parte del océano. Lo conocían los ingleses como el Terror del Golfo, pero los norteamericanos lo llamaban el Héroe de Nueva Orleáns, por su participación en la última gran batalla naval que los norteamericanos pelearon contra sus antiguos opresores ingleses. Para mí fue simplemente Jean Lafitte.

Él fue el responsable de dejar al pequeño Juan Nepomuceno en buenas manos, con un comerciante que se encargaría de invertir su dinero, darle empleo y enseñarle el inglés… Pobre niño asustado, me parece que conoció a su padre incluso menos que yo, por lo que aproveché todo el tiempo a su lado para hablarle del gran hombre que, pese a sus defectos, fue José María Morelos.

No voy a negar lo tentadora que era la idea de quedarse en aquel país donde ya respiran libertad y tienen orden. El puerto era hermoso y el pueblo se veía lindo, por lo menos desde el barco. Es evidente que a esos anglosajones les vino bien la independencia y la han sabido usar para progresar; no pude evitar preguntarme si nosotros seremos capaces de eso.

Pero regresé… por Inés, por Miguel, por la ilusión de volver a ver a José María Morelos, por un compromiso que siento con mis padres… y porque a pesar de tantos conflictos, no puedo evitar amar la tierra en la que nací. Así pues, aquí termina la historia. Así llegamos a Nautla a encontrarnos con usted, que casi no ha estado presente hasta ahora.

Guadalupe Victoria permaneció callado durante el relato de Sofía Guillén. Había escuchado una historia increíble, que parecía inventada, como un relato fantasioso… Sin embargo él había vivido suficientes aventuras y desventuras como para saber que la realidad supera a la ficción y que las historias de la vida real pueden superar a las historias fantasiosas. Él mismo jamás se hubiera imaginado actuando como guerrillero, como espía, tratando con piratas, escondido en altamar cuando todos lo buscaban en tierra. Y sin embargo ésa era la verdad.

Todos se quedaron mirándose unos a otros. Estaban al día. Morelos había muerto, la insurgencia agonizaba, los insurgentes peleaban entre sí, Félix María Calleja había triunfado. Y ahora pensaban que aún había cosas por hacer, pues tal vez la

información y el conocimiento podían superar el poder de los fusiles.

También había suspicacias. Sólo hasta ese momento, al repasar la historia, Sofía cayó en la cuenta de que Miguel de Montellano había llegado al encuentro de Guadalupe Victoria muchas semanas antes que ella, que ya le llamaba general desde antes… que parecían tenerse confianza cuando en realidad casi nunca se habían tratado.

Aún había cosas por decir y todos lo sabían, aunque todos lo callasen. Sofía no le había contado al general Victoria lo que contenía aquel cofre, que desmoralizó tanto a Morelos. Miguel no decía nada de sus ausencias y a Victoria no parecía importarle. De pronto parecía que todos confiaban en Miguel más de lo que ella se fiaba de él. Y el general —ahora lo sabía con certeza— también le había ocultado muchas cosas y había dejado algunos pendientes en su relato.

Ahí estaban todos, a salvo, pero aislados en Huatusco. Sólo podían confiar en sí mismos y seguir luchando, aunque parecía que todo había perdido sentido. Sin embargo, Victoria se veía seguro, satisfecho, como si creyera que aquel movimiento podía resurgir de sus cenizas.

El general y Sofía aún tenían muchas conversaciones pendientes; sobre Peter Ellis, sobre los masones, sobre el fraile hereje Servando Mier, sobre las supuestas sociedades secretas, sobre diversas leyendas y mitos… sobre el pasado… Sobre su pasado, su vida en la Ciudad de México, su experiencia en las conspiraciones, sus razones para unirse a José María Morelos… Y la verdadera razón por la que decidió cambiar su nombre a Guadalupe Victoria.

Parecía que la historia llegaba a su fin. En 1789, cuando Morelos entró a estudiar a San Nicolás y conoció a Hidalgo, y cuando los franceses comenzaron a derrumbar la más antigua de las monarquías europeas, un militar, héroe de dos continentes, llegó al Nuevo Mundo a intentar ser héroe en el tercero.

En América, el principal trabajo de Félix María Calleja del Rey era poner orden en el virreinato y a eso dedicó todo su esfuerzo. El mejor militar del imperio español llegó a ser conocido como La Espada de la Nueva España.

Como mariscal del ejército derrotó a los 100 000 hombres de Miguel Hidalgo con sólo 7 000 soldados y mucha estrategia. Como virrey de la Nueva España se había hecho una promesa a sí mismo: la insurgencia no sobreviviría a Félix María Calleja del Rey. En 1816 esa promesa estaba cumplida y la rebelión aniquilada.

La herramienta principal, el arma mortífera, el puño que dio el golpe fatal a la insurrección, fue un criollo de gran valor, tenacidad, bravura, inteligencia y con una dosis de crueldad. Teniente coronel de los Dragones de la Hierra, por su fiereza y su fortaleza, Agustín de Iturbide y Aramburu era conocido como el Dragón de Hierro.

Entre la Espada y el Dragón extinguieron la llama de la libertad. La Espada cortó la cabeza, el Dragón la convirtió en cenizas… Tal vez cenizas de las que el ave fénix podría resurgir y alzar el vuelo, remontar las alturas y alcanzar la victoria.

Segunda Parte

LOS MISTERIOS DE GUADALUPE

El misterio de la diosa

1
Huatusco.
Agosto de 1816

Información de 1556

La devoción de esta ciudad ha tomado en una ermita y casa de Nuestra Señora que han intitulado de Guadalupe, como la Virgen de Extremadura. Esto es un gran perjuicio de los naturales porque les dan a entender que hace milagros aquella imagen que pintó el indio Marcos.

Nos hablan de evangelizar en la palabra de Dios Nuestro Señor y así lo dicen desde el arzobispado, pero si se trata de apartar a los indios de la idolatría, porque se les obliga a adorar a la Virgen de Guadalupe, pintada ayer por el indio Marcos Cipac de Aquino.

La idolatría está prohibida y no debe ser propagada, así como es pecado sostener falsos milagros. Por ello, quien sostenga que la virgen del Tepeyac hace milagros, debe ser castigado con cien azotes; y quien persevere en ese error, deberá recibir doscientos.

FRAY FRANCISCO DE BUSTAMANTE. O.F.M.

8 de septiembre de 1556

Sofía había repasado una y otra vez varios de los textos que le parecieron más relevantes. Contaba con la ayuda invaluable de Inés, quien había sido la mejor alumna del padre José María. El propio general Victoria había revisado la documentación, pero se había abstenido de hacer comentarios. Una vez más el general estaba ausente, luchando contra las tropas realistas que se habían

adentrado en su territorio… y Miguel… Miguel también estaba ausente de nuevo. Quizás en la Ciudad de México; aunque era imposible saberlo con certeza. Una vez más se había ido sin decir nada. Y nadie tenía noticias de él.

—Bueno, Inés; creo que no hay mucho que interpretar aquí. El documento es claro y directo. El punto está en decidir si es confiable o no.

—Creo que las dos quisiéramos que no lo fuera, pero me temo que la evidencia es contundente, Sofi querida. Un fraile franciscano, en 1556, en un sermón público, ante el virrey y el arzobispo, dijo que la adoración guadalupana era una idolatría que perjudicaba a los indios, y que además era preciso azotar a quien la propagara.

—Eso es lo que no acabo de entender: si la evangelización logró el dominio, ¿por qué oponerse a un culto de este tipo?… Hubiera sido cierto o falso.

—Juntemos piezas, Sofi. Por lo pronto ya sabemos que prácticamente todos los franciscanos se opusieron al culto guadalupano… Y, según me contaste, fray Gabriel les dijo, a ti y a Miguel, que había un viejo conflicto entre franciscanos y dominicos que los primeros no habían olvidado.

La simple mención de Miguel de Montellano provocó que Sofía se distrajera del tema que analizaban; su mal humor, sus celos y su angustia se hicieron evidentes.

—Sofi, no puedes dejar que cada ausencia de Miguel te ponga así. ¿Una vez más no sabes dónde está?

Ése era un tema que rebasaba por completo a Sofía Guillén. Al principio creía que eran celos, la idea de que Miguel estuviese con otra mujer… o con otras. Pero con el paso de los años se dio cuenta de que, sin ser esposos legítimos, ella le impedía cada vez con mayor frecuencia que se acercara de manera romántica, y era lógico que él buscara la pasión en otra parte.

No, lo que le roía las entrañas era la sospecha de que estuviera negociando algún tipo de indulto, pues sólo podría obtenerlo por medio de la traición… Y seguía pensando que la traición podía tener rasgos de herencia.

—No me lo dijo —respondió irritada—, pero es obvio. Debe estar en la Ciudad de México. No sé si con uno más de sus amoríos, negociando un indulto… o traicionando a Guadalupe Victoria.

—Sofía, no tienes ningún fundamento para afirmar eso. Miguel no ha hecho nada que te permita dudar de él.

—Diego de Montellano no había hecho nada que le permitiera dudar a mi padre… Y los aniquiló a todos; lo engañó, lo hizo creer

en la existencia de supuesta sociedad secreta de orígenes centenarios… Además, si no tuviera nada que ocultar no se marcharía sin dejar huella.

—En eso tienes razón; sin embargo, el general confía en él.

—Eso es lo más preocupante: que se haya ganado la confianza de Guadalupe Victoria.

—¿Y dónde está él ? ¿Tú lo sabes?

Inés no podía ocultar la emoción que le provocaba la sola mención del general y la preocupación que le generaba su ausencia.

—Eso es lo que más me hace dudar, Inés. Miguel desapareció… Y una semana después Guadalupe Victoria salió de forma intempestiva al mando de 2 000 hombres para enfrentar a un teniente español… un tal Antonio López de Santa Anna que le está siguiendo la pista. Al parecer los López son nefastos para este país.

Inés pareció molesta por aquel comentario y respondió indignada:

—¿Estás queriendo decir que Miguel delató la posición del general Victoria?

—No lo sé —dijo Sofía, mientras asía su cabeza con ambas manos—; no lo sé y quiero pensar que no; pero es muy extraño que desaparezca sin dejar huella y que inmediatamente después un militar realista ande merodeando una zona en la que jamás nos habían hallado.

—Sofi —intentó tranquilizarla Inés—, tú bien sabes que desde la muerte del padre Morelos, gran parte de los esfuerzos del virrey han sido para encontrar al general Victoria. ¿Por qué piensas que Miguel puede está involucrado en esas maniobras?

—Porque es muy sospechosa la forma en que desaparece… justamente ahora cuando podría obtener alguna ventaja.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque tanto el virrey Calleja como el coronel Iturbide han sido acusados de diversas faltas: Iturbide enfrenta un juicio, acusado de corrupción, y Calleja responde a acusaciones por abuso formuladas por algunos pobladores de varias ciudades. La propia Audiencia está llevando su caso para decidir si debe ser enviado a juicio a España. Así que de momento no hay Dragón de Hierro a quien temer. Y el gobierno está en manos de la Audiencia de manera provisional. Si alguien, como Miguel por ejemplo, diera la información necesaria para capturar a Victoria, sería indultado. Sobre todo ahora que Calleja no está al mando.

Inés la escuchó atentamente y no pudo evitar que su rostro se transformara por la preocupación y el miedo. En realidad los

argumentos de Sofía eran sólidos, más aún considerando que Miguel de Montellano nunca había sido insurgente, que Morelos había muerto, y que lo único que había mantenido en su bando a Miguel era Sofía… una Sofía que ya no le permitía acercarse.

—Bueno, Sofi, por el momento no podemos hacer nada. Te sugiero que sigamos revisando estos papeles y que no dejes que tu mente se llene de tonterías sin sentido.

Pero la propia Inés se había convencido de que aquellas no eran simples tonterías y de que no carecían de sentido. Las dos fingieron que estaban tranquilas y continuaron sus pesquisas.

—A ver —señaló Sofía—, juntemos piezas. El primer obispo de la Ciudad de México fue Juan de Zumárraga, franciscano, de 1528 hasta su muerte en 1548; lo cual quiere decir que durante su ejercicio religioso ocurrieron las apariciones de la Virgen de Guadalupe.

—Así es, pero hay un dato interesante que resalta y que genera un hueco en la historia de Zumárraga, y ya lo hemos visto. Recuérdalo.

Inés tomó uno de los documentos de aquel cofre hallado en La Rodilla del Diablo y lo colocó frente a Sofía, quien lo había visto más de una vez y sabía de qué se trataba, pero era una pieza que le incomodaba, aunque había peores. Le incomodaba porque tenía sentido:

Información de 1556

Fray Juan de Zumárraga. Orden franciscana menor. Nombrado obispo de la Ciudad de México por Su Grandísima Majestad, Carlos I de Castilla y Aragón, y V del Sacro Imperio Germánico, en el año del Señor de 1528. Hubo de volver a Europa por no estar consagrado por el papa, lo que se consiguió hasta 1533, año en que finalmente quedó instituido como primer arzobispo de la Ciudad de México y alto jerarca de la Iglesia de la Nueva España, cargo que ejerció hasta su muerte en el año del Señor de 1548.

A simple vista parecía un documento exclusivamente informativo, pero con ojos analíticos podía descubrirse su trasfondo. En 1531, año en que según la tradición el indio Juan Diego atestiguó las apariciones de la Virgen de Guadalupe, Juan de Zumárraga no era obispo de México; de hecho, todo indicaba que ni siquiera había estado en América, sino que se mantenía a la espera de ser consagrado por el papa Clemente VII, situación que llevó muchos años, pues el pontífice estaba ocupado en otros asuntos más importantes, como el rompimiento del rey de Inglaterra, Enrique VIII, con la Iglesia de Roma.

Y la tradición también indicaba que Juan Diego se había presentado en cuatro ocasiones ante el obispo Zumárraga, lo cual era imposible en aquel lejano 1531. Así pues, alguien aprovechó la ausencia de Juan de Zumárraga, precisamente en aquel año, para convertirlo en testigo de algo que nunca atestiguó… y que, según la información que tenían, nunca ocurrió.

—Todas las piezas encajan, Inés, y me niego a creerlo aunque mi lógica me lo pida a gritos. El padre José María siempre afirmó que la razón nos había sido dada por el Señor para usarla; pero ya ves, esa lógica provocó que se tambaleara su fe… Sin embargo, esto hace que tenga sentido este otro documento.

Sofía colocó un papel más, encima del anterior, en orden cronológico.

Información de 1556

CATECISMO REGLA CRISTIANA elaborado para la evangelización de América por Su Ilustrísima M. fray Juan de Zumárraga, O.F.M., año del Señor de 1547.

¿Por qué ya no ocurren milagros? Porque piensa el Redentor del mundo que ya no son menester, pues está nuestra Santa Fe fundamentada en tantos milagros de los que hay constancia en el Testamento Nuevo y Antiguo.

Otro documento, que a simple vista parecía inocente, era un simple extracto del catecismo que el primer arzobispo de México elaboró para evangelizar a los indios americanos.

El dato interesante era que, según la tradición, Juan Diego se había presentado ante Zumárraga en 1531, quien fue testigo del milagro, pues se asegura que vio con sus propios ojos cómo la imagen de la Guadalupana se dibujaba en el ayate del indio Juan Diego al mismo tiempo que caían al suelo las rosas de Castilla que éste había recogido y guardado en aquella tilma, a continuación de lo cual cayó de rodillas al presenciar aquel prodigio, razón por la que ordenó construir el templo del Tepeyac.

Pero algo no encajaba y las dos mujeres lo sabían. Las apariciones habían ocurrido en 1531, cuando Zumárraga ni siquiera estaba en América, pues estaba a la espera de su consagración en Roma… Pero, además, en 1547, el hombre que supuestamente había presenciado el milagro, escribía en su catecismo que ya no había milagros en el mundo.

Zumárraga murió al año siguiente de escribir aquel folleto, sustituido en su puesto de arzobispo por un dominico, Alonso de Montúfar, quien se dedicó a promover el culto guadalupano que los franciscanos negaban. Ése podría ser el conflicto entre franciscanos

y dominicos a que se refería fray Gabriel en La Rodilla del Diablo.

—Y esto no es todo, Inés; resulta que otro fraile franciscano, uno de los grandes cronistas de la época, no se conformaba con pronunciarse en contra del culto a la Virgen de Guadalupe, sino que señalaba sin rodeos que dicho culto era el disfraz de un rito demoniaco y satánico, una idolatría detrás de la cual se ocultaba la veneración a la diosa nahua Tonantzin.

La veneración a la imagen de Guadalupe es una invención satánica para paliar la idolatría; los indios vienen de muy lejos, tan lejos como venían desde antes. La tal devoción también es sospechosa, porque en todas partes hay muchas iglesias de Nuestra Señora, y no van a ellas, y vienen de lejanas tierras a esta Tonantzin, como hacían antiguamente.

BERNARDINO DE SAHAGÚN. O.F.M.

—Y mira, Inés; aquí hay otra transcripción que se atribuye a Bernardino de Sahagún:

Esta diosa se llama Cihuacóatl, que quiere decir mujer de la serpiente, y es también llamada Tonantzin, que quiere decir nuestra madre. En estas dos cosas me parece que esta diosa es nuestra madre Eva, la cual fue engañada por la serpiente.

Inés iba acomodando en orden los documentos para tratar de elaborar una historia coherente, al mismo tiempo que Sofía seguía buscando otro documento entre el legajo de papeles que tenía frente a ella, todos encontrados en el cofre de la Rodilla del Diablo.

—Mira esto.

Información de 1556

Marcos Cipac de Aquino. Indio natural de Tezcoco, alumno de fray Pedro de Gante, O.F.M, enviado por Su Majestad Carlos V en el año del Señor de 1522. Inclinación natural a la pintura, uno de los mejores. Vivía en Tezcoco en tiempo de Bustamante. No negó la autoría atribuida de la imagen.

—En resumen —señaló Inés, una vez que tuvo todos los documentos en orden—, tenemos una tradición que asegura que la Virgen de Guadalupe se apareció ante el indio Juan Diego en 1531 y pidió que se le construyera una iglesia. Tras tres intentos, finalmente el obispo Zumárraga presenció el milagro: vio cómo la imagen de la Virgen se dibujaba en el ayate de Juan Diego, frente a sus ojos, por lo que creyó, y mandó construir el primer templo del Tepeyac.

—Así es —aceptó Sofía.

—Sin embargo, es posible que Juan de Zumárraga no estuviera en América el año en que se sostiene que ocurrió la aparición, y que

además el fraile escribió un catecismo en el que asegura que ya no había milagros… lo cual es muy extraño, máxime que supuestamente él mismo había presenciado uno.

—Muy truculento, ¿no crees? E inteligente.

—Efectivamente, Sofi; pero además hay otro dato que aquí no aparece pero que yo conozco de buena fuente.

—Vaya —rió Sofía—, ¿así que tú también eres parte de este misterio?

—No hay misterio en este caso; pero es un hecho histórico que Juan de Zumárraga no mandó construir ningún templo en el cerro del Tepeyac. Quien dio esa orden fue el segundo arzobispo de México, Alonso de Montúfar… en un lugar donde, efectivamente, había un adoratorio de los indios a su diosa Tonantzin.

—Claro… y Montúfar era dominico, mientras que Zumárraga fue franciscano.

—Entonces, la leyenda asegura que la Virgen se apareció en 1531, y que Zumárraga, que posiblemente no estaba en América, lo presenció todo… Ése sí sería un milagro. Además, según el catecismo escrito por él, ya no había milagros, lo que nos hace pensar que el obispo Zumárraga no creía en nuevos milagros, y a su vez, que no presenció ninguno. Y para colmo, él no mandó construir ningún templo. Alguien miente en todo esto.

—Yo antes jamás hubiera creído que la Iglesia fuera capaz de eso… pero con todo lo que ha ocurrido últimamente… No dudo de la fe, sino de los hombres que dicen representar a Dios, pero que se interesan más en la política y en el dinero que en la doctrina.

—En eso tienes razón, Sofi… Siguiendo con la historia, resulta que Zumárraga murió al año siguiente de escribir que ya no había milagros. El arzobispado lo ocupa un dominico, quien comienza a propagar la veneración de una imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe. En respuesta, otro franciscano, fray Bustamante, declara en 1556, ante el arzobispo y el virrey, que promover el guadalupanismo es sembrar la idolatría, y que no se debe decir, so pena de azotes, que la imagen es milagrosa, ya que fue pintada por un tal Marcos Cipac.

—¡Exacto! Y resulta que ese Marcos Cipac sí existió, pintaba imágenes religiosas y fue alumno de Pedro de Gante, otro franciscano, que para colmo nunca negó ser el autor del retablo guadalupano.

—A eso hay que agregar que otro franciscano más, Bernardino de Sahagún, se refirió al culto guadalupano como una forma de esconder la idolatría.

Fray Gabriel no había mentido, la información hallada en La Rodilla del Diablo podría ser devastadora, sobre todo para millones de personas para quienes la fe era el único consuelo de su vida miserable. Pero… ¿el consuelo era una razón válida para mentir? El padre José María les había enseñado que el fin nunca justificaba los medios. Claro que hasta ese momento no habían pensado que José María Morelos, con el fin de alcanzar la independencia, había empleado medios sanguinarios y violentos. Cada día era más difícil saber en qué creer.

—Y hay otra cosa más, Inés —agregó Sofía—. Fray Francisco de Bustamante fue llamado al día siguiente por el arzobispo Montúfar para informarse que había sido desterrado de la Nueva España. Bustamante se embarcó en Veracruz con rumbo a España… Pero al parecer nunca llegó a su destino. Fray Gabriel aseveró que mucha gente había muerto por causa de esa información. A partir de entonces los franciscanos perdieron progresivamente sus privilegios en la Nueva España y fueron vigilados muy de cerca cuando educaban a los indios.

Inés y Sofía se quedaron en silencio observando con miedo la información que tenían enfrente. Había muchos más documentos, códices y libros. En ese momento tenían claro que durante el siglo XVI ya existía un culto guadalupano al que siempre se opusieron los franciscanos, pero que fue impulsado por los dominicos. Sofía recordó las últimas palabras del fraile Gabriel en La Rodilla del Diablo: "El misterio de la serpiente y la diosa". Las cosas comenzaban a tener sentido.

Las dos se miraban mutuamente. Apenas habían revisado los papeles de los franciscanos del siglo XVI, pero aún faltaba descubrir cuál había sido el papel de los jesuitas en ese asunto, acerca de lo cual había textos escritos en latín, muy complicados para ellas. Tanta investigación propició que Sofía olvidara a Miguel.

De repente fueron interrumpidas por el serio y callado Tarsicio, jefe de los "pintos" de Victoria.

—Niñas, el general Guadalupe Victoria ha regresado y quiere hablar con ustedes. Tiene noticias.

—¿Miguel viene con él? —preguntó con ansias Sofía.

—Nadie sabe nada del señor Montellano. El general viene solo.

2
Ciudad de México.
Agosto de 1816

María Ignacia Javiera Rafaela Agustina Feliciana Rodríguez de Velasco y Osorio Barba Jiménez Bello de Pereyra Hernández de Córdoba Solano Salas Garfias. Tal era su nombre completo, razón de más para no usarlo, por más alcurnia y prosapia que desparramara el hecho de ostentar tantos apellidos. Era evidente que era hija, nieta y probablemente biznieta de noble y, desde luego, parte fundamental de la alta aristocracia novohispana.

Había nacido en 1778, por lo que en aquellos convulsos días de 1816 contaba con 38 años, según decían los rumores, muy bien vividos; pero, mejor aún, muy bien acomodados, de tal manera que muchachitas solteras, a sus 20, bien podrían envidiar su belleza. Aunque lo que más gustaba de ella, y al tiempo generaba envidias y más de un desmayo de las más puritanas, era su desparpajo. Era toda una viuda alegre, en la plenitud de su vida, con belleza y fortuna, y con una lista larga de pretendientes y amoríos.

Tal era la situación de aquella mujer de kilométrico nombre que por cuestiones prácticas se presentaba tan sólo como María Ignacia, aunque en realidad fuera conocida popularmente como la "Güera Rodríguez". En 1816 se rumoraba que ya podía contar en su lista de amantes internacionales a personajes de la talla del libertador del sur, Simón Bolívar, y al infatigable viajero alemán Alexander von Humboldt.

Más en privado, en el estilo del secreto a voces, de esos que todos saben pero nadie comenta, se hablaba también de su lista de amores nacionales pero prohibidos, que aparentemente estaba encabezada por el mismísimo Gran Inquisidor, Matías de Monteagudo, por quien la Güera Rodríguez sentía un poco de repulsión pero la aguantaba porque el clérigo le facilitaba muchas conexiones con personajes de la alta sociedad. Además, las malas lenguas aseguraban que incluso el virrey Calleja había pasado por aquella habitación que podía ser descrita por casi cualquier caballero de la nobleza.

En realidad, más de la mitad de aquellos comentarios representaban calumnias, pues la gran falta de la Güera Rodríguez era ser hermosa aún a sus 38, alegre, rica, y con la prosapia que le garantizaba su carácter de viuda, lo cual, aunado a la fortuna, le otorgaba ciertas libertades a una mujer que seguía en la plenitud de su vida.

Una cosa tenía muy clara María Ignacia: había cumplido con lo dispuesto por Dios Nuestro Señor, de no tener actividad de alcoba y no conocer hombre, en el sentido más bíblico de la palabra, hasta llegar al matrimonio, que para colmo y como yugo, deber ser hasta que se interponga la muerte. A su religioso entender, nunca se estipuló que al cesar el matrimonio tuviera que cesar también la intimidad.

Había cumplido y se había casado justamente antes de comenzar a usar el mote de "quedada", en el año del Señor de 1794, a los 16 años, con un señor llamado José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil, quien evidentemente también escurría nobleza en sus apellidos, y afortunadamente de esa nobleza que sí está acompañada de fortuna.

En 1802 María Ignacia acusó a su augusto marido de intentar asesinarla, lo cual representó uno de los mejores escándalos de la capital virreinal, que fue aderezado cuando el marido, a riesgo de ser catalogado como un toro de portentosa cornamenta, reviró acusándola de adulterio y exigiendo por lo tanto la anulación del matrimonio.

El señor López de Peralta de Villar Villamil llevó todas las de perder, ya que su güera sí le adornaba la cabeza con la vergonzosa cornamenta de la infidelidad, pero para su mala suerte el adulterio era cometido en esos momentos con José Mariano Beristáin y Souza, quien ostentaba el título de doctor en derecho canónico y era, nada más y nada menos, que el responsable del tribunal que debía decidir si había o no infidelidad.... Y, por supuesto, no la hubo.

El ofendido marido nunca pudo presentar pruebas de los hechos que evidentemente el doctor Beristáin conocía a la perfección, y siendo el juez el único que podía atestiguar contra sí mismo, el caso se fue alargando hasta que fue suspendido en 1805 a causa de la muerte del quejoso. María Ignacia tenía entonces la maravillosa edad de 27 años, los bríos de la juventud, el fuego de una mujer en plenitud, la respetada posición de viuda doliente y la acaudalada fortuna del cornudo don José Mariano.

En 1816 las coyunturas de la vida la habían metido al lecho —mejor dicho, al confesionario— de don Matías de Monteagudo, que en esos casos funcionaba como lecho de cualquier forma. Y esa coyuntura tenía nombre: Agustín de Iturbide y Aramburu, cinco años menor que ella, un atleta en sus mejores días y el casado más deseado por las mujeres de pocos prejuicios, porque, efectivamente, el coronel Iturbide en 1816 tenía la edad de 33 años, la de Dios

nuestro Señor al morir… y, fiel devoto, también vivía la pasión, aunque definitivamente con un significado muy diferente.

Desde 1805, con tan sólo 22 añitos, Iturbide estaba casado con doña Ana María Huarte, a la que le fue absolutamente fiel durante 10 años de vida marital; fiel y cumplidor. Poco tiempo tenía don Agustín para ser infiel en el campo de batalla, y cuando volvía ocasionalmente al hogar, su esposa le parecía un refugio suficiente. Pero los acontecimientos de 1816 llevaron a Iturbide a la Ciudad de México y a la habitación de María Ignacia.

En favor de don Agustín hay que decir que no entró en los aposentos y entre las piernas de la güera por gusto sino en cumplimiento del deber. Necesitaba información muy valiosa que doña María Ignacia podía obtener a través del repulsivo método de “confesar” sus pecados al mismo tiempo que cometía otro, con el doctor Matías de Monteagudo, quien en los estertores previos a la explosión del placer, prometía e informaba lo que fuera.

A cambio de entregar su cuerpo a una actividad tan poco placentera como darle gusto a tan desagradable monseñor, lo único que pedía a cambio la Güera Rodríguez era deleitarse, en compensación, con el cuerpo más joven, brioso y gallardo de don Agustín.

Iturbide pasaba aquel 1816 en la Ciudad de México con motivo de un juicio que se seguía en su contra, por malos manejos de dinero, corrupción y abuso de poder. Su defensa fue impecable: “A los enemigos del reino no se les puede tratar con caricias sino con puño de hierro”… Y de hierro era precisamente el Dragón que los perseguía. “A los que violan la ley y el derecho no se les puede combatir en el marco de la ley y el derecho, porque de ser así la Corona siempre perdería.” Absuelto. El caso siguió en busca de poder comprobar la corrupción y los malos manejos, pero jamás se le pudo encontrar culpa alguna.

Ese año Iturbide decidió abandonar el ejército y dedicarse a planear su propia versión de la independencia, causa con la que siempre estuvo de acuerdo, pero definitivamente con métodos muy diferentes a los de Hidalgo y Morelos. Ya a principios de 1816 le había confesado a su compañero de batallas, Vicente Filisola, que lamentaba tanto derramamiento de sangre que había comenzado a causa de los desmanes de Hidalgo, y que la independencia era un sueño alcanzable, pero no con la guerra, sino mediante pactos entre los únicos dos bandos que podían luchar: los insurgentes y los realistas.

Ese mismo año también entraba en la casa de María Ignacia un

oculto Miguel de Montellano, que a pesar de ser un fugitivo merodeaba sin mucho problema la Ciudad de México. Calleja enfrentaba un juicio y por lo tanto no ejercía el poder, y órdenes de aprehensión como las que pesaban sobre su persona, estaban temporalmente suspendidas.

Aun así se andaba con cuidado. Cuando Montellano salía de la residencia de doña María Ignacia, ambos estaban contentos, y en más de una ocasión, el ya no tan joven Miguel, aunque igual de airoso que en sus años mozos, se reunía con el mismísimo Agustín de Iturbide, quien para limar asperezas por aquel lejano encuentro en Valladolid en el que no pudieron cruzar espadas, exigió una práctica de combate en esgrima, en la que el habilidoso Montellano pudo comprobar que hacía bien en no enfrentarse entonces con el Dragón de Hierro.

Demostrada de manera deportiva su superioridad con la espada, Iturbide no tuvo empacho en sostener conversaciones con Miguel, quien por otro lado se sacó la espina en una práctica de tiro con pistola en la que aventajó por mucho al Dragón.

Montellano necesitaba la amistad de Iturbide, la gran arma de Calleja, e Iturbide estaba dispuesto a dársela en esos tiempos en que todo indicaba que el futuro de Calleja sería un juicio de residencia en España, por lo que algún otro personaje ocuparía el sillón virreinal. De los movimientos de Matías de Monteagudo le notificaba la Güera Rodríguez… Mientras Alejandra de la Gándara estaba muy ocupada en Valladolid con planes de boda casi inmediata.

Muchas cosas se cocinaban en la Ciudad de México en aquellos tiempos y los indultos estaban a la orden del día. Los insurgentes acudían en marabunta a pedir el perdón real, e incluso muchos se sumaban a las filas realistas para borrar su pasado rebelde. Muerto el pastor, las ovejas que estaban descarriadas comenzaban a volver dócilmente al redil de la Corona.

Las noticias también estaban a tope: Servando Mier, quien había sido desterrado por 10 años que habían vencido ya en 1804, pretendía volver a la Nueva España, con un perdón papal, despojado del hábito dominico y con su título doctoral restituido. También se rumoraba que un héroe de la guerra contra Francia, un tal Xavier Mina, se había manifestado en rebelión contra Su Majestad y aparentemente también buscaba llegar a la Nueva España.

En el ámbito diplomático sólo se hablaba del éxito del Congreso de Viena, donde las antiguas casas reales habían restablecido el

absolutismo y trazado nuevas fronteras. Un rey volvía a Francia con el nombre de Luis XVIII, y Fernando VII gozaba de su poder absoluto en España. Juan VI de Portugal, ante la amenaza napoleónica, había huido a sus colonias de Brasil con toda su corte. Aunque fue notificado de que ya podía volver a Lisboa, prefirió el ambiente del trópico, declaró reino a Brasil y siguió gobernando Portugal a la distancia.

La noticia grave era que Austria, Rusia y Prusia habían firmado un pacto conocido como la Santa Alianza para mantener el orden establecido, y Su Deseada y Felona Majestad, Fernando VII, buscaba el apoyo de aquellas potencias para poner en orden sus dominios americanos. El riesgo de una invasión de potencias estaba latente.

Las noticias más cercanas afirmaban que Antonio López de Santa Anna no tardaría en dar con Guadalupe Victoria y en ajusticiarlo; Anastasio Bustamante mantenía orden en todo el centro del reino; Andrés Quintana y Leona Vicario, de quienes se decía que huían escondidos por los bosques, estaban, según se supo, en Tlalpujahua, al amparo de Ignacio López Rayón, quien mantenía una feroz batalla contra las tropas de Nicolás Bravo. Nunca tuvo claro López Rayón quién era el verdadero enemigo. Y ya para esos tiempos no sabía ni por qué luchaba.

Juan Nepomuceno Rosains había recibido algún tipo de ayuda y escapó del encierro en que lo tenía Victoria. No sólo buscó el indulto, que de hecho no era necesario, ya que siempre había sido un infiltrado, sino que, como lo habían hecho tantos, se enroló en el bando contrario.

Mier y Terán había disuelto el Congreso creado por Morelos y también estaba negociando el indulto… Toda una historia de traiciones. Algunos insurgentes dispersos habían formado una nueva junta de gobierno, conocida como Junta de Jaujilla, que en realidad no hubiera podido abollar la Corona… Vaya, ni siquiera quitarle brillo.

El señor López, desde luego, no aceptaba ninguna junta o gobierno que no estuviese encabezado por él. De hecho ésa fue la razón por la cual entró en combate con Nicolás Bravo, quien recibió la ayuda de Vicente Guerrero, el cual, junto a Bravo, decidió reconocer la autoridad de aquella junta que pretendía unir de nuevo a la insurgencia herida de muerte.

Los esfuerzos del ejército virreinal, formado ya por unos 85 000 hombres, estaban concentrados en devolver el orden a todas las ciudades recapturadas de las manos de los insurgentes, en apresar a Vicente Guerrero y a Juan Álvarez, que se fortalecían en el sur, y en

encontrar a Guadalupe Victoria.

Pero la noticia más morbosa que logró concentrar a multitudes en la plaza pública era una ejecución en la hoguera ordenada por el Gran Inquisidor. Un hereje y traidor franciscano ardería en el mundo antes de irse a arder a los infiernos… Fray Gabriel. Miguel de Montellano pudo presenciar cómo aquel religioso que los había orientado en La Rodilla del Diablo se consumía entre las llamas sin proferir un solo lamento, mirándolo fijamente a él hasta su último suspiro.

3
Huatusco.
Agosto de 1816

Jean Lafitte participó a su modo en la guerra de independencia de la Nueva España, tal como en su momento lo prometiera a Peter Ellis. Sin abandonar su profesión de pirata, con patentes de corso del gobierno de Estados Unidos y con acuerdos con Guadalupe Victoria, se dedicó a hostilizar a cuanto barco español se encontrara en su camino.

Fueron muchos los soldados y las autoridades de España que tuvieron que refugiarse en Cuba ante la imposibilidad de llegar a Veracruz, prácticamente bloqueada por Lafitte, quien para 1816 se encontraba un tanto aburrido, ya que la guerra contra los ingleses había llegado a su fin. Durante ese año intentó recibir en Washington un indulto por sus delitos del pasado, merecido a su entender por la colaboración vital que tuvo para derrotar a los británicos.

Se le otorgó el perdón, pero no las tierras que pretendía. Sin tierras, y en su calidad de pirata, su opción era volver a la mar y, como francés, su obligación moral era tundir a los españoles. Aun así tenía dos encomiendas del gobierno norteamericano: elaborar mapas de las costas y navegar a través del Mississippi para reconocer el territorio de Luisiana, y al mismo tiempo prestar ayuda, siempre de manera extraoficial, al movimiento libertador de la Nueva España. Eso y su amistad con Ellis fue lo que tuvo a ese corsario francés, convertido en norteamericano, luchando por la

independencia novohispana.

Todo aquello favorecía desde luego a Guadalupe Victoria, el único insurgente que tenía en su poder algunos puertos del Golfo a través de los cuales mantenía contacto con los dos piratas, quienes eran su puente entre la Nueva España y Europa y Estados Unidos. Gracias a esa circunstancia, y a sus contactos en la Ciudad de México, Victoria siempre estaba bien informado. Precisamente ésa era la información que quería compartir con Sofía y con Inés… y con ésta, con quien tenía ganas de compartir muchas cosas más.

—Bueno, niñas, hay muchas noticias; buenas y malas, como siempre. Pero creo que los vientos soplan a nuestro favor.

—¿Dónde ha estado? —se adelantó a preguntar Sofía.

—Mi niña —sonrió el general Victoria—; soy un líder insurgente. He estado un poco por todos lados; tratando de alcanzar al malparido de Rosains, por ejemplo, que logró escapar, y enseñándole a ese niño mimado de Santa Anna que no se puede meter en mis territorios. Aunque hay que reconocer que pelea bien el infeliz, y que además conoce el terreno. Aunque no me explico cómo ha logrado ubicarnos… Pero afortunadamente no sabe que estamos en Huatusco y que es imposible tomar este pueblo.

—¿Y qué sabe de Miguel? Salió de aquí sin avisar una semana antes de que usted fuera tras Santa Anna. Como siempre, no me dijo nada; aunque supongo que está en la Ciudad de México.

—Bueno —añadió, sin abandonar su buen humor, el general Victoria—, éste es un país libre… o pronto lo será. Miguel puede andar donde quiera, qué sé yo.

—Sé que debe estar en la Ciudad de México… y no dejo de preguntarme qué está haciendo ahí.

—La ciudad es divertida, Sofía, y Miguel es un hombre muy urbano como para permanecer encerrado en este pueblo… Además, ¿no se te ocurre que pueda estar buscando un indulto para ti?

—¡Más le vale que no lo haga!… Usted mismo lo ha dicho: los indultos son para los delincuentes y los traidores. Además, jamás podría obtener un indulto con Calleja como virrey.

El general Victoria adoptó una postura más marcial y decidió que era el momento de dejar por la paz aquel tema.

—Precisamente por ahí van las noticias que traigo. El virrey Calleja no tardará en largarse de aquí; quizás para siempre. Ha sido llamado a juicio en España. Según me manda decir el marqués Héctor María, su remplazo ya ha de estar navegando hacia acá.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Inés.

—Bueno, eso depende de cómo sea el virrey que venga. Aunque

en realidad, preciosa negrita, eso no nos importa a nosotros, que no queremos a ningún virrey. Pero supongo que es bueno, pues no creo que haya alguien más sanguinario, y a la vez más preciso y astuto, que Calleja.

—¿Y qué me dice de Iturbide? —intervino Sofía.

—El Dragón sólo obedece órdenes. Habrá que ver que disposiciones trae el nuevo virrey… Ésa es otra de las noticias que les traigo. Iturbide está en la Ciudad de México, enfrenta un juicio por corrupción. Todo indica que lo declararán inocente, en gran medida por la intervención de Calleja, pero me he enterado de que piensa retirarse del ejército.

—Sabe usted muchas cosas, general.

—Bueno, en la situación actual, la información es poder. Estamos imposibilitados para ganar esta guerra. Las tropas realistas ya suman unos 85 000 elementos, y la insurgencia no llega a 10 000 hombres miedosos, timoratos, grises… escindidos por cabrones como López Rayón, el desgraciado Rosains y esa lacra venenosa de Manuel Mier y Terán… ¡Que se pudra en el infierno!

Las dos mujeres ya sabían que el general Guadalupe Victoria se ponía mal de salud cuando se alteraba. Últimamente lo aquejaban fuertes dolores de cabeza y de estómago y hasta parecía que algunos músculos se salían de su control. Él trataba de evitar que lo notaran sus hombres, pero era imposible ocultárselo a ellas. El inclemente ambiente de Veracruz había estado minando su salud y cada vez podía disimularlo menos. Ante la sorpresa de Sofía, Inés se acercó con toda confianza al general y le acarició las sienes al tiempo que él se relajaba.

—Tranquilo, don Guadalupe —dijo suavemente Inés—, no se altere por esa gente que no vale la pena. Cuéntenos, qué otras noticias nos trae.

—Gracias, querida Inés. Pues bien, Calleja se va, Iturbide enfrenta un juicio y fuera del ejército, pero hay 85 000 soldados y ese tal Santa Anna merodeando mi sierra. En compensación, Lafitte me ha comunicado algo increíble: Servando Mier viene de regreso, con dinero y con refuerzos, con apoyo del gobierno inglés, y tal vez del norteamericano. En estos momentos ya debe estar en Estados Unidos, junto con un tal Francisco Xavier Mina, un militar navarro que se unirá a la causa. Todo lo que necesitamos es un puerto para que puedan atracar en la Nueva España. Debo concentrar todos mis esfuerzos en conservar Boquilla de Piedra.

—¡Eso es fantástico! —exclamó emocionada Inés, mientras Sofía los veía con incredulidad—. Pero dudo que venga con 80 000

hombres.

—El apoyo de Estados Unidos es mucho más importante que los soldados —acotó Victoria.

—Y dudo que los norteamericanos nos apoyen sólo por altruismo. Algo pedirán a cambio; quizás el propio fray Servando ya les ofreció algo.

—En eso tienes razón, Sofía; de hecho el propio Morelos se mostró dispuesto a no disputar el territorio de Texas y dejarlo para ellos. Pero a mi parecer les ha de resultar más interesante que se establezca aquí una república federal, como la de ellos, y tener un país aliado.

Inés seguía sobando las sienes de Guadalupe Victoria, lo cual no dejaba de sorprender a Sofía, quien procuraba no escandalizarse por ese atrevimiento de su hermana.

—General Victoria —agregó Sofía—, me alegra verlo bien y a salvo aunque no pueda decirme nada de Miguel y a pesar de que no comparto su optimismo. Pero si ésas son todas las noticias que usted nos trajo… nosotras quisiéramos tener unas palabras con usted. Por un lado, necesitamos su ayuda con parte de estos documentos que usted mismo ya ha revisado, y por el otro, usted y yo tenemos algunos temas pendientes por discutir. Desde hace años me ha ocultado información que preciso saber con detalle… acerca de Los Guadalupes, de mi padre, de los masones y de ese tal Servando Mier.

El discurso de Sofía fue interrumpido por Tarsicio, quien entró de improviso a la habitación con la cara desbordante de alegría y gritando:

—¡General Victoria, general Victoria! Se acerca un pequeño grupo de hombres armados, no más de 20, casi todos mulatos. Dicen que vienen a hablar con usted, que lo han estado buscando… Aseguran que están a las órdenes del general Vicente Guerrero.

El general no pudo ocultar su alegría y su sorpresa, pues pensó que no iba a volver a ver en muchos años al general Guerrero, a quien creía refugiado en las montañas del sur.

—Lo siento, Sofía; tienes razón, hay cosas de qué hablar, pero lo haremos después.

Guadalupe Victoria salió de inmediato de la habitación y caminó por la sierra en el camino indicado por Tarsicio, quien por precaución se hizo acompañar de 50 hombres armados. Victoria recorrió la vereda que marcaba la salida de su campamento y pudo ver a lo lejos, efectivamente, a un grupo de mulatos. No podía distinguir bien a ninguno, hasta que sus ojos se toparon en lo alto

con el pabellón azul y blanco, con un águila al centro, que solía usar el Generalísimo Morelos. Su corazón dio un vuelco de alegría.

Hizo un ademán a Tarsicio para que se detuviera junto con sus hombres. De pronto, en el grupo de mulatos se abrió camino un hombre de estatura mediana, espalda muy ancha, traje militar azul con rojo con galones de general. Pudo distinguir perfectamente el rostro negro e inocente, la mirada bravía y las largas patillas de don Vicente Guerrero.

Victoria quedó de pie en medio del camino hasta que Guerrero pudo distinguirlo. No había lugar para los protocolos. En cuanto don Vicente distinguió a su antiguo compañero de armas, abrió ampliamente los brazos y gritó:

—¡Victoria… Victoria!

Acto seguido dejó caer el morral que cargaba y corrió al encuentro de su amigo, quien también abrió los brazos con una gran sonrisa. Los hombres de ambos generales se relajaron y comenzaron a gritar vivas. Guerrero y Victoria, los sobrevivientes de mil batallas, no se separaron durante varios minutos; se apretujaban y se daban entusiastas palmadas de cariño y afecto. Sofía e Inés llegaron un poco después, justamente para presenciar aquel emotivo momento.

El general Guerrero no daba crédito. Hacía años que no había visto a Sofía Guillén. Don Vicente se acercó a ella, que le dedicó una sonrisa; se agachó y la abrazó paternalmente.

—Niña Sofía… Sofía Guillén. No creí volver a verte… Y menos aquí, con el bribón de Victoria. Pero no puedes estar en mejores manos. Éste es el hombre más leal y valiente de todos.

—¡Sin contarlo a usted, don Vicente! —gritó Guadalupe Victoria, quien a su vez abrazaba a Inés—. Mira, te presento a Inés, esta inteligente y preciosa mulata, que también estaba bajo la protección de nuestro general.

—Mucho gusto —dijo Vicente Guerrero al mismo tiempo que besaba la mano de Inés, quien se sonrojó por aquel gesto. No estaba acostumbrada a que la trataran como a una dama, mucho menos los dos grandes generales de la insurgencia.

—¡Pero pase, general; mi humilde guarida se honra con la presencia de un valiente! Tarsicio, encárgate de que todos estos hombres estén lo más cómodo posible y de que coman hasta hartarse.

Minutos después, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Sofía e Inés estaban en la misma habitación mientras el hombre de las grandes patillas contaba sus últimas peripecias. Se había refugiado

en la sierra del sur en compañía de Pedro Ascencio, Juan Álvarez y unos 2 000 hombres; dominaban el cerro del Veladero y asediaban constantemente Acapulco. Sin embargo, cada semana llegaban más soldados españoles a la zona y la situación se volvía cada vez más insostenible.

Para colmo, se había enterado de la escisión de los antiguos insurgentes del centro del país; sabía que Mier y Terán, junto con Rosains, negociaban el indulto, mientras que López Rayón se dedicaba a atacar a Nicolás Bravo en el Bajío. Tanto Bravo como Guerrero habían decidido aceptar la autoridad de la Junta de Jaujilla, que seguía pugnando por un movimiento republicano, avalando incluso el Decreto Constitucional de Apatzingán, en gran medida obra de López Rayón, que serviría para constituir una república y no un reino bajo la soberanía del rey de España.

Pero López Rayón ya estaba contagiado del mismo mal que Miguel Hidalgo. Se sentía amo y jefe absoluto, y creía que no podía haber ninguna autoridad sobre la suya. Seguía siendo fernandista a pesar de que Fernando VII no aceptaba ninguna junta de gobierno en su nombre.

La verdad es que López ya no tenía idea de por qué o por quién peleaba. Aquel que no estuviera de su lado lo consideraba un traidor. Y mientras los realistas se reforzaban cada semana, Nicolás Bravo y López Rayón se hacían pedazos entre sí. Por eso Guerrero había obtenido permiso de la junta de gobierno para buscar a Victoria y pedir su ayuda.

—Me apena tanto escucharte, mi buen amigo. Pero nada me extraña de ese hombrecito ambicioso que es López Rayón.

—¿Entonces puedo contar con tu ayuda?

—Eso no se pregunta, Vicente. Mira, lamentablemente tengo algunos problemas de este lado. Ya sabes, mantener a raya a la gente de López Rayón y de Mier y Terán; además, tengo encima a Antonio López de Santa Anna… Pero tengo buenas noticias: el famoso padre Mier viene en camino con un ejército, por lo que necesito mantener a salvo el puerto de Boquilla para que pueda llegar a salvo. Por eso, mi buen amigo, no puedo dejar mi posición, pero mantengo contacto y comercio con Nueva Orleáns, así es que hay armas y parque. Te puedo ofrecer 2 000 mosquetes con todas las municiones que necesites… Y 100 de mis hombres.

Guerrero se puso de pie para abrazar otra vez a su amigo.

—¡Ah, Victoria!… No esperaba menos de ti. Siempre has sido un hombre leal y de principios. Ojalá todos fueran como tú. Muchas gracias, amigo; es una pena que parte de tu ayuda se vaya a

desperdiciar luchando contra el imbécil de López Rayón y no contra los realistas; pero puedes estar seguro de que esos malditos que trataron de humillarme de la peor manera, seguirán recibiendo batalla.

—¿Humillarte a ti? ¿Al gran general Vicente Guerrero? ¿Cómo es posible?

Vicente Guerrero les contó la historia de cómo los españoles llegaron al recurso más bajo para hacerlo deponer las armas. Establecieron contacto con su padre y lo enviaron, como mensajero del virrey, con un recado: un indulto total para él y toda su gente si deponía las armas. Además le ofrecían un trabajo remunerado si se retiraba a la vida pacífica y una compensación suficiente para que su vida fuera holgada para siempre. ¡Y su propio padre, de rodillas ante él, había sido el mensajero de ese intento de soborno!

—No se lo tomes a mal a tu padre —le dijo Victoria—. Él te quiere… pero no entiende, como todos los de su generación, nuestra lucha por la libertad. Además, debes sentirte orgulloso del miedo que te tienen los españoles… En cambio, creo que mi cabeza ni siquiera tiene precio.

—Así es, mi querido Victoria. No le reprocho nada a mi viejo. Sin embargo, los papeles se invirtieron, y el hijo, Dios me asista, tuvo que darle una lección a su padre.

—Vaya —dijo sonriendo Victoria—, pues cuéntanos cómo fue posible eso.

Vicente Guerrero les narró la historia completa: su padre apareció entre la selva, con un pliego donde estaban escritas aquella promesas y el sello real, más un cofre repleto de monedas de oro. Lloraba, y así, con lágrimas en los ojos, ante su hijo rebelde, le pidió que, por su madre, por él mismo, y por Dios, dejara esa guerra.

—Nunca he violado ni violaré el cuarto mandamiento, amigo Victoria; pero en ese momento le di la mano a mi padre y me volteé a hablar a mis hombres: “Señores —les dije—, este anciano de canas respetables es mi señor padre, que viene a ofrecerme dinero, indulto y trabajo a cambio de dejar las armas. Yo, que siempre lo he honrado y respetado, no puedo aceptar este ofrecimiento. Caballeros, la patria es primero”.

—Nadie hubiera esperado menos de ti, querido Vicente. Pero si todo sale bien, esta guerra terminará más pronto de lo que todos piensan. Tal vez incluso antes de que desembarque Servando Mier.

Todos, incluidas Sofía e Inés, se quedaron viendo atónitos a Guadalupe Victoria, quien evidentemente aún guardaba información que no había compartido con ellos.

—Estaba esperando el momento adecuado para comunicarles mi plan. Y creo que el honor de tu visita es la ocasión perfecta para hacerlo. Me han informado desde la Ciudad de México que pronto llegará el próximo virrey que sustituirá a Calleja… Se trata de un tal Juan Ruiz de Apodaca. Sé cuándo arribará y la ruta que tomará para realizar su viaje de Veracruz a la Ciudad de México.

El general Victoria hizo un silencio dramático en espera de descubrir si alguien había comprendido su plan; sin embargo todos lo miraban atónitos y a la expectativa.

—General Guerrero, Inés, Sofía. Calleja tiene que irse de América en el barco que traerá a Juan Ruiz de Apodaca y lo tiene que hacer a más tardar el 30 de septiembre, pues está citado a juicio de residencia. Si no llega a tiempo lo considerarán desertor. Eso quiere decir que, pase lo que pase, el mariscal Calleja debe abandonar el país. Pues bien, gracias a la información que poseo, me propongo asaltar la caravana del nuevo virrey y secuestrarlo.

El asombro de todos coincidió con una nueva aparición de Tarsicio, quien irrumpió en la habitación, dirigiéndose a Guadalupe Victoria:

—Mi general. El señor Miguel de Montellano ha vuelto, ¿qué debo hacer?

—¡Qué pregunta, Tarsicio! Déjalo pasar y tráelo hasta aquí. Nuestra alegría es ahora completa.

La alegría completa no era para Sofía Guillén, quien aunque en el fondo se alegraba de saber nuevamente algo de su… de Miguel, de saber que estaba bien, estaba furiosa con él.

Montellano entró en la habitación, recibido de inmediato por Victoria. No se veía muy entusiasmado; tal vez estaba confundido, quizás cansado. Vestía su traje de montar con sombrero y botas y estaba totalmente cubierto de polvo, lo que evidenciaba que había realizado un viaje apresurado y quizás peligroso. Se dejó abrazar por Victoria sin mucha efusividad de su parte. Miguel sólo dijo una frase:

—Es un hecho, Calleja se va del reino. Ya puedo solicitar el indulto.

Sofía sintió aquellas palabras como una puñalada en lo más profundo de su corazón… El indulto… ¿Acaso Miguel estaba pensando pedir el indulto?… ¿Para él, para ella, para ambos?... ¿A cambio de qué? Pedir el indulto era una traición a la causa, una causa que en realidad nunca había sido la de Miguel. Quizás finalmente la traición sí se llevaba en la sangre, ¿pero por qué se lo decía con tal desparpajo al general Victoria?

Miguel volteó a ver a Sofía con una sonrisa en los labios, pero ella evadió la mirada. Él se acercó y quiso tocarla, pero Sofía lo esquivó. Montellano no lo intentó de nuevo, caminó alrededor de la mesa y se sentarse del otro lado, mientras Guadalupe Victoria lo presentaba con el general Guerrero.

Cuando Miguel se alejó de Sofía, el pañuelo que llevaba en el cinto cayó al suelo sin que él lo notara. Sofía lo recogió y pudo darse cuenta de que era un pañuelo femenino, de seda, muy fino y, desde luego, caro. Tenía bordado un nombre con hilos de oro: María Ignacia. Aún olía a perfume. Lo guardó de inmediato y una lágrima corrió por su mejilla, pero la enjugó discretamente.

4
Estados Unidos. Finales de 1816

Luis de Onís y González Vara fue uno de los hombres más notables de la política española de las últimas décadas, estadista y diplomático con capacidades superiores, a quien lamentablemente le tocó vivir en un imperio español en franca decadencia y al borde del colapso. Más hombres como él, y como el conde Arandas, al lado de los últimos monarcas hubiesen dado vida a esa monarquía alicaída y en pleno proceso de autodestrucción.

Debido a su amplia actividad diplomática había recorrido gran parte del mundo y dominaba el español, el inglés, el alemán, el francés y el ruso. Era uno de esos hombres cuyo poder analítico le permitía adelantarse a los acontecimientos. Tristemente para su causa, su carrera diplomática se desarrolló bajo el reinado de dos de los monarcas más incompetentes que habían ocupado el trono español: Carlos IV y Fernando VI. De nada sirve a un gobernante rodearse de gente brillante si no está dispuesto a atender sus consejos.

Onís estudió en la Universidad de Salamanca y comenzó su carrera diplomática en Sajonia, en el seno del Sacro Imperio Germánico, visitó gran parte de Europa Central y fue representante de España en la corte de Berlín y de Viena, antes de 1789, el gran año de la Revolución francesa.

Durante una década fue secretario de Estado y gran promotor de las campañas de vacunación, tanto en la península como en los virreinatos americanos; también fue gran opositor a las abdicaciones de Bayona, el penoso episodio de la historia española en que Carlos IV y Fernando VII cayeron en la trampa de Napoleón y le entregaron la soberanía de España.

Esta oposición obviamente le ganó el odio de Bonaparte, quien lo mandó encarcelar en Francia, de donde al poco tiempo Onís logró escapar, volver a España y ponerse a las órdenes de la Junta de Defensa en la guerra de independencia de España contra Francia. En aquel momento su destino se imbricó con el de la Nueva España, ya que fue enviado como ministro y embajador plenipotenciario a Washington, precisamente en esa época en que las invasiones napoleónicas precipitaron toda una ola de conspiraciones criollas en los virreinatos americanos.

La Nueva España, además de ser la joya de la Corona por la inmensa riqueza que producía, ya para entonces superior a la de Perú, también era la posesión en mayor riesgo, ya que su cercanía con Estados Unidos podía causar que aquel país viera con simpatía los movimientos libertarios y apoyara las aventuras independentistas, evidentemente con el propósito de ampliar sus territorios. En ese punto debía concentrarse el trabajo de Luis de Onís.

De hecho, desde 1810, cuando comenzó el levantamiento de Hidalgo, Onís estuvo muy pendiente de establecer una red de espías en los territorios del norte para evitar que los insurgentes pudiesen acercarse al gobierno de Estados Unidos; posiblemente fue el artífice de la traición que culminó con la captura de Hidalgo y quien obstaculizó todos los intentos de Morelos por instituir relaciones con los norteamericanos.

Desde 1812 mantuvo contacto con el gobierno virreinal para advertirle de las intenciones expansionistas del vecino del norte. Desde entonces se percató de la necesidad de suscribir un tratado binacional entre España y Estados Unidos para delimitar las fronteras de este último país y la Nueva España. Ese esfuerzo culminó en 1819 con el Tratado Adams-Onís, que durante aquellos años conjuró cualquier amenaza a los intereses españoles en América.

El 15 de mayo de 1816, finalmente, logró zarpar de Liverpool, Inglaterra, la escuadra de navíos en los que Xavier Mina y Servando Mier se embarcaron con rumbo a América, al mando de un ejército de mercenarios ingleses, italianos y españoles que fueron pagados

con un humilde préstamo de un millón de pesos que la labia proverbial de Servando Mier logró conseguir de algunos banqueros ingleses.

Lo que nunca supieron Mina ni Mier fue que entre los españoles de la tripulación había espías de Fernando VII que tenían bien vigilado al fraile por recomendación del Gran Inquisidor de España, que a su vez mantenía comunicación con el inquisidor novohispano Matías de Monteagudo.

De este modo, cuando la expedición de apoyo a la que ya estaba esperando Guadalupe Victoria, llegó a Baltimore, el último día de junio de 1816, los espías lo delataron ante Luis de Onís, quien a su vez escribió cartas al gobierno virreinal, para ponerlo sobre aviso, y se encargó de mover sus contactos diplomáticos para evitar la intervención estadounidense. Esa circunstancia retrasó el viaje de Mina y el doctor Mier, lo cual, a la postre, resultó benéfico para la causa española, pues Victoria no pudo mantener en su poder por tiempo suficiente los puertos de Boquilla de Piedra y Nautla.

Aun así, Servando Mier obtuvo otro millón de pesos del empresario norteamericano Denis Smith, y como el fin de la guerra angloestadounidense había dejado desempleados a muchos soldados, fue fácil contratar más mercenarios para que se sumaran a las tropas.

Guadalupe Victoria estaba desesperado. Desde abril de ese año tenía noticias, gracias a Peter Ellis, de la expedición de Mina y Mier, y hacía todo lo posible por mantener en su poder algún puerto veracruzano; pero el trabajo de Luis de Onís retrasó la expedición lo suficiente como para que Victoria ya no tuviese puerto seguro para recibirlos.

A finales de agosto Xavier Mina y Servando Mier lograron salir de Baltimore. Esa acción estropeó los planes del general Victoria, ya que la última semana de agosto esperaba el paso de la caravana que escoltaba al nuevo virrey de la Nueva España, Juan Ruiz de Apodaca, que llegaba de Cuba para sustituir a Félix María Calleja del Rey.

Victoria necesitaba un buen ejército para emboscar al virrey recién llegado, pero al mismo tiempo requería a sus hombres para mantener bajo su poder los puertos de Nautla y Boquilla de Piedra, que eran asediados por Antonio López de Santa Anna. En términos bélicos se podría decir que el general Victoria tenía que presentar batalla en dos flancos opuestos, la pesadilla de cualquier militar, y tomó la peor de las decisiones: tratar de cubrir ambos frentes de batalla, cuando no disponía más que de 2 000 hombres.

Guadalupe Victoria estuvo a punto de capturar a Juan Ruiz de Apodaca, pero la escolta realista logró derrotar a sus hombres y el nuevo virrey pudo seguir su camino a la capital. Esa distracción provocó que perdiera fuerza en los dos puertos que pretendía conservar para su causa, pero también acabó por perderlos. Sumado a los esfuerzos de Onís en Estados Unidos, más el bloqueo naval español en el Golfo, evitó que el doctor fray Servando y el valiente navarro Xavier Mina lograran establecer contacto con Victoria. De ese modo murió la última esperanza del general.

El 16 de septiembre de 1816, Agustín de Iturbide fue declarado inocente de los cargos que se le imputaban, pero aun así tomó la decisión de no reincorporarse al ejército y retirarse a vivir en su hacienda en Michoacán y de sus negocios en la Ciudad de México, que además de asuntos de dinero incluían asuntos de faldas, muy específicamente la falda de doña María Ignacia la Güera Rodríguez.

Cuatro días después, Félix María Calleja del Rey dejó su puesto de virrey a Juan Ruiz de Apodaca y fue escoltado a Veracruz para embarcarse rumbo a España, donde con el tiempo no sólo sería exonerado de las acusaciones que le habían imputado, sino colmado de honores y nobleza. Al finalizar el año del Señor de 1816 Victoria nunca tuvo noticias de Xavier Mina y Servando Mier; incluso Jean Lafitte trató de ayudarlos desde la Isla de Galveston, pero los vientos, las mareas y los españoles los obligaron a retirarse a Haití e incluso a la legendaria Isla de Tortuga.

Terminó el año sin que Guadalupe Victoria recibiera aquellos refuerzos, ni apoyo alguno por parte de Estados Unidos. Rosains y Mier y Terán ya habían sido indultados; López Rayón sólo conservaba Tlalpujahua, donde se mantenían escondidos Andrés y Leona; Guerrero, Ascencio y Álvarez quedaron aislados en la sierra del sur; un tal Pedro Moreno, del que nada sabía Victoria, se declaró en rebeldía contra el gobierno virreinal y se había guarecido con una guerrilla en el Fuerte del Sombrero, en la intendencia de Guanajuato.

Los puertos, las minas, las ciudades importantes, las haciendas… Todo estaba bajo el poder virreinal de nuevo, sólo un año después de la muerte del Siervo de la Nación, como consecuencia del individualismo, las ambiciones personales, el caudillismo, las traiciones, y la falta de unión, de visión y de proyecto de los insurgentes.

Santa Anna se apoderó prácticamente de toda la provincia de Veracruz, la política de indultos del nuevo virrey atrajo a casi todos los rebeldes que aún permanecían levantados en armas, y aunque

unos cuantos idealistas intentaron reavivar el movimiento libertario… el rumor de la muerte del general Guadalupe Victoria terminó por desmoralizar a los últimos rebeldes de la insurgencia.

5
1816-1817

El 20 de septiembre de 1816 Félix María Calleja del Rey entregó el mando de la Nueva España a quien fue gobernador de Cuba durante algunos años: Juan Ruiz de Apodaca.

Terminaban así 27 años de la aventura americana para el héroe de los tres continentes. Había llegado a poner orden en el virreinato en 1789, ante el inicio de una ola de conspiraciones; en 1811 derrotó a Miguel Hidalgo y precipitó el fin de su movimiento; en 1813 sitió a José María Morelos en Cuautla durante tres meses y organizó la estrategia a través de la cual el Dragón de Hierro lo aniquiló en las afueras de Valladolid, y después de eso, con la ayuda de espías, estrategia, indultos y poniendo en práctica la política de dividir para vencer, acabó con la insurgencia. Entregó a su sucesor una Nueva España bajo el control total de la Corona.

Guadalupe Victoria estuvo a punto de perder la vida en su intento de secuestrar al nuevo virrey, perdió los puertos de Nautla y de Boquilla de Piedra, así como el contacto con Servando Mier y Xavier Mina, aunque recibió noticias de Jean Lafitte: el gobierno de Estados Unidos le había pedido, de manera absolutamente extraoficial, que intentara ayudar al fraile y al aventurero desde su sede en la Isla de Galveston.

Pero varios asuntos le preocupaban sobremanera: López de Santa Anna se estaba apoderando poco a poco de toda la provincia de Veracruz; más de la mitad de sus hombres habían desertado atraídos por el indulto que habían ofrecido las autoridades virreinales, ante lo que ya consideraban una causa perdida, y sus dominios, totalmente aislado, sin contacto con Guerrero y con los piratas, se reducían progresivamente.

Aquellos no eran los tiempos más propicios, pero Sofía Guillén tenía temas pendientes con el general y no deseaba que la guerra los atrapara y propiciara una separación antes de obtener las

respuestas que necesitaba. Quizás vivieron la peor Navidad de sus vidas en Huatusco. Sofía no podía acostumbrarse a la confianza y a la intimidad con que se trataban el general y su hermana Inés… No es que aquello estuviera mal, pues él era soltero, leal y valiente, y ella se merecía a alguien así. ¿Sentía celos? ¿Quizás nostalgia?

Victoria e Inés se disfrutaban mutuamente cada vez que estaban juntos, mientras que la distancia entre ella y Miguel cada vez era más grande. Más de una ocasión Miguel de Montellano había intentado acercarse a Sofía Guillén para reanudar su relación, buscando su confianza… Pero ella había dejado de confiar en él; inventaba historias en su mente, con base en aquel pañuelo femenino que había caído del cinto de Miguel y en sus escapadas constantes de las que no daba explicación… Sabía que buscaba un indulto y, con él, la herencia de don Diego… que incluía la de Manuel Guillén, que le correspondía a ella. ¿Por qué nadie reparaba en que Miguel de Montellano era un criollo realista, un leal a España… un traidor?

A principios de 1817, en un momento de tranquilidad propiciado por el descanso que el teniente Antonio López de Santa Anna se tomaba en sus posesiones cercanas a Jalapa, Sofía se reunió con el general Victoria, su hermana Inés y Miguel de Montellano.

Sofía tomó la palabra:

—General Victoria, vivimos un momento de total incertidumbre; no sabemos qué pasará con nosotros. Todo ha terminado para la insurgencia y usted no ha sido sincero conmigo… con nosotros. Creo que es la hora de que nos dé las respuestas que necesitamos. ¿Qué le parece si comenzamos con Los Guadalupes?

Victoria sabía que ese momento tenía que llegar tarde o temprano y Sofía tenía razón: quizás ya no habría otra oportunidad para despejar sus dudas.

—Muy bien, querida Sofía, ¿qué quieres saber?

—Todo, general. Hace muchos años, cuando lo conocí y fui en busca de su ayuda, cuando era don Miguel Fernández y Félix y le pregunté por primera vez sobre Los Guadalupes… me dijo que usted no formaba parte de ese grupo. Y a mí me parece que sí lo es… Y es una parte importante… Quizás uno de sus líderes.

Guadalupe Victoria no pudo evitar sonreír.

—Querida Sofía, se supone que Los Guadalupes es una sociedad secreta. Si tú o cualquier persona me preguntan si soy parte de ese grupo, no esperarán que responda que sí, ¿estás de acuerdo? Si lo hiciera así dejaría de ser secreta.

—Bueno, ¿fue o no parte de aquel grupo, fue o no su líder?

—Se supone que debo contestarte que no, Sofía. Además, tú sólo preguntas sobre asuntos a los que das por hechos. Ahora ya sabes por qué cambié mi nombre: lo hice en honor a la victoria de Los Guadalupes… Supongo que hoy puedo decírtelo, ya que no hay victoria ni existen Los Guadalupes.

—¿Y la Sociedad del Águila?

—Creo que lo que sabes al respecto no requiere más explicación. Y yo tampoco tengo las respuestas. Yo, como estudiante de derecho en San Ildefonso, me uní a un grupo de abogados que apoyaban la causa de Miguel Hidalgo, pero que rápidamente se enemistaron por sus métodos. Entonces decidieron dar su apoyo al padre José María Morelos. Había muchos abogados citadinos… Yo me decidí por la lucha armada. Algunos miembros del grupo aseguraban haber pertenecido a la Sociedad del Águila. Eso es todo lo que sé, además de lo que ustedes me contaron: que la existencia de esa sociedad fue un invento de Diego de Montellano, con base en los mitos de Leonor Cortés, de Guillén de Lampart y de los masones.

—Por cierto, ¿es usted masón?

El general Victoria no sólo sonrió sino que de plano soltó una carcajada.

—Sofía querida… Claro que no… Tampoco soy pirata y menos aún insurgente. De hecho ni siquiera soy Guadalupe Victoria.

Sofía entendió perfectamente el sentido de la respuesta del general. Los Guadalupes ya no existían y era posible que Victoria estuviera diciendo la verdad. Además, Victoria jamás le daría una respuesta directa sobre ese tema. Inés tomó la palabra:

—Cuéntame… Quiero decir, cuéntanos cómo llegaste a ser parte de ese grupo y posteriormente de las tropas del padre Morelos.

—Como ya saben, nací en la Villa de Tamazula, en el norte, en un lugar donde había pocas oportunidades de estudio, razón por la cual me trasladé a la ciudad de Durango para ingresar al seminario… como lo hicieron Hidalgo, Morelos y Matamoros, pues aquel lugar nos proporcionaba la única oportunidad de estudiar y acceder a la lectura. En 1804 ingresé a un colegio de jesuitas, quienes habían sido expulsados del reino de manera tan intempestiva que ni siquiera pudieron llevarse muchos de sus libros, los cuales yo leí. Desde entonces supe que el objetivo de los jesuitas, leales al papa, era poner el reino bajo jurisdicción directa de la Iglesia.

—Vaya —exclamó Sofía—, por lo menos esa parte sí es verdad.

—Sí lo es; no olviden que el pretexto para legitimar la conquista de esta parte del mundo fue la evangelización. Con una orden

evangelizadora como lo fue la de los jesuitas a la orden de la Iglesia, la presencia española dejaba de ser necesaria. En términos de derecho canónico hasta podría decirse que no había nada que legitimara a España como poseedora de la América… Estos argumentos los utilizó en su momento el propio Guillén de Lampart.

—¿Por eso te decidiste a estudiar derecho? —preguntó Inés.

Sofía notó de inmediato la confianza con la que se ya hablaban el general e Inés. No tenía por qué molestarse, pero de alguna forma le incomodó descubrir aquella felicidad de su hermana que ella no experimentaba. Miguel no dejaba de observarla, como queriendo decirle que ellos podrían sentir lo mismo si Sofía confiara en él.

—Así es, preciosa. En 1806 obtuve el indispensable certificado de pureza de sangre, fundamental para poder seguir con mi instrucción. Entonces obtuve una beca para estudiar en San Ildefonso a partir de 1807. No he vuelto a ver mi tierra desde aquellos años. El de 1808 fue mi segundo año en el colegio. Ahí, junto al palacio virreinal, fuimos los primeros en enterarnos de la invasión de Napoleón a España y de la discusión sobre la soberanía que se llevaba a cabo entre el cabildo de la ciudad, formado por criollos, y la Real Audiencia, integrada en su totalidad por gachupines. Supimos que el virrey se había puesto del lado de los criollos, encabezados por el licenciado Francisco Primo de Verdad: la soberanía debía recaer en una junta de gobierno formada por criollos. Entonces un grupo de gachupines irrumpió en el palacio del virrey y lo encarceló: un golpe de Estado. Pocos días después, el cuerpo sin vida de Primo de Verdad apareció colgado de un farol.

Miguel casi nunca hablaba en ese tipo de reuniones. Practicaba la máxima de escuchar y aprender… Además, no podía evitar sentirse ajeno, pues por lo común en aquellas tertulias siempre se hablaba del origen de los movimientos autonomistas, de aquellos movimientos que su padre tenía la misión de destruir y a los que enseñó a Miguel a despreciar. No obstante, en esta ocasión decidió participar:

—¿Fue esa experiencia de injusticia y de barbarie lo que lo motivó a incorporarse a Los Guadalupes?

Victoria no dejó de notar que la pregunta de Miguel de Montellano viajó con jiribilla, es decir, con doble intención, pues un acto de injusticia y de barbarie motivó otros actos similares, como el levantamiento sanguinario de Miguel Hidalgo.

—No, Miguel; ese acto de injusticia me inspiró para seguir estudiando y conocer las leyes. Pero, efectivamente, uno de los miembros del cabildo, el señor Francisco Azcárate, era integrante de

aquel grupo, y también mi maestro. De esa manera me incorporé a aquella asociación. Desde el principio hubo discusiones acerca de apoyar o no el levantamiento de Hidalgo, el cual, en opinión de muchos, entre los que yo me incluía, era un alzamiento violento, sin proyecto ni sentido legal… Nos sorprendió la integración de un abogado como López Rayón, en quien de inmediato descubrimos a un hombre ambicioso. Fue entonces cuando el movimiento de Morelos ganó nuestras simpatías y establecimos contacto con él… por mi conducto. Así me sumé a la lucha del padre José María Morelos. Y por eso cambié mi nombre.

—La leyenda asegura que cambió su nombre por su fervor guadalupano, general —añadió Miguel.

—Hay cosas que el pueblo no entiende. Soy un católico que cree en la Virgen María, madre de nuestro señor Jesucristo, pero también creo que las apariciones son mitos locales inventados para propagar el culto… Cualquiera que estudie historia lo sabe. Y así como al padre Hidalgo le sirvió su estandarte, a mí me sirvió su nombre.

En ese momento Sofía dejó caer el montón de papeles, códices y documentos que llevaba consigo. Lo hizo de tal forma que al azotarlos sobre la mesa llamaran la atención de los presentes. Encima de los documentos dejó caer su medalla de oro: el Águila de Cortés. Sonrió mientras miraba al general.

—Muy bien, general Victoria. Ya conocemos su historia. Ahora necesitamos su ayuda para terminar de descifrar estos documentos en torno a dioses paganos, invenciones franciscanas, conspiraciones jesuitas y apariciones guadalupanas.

6
Huatusco. Marzo de 1817

Miguel y Sofía habían ensamblado el rompecabezas en torno a la asimilación de Quetzalcóatl o Kukulcán con Hernán Cortés. Más adelante Sofía e Inés habían avanzado en el tema de los franciscanos y su relación con la Virgen de Guadalupe. Por su parte, el padre Morelos había revisado muchos documentos cuando fue

abruptamente interrumpido por la marcha fúnebre de los “negros” de Galeana. Una vez más, Sofía se quedó sin las respuestas que buscaba, aunque era claro que el padre había descifrado varios misterios de la lectura que había hecho de aquellos papeles.

Lo que daban por hecho de sus pesquisas hasta ese momento era que los franciscanos habían inventado el mito de que los indígenas confundieron a Hernán Cortés con Quetzalcóatl-Kukulcán, es decir, con la Serpiente Emplumada, de quien habían profetizado su regreso. De ese modo legitimaron a Cortés: lo transformaron, del extraño que venía de tierras lejanas en una aventura conquistadora, en el dios que después de mucho tiempo volvía al hogar.

Ahora bien, esa historia la habían reforzado los franciscanos después de la muerte de Hernán Cortés, o quizás incluso un poco antes: desde que, durante el segundo viaje de don Hernán a España, surgió un conflicto de intereses entre el conquistador y su emperador, Carlos V, por el estatus de la Nueva España.

De hecho, la asimilación de Cortés con la Serpiente Emplumada era parte de la estrategia autonomista de la Nueva España, estrategia que fue reforzada tras la noticia de la muerte del conquistador en España, para convertir en un evento de grandes magnitudes el retorno de sus restos y darle apoyo a la rebelión que no supieron llevar a buen término sus tres hijos.

Pero los dominicos, encabezados por el segundo arzobispo de México, Alonso de Montúfar, aprovecharon esa situación para promover el culto a la Virgen de Guadalupe, culto que los franciscanos atacaron de formas diversas a lo largo del siglo XVI y que, según Bernardino de Sahagún, era una forma de ocultar la veneración que le profesaban los nativos a la diosa Tonantzin-Cihuacóatl.

Si los franciscanos habían endiosado a Hernán Cortés con la pretensión de que fuera visto como la Serpiente Emplumada que regresaba al hogar, los dominicos aprovecharon la existencia de una deidad femenina conocida como “Nuestra Madre la Mujer Serpiente”, madre de Quetzalcóatl… madre de Dios… y por lo tanto la Virgen… para contrarrestar el mito de Quetzalcóatl.

Los religiosos utilizaban el sincretismo para facilitar la evangelización aunque, tal como lo denunció Morelos en su calidad de cura, lo único que se logró fue una confusión de dioses, santos y vírgenes que dieron como resultado la versión americana del cristianismo.

Aun así, todo indicaba a Inés y a Sofía que a lo largo del siglo XVI se desarrolló un culto guadalupano que no giraba en torno a las

apariciones —las que de hecho ni siquiera se mencionaban en los documentos de la época—, sino sólo en torno a la imagen por sí misma, que, aseguraban, hacía obras milagrosas.

Ésa era la idolatría pagana que denunció el fraile Bustamante, quien desapareció misteriosamente después de dirigir su atrevido sermón al arzobispo Montúfar, de la orden de los dominicos, su superior.

Era también la idolatría pagana, e incluso satánica, que denunció otro franciscano: Bernardino de Sahagún. En realidad, los franciscanos no creían en el guadalupanismo. De hecho habían señalado al autor de la pintura, Marcos Cipac de Aquino, alumno de otro franciscano: fray Pedro de Gante…

Pero aún había mucho por entender. Sofía no sabía con qué documento comenzar. Finalmente optó por otro legajo de papeles que hacían referencia a frailes franciscanos. Se lo mostró a Guadalupe Victoria.

Información de 1556

Tonantzin "Nuestra Madre", madre de Quetzalcóatl. Quetzalcóatl como dios único y creador. Dios y rey de Tula con el mismo nombre. ¿El Padre y el Hijo? Tonantzin: Virgen María.

1541: Fray Toribio de Benavente Motolinía, franciscano. *Historia de los indios de la Nueva España*, Menciona milagros. No hay referencia al Tepeyac ni al nombre Guadalupe.

Don Antonio de Mendoza: primer virrey de Nueva España, 1535-1550. Nunca mencionó la veneración guadalupana.

Fray Bartolomé de las Casas, franciscano. Defensor de los pueblos indígenas. Presencia en la Nueva España entre 1538 y 1546. Conoció a Zumárraga, defendió la postura del alma de los indios. No mencionó el nombre Guadalupe.

Fray Jerónimo de Mendieta, franciscano. Arribó en 1552. Autor de *Historia eclesiástica indiana*, con documentos de sus predecesores. Defensor de los indios. Nunca menciona milagros, a Juan Diego o a Guadalupe.

Fray Juan de Zumárraga, franciscano y obispo de la Ciudad de México hasta 1548. No escribió una sola palabra sobre apariciones ni menciona la palabra Guadalupe.

Bernal Díaz del Castillo, conquistador al servicio de Cortés. Autor de *Historia verdadera de la conquista de la nueva España*. Menciona a la Virgen de Guadalupe, pero se refiere a la de España.

Primera mención de las apariciones guadalupanas. Libro del jesuita Miguel Sánchez, 1648. Denunciado por un irlandés que murió en la hoguera de la Inquisición. Compara la supuesta

aparición con el libro del Apocalipsis.

Todos los presentes escucharon con atención la lectura de Sofía. Guadalupe Victoria se mostraba más interesado que los demás, pero no parecía sorprenderle nada:

—¿No es todo esto muy extraño, general? —preguntó Sofía.

—Bueno, querida Sofía, lo primero que debes tomar en cuenta es que ninguno de éstos son documentos originales; es obvio, tanto por el tipo de papel y de tinta, como por la caligrafía y la forma de escribir. Es claro que se trata de una compilación de hechos… de una investigación, podría decirse.

—¿Quiere decir no podemos confiar en estos papeles?

—No, no, claro que no quiero decir eso. Sólo deseo dejar claro que no todo lo que se halla escrito en estos documentos es verdad. Más bien tiene una intención. Ahora, quien haya reunido está información, evidentemente intentaba hacer una compilación de lo que otros habían escrito sobre el acontecimiento guadalupano. Y, según sabemos, lo más seguro es que Diego Montellano sea el autor de todo esto, probablemente con ayuda de algún experto en la materia.

—Por ejemplo, ¿monseñor Abad y Queipo de Michoacán?

—Es posible, o algún representante directo de la Iglesia, como el arzobispo Núñez de Haro, el hombre que desterró a fray Servando.

Sofía miró todos los papeles que había colocado sobre la mesa y reflexionó en torno a lo que acababa de decir el general: el hecho de que algo haya sido escrito no quiere decir que sea verdadero, sino sólo que alguien lo escribió con alguna intención. No obstante frente a sus ojos había documentos tanto a favor como en contra de lo que llamaban el milagro guadalupano. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Victoria:

—Sin embargo, pequeña, casi nada de lo que me dices me resulta desconocido —Sofía abrió los ojos sorprendida. ¿Guadalupe Victoria sabía cosas que le había ocultado?—. No me mires así. No te he ocultado nada. Pero resulta que el día que ejecutaron al Generalísimo, aquel nefasto viernes 22 de diciembre de 1815, mientras todas las autoridades estaban ocupadas en su fusilamiento, la cárcel de la Inquisición quedó desprotegida, y pude enviar a alguien al calabozo que había ocupado minutos antes José María Morelos, el cual, por una hermosa casualidad, fue el mismo en el que estuvo encerrado el padre Servando Mier años antes. Ya les había dicho que yo había realizado algunas investigaciones por mi cuenta. Pues bien, Servando Mier ocultó información en un recoveco secreto de aquella mazmorra, información que pude

recuperar.

A Sofía le parecía increíble cómo alguien que había vivido 20 años fuera de la Nueva España se las ingeniara para mantenerse vigente. Y ahora se hablaba mucho de su regreso al mando de un ejército que venía a apoyar la causa de la libertad, aunque se había retrasado ya algunos meses, los suficientes para que el general Victoria ya estuviera imposibilitado para facilitar su arribo. Pero mejor era no tocar ese tema, para no interrumpir aquella sesión pródiga en respuestas.

—General —señaló Sofía—, no deja de sorprenderme. Usted es un insurgente, que de pronto se convierte en un espía que tiene contactos con corsarios ingleses y franceses, que se entera de lo que sucede en Europa, a veces antes que las autoridades, y hasta tiene agentes lo suficientemente hábiles para penetrar a las mismísimas entrañas de la Inquisición.

Guadalupe Victoria se encogió de hombros inocentemente.

—Dicen que en el amor y en la guerra todo se vale. Además, cada vez me queda más claro que la ignorancia es aliada de las tiranías, que la información es poder, y que conocer el pasado nos puede ayudar a seguir adelante.

Miguel de Montellano estaba completamente abstraído, como si le importara poco lo que ocurría. No mostraba sorpresa ni admiración. Y esa actitud indolente Sofía la interpretaba como un desinterés hacia la causa insurgente. Ella estaba segura de que Miguel permanecía en la sierra veracruzana sólo por el hecho de ser un fugitivo… aunque ya había mencionado algo sobre conseguir un indulto… Y eso tampoco se lo perdonaba. En esos pensamientos se ocupaba cuando Inés habló:

—¿Y de qué información contienen esos papeles que hallaste en el calabozo? Ese padre Mier me causa mucha curiosidad.

Victoria trató de resumir brevemente lo que contenían los documentos que durante mucho tiempo permanecieron ocultos en el calabozo de la Inquisición. Se trataba de una historia del guadalupanismo hasta 1794, en la que se exponía la negativa absoluta de los franciscanos a aceptar ese culto, el misterioso episodio de fray Bustamante, su desavenencia con el arzobispo y su extraña desaparición. Ésa fue la historia guadalupana durante el siglo XVI.

En el siguiente siglo, sin embargo, se sumó un factor más al conflicto: los jesuitas, que decidieron apoyar y promover la historia del guadalupanismo; uno de ellos, Miguel Sánchez, escribió un libro en el que no sólo aseguraba que la imagen dispensaba milagros,

sino que la Virgen se le había aparecido en cuatro ocasiones al indio Juan Diego… Lo cual era una información muy extraña, ya que aquel nombre nunca había sido mencionado hasta el momento en que Miguel Sánchez escribió el texto en cuestión, en 1649.

Fray Servando era un hombre que, a pesar de ser dominico, poseía un pensamiento absolutamente libre, quizás por ser doctor en teología y filosofía, y estaba más comprometido con la verdad que con la Iglesia. En sus textos, el religioso se refería a la confusión en cuanto a la fecha de la aparición de la Guadalupana, pues, no obstante que había quedado establecido 1531 como el año del milagro, el padre Mier hacía énfasis en la ausencia de Zumárraga en la Nueva España en aquel año, y señalaba que durante mucho tiempo se había creído que la fecha de la aparición había sido 1556, y que el testigo del milagro no fue Zumárraga sido Montúfar… quien seguramente fue el que mandó construir la primera iglesia para el culto de la Guadalupana.

Pero en la historia de Mier había otra cosa muy clara: hasta antes de la publicación del libro del jesuita Miguel Sánchez, titulado *Imagen de nuestra Señora María de Guadalupe madre de Dios*, la discusión entre dominicos y franciscanos se había concentrado en el hecho de que la imagen fuera milagrosa o no… Pero jamás se habló de apariciones milagrosas. Miguel Sánchez fue quien narró por primera vez la historia inédita de Juan Diego, y agregó las apariciones de la Virgen y el milagro de haberse estampado su imagen en la tilma del indio.

Pero había algo truculento y maquiavélico en el texto del jesuita Miguel Sánchez, algo que requería el análisis de un experto en teología, como los jesuitas o el fraile Servando. A fin de cuentas, los jesuitas tenían la misión de poner a la Nueva España bajo el poder directo de la Iglesia de Roma y el libro de Miguel Sánchez pretendía hacer coincidir las apariciones inventadas por el autor, retomadas de la leyenda española original, con el capítulo XII del Libro de las Revelaciones, es decir, con el Apocalipsis.

Según la hipótesis de Sánchez, el Apocalipsis anunciaba el descubrimiento de América y su evangelización… Así pues, Dios mismo justificaba la conquista. Castilla y luego España habían sido las herramientas del Señor para tomar el Nuevo Mundo. Y ahora que ya estaba sometido, la Iglesia debía asumir la responsabilidad de gobernar la América hispana. De hecho, entre los documentos que había obtenido Victoria en el calabozo de la Inquisición, se hallaba la transcripción de aquel capítulo bíblico:

Apocalipsis o revelación de san Juan, el Teólogo

CAPÍTULO DOCE

1. *Y apareció una gran señal en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.*

2. *Y estando encinta, clamaba con dolores de parto y sufría por dar a luz.*

3. *Y apareció otra señal en el cielo; y he aquí, un gran dragón rojo que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas, siete diademas.*

4. *Y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró delante de la mujer que había dado a luz, a fin de devorar a su hijo en cuanto naciese.*

5. *Y ella dio a luz un hijo varón que había de regir a todas las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono.*

6. *Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustentasen durante mil doscientos sesenta días.*

7. *Y hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles.*

8. *Pero no prevalecieron, ni fue hallado más su lugar en el cielo.*

9. *Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, quien engaña a todo el mundo; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.*

10. *Y oí una gran voz en el cielo que decía: Ahora han venido la salvación, y el poder, y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos ha sido arrojado, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.*

11. *Y ellos le han vencido por medio de la sangre del cordero y de la palabra de su testimonio, y no amaron sus vidas, ni aun hasta sufrir la muerte.*

12. *Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!, porque el Diablo ha descendido a vosotros, teniendo gran ira, pues sabe que tiene poco tiempo.*

13. *Y cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.*

14. *Y le fueron dadas a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de la presencia de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo.*

15. *Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, a fin de hacer que fuese arrastrada por el río.*

16. *Pero la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había arrojado de su boca.*

17. *Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer*

la guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

El jesuita Miguel Sánchez, lo mismo que el doctor fray Servando, tomó la leyenda guadalupana de Extremadura, la adaptó a la cultura indígena de América y, para colmo, equiparó aquella historia con las revelaciones bíblicas.

En aquella interpretación habilidosa pero tramposa de los jesuitas, la profecía del Apocalipsis no anunciaba el fin de los tiempos sino la colonización y la evangelización de la Nueva España, justo en la época en que la reforma protestante de Martín Lutero le arrebata fieles a la Iglesia en Europa.

De ese modo, la visión de la mujer que aparece en el cielo como una señal, vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas, y además embarazada… era la promesa de que la Virgen aparecería en la Nueva España. Además, el Apocalipsis había sido revelado a un Juan, el santo teólogo; y la Virgen se apareció a otro Juan, Juan Diego, y el testigo de aquel milagro fue otro Juan, el arzobispo Zumárraga.

Miguel Sánchez era un religioso con una imaginación prodigiosa. Según su versión, la mujer vestida de sol, que junto con su descendencia es perseguida por el Dragón, el cual a su vez es derrotado por el arcángel San Miguel y arrojado del cielo a la tierra, donde acecha a la mujer y a su descendencia… Todo su argumento se basa en la profecía de los pueblos indígenas de América, atacados por el diablo, por el paganismo y por la idolatría. Y esas culturas alejadas de la mano de Dios fueron redimidas por la llegada del catolicismo, arribo anunciado por la Virgen para convertir a América, el Nuevo Mundo, en una nueva tierra ofrecida por Dios para contrarrestar las herejías reformistas de Europa.

En el siglo XVIII, fray Servando tuvo muy claro que la intención del jesuita Miguel Sánchez era legitimar la conquista de América en manos de los españoles, pero también justificar la supremacía de la Iglesia y el papa en América. Incluso realizó una serie de comparaciones que aparecían en otro pergamino:

La mujer del Apocalipsis	La Virgen de Guadalupe
Juan Evangelista	Juan Diego
San Miguel Arcángel	Hernán Cortés
Los ángeles	Los soldados conquistadores
El dragón	La idolatría
Las alas	El águila mexicana
La ciudad	Tenochtitlán
El desierto	El Tepeyac
La luna	El Lago de Texcoco
Las estrellas	Nueva España, el nuevo paraíso

Desde luego, Servando narraba parte de su vida: sobre cómo había establecido contacto con el grupo de los masones del Jorobado Larouche, quienes negaban las apariciones, y acerca de cómo fueron quemados por la Inquisición, seguramente por negarlas, como también lo hizo Guillén de Lampart. Al parecer habían ocurrido muchas muertes por negar las apariciones: la de Francisco de Bustamante, la de Guillén de Lampart y las del Jorobado Larouche y sus cuatro compañeros… sin olvidar que el propio Servando Mier, aunque no lo asesinaron, fue despojado de su título doctoral que le permitía dictar homilías y dar cátedra y fue expulsado del reino.

Pero aquellos documentos consignaban los nombres de otros personajes, como Miguel Cabrera y José Ignacio Bartolache, que se pronunciaban contra el aparicionismo, aunque Cabrera, por haber sido pintor, identificó sin lugar a dudas el tipo de tela y de pinturas utilizadas en el ayate de maguey, pues no hay que olvidar que trabajaba para la Iglesia y fue presionado para asegurar que aquella obra era parte de un milagro. Ésa fue la historia guadalupana del siglo XVIII.

La narración de los documentos que el padre Mier había escondido en su calabozo, versaba sobre los dos discursos que pronunció en 1794 y que provocaron su expulsión del reino. Uno fue en honor de Hernán Cortés, en ocasión del suntuoso traslado de sus restos al Hospital de Jesús, donde fueron colocados en una urna de cristal y oro, en un altar. El otro fue su discurso guadalupano, enunciado ante el arzobispo de México, Alonso Núñez de Haro, y ante el virrey Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte, nada más y nada menos que el 12 de diciembre.

En aquel discurso, el padre Mier comenzó por hacer notar las incoherencias del relato original, los huecos en su estructura, el hecho de que fuera escrito 117 años después del supuesto suceso y, ante todo, su notable parecido con la leyenda de la Virgen de Guadalupe española.

Concluyó su sermón asegurando que siglos atrás el apóstol Tomás había evangelizado aquellas tierras, donde fue conocido como Quetzalcóatl; que se le apareció la Virgen, cuya imagen quedó estampada en su capa… y que Juan Diego sólo había tenido la suerte de haber encontrado la capa perdida de Tomás Apóstol, lo que además explicaba las dimensiones de la imagen, ya que el cuadro medía casi un metro ochenta centímetros y el ayate que un indio se amarra del pescuezo a las rodillas apenas podría medir la mitad.

Cuando Victoria terminó su relato, Sofía e Inés, e incluso Miguel de Montellano, no pudieron evitar una sonrisa que trataba de ocultar una carcajada.

—¿Qué sucede? —preguntó el general Victoria.

—¡Ay, general! —alcanzó a decir Sofía, tratando de contener la risa—. No sé qué tan erudito en teología haya sido Servando Mier, pero esa historia es hilarante y fantasiosa. ¿Usted la cree?

—Claro que no. Como tampoco la creía fray Servando. Pero analicen entre líneas. Se trata de un discurso nacionalista e independentista el que pronunció el padre Mier. De ahí su riesgo. ¿No se dan cuenta? En esta historia otra vez aparece el pretexto con el cual se legitimó la conquista, la colonización y la explotación de estas tierras: la evangelización. Con su sermón, fray Servando aseveraba que aquellas tierras ya habían sido evangelizadas por Quetzalcóatl, es decir, Tomás Apóstol; que la Virgen ya se había aparecido en estos lares… Y por lo tanto, que ni el papa ni ningún rey tenían derecho sobre la América hispana… Se trata de una variante folclórica de los discursos de Lampart: un peligro nacionalista.

Todos permanecieron en silencio; definitivamente el fraile tenía imaginación, pero además sabía disimular muy bien un mensaje para que sólo algunos lo entendieran… Por desgracia, el virrey lo había descifrado, y para juzgar al fraile lo acusó de hereje, por asegurar que un apóstol de Cristo había viajado hasta América y que la madre de Dios se le apareció a un montón de indios paganos.

—Bueno —agregó Sofía—, ahora hay otras dudas que se originan de este relato. Puedo entender que este sermón disfrazado se considerara peligroso, pero ¿por qué era peligroso un discurso

que exaltaba a Hernán Cortés, quien a fin de cuentas obtuvo estas tierras tanto para la Corona como para la Iglesia?

—Eso —dijo con solemnidad Guadalupe Victoria— es algo que aún no comprendo. Sigue siendo un misterio para mí.

—¡Perfecto! Más acertijos. Hay otra cosa: esa historia menciona a una Virgen de Guadalupe española. Y entre los documentos que encontré… junto con Miguel… en su casa… también existen varios papeles que se refieren a esa Virgen de Guadalupe en España.

—De eso sí te puedo hablar, Sofía. La Virgen de Guadalupe es española. Más aún, es la patrona de la provincia de Extremadura, de donde procedía Cortés y muchos de sus hombres. A esa Virgen de Guadalupe se encomendó Cortés cuando partió de España… Vaya, hasta Cristóbal Colón pasó por el santuario guadalupano del pueblo de Villuercas a encomendarse antes de emprender su primer viaje.

Esa información dejó boquiabiertas a Inés y a Sofía… No así a Miguel, que ya antes había escuchado esa versión, dada su educación española y, desde luego, su educación religiosa, fundamental en su formación. Sofía estaba indignada.

—¿Me está diciendo que no sólo no se apareció, sino que además es originaria de España?

—Bueno, querida Sofía… creer que se apareció o no en el cerro del Tepeyac es cosa de la fe de cada quien, y sobre eso no puedo opinar. Pero es un hecho que en el pueblo de Villuercas, junto a la Sierra de Guadalupe, en Extremadura, desde el siglo XIV existe un monasterio de frailes jerónimos, donde veneran a una imagen de la Virgen, que es llamada de Guadalupe, por el nombre de la sierra… Además, no olvides que hablamos de la parte sur de España, con fuertes influencias árabes durante casi siete siglos, y que la palabra *Guadalupe* es de origen árabe, mezclada con latín, y significa “junto al río de los lobos”.

Sofía lo miró con incertidumbre.

—Yo sabía que se le llamaba *Coaotlaxopeuh* o *Cuauhtlapeupeuh*, pero como los españoles eran incapaces de pronunciar ese nombre, le pusieron Guadalupe.

Esa vez fue Miguel de Montellano quien prorrumpió en risas que no pudo evitar y que generaron una mirada fulminante de Sofía.

—Disculpa, Sofía, pero ya es demasiado, ¿no crees? Hay tantas versiones de que los españoles eran tan imbéciles que no podían pronunciar los nombres y se inventaban los suyos. Son versiones como la que asegura que Cortés era un hombre deforme, jorobado y con sífilis… que se hacen circular sólo para denostar el carácter español… Y ¿sabes qué? Creo que por lo menos tú ya deberías

haber superado ese trauma de conquistada. Conoces perfectamente que por lo menos la mitad de ti es española; lo sabía tu padre. ¡Por Dios…! No puedes vivir eternamente con ese trauma —a pesar de la distancia que se había interpuesto entre ellos, Miguel de Montellano había sido paciente con Sofía y siempre la había tratado como a una princesa. Quizás la crisis en que se hallaba su relación lo orilló explotar de esa manera ante la constante necedad de una mujer que no era capaz de superar el pasado. Pudo ver su rostro de furia a punto de estallar, pero antes de que reaccionará él continuó—: Siempre he pensado que si fue deforme, jorobado y con sífilis, Cortés conquistó todo un mundo… ¿Qué no hubiera logrado sano y con una buena presencia? Esas pretensiones de convertir en estúpidos a los españoles y a Cortés en escoria sólo deteriora más la imagen del pueblo que se siente conquistado por él, ¿no lo crees? Además, hasta dónde sé, señora de apellidos españoles —como Guillén o, mejor aun, Ramírez de Arellano…—, tú no hablas ninguna lengua indígena. Hablas castellano, la lengua del español. Tú eres inteligente y usas la lógica cuando tus prejuicios no la nublan, ¿no te parece un contrasentido mentarle la madre al español… en español?

—Pero…

—Déjate de peros. Lo que necesitas es superar las sandeces prejuiciosas que tienes en la cabeza y que ni la sabiduría del padre Morelos te pudo quitar. Seguramente también habrás escuchado que Hernán Cortés procreó 400 hijos porque violaba a una indígena diferente cada semana. Yo también lo he escuchado de gente llena de prejuicios y traumas, pero ésa es una estupidez sin sustento. Tú y yo, los dos, vimos los archivos de su descendencia, fuimos testigos de que reconoció a todos sus hijos; pero sólo tuvo 10 con varias mujeres. Cualquiera que divulgue esos rumores no tiene una sola base histórica para aseverarlo a ciencia cierta. Y lo que propague de ese modo sólo sirve para regenerar infinitamente ese odio entre nosotros y ese trauma de pueblo conquistado. ¿Estás o no en una lucha por la libertad, Sofía Guillén? Entonces comienza por liberar tu mente del pasado.

Sofía no estaba acostumbrada a que le hablaran de esa manera, mucho menos a que le hablaran con argumentos tan válidos. No sólo le irritaba que se impusieran sobre ella, sino que Miguel tuviera razón, sobre todo ese hombre que nunca antes le había hablado de esa manera.

—No te permito…

—Temo decirte, princesa —la interrumpió Miguel con toda la

calma—, que con tu actitud de los últimos meses tú misma has renunciado a tu derecho de permitirme o no permitirme algo —volteó a ver a Victoria—. Por favor prosiga, general, que es muy interesante todo lo que nos está enseñando.

Victoria se dio cuenta de que Miguel finalmente había explotado ante la actitud soberbia de Sofía, pero que no quería dejar crecer la escena, pues ése no era el lugar ni el momento para una discusión de pareja; así que hizo caso a la solicitud de Miguel y tomó la palabra, sólo para decir algo que enfureció todavía más a Sofía:

—Temo decirte, querida Sofía, que Miguel tiene toda la razón. Hay mitos nefastos de Cortés que son falsos… Pero, volviendo a nuestro tema, tal vez hayan querido hacer más indígena a la Guadalupana… Hay una Virgen de Guadalupe original en Extremadura, España; de hecho la leyenda de su aparición es básicamente igual a la de la Virgen de Guadalupe de estas tierras, sólo que aquélla tiene 300 años de mayor antigüedad. Eso lo aprendimos en las clases de derecho, en el siglo XVII. Los frailes jerónimos, guardianes de la Virgen de Guadalupe de Extremadura, interpusieron una demanda ante el rey Felipe III por el mal uso de su Virgen en estos lares. Puede no gustarte, pero es un hecho histórico.

Inés también quiso colaborar para que aquel pleito no creciera. Confiaba en Miguel de Montellano… Vaya, siempre le había gustado para Sofía, desde los días de Valladolid. Según Inés, Sofía había vivido una especie de cuento fantástico en el que era la princesa del caballero que todas desean, el hombre que la siguió en los campos de batalla y que arriesgó su vida por salvarla.

En su opinión, Sofía hacía mal en distanciarse de Miguel… Y si éste se estaba alejando cada vez más era por causa de la propia Sofía… Incluso, si él tenía algo que ver con María Ignacia… bien merecido se lo tenía Sofía.

Inés también quería seguir escuchando aquella historia misteriosa, así es que alentó al general a seguir:

—Bueno, Guadalupe; Sofía y Miguel encontraron otro texto, escrito en náhuatl, titulado *Nican mopohua*, donde también se relatan las apariciones de la Virgen al indio Juan Diego… ¡escrito en la lengua de este último!

—Hay algo que la gente no toma en cuenta —dijo Victoria sonriendo mientras abrazaba a Inés—. Un texto escrito en náhuatl forzosamente es un documento que pudo escribirse en la época en que llegaron los españoles a América. Además, el náhuatl no se escribía… y mucho menos con el alfabeto latino. No, mi negrita

hermosa, el *Nican mopohua* es la traducción al náhuatl que el capellán de Guadalupe, un tal Lasso de la Vega, hizo del libro de Miguel Sánchez. Le han querido adjudicar la autoría a Antonio Valeriano, discípulo de Bernardino de Sahagún… Pero ya vieron ustedes que Sahagún pensaba que el guadalupanismo era una idolatría pagana, y hasta satánica, por lo que es muy poco probable que un alumno suyo haya escrito ese documento.

Sofía se había tranquilizado, aunque no dejaba de dirigir miradas de odio a Miguel de Montellano. Tomó otro documento y lo extendió a Victoria:

—¿Y qué me puede decir de éste?

Informe de Roma (extracto)

Manifiesto satisfactorio

Año del Señor de 1790

Por don José Ignacio Bartolache

Doctor en medicina, matemático y astrónomo

A petición y con autorización de Su Excelencia, virrey don Manuel Antonio Flores Maldonado Martínez de Angulo y Badoquín.

Pintura elaborada por manos humanas y con técnicas propias de la localidad y enseñadas en el Colegio de Santiago Tlatelolco.

La tela es un lienzo de algodón preparado para ser pintado, no una tela de fibra de maguey como los ayates de los naturales.

Pintura muy desecha, descascarada y con daños a causa de la humedad.

Imagen con trazos previos y con retoques posteriores. Colores a base de sulfatos con tizatl y cochinilla grana.

Victoria leyó detenidamente el documento. No había nada en él que no conociera antes.

—En el siglo XVIII, la Iglesia en Roma pidió un informe detallado de la imagen guadalupana. La Iglesia en la Nueva España le encargó el estudio al pintor de imágenes Miguel Cabrera, quien, como hemos visto, presionado por las autoridades religiosas, declaró que se trataba de un lienzo milagroso. La Iglesia en Roma no quedó convencida con la versión de este personaje y ordenó un estudio más científico, elaborado por el doctor Bartolache, quien murió antes de poder publicar su reporte, que hoy se conoce como *Manifiesto satisfactorio*. En este documento se describen minuciosamente las técnicas empleadas en la elaboración de la pintura, a la que declara una obra absolutamente humana. El tratado original es mucho más extenso, del cual éste sólo es un extracto, como casi todos los documentos que ustedes tienen en su poder.

Al final Miguel y Sofía se quedaron viendo mutuamente. Se querían y lo sabían. Miguel estaba dispuesto a dejar el pasado en su sitio, es decir, atrás, donde no estorbara al futuro. Sofía, por su parte, era adicta al pasado, y siempre estaba dispuesta a que los acontecimientos de otras épocas se interpusieran en su vida… Además, había algo muy reciente que no olvidaba, y que también interfería en su camino: antes no desconfiaba de las escapadas de Miguel de Montellano a la Ciudad de México, pero ahora dos sospechas atormentaban su mente, una palabra y un nombre. La palabra: indulto, que para ella era sinónimo de traición. El nombre: María Ignacia, bordado con hilo de oro en un pañuelo femenino y que había caído del cinto del hombre al que amaba por más que intentara odiarlo.

Ante los dos se presentaba algo muy extraño. Una serie de documentos en la casa de Diego de Montellano que trataban básicamente de la descendencia de Hernán Cortés, de su linaje, su escudo de armas, del mito de la Serpiente Emplumada creado en torno a él… Y esa maldita lista trunca de la Sociedad del Águila… la prueba definitiva de que Leona, Morelos y el propio Guadalupe Victoria tenían razón: todo aquello era una leyenda que retomaba mitos del pasado: una trampa.

Pero a ese extraño arcón que contenía la otra medalla y la clave para buscar en La Rodilla del Diablo, había que sumar una serie de papeles y documentos, copiados o resumidos, donde parecía quedar claro, según toda lógica y dejando de lado la fe, que las apariciones guadalupanas habían sido una invención jesuita, la cual también había retomado un mito previo: el de los dominicos y su idea de que la imagen concedía milagros, postura contra la cual estuvieron los franciscanos. En fin, toda una serie de conflictos de poder y de dinero… Y en medio de todo, un pueblo engañado.

Miguel intentó acercarse a Sofía… arreglar las cosas. En ese momento el grupo fue abruptamente interrumpido por Tarsicio, que entró en la habitación con un mensaje urgente:

—General Victoria, llegó un mensaje del capitán francés Jean Lafitte, desde la Isla de Galveston. Informa que finalmente el religioso Servando Mier y el militar navarro Francisco Xavier Mina han logrado zarpar de la isla y se dirigen hacia acá. A falta de un puerto más apropiado, buscarán anclar sus naves en Soto la Marina.

Victoria se quedó pensativo: “Soto la Marina estaba muy al norte y el ejército del padre Mier y de Xavier Mina era la única esperanza para resucitar la guerra por la independencia… Tendría que establecer contacto con ellos a como diera lugar para unir sus

tropas.

—¿Sabes qué tan grande es su ejército?

Tarsicio guardó silencio unos minutos antes de responder:

—Sí. Lo sabemos, general. La muerte de Morelos desalentó quienes habían puesto dinero. Desertaron muchos mercenarios. Xavier Mina viene al mando de un ejército formado principalmente por ingleses y estadounidenses… Son 300 hombres.

El silencio fue total. El general hizo lo posible por no mostrar su frustración. Hacía casi un año que esperaba esos refuerzos de allende el mar, en los que había depositado sus esperanzas de seguir luchando por la libertad. Él no pudo conservar en su poder un puerto seguro, Soto la Marina estaba muy lejos… y 300 hombres no servirían de nada para su propósito.

Él mismo aún contaba con 1 000 hombres leales. Bravo y López Rayón ya se habían destruido entre sí y habían terminado por denunciarse mutuamente. No tardarían mucho en estar muertos… o presos en la cárcel de la Ciudad de México. El núcleo insurgente más cercano del que tenía noticias estaba en Guanajuato… Pero a Pedro Moreno lo seguían más de 1 000 rebeldes.

Sabía que un tal Víctor Rosales se mantenía en Tlalpujahua intentando conservar los dominios de López Rayón… pero difícilmente rebasarían los 1 000. José Antonio Torres en Guadalajara quizás tenía a su mando unos 2 000, pero estaba aislado con su tropa, al igual que los 1 000 que seguían a Guerrero. Ya no había Congreso ni gobierno provisional, fuera el que fuera, aunque en el fuerte de Jaujilla todavía se podían encontrar seguidores de López Rayón que se autodenominaban gobierno, un gobierno que no mantenía orden ni siquiera en el fuerte. Ante la huida de López Rayón de Tlalpuhajua, Andrés Quintana y Leona Vicario habían negociado el indulto.

Todo estaba perdido. Incluso si lograran juntarse todos, lo que además era imposible, no llegarían ni a 8 000 hombres, indisciplinados y cada cual siguiendo las órdenes de su propio caudillo… En realidad, aquél era el final de la insurgencia.

El virrey Juan Ruiz de Apodaca había alistado 85 000 soldados profesionales y ofrecía una política de indultos y tolerancia que estaba causando la rendición de la mayoría de los insurrectos.

Pero él era el general y sería el último que se daría por vencido… Una cosa tenía muy clara Victoria, al igual que Guerrero: el indulto era para criminales y jamás lo aceptaría; mucho menos lo solicitaría.

Tenía que haber una salida… Pero, ¿cuál?

Esbozó una sonrisa y exclamó, en un intento vano de mostrar júbilo:

—¡Excelentes noticias, Tarsicio, excelentes! El arribo de fray Servando y Xavier Mina llega en el momento perfecto. Ya que no pudimos ofrecerles Nautla o Boquilla de Piedras, habrá que ir a buscarlos.

Todos callaron. Sabían que el general se autoengañaba, pues era el primero en saber que todo estaba perdido; pero nadie estaba dispuesto a llevarle la contraria. Tras segundos de incómodo silencio Tarsicio habló de nuevo:

—Otra cosa, general. Las autoridades están enteradas de la expedición y… nuestra situación en Huatusco está seriamente amenazada. Las tropas de Dávila y Santa Anna prácticamente nos tienen rodeados, los indultos siguen vigentes y mucha gente deserta día tras día.

Guadalupe Victoria volteó a ver a Miguel de Montellano, que en ese momento salía de la habitación. Acto seguido abrazó a Inés y a Sofía.

—Todo estará bien, mis niñas; esos jodidos realistas no son suficientes para vencer a Guadalupe Victoria.

Por primera vez, Sofía no creyó en las palabras del general. Su tono de voz, su mirada perdida, su temblor en el brazo… la salida intempestiva de Miguel. No obstante, agradeció su intento de protegerlas y darles consuelo; volteó a ver a Inés y con la mirada llegaron a la misma conclusión: todo estaba perdido.

El final de un sueño

1

España y América.

1817-1818

En 1817 los sueños de libertad y la pesadilla de la tiranía se entremezclaban. Napoleón Bonaparte languidecía en un exilio eterno en la Isla de Santa Helena, en medio de la nada constituida por el Atlántico Sur. Con él se desvanecían los sueños liberales de la Revolución francesa al mismo tiempo que las antiguas monarquías europeas restauraban sus tronos y sus tiranías.

Paradójicamente, en la Nueva España, muchos movimientos que pretendían ser libertarios o autonomistas se proclamaban contra el llamado mal gobierno de Bonaparte y a favor de Fernando VII. Esos mal informados libertadores luchaban contra un liberal y a favor de

un déspota… en nombre de la libertad. La lucha en la Nueva España había comenzado corrompida.

Los patriotas españoles habían dado su vida por su país en una guerra libertaria contra una Francia liberal. Ganaron su guerra y perdieron su libertad con la tiranía de Fernando VII. Napoleón había desdibujado completamente el mapa europeo y forjado nuevos Estados en los que se abolió la servidumbre y el feudalismo, al mismo tiempo que se establecía la libertad de cultos. Ningún libertador de la Nueva España sabía que al luchar contra Napoleón peleaban contra la verdadera libertad y por el restablecimiento del despotismo.

Los diputados de Cádiz proporcionaron a España una Constitución moderna que intentaba crear el Gran Imperio Hispano a ambos lados del Atlántico. Cuando el rey por el que luchaban recuperó su trono, abolió la Constitución, eliminó las libertades y restauró la autocracia, los diputados liberales terminaron en el exilio o en la cárcel.

El emperador francés propició que las ideas liberales recorrieran Europa. En cada territorio tomado por Napoleón se estableció el sufragio universal, el parlamento, la división de poderes y la declaración de derechos, que incluía la posibilidad de todo individuo, sin distinción de raza o clase, a acceder a la educación universal. ¡Qué cercanos eran los ideales de Morelos a los de Napoleón sin que el cura de Carácuaro lo supiera!

Bonaparte fue considerado un Anticristo por pelear por las libertades, entre ellas la de culto. En la Nueva España los curas encabezaron una guerra libertaria cuando la verdadera enemiga de la libertad y opresora de los pueblos era la Iglesia.

En 1818 los sueños de victoria de don Guadalupe se habían convertido en una pesadilla. Pero las fuerzas de la historia son imbatibles y la libertad reprimida se abría camino paso a paso. En el sur de América, sin que el general tuviera forma de saberlo, José de San Martín llevaba a cabo una de las hazañas militares más heroicas e impresionantes de toda la historia, al cruzar con todo su ejército, a través de los Andes, entre la Provincia de La Plata y Chile.

Durante un mes completo un ejército de miles de patriotas atravesó estrechos montañosos de escasos centímetros para atacar a las tropas españolas realistas del virreinato de Perú, que jamás hubieran esperado un ataque proveniente de las montañas. La derrota española fue total. Más al norte, el criollo Simón Bolívar, siguiendo los sueños de Francisco Miranda, intentaba crear la Gran

Colombia en el virreinato de la Nueva Granada, donde derrotó a los españoles en la batalla de Guayaná.

La Corona española estaba equivocada si creía que podía mantener una guerra en todo el territorio americano. Otra cosa hubiera sido haber creado pacíficamente el Gran Imperio Hispano que soñaron los diputados de Cádiz.

El Napoleón al que derrotaron había afirmado que la guerra se ganaba con tres cosas: dinero, dinero y más dinero, por lo que el gobierno de Fernando VII no tuvo más opción que vender Florida al nuevo presidente norteamericano, James Monroe.

Los liberales españoles que no habían sido encarcelados o sometidos por la Inquisición, siguieron luchando por una monarquía liberal. Hubo intentos de restaurar la Constitución de Cádiz en 1815, 1816 y 1817. Los militares enviados a América a la guerra para salvar el imperio decadente de un tirano comenzaron a rebelarse. El 5 de julio de 1817 el militar Luis Lucy Gautier fue fusilado en Mallorca por haber proclamado la Constitución… Esa muerte desencadenó una serie de eventos que aniquilarían el absolutismo de Fernando VII.

Félix María Calleja del Rey, el hombre que destruyó la insurgencia de la Nueva España, fue recibido en la corte madrileña por Fernando VII en 1818 y colmado de honores. Recibió las Grandes Cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo, y el título de conde de Calderón, para honrar su más noble victoria. Fue nombrado capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz y se le encomendó la dirección de un ejército que debía someter de nueva cuenta los territorios americanos. Paradójicamente, de ese ejército saldrían los militares que algunos años después se rebelarían contra la tiranía real y volverían a trastornar la vida de la Nueva España.

Servando Mier permaneció en el puerto y fue capturado una vez más y enviado de vuelta a España; pero también una vez más logró escapar de sus captores cuando realizaban una escala en La Habana, Cuba. El fraile se olvidó del joven navarro al que había envuelto en una aventura sin sentido y huyó a Filadelfia. Francisco Xavier Mina, héroe que luchó por la libertad de España, navegó hasta la Nueva España tan sólo para confirmar que ya no existía un ejército libertador.

Al final no luchó por la libertad sino por su vida. Perdió la batalla y la guerra.

La guerra de independencia novohispana había terminado, pero todas las fuerzas de la historia estaban en movimiento. El imperio

español, a pesar de dar una última muestra de grandeza, comenzó a desmoronarse lentamente sin que nada pudiera evitarlo. El mundo estaba cambiando, aunque Guadalupe Victoria estuviera tan alejado del mundo que no pudiera darse cuenta de ello.

2
Boca del Monte.
Veracruz. Enero de 1818

Miguel de Montellano recibió el indulto real de manos de Juan Ruiz de Apodaca. Gracias a sus antecedentes militares, se le permitió reincorporarse a las filas del ejército realista. Su otra opción era ser desterrado a España para ser juzgado. De ese modo vistió de nuevo el uniforme español.

López Rayón y Nicolás Bravo terminaron en la cárcel. Cada quien delató a su rival ante las autoridades. Paradójicamente volvieron a encontrarse… en la misma cárcel, casi podría decirse que en la misma celda. López Rayón fue indultado. Como abogado que era supo realizar una brillante defensa de sí mismo con el argumento de que siempre mantuvo una lucha en nombre de Su Majestad Fernando VII.

El hecho de que desconociera a José María Morelos y terminara luchando contra los seguidores del cura, como lo también lo hizo Bravo, dejó en claro que no estaba del lado de los rebeldes. ¡Qué fácil fue torcer la realidad con buena labia! ¡Qué fácil fue obtener la libertad en un país donde la ley y la justicia no van de la mano!

El propio virrey en más de una ocasión intentó convencer a Nicolás Bravo de que pidiese el indulto, pues la guerra había terminado. No era Bravo un hombre brillante pero ya en una ocasión había demostrado ser magnánimo. Ahora era momento de demostrar que era fiel a sus ideales, como lo hizo.

Andrés Quintana vivía con su esposa, Leona, en la ciudad de Toluca. Habían sido indultados con la condición de exiliarse a España; pero hábil como era Andrés, abogado también, comenzó un litigio para recuperar la fortuna que le había sido incautada a Leona Vicario por el gobierno. Mientras el juicio estuviera en curso podían permanecer en América. Y don Andrés se encargó de alargar el

proceso.

Los últimos fuertes defendidos por los insurgentes habían caído: Palmillas le fue arrebatado a Victoria, Jaujilla a Víctor Rosales y El Sombrero a Pedro Moreno y a Xavier Mina. Guerrero era imbatible, pero no salía de la sierra en la que ya no representaba un gran peligro.

Los que no murieron fueron indultados, renegaron de su participación en la insurgencia, se delataron unos a otros. Algunos, incluso, sin otra opción, se reintegraron al ejército realista del que alguna vez ya habían sido parte.

Ésas fueron las últimas noticias de la guerra y de la civilización que tuvo Guadalupe Victoria, quien nunca logró establecer contacto con Francisco Xavier Mina ni con fray Servando Mier. Su gente lo abandonó. Se fortificó en Palmillas ya con menos de 400 hombres, de los cuales la mitad fueron aniquilados. Los sobrevivientes corrieron a suplicar el indulto a sus enemigos mientras Victoria huía junto a Tarsicio, Inés, Sofía y Romualdo, el único miembro de lo que había sido su ejército que decidió, lo mismo que Tarsicio, que se quedarían con su general si era necesario hasta dar la vida por él o perderla juntos.

Acampaban a la orilla del Río Paso de Ovejas, el cual navegaban para moverse más rápido. La comida se estaba terminando y aunque se encontraran en zona tropical, el viento de invierno bajaba por las montañas y calaba durante las noches. El terrible frío impedía que la vegetación fuera comestible. Inés había disfrutado aquellos días al lado de Guadalupe Victoria más de lo que había gozado en toda su vida, por eso estaba convencida de que estaba lista para morir… Por su parte, Sofía languidecía de melancolía. Ahí estaban los cinco refugiándose en el calor de una fogata, ingiriendo sus últimas provisiones.

—No puedo creer que esto termine así —dijo Sofía—. Prácticamente tuvimos el triunfo en un puño. Chilpancingo fue la gloria del movimiento… Pero luego vinieron las traiciones.

Victoria se mostraba extrañamente contento, no obstante que había perdido unos 10 kilos de peso, al igual que Romualdo y Tarsicio. Inés era fuerte a pesar de que comía poco. Todos cedían parte de su ración a Sofía Guillén para que pudiera soportar la rudeza de vivir en la montaña. Al igual que los demás, el general vestía andrajos, pero llevaba su traje militar guardado impecablemente en un morral, pues estaba convencido de que pronto volvería a usarlo.

—Esto es sólo un pequeño descalabro, querida Sofía —acotó

Victoria—. En la guerra hay altas y bajas. Ya verás cómo cambia nuestra suerte.

—No sé cómo puede mantener esa actitud, general. La expedición de apoyo fue un fracaso, nunca logramos establecer contacto con Mina, quien, según sabemos, luchó como un valiente, pero su aventura no duró ni seis meses. Sabemos también que él y Pedro Moreno defendieron a muerte el Fuerte del Sombrero, pero finalmente sucumbieron… Y ya ve, el tal Torres, el único insurgente que pudo ayudarlos porque estaba cerca, jamás acudió en su apoyo.

—Y de Servando Mier ni hablar —agregó Inés—. Se quedó en el puerto, fue capturado y encarcelado de nuevo para ser enviado a España.

—Así es, preciosa —respondió el general—; pero recuerda que ese maestro del escape logró evadirse de nuevo y llegar a salvo a Filadelfia.

—Como si eso sirviera de algo, Guadalupe. Dudo mucho que pueda o quiera encabezar otro ejército de ayuda. Es una pena que haya embarcado en esta fallida aventura a aquel joven navarro. Creo que Mina nunca supo por qué peleaba, sino que se dejó envolver por fray Servando. Una vida prometedora segada a los 29 años de edad. Es una lástima.

Francisco Xavier Mina había logrado desembarcar en Soto la Marina el 15 de abril de 1817, dejando a Servando en el puerto mientras él se internaba en busca de los insurgentes. Victoria hizo todo lo posible por seguirle la huella, pero estaban muy lejos el uno del otro y más de 1 000 hombres enviados por Juan Ruiz de Apodaca lograron tender un cerco en torno al general.

El valiente pero desorientado navarro se aventuró con 300 mercenarios en medio del desierto. Un mes completo lo dedicó tan sólo a caminar entre tierra, salitre y sudor… Todo para llegar, sin saberlo, al Fuerte del Sombrero, donde lo único que hizo fue acompañar a morir a su propietario, Pedro Moreno, tras un sitio de tres meses. Y hasta ahí se hizo evidente que la ambición era más grande que los sueños de libertad. Un indio de la zona conocía un acantilado por el que podían bajar uno por uno con una cuerda atada a la cintura por una pendiente de más de 100 metros… Pero sólo los sacaría si le daban 25 pesos por cada uno. La mitad murió en el intento.

Pedro Moreno y Xavier Mina lograron huir con menos de 100 hombres en busca de José Antonio Torres, el personaje que les prometió la ayuda que nunca envió. Lograron evadir a las tropas realistas hasta llegar al fuerte de Jaujilla, donde un supuesto

gobierno provisional, interesado tan sólo en mantener sus tierras, lo envió a atacar Guanajuato… Imposible que Mina estuviera consciente de la trampa mortal que significaba realizar un ataque a Guanajuato.

De hecho nunca lo supo, pues jamás llegó. Él y Pedro Moreno, acompañados por unos 60 hombres, fueron atacados y derrotados en el Rancho El Venadito, el 16 de octubre de 1817. El ejército realista que lo capturó prácticamente no tenía soldados españoles en sus filas… Todos eran mestizos, americanos… El pueblo al que el iluso navarro pensaba liberar. Fue declarado traidor al rey y fusilado el 11 de noviembre en el pueblo de Silao. Aquélla fue la muerte absurda de un muchacho inocente que ante el pelotón de fusilamiento tan sólo alcanzó a decir una frase: “No me hagáis sufrir”.

—Es el fin, general. No es grato pero tiene que aceptarlo. Tal vez luchamos por un pueblo que no merece nuestra lucha. El ejército que nos derrotó en Palmillas y nos convirtió en vagabundos errantes estaba compuesto por puros de los nuestros. La mayoría eran mestizos y alguno que otro criollo.

Sofía se quedó en silencio y comenzó a llorar sin poder evitarlo.

—Y Miguel de Montellano, general Victoria, ¿cómo pudo confiar en él? Iba y venía sin notificar a nadie, se reunía con Iturbide… No me extrañaría que él haya delatado nuestra posición. Nos traicionó…

Sofía aún conservaba el fino pañuelo de seda con un nombre bordado en oro, aquel que se le cayera a Miguel. Se lo mostró a Guadalupe Victoria…

—Y me traicionó a mí. Cuando volvió a Palmillas decidí confiar en él… Comenzar de nuevo… ¿Y para qué, Guadalupe Victoria, para qué?… Para verlo salir corriendo ante la derrota en busca del indulto…

Sofía interrumpió su lamento por un espasmo de dolor en el pecho. Inés corrió a atenderla de inmediato. Vagar por la selva a salto de mata no era bueno para una mujer en su estado. Estaba a punto de amanecer. El general miró el horizonte en dirección oriente. Ya debían estar cerca: el Río Paso de Ovejas llegaba hasta el puerto de Veracruz y Sofía necesitaba reposar… y alimentarse bien. Volteó a verlos a todos.

—¡Tarsicio, Romualdo! —sus dos últimos fieles se pusieron de pie frente al hombre que nunca dejaría de ser su general—. Tarsicio… Romualdo… Todos huyeron en busca del indulto, menos ustedes.

—Y jamás lo haremos, mi general.

—Tal vez ustedes ni siquiera lo necesiten. Dudo mucho que el gobierno virreinal tenga sus nombres… Pero ha llegado el momento de separarnos.

Los dos indios se quedaron perplejos, observando primero al general y luego mirándose entre sí.

—Jamás lo dejaremos, general Victoria —dijo resueltamente Romualdo.

—Así es, mi general; haremos lo que sea por usted —añadió Tarsicio.

Victoria los tomó de los hombros como si fueran sus amigos de toda la vida.

—Aquí ya no hay ejército, amigos. Yo ya no soy más su general. Por favor, tan sólo díganme Guadalupe Victoria.

—Pues como quiera… O como quieras, Guadalupe —ratificó Tarsicio—: haremos lo que sea por ti.

—Lo sé, Tarsicio. Por eso debo pedirles que se vayan. No tienen por qué morir por mí… Además, necesito que se hagan cargo de las dos mujeres. Para mí no hay oferta de indulto. Más de 1 000 hombres entraron a la selva a buscarme. Mi cabeza tiene precio… Tienen que poner a Salvo a Inés y a Sofía.

—Pero, ¿y usted…? ¿Y tú, Guadalupe? —preguntó Romualdo.

—Yo soy un sobreviviente… Y Sofía ya no puede seguir así. Necesita descanso, alimento y un doctor. Es de vital importancia que llegue a Veracruz. Siguiendo la ruta de este río no deben tardar más de un día en llegar… Pero yo no puedo aparecer con ustedes.

Desde luego, Inés y Sofía escuchaban esa conversación. El sol seguía levantándose en el cielo y calentando un poco el ambiente invernal de la montaña. Sofía se incorporó con trabajos.

—Señor Victoria, jamás lo dejaremos solo.

El general se acercó cariñosamente a las dos mujeres. Besó a Inés en los labios y a Sofía en la frente.

—Querida Sofía, tú ya no puedes seguir así. Haciendo cuentas, tu embarazo debe llevar uno cinco meses, quizás seis. Necesitas reposar… y buscar a Miguel de Montellano.

La sola mención de ese nombre la enfureció.

Cuando Miguel se abrió paso entre las tropas realistas y logró llegar al fuerte de Palmillas, meses atrás, ella se sintió como en los tiempos de Valladolid, cuando su caballero le salvaba la vida. Esa noche se olvidó de todo, de las mentiras, de las escapadas, del pañuelo bordado… Aquella noche se entregó a él sin reservas.

Al día siguiente, el último de junio de 1817, los realistas

tomaron el fuerte y Miguel salió huyendo. Sofía no podía creerlo. Ahora llevaba en su vientre a su hijo… el hijo de ese traidor. Hijo y nieto de traidores, ¿qué sangre pesaría más en su pequeño?

—¿Cómo se atreve siquiera a sugerirlo, don Guadalupe? Preferiría morir antes que buscar la ayuda de Miguel de Montellano.

Guadalupe Victoria las abrazó a ambas fuertemente.

—Las necesito a salvo a las dos. Y sólo Miguel puede protegerlas. Sofía, tienes que escucharme. Mírame: ¿confías en mí?

Sofía miró a don Miguel Fernández Félix, aquel abogado y estudioso teniente al que ella buscó hacía muchos tantos años para pedirle ayuda. Ahora era el general Guadalupe Victoria, el único hombre leal a las ideas del padre José María Morelos, el hombre que juró ante ella que moriría si era necesario defendiendo el movimiento de independencia de Morelos… Claro que confiaba en él. Pero también era el hombre bueno e ingenuo que se dejó engañar, como ella, por Miguel de Montellano. Sofía Guillén de Ramírez y Arellano lo miró directamente a los ojos, que sólo reflejaban honestidad.

—Sí —dijo en voz casi suspirada—; confío en ti, Guadalupe Victoria.

—Pues entonces escúchame bien: ¿quieres saber si lo traidor se lleva en la sangre? Esa pregunta que siempre te has hecho te la voy a contestar ahora. Sí, Sofía, Miguel ha cometido muchas traiciones: traicionó sus principios, su educación; traicionó a su padre, a su ejército, a su rey… Sólo por ti.

Sofía lo miró con extrañeza mientras las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas.

—Así es, Sofía. Miguel jamás te ha traicionado. Siempre que dejó Huatusco fue por orden mía, con una misión importante, que siempre cumplió a cabalidad. Nunca me falló.

La mirada de Sofía iba transformándose sin llegar a ser una sonrisa. De pronto parecía que podía surgir alguna en medio de la oscuridad.

—¿Qué está diciendo, general?

—Miguel llegó a Huatusco antes que tú, ¿lo recuerdas? Desde entonces me quedó claro que era un hombre confiable y que haría cualquier cosa por ti… Por ejemplo, querida niña obcecada… soportarte. Sí, no me veas así, soportarte con todos tus anclajes al pasado. Miguel de Montellano te ama y es un hombre que respetó a Morelos como general… Y a mí me hizo el honor de transferirme esa confianza.

El rostro de Sofía Guillén seguía cambiando con cada palabra del

general Victoria. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Yo quería salvar al general Morelos, Sofía; pero él me envió a Veracruz con una misión y mi prioridad era cumplirla. Tenía que vigilar al infeliz de Rosains, al que ya encontraré, cueste lo que cueste. Me encargó mantener el contacto con Peter Ellis y Jean Lafitte, tratar de seguir en comunicación con Estados Unidos y Europa. El Siervo me encomendó proteger la república. Y desde que te envió hacia acá, entendí que también debía protegerte a ti.

—¿Y qué tiene que ver Miguel de Montellano con todo esto?

—Miguel está de nuestro lado, Sofía. El día de la ejecución de Morelos él estaba en la Ciudad de México por un encargo mío. Yo sabía que era imposible salvar al Generalísimo; pero él dio su vida por la causa para que sus ideas siguieran vivas. Se sacrificó por el Congreso que debía ser el germen de la república.

La sola mención del Congreso deprimió a Sofía, pues sus integrantes resultaron ser poco hombres para formar una patria, seres muy pequeños al lado del gigante que les dio el poder. El Congreso sólo entorpeció a la República con discusiones insulsas.

—Dar su vida por el Congreso es lo peor que pudo hacer.

—Tal vez… pero se lo debía a Mariano Matamoros y a Hermenegildo Galeana. Por eso lo hizo.

Sofía tuvo un dolor en el vientre. Inés la abrazó para tranquilizarla.

—No hay tiempo, Sofía —continuó Victoria—. Todo lo que hizo Miguel fue por órdenes mías. El día que ejecutaron a Morelos él entró a la cárcel de la Inquisición para buscar los papeles del padre Mier. Buscó a Iturbide a petición mía… porque sé que algo se trae entre manos desde que dejó el ejército. Volvió en más ocasiones buscando otras cosas que yo le encomendé y que debo analizar.

Sofía parecía recomponerse con cada palabra de Guadalupe Victoria. El general extrajo de sus ropas el pañuelo de seda con hilos de oro que ciertamente le fue obsequiado a Miguel de Montellano por la Güera Rodríguez y se lo mostró a Sofía.

—Y esto no significa nada, niña mía. Esta mujer cuenta con información privilegiada porque se codea… con gente importante. Es amante de Iturbide y del inquisidor… Y no, Sofía, Miguel no tuvo nada que ver con ella. Él tiene otras formas. Te aseguro que no cometió ninguna traición hacia ti.

—¿Y el indulto?

—Yo le pedí que lo solicitara, aun si eso significaba que volviera a enrolarse en el ejército.

—¿Usted?… ¿Pero por qué?

—Por varias razones. Puede acceder a información del ejército que nos sea útil para la insurgencia… Y para protegerte a ti y a Inés.

—¿Cómo lo haría?

—El indulto se solicita por escrito e incluye a la familia. Soy canonista, Sofía, recuérdalo. El padre Morelos recibió la confesión y murió en el seno de la Iglesia, sin excomunión. Después de solicitar su indulto, Miguel pudo reclamar la validez de su matrimonio contigo… Y lo consiguió. Eres su esposa legítima y, en consecuencia, estás indultada.

—¿Y qué pasará con Inés?

Victoria no pudo evitar reír.

—Con Inés Guillén, querrás decir… Mira, me atreví a pensar que harías cualquier cosa por ella y con un pequeño soborno Miguel logró que se convirtiera en tu media hermana… Lo siento, tuve que convertir a tu padre en un hombre infiel.

Sofía correspondió la sonrisa. A fin de cuentas siempre había considerado a Inés como su hermana. Si Miguel estaba indultado, y su familia en consecuencia, con aquella trampa Inés estaba indultada también… Pero ¿un indulto?

—¿Un indulto, Guadalupe Victoria?… Jamás lo solicitaría para usted. Los indultos son para los delincuentes.

—Querida Sofía, huye ahora para luchar después. Yo haré lo mismo. Pero recuerda que tú esperas al hijo de Miguel de Montellano y que necesito que cuides a Inés. Además te prometí que el sueño de Morelos sería realidad… Tu hijo, Sofía Guillén, nacerá en un país libre. Nunca he faltado a una promesa. Y ésa es la promesa de Guadalupe Victoria.

Sofía sabía que el general tenía razón. Era absurdo convertirse en mártir si era posible esperar un momento más adecuado para pelear… aunque por lo pronto ella no vislumbraba que en el futuro, cercano o lejano, llegara ese momento.

Había un virrey fuerte, una España consolidada y una insurgencia aniquilada. La ambición, el caudillismo, el individualismo, la sed de poder habían aniquilado los sueños de libertad. El general debía entenderlo: todo estaba perdido.

¿Y ella viviría con la vergüenza de vivir indultada?

Victoria se despidió de Romualdo y Tarsicio. Ambos se negaban a abandonarlo… solo y a merced de la selva. Pero habían recibido una orden y no les quedaba más que navegar el Río Paso de Ovejas hasta Veracruz y mantener a salvo a Sofía y a Inés, para luego salvarse también ellos. Si alguna tropa realista los interceptaba en

Veracruz, Sofía sólo debía decir que era la esposa de Miguel de Montellano, insurgente indultado y miembro del ejército realista.

Victoria no tenía nada para regalar a sus niñas, pero Inés siempre había conservado aquellas monedas de oro que le diera Sofía hacía siete años… Y Sofía conservaba una medalla de oro con un águila…. Tarsicio era un hombre que jamás mostraba sus sentimientos, pero abrazó a Guadalupe Victoria en un gesto de despedida.

—¿Y qué va a hacer, Guadalupe?… ¿Dónde se esconderá? Si algo llega a cambiar, ¿dónde lo encontraremos?

Guadalupe Victoria se colocó entre Romualdo y Tarsicio, los abrazó. Acto seguido señaló una montaña que se vislumbraba a lo lejos desde ese punto del río.

—Ahí —dijo el general Guadalupe Victoria—. Si el rumbo de las cosas cambia, podrán encontrarme en esa montaña. No se preocupen por mí. En estos años he aprendido a sobrevivir en esta sierra boscosa. Las tropas del virrey siempre nos han tenido rodeados y hemos logrado evadirlas.

Sofía e Inés abrazaron a Guadalupe Victoria. El hombre ilustrado, el abogado y canonista que se convirtió en conspirador, en guerrillero, en espía, en pirata, en amigo y protector. ¿En qué más podría convertirse?… Si sobrevivía. Lo buscaban más de 1 000 hombres del ejército realista. Por eso debían irse. Sofía subió a la pequeña embarcación que las llevaría por el río; Tarsicio y Romualdo esperaban ya a bordo. Dejaron que el general se despidiera de Inés.

Victoria tomó el morral donde llevaba su uniforme militar… Ya volvería a usarlo algún día. Ahora lo esperaba la montaña y la soledad, la reflexión, los planes, la paciencia. Frente a él se presentaba un futuro de sombras y lleno de incertidumbre. En el fondo sabía que la insurgencia había sido derrotada. Todo estaba perdido.

La pequeña barcaza comenzó a separarse de la costa. Tarsicio y Romualdo observaban el río adelante. Pero sólo el primero volteó para decirle a Victoria:

—Volveré por usted, general… No importa cuándo.

—Lo sé, mi fiel Tarsicio. Lo sé.

Inés y Sofía siguieron observando al general con una cara en la que era imposible ocultar la desesperanza y el miedo. No creían que fuera posible volver a verlo. El general Victoria, convertido en un andrajoso vagabundo del bosque con un morral a la espalda, siguió la ribera del río. Sus niñas lloraban. Sofía estaba desconsolada.

Todo lo que había descubierto era muy interesante, pero absolutamente inútil. El sol iluminaba ya todo el paisaje. Victoria le gritó una última cosa a Sofía:

—No te preocupes, Sofía. Todo estará bien… Conozco el misterio.

Sofía se hallaba en el cauce del río que la llevaría a Veracruz a enfrentarse con el destino, con el inquisidor, con un imperio y un ejército de 85 000 hombres. No sabía cómo lo iba a hacer, pero las últimas palabras de Guadalupe Victoria no dejaron de resonar en su interior: “Conozco el misterio”. Inés y Sofía se abrazaron.

—Entonces —preguntó Inés, ¿perdonarás a Miguel?

—Después de lo que me contó el general, querida Inés… no tengo nada que perdonar. Nunca ha habido nada que perdonar —Sofía lloró—. Espero haber aprendido la lección a tiempo: que el pasado no debe marcar el futuro, que aquí está su Sofía, su conspiradora, su Pequeña Sabiduría, lista para dejar el ancla del pasado y aprender a su lado… a vivir a su lado… ¿Y tú, Inés, cómo estás?

Inés sonrió.

—Libre, Sofía… Guadalupe Victoria me hizo libre y espero volver a verlo algún día… pero tú ¿estás preocupada? Te noto angustiada.

—Lo estoy, Inés. No tengo ninguna esperanza en el futuro de este lugar al que no me atrevo a llamar país. Ahora espero un hijo y no sé si seremos capaces de construir la patria que este niño, que cualquier niño merece… Lo digo llorando por dentro y por fuera. No tengo fe, pues no veo luz al final de tanta oscuridad: los hombres buenos son obligados a esconderse mientras los más viles manejan nuestros destinos… Yo espero que Miguel me perdone a mí. No sabe que va a ser padre. Y algo más: no sé dónde está ni él sabe dónde estoy.

Guadalupe Victoria se internó en el bosque, subió por las montañas removiendo las ramas, perdiéndose entre la maleza. No volteó un solo instante hacia el río. Prefirió ver lo que le deparaba el destino y nunca mirar hacia atrás. Inés y Sofía navegaron por el río y jamás volvieron la mirada hacia la selva donde se internó Victoria. Dejaron atrás el pasado no obstante que tenían ante sí un futuro incierto, en penumbras, pero que era lo único que se les presentaba en el horizonte, en el rumbo del sol.

Era la hora de dejar los misterios, los secretos y las conspiraciones, aunque Sofía no olvidaría jamás las últimas palabras de Victoria: “Conozco el misterio”. Era el momento de

prescindir del pasado y de luchar por el futuro, de mirar sólo hacia adelante relegando al olvido a Hernán Cortés, a los españoles y a cualquier obstáculo del pasado… de desdeñar a la Serpiente y a la Diosa.

Era tiempo de pensar cómo construir una pareja, una nueva vida, una sociedad unida y una nueva patria, sin mentiras y sin secretos… aunque en aquellos instantes sintiera que había perdido todo… incluso la esperanza.

3

GACETA DE MÉXICO

Muy noble y muy leal, real e insigne Ciudad de México.

Mes de abril del año del Señor de 1818.

Su Excelencia, el señor virrey

don Juan Ruiz de Apodaca y Eliza Gastón de Iriarte López de Letona y Lasqueti:

Se congratula en comunicar a la buena sociedad de la Nueva España, que las tropas de Su Majestad Fernando VII se han dedicado a perseguir y acorralar en la selva por meses al rebelde, insurgente, pirata, masón y agente estadounidense Miguel Fernández Félix, quien como insurgente se hacía llamar Guadalupe Victoria.

Por lo que puedo comunicar que el rebelde ha muerto en la selva de Veracruz, por la gracia de Dios Nuestro Señor.

Con ello, la rebelión contra la Corona y nuestra Santa Religión ha terminado.

Personajes ficticios

Cortés Altamirano, Rebeca de, madre de Miguel de Montellano.

Gabriel, fray.

Gándara, Alejandra de la, sobrina de la esposa de Calleja, Francisca de la Gándara (real).

Guillén, Manuel, padre de Sofía.

Guillén Saldívar, Juan, hijo inexistente de Guillén de Lampart.

Guillén y Ramírez Arellano, Sofía.

Inés y Mateo.

Montellano, Diego de, padre de Miguel de Montellano.

Montellano y Cortés Altamirano, Miguel de

Quetzalcóatl-Kukulcán, el dios.

Ramírez y Arellano, Mariana, madre de Sofía.

Personajes, documentos y lugares históricos reales

Abad y Queipo, Manuel, obispo de Michoacán que excomulgó a Hidalgo y a Morelos.

Ahumada y Villalón, Agustín de, virrey.

Aldama, Ignacio y Juan, insurgentes, conspiradores de Querétaro.

Alejandro I, zar de Rusia.

Allende, Ignacio, insurgente, conspirador de Querétaro.

Álvarez, Juan, insurgente, seguidor de Guerrero.

Arandas, conde de, primer ministro o "válido" del rey Carlos III, impulsor de la independencia de los virreinatos para formar un Gran Imperio Hispano.

Arroyave, Francisco, insurgente, rescatador de Leona Vicario en 1813.

Ascencio, Pedro, insurgente, seguidor de Guerrero.

Avilés, Fernando de, realista.

Azcárate, Francisco, miembro del ayuntamiento de México en 1808.

Bartolache, José Ignacio, científico novohispano.

Beye de Cisneros, José Ignacio, diputado en Cádiz.

Bonaparte, José, rey no reconocido de España, hermano de Napoleón que huyó a Estados Unidos, donde dejó descendencia.

Bonaparte, Napoleón, emperador de Francia, promotor de las ideas liberales.

Bravo, Nicolás, insurgente, seguidor de Morelos.

Bustamante, Carlos María, insurgente, periodista y miembro del Congreso de Anáhuac.

Bustamante, fray Francisco de, franciscano del siglo XVI. Su sermón de 1556 es cierto.

Cabrera, Miguel, pintor criollo de la Nueva España.

Calleja del Rey, Félix María, virrey, y su esposa Francisca de la Gándara.

Carlos I de Castilla y V del Sacro Imperio, rey.

Carlos III de España, rey.

Carlos IV de España, rey.

Carrillo de Mendoza y Cortés, marquesa del Valle Estefanía, última heredera americana del marquesado.

Cipac de Aquino, Marcos, pintor indígena, alumno del Colegio de Tlatelolco, señalado en el siglo XVI como autor de la imagen guadalupana.

Códice Mendoza y la historia del documento.

Colón, Cristóbal, navegante genovés al servicio de Isabel de Castilla.

Concha, Manuel de la, realista, capturó a Morelos y dio la orden de fusilamiento.

Cortés de Moctezuma, Leonor, hija de Cortés y nieta de Moctezuma.

Cortés, Hernán; sus mujeres y su descendencia se describen a lo largo de esta obra.

Cuoto Ibea, José María, diputado en Cádiz.

Domínguez, Miguel, insurgente, corregidor de Querétaro.

Elio, general español que ayudó a la restauración del absolutismo con Fernando VII en 1814.

Ellis Bean, Peter, corsario y militar estadounidense que se unió a Morelos en la toma de Acapulco.

Felipe II de España, rey.

Felipe III de España, rey.

Fernando de Aragón, rey.

Fernando VII de España, rey.

Filisola, Vicente, realista, a quien Iturbide manifiesta sus ideas de independencia desde 1816.

Flores Maldonado, Manuel, virrey.

Foncerrada, José Cayetano, diputado en Cádiz.

Galeana, Hermenegildo, insurgente, lugarteniente de Morelos.

Gándara, Manuel Jerónimo de la, padre de Francisca de la Gándara, esposa del virrey Calleja.

Gante, fray Pedro de, uno de los tres primeros franciscanos en la Nueva España, siglo XVI.

Garibay, Pedro de, virrey.

Gómez Lastiri, Miguel, diputado en Cádiz.

Gordoa, José Miguel, diputado en Cádiz.

Guadalupes, Los, sociedad encubierta de abogados criollos simpatizantes de Morelos, algunos de los cuales decían haber formado parte de un grupo conocido como El Águila.

Güemes de Pacheco, virrey.

Guereña, Juan José, diputado en Cádiz.

Guerrero, Vicente, insurgente, seguidor de Morelos.

Guillén de Lampart, aventurero irlandés que pretendió ser falso virrey de la Nueva España; políglota y quizás masón; existe una estatua suya en la Columna de la Independencia.

Hidalgo, Miguel, insurgente, conspirador de Querétaro.

Isabel de Castilla, reina.

Iturbide, Agustín de, y su esposa Ana María Huarte.

Iturrigaray, José de, virrey.

Jorobado Larouche y su grupo masón.

Juan VI de Portugal, rey.

Lafitte, Jean, corsario, peleó en la guerra angloestadounidense, aliado de Victoria.

Landázuri, Domingo, realista.

Lasso de la Vega, padre, autor del *Nican mopohua*, atribuido falsamente a Antonio Valeriano.

León, Joaquín, realista, asesino de Galeana.

Lizana, Francisco Javier de, virrey.

Llano, Ciriaco del, realista.

López de Gómara, autor de la biografía prohibida de Hernán Cortés.

López Rayón, Ignacio, insurgente, secretario de Hidalgo.

Lucy Gautier, Luis, militar español liberal, murió fusilado por apoyar la Constitución.

Madison, James, presidente de Estados Unidos.

Manantial La Rodilla del Diablo, en Uruapan, Michoacán.

Mancilla Teruel, José Antonio, conde de Moctezuma

Manifiesto satisfactorio, informe real de José Ignacio Bartolache a Roma.

Matamoros, Mariano, insurgente, lugarteniente de Morelos.

Mendoza, Antonio de, virrey.

Mier, Servando, fraile dominico nacido en Monterrey, promotor de la república.

Mier y Campillo, Francisco Javier, inquisidor español al regreso de Fernando VII.

Mier y Terán, Manuel, insurgente traidor a la causa.

Mina, Francisco Xavier.

Miranda, Francisco, libertador del sur de América.

Moctezuma, conde de, Joaquín Guinés de Oca.

Moctezuma, Isabel de (hija de Moctezuma), y su marido Pedro Andrade (conquistador aliado de Cortés).

Moctezuma II, último Gran Señor Azteca.

Monroe, James, presidente de Estados Unidos.

Monteagudo, Matías de, doctor en derecho canónico y Gran Inquisidor de la Nueva España.

Montúfar, arzobispo Alonso de.

Moreno, Pedro, insurgente, defensor del Fuerte el Sombrero.

Murilla, Francisco, diputado en Cádiz.

Narváez, Pánfilo de, soldado español que intentó arrestar a Cortés.

Nepomuceno Almonte, Juan, hijo natural de José María Morelos.

Nepomuceno Rosains, Juan, insurgente, traidor a la causa.

Núñez de Haro, arzobispo.

O'Donojú, Juan de, diputado en Cádiz.

Onís, Luis de, embajador español en Estados Unidos.

Oñate, Juan de, esposo de Isabel Tolosa Cortés, hija de Leonor Cortés.

Pedro, conde de Moctezuma, hijo de Isabel de Moctezuma, nieto de Cortés y biznieto de Moctezuma; viajó a España, donde se le concedió la nobleza y el honor de Grande de España.

Pignatelli de Aragón, Héctor María, duodécimo marqués del Valle, siglo XIX.

Primo de Verdad, Francisco, miembro del ayuntamiento de México en 1808.

Quetzalcóatl, el rey de Tula.

Quintana Roo, Andrés, insurgente, abogado y miembro del Congreso de Anáhuac.

Ramos Arizpe, Miguel, diputado en Cádiz.

Rayón, Ramón, insurgente, hermano de Ignacio López Rayón.

Rincón Gallardo, Manuel, hacendado criollo.

Robinson, William, mercader de armas estadounidense.

Rocafuerte, Vicente, diputado en Cádiz de la provincia de Ecuador.

Rodríguez, María Ignacia la Güera, y su esposo José Jerónimo López de Peralta.

Romero de Terreros, Pedro, conde de Regla, el minero más rico de la Nueva España.

Rosales, Víctor, insurgente, defensor del Fuerte de Jaujilla.

Ruiz de Apodaca, Juan, virrey.

Sahagún, fray Bernardino de, cronista franciscano del siglo XVI; sus acusaciones contra el guadalupanismo son ciertas.

Salazar, padre Miguel, confesor de Morelos.

Saldívar, Cristóbal, esposo de Isabel Tolosa Cortés, hija de

Leonor Cortés.

Saldívar, Leonor, tataranieta de Cortés y chozna de Moctezuma por línea de Leonor Cortés de Moctezuma.

Saldívar Tolosa, Cristóbal, biznieto de Cortés y tataranieto de Moctezuma.

San Martín, José de, libertador de Argentina y Chile que cruzó los Andes con su ejército.

San Martín, Salvador de, diputado en Cádiz.

Sánchez, padre Miguel, autor de *Imagen de la Virgen*, cuya traducción al náhuatl del padre Lasso de la Vega es el *Nican mopohua* que conocemos.

Sarmiento y Valladares y Moctezuma, Fausta, cuarta condesa de Moctezuma, hija del virrey José Sarmiento y Valladares.

Sarmiento y Valladares, José, virrey, conde consorte de Moctezuma y Tula, por matrimonio con María Jerónima de Moctezuma, tercera condesa de Moctezuma.

Scott, Winfield, militar estadounidense.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, científico novohispano.

Smith, Denis, comerciante estadounidense que financió la expedición de Mina.

Tarsicio y Romualdo, los últimos seguidores de Victoria.

Tolosa, Juan de, conquistador español, esposo de Leonor Cortés de Moctezuma.

Tolosa Cortés, Isabel; dos hijas del mismo nombre, de Leonor Cortés de Moctezuma.

Velázquez, Diego de, gobernador de Cuba en tiempos de Cortés.

Vicario, Leona, insurgente; la fortuna que heredó le fue confiscada por el gobierno virreinal por enviar dinero a su esposo, Andrés Quintana Roo; le cobró el dinero al México independiente.

Zumárraga, arzobispo Juan de.





La conclusión de la trilogía *El Misterio del Águila*

Grijalbo

Índice

De una singularidad nace un universo con una gran explosión.
Y de un universo puede generarse una nueva singularidad.
Todo tiene un origen y a él vuelve.
Todo termina justo donde comenzó.
Gracias, Karla
A mis amigos, los doctores José Antonio y Gonzalo,
por mantener a raya los achaques del autor
y por toda la valiosa información y apoyo brindado.
El libro fue escrito en la costa de Yucatán.
Gracias a Mónica por preocuparse
de que tuviera condiciones para la inspiración.

Cortés soy, el que venciera
Por tierra y por mar profundo
Con esta espada otro mundo,
So otro mundo entonces viera.
Di a España triunfos y palmas,
Con felicísimas guerras.
Al Rey infinitas tierras
Y a Dios infinitas almas.
LOPE DE VEGA

Cuando le presenten la cabeza de Victoria,
sólo entonces ríndase y hágase a la mar.
Es un honor para usted estar a mi lado
para defender la causa de la libertad.
GUADALUPE VICTORIA A SANTA ANNA

Mi patria iba a anegarse en sangre… Me creí capaz de salvarla.
AGUSTÍN DE ITURBIDE

Si a la lid contra hueste enemiga
nos convoca la trompa guerrera
de Iturbide la sacra bandera
¡mexicanos! valientes seguid.
Y a los fieros bridones les sirvan
las vencidas enseñas de alfombra
los laureles del triunfo den sombra
a la frente del bravo adalid.
Estrofa del Himno Nacional Mexicano en honor de Iturbide, borrada oficialmente.

Coda

ESPAÑA. SIGLO XVI

El emperador se volvió relojero, una vocación para la que tal vez sí estaba preparado. El hombre del que se decía que en su imperio jamás se ponía el sol, el príncipe con mayores sueños y delirios de grandeza, aquel que pretendió ser dueño de Europa, estaba con la mirada perdida y los sueños destruidos dentro de su habitación de un monasterio en Yuste, Castilla.

El hombre que jugó a ser Dios sin ganar nunca no pudo elegir lugar más paradójico para morir; él, que se creía divino, se retiró a buscar la paz y esperar la muerte en la provincia de Extremadura, donde nacieron los dioses de su siglo, los hombres que en su nombre conquistaron todo un nuevo mundo, los grandes vencedores de batallas que derrumbaron imperios y forjaron nuevos reinos, los gigantes que, sin haber visto nunca antes el mar, dominaron los océanos… y la tierra del humilde hidalgo que siempre fue más señor que su propio señor: don Hernán Cortés.

Carlos de Gante o Carlos de Habsburgo, mejor conocido como Carlos V, por la gracia de Dios, señor de medio mundo, nunca ganó en realidad ni un centímetro del extenso territorio del que fue soberano. Por herencia de abuelos o influencias políticas fue rey de Castilla y Aragón, de Flandes, Nápoles y Sicilia, soberano de los Países Bajos, archiduque de Austria, rey de romanos y sacro emperador germánico. Por lealtad de Hernán Cortés fue señor de América.

Aunque ya desde 1531 había delegado las funciones de gobierno del Imperio Germánico en su hermano Fernando, y las de Castilla y Aragón en su hijo Felipe, su muy cesárea, augusta y católica majestad abdicó al gobierno del mundo y se dedicó a la relojería en 1556, cuando firmó las abdicaciones de Bruselas y se retiró al monasterio de Yuste.

—¿Qué hora es? —preguntó su majestad un día de 1557, y al no quedar satisfecho con la respuesta pidió un reloj, el cual desarmó hasta la última la pieza y ensambló de nuevo de forma impecable.

Un año después la habitación de Carlos de Gante estaba atiborrada de relojes, unos completos, otros totalmente en partes y algunos más a medio armar. Una sola duda inquietaba el alma del emperador del mundo y no dejaba de preguntarla a cada instante:

—¿Qué hora es?

Así pasó sus últimos días de vida, desarmando relojes y preguntando la hora, con la mirada perdida, y apretujando contra su pecho unos papeles que nadie en sus antiguos dominios podía ver más que él.

Tenía en su poder la versión original de los documentos prohibidos, aquellos que sacó de circulación y cuya publicación había censurado en todo su imperio, es decir, en la mitad del planeta. El amo del orbe, el nieto de los Reyes Católicos e hijo de Juana la Loca había perdido completamente la razón.

La razón, pero no el miedo ni la memoria. Cuenta la leyenda que Rodrigo Díaz de Vivar, conocido por aliados y enemigos como el Cid, el vencedor de batallas, el Campeador, título con que lo honraron los árabes de la península Ibérica, ganó muerto la última de sus batallas. Una lluvia de flechas se había dejado caer sobre él en el último ataque que libró con vida, y una de ellas logró atravesar su corazón. Sus hombres, rodeados en Valencia por las tropas de los musulmanes almorávides, se sintieron morir junto con su gran líder. Todo estaba perdido.

Pero el Cid Campeador, según las fábulas y quimeras populares, ganó su última cruzada desde ultratumba, cuando su inerte cadáver cabalgó por vez última a Babieca y, creyéndolo aún con vida, sus enemigos huyeron despavoridos ante la leyenda viviente. Por supuesto que aquello no pasaba de ser mito, pero éste es precisamente el principal ingrediente de los grandes héroes.

Esto lo recordaba Carlos de Gante en 1558, pero ocurrió en el año 1099, cuando decenas de reinos musulmanes y cristianos luchaban por el territorio de la península Ibérica y España no terminaba aún de ser España. El Cid Campeador siempre había despertado la envidia de su señor, el rey de León, Galicia y Castilla, Alfonso VI. Fue el Cid un hombre más grande que su rey y uno de los caballeros que más contribuyó a formar el reino y acrecentar los dominios de la corona. Un vasallo muy por encima de su señor, que por mérito propio llegó a tener su propia taifa y que aun muerto daba batalla.

Hernán Cortés fue el campeador de Carlos V, el que luchó y fundó reinos en su nombre, el hombre que más contribuyó a formar el imperio y a acrecentar los dominios de la corona y de la familia

Habsburgo, un súbdito superior a su rey y que aun muerto despertaba la inquietud del otrora amo del mundo.

Hay muertos que no hacen ruido, pero los gigantes libran las más cruentas y escandalosas de sus batallas desde lo más profundo del inframundo; ésos son los inmortales que tienen reservado un lugar junto a los dioses. Un gran hombre es temible incluso cuando de él sólo queden sus restos mortales. Por eso, a once años de la muerte del conquistador de los aztecas y fundador de Nueva España, el pequeño Carlos de Gante no permitía que el cadáver del gran Hernán Cortés fuera llevado de vuelta a su añorada Nueva España, tal y como había sido su última voluntad. Sabía que ese muerto aún podía luchar otra batalla. Sus funerales se celebraron en Castilleja la Cuesta el 4 de diciembre de 1547, dos días después de su muerte. Se vistió de luto todo el pueblo y fueron todos los habitantes a dar el último adiós al conquistador. Estaban también todos sus criados, las autoridades locales, frailes franciscanos y dos de sus hijos: Martín y Martín.

—No hay guerrero más glorioso y sempiterno que aquel que disputa sus batallas inclusive después de su muerte, pero, de estos últimos, únicamente uno puede ufanarse del triunfo después de haber dejado escapar la vida: el hidalgo que fue más grande que su rey, el de la barba partida, el que en buena hora ciñó espada, el hombre que engrandeció a España: don Hernando Cortés. ¡Qué gran vasallo… ojalá que hubiese tenido buen señor!

Así es como el segundo marqués del Valle de Oaxaca, Martín Cortés, comparaba a su padre con el legendario Rodrigo Díaz de Vivar, el mismísimo Cid Campeador. Hernán Cortés, el gran adalid del emperador Carlos V, había muerto sin cumplir el sueño de volver a su querida Nueva España, suya, creada e inventada por él en nombre de un monarca que todo su poder y territorio los había heredado de los grandes reyes del pasado o los había recibido del conquistador.

—Dio a su majestad más títulos y tierras conquistadas de las que él pudo haber heredado de sus padres y abuelos. Conquistó para Dios Nuestro Señor medio mundo de almas que fueron rescatadas para el Paraíso, y ni siquiera yace en un lugar propio. El hombre que conquistó más tierra que nadie en la historia no tiene tierra para descansar. Que Dios lo tenga en Su Santa Gloria.

Así habló el mestizo Martín Cortés, hermano mayor del marqués, el primogénito del conquistador, el hijo habido con doña Marina o Malintzin, el símbolo del mestizaje novohispano que el emperador trató de impedir a toda costa y que incluso prohibió legalmente. El

tercer hermano, Luis Altamirano, se encontraba en ese momento en Flandes, precisamente en la corte del emperador.

Cortés recibió funerales de gran señor, de héroe y conquistador. Así lo supo el emperador desde Alemania y ni aun muerto dejó descansar a don Hernán: impidió que se cumpliera su voluntad de volver a Nueva España aunque fuera tras la muerte. Sabía que los cadáveres pueden encabezar rebeliones, convertirse en santuarios o infundir valor entre los vivos. Un muerto es peligroso… y ya no puedes matarlo.

Lo que no supo el emperador, porque nadie lo vio, fue que Martín Cortés, el segundo marqués del Valle, cuando cayó llorando sobre el féretro aún insepulto de su padre y recibía el abrazo protector y encubridor de su hermano mayor, el mestizo, deslizó discretamente desde su capa hasta el ataúd un legajo cubierto por un forro de piel. Un secreto quedó oculto junto con los restos del conquistador.

Carlos V censuró las *Cartas de relación* donde Cortés describía su aventura americana y que ya eran famosas en gran parte de Europa. Más importante aún, prohibió que se publicara la biografía que López de Gómara había escrito sobre él. Dios le quitó la vida al conquistador, pero el emperador quería además sacarlo de la historia. ¿Qué podría haber en esos documentos que irritara y preocupara tanto al amo del mundo?

—¿Qué hora es, qué maldita hora es? —con la mirada de un loco, Carlos de Gante no dejaba de repetir su obsesiva pregunta, al tiempo que seguía reconstruyendo relojes. Sentía la muerte cerca; sabía que su tiempo se agotaba y en el fondo de su corazón sabía que su vida había sido un fracaso: nunca logró cumplir su objetivo de un imperio universal católico, jamás logró derrotar al rey de Francia ni reconquistar Borgoña, y lo que probablemente más le dolía era que, siendo como era y se sentía, el gran príncipe católico, el indómito soldado de Dios, el heredero del más respetado linaje católico, no pudo detener la herejía luterana que se apoderó de la mitad de su imperio—. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo queda? ¿Cuánto falta para el juicio ante el Señor? Maldición. ¿Qué hora es? ¿Dónde está Hernando Cortés para atestiguar contra mí ante el Todopoderoso?

Además de derrotado, probablemente el emperador del mundo estaba aburrido. Era el último hombre de su tiempo. Los papas contra los que luchó ya ardían en el infierno. El pequeño monje que fracturó Europa, Lutero, había dejado el mundo en 1546, triunfante. Cortés había muerto en 1547, al igual que los dos grandes monarcas

a los que Carlos nunca pudo derrotar: Francisco de Francia y Enrique VIII Tudor de Inglaterra.

En 1540 Hernán Cortés había dejado por segunda vez Nueva España para entrevistarse con su emperador, manifestar sus pesares, exponer sus quejas contra el sistema virreinal y el sistema impuesto para gobernar, protestar contra la Inquisición y los dominicos y reclamar todo lo que en justicia le pertenecía, tanto por méritos como por promesas de su rey, pero que el monarca nunca había cumplido.

El viaje a esa Europa con la que Cortés no tenía ya relación alguna sirvió para reiterarle que aquél ya no era su mundo. Él había formado uno nuevo en el que era más poderoso que el propio Carlos V, un mundo del que guardaba secretos y riquezas, un sueño mestizo que la ambición de los Habsburgo amenazaba con convertir en pesadilla. En 1547, decepcionado de su rey, emprendió el viaje de vuelta a su palacio en Cuernavaca, a gobernar ya no la Nueva España de la que fue despojado, pero sí su inmenso marquesado.

Pero el hombre que superó en valor y coraje al sacro emperador Carlos V y que tuvo los arrestos de someter y derrotar al poderoso Motecuzoma sintió que llegaba la inevitable derrota ante la muerte y dictó testamento dos meses antes de morir. Cuando el cuerpo de ese gran león que fue don Hernando Cortés era depositado en un mausoleo prestado, desaparecía el último gran señor y hacedor de la historia del siglo XVI.

Pero la muerte del conquistador fue sólo el inicio de otra gran aventura que duraría por lo menos tres siglos; como el Cid, siguió combatiendo, y el día en que murió Carlos de Gante, aquel 21 de septiembre de 1558, preguntó la hora y se aferró a los documentos de Hernán Cortés que siempre mantuvo consigo. Los hojeó de forma desordenada y releyó algunas frases y sentencias: sus cartas, sus relaciones, sus advertencias y consejos… su testamento. Cada folio fue arrojado al fuego de la chimenea.

Mientras el paludismo consumía el cuerpo de Carlos V, el último hombre del Medioevo, las llamas consumían cada palabra, cada secreto y cada voluntad de Hernán Cortés, el primer hombre de la modernidad. Un esbozo de sonrisa, con cada crepitar del fuego que borraba las palabras del conquistador, aminoraba las muecas de dolor del emperador. Pero la muerte de Carlos de Gante permitió que don Hernando Cortés Monroy y Pizarro Altamirano se levantara de su tumba y comenzara la aventura de la libertad en Nueva España.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

Sofía Guillén de Montellano tenía una historia que contar; una historia de intrigas, de traiciones, de misterio, de guerra y de sangre; una historia de héroes olvidados y villanos engrandecidos, de monarcas ineptos; una historia de ambiciones desmedidas de las que destruyen naciones; una historia llena de odios y mentiras. Pero también una historia de lealtad; una historia con lecciones para el futuro; una historia de libertad y quizá una historia de esperanza, pero, ante todo, una historia de amor.

Había aprendido que no hay buenos y malos, sino los que ganan y los que pierden, los que mueven los hilos. Había recibido suficientes golpes para comprender que pensar diferente no significa ser traidor, y que los traidores cambian de partido todos los días. Asimiló que el pasado deja una huella profunda en hombres y pueblos, pero que la libertad consiste precisamente en usar la voluntad para pensar distinto y dejar atrás el pasado.

Necesitaba decirle todo eso y más a Miguel de Montellano, donde fuera que estuviese en ese momento, y quería dejar ese legado al fruto de su vientre y de su amor apasionado, y a cualquiera dispuesto a aprender algo de ella. La historia del gran idealista Morelos y el inigualable Guadalupe Victoria, la historia de la lealtad de Miguel y la audacia de Iturbide, de los misterios del pasado, de las mentiras de esa patria siempre naciente y nunca consolidada llamada México; la historia de los orígenes y las raíces, la de sus dos grandes antepasados: Motecuzoma, el misterioso y, ahora lo aceptaba, la de Cortés, el gigante.

Por encima de todo, la historia de España y México no como madre y vástago, menos aun como conquistadora y conquistado, sino, como algún día dijo su otro padre, José María Morelos, una España hermana. Dos historias que se cuentan en el mismo idioma y que en realidad no deberían contarse por separado; la historia de un solo mundo dividido en dos países que a veces se aman y se odian, tal cual, como hermanos que no se comprenden pero que finalmente

están unidos por un lazo indisoluble.

México y España, dos patrias tan iguales en tantos sentidos que Sofía Guillén no podía dejar de sufrir al ver cómo las dos se desangraban y se autodestruían. Amaba y odiaba a ambas, a dos países capaces de cualquier cosa en el futuro pero estancados en el pasado. Sofía comprendía ahora tantas cosas y se había liberado de tantos complejos; la historia, su historia, se lo había enseñado.

Era una mujer entre dos mundos, y ahí, entre dos mundos, era simbólicamente el mejor lugar para narrar la aventura. España y América se destruían, pero en La Habana todo era prosperidad. Ahí, en el rincón más mestizo del quebrantado Imperio Español, se sentía como en casa; más aún, estaba como en familia, aunque fuera una familia muy extraña, un poco formada por sangre, un poco por vínculos emocionales y otro tanto por necesidad. Pero finalmente la familia que ella había elegido.

Su ahora hermana Inés Guillén estaba encantada en Cuba. Ahí tenía Sofía una casona al más puro estilo sevillano, donde su hija, Mariana de Montellano y Guillén, podía vivir como princesa, y donde había aprendido a disfrutar de la extraña compañía de la aún más extraña mujer que decía tener el histórico derecho de llamarse Leonor de Moctezuma y Cortés.

Cuatro mujeres sobreviviendo y representando las diferentes castas de aquel mundo hispano: la mestiza Sofía, su mucho más criolla hija Mariana, la españolísima Leonor y la mulata Inés, todas en una variopinta Cuba donde los miembros de una minoría blanca vivían como marqueses gracias al trabajo esclavo de los negros que comerciaban con los portugueses y que dejaban su vida en las plantaciones de caña.

Cuba era la puerta del continente, el lazo entre mundos, no sólo Europa y América, sino incluso África y, vía Nueva España, Asia. También era el núcleo de los conflictos entre potencias europeas que luchaban por dominar el Caribe: Inglaterra, Francia y Holanda, particularmente.

De forma muy extraña, Cuba representaba a una España destructora y creadora a la vez; tres siglos de presencia española habían aniquilado casi en su totalidad a la población indígena local y su incipiente civilización, pero al mismo tiempo fue España la que prácticamente generó una nueva cultura y un nuevo pueblo al fundir lentamente lo criollo y lo africano. Confluencia de tres mundos: una mezcla de lo europeo con lo africano que se llevaba a cabo en América.

Ahí, en Cuba, vivía tranquila, en la isla donde comenzó la

historia del imperio hispano, de su antepasado Hernando Cortés y su aventura americana, en el origen de todos esos secretos y misterios que con el tiempo destruyeron su vida y su familia, pero también donde finalmente había establecido una nueva y distinta.

Ahí vivía ese peculiar grupo de mujeres con el único apoyo masculino de un negro esclavo liberto, lo que faltaba para completar el mosaico cultural. Lucas había salvado la vida de Miguel de Montellano, y él, en cuanto pudo, hizo lo necesario para darle su libertad, que él decidió usar para cuidar a esas cuatro mujeres de la vida de Miguel.

En lo más profundo del corazón, por fin estaba tranquila, aunque por momentos la venciesen la tristeza y la melancolía; sentía nostalgia por Miguel, y sufría por José María; de ambos tenía muy pocas noticias… y se angustiaba por México. Pero se había dado cuenta de que sufrir, llorar, gritar, criticar, quejarse, como tanto había hecho tantas veces, era inútil y un poco hipócrita si no hacía algo.

Por eso ahí, en Cuba, en ese rincón español al que cada día llegaban más mexicanos en busca de paz, se dispuso a transmitir todo lo que había aprendido, con la esperanza de que alguien lo aprendiera para construir un mejor futuro.

Yo soy Sofía. Mi mente llena de ideas es como mi carácter, bastante insubordinado y caótico. Por eso la disciplinada presencia de Leonor en casa resultó perfecta. Jamás pensé que algún día fuera a confiar en una religiosa, pero la familia es la familia, y ella resulta serlo de una forma o de otra. Además, fue una de tantas mujeres novohispanas que ingresó a un monasterio no con la vocación de la religión, sino del estudio, y en este caso de la secrecía.

Soy Sofía Guillén de Montellano, hija de un mestizo muy americano y una mestiza muy europea; soy descendiente de grandes reyes aztecas y de grandes conquistadores europeos; al igual que todos, soy hija del pasado y de la historia que permito que me marquen y hasta me determinen; soy, como todos, la dueña de mi futuro, y como casi cualquiera me di cuenta de ello tal vez muy tarde. Soy una princesa azteca que no parece indígena y una noble castellana que no parece europea.

Soy Sofía Guillén, esposa a pesar de todo de Miguel de Montellano, el hijo de un gran traidor que vivió su vida tratando de no ser traidor, el hombre al que amé desde que me dedicó su primer sonrisa y en quien tomé la decisión libre de no confiar; el hombre al que dejé libre. Soy una persona común y corriente que descubrió que podía ser importante en la historia de su patria; soy una

persona importante que quizá no haya hecho nada. Todos somos las dos cosas.

Soy Sofía. Soy el resultado de mis decisiones y de mis errores, de mis traumas y mis complejos, de mis ideas progresistas y de las que me atan al pasado. Soy lo que han hecho de mí, y soy también lo que yo he hecho con eso. Soy Sofía y soy libre, y por lo tanto la única responsable de mí misma.

Soy Sofía Guillén de Montellano y soy mestiza. Soy americana. Vivo atrapada, como tantos, entre el pasado que no me atrevo a soltar y el futuro que, por lo tanto, no alcanzo a ver. Soy una confusión, soy una mezcla y una fusión, soy lo mejor de muchas culturas… o puedo serlo. Soy Europa y América, soy india y soy blanca, soy España y soy México. Soy Sofía, y sí, tengo muchas cosas que decir. Leonor pone atención y toma nota. Ojalá que alguien en el futuro quiera o pueda aprender algo de la historia que tengo que contar.

Sofía

LAS PIEZAS DEL DESTINO

1

Sevilla. Noviembre de 1819

Nada de lo que Miguel de Montellano hubiera escuchado sobre Sevilla se equiparaba de forma alguna a la realidad; era simplemente el espectáculo más grande que podían brindar la civilización, el mestizaje y la mezcla de culturas. Lo romano, lo árabe y lo español se conjugaban para crear la ciudad más hermosa del mundo; el románico, el barroco, el mudéjar y el gótico saltaban, espectaculares, en cada rincón de aquella ciudad que sumergía a Miguel como en un embrujo.

Eso era Sevilla: un embrujo, una fantasía, una ficción. Miguel de Montellano conocía casi todas las grandes ciudades de Nueva España: Valladolid y sus torres catedralicias más altas de América; Puebla, delineada por los ángeles y con un templo para cada día; Guanajuato y su argentífero trazado montañoso; el churrigueresco estilo de Zacatecas; la imponencia de Guadalajara… y la ciudad andaluza que tenía frente a sus ojos lo deslumbraba de forma mágica. “Pensar que Tenochtitlán deslumbró a Cortés, a grado tal que la encumbró por encima de Sevilla”, se dijo.

Ahí estaba Miguel, a ocho mil kilómetros de distancia de su tierra, de su convulsionada Nueva España, asumiendo que la libertad era una quimera y él, un simple títere del destino que no tenía más remedio que seguir los caminos que el azar, la fatalidad o la suerte le pusieran por delante. No era un viaje que hubiese querido hacer, según se decía él mismo, pero las opciones eran la libertad en Sevilla o el cautiverio de San Juan de Ulúa, cuyos húmedos calabozos conoció por meses a pesar de haber recibido un

indulto.

Pero tal vez en realidad era un escape. Nada de lo que sucedía en América le incumbía directamente, y las ataduras del corazón se disuelven con el paso del tiempo. No había querido estar en Sevilla, pero no podía dejar de estar extasiado ante esa maravilla del mundo, ante la catedral gótica más grande que existiese, su campanario de más de cien metros de altura, o el gran palacio construido para albergar los Archivos de Indias.

Por encima de todo lo cautivó su alcázar, de unos mil años de antigüedad, construido por los árabes. Ahí, en ese gran castillo que parecía toda una ciudad, bajo la llamada Puerta del León, rematada por espadañas que dejaban clara su naturaleza de palacio y fortaleza a la vez, Miguel de Montellano tenía una cita precisamente con un león, un encuentro del destino que hubiera preferido evitar, con un hombre que nunca pensó que volvería a ver. Con todo el porte marcial al que nunca menguaban los años, lo esperaba, firme, don Félix María Calleja del Rey.

Miguel siempre le había guardado respeto a su mentor, y así se presentó ante él, firme, con saludo militar, sin pronunciar palabra. Y así se mantuvo Calleja por varios segundos, escrutándolo con la mirada:

—¿Así es que usted, joven Montellano, es el indultado que, según dicen, puede ser de gran ayuda a mi expedición militar?

Calleja era como una roca. Si algo de afecto sentía por el que había sido su pupilo, no dejaba asomar ni un atisbo, pero sí permitía que su mirada dejara notar un poco de decepción.

—Un traidor —continuó Calleja, mientras caminaba muy despacio en torno a Montellano—. ¿Un traidor arrepentido o un derrotado suplicante? ¿Qué será ahora usted, Montellano?

El joven Montellano ya no era tan joven. Tenía treinta y un años y muchas leguas recorridas, muchos parajes cabalgados y ahora, incluso, océanos navegados. Nunca, desde luego, como Calleja. Ahí, en España, Miguel era, por lo menos físicamente, uno más. Sus rasgos no despertaban los suspiros, como en su natal Valladolid; sus ojos, su tez, su cabello eran tan españoles como los de cualquier otro, y poco podían hacer quizá comparados con los atributos árabes y gitanos que en realidad dominaban en el sur de España. Era su porte y no su cuerpo, su mirada y no sus ojos, su actitud y no su rostro, lo que lo hacían seguir destacando entre otros, pero no ante Félix María Calleja.

—¡Señor! —comenzó a decir con toda la marcialidad que pudo reunir.

—No hable hasta que se le pregunte, indultado —interrumpió el mariscal, que ahora ostentaba, además, el título de nobleza de conde de Calderón—. Usted lo tenía todo, Montellano, más incluso de lo que usted mismo sabía. O eso creo. No sé si fue usted idiota o simplemente más ambicioso aún que su propio padre. No creo que el amor o las bajas pasiones por una mestiza lo hicieran renunciar al futuro. Quizá se enteró demasiado pronto de a quién estaba usted siguiendo. Tal vez supo muy rápido quién era en realidad Sofía Guillén y decidió tenerlo todo por su cuenta. Probablemente percibió que la posible unión con esa hija de herejes le resultaría más conveniente aun que el matrimonio con mi sobrina. ¿De pronto mi familia y yo resultamos demasiado poco para usted, soldado, ante lo que podía representar una unión con la Guillén?

—No sé de qué está hablando, señor.

—Claro que no —dijo Calleja, riendo—, claro que no. Seguramente sólo siguió sus instintos de héroe medieval y nunca lo tentó lo que podía significar Sofía Guillén. Pero sus planes, señor Montellano, sólo podrían hacerse realidad si Nueva España obtuviera su independencia por la vía de la insurgencia, y yo me encargué de destruir a esa bola de léperos. Lo prometí y lo cumplí. La insurgencia no sobrevivió a Félix María Calleja del Rey. ¿Y sabe por qué lo hice? Por lealtad. Lealtad a la corona española, aunque esté depositada de momento sobre las sienes de un imbécil. ¡Lealtad, señor Montellano! Algo que aprendí en España y que pensé que le había inculcado.

—Sé que la lealtad es una de sus grandes virtudes, señor mariscal.

—No pretenda adularme, Montellano. No es mi lealtad la que se pone en duda, señor; es la suya, tanto en el pasado como ahora. Confío en usted militarmente. Finalmente yo lo instruí, y la única razón por la que accedí a entrevistarme con usted es porque sé que en América fue don Agustín de Iturbide, mi pupilo más destacado, quien se atrevió a recomendar que gozara su indulto en España y al servicio de la corona. Ni usted ni nadie en ese reino serían capaces de derrotar nunca a Iturbide, y me pregunto qué habrá visto en usted ese hombre de hierro, pero aún queda mucho por hablar, y usted, Miguel de Montellano y Cortés Altamirano, tiene mucha información que darme sobre Sofía Guillén de Ramírez y Arellano… y los ancestros de ambos.

Miguel no pudo disimular su sorpresa. ¡El mariscal Calleja lo sabía! Eso que Sofía y él descubrieron recorriendo los caminos de Nueva España, arriesgando su vida y descifrando acertijos, Calleja

lo sabía. ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

Las ideas se agolparon en su mente. Finalmente su padre era quien guardaba ese secreto de los orígenes de los Guillén, pero seguía sin entender qué era lo que podía ser tan grave y peligroso en la existencia de Sofía o en su relación. En algo tenía razón Calleja, y era en que nadie podía derrotar a Iturbide. "Si supiera el mariscal que en el mismo instante en que dejó Nueva España, el propio Dragón de Hierro comenzó a planear una independencia sin violencia."

La sombra del pasado caía ahora con todo su peso sobre Miguel de Montellano, quien a miles de kilómetros de América nada sabía sobre el destino que habría sufrido Sofía; si el indulto habría funcionado; si Victoria habría logrado protegerla. Sólo sabía lo que decían todos los informes y noticias: que Guadalupe Victoria había muerto en la sierra de Veracruz.

2

Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón era un joven de familia criolla veracruzana, con tanto talento y audacia como pocos deseos de estudiar y convertirse en abogado, como deseaba su padre; pocas ganas de trabajar en realidad, pero muchas de sobresalir. Por eso, a sus dieciséis años decidió ingresar al ejército virreinal. Era muy buena idea ser parte de un ejército con privilegios y que nunca estaba en guerra. Fue así como se alistó en julio de 1810. Dos meses después estaba en medio de una guerra que, en su caso, simplemente nunca terminó; sólo cambió de beligerantes.

El cadete Antonio López de Santa Anna buscaba la vida disipada de un ejército en tiempos de paz; sin embargo, muy pronto demostró también sus habilidades para los tiempos de guerra. Desde 1811 luchó contra los brotes insurgentes en la provincia de Nueva Santander y más adelante en Texas, donde resultó tan buen guerrero como ferviente apostador y aún mejor adulador.

Como adulador se ganó el favor del nuevo virrey Juan Ruiz de Apodaca, y desde 1816 su misión fue combatir los focos insurgentes en la provincia de Veracruz, donde en realidad la poca actividad que había se la daba Guadalupe Victoria, hasta que llegó a sus oídos la noticia de su muerte.

Don Antonio era ante todo un hombre ávido de lisonja y reconocimiento, de glorias y triunfos, y amaba, por encima de cualquier ser humano, causa o idea, a una persona: a sí mismo. Aun así sabía reconocer la grandeza y admiraba, además de a sí mismo, sólo a otro hombre: Agustín de Iturbide, cuya carrera militar siguió de cerca y cuyos triunfos celebraba y envidiaba; llegó incluso a compararlo con Napoleón Bonaparte, hasta que decidió que había alguien con mayor mérito para ser comparado con el emperador francés: él mismo.

Su primera lealtad no era con la tierra en que nació o con la corona que le dio sus galones militares; era consigo mismo, razón por la cual la causa de la Independencia le fue antipática mientras

estuvo encabezada por otros, pero le resultó atractiva cuando se dio cuenta de que él mismo podía liderarla. Recordemos además, nuevamente, que sabía reconocer la grandeza, y vio grandeza precisamente en el hombre al que nunca pudo capturar en medio de la selva: Guadalupe Victoria.

Cuando el gobierno virreinal dio por muerto al líder insurgente, sin haberlo hallado nunca, Santa Anna, el hombre encargado de perseguirlo, sabía muy bien que Victoria era muy hábil como para haber sucumbido. Así pues, el entonces capitán y comandante militar de Veracruz se dedicó a pacificar las provincias bajo su mando, a establecer comercio entre los poblados y a reconstruir pueblos que habían sido abandonados durante la guerra, pero nunca dejó de buscar al muerto, hasta que finalmente lo encontró.

Santa Anna era listo y sabía que Victoria tenía muchos lugares donde esconderse, y sin embargo sabía también que no podía estar muy lejos de Paso de Ovejas, donde más de mil soldados lo habían sitiado; sabía también que el insurgente era muy mañoso y escurridizo, por lo que nunca se detuvo en su empeño, hasta que a principios de 1819 logró contactar con Guadalupe Victoria, con quien incluso llegó a encontrarse en una cueva en la que, para sorpresa del realista, el insurgente impenitente lo recibió con un banquete de agasajo que incluía botellas de vino, eso sí, en medio de la selva.

Oficialmente Victoria estaba muerto, por lo que Santa Anna en realidad no tenía por qué matarlo, así es que decidió hacer aquello que tanto le gustaba hacer: apostar. Santa Anna era uno de los favoritos del virrey Apodaca y del gobernador de Veracruz, José Dávila; entregar a Victoria quizá lo habría encumbrado, aunque, por otro lado, como criollo que era, difícilmente podría subir más en la escala social o militar novohispana.

Ahora que la insurgencia estaba aniquilada, cada vez más criollos y aristócratas, incluso miembros del clero, coqueteaban con la idea de una extraña independencia, siempre reconociendo la soberanía de la casa Borbón, y quizá una Nueva España independiente le ofreciera a Santa Anna más oportunidades. Guadalupe Victoria era una carta que quería guardar bajo la manga.

Victoria y Santa Anna reconocieron cada uno en el otro a un hombre valiente y audaz, y se profesaron respeto desde entonces. Don Antonio en particular desarrolló hacia Victoria una deferencia que llegaba casi a la veneración. Pero en ese momento las circunstancias los hacían oficialmente enemigos. Aun así, ya que la política de Juan Ruiz de Apodaca era la del indulto general, sin

consultarlo con autoridad alguna para no delatar al insurgente, le ofreció la amnistía infinidad de veces. A cada ofrecimiento Victoria respondía del mismo modo: le ofrecía a Santa Anna unirse a la causa insurgente.

—Debes entender, Guadalupe —se entendían informalmente, como jarochos—, que esta causa está perdida y que el único camino es el indulto. Finalmente todo parece indicar que la Independencia se dará tarde o temprano, de una forma o de otra.

—Pues quiera Dios que sea temprano, porque esta jodida selva es incómoda, y ojalá que también sea su voluntad que sea por la vía de la república, o este necio seguirá peleando. Y en una cosa te equivocas: sí hay otra alternativa al indulto y ésa es la muerte. Eso es más honroso que pedirle perdón al virrey.

—Mira, Victoria, a mí tus palabras rimbombantes no me cuadran, y no creo que nadie en este país sepa qué chingados es una república; yo no lo sé y no estoy seguro de que tú lo sepas. ¿Qué tienes en contra de reconocer al rey?

—¡Al rey! —interrumpió Victoria—. Te voy a resumir república, criollo catrín: que el pueblo sea dueño de su destino y que el gobierno se interese en el bienestar de ese pueblo. ¿Qué puñeteras madres le importa al rey lo que suceda de este lado del océano?

En eso estaban de acuerdo ambos cordiales enemigos: poco o nada que no fuera esquilmar la riqueza le interesaba a Fernando VII en la España americana, y lo había dejado muy claro al restaurar el absolutismo, abolir las cortes y encarcelar a los representantes de los territorios de ultramar.

—Además —prosiguió Victoria—, si la Independencia se dará tarde o temprano, como dices, ¿qué estás esperando para cambiarte de bando y proclamarla?

Antonio López de Santa Anna quedó en silencio hasta que el propio Victoria retomó la palabra de manera más severa, formal e incluso acusadora:

—Yo le diré lo que espera, capitán, porque lo conozco bien a usted y a los de su tipo: está esperando a que las circunstancias estén a su favor. Y no, no se moleste en negarlo, que yo en su caso haría lo mismo. Yo no tengo nada que perder, ni la vida, ya que oficialmente estoy muerto. Usted, en cambio, va en ascenso y quiere apostar a la segura, como intenta hacer en los pinches gallos.

Ambos quedaron en silencio y mirándose directamente a los ojos, hasta que Santa Anna rompió la tensión con una sonrisa y alzando su copa de vino:

—Con razón usted no se muere, general Victoria, pero ya no

puede dar batalla. Ya ve que hasta la alta sociedad política se refiere a usted como Lupe Derrotas.

Victoria soltó la carcajada y se empinó el vino.

—¡Qué gran pendejada! Sí, ya me lo habían dicho, pero así es como me dice a mí un virrey al que apodan el Venadito y que nunca pudo encontrarme. No, Antonio, yo no soy tu gallo, pero apuéstale al colorado. ¿Qué sabes de Agustín de Iturbide?

Santa Anna dejó las risas en ese momento. Victoria no dejaba de sorprenderlo. Muy perdido en la montaña, pero el general se enteraba de todo sin que nadie, más que él, desde luego, supiera dónde y cómo sobrevivía. Ambos sonrieron maliciosamente y Victoria se levantó dejando claro que terminaba la entrevista. Cuando el capitán realista estaba por subir a su caballo, Victoria habló:

—Necesito que hagas algo por mí… y por ti. No sé dónde, pero en algún lugar del puerto de Veracruz debe de vivir Sofía Guillén. Ya no ubico bien los días y los meses, pero debe de vivir con una hermana mulata y tener un bebé pequeño. Necesito que la ayudes en todo lo que tú puedas y ella necesite. Infórmale a ella y a su hermana que estoy vivo.

Era junio de 1819. Todos los insurgentes se habían rendido. Apodaca había firmado decenas de miles de indultos. Victoria nada sabía sobre Sofía e Inés. Sofía fue reconocida por las autoridades como esposa de Miguel y se le concedió el indulto, que debía gozar sin salir del puerto de Veracruz, pero nada se informó sobre Miguel. Ella nunca supo que llevaba meses encerrado en San Juan de Ulúa, y él nada sabía de ella desde la última noche que pasaron juntos.

3

San Juan de Ulúa,

Veracruz. Junio de 1819

—¿Para qué carajos sirve el indulto si uno está prisionero en esta mazmorra medieval?

La desesperación de Miguel de Montellano había llegado a su límite. Llevaba ya casi un año encerrado en una de las pocas celdas que aún se usaban para prisioneros en el castillo de San Juan de Ulúa, en aquellos tiempos en que Apodaca casi regalaba los indultos. Para estar donde estaba no se podía quejar del trato. El propio virrey se había encargado de que los insurgentes que estuvieran prisioneros no recibieran ningún tipo de tortura o vejación. Era su política de reconciliación.

¡Insurgente! La verdad es que a Miguel le insultaba que lo tildaran de tal cosa. Nunca había sido un insurgente, pero de cualquier forma, a causa de sus propias decisiones, sí era un traidor y un asesino; también era un justiciero, y ya no sabía en qué momento de su vida todo se había trastornado de tal forma ni si pretender luchar por causas justas justificaba actos execrables como la traición, la deserción o el simple uso de la violencia.

Dime con quién andas y te diré quién eres. Eso era algo que Miguel había aprendido, y realmente no podía negar, y no lo hizo en su juicio, que había obedecido órdenes de Guadalupe Victoria. Finalmente un insurgente, ¡el Insurgente!, y aunque ya no era necesario mencionarlo para su breve proceso de indulto, él sabía que también se había estado codeando con Iturbide, del que, aunque nadie lo sospechara todavía, Miguel ya sabía que les resultaría más insurgente que el propio Morelos. ¡Vaya, hasta con un pirata había navegado y había simpatizado con él! ¿Quién era ahora Miguel de Montellano?

Quien no parecía pasarlo tan mal era su compañero de celda, quizá por estar acostumbrado al mal trato. Lucas era un esclavo negro de unos cuarenta y cinco años, cuyo enorme físico era impresionante. Miguel se consideraba bien formado y estructurado, pero cada brazo de Lucas equivalía a una de sus piernas, y su espalda era como una loza del ya entonces mítico Pípila —inventado por el periodista Carlos María Bustamante—, todo ello resultado absoluto del trabajo de sol a sol, durante toda su vida, en las plantaciones henequeneras cercanas al puerto de Sisal en Yucatán.

Como buen negro, Lucas, en realidad, no representaba edad alguna. Bien podía estar en sus veinte como en sus cincuenta, que su físico y su rostro simplemente no lo evidenciaban, pero en su mirada se reflejaba su alma, y en ésa sí habían pasado los años, y se dejaban ver el sufrimiento y los años de trabajo forzado. Se veía también un alma pura y mansa con la que Miguel intercambió historias a lo largo de su año en cautiverio. En aquellos tiempos de agitación en que las ideas llevaban a la cárcel, más de un criollo importante y adinerado había circulado por la fortaleza, y con algunos había podido también intercambiar historias el esclavo.

Lucas era, como muchos de los encarcelados, un inocente sin recursos, esclavo de un español radicado en el puerto de Sisal, en la capitanía de Yucatán. Había sido culpado por su amo por el asesinato de una esclava que en realidad había sido violada por el patrón en repetidas ocasiones y desechada como mercancía usada cuando las pasiones del amo menguaron y la mujer amenazó con inculparlo.

En un reino donde cada casta tenía leyes y tribunales distintos, y donde la justicia se remataba al mejor postor, fue sencillo dejar caer la culpa sobre Lucas cuando se notó la ausencia de la mujer, más aún considerando las extrañas creencias religiosas del esclavo por las que la Inquisición bien podía acusarlo de herejía.

—Usted no es el primero que pasa por aquí, señor Miguel. Hay una razón para que usted y yo estemos en esta celda ahora. Puede seguir sin creerme, pero Olodumare no nos manda nada que no podamos superar. Mejor aún, no nos manda nada de lo que no saquemos algo bueno para el futuro. Sólo hay que saber guiarse por sus orishás.

Mientras hablaba, Lucas nunca dejaba de tallar en madera una serie de esculturas y grabados que representaban a diversos santos de la Iglesia católica, o por lo menos eso creían las autoridades del presidio, quienes sólo por esa gran devoción le permitían al prisionero tener unas pocas gubias y cinceles para llevar a cabo ese trabajo.

Pero detrás de las esculturas de Lucas no había santos cristianos, sino deidades yorubas, antiguos dioses de los pueblos de África occidental cuyo culto había sido prohibido desde el siglo XVI por las autoridades de la Inquisición y que desde entonces eran venerados en silencio a través de imágenes de santos, vírgenes y ángeles.

—Ya hemos hablado de eso, señor Miguel. En usted fluye con gran ímpetu la ashé, la sangre cósmica de la vida, la fuerza de Olodumare, de quien procede todo lo que existe y a quien todo regresa, y su voluntad no puede ser cambiada. En eso nos guían nuestros orishás. Ustedes les llaman santos y ángeles. Finalmente hacen la voluntad del único Dios.

—Yo sólo he tenido un ángel desde que llegué aquí, Lucas, y has sido tú, y te prometo nuevamente que nunca olvidaré lo que hiciste por mí, pero ya te he dicho que si te descubren los centinelas diciendo esas cosas, irás directo a la hoguera.

—No es eso lo que está escrito para mí, señor Miguel.

—¡Por Dios, Lucas, nada está escrito para nadie! Somos libres en lo más profundo de nosotros. Por eso hay pueblos que pelean por su libertad.

Miguel de Montellano se interrumpió cuando de pronto se descubrió a sí mismo dando un discurso insurgente, una apología de la libertad. ¿Tanto andar entre supuestos libertadores lo había influido tanto? Él siempre había creído en el concepto de la libertad, pero precisamente su conflicto con esa guerra insurgente era la falta de responsabilidad que venía junto a la libertad, su idea de que un pueblo tenía que ser ilustrado para poder ser libre. ¿Qué podría hacer con su libertad política un pueblo que siempre le endilgaba el destino a Dios o los dioses?

—¿Ya se escuchó, señor Miguel? Los orishás se manifiestan a

través de usted. Usted lleva su fuerza, su ashé, y lo acompañan las divinidades de la suerte y la buena fortuna. Yo sólo he hecho mi parte en este juego, y a partir de hoy, cuando usted deje este calabozo, hará la suya, que, como ya se lo he dicho, será muy importante, aunque ingrata y con un futuro borroso e incierto.

—¿Hoy? Qué buena broma. Me gustaría creerte, buen Lucas, pero no creo en la suerte o en otra buena fortuna que no sea la que uno se forja, y sin importar cuántas nigromancias o artes adivinatorias conozcas, yo no saldré de aquí hasta que el virrey Apodaca tome esa decisión.

—¿Y por qué entró, señor Miguel?

—Te lo he contado tanto en el último año —suspiró Miguel—. Obtuve mi indulto para mí y para mi familia en enero de 1818, pero estaba obligado a servir en las fuerzas realistas nuevamente y a quedar confinado en la ciudad de México hasta nuevo aviso. No podía hacerlo. Tenía que buscar a Sofía. Cuando salí de la ciudad y me atraparon, quedaron invalidados los privilegios de mi indulto.

—¿Y por qué desobedeció la orden si sabía las consecuencias?

—¡No estoy seguro, Lucas! Quería encontrar a Sofía y salir huyendo de esta guerra, irnos de aquí, tal vez a España, tal vez a Cuba, a esperar que cambiaran los vientos. Algo me dijo que no debía quedarme esperando.

Lucas dejó por un momento de trabajar en la pequeña escultura que estaba terminando y detallando, y miró a Miguel de forma inquisitiva, con una pícara sonrisa:

—¿Algo, señor Miguel? ¿Quizá el ashé, quizá su destino?

Miguel permaneció en silencio. Había sido educado como un creyente católico y había sido un fiel devoto gran parte de su vida, hasta que, con los estudios, llegaron las interrogantes, las dudas y las respuestas que los clérigos dejaban al aire o respondían con misterios y milagros.

En un principio sus dudas habían sido dirigidas sólo a la Iglesia como institución, pero con el paso del tiempo y los acontecimientos, y lo que fue descubriendo de la mano de Sofía Guillén, había pasado a cuestionarse a Dios mismo hasta llegar a estar convencido, en silencio, de no ser creyente.

No le gustaba que le hablaran de buena suerte. Estaba convencido de que uno forja su vida, pero de pronto pensaba que tantas cadenas de casualidades y eventos relacionados tal vez no eran fortuitas y alguna fuerza estaría detrás. La santería de Lucas podía parecer un paganismo barato si se veía de forma superficial, pero a base de meses de escucharlo había captado la profundidad

detrás de ese pensamiento, otro más consumido por la intolerancia de la Iglesia.

Los pensamientos de Miguel fueron interrumpidos por la gran mano de Lucas, que le tocó la espalda. Montellano volteó y el esclavo estiró el brazo con el puño cerrado:

—Hice esto para usted, señor Miguel, como despedida —Miguel y Lucas se miraron de frente mientras el criollo estiraba el brazo con la palma abierta, en la que el negro depositó la pequeña figura que había estado detallando durante su conversación—. Es su destino —le dijo Lucas al entregársela.

Miguel la miró detenidamente. Conocía la imagen a la perfección, una imagen muy católica de no ser porque había sido un seguidor de Olodumare, un santero, quien se la había dado. Además, a causa de su nombre, había crecido viendo aquella representación: era el arcángel Miguel, el guardián del cielo, representado magníficamente en todo su esplendor, con las alas abiertas y empuñando una espada de fuego con la que atravesaba a Satanás, representado por un dragón.

Al tiempo que Miguel de Montellano tomó la escultura, Lucas soltó a la tierra unas pequeñas figuras con formas marinas, como conchas y caracoles.

—¡Ya te he dicho que no creo en esas fantasías adivinatorias, Lucas! —exclamó Miguel algo molesto—. No creo en el destino preestablecido.

—Entonces que no le moleste que se lo diga, señor Miguel —añadió Lucas sin levantar la mirada concentrada en la tierra en la que habían caído los caracoles—. Tómelo como el capricho de un loco en gesto de despedida.

—¡Otra vez con eso! Mira…

El negro lo interrumpió, levantando la mano, mientras su mirada pasaba poco a poco de la tierra a los ojos del ex militar realista:

—Ogún es el orishá que lo distingue con su protección. Es a quien ustedes llaman Miguel Arcángel. No le pudieron poner mejor nombre a usted, señor Miguel. Para los católicos, es quien vence a Satanás, el adversario, la representación del mal; pero para nosotros no existe el mal, no entendido de esa forma. Además, Satanás también se llama Luzbel, el arcángel de la luz, el portador del conocimiento y el fuego. El conocimiento que da la libertad.

Para no creer en aquellas nigromancias y supersticiones, Montellano estaba muy interesado y absorto en lo que decía Lucas. No perdía la atención en su relato, no quitaba su vista de los

caracoles en la tierra, y no soltaba la figurilla de madera donde el arcángel Miguel enterraba su espada al arcángel de la luz.

—Al que ustedes llaman san Miguel —prosiguió Lucas— lleva el fuego en la espada, y a quien llaman Satanás, Luzbel o Lucifer lo lleva en las manos. Son dos deidades de fuego, hermanos. Ogún también distingue con su protección a otro hombre que será fundamental en esta historia, y que de alguna forma está hermanado con usted; en su escultura, señor Miguel, en su destino, usted puede ser cualquiera; usted será uno y él será el otro. Si usted es el arcángel, el otro será…

—¡El dragón! —Miguel levantó la cara y dejó la mirada perdida en la pequeña figura que tenía extendida frente a él—. El dragón.

Lucas lo miró, sonriendo:

—¿Las piezas del destino comienzan a tener sentido, señor Miguel?

Montellano se quedó pensativo, sin dejar de ver la figura que tenía en la mano, y concentrado en el dragón que era atravesado por la espada del arcángel Miguel.

—Tal vez, tal vez… ¿Pero qué pasa si yo no quiero matar al dragón? Éste no puede ser mi destino. Él es de momento el único destino posible.

Ahora era Lucas quien no tenía idea de lo que Miguel de Montellano estaba diciendo, pero sonreía misteriosamente. Las piezas del destino comenzaban a tener sentido.

—No es tan simple, señor Miguel. Usted lo ha dicho y yo también: somos libres de seguir o no el camino trazado, pero, además, los orishás no hacen tan fácil el mensaje. Yo sólo puedo decirle que usted y el otro, el arcángel y el dragón, están protegidos por Ogún, la divinidad del fuego y de las armas, y que están hermanados por el destino; están unidos en esta historia del mismo modo que el ángel está unido al dragón por la espada de la victoria.

Las palabras de Lucas no podían dejar indiferente a Miguel. Su mente trataba de hilvanar tramas y urdimbres, de relacionar conceptos, al mismo tiempo que se decía a sí mismo que no creía en nada de todas esas supersticiones de los esclavos. Una vez más lo sustrajo de sus pensamientos la mano del esclavo en su espalda:

—¿Me permite?

Lucas tenía la mano extendida hacia la figura de madera mientras le daba a Miguel una sonrisa amable. Montellano devolvió la efigie a su compañero de celda, quien sacó una pequeña navaja y se puso a hacer unas muescas en la base de la figurilla.

—Los orishás velan para que cada mortal cumpla el destino que

tiene marcado, o lo busque de la mejor manera —siguió diciendo Lucas mientras terminaba el último detalle en la representación del arcángel y el dragón—. El suyo es Ogún, san Miguel Arcángel para ustedes; para mis ancestros es el dragón, el dios del fuego, del conocimiento, de las armas y del hierro.

Miguel de Montellano se acercó sobresaltado y asustado a Lucas, quien ya había terminado de hacer el último grabado a la pequeña figura de madera.

—¿Qué fue lo que escribiste ahí?

—La fecha de hoy, señor Miguel, para que no la olvide, y para que recuerde que la ashé se manifiesta de muchas formas. Lo extrañaré.

Miguel tomó nuevamente en sus manos la figura de madera, en la que san Miguel Arcángel hundía su espada de fuego en el dragón. Ogún. En la base de la alegoría de madera estaba grabada la fecha:

19 junio 19

El momento fue interrumpido por el sonido de las rejas herrumbradas y oxidadas de San Juan de Ulúa, que se abrían detrás de él. Una voz aburrida y monótona retumbó entre los muros de piedra:

—Miguel de Montellano, afuera por gracia del virrey.

Tenía que ser una gran casualidad. Todo en su ser le impedía creer que alguien, de la forma que fuera, pudiera saber con anterioridad, por adivinación, el momento en que saldría de San Juan. Menos aún podía creer la fantasiosa historia que le había contado Lucas, aunque, mirándolo a detalle, Lucas no le había contado ninguna historia. Él sólo le dio símbolos e historias místicas, y fue el propio Miguel quien hizo la historia. Él mismo había generado las “coincidencias”. Trataba de convencerse de eso, pero, ¿y la fecha?

—Lucas, ¿cómo pudiste saber? —Miguel se enfrentaba a cosas que simplemente no podía ni quería creer—. ¿Cómo pudiste?

La voz lo interrumpió de nuevo:

—Miguel de Montellano, es cuando quiera el virrey, no cuando quiera usted. Si no sale ahora, se quedará aquí hasta que se haga huesos.

Se quedó asombrado, mirando a Lucas, el esclavo santero y supersticioso con el que había pasado los últimos doce meses de su vida. Le sonrió:

—Hasta el día de hoy había pensado que nada de esto tenía sentido, Lucas, que todo este encierro era inútil. Hoy me has hecho dudar, amigo.

—Nada es inútil en esta vida, señor Miguel. Ningún acontecimiento es azar. Todas las historias se entrelazan donde uno menos piensa. No olvide nada de lo que platicamos aquí estos meses.

—No me olvidaré de ti, viejo amigo.

Lucas le devolvió la sonrisa amigablemente:

—No lo hará, señor Miguel. La fecha está grabada.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

Sevilla, Cuba, Veracruz. Trescientos años después la historia que unía a las dos Españas seguía transcurriendo por esos tres puntos. De los puertos de Sevilla salieron los conquistadores de la Tierra. Cuba fue el puente entre dos mundos, y el punto bautizado como la Vera Cruz fue la entrada al enigmático mundo amerindio que en aquellos remotos tiempos era dominado por el gran Motecuzoma.

Es imposible saber si el destino existe escrito en algún sitio, o si ciertos personajes y eventos históricos están relacionados por alguna fuerza superior. Pero en el año de 1504 las vidas de Hernando Cortés y el señor Motecuzoma quedaron entrelazadas para siempre mucho antes de que ambos tuvieran la menor noción de la existencia del otro. En ese año, con diecinueve de edad, Hernán Cortés no era nadie y abandonó Castilla en busca de gloria, fama, fortuna, aventuras o quizá tan sólo supervivencia.

En el mismo momento el gran Motecuzoma llevaba ya dos años siendo el amo y señor de los aztecas y del gran imperio que habían forjado. No se puede saber con exactitud la edad del tlatoani, pero serían alrededor de unos quince años más que el propio Cortés; a la misma edad en que don Hernando era un graduado como bachiller en leyes sin futuro alguno, Motecuzoma Xocoyotzin era el amo del mundo conocido.

El futuro del primero era oscuro y sin horizontes y el del segundo era mantener el gran poderío heredado por sus ancestros, ser señor del Anáhuac, rodeado de lujos y comodidades, pero los giros del destino son incalculables, y fue el hidalgo castellano sin expectativas el que fue dueño del mundo, que el noble azteca perdió en medio de las pedradas lanzadas por su propio pueblo.

En 1504 Hernán Cortés llegó al mar Caribe que disputaban portugueses y españoles, y se instaló como uno más de cientos de aventureros desventurados en la isla La Española, hoy llamada Haití. Por esas fechas los mayas de Yucatán ya habían hecho contacto lejano con los primeros españoles, y en el valle del

Anáhuac comenzaron los presagios funestos de los profetas y agoreros que anunciaban el fin de su mundo.

Alrededor del año 1511 los augurios fatídicos en torno al fin de la era entre los aztecas habían llegado a su apogeo, y cuentan que la diosa Cihuacóatl, madre virgen de Quetzalcóatl, vagaba por las noches anunciando la caída de los dioses nahuas. Motecuzoma esperaba nervioso la llegada del próximo año Uno Caña, cuando se decía que volvería la Serpiente Emplumada a tomar su trono, pero mientras eso ocurría seguía la expansión sanguinaria de su imperio. Es imposible hoy saber qué tanto de esos mitos fue inventado a posteriori por los frailes españoles.

En la misma época, don Hernán Cortés, a sus veintiséis o veintisiete años de edad, decidió acompañar a Diego Velázquez en el plan de colonización de la isla de Cuba; a esa edad, para esos tiempos avanzada, era la última oportunidad de Cortés de lograr ser alguien, y dejar la comodidad de Haití para pacificar una isla despoblada era su plan desesperado.

En 1519, a sus treinta y cuatro años de edad, Hernán Cortés había cubierto la expectativa promedio de vida y se encontraba establecido en la comodidad de un empleo pagado por la corona, dueño de plantaciones de caña, y era el único abogado de Santiago; bien habría podido dedicarse a pasar tranquilo el resto de su vida, pero nunca había dejado de buscar la oportunidad de la aventura, y ese 1519 fue el año en que la aprovechó. Motecuzoma llevaba todo su mandato recibiendo noticias de los blancos extraños de Oriente, pero siguió su política sanguinaria sobre los otros pueblos.

Hubiera bastado la menor diferencia en sus decisiones para que los protagonistas de esta historia no existieran, no sólo Sofía y Miguel, sino en general ese reino llamado Nueva España, donde los misterios del pasado gritaban desde las sombras siglos después para ser descubiertos.

Si Hernán Cortés no hubiese dejado Castilla, o simplemente lo hubiera hecho en otro barco, en otro año; si no hubiese sido aliado de Velázquez ni hubiese tenido conflictos con Diego Colón; si no hubiese decidido partir de Haití a Cuba cuando lo hizo; si los expedicionarios anteriores a él hubiesen tomado decisiones distintas a volver sin resultados tangibles. Si el gran Motecuzoma hubiera mostrado una política más amigable con los sometidos, si no hubiera cobrado impuesto en sangre a los tlaxcaltecas, toda la historia habría sido distinta.

Pero un hombre destinado a nada lo obtuvo todo, y el hombre destinado a todo se quedó con nada. Como todos en México, existo

gracias a ellos. Ésta es la historia de Cortés y Motecuzoma. La historia de nuestros ancestros.

Sofía

EL JUEGO

DE LEALTADES

1

Sevilla.

Noviembre de 1819

La lealtad. Gran parte del conflicto de esa patria que luchaba por nacer era la lealtad. La mente de Miguel de Montellano era un remolino donde la lealtad se había convertido en el vórtice. Su padre fue traidor a los conspiradores de Manuel Guillén y la supuesta sociedad El Águila, pero, aparentemente por lealtad a la corona, en aquellos tiempos los traidores eran los que conspiraban. ¿Era válido? ¿Cómo era posible mantener la lealtad a más de un bando o una persona? ¿Cómo comprometerse con una causa sin que otros lo consideraran traidor? ¿Cuál debía ser el valor supremo?

Las lealtades de Miguel lo atormentaban. No quería ser como su padre, pero la vida lo había puesto en situación de traicionar necesariamente la lealtad de alguien. Había desarrollado respeto en el pasado hacia José María Morelos y Pavón, y con ello vino precisamente la lealtad. Ese respeto y lealtad los trasladó a la persona de Guadalupe Victoria, con quien había trabado una buena relación, que llegó a la admiración e incluso a la amistad.

Admiró siempre la audacia y talento de Iturbide, quien le confió

sus planes, le dio su confianza, y ahora por eso mismo le debía lealtad. Félix María Calleja había sido su mentor militar, y para Miguel ese simple hecho implicaba también lealtad, aunque ciertamente el propio mariscal lo había traicionado a él en el juego de estrategias que confabuló con su propio padre.

No era fiel a la insurgencia, pues no era insurgente, pero el último insurgente, Guadalupe Victoria, había depositado en él su confianza y era quien protegía a Sofía. El plan de paz y libertad de Iturbide lo convencía, y el Dragón de Hierro lo hizo partícipe de él. Y era aparentemente imposible ser leal a Iturbide y a Victoria a la vez, aunque en teoría buscasen la misma causa.

El gobierno novohispano, el propio virrey Juan Ruiz de Apodaca, lo sacó de prisión y lo mandó a Sevilla con la misión de ayudar militarmente en contra de los rebeldes, y el jefe de dicha expedición resultó ser Calleja; ser leal a ellos significaba traicionar a Victoria y a Iturbide, lo cual era peor considerando que fue el Dragón, moviendo sus piezas, quien se encargó de que el virrey lo sacara de San Juan de Ulúa y le encomendó una misión. ¿La lealtad al rey era cosa del pasado? ¿Y Sofía?

—¿Me entiende usted ahora, don Rafael?

—Lo comprendo y no envidio nada su situación, amigo, pero ¿qué me dice de la lealtad a la patria? Tal vez ésa deba estar por encima de todas.

—Usted tiene eso más fácil, caballero. Su patria es España y ahí está depositada su lealtad, pero ¿y la mía? Fui educado como súbdito español. Siempre tuve la idea de que mi patria era España, aunque siempre me sentí mucho más americano. Ahora es una nueva patria la que intenta nacer en Nueva España. ¿Lealtad a cuál patria? Incluso si me decidiera por Nueva España, ¿y la lealtad al rey?

Rafael de Riego quedó en silencio unos segundos, como si meditase muy bien su respuesta. La cuestión de la lealtad ciega y sin cuestionamiento al rey era medieval. La Revolución francesa lo había cambiado todo. El rey debía ganarse esa lealtad siendo el primero en luchar por el bienestar de la patria. ¿El juramento de fidelidad al rey seguía vigente si el rey era un felón?

—El rey, amigo mío, el rey debe representar al pueblo y ver por su felicidad, y sin dejar de respetar a nuestra santa religión. Eso de reyes impuestos por Dios es cosa del pasado. Un patriota debe hacer lo mejor por su pueblo.

—¿Y eso quién lo decide? —cuestionó Miguel—. ¿El propio pueblo o quien pretende ser el patriota que lucha por él?

El coronel don Rafael de Riego nació en Asturias en 1785, y aún en noviembre de 1819, a pocas semanas de que optara por la medida que cambió el rumbo del mundo hispano, jamás se hubiera imaginado que sus decisiones políticas le darían la Independencia a Nueva España y darían a luz al Imperio Mexicano mientras daban el estoque de muerte al español.

Era Rafael un patriota que luchó por la independencia de su país en la invasión napoleónica, y fue uno más de los liberales que no se dieron cuenta de que Bonaparte representaba el liberalismo que tanto deseaban, mientras que su rey, Fernando, por quien luchaban y a quien llamaban *el Deseado*, representaba la vuelta a la más absoluta de las tiranías.

Eran tiempos en que en ninguna de las dos Españas, la vieja o la nueva, se tenía claro qué era eso de ser liberal. Los liberales españoles como Riego lucharon contra Napoleón, el hombre que extendió las ideas liberales por Europa, y en Nueva España eran los conservadores aristócratas, como Agustín de Iturbide, los que poco a poco habían comenzado un movimiento para liberarse políticamente de España.

—¡Amigo mío! —respondió Riego—: Ni el pueblo francés, que presumía de su Ilustración, fue capaz de autogobernarse después de su Revolución, y hasta ha abrazado de nuevo la monarquía. El pueblo es pretexto de demagogos liberales. El pueblo piensa lo que le dicen sus líderes. El pueblo en realidad no existe. Sólo hay millones de personas distintas, con ideas y necesidades diferentes, y para que esas personas que forman un pueblo progresen, necesitan un gobierno firme y unas leyes justas. ¡Sólo un buen Estado puede salvar al pueblo, nunca el propio pueblo!

—Para tener la fama de liberal que tiene, habla usted de manera muy tradicional, ¿no cree?

—De ninguna manera, don Miguel, de ninguna manera. Los liberales de la izquierda francesa eran unos radicales que sometieron al pueblo con el pretexto del pueblo, pero fueron incapaces de formar un gobierno que les diera seguridad. Soy liberal, mi amigo. Por eso abogo por que se limite la capacidad de tiranía del rey a través de leyes para todos, de una Constitución.

En este sentido, la mente de Miguel de Montellano era un torbellino; él se consideraba a sí mismo un hombre en favor de la libertad, pero había estado en contra de los insurgentes que decían buscarla; se había considerado leal al rey, pero por azares del destino terminó de rebelde; estaba teóricamente en contra de las tiranías, pero no creía que el pueblo de Nueva España pudiese

responder a otra forma de gobierno sin caer en el caos. No veía a un hombre lo suficientemente fuerte como para obligar a todos a someterse a las mismas leyes, quizá tan solo el Dragón de Hierro, y hasta eso era dudoso.

Fueron las vicisitudes del amor y no las de las ideas las que lo habían puesto contra el ejército virreinal del que siempre había sido parte, y a sus treinta y dos años ya no sabía en qué creía ni qué pensaba, ni estaba muy seguro de en qué momento la vida lo había llevado de la cárcel de Veracruz a las calles de Sevilla, a departir amigablemente con el hombre que tenía el encargo real de recuperar por la fuerza de las armas el control absoluto de América para la corona española.

—Se lo planteo de otra forma, coronel. Usted luchó a favor de Fernando VII, lo cual significa que estuvo en contra de Napoleón, y las verdaderas ideas liberales, y ordenadas, venían con él. Ahora usted se embarcará rumbo a América con la encomienda de reprimir por las armas a los criollos americanos que buscan regir libremente sus propios destinos, todo en nombre de un tirano absolutista como su majestad Fernando VII. Algunos radicales buscan el sistema republicano de los norteamericanos, pero muchos criollos ilustrados hablan incluso de reconocer la soberanía del rey Fernando. ¿Un liberal lucharía contra eso?

Rafael de Riego trató de voltearle las cartas a Miguel de Montellano.

—Orden de su majestad. ¿Y la lealtad al rey?

—Usted mismo ha dicho que el rey debe hacer lo mejor por su pueblo. El juramento de lealtad ciega al rey es medieval, y según la Constitución de Cádiz, que el rey derogó en 1814, el pueblo español somos todos los súbditos en ambos lados del océano.

—Quizá, señor Montellano, lo mejor para España y su pueblo sea recuperar el control de sus colonias. Económicamente, quiero decir.

—América enriquece al rey y a los Borbón, no a los españoles, mi señor. Mire, hay en Nueva España quien cree que se podría pactar una independencia con gobiernos autónomos que reconozcan la soberanía del rey de España, reinos en nivel de igualdad y no de sometimiento, tal y como planteó alguna vez un gran español como el conde de Arandas.

—Como puede usted ver, hay muchos conflictos de lealtades, y usted me ha descubierto en el mío, la lealtad a las ideas. Por otro lado, sabe usted que en la América austral sucede lo mismo que en su Nueva España: la mayor parte de estos movimientos no tiene pies

ni cabeza, no serán benéficos para España y probablemente tampoco para el pueblo americano, quizá sólo para unos cuantos.

En Europa había terminado el caos que significó la aventura napoleónica. Desde 1814 España recuperó su independencia, que había quedado comprometida con el reinado de José Bonaparte, y en 1816 las potencias reunidas en el llamado Congreso de Viena habían logrado una precaria paz continental; todo ello había permitido que España dispusiera de tropas y recursos para, ahora sí, intentar recuperar el control de América.

Fernando VII pensó en Félix María Calleja, el hombre que acabó con Morelos, como el militar perfecto para volver como jefe militar a Nueva España y restablecer el orden por completo, y en Rafael de Riego para comandar una tropa de decenas de miles de hombres que se encaminara a los virreinatos del sur a fulminar los movimientos independentistas, que ya habían arrebatado a la corona el control de territorios en el Perú, el Río de la Plata y la Nueva Granada.

—Así es que, en resumen —agregó don Rafael—, usted fue un militar del ejército de Nueva España, discípulo de Calleja. Comenzó repeliendo a los rebeldes y acabó entre sus filas, según dice, siguiendo a una falda y no a los insurgentes mismos. En términos prácticos se convirtió en un desertor que obtuvo un indulto, pero por su pasado militar y su interferencia con los insurrectos, don Juan Ruiz de Apodaca pensó que usted sería más útil a la corona aquí en Sevilla, donde se reorganizan las tropas para retomar el control de América.

—Más o menos así es, don Rafael.

—¿Y aquí, en el alcázar de Sevilla, tenía que encontrarse con los jefes de la campaña? Mala suerte para usted que uno de ellos resultara ser el mariscal Calleja.

—Fue un encuentro desagradable, por aquello de las lealtades que hemos conversado.

—Pero, de acuerdo con lo que me dice que es su verdadero plan, creo que sus lealtades son muy claras.

—La cuestión es sencilla, general. Creo en el sueño de la Independencia, creo en la posibilidad de algunos planes pacíficos y ordenados que comienzan a gestarse, y no quisiera ver a la corona deteniéndolos, ni creo que lo logre por la fuerza de las armas. Encontré una forma de no ser desleal conmigo mismo: le comunicaré el plan de paz y libertad, tal y como se me encomendó, con lo cual también cumpliré las órdenes de Apodaca: transmitir a usted y a Calleja lo que sé sobre el movimiento. Por lo demás, mi

único interés es permanecer en España y tal vez traer aquí, conmigo, a Sofía. Por eso decidí confiar en usted, ya que es mi única posibilidad. El mariscal Calleja es declaradamente mi enemigo.

2

Sevilla, 30 de enero de 1820

Excelentísimo coronel Agustín de Iturbide

Muy señor mío:

Las condiciones para el plan de paz y libertad que tuvo a bien confiarme no podrían ser mejores, aunque, desde luego, se puede enfrentar con varios tropiezos. Comienzo por decirle que es idea general que el movimiento de emancipación americana es algo incontenible, aunque el rey se niega a aceptar semejante idea, y es por ello que, tal y como V. E. sospechaba, organiza un ejército para reprimir los movimientos.

En este sentido, los acontecimientos dieron un giro inesperado: el primer día de este año de 1820, el coronel Rafael de Riego, quien tenía la encomienda de dirigirse con decenas de miles de hombres a Buenos Aires, se rebeló en Andalucía contra su majestad usando la fuerza de ese ejército, y exige que se restablezca la Constitución de Cádiz de 1812. En vista de los acontecimientos, la expedición a Nueva España al mando del mariscal Calleja se ha suspendido.

Todo indica que el rey será derrotado por el clamor popular y jurará de nuevo la Constitución, lo cual significa que volverá a convocar a Cortes en las que habrá diputados americanos, pero lo pongo al tanto de que los representantes de América no son partícipes de la idea de la Independencia, sino de conformar, según la Constitución, un gran imperio hispano que abarque el océano y donde se reconozca la soberanía de Fernando VII.

Los que están con la causa de la libertad son americanos agrupados en diversos clubes secretos, muchos de ellos asociados a la masonería, pero a mi entender estos grupos son peligrosos, ya que casi todos siguen indicaciones desde Estados Unidos de América; aun así simpatizan con la causa, siempre que sea a través de la vía republicana.

En este sentido, no me queda más que suplicarle nuevamente que no desista en buscar a Guadalupe Victoria. Particularmente no creo que haya muerto. Busque su alianza. Es un gran hombre que

desea, por encima de todo, la libertad. En este mismo tenor le ruego encarecidamente lo que ya habíamos hablado sobre mi esposa, Sofía Guillén.

Queda de usted,

Miguel de Montellano

P. S. Es posible que me traslade a Madrid, pues ahí se reúnen los clubes masónicos. Anexo instrucciones para mi localización en dicha ciudad.

3

Los masones pudieron ser de vital importancia para el desarrollo, el progreso y el bienestar de la vieja Europa. Estuvieron detrás de la modernización monárquica en Inglaterra y de la revolución que cortó la cabeza del tirano en Francia en 1789. Incluso fueron masones los que convirtieron a las antiguas colonias británicas de Norteamérica en una nueva potencia. Pero en el resto de América significaron la ruina y la ruptura de muchos países que comenzaban a nacer de los escombros del Imperio Español.

En el antiguo continente quizá representaron libertad y querella contra las tiranías, pero en el Nuevo Mundo sirvieron para la lucha descarnada por el poder y para enmascarar las opresiones. De un lado del Atlántico tal vez pugnaron por la libertad de pensamiento y el desarrollo de los individuos, pero del otro lado estuvieron al servicio de la imposición política y el sometimiento. Colaboraron en la construcción de un mundo pero destruyeron el otro.

Todo eso y más lo sabía Lorenzo de Zavala y Sáenz, hijo de una rica familia terrateniente de Tecoh, en la península de Yucatán. Nació don Lorenzo en tiempos en los que, a causa del reacomodo administrativo de las reformas borbónicas, todo el territorio peninsular era una capitanía general independiente del virreinato de Nueva España, aunque sujeto al mismo colonialismo y discriminación al criollo que había impuesto la casa Borbón, por lo que los movimientos en busca de independencia o autonomía, como los sanjuanistas, eran tan comunes como en el territorio virreinal.

Las dos grandes ciudades de la península, Mérida y Campeche, vivían en mayor contacto con Cuba o Norteamérica que con la ciudad de México, ya que toda comunicación era marítima, y el puerto de Sisal era el gran puente con Veracruz, La Habana y Nueva Orleans. Precisamente desde esta última ciudad las logias masónicas habían permeado en los puertos y ciudades más importantes del Golfo, y en Veracruz y Campeche ya existían varios grupos secretos que se hacían llamar Amigos Reunidos en la Virtud, que estaban reconocidos por las logias yorkinas del sur de Estados Unidos.

Fue así como Lorenzo de Zavala, quien ya había conocido las ideas masónicas en su natal Yucatán y en la ciudad de México, donde estudió latín, filosofía y teología, terminó de establecer su contacto definitivo con la masonería y se inició en sus ritos mientras estuvo en la cárcel de San Juan de Ulúa, entre 1813 y 1817, debido a su apoyo a la causa de la Independencia.

Gran admirador era don Lorenzo del sistema republicano y confederado que habían creado los colonos norteamericanos al dar a luz a lo que llamaron Estados Unidos de América; conocía su sistema político, su historia y, ante todo, su ideario, su destino manifiesto, su expansionismo. Cuando pensaba en independencia, pensaba en república, y pensaba sobre todo en Yucatán, más que en Nueva España, y en una relación con los estadounidenses y no con las potencias europeas.

Los años en la cárcel hacen que las historias coincidan y la conversación fluya, y quiso el destino que desde 1816, con casi dos años por delante para compartir reflexiones, compartieran también espacio en San Juan de Ulúa dos hombres que representaban los extremos de la escala social yucateca.

Ahí, Lorenzo de Zavala y Sáenz, el gran terrateniente de familia henequenera, tuvo como compañero a una víctima del sistema económico que a él le daba la riqueza: un esclavo cubano y supersticioso llamado Lucas, con quien, con el paso de días, semanas y meses, pudo repasar todo su ideario republicano y las principales ideas de los grandes padres de aquella patria, como Thomas Jefferson. Desde luego, aquel aristócrata racista y clasista siempre pensó que platicar con un esclavo en la cárcel era casi insensato, sólo para matar el tiempo, y que en realidad no tenía ningún sentido.

4

Provincia de Veracruz.

Abril de 1820

En el mes de abril, el puerto de Veracruz comenzaba a ser, como cada año, la antesala del infierno; se iniciaba el mes y la temperatura rozaba apenas los treinta y cinco grados, pero el ambiente era tan húmedo que prácticamente se respiraba agua, al tiempo que la sal y la arena golpeaban los rostros a causa de la fuerza de los vientos que azotaban la costa desde el Golfo.

Ese ambiente tropical, aunado a las condiciones de pobreza predominante en el puerto, se sumaba a las aguas insalubres y hediondas que corrían en las amplias calles empedradas, empujando los desperdicios humanos y todo tipo de inmundicias, el pésimo estado de todo tipo de mercancía comestible expuesta al aire libre en los mercados, los pescados viejos pudriéndose en los barcos y cualquier otro tipo de productos perecederos fermentándose al sol en las anticuadas garitas de la aduana veracruzana, donde la burocracia colaboraba en lentificar los procesos para obtener una dádiva que agilizara la salida de su mercancía.

Eso era el puerto de Veracruz, la entrada y salida de toda la

riqueza novohispana, la puerta por la que circulaban más oro y plata que en cualquier otro lugar del mundo y donde, sin embargo, nada de esa riqueza dejaba el menor rasgo de desarrollo.

Veracruz era un bullicio donde todas las clases sociales cohabitaban en un espacio muy reducido; los más pobres buscaban las morusas que se desprendieran de semejante abundancia para llevarse algún mendrugo a la boca, mientras que los aristócratas recibían y despedían barcos mercantes, cobraban alcabalas e impuestos, pagaban los jornales de miseria en los que sustentaban su fortuna y salían lo antes posible hacia Xalapa, donde podían refugiarse en sus haciendas bajo un clima un poco más amigable y alejados del vómito negro, el paludismo y la fiebre amarilla, que diezmaba año tras año a los habitantes del lugar.

No era el lugar propicio para criar a dos hijos, y por ello Inés y Sofía Guillén se preparaban para dejar la costa y adentrarse en la sierra con rumbo a Xalapa. Sofía no confiaba del todo en el tal Antonio López de Santa Anna; finalmente, hasta donde ella recordaba, era el realista que había sitiado a los últimos hombres de Victoria en Huatusco, y de pronto se había presentado ante las dos mujeres, vestido de militar virreinal, ofreciendo ayuda y asegurando que Victoria estaba vivo. Únicamente se decidió a depositar en él un poco de fe cuando pronunció una frase que le había señalado el propio general:

—Recuérdele que conozco el secreto.

Las dos mujeres, con los dos hijos de Sofía Guillén y algo de equipaje, iban en un carro cubierto, jalado por dos caballos y llevadas por un cochero hacia una hacienda en la sierra que Santa Anna había conseguido, con algo de servidumbre, para que se instalaran en ella. Las dos iban tranquilas y, dadas las circunstancias, se podría decir que hasta contentas. Por lo menos sonreían.

Hacía más de dos años que Sofía Guillén no sabía nada de Miguel de Montellano, y haberse convertido en madre era lo único que la motivaba a seguir adelante. Se veía alegre en ocasiones, pero en realidad vivía invadida por la nostalgia de un pasado cada vez más borroso y la frustración de no ver un solo rayo verdadero de esperanza para el futuro. Inés había tenido otra realidad y poseía también otro carácter. Ella se veía mejor que nunca. Parecía que en su vida las cosas nunca hubiesen estado mejor.

—No estoy muy segura, Inés, pero el capitán Santa Anna ha demostrado que sí tiene contacto con el general Victoria, y alguna razón tiene para mantener esta extraña relación con él. Además,

todo sea por los niños. Es importante alejarlos de este ambiente de enfermedades.

—Pues a mí me parece encantador, muy zalamero, muy amable y coqueto. Y bueno, como que me miraba de forma interesante.

—No te ofendas, Inés —dijo Sofía con una sonrisa—, pero a mí me pareció más bien como mulatero; mujeriego en general, pero sobre todo mulatero, y tú, negrita, creo que desde que te encendió don Guadalupe no te has apagado. Un día vas a incendiar el puerto cuando camines por las calles.

Inés se había convertido en una hermosa mulata de piel oscura, nariz pequeña, cabello negro y enredado a media espalda, ojos de azabache y alegres, enormes y rematados por cejas amplias y pobladas, boca grande y, como el propio Santa Anna le dijo en sus coqueterías, de “cómeme a besos”. Tenía veintinueve años, alegría en el alma y fuego en la sangre; entre su herencia étnica y la vida laboriosa había adquirido un cuerpo que incitaba a medio puerto a violar el sexto mandamiento, lo cual aumentaba con su deliberado andar, coqueto e insinuante.

Miró con su característica alegría a Sofía y respondió con una sonrisa:

—Pues yo creo que para algo me dio Dios lo que tengo, y en este lado del reino resulta que soy hermosa, y no como en Michoacán. Yo no sé cuándo vaya a ser libre este país, pero yo voy a serlo desde ahora.

—¡Ay, Inés! Y pensar que te educaron como monja en un país lleno de represiones.

Las dos mujeres rieron al unísono.

—Tal vez por eso sea, Sofi, tal vez por eso sea.

Frente a ellas los niños descansaban. José María y Mariana permanecían dormidos e indiferentes a los problemas que los rodeaban. Ellos habían vivido su corta vida en una casa de Veracruz, sin lujos ni limitaciones y con el cariño de su madre y su tía. Eran ajenos al hecho de que otros hacían pedazos el país en el que ellos deberían vivir su futuro.

Una violenta sacudida cimbró todo el carruaje, Sofía se abalanzo a proteger a los niños mientras Inés se asomaba para ver lo que sucedía. Los caballos iban a todo galope y desbocados, y por más que le gritaban, el cochero no respondía. La velocidad aumentaba y las ruedas comenzaban a sucumbir ante las piedras del camino. Todo se sacudía en el interior del carruaje, donde los dos niños gritaban y lloraban, asustados, mientras su madre trataba de tranquilizarlos, aunque ella misma tenía la cara lívida y una

expresión de miedo que hacía por lo menos tres años que no sentía.

—El cochero está muerto —gritó Inés intempestivamente—, y nosotras moriremos también si no logramos detener esto.

Antes de que Sofía reaccionara, su hermana adoptiva ya estaba saliendo por la ventana del habitáculo.

—¿Estás loca? ¡Te vas a matar!

—Eso o nos morimos los cuatro —fue lo último que alcanzó a escuchar Sofía.

Inés estaba en la parte de arriba del carro. El pasado se abalanzó de nuevo sobre Sofía Guillén. Aquello no podía ser un accidente. Parecía que la tranquilidad nunca llegaría a su vida. En ese momento dependía de la pericia y valentía de Inés, por lo que ella hizo lo único que quedaba por hacer: abrazó con todas sus fuerzas a su pequeño José María y su pequeña Mariana, tratando de quitarles un poco del miedo, y esperó.

De pronto, sintió que la velocidad disminuía y el traqueteó se iba terminando poco a poco. Sintió un movimiento violento y vio cómo las ruedas de un lado se levantaban completamente del piso, al tiempo que se escuchaba el violento relinchar de los caballos. Después de algunos tumbos, todo se detuvo. Inés lo había logrado. Todo quedó en calma.

Sofía se relajó y acarició las mejillas de sus hijos. Tenían todos los rasgos de su madre en cada centímetro de su cara: los ojos, la nariz, el cabello, la boca. Sólo algo los distinguía a uno del otro: la pequeña Mariana era de tez blanca, mientras que el pequeño José María, con idénticos rasgos, tenía la piel ligeramente más tostada. Sonrió al verlos a los dos a salvo.

—¡Esconde a los niños, Sofía, rápido!

La voz de Inés reflejaba mando, determinación y miedo, y no dejaba espacio para ningún cuestionamiento. Sofía reaccionó de inmediato y levantó ambos asientos de la diligencia para esconder en cada uno de ellos a sus hijos. Ya escuchaba el ruido de varios cascos de caballo que se acercaban al galope. En ese momento entró Inés.

—Son bandoleros, Sofía. Seguramente ellos dispararon al cochero para asaltarnos. Ocultemos a los niños y disponte a perder todo lo que traemos. Reza por que no quieran nada más de nosotras dos.

No había terminado de hablar cuando seis jinetes rodearon el carro donde las dos mujeres aguardaban, nerviosas. Bandoleros. Seis hombres a caballo, con ropas manchadas por los caminos, completamente armados. Sofía tomó valor y decidió enfrentar la

situación. Bajó del carruaje, se plantó en el piso y habló con todo el mando que pudo:

—¿Qué quieren de nosotras, cobardes? ¿Les parece fácil despojar de sus pocas propiedades a dos mujeres indefensas? ¿Son tan hombres como para golpearnos?

Los seis jinetes permanecían sobre sus caballos sin decir palabra. Los sombreros de ala ancha ocultaban a medias sus rostros. Ninguno dijo una palabra.

—Pues venga, hagan lo que tengan que hacer y lárguense. De poco valió su felonía, ya que muy poco tenemos con nosotras —en ese instante sacó una pequeña daga que llevaba con ella—. Y si algo más quieren de estas dos mujeres inocentes, espero que estén dispuestos a que alguno pague con su vida, que las dos nos sabemos defender.

En ese momento los seis jinetes apuntaron sus armas hacia ella y hacia el interior del carromato, donde estaba Inés. Sofía vio el final de su vida y le pareció insulso y sin sentido. Todo lo que había vivido para terminar muerta al costado de un camino, en manos de unos delincuentes. Su corazón latió de forma apresurada y dedicó sus últimos pensamientos a sus dos hijos y a Miguel de Montellano. Los maleantes seguían apuntando sin decir palabra y sin moverse.

—Disparen de una vez si es que se atreven —les gritó Sofía.

Una risa sarcástica heló de pronto la sangre de Sofía. Un caballo blanco se abrió paso entre los bandoleros. Amazona con porte de aristócrata, montaba en silla femenina, con las piernas de lado, vestido de corte andaluz, sombrero y un parasol que cubría su rostro. La forma de montar y de bajarse del caballo evidenciaba su clase social. Un golpe de miedo paralizó a Sofía mientras se acercaba a ella y terminaba de quitarse el sombrero y descubrirse el rostro:

—Vaya, parece que los años no te han enseñado cuál es tu lugar en la sociedad, tonta rebelde —Alejandra de la Gándara volteó a ver hacia el interior del carro, donde distinguió a Inés—. ¡Una india con una esclava! Menos mal que su estúpida rebelión fue aplastada.

Sofía no podía creer lo que veía. Alejandra de la Gándara y Aramburu estaba de pie frente a ella. Habían pasado casi siete años desde que la vio por última vez, en Chilpancingo, cuando la insurgencia era victoriosa y Morelos era el generalísimo; cuando el padre José María derrotó a los enviados de Calleja; cuando Miguel de Montellano mató a su propio padre para salvarla, y cuando ella decidió que Alejandra de la Gándara debía vivir para presenciar el triunfo de la Independencia.

Diez años desde que la vio por vez primera en Valladolid y la odió desde el primer momento, para pasar, con el tiempo, a tenerle sólo lástima. Ahí estaba frente a ella, diez años después y prácticamente idéntica. El tiempo no había pasado por ella. Por más que le pesara aceptarlo, tenía porte de aristócrata. Era alta, delgada, de cabello negro, pero ojos claros y piel blanca, y ahora que se había descubierto el rostro y quitado los guantes, era evidente que el trabajo jamás había sido parte de su vida. Quizá por eso mantenía toda su jovialidad de una década atrás, mientras que la belleza de Sofía se mantenía y hasta había aumentado, pero era una belleza pasada por los años.

Inés permaneció en el interior del carro, intentando que los niños guardaran total silencio. Sofía no reaccionaba. Simplemente nada pasaba por su cabeza. Aquella sombra del ayer se acercó hasta quedar frente a frente con ella, y antes de que Sofía hiciera el menor movimiento, Alejandra de la Gándara dejó caer toda la furia del pasado sobre su rostro con una sonora bofetada que le sacudió todo el cuerpo:

—Ahora podemos poner la basura en su lugar, india engreída.

Sofía recuperó su porte y se plantó frente a frente con Alejandra, como hizo tiempo atrás en Valladolid:

—¿Qué quieres, Alejandra? Te perdoné la vida. Ustedes ganaron la guerra. Viví en las montañas hasta que conseguí el indulto. Perdí a Miguel, a quien no veo hace más de dos años y no sé nada de él. ¿Qué más quieres de mí?

—Claro que perdiste a Miguel, mocosa. Son especies distintas, y tu brujería no podía durar tanto tiempo. Pero aún tienes cosas que necesito.

—Nada tengo, Alejandra. Inés y yo vivimos juntas y nada tenemos. Ya no huimos de las autoridades, sólo de las pestes del puerto, y no hemos dejado la zona a la que nos limita nuestro indulto.

—Lo que hagas con los despojos de tu vida me tiene despreocupada, pero aún tienes cosas que yo necesito.

¿De qué podría estar hablando Alejandra? La insurgencia había quedado aniquilada, Miguel era un tema desconocido para Sofía, el misterio del águila había resultado ser, si no un fraude, por lo menos una quimera o un engaño o un idealismo estúpido. Por lo demás, datos históricos, documentos y mitos del pasado, revelaciones en torno a las apariciones guadalupanas. ¿Qué interés podría tener Alejandra en todo ello?

—No tengo nada que puedas necesitar, Alejandra. ¿Quieres esas

estúpidas medallas? ¡Quédatelas! No valen más que su peso en oro, y a juzgar por tus compañías, tú lo necesitas más que yo.

Alejandra de la Gándara levantó una mano y los hombres armados avanzaron a caballo y rodearon el carruaje.

—Lo quiero todo, niña estúpida, todo lo de Miguel de Montellano que tú tengas. Todo.

Los bandoleros bajaron a Inés del carruaje. En medio de los dos asientos del interior estaba el cofre de madera, donde estaban guardados todos los documentos que conservaban sobre los misterios que habían ido descubriendo en los años anteriores. Esperaba que eso fuera lo que buscaran. Los dos niños seguían escondidos bajo los asientos.

Alejandra se acercó al carro y Sofía corrió tras ella, tratando de ocultar su nerviosismo. Que Alejandra se llevara todos los malditos papeles y medallas que quisiera, pero que no se metiera con sus hijos. ¿Sabría lo de sus hijos?

—Llévate todo ese maldito cofre, Alejandra. Ahí está todo lo que encontré con las medallas, y todo es inútil. Llévatelo todo y déjame en paz para siempre.

Alejandra sonrió maliciosamente:

—En eso tienes razón. Después de esto estarás en paz… y para siempre.

—¡A ver, ustedes! —dijo Alejandra a los jinetes—. Bajen ese cofre.

Los bandoleros sacaron el cofre de la diligencia y Alejandra se acercó al interior, se asomó de forma arrogante por los ventanales y lo vio vacío.

—Tienes otra cosa de Miguel que yo necesito.

Sofía sentía un pánico como el que nunca había sentido: el de una madre que ve amenazada la vida de su hijo. Sintió cómo el frío recorría su cuerpo y trató de endurecer su rostro para no mostrar el menor indicio de preocupación.

—No sé de qué me estás hablando, Alejandra. No tengo ni necesito nada más de Miguel de Montellano. Si tanto te interesas aún en él, mejor espíalo y persíguelo a él. Nosotros ya no tenemos nada que nos una.

Alejandra soltó una carcajada.

—Niña estúpida. Soy una mujer casada con uno de los hombres más ricos del reino y no tengo el menor sentimiento por Miguel de Montellano, y para que te lo sepas, nunca lo he tenido. Era necesario, es todo. Pero ahora que la insurgencia ha muerto y que la corona no tardará en volver a enviar a mi tío, el conde de Calderón,

mariscal Calleja para ti, a pacificar este rincón de España, los planes continúan y Miguel ya no es necesario.

Sofía seguía paralizada por el miedo. ¿Volvería Calleja? Eso significaba perder cualquier mínima esperanza que aún existiera en la causa de la Independencia. ¿Y cuál sería el plan del que hablaba Alejandra? ¿Para qué necesitaba esos documentos del pasado?

Alejandra seguía mirando el interior del carruaje maliciosamente. Sonrió y levantó una mano, señalando a Inés, al tiempo que gritaba a uno de sus hombres, quien acto seguido apuntó con su arma al rostro de la mulata.

—Mira, niña, sé que pariste al hijo de Miguel de Montellano y ya te dije que necesito todo lo suyo. Así es: habla y tal vez tu esclava y tú vivan.

—¡No digas nada! —gritó Inés—. No les digas dónde lo dejaste. Que no te importe nada más.

—Buen intento, pero no creo que te hayas aventurado a este viaje sin él —señaló Alejandra—. ¡Registren!

No fue necesario mucho registro. Lo primero que hizo uno de los hombres de Alejandra fue levantar el asiento que tenía más cercano. Ahí estaba, conteniendo el llanto y muerto de miedo, el pequeño José María. Sofía gritó, desesperada, mientras pataleaba y trataba de salirse de los brazos del bandolero que la había sujetado.

—¡Por favor, Alejandra, pídeme lo que quieras, pero no te lleves a mi hijo!

—Ingenua. Pero si tu hijo es justo lo que quiero, hijo tuyo y de Miguel, el heredero de todo. Pobre tonta ignorante.

A una orden de Alejandra los hombres amordazaron y maniataron a las dos mujeres y las ataron a distintas ruedas del carro. El rostro de las dos estaba lleno de lágrimas y de desesperación. Los bandoleros tomaron el cofre y al pequeño José María de Montellano y Guillén, quien no dejaba de gritar, y se dispusieron a irse de ahí. Alejandra se paró justo en medio de las dos mujeres que yacían amarradas en el piso a las ruedas de la carreta.

—Ahora sí te dejaré descansar en paz. Éste es un camino muy poco transitado y dudo que alguien pase por aquí. En menos de dos días habrán muerto de sed, si no es que algún animal del bosque se encarga de ustedes primero o algún viajero decide saciar sus instintos con ustedes. Si hace años te hubieras quedado en tu posición, nada te hubiera pasado. Ahora eres libre para morir.

Alejandra de la Gándara y Aramburu subió a su caballo y se fue a galope. Tras ella, los bandoleros se llevaban el cofre y al hijo de

Sofía Guillén. Las dos mujeres estaban desesperadas en el piso, pero Sofía no podía simplemente esperar la muerte. Tres ideas pasaban por su mente: la de vivir para recuperar a su hijo, salvar a la pequeña Mariana, que había quedado en el otro asiento, y algo que dijo Alejandra: el heredero de todo.

5

Españoles:

He oído vuestros votos y, cual tierno padre, he condescendido a lo que mis hijos me piden conducente a su felicidad. He jurado esa Constitución por la cual suspirabais y seré siempre su más firme apoyo. Ya he tomado las medidas oportunas para la pronta convocatoria de las Cortes; en ellas, reunidos vuestros representantes, me gozaré de contribuir a la grandeza de la prosperidad nacional.

Españoles: vuestra gloria es lo único que mi corazón ambiciona. Mi alma no apetece sino veros en torno a mi trono, unidos, pacíficos y dichosos. Confiad, pues, en vuestro rey, que os habla con la efusión sincera que le inspiran las circunstancias en que os halláis. Vuestra ventura de ahora en adelante dependerá en gran medida de vosotros mismos. Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional y mostrando a Europa un modelo de sabiduría, orden y moderación en una crisis que en otras naciones ha sido acompañada de lágrimas y desgracias. Hagamos admirar y reverenciar el nombre español, al mismo tiempo que labramos para siglos nuestra felicidad y nuestra gloria.

Palacio de Madrid, 10 de marzo de 1820.

Fernando

6

Provincia de Veracruz. Abril de 1820

En todo el día el sol no dio tregua y las nubes nunca llegaron a aliviar al martirio de Inés y Sofía Guillén. Pasaron las horas. Caló el hambre y, sobre todo, la sed. El sudor surgió en sus cuerpos, se evaporó, se secó, volvió a brotar. Comenzaron a dejar de sudar a falta de líquidos en el cuerpo. Se acercaba el delirio. Las dos intentaban esforzarse en sobrevivir, en no cerrar los ojos por miedo a no abrirlos jamás. Durante un buen tiempo escucharon el llanto de la pequeña Mariana en el interior del carruaje, hasta que simplemente cesó. Lentamente murió la esperanza.

De pronto, Sofía abrió los ojos. Sintió los pasos cerca de ella, vio las botas en el piso, vislumbró el horizonte, en el que el cielo ya comenzaba a teñirse de rojo, evidenciando que había transcurrido todo el día, quizá ocho o nueve horas. Intentó moverse sin resultado. Intentó emitir sonido y su lengua se atoró con el trapo en el que estaba envuelta. Volteó a su lado y pudo ver a Inés, desfallecida.

Nuevamente las botas. Trató de abrir los ojos y vio como entre lágrimas, como en sueños. Un caballo estaba cerca, dos, tres. Escuchó de nuevo los pasos. Alcanzó a distinguir la figura del jinete, vagamente. Un ruido, la puerta del carruaje, un rechinido, madera, sonidos indistinguibles. ¡Un llanto! Un llanto, el inconfundible llanto de la pequeña Mariana, la volvió a la realidad súbitamente.

Entonces pudo verlo. El jinete cargaba a su hija. Sofía intentó moverse, pero fue imposible. ¿Habría vuelto Alejandra a arrebatarle lo único que le quedaba? Intentó llorar y tampoco lo logró. Inés

seguía desfallecida. Desde lo más profundo de su garganta, Sofía logró emitir un gemido que apenas fue audible a través de la mordaza. Entonces sintió cómo se aflojaba el nudo en el cuello y sintió que su lengua se liberaba. Pudo abrir la boca. Juntó todo su aliento para gritar, pero en ese momento sintió agua en la boca.

Abrió de nuevo los ojos y vio a la sombra, al extraño jinete desconocido, en cuclillas junto a ella, y sintió cómo le detenía la cabeza al tiempo que seguía vaciando agua en su boca. El líquido le dio fuerza y trató de moverse.

—Tranquila —dijo una dulce pero misteriosa voz.

Sofía enfocó mejor al extraño y vio que tenía a su hija en los brazos, inerte.

—Ella está bien —dijo la voz—, ya le di agua y se quedó dormida. Tranquila, las tres van a estar bien.

Sofía cerró los ojos de nuevo. Sintió alivio y sosiego después de ver a su hija. No tenía idea de lo que estaba pasando. Sintió cómo, nuevamente, tomaban su cuello y dejaban caer más agua en sus labios. Volteó nuevamente a ver al extraño salvador.

—¿Quién eres? —alcanzó a balbucear. El extraño jinete bajó una mascada que le cubría medio rostro y Sofía pudo ver unos ojos que le resultaban familiares, aunque en realidad nunca los había visto —. ¿Quién eres? —preguntó nuevamente con verdadera curiosidad, despertada por aquellos ojos claros.

El jinete se terminó de quitar la mascada y Sofía no entendía lo que pasaba. Era una mujer:

—Descansa. Todo estará bien. Soy Leonor. Leonor de Moctezuma y Cortés.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

Motecuzoma y Cortés. Dos grandes incomprendidos de la historia y vilipendiados sin razón alguna. Del gran señor azteca se dice que fue un cobarde, que no supo actuar a tiempo, que no movió la gran máquina de guerra de los aztecas para detener de inmediato a los conquistadores, que se dejó vencer, que entregó la ciudad. Del aventurero español se ataca su codicia sin límites, su crueldad, su ambición desmedida por el oro, sus hábiles engaños y argucias. Por encima de todo, hay hasta quien lo acusa de haber asesinado a una cultura.

¡Qué fácil es juzgar los hechos desde el presente! Los aztecas elegían a su señor de entre lo mejor de la nobleza, a los más religiosos y a los mejores guerreros, las dos cosas. Pocos guerreros hubo más fuertes que Motecuzoma, pero también pocos hombres tan supersticiosos, resultado, finalmente, del propio pensamiento azteca. Así, el tlatoani estuvo ante todo confundido. Desde que comenzó su mandato le llegaron noticias de aquellos hombres extraños que venían de Oriente, que navegaban por las islas mayas, cada vez más hombres y cada vez más cerca.

¿Esperaban o no el regreso de Quetzalcóatl? Probablemente. Parece que todas las religiones se basan en esperar a alguien o algo: al mesías, el regreso de Cristo, el imán oculto, el fin de los tiempos, el juicio final. Un poco de todo esto era la Serpiente Emplumada, y un poco de todo eso fue exactamente lo que trajo Hernán Cortés.

Cortés llegó de Oriente como dictaba el augurio, y definitivamente tomó el trono azteca como estaba agorado. El mundo de aquellos hombres en definitiva terminó y es un hecho que sus dioses fueron derrotados o que, simplemente, las divinidades paganas los abandonaron cuando llegó el momento. Hernán Cortés cumplió con los requisitos de las profecías, o quizá así se acomodaron los hechos tiempo después para que todas las piezas encajaran, pero de una forma o de otra él fue la Serpiente Emplumada que volvió.

¿En la historia existe el destino?

Lo que es definitivo es que un nuevo mundo surgió de los escombros, pero los escombros no los generaron los españoles. Podemos seguir pensando que unos ochocientos aventureros fueron capaces de destruir un gran imperio, o podemos aceptar que dicho gran imperio no era tal, que era un gigante con pies de barro, construido sobre la sangre de los otros pueblos indios de América, los verdaderos conquistadores de los aztecas.

Por encima de todo, Motecuzoma no sabía que se enfrentaba al hombre que sería el conquistador, ni Cortés sabía que estaba emprendiendo la aventura épica más grande de todos los tiempos. Hoy la llaman conquista de México, pero lo cierto es que en aquella América indígena, efectivamente, no existía un país, no había tal México; los indios que se unieron a Cortés no lucharon contra su patria, sino contra sus conquistadores: los aztecas.

Motecuzoma vio con curiosidad y temor la llegada de los extraños, pero por más que se nos hable del temor azteca, hay que entender que los que más razones tenían para temer eran, precisamente, Cortés y su gente. Algunos cientos de hombres, a miles de kilómetros de su tierra, sea que consideremos ésta a Castilla o a Cuba, a una altura sobre el mar que sus cuerpos desconocían, en medio de selvas inhóspitas, rodeados de pueblos de decenas de miles de habitantes, encerrados entre hombres a los que consideraban salvajes, verdaderos guerreros, cautivados y atemorizados por la grandeza de Tenochtitlán, asqueados y aterrorizados ante el canibalismo ritual y los festines de sangre, viendo a seres humanos que sacaban el corazón de sus semejantes como ofrenda a los dioses. ¡Ellos tenían miedo! Cortés tuvo que tener mucho miedo, pero nunca se detuvo.

¿La codicia? Qué sencillo es juzgar a los fantasmas del pasado. Como si no fuese la codicia el motor de las grandes empresas en la historia de la humanidad. Pero Cortés quería mucho más que oro. Él llegó al Nuevo Mundo con la clara intención de quedarse para siempre. Por ello barrenó sus naves en la Vera Cruz. No había vuelta atrás. Cortés hizo lo que tanto nos urge hacer a todos, lo que precisamente nunca hizo Motecuzoma. Hernán Cortés decidió olvidarse de una vez y para siempre del pasado.

El gran Motecuzoma, y todo su pueblo, toda su cultura, vivían del pasado, de la tradición, de los ancestros, de los mitos arcaicos. Tenían su forma de ver el mundo, su manera de hacer la guerra, su visión de los combates, sus valores políticos, y no estaban dispuestos a cambiar nada de eso. O quizá Cortés no les dio ni

tiempo de asimilarlo.

Hernán Cortés dejó el pasado al salir de Castilla en 1504, volvió a soltar ataduras cuando abandonó Haití para instalarse en Cuba, y cuanto todo se hallaba estable, decidió partir al continente a escondidas de Velázquez, es decir, sin dejar espacio para la retirada. Ya en tierra hundió sus naves, quemó el pasado y dejó sólo espacio para el futuro.

Sofía

EL LEGADO

DEL MARQUÉS

1

Madrid, 24 de abril de 1820

Excelentísimo coronel Agustín de Iturbide

Muy señor mío:

Permítame que comience con mis inquietudes antes de tratar las vuestras, ya que me inquietan sobremanera sus noticias sobre la ausencia de Sofía en Veracruz. Hace tres años que no tengo noticias de ella. Sólo quiero saber si está bien. Ruego encarecidamente que no deje el tema.

Copias de la Constitución de Cádiz están ya embarcadas a los rincones de América. En marzo pasado una multitud rodeó el Palacio Real. Rafael de Riego es ahora mariscal de España, y Calleja, por fortuna de América y mía, fue detenido.

En Madrid he frecuentado un establecimiento conocido como café Fontana de Oro, donde se reúnen más clubes secretos asociados a la masonería, unos afiliados al rito de York, vinculados al gobierno norteamericano, y otros al de Escocia, vinculados a países europeos, principalmente Francia.

Las Cortes en Cádiz están llenas de masones. Unos se complacen con haber establecido la Constitución, pero otros más insisten en continuar sus esfuerzos hasta convertir el reino en república. Me parece que el futuro de España estará en vuelto en sangre, y debe V.E. evitar que eso suceda en nuestra patria. Por otro lado, si Fernando sigue recibiendo tantas presiones en su trono, es más probable que esté dispuesto a aceptar el que se le ofrecerá, pero insto a V.E. a meditar si sería el mejor monarca para nosotros.

Aquí, en el Fontana de Oro, se reúne un club que se hace llamar Sociedad de Americanos. Sobre ellos debe estar muy pendiente V.E. Pueden ser sus enemigos o sus aliados, según los acontecimientos. Puedo asegurar la suscripción al grupo de muchos diputados americanos, como Miguel Ramos Arizpe, Mariano Michelena y Lorenzo de Zavala, todos ellos individuos del más valioso intelecto pero de espíritu conspirador. Si logra contenerlos, serán de gran apoyo a vuestros planes. En más de una ocasión han mencionado al

padre Mier, que, según entiendo, está preso en Filadelfia.

Puedo decirle también que reciben las ocasionales visitas del médico español Manuel Codornú, masón declarado, y parece ser que, en algún momento no preciso del futuro, convencidos por el tal Codornú, piensan exigir en las Cortes la remoción del virrey Apodaca para sustituirlo con otro masón de primer orden, liberal, patriota de España, enemigo de Fernando VII y del grupo de creadores de la Constitución en 1812, el señor Juan de O'Donojú y O'Ryan. Desconozco el interés que se esconda tras esta decisión.

Muy señor mío, nuestra patria no ha nacido aún y me convenzo de que V.E. podrá lograr ese cometido, pero desde antes de su nacimiento puedo ver, desde aquí, los problemas que tendrá enfrente. Además de liberarse de España, será menester liberarse de la Iglesia como institución, tan conspiradora como los clubes liberales, pero será importante no quedar entonces en manos de los masones y de los norteamericanos.

En este último sentido, debe considerar importante que los ministros liberales de España han ratificado la venta que el año pasado se hizo de la península de Florida e islotes adyacentes al dicho gobierno norteamericano. Ahora sus fronteras los llevan hasta el Golfo, y más allá del Misisipi, hasta la provincia de Texas.

Informo que me moveré nuevamente a Sevilla, pues ahí se reúnen las Cortes. La agitación política me tiene sin permiso de salida de España, y necesitaré, por vuestra intercesión, conseguir el pasaporte para entrar a nuestro reino. Siga tras los pasos de Guadalupe Victoria. Es el hombre que puede ayudarlo en su propósito de unión. Confío en V.E.

Queda de usted,

Miguel de Montellano

2

Templo de San Felipe Neri

de la Profesa, ciudad de México.

Mayo de 1820

Los conservadores siempre tenían algo que conservar, fuera el poder, fuera la riqueza, fueran los privilegios. Por eso las cosas les gustaban tal y como estaban. Todo podía cambiar mientras nada cambiara. Incluso un movimiento tan brusco, un giro tan radical de acontecimientos como un día ser parte de la corona española y al día siguiente dejar de serlo, incluso eso era posible si todo se quedaba como estaba. Podíamos no reconocer a la corona española, pero sí reconocer a quien la portaba y ofrecerle otra. ¡Viva Fernando VII! Diez años después de Hidalgo, el grito era el mismo.

La diferencia era que ahora no gritaba una turba de insurrectos,

sino la crema y nata de la sociedad novohispana. El grito no era en el atrio de una parroquia de pueblo, sino en el cómodo interior de una de las mejores iglesias de la capital, y la arenga no venía de un furibundo cura provincial, sino de dos representantes del alto clero: el nuevo gran inquisidor de Nueva España, Manuel Flores, y el hombre que dejaba ese puesto para hacerse cargo del templo de la gente de alcurnia, Matías de Monteagudo.

El rey había jurado la Constitución liberal de Cádiz y había convocado a Cortes, todo ello presionado por el triunfo de una revolución liberal encabezada en Sevilla por el militar traidor Rafael de Riego. Las Cortes estaban dominadas por esa gentuza liberal, esos léperos venidos a más convertidos en representantes del pueblo, esos plebeyos con aires de magnos señores que pretendían ser legalmente iguales que la aristocracia, como si una ley pudiera borrar las diferencias, que eran de herencia y nacimiento.

Y al igual que en 1812, esos bribones con delirios de grandeza, tan sólo porque leían libros franceses, esos recalcitrantes herejes, habían comenzado nuevamente a emitir leyes anticlericales, a perseguir por la mala los bienes de la Santa Madre Iglesia, y a compararse con Dios Nuestro Señor al pretender ser los depositarios de la soberanía nacional. ¡Válganme las once mil vírgenes! Hasta pretendían decirle al rey lo que podía hacer y lo que no.

Las buenas conciencias de la sociedad no podían permitir semejante ultraje al orden establecido, y a sus prebendas y privilegios. La Constitución de Cádiz ya iba en camino a América en sobres lacrados con el sello de su católica majestad, y debía entrar en vigor el 30 de mayo de aquel 1821 en todos los territorios de la corona española. La solución de pronto fue evidente para las clases pudientes de Nueva España: ya no era conveniente ser parte de la corona española. Había llegado el momento de la Independencia. Sobre eso se conspiraba en el templo de La Profesa.

—Señores, no está en juego la fidelidad al rey, sino todo lo contrario. Somos sus más fieles vasallos. Al jurar la Constitución liberal, el rey no lo hizo por su voluntad, sino prácticamente prisionero de esos radicales, por lo que todo lo que mande en ese estado de cautividad no es válido —tal era la opinión que hacía resonar entre los muros del templo el hacendado José María Fagoaga y Lizaur.

—Efectivamente, don José María —agregó el hacendado Antonio del Río—, la situación de nuestro amado Fernando VII es hoy la misma que vivía cuando estaba en manos de Napoleón. No

importa que el rey siga en Madrid: en realidad es preso de los liberales.

—Es muy importante —agregó el abogado Ignacio Velarde— que no quede duda de la legalidad de este movimiento, y que bajo ninguna circunstancia se nos vaya a relacionar con esa chusma insurgente y su rebeldía absoluta. Por eso necesitamos el respaldo del propio virrey y de las autoridades de la Iglesia.

Ahí estaban tres de tantos de los poderosos del reino buscando una independencia de España que no pasara por los restos de la insurgencia, rechazando incluso a esa insurgencia. Pero algo tenían en común aquellos tres, algo que compartían con otros tantos de los asistentes y que se reservaban para sus adentros. Muchos de los que ahora conspiraban y buscaban mantener a raya a los antiguos rebeldes habían sido antes parte de otra serie de conspiraciones dentro de un grupo secreto conocido como Los Guadalupes, pero esos tres personajes en particular se conocían de un poco atrás, cuando, invitados por un tal Diego de Montellano, formaron parte de una sociedad a la que llamaban El Águila.

—El respaldo de la Iglesia es absoluto mientras el plan incluya la protección a sus posesiones —añadió Monteagudo—, y en cuanto al gobierno virreinal, puedo decirles que el regente de la Real Audiencia, don Miguel Bataller, comparte las ideas. En cuanto al virrey Apodaca, no puede tomar partido oficialmente, pero sabe que este movimiento le daría más poder y simpatiza con ello. ¿No les resulta extraño, caballeros, que ninguna autoridad haya puesto atención en estos ejercicios espirituales que congregan a personas tan poderosas y que se prolongan por las noches?

Matías de Monteagudo miraba complacido. Los más altos círculos sociales de Nueva España se podían entender por lo menos en una cosa: el respeto a sus propiedades y privilegios, y nada como el absolutismo de Fernando VII, sin Cortes ni Constitución, para garantizar aquello. La aristocracia necesitaba, en efecto, el apoyo de la Iglesia, pero la Iglesia necesitaba el apoyo, económico ante todo, de esa aristocracia. El virrey los necesitaba a ambos para afianzar el poder.

—Hay algo que no debemos perder de vista, caballeros. Más allá de la legalidad, es importante no tener relación alguna con los insurrectos por otra cuestión. Las tropas rebeldes que aún quedan se han formado por campesinos desposeídos, el pueblo de la más baja ralea, y si gente así forma parte de un movimiento liberador, van a querer, cómo decirlo, privilegios para ellos, cambiar las reglas sociales, que hasta donde entiendo es parte de lo que queremos

evitar. Es momento de aprovechar para terminar con los restos de esas guerrillas de maleantes.

Quien así habló fue don Pedro Romero de Terreros tercero. El hombre más rico de Nueva España y quizá del mundo, el tercer conde de Regla, no asistía con regularidad a aquellas reuniones disfrazadas de ejercicios espirituales, ya que prefería la vida de sus haciendas en la zona minera de la intendencia de México, pero se presentó en aquella ocasión acompañado de su amigo y socio don José María Rincón Gallardo, ya que aquel día se detallaría el plan, y el aporte económico de ambos era fundamental para la operación.

El comentario llamó la atención de otra de las personas asistentes, la viuda María Ignacia Rodríguez. Finalmente, el conde de Regla había introducido el tema que para ella, que tenía sus propios planes, era de vital importancia: el asunto militar. Poco hablaba la Güera Rodríguez en las reuniones. Ella prefería el acercamiento personal cuando algún tema le resultaba de particular importancia, y el acercamiento personal con Monteagudo prácticamente aseguraba sus deseos.

—Damas y caballeros presentes —habló el religioso—, sé que la propuesta causó revuelo, pero en definitiva no hay en el reino un brazo militar más confiable que el propuesto. Ahora sabemos que el mariscal Calleja no volverá a América, y no hay nadie como el mejor de sus pupilos para tomar las riendas del ejército. Me he permito sugerirle al virrey Apodaca que reintegre a las filas de la milicia, como comandante del Ejército del Sur, al coronel don Agustín de Iturbide y Aramburu.

3

Villa del Real del Monte,

provincia de Pachuca.

Junio de 1820

La vida de Sofía Guillén no dejaba de depararle sorpresas, y Leonor de Moctezuma y Cortés fue quizá la más inesperada, por lo menos si su historia era cierta, y esos ojos dejaban muy poco espacio para las dudas. Pero, por encima de todo, ella e Inés le debían la vida. Las había rescatado de ese inhóspito paraje en la sierra veracruzana y las había llevado sanas y salvas, con todo y su hija Mariana, a una casa cercana a la ciudad de Puebla, donde pudieron descansar, reponerse de lo ocurrido y escuchar su historia.

Leonor era su verdadero nombre, pero no así sus apellidos, que ella usaba asumiendo que, dado el pasado que se escondía detrás de

cada uno de ellos, tenía, como heredera, el derecho histórico de usarlos, como bien podrían hacer Sofía o el propio Miguel. En realidad, el nombre era lo menos espectacular y sorpresivo de la historia de Leonor.

Era una mujer de treinta y cinco años, de piel morena tirando a clara, cabello color castaño. Y sus ojos. Sus ojos no solamente eran claros, una mezcla extraña que nunca dejaba ver con certeza si eran verdes o azules, eran en realidad idénticos a los de Miguel de Montellano. De hecho, el conjunto de ojos, cejas y nariz era absolutamente robado a Miguel, y por los escasos recuerdos al respecto que tenía Sofía, en efecto bien podía ser el de Diego de Montellano.

Eso presumía ser Leonor, la media hermana de Miguel de Montellano, su desconocida hermana mayor, cinco años mayor para ser exactos. Era, pues, nada más y nada menos, que la cuñada de Sofía, pero era todavía mucho más que eso, y ésa fue la parte de la historia que a Sofía Guillén le resultó chocante, una aberración, algo que durante un tiempo simplemente se negó a aceptar, hasta que la serenidad, la lógica y las historias contadas por la propia Leonor no dejaron lugar para las dudas.

Leonor de Montellano, nombre con el que nació por derecho, pero con el que no fue reconocida, había nacido en 1785. Era resultado, pues, evidentemente, de una aventura de don Diego, de quien Sofía podía esperar eso y más, ya que el matrimonio del señor Montellano y Miravalle con Rebeca de Cortés Altamirano y Sarmiento había ocurrido en 1783. "Finalmente la infidelidad no es otra cosa más que otro tipo de traición", pensó Sofía, y no pudo evitar que ese pensamiento le revolviera el estómago.

Isabel de Ramírez y Arellano. Ese nombre de la madre de la tal Leonor era lo que a Sofía la ponía mal. Isabel de Ramírez y Arellano, muerta en el parto; todo coincidía con lo que su memoria alcanzó a recordar de los tiempos en que platicaba con sus padres. Su madre, Mariana Ramírez y Arellano, tenía una hermana de nombre Isabel que había muerto antes de que Sofía naciera, unos cinco años antes, al dar a luz a la hija de un padre que ella nunca reveló y que optó por desaparecer y por no reconocer aquella paternidad.

Leonor Ramírez, como fue registrada al ser bautizada, fue ingresada a una casa de asistencia religiosa por sus abuelos, quienes aparentemente guardaron ahí el secreto del pecado de su hija. En 1803, cuando su mayoría de edad la dejó fuera del orfanato religioso, investigó y obtuvo los datos de su padre, y un buen día se

presentó ante don Diego de Montellano y Miravalle, quien para entonces tenía un hijo de unos quince años, habido con una mujer con la que casó en legítimo matrimonio, pero que murió en el parto de su hijo Miguel.

Don Diego negó su paternidad y tampoco se hizo responsable de ella. Lo más que obtuvo Leonor fue dinero, una dote que le podría servir para entrar con ciertas comodidades y privilegios a un convento: el mejor lugar para que un pecado se mantuviera oculto. Pero Leonor supo que su origen y verdadero nombre era Montellano y Ramírez Arellano. Con nombre real y una dote adecuada, sumados al desinterés de su padre biológico, sor Leonor creció, efectivamente, con comodidades y privilegios en un convento de la ciudad de México, al que ingresó a los diecinueve años de edad.

Cinco años se dedicó de forma exhaustiva y exclusiva al estudio, hasta que en 1808 aprovechó los conatos de revolución que sacudieron la capital, cuando fue depuesto el virrey Iturrigaray y amaneció colgado el cadáver del síndico del ayuntamiento, el licenciado Primo de Verdad, y dejó el convento para ir de nuevo en busca de su padre. Pero ya no buscaba un padre en aquellos tiempos; independiente, estudiada y con veintitrés años de edad, buscaba más información y, ante todo, dinero, para lo cual estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario y a usar la herramienta que tan bien se le daba a su progenitor: el chantaje.

Fue entonces, joven, libre y con dinero invertido en el consulado comercial de Veracruz, cuando terminó de rastrear los orígenes de sus apellidos y ancestros, y a causa de lo que descubrió, decidió que, en vista de su ascendencia paterna de Miravalle y la materna de Ramírez Arellano, ella sería desde ese momento Leonor de Moctezuma y Cortés, descendiente de ambos.

Pero muchas cosas le dolían a Sofía en esa historia. Ver a una mujer que, con antecedentes similares a los suyos, los usó de forma tan diferente para ser libre; imaginar que Diego de Montellano pudo hasta haber matado a las dos mujeres con las que tuvo hijos, que abandonó a su primera hija, quizá porque no le interesaba que fuese mujer; ver en ella la sombra aún doliente de Miguel; aceptar que tenía una cuñada, y una prima, pues Leonor era hija de la hermana de su madre.

Algo más pasó por la mente de Sofía, y fue la relación que pudiese haber entre la madre de Leonor, su tía, la hermana de su propia madre, la mujer que Diego de Montellano tal vez mató tras el parto para luego abandonar a la hija, y la madre de Miguel, misteriosamente también muerta en el parto de un hijo, en este caso

varón, que Diego de Montellano sí conservó.

La respuesta le vino como un relámpago que sacudió su atormentada mente: las dos mujeres de don Diego, las dos madres de sus hijos, Isabel de Ramírez y Arellano y Rebeca Cortés Altamirano, tal vez sin conocerse y sin saberlo eran parientes en algún punto. Ambas eran descendientes, según lo que Sofía había revisado con Miguel en la hacienda Montellano, de dos distintas ramas del linaje de Hernán Cortés; mientras que por más que siempre lo hubiese ocultado, Diego era descendiente, por la vía materna, de la familia Moctezuma.

Y ahí estaba, unos dos meses después, en medio de las montañas del Real del Monte, entre brillos de plata, rodeada de la mayor riqueza de Nueva España, alejada de su pequeño hijo José María y acompañada de Leonor de Moctezuma y Cortés: su cuñada, su prima y su salvadora.

—Alejandra está casada con José María Rincón Gallardo, cuya familia tiene muchas tierras en esta zona, pero además él es socio del conde Pedro Romero de Terreros, dueño de todo lo que veas por aquí: el pueblo, las casas, las minas, la plata, la gente y muchas haciendas —dijo Leonor.

—¿Y en verdad crees que tenga esto algo que ver con mi pequeño?

—Mira, Sofía, el conde tiene fama de buena persona, pero anda en negocios con el marido de Alejandra, que es la oveja negra de aquella familia, y según parece le permite usar para sus negocios la propiedad donde tiene su hacienda de beneficio de plata, que se conoce como Santa María Regla. El propio conde vive como señor feudal en su hacienda de San Miguel, y en una hondonada cercana tiene la hacienda de fundición, San Antonio. En Santa María hay sótanos, pasadizos, escondites, calabozos, puertas secretas, y la hacienda está al fondo de una cañada de basaltos y rodeada por un río caudaloso; una fortaleza de difícil acceso que sería muy buen lugar para esconder a tu hijo. Y según lo que pude informarme en México, ahí debe de estar.

—¿Cómo puedes informarte de eso?

—Sofía, en este país no hay información que no tenga precio. Te impresionaría saber a qué nivel se espían entre ellos todos los poderosos. Tú tienes que estar tranquila. Mariana está a salvo con esa Inés en mi casa de Puebla, y yo tengo una idea para rescatar a tu hijo. Tus gemelos pronto volverán a estar juntos.

—Aún no entiendo. El heredero de todo… ¿A qué se referiría con eso?

—¿No lo has pensado? Tú eres descendiente de Cortés y Moctezuma; Miguel, también. Tu primogénito varón puede ser heredero de muchas cosas.

—Pero él no nació primero… Es decir, Mariana llegó al mundo unos minutos antes.

—Da gracias de que Alejandra desconoce la existencia de tu hija. Eso la tiene más a salvo. Nadie la está buscando.

—Pero no lo entiendo. No hay una herencia de Cortés o de Moctezuma.

Leonor miró de reojo a Sofía:

—¿Eso crees?

4

Sevilla. Junio de 1820

Don Lucas Ignacio José Joaquín Pedro de Alcántara Juan Bautista Francisco de Paula Alamán y Escalada era considerado por algunos como el hombre más sabio de todo el virreinato de Nueva España, y quizá también con uno de los nombres más largos, casi tanto como sus credenciales académicas.

Era un diplomático, escritor, historiador y pensador en general, lo cual lo hacía uno de los personajes más respetables de la sociedad novohispana. Sin embargo, tenía un gran defecto que también despertaba suspicacias en torno a su persona, sobre todo dentro de la aristocracia conservadora, de la que él mismo era parte fundamental: era científico.

Don Lucas Alamán era religioso y conservador, pero también físico, químico, ingeniero de minas y botánico. Su mente era científica. Razonaba a través de la lógica y buscaba pruebas palpables de la realidad; un hombre difícil de apreciar en un país donde noventa por ciento de la población no leía y gran parte de los habitantes consideraba peligrosos a los científicos, misteriosos, como dueños de algún tipo de poder superior. Aun así, siempre fue bien apreciado por el gobierno virreinal, del que era ministro, y su fama de sabio le valió ser enviado como diputado de Nueva España a las Cortes imperiales de 1820.

Nació don Lucas en Guanajuato en el año de 1792, y desde niño demostró ser un prodigio. Con apenas dieciocho años fue testigo de la masacre que la turba iracunda de Miguel Hidalgo hizo en su querida ciudad natal. Vio al cura regocijarse en medio de un festín

de sangre y fue desde entonces un decidido enemigo de la insurgencia, más no de la idea de la libertad, siempre y cuando ésta fuera ordenada; fue por ello que la idea de las Cortes de Cádiz le pareció un buen camino para hablar de emancipación de España, quizá sin abandonar la corona, pero sí evitando que los masones siguieran infiltrándose en la política del país que luchaba por nacer.

Caía plomo derretido sobre Sevilla, como en casi todos los veranos, cuando don Lucas llegó a la ciudad. Más de cuarenta grados que casi hacían borroso el ambiente, en el que ni una brisa tenía la piedad de soplar y aliviar el sopor. La vida, sin embargo, seguía su curso. Comerciantes y mercaderes de hecho trabajaban a marchas forzadas para terminar de sacar, ese mes, la ganancia correspondiente al de agosto, cuando los toldos bajaban y la gente huía a causa de una temperatura casi irrespirable. Por ello tenían que hacer su agosto en los meses anteriores.

Pero fue en medio de ese calor donde Miguel de Montellano consiguió entrevistarse con don Lucas Alamán, en una barra cerca del palacio que hospedaba el Archivo de Indias, cita previa del señor diputado Alamán. Ante la noticia del arribo de aquel representante de América, Miguel no pudo dejar pasar la oportunidad de verse con él, quien, para su sorpresa, no sólo accedió con mucho gusto, sino incluso mostrando un particular interés en el encuentro.

Gran sorpresa se llevó Montellano al encontrarse con un hombre ya entonces con fama de erudito, y que sin embargo era evidentemente menor que él, aunque sus modos y trato de cortesano bien podrían ser de alguien que lo doblara en años. Estaba entonces Miguel por cumplir los treinta y tres, mientras que don Lucas apenas llegaba a los veintiocho.

—Efectivamente, don Miguel, las Cortes están llenas de masones que difícilmente optarán por un plan como el que usted me comunica. He de confesarle que no me desagrada la idea de una monarquía en Nueva España, separada de la propia España. Finalmente, la monarquía es el único tipo de gobierno que se ha conocido allá por trescientos años. Coincido con la posibilidad de este imperio… ¿cómo lo llamó?

—Imperio Mexicano, don Lucas. La idea es formar el Imperio Mexicano, independiente de España pero con un Borbón sentado en el trono, un trono que, desde luego, deberá estar en la ciudad de México, y el gobierno también debe ser local, con Cortes locales, y claro, formarlo sin guerra, sino a través de un pacto con la corona española.

—El proyecto no deja de ser interesante, pero dudo que encuentre eco. Verá usted, la mente de este rey es medieval y simplemente no lo entenderá; por otro lado, la mayoría de los diputados en Cortes busca ahora, más que nunca, la sujeción a España, ya que el proyecto Constitucional es en realidad ambicioso y conveniente: definir como España todos los territorios, desde la península hasta América, y como españoles en igualdad de derechos a todos sus súbditos. Incluso se habla de establecer a diferentes infantes de la casa Borbón en cada virreinato y consolidar un Gran Imperio Hispano. De hecho eso no difiere mucho del plan de paz y libertad que su patrocinador propone.

—En eso tiene razón, don Lucas, pero ahí permítame dudar a mí tanto del rey como del alcance de miras de los diputados. Cada uno busca intereses regionales. Según sé, el objetivo del grupo que encabeza Ramos Arizpe es crear un nuevo virreinato en el norte de Nueva España, en las provincias internas.

—Así es. En efecto, mi amigo, esta Constitución puede ser el germen de un gran imperio español que abarque medio mundo y donde todos seamos iguales ante la ley, pero también puede ser el origen de una pulverización del poder. El problema es que la Constitución supera en mucho al rey y, si me permite decirlo, creo que también supera a todo el pueblo español de América. De California a Patagonia, dudo que más de unos cuántos, entre esos dieciocho millones de almas, puedan entenderlo.

—Ahí es donde este plan de paz y libertad funciona. La realidad es que, más allá de la lengua y la religión, no tenemos vínculo alguno con el sur de América, ni con Francisco de Miranda o Simón Bolívar.

—Aunque yo estuviera de acuerdo, caballero, los diputados americanos están conformes con lo que dispone la Constitución, muchos porque en realidad pretenden formar reinos hispanos independientes, pero en muchos de ellos, masones desde luego, éste es el inicio de una desintegración del imperio que les permitiría formar nuevas repúblicas.

—Ahí es, don Lucas, donde yo veo la mano no sólo de los masones, sino de Estados Unidos de América, y en mi muy particular opinión, no confío en ese tal Bolívar. Si uno lo analiza a fondo, es a todas luces un dictador enmascarado en la idea de la república.

—Bueno, don Miguel, como señalé al principio de nuestra conversación, puede usted contar con mi absoluta discreción al respecto.

Miguel de Montellano dio por terminada la conversación y se levantó de la mesa en la que conversaba con Lucas Alamán, listo para despedirse. Don Lucas se quedó sentado e hizo un ademán a Miguel para que no se retirara:

—Si me permite, don Miguel, tengo otro asunto completamente distinto que tratar con usted.

Miguel lo miró, extrañado, pero volvió a tomar asiento:

—Claro, don Lucas, usted dirá.

Lucas Alamán se quedó viendo fijamente a Miguel de Montellano y lo escrutó de arriba abajo, como si buscase descifrar algo en el interior de aquel hombre.

—Seré breve y conciso. Verá usted, he sido nombrado albacea en Nueva España de los bienes, propiedades y títulos —hizo una pausa y tomó aire como para darle más solemnidad a lo que estaba por decir— de don Hernán Cortés. Un noble que se hace llamar conde de Terranova, que tiene papeles del conquistador y dice ser descendiente en algún grado, me ha encargado ocuparme de los asuntos pendientes de don Hernán Cortés —Miguel permaneció en silencio. Esperaba todo menos eso. ¿Por qué se lo señalaría Lucas Alamán precisamente a él? No supo qué decir y, ante su silencio, don Lucas siguió hablando—: He estado revisando mucho material en el Archivo de Indias, recientemente conjuntado en este gran edificio que tenemos a nuestras espaldas, y como usted debe saber, guarda todos los documentos relacionados con los asuntos americanos, desde la colonización del Caribe hasta nuestros días. Evidentemente, contiene todos los archivos existentes sobre el conquistador.

—Algo así sabía, don Lucas, pero ¿qué tiene que ver esto conmigo? —Miguel decidió no poner ninguna carta sobre la mesa hasta saber por dónde iba la conversación del señor Alamán.

Don Lucas lo vio nuevamente en silencio por un rato. Era imposible saber si estaba catando la envergadura moral de su contertulio o si estaba preguntándose sobre la ignorancia que Miguel de Montellano podría tener sobre el tema.

—Lleva usted dos de los apellidos del conquistador en su nombre, mi buen amigo. Eso supongo que lo sabe. Estuve revisando genealogías y tratando de llenar algunos huecos, y bueno, tengo razones para pensar que, por vía materna, usted está en línea directa de la descendencia de Luis Altamirano, tercer hijo del conquistador.

Miguel estaba atónito, pero desde luego tenía sentido pensar que en semejante archivo, y con la mente de Lucas Alamán, se pudiese

obtener esa información.

—Algunos papeles familiares revisé, don Lucas, y es posible que tenga usted razón, pero no le he dado importancia.

—Mire, la persona que me contrató tiene una descendencia dudosa, mientras que el actual marqués del Valle, don Héctor María, es un hombre que ninguna relación tiene con Hernán Cortés. Usted tiene más derechos que cualquiera de ellos dos sobre cualquier tipo de reclamación.

Miguel soltó una carcajada para tratar de liberar tensión.

—¿Está usted pretendiendo representarme, don Lucas? —dijo Miguel con sorna—. En verdad no es un tema que me haya interesado. Además, no creo que haya mucho que representar de don Hernán Cortés. Hasta me parece extraño que le hayan hecho semejante encargo.

—En un principio me resultó igual de extraño, mi buen amigo, pero además de muchas posesiones en México, que incluyen asilos e iglesias, están el título y las posesiones del marquesado del Valle y ese antiguo palacio de Cuernavaca que, créame, vale mucho más de lo que aparenta.

—Pero, don Lucas —añadió Miguel, ciertamente extrañado—, para bien o para mal, en descendientes o en desconocidos, el título existe y tiene dueño.

—Así es, don Miguel, pero parece ser que el testamento de Hernán Cortés dejaba voluntades muy precisas al respecto, y una de ellas es que sólo quien llevase sus apellidos podría ostentar el título y, por lo tanto, acreditar las posesiones… Alguien como usted.

—¿No le parece una locura?

—Todo depende, don Miguel. Parece que el testamento de Cortés, por lo menos el que aquí se encuentra, está incompleto.

—¿Cómo que el que aquí se encuentra?

—Estos documentos siempre se hacen con copias certificadas, mi amigo. Se conoce la que está en este archivo, incompleta precisamente en lo que se refiere a la exigencia de portar los apellidos del conquistador para ostentar el título, pero debe de existir la copia original de este documento, y es muy posible que esté en el Palacio de Cortés en Cuernavaca. Los hijos del conquistador debieron de llevarlo consigo en su regreso a Nueva España a encabezar la revuelta de 1566.

No le extrañaba en lo más mínimo a Miguel que don Lucas tuviera esos conocimientos. Precisamente su fama era la de un erudito, entre otros temas, en historia, y, para más, había dedicado sus estudios en los últimos meses al de la descendencia de Cortés.

La mente de Miguel en realidad simplemente se negaba a recibir y asimilar esa información, justo cuando quería dejar totalmente atrás ese pasado. No quería saber de la historia de Hernán Cortés ni de sus propiedades o sus descendientes o las probabilidades de ser el heredero de aquello.

—Verá usted —proseguía don Lucas—, en 1566, los tres hijos de Cortés estaban en España, y en ese año lograron finalmente la autorización real para exhumar los restos de su padre y llevarlos con ellos de regreso a Nueva España. Con ellos debieron de traer esa copia en aquel viaje. Los restos de Hernán Cortés serían una bandera de batalla. Con ellos como símbolo pensaban los hijos encabezar una revuelta contra el gobierno virreinal, algunos dicen que incluso buscando la independencia. Bien había hecho Carlos V en mantenerlos en España. Ese hombre seguía siendo peligroso incluso muerto. Algo así como la leyenda del Cid.

—En todo caso —interrumpió Miguel—, ¿cuál era la necesidad de traer oculta una copia certificada del testamento?

—El propio Cortés y sus descendientes siempre tuvieron conflictos con la corona, que veía con recelo el gran poder que les daba el marquesado del Valle. En el momento de la muerte de Cortés, e incluso cuando sus restos viajaron hacia América, todos los escritos de Hernán Cortes, sus *Cartas de relación* e incluso una biografía que hicieron de él estaban prohibidos. No creo que sus hijos confiaran en el rey, menos aún si iban a organizar una revuelta de independencia.

—¿Y por qué era tan importante esa herencia?

—Algo muy simple, amigo. Aunque el título de Cortés era el de marqués del Valle de Oaxaca, la verdad es que sus propiedades y rentas se extendían desde el pueblo de Coyoacán, cerca de la capital, seguían hasta incluir toda la zona de Cuernavaca, y de ahí hasta las costas oaxaqueñas y al ismo de Tehuantepec. Eso era lo estipulado como "valle de Oaxaca", tan extenso que por eso el propio Hernán Cortés se hacía llamar simplemente marqués del Valle.

—¿Es decir que, aunque ya no fuera gobernante de Nueva España, su propio señorío ocupaba más de la mitad del territorio entonces conquistado?

—Básicamente así es, mi amigo, un Estado dentro del Estado, una espina en el real zapato del rey. En fin. El punto, caballero, es que en esa época de la revuelta los hijos de Cortés habitaron ese palacio, y es muy posible que lo hayan traído de España: probablemente el testamento de Cortés esté en algún sitio de esa

construcción. También se rumoró mucho, en 1566, que Martín Cortés conocía de boca de su padre el destino del tesoro azteca perdido en la llamada Noche Triste.

La mente de Miguel se quedó en blanco. Ya había perdido el interés en volver a América y mucho menos quedarse en esa convulsionada Nueva España, pero a pesar de eso, y por poca ambición que anidara en su corazón, esa supuesta herencia de Cortés era algo inimaginable y seductor.

—Don Miguel, usted quedó involucrado de una forma o de otra. No estoy seguro de la legalidad de la unión con Sofía Guillén de Ramírez y Arellano. No creo en las casualidades, y resulta que esa mujer también lleva dos apellidos directos del conquistador. Ignoro sus pretensiones, señor, pero no creo que sea usted un ingenuo que no está buscando nada para sí mismo. Insisto en mi incredibilidad en las casualidades, y la posibilidad de que dos descendientes de Cortés se conozcan y "se enamoren", suponiendo eso sin concederlo, y hasta se casen, es casi imposible.

—También tendría sentido que dos familias así de emparentadas tuvieran contacto continuo, ¿no lo cree?

—Lo admito —asintió don Lucas—, pero hay otra casualidad interesante: en 1793, cuando los padres de Sofía Guillén contrajeron matrimonio, el gobernador del territorio del marquesado del Valle, nombrado como tal por el propio marqués, para entonces un tal Pignatelli, se llamaba Joaquín de Ramírez y Arellano, hermano de la madre de Sofía Guillén e, igual que ella, descendiente en línea directa de Martín Cortés: Martín, el marqués.

—¿Y a dónde quiere llegar con este razonamiento, don Lucas?

—A que usted, descendiente de Cortés por la vía de su tercer hijo, don Luis Altamirano, quedó unido a una mujer que es descendiente de Cortés por la vía de su hijo el marqués, el heredero legítimo, y que, para colmo, cuando los padres de su mujer se casaron, un hermano de la madre era gobernador del marquesado.

En otros tiempos Miguel hubiera creído en que se diese esa casualidad, por improbable que fuera, pero ya no lo creía. Mejor dicho, ya sabía que no era cierto. Se había enamorado de forma honesta de Sofía, sin saber nada de su pasado, pero había sido porque su padre, enterado de todo, lo había puesto a seguirla. Definitivamente no eran temas que quisiera tratar con Lucas Alamán.

—Pues no sé qué decirle, caballero, salvo reiterarle que no me interesa la política ni los asuntos de Nueva España —sentenció Miguel mientras se ponía de pie para indicar que terminaba la

conversación—. No tengo ningún interés en una herencia de Cortés que me parece bastante mítica, menos aún en la leyenda de un tesoro.

Así concluyó Miguel la plática y se retiró del lugar… pero el palacio de Cortés y esa supuesta herencia no se retiraron tan fácilmente de su mente, al tiempo que una pieza más se sumaba al antiguo rompecabezas. Tal vez la pieza que faltaba para armarlo.

5

Hacienda de Santa María Regla.

Julio de 1820

Una fortaleza mejor protegida, en apariencia, que un castillo medieval. Eso era la hacienda de Santa María Regla. Todo el valle era propiedad de don Pedro Romero de Terreros y ahí estaban sus tres grandes haciendas, su residencia en San Miguel, su fundición en San Antonio y su guarida, fortaleza y patio de beneficio platero en Santa María. Un río comunicaba sus tres propiedades y era posible moverse de una a otra en pequeñas embarcaciones que resultaban mejores que los caminos de la comarca.

Santa María estaba al fondo de una gran y honda cañada cuyo acceso era un angosto desfiladero basáltico por donde corría un río que rodeaba la magna construcción de piedra. Tenía muros sólidos de un metro de espesor, grandes murallas, hornos y chimeneas metalúrgicos, y hasta su propia capilla dedicada a la Virgen de Regla, con un espectacular retablo hecho de plata maciza. Todo rodeando un enorme patio circular donde se separaba la plata del resto de la piedra y se dejaba lista para hacer lingotes.

Por el camino de tierra se podía llegar a la entrada principal,

con un portón pesado de madera y murallas almenadas. Era como el castillo de un señor feudal. Sofía y Leonor tenían una ventaja: Alejandra creía muerta a la primera y desconocía la existencia de la segunda; además, no esperaba que nadie hubiera podido ubicarla. La hacienda, pues, estaba desprotegida, pero además de ello tenía un punto débil: una salida de agua, una tubería circular de piedra de un metro de diámetro. Y toda salida es también una entrada.

Se había puesto el sol. Habían esperado una noche de luna nueva, totalmente oscura. Dos sombras vestidas de hombre flotaron por el agua de forma sigilosa en una muy pequeña embarcación. La balsa se detuvo al chocar contra los grandes muros de piedra. Una de las sombras llevaba un bulto cargado en la espalda. Ató la embarcación al arco de un puente que pasaba por encima del río y comunicaba la hacienda con un área de tierra firme llena de hortalizas. La sombra soltó la cuerda poco a poco hasta que la balsa quedó junto al tubo de piedra. Una vez que bajaron, una mano cortó la amarra y la pequeña balsa se fue con la corriente. No sería ésa su vía de salida.

El nivel del río cubría casi la mitad de la salida de agua. Las dos sombras quedaron hundidas hasta la cintura y se internaron en la oscuridad. El agua estaba sucia, llena de tierra y residuos de metal inútil. Era el líquido que usaban para para limpiar el patio después de la separación de la plata. Las sombras llegaron hasta la base de un pozo y subieron por él. Eran tan sólo dos metros.

Ahí estaban Leonor y Sofía, en los subterráneos de la imponente hacienda de Santa María Regla. Siguieron deslizándose como sombras en la oscuridad, junto a los muros: calabozos, sótanos, bodegas, hornos y hasta una capilla para los trabajadores con una humilde cruz improvisada y simple de madera clavada en la roca. Era un laberinto bajo tierra que las dos mujeres recorrieron en busca de algún haz de luz que revelara una salida a la superficie. Finalmente la luz apareció.

Unas escaleras muy delgadas y empinadas. Leonor y Sofía salieron a la superficie. Estaban justo junto a la capilla y frente al patio de beneficio platero. Estaban adentro. La primera parte del plan estaba realizada. Ahora procedía la segunda parte: improvisar.

—Tengo una idea —susurró Sofía al oído de Leonor.

—Sea lo que sea, hazlo.

Sin más autorización necesaria que esas simples palabras, Sofía, que había visto junto a ella la cuerda del campanario, comenzó a jalar con todas sus fuerzas y en ese mismo instante el repiqueteo de la campana dominó toda la hondonada. Leonor comprendió. Sofía

siguió haciendo doblar las campanas de la capilla de la Virgen de Regla y las dos mujeres se escondieron detrás de la columna.

En pocos instantes dio resultado. Los trabajadores y guardias de la hacienda salieron de todos lados hacia el inmenso patio. Las dos mujeres se escurrieron por entre los muros de la capilla y dieron la vuelta hasta llegar a la zona donde estaban las habitaciones. Sólo a través de una ventana se veía luz y hacia ella se encaminaron. En poco tiempo, los hombres engañados en el patio se darían cuenta de que algo andaba mal y seguramente comenzarían a buscar, o peor aún, se dirigirían a la habitación a pedir indicaciones.

—Lista —dijo Sofía en voz baja al tiempo que sacaba una pistola. Leonor hizo lo propio. Un tiro en cada arma, todo tenía que salir bien.

—Ahora —suspiró Leonor desde un lado de la puerta.

En un santiamén Sofía Guillén abrió la puerta de par en par, con la pistola apuntando hacia adelante. ¡Nada! Un quinqué alumbraba el cuarto, en el que no había nadie. No estaba Alejandra ni su hijo, pero sí estaba el cofre. Escuchó unos pasos detrás de ella y una pistola que era cargada:

—¿Qué a ti no te quieren ni en el infierno, maldita india?

Era la voz inconfundible de Alejandra de la Gándara. Sofía volteó lentamente y vio a Alejandra de pie, en el centro de la habitación. Con una mano la apuntaba y con el otro brazo cargaba al hijo de Sofía Guillén, envuelto en llanto.

—¡Mamá, mamá, mamá!

Sofía tuvo que contener el impulso de salir disparada hacia su hijo, ya que la detuvo un ademán amenazante de Alejandra. Hizo un esfuerzo sobrehumano para contenerse, para soportar nuevamente el rostro burlón y déspota de aquella mujer. En ese momento se percató de una cosa: Leonor no estaba en la habitación, sólo Alejandra, apuntándole a ella, con su hijo en un brazo. Tuvo una esperanza.

—Hubiera querido que murieras lentamente y con dolor, como lo mereces, pero todo parece indicar que lo más prudente es dispararte en el corazón. Puede ser interesante para tu hijo.

En ese momento un golpe secó cayó de tajo sobre la cabeza de Alejandra, quien se desplomó al suelo. Detrás estaba Leonor, con un candelabro de plata en la mano. El pequeño José María corrió de inmediato hacia Sofía. Madre e hijo se abrazaron y lloraron. Sofía no dejaba de besar al pequeño, hasta que la interrumpió la voz de Leonor:

—Tenemos que irnos. Los hombres de la hacienda ya vienen

hacia acá.

Mientras terminaba de decirlo, Leonor dejó en el suelo el gran bulto que había estado cargando, una bolsa de lona de la que sacó dos pequeños barriles. Quitó un corcho de uno de ellos y esparció un poco de su contenido por el suelo, para después poner el barril al centro. ¡Pólvora!

—¡De prisa, Sofía, no hay tiempo!

—Espera —Sofía tenía la mirada fija en un sobre que estaba en la cómoda de la habitación. Era una carta cerrada y el nombre del remitente estaba escrito en el frente: “Mariscal don Félix María Calleja del Rey, conde de Calderón”.

Sofía tomó de inmediato la carta y se apresuró a romper el sobre para conocer el contenido. Leonor no dejaba de apresurarla:

Excelentísimo señor conde de Calderón,

don Félix María Calleja del Rey

Estimado tío:

El reino te necesita. La insurgencia, aunque sea de otra forma, amenaza con surgir de sus cenizas donde menos lo hubieses esperado, pero ahora por una buena causa. Aun así no me parece que quepa en justicia que sea alguien más, y no tú, quien lleve las riendas de este reino que ganaste por mérito propio, mientras que un grupo de conspiradores está dispuesto a ofrecerlo en bandeja a Juan Ruiz de Apodaca por la simple casualidad de estar aquí en el momento adecuado.

La buena sociedad de este reino no aceptó la noticia de la rebelión contra su majestad y ha decidido no aceptar la Constitución, por más que la chusma haya obligado al virrey a jurarla. Sé que tu sentido de lealtad te habrá hecho tomar el partido del rey, pero eso es en España. Aquí las cosas son diferentes.

Gracias al marido que me conseguiste, supe que la alta aristocracia del reino se reunió durante el mes de mayo en el templo de La Profesa para planear una independencia del reino, cuya corona pretenden ofrecer a Fernando VII con el poder temporal en manos de Apodaca.

Se ha formado un brazo militar y están moviéndose las influencias para que este ejército sea comandado por mi primo don Agustín de Iturbide y Aramburu, tu leal discípulo. Si te embarcas a América, no dudo que te sea sencillo tener el control de esa tropa y ser quien ofrezca al rey una nueva corona. Nuestro plan original de independencia, contigo al mando, puede seguir adelante.

Encontré a la tal Sofía Guillén y la descarada tuvo un hijo con Montellano, pero ni por eso debes preocuparte: tengo al heredero

en mi poder.

Alejandra de la Gándara y Aramburu

Sofía no tuvo tiempo de asimilar lo que acababa de leer antes de que Leonor la sacara de su estupor:

—Es tarde, Sofía, los guardias y trabajadores de la hacienda están en las escaleras.

Sin pensarlo dos veces, Sofía Guillén tomó un vaso de agua que estaba servido sobre la misma cómoda y se lo echó encima a Alejandra de la Gándara, quien en ese momento reaccionó. Leonor comprendió el plan de inmediato: era desesperado pero también la única opción. Corrió de inmediato con la pistola en la mano, se colocó detrás de Alejandra y la sujetó fuertemente por el cuello mientras apuntaba a su cabeza. En ese momento diez hombres armados irrumpieron en la habitación.

—¡Atrás o le pongo la bala en la cabeza! —gritó Leonor.

Sofía sujetó contra su cuerpo al pequeño José María. Los hombres se detuvieron.

—Hagan lo que dice —gritó Alejandra.

—Bien —continuó Leonor—, nos van a dejar pasar hasta la puerta o no dudaré en disparar.

Los hombres quedaron estupefactos y sin saber qué hacer. Inmóviles.

—¡Ya oyeron, inútiles, déjennos pasar! —gritó Alejandra.

Sofía Guillén había tomado con un brazo el otro barril que habían sacado del costal de manta, y lentamente le quitó el corcho que servía de tapadera. Las dos mujeres salieron de la habitación. Leonor llevaba bien sujeta a Alejandra, mientras Sofía llevaba bien agarrado a su hijo con una mano y, en el otro brazo, el barril, del que dejaba caer lentamente su contenido conforme se acercaban a la salida. Los guardias les abrieron paso por órdenes de Alejandra, que iba gritando y nerviosa como nunca en su vida.

—Si aprecian su vida, lárguense de aquí —gritó Sofía—. Están advertidos.

Llegaron a la puerta de la hacienda. A cien metros de ahí, entre los árboles, dos caballos esperaban atados a un tronco. Las dos mujeres y el pequeño, con su rehén, salieron de Santa María Regla.

—¡Suéltala! —gritó Sofía a Leonor.

Leonor aventó a Alejandra hacia la entrada de la hacienda.

—¡Hazlo! —ordenó Sofía.

En ese momento Leonor disparó al camino de pólvora que Sofía había estado marcando desde la habitación en la que se encontraron con Alejandra. El polvo negro ardió de inmediato y una flama

comenzó a recorrer el camino marcado. En el interior de la hacienda se escucharon gritos de horror y el escándalo de personas corriendo en absoluto desorden. El fuego siguió su camino hasta que se perdió en el interior.

Hubo silencio por unos segundos, que fue roto por la explosión. El negro de la noche de luna nueva se iluminó con las chispas y las llamas que salieron despedidas del interior de la hacienda. La madera prendida y crepitante comenzó a llover. Sofía apuntó su arma cargada hacia Alejandra de la Gándara.

—Adelántate, Leonor. Llévate a José María de aquí. No quiero que lo vea.

Ante Sofía ocurrió un espectáculo que nunca hubiera esperado ver en toda su vida. Alejandra cayó de rodillas ante ella, con el rostro anegado en lágrimas, la desesperación y el miedo reflejados en su rostro y el temblor recorriendo su cara y su cuerpo. Quedó en actitud suplicante. La aristócrata ante la mestiza a la que llamaba india quedó derrotada. Todo su orgullo se hizo pedazos. Estaba dispuesta a suplicar por su vida.

—¡Por favor, Sofía, no me mates! ¡Por lo que más quieras, no me mates!

—Lo que más quiero está en manos de esa mujer, y tú me lo habías arrebatado no sé con qué intención.

—Te juro que lo traté bien, Sofía, no me mates.

—¿Sabes quién es? —interrumpió Sofía—. Es mi prima y mi cuñada, es hija de la hermana de mi madre con Diego Montellano. Se hace llamar Leonor de Moctezuma y Cortés. ¿Sabes lo que eso significa, verdad? Algo tendrá que ver con la carta a Calleja que debe de estar ardiendo allá adentro.

—Te juro que no volveré a escribir nada…

—¿Sabes qué más? —continuó Sofía—. El niño tiene poco más de dos años y tiene una hermana, también de Miguel. Una hermana gemela que se llama Mariana, como mi madre. Él se llama José María, en honor del padre Morelos. El cofre que robaste también debe de estar ardiendo allá adentro. Tú no sabrás nada de lo que contiene y a mí ya no me importa. Es el pasado. Arde como las naves de Cortés. ¿Sabes otra cosa, niña mimada? Guadalupe Victoria está vivo y todo sigue en pie.

—Ya ganaste, Sofía. Por favor, no me mates —siguió suplicando Alejandra.

—Tú ya habías ganado, Alejandra. Te pedí que me dejaras en paz y me abandonaste para morir.

Alejandra de la Gándara estaba desesperada. Su rostro estaba

rojo por el llanto. Las lágrimas la empapaban. Seguía suplicando.

—Haz lo mismo por mí, Sofía. No me mates. Déjame aquí, en medio de la nada. La hacienda está incendiada. Déjame tratar de sobrevivir.

—En realidad, hubiera querido que murieras lentamente y con dolor, como lo mereces, pero todo parece indicar que lo más prudente es dispararte en el corazón.

—No lo harías… Tú… tú… Tú eres buena. Tú eres mejor que yo. No me mates. Déjame aquí. Te diré lo que quieras saber, pero, por favor, no me mates.

—No hay nada que yo quiera saber.

Alejandra de la Gándara trató de cambiar su estrategia, de intimidar a Sofía, de confrontarla, apelar a su parte más interna. Se puso de pie:

—No te atreverías.

—Hay algo que estás olvidando, Alejandra —Alejandra vio decisión y firmeza en la mirada de Sofía, quien estiró el brazo derecho en el que portaba la pistola—: Soy una india, una salvaje, una insurgente.

Alejandra cayó de rodillas para intentar suplicar de nuevo, pero Sofía no le dio tiempo de volver a abrir la boca. Disparó.

6

Sevilla. Diciembre de 1820

Miguel tenía por fin la autorización para trasladarse a Cádiz y esperar un barco que lo llevase rumbo a América, por lo menos a Cuba, donde aún tendría que esperar el permiso de las autoridades novohispanas para ingresar al reino. No tenía más opción que confiar en las buenas artes de Agustín de Iturbide para conseguirle rápidamente ese documento.

Pero en realidad poco interés tenía en ese momento de moverse al puerto. El embrujo de Samira, mucho más que el de Sevilla, lo mantenía absolutamente atado. En realidad consideraba que había cubierto todas sus encomiendas y no le debía nada a nadie. En realidad había decidido quedarse en Sevilla.

Samira era gitana, romaní, como muchos de ellos preferían ser llamados, en referencia a su lengua y no al equivocado nombre que se había derivado, muchos siglos atrás, de la palabra *egipciano*, cuando en tiempos de los Reyes Católicos se asumió que ése era el origen de aquellas caravanas de nómadas.

También, desde tiempos de los católicos Fernando e Isabel, los romanís habían sufrido en la península Ibérica las peores persecuciones posibles, que llegaron a su punto máximo bajo el reinado del Borbón Fernando VI, quien en 1746 ordenó la detención de todos los gitanos del reino.

Tuvo que ser un hombre de Estado como Carlos III el que pusiera fin a aquella persecución, y en 1763 declarara un indulto general a los gitanos, quienes podían vivir libremente en España mientras acataran las leyes del reino. Un gran problema eterno de

España o por lo menos de muchas de sus autoridades: pensar que hay una sola forma de ser español, lo cual incluye la homogeneidad étnica, la unificación lingüística, el desprecio a costumbres distintas y la intolerancia religiosa.

Samira embrujó a Miguel de Montellano desde la primera mirada seductora de sus ojos sin fin, la primera sonrisa traviesa, el primer devaneo de sus caderas hechizadas, el primer canto con su voz cautivadora, el primer baile cargado de sensualidad, el primer vistazo al color imposible de su cuerpo, el primer roce de su contorno tallado por Dios, el primer contacto con su cuerpo heredado de siglos de migraciones y contactos culturales.

Lo mejor de lo hindú, lo eslavo, lo rumano y lo árabe corría por sus venas y se expresaba en cada facción de su cuerpo. Su espíritu libre del pasado, nómada, simplemente hipnotizaba a Miguel de Montellano desde hacía casi un año, cuando aquella trotamundos se acercó a decirle su suerte.

Mujer que entretiene, empuñadura de espada, buena compañía nocturna, la que cuenta historias, diosa del fuego. Todo aquello significaba el nombre de Samira y todo eso había sido en diversos momentos para Miguel, quien, por periodos, en verdad perdió todo interés en los acontecimientos americanos. Lo había perdido todo en Nueva España y nada tenía tampoco del otro lado del océano, pero por lo menos podía comenzar de nuevo.

¿Y Sofía? Esa idea cruzaba por su mente por las noches, casi todas las noches; cada vez menos noches después de tantos años. La imagen presente, viva y ardiente de Samira eclipsaba la imagen borrosa de Sofía Guillén, la mujer a la que comenzó siguiendo y de la que se enamoró casi de inmediato por su carácter altivo, su empecinamiento, su sonrisa melancólica, su temple.

Pero con tiempo de por medio podía pensar en otras cosas: en la mujer que lo rechazó en repetidas ocasiones, la que nunca se decidió a confiar en él, la que lo acusó reiteradamente de traidor, la que no le perdonó un pasado que ni siquiera era su culpa; la mujer atada al pasado, la de los traumas y complejos, a la que salvó en más de una ocasión para lograr tan sólo la reconciliación de una noche de pasión; la mujer que vivía en el llanto, en la necedad; la obstinada, la niña ideática, la que no aceptaba otras ideas, la mujer cuyo rostro se hacía borroso en su mente con el paso de los días, de los meses y de los años.

Samira era doblemente nómada. Los romaníes lo eran y se movían con los tiempos y los aires, y la encantadora Samira, además, se había separado de su grupo tiempo atrás por conflictos

con un hombre, tema del que no quiso detallar más a Miguel. Ahora era libre, sola e independiente; vivía de bailar, cantar con la guitarra, contar historias, vender amuletos y leer la suerte en las cartas.

Miguel ahora vestía de pantalón andaluz, camisa y chaleco holgado, pistola y cuchillo al cinto, mascada en la cabeza, cabello más largo y piel más dorada, y había estado fungiendo como escribano. Jamás hubiera imaginado una vida con alguien así, pero tampoco hubiese imaginado nunca ser un insurgente declarado por la corona un traidor y un fugitivo. Los dos eran nómadas.

Miguel había hecho todo aquello que Guadalupe Victoria le había encomendado. Se encargó de dejar salvada a Sofía con el indulto, si es que en su maldita necedad estaba dispuesta a aceptarlo. Había cumplido con el virrey Apodaca al presentarse en Sevilla ante Calleja y Riego, y había cumplido con Iturbide al informarlo de los sucesos que en Europa empujaran o entorpecieran su plan de paz y libertad. Había hecho todo. No había traicionado a nadie y había promovido la causa de una libertad pacífica en Nueva España. No estaba atado a nada.

Los días con Samira eran una aventura, una sorpresa, incertidumbre total, aprendizaje de antiguas culturas, contacto con nuevos conocimientos, apertura de su mente. Las noches eran lo mismo: eran aventura, sorpresa, incertidumbre, contacto con antiguas culturas, aprender nuevas cosas y abrir su mente. No recordaba una sola noche igual en meses.

Miguel estaba preparado para la hazaña que seguramente sería la jornada de esa noche cuando llegó Samira, tan sensual como siempre, de amplias faldas y blusa ajustada, adornada por cadenas y joyas, una mascada en la cabeza debajo de la cual surgía el cabello más negro que pudiese existir y que no se detenía hasta llegar por debajo de la mitad de la espalda.

—Saludos, ermitaño.

Samira se había referido siempre así a Miguel, pues argumentaba que las cartas le habían anunciado su llegada y él estaba representado precisamente por el arcano mayor del ermitaño. Miguel, que ya nunca sabía en qué creer, se había interesado en todo lo que Samira le platicaba sobre los misterios del tarot.

—Nada egipcio, como piensan los ingenuos —le había dicho para comenzar—, ni árabe, chino, persa o de algún otro punto de Oriente. Es simplemente de Milán. Tampoco tiene miles de años, como piensan algunos que se dejan engañar por charlatanes. Es del

siglo XV.

Sin haber sido engañado nunca por un charlatán y sin haber nunca sucumbido a que le leyeran la suerte, antes de los caracoles de Lucas, Miguel hubiera creído eso mismo, que era una tradición adivinatoria antigua y oriental. Samira le contó que las primeras menciones del tarot eran del siglo XV, en la península Itálica, y que la baraja más antigua que se conocía era de un tal Filippo María Visconti, quien aparentemente se había basado en un juego de cartas del duque de Milán, quien a su vez aseguraba que los conocimientos ocultos tras ese juego le habían llegado de Constantinopla. Cuando los romaníes comenzaron a llegar a Europa, el tarot ya existía y ellos simplemente aplicaron en él sus artes adivinatorias.

—Saludos, mi estrella —respondió Miguel, pues ese arcano mayor representaba a Samira, según ella misma le había dicho. Él no podía estar más de acuerdo con eso. Era su estrella, su centro de gravedad, su guía, el origen de todo fulgor.

Samira se sentó en el piso, sobre un gran tapete lleno de almohadones, y lo invitó con un gesto a que hiciera lo mismo. Una vez que estuvieron uno frente al otro, sacó un mazo de barajas de tarot.

—Ha llegado la hora, mi ermitaño. Tú no eres de un solo lugar, y éste ya no es más el tuyo.

—Samira, estrella, seré tan nómada como tú quieras o debas serlo. Mi lugar es donde tú estés.

Samira barajaba el mazo mientras hablaban.

—Has querido vivir con ese engaño, mi hermoso, pero no es así, no por ahora. Aún hay muchos kilómetros por recorrer en tu vida. Tu destino te espera.

—Me niego a creer en el destino, mucho menos aún en que yo tenga algo que hacer para que éste se cumpla. Tú misma me has dicho que esto son sólo guías, opciones, alternativas que yo ya no quiero tomar. Me niego a ser un títere, como me lo aseguró en prisión ese loco esclavo santero al que le debo la vida.

En ese momento Samira detuvo sus manos y arrojó frente a Miguel la carta que había quedado hasta arriba del mazo en ese momento. El loco, el único arcano mayor que no tiene número.

—Ahí lo tienes, mi príncipe. El loco espera por ti. Tú lo prometiste, ¿recuerdas?

Miguel quedó cabizbajo. Sabía que había prometido volver por Lucas. No necesitaba ver la figurilla para recordar la fecha. Estaba grabada. Samira comenzó a depositar cartas de arcanos frente a

Miguel: el sol de un lado y la luna del otro. Pidió a Miguel que sacara una carta y la pusiera en medio: los enamorados.

—¿Sofía y yo? —preguntó Miguel. Samira sólo sonrió maliciosamente—. Eso es el pasado. También podemos ser tú y yo, mi estrella.

Samira siguió poniendo cartas frente a Miguel. Dos más. El ermitaño y el dragón.

—Son sólo veintidós arcanos mayores, veintidós cartas. Toda combinación es posible —añadió Miguel con un dejo de desesperación.

La gitana sacó dos cartas más y las puso frente a Miguel nuevamente. La rueda de la fortuna… y el emperador.

—¿Y esto qué significado tiene? —preguntó Miguel.

—Como siempre, el que tú le des con tus actos.

—Pues mis actos pueden ser quedarme aquí, contigo, y que la fortuna gire para alguien más, y el emperador, sea lo que sea o quien sea, tenga la suerte que le corresponda. No veo por qué debo formar parte de esa historia. Ésa es mi pregunta.

—Saca una carta, mi precioso ermitaño.

Miguel tomó al azar una de las cartas que quedaban y la depositó, volteada frente a los dos. La justicia.

—Saca una carta para ti —dijo Miguel con cierta frustración, mezclada con desesperanza.

—Sabes que no puedo. Es tu juego y tu destino.

—Bien, entonces yo quiero saber dónde estás tú dentro de mi destino.

Samira sacó otra carta y la arrojó al frente, con el arcano a la vista de ambos. El mundo.

—¡Me niego a hacerle caso a unos naipes diseñados por un conde ocioso! —gritó Miguel.

—Pero yo no. Saca tu última carta y colócala al frente, con el arcano hacia arriba. Quedan pocas opciones, pero sólo una indicaría tajantemente lo que estoy diciendo. Miguel sabía a lo que se refería Samira. Con nerviosismo, tomó una carta al azar y la arrojó frente a los dos. La muerte. Todo estaba decidido. Nada cambiaría la decisión de la hermosa romaní. Él sabía perfectamente lo que esa carta significaba: un nuevo comienzo.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

Un nuevo comienzo tuvo Hernán Cortés cuando todo en la vida hubiese indicado que había llegado a sus máximas alturas, que eran bajas: burócrata en Cuba. Pero se levantó como el sol e hizo girar su fortuna y destino. Llegó con algunos cientos de hombres a un mundo habitado por más de veinte millones, y conquistó todo en nombre de su emperador.

De Carlos V se dice que en su imperio jamás se ponía el sol, pero eso fue gracias a que el mayor de sus súbditos conquistó la ciudad que estaba en el ombligo de la luna, que es lo que algunos dicen que significa "Meshico". Cortés fue un gran dragón, creador de un imperio en ultramar; trescientos años después otro gran dragón dio a luz un imperio en el mismo sitio. No hay justicia histórica para ninguno.

Cortés disparó sus cañones en Cholula. Fue prácticamente la única batalla con armas de fuego que se libró en esa guerra de conquista. Casi todo el tiempo Cortés disparó diplomacia, astucia y valor. Sólo así le fue posible conducir a la victoria a unos cientos de hombres temerosos y hambrientos sobre un imperio guerrero de millones.

Pero, ante todo, tuvo lo que le faltó a Motecuzoma: decisión y coraje. Mucho se dice que fueron las armas de fuego, la tecnología bélica, lo que permitió a Cortés vencer a los aztecas. No hay nada más alejado del sentido común. Con unos cuatrocientos hombres llegó el grupo original de Cortés. Algunos eran arcabuceros, otros sólo ballesteros, y únicamente doce cañones tenían con ellos. Independientemente de eso, las balas y la pólvora se agotaban, si bien los aventureros fueron suficientemente hábiles para hacer balas y tan valientes como para sacar azufre del Popocatépetl y elaborar pólvora.

Pero era difícil llevar los cañones por los agrestes caminos boscosos con rumbo a Tenochtitlán. Desde que llegó al Mayapán, Cortés logró establecer alianzas en Yucatán, en Tabasco, en

Cempoala y, más adelante, con Tlaxcala. Fueron caciques indígenas los que alimentaron a los españoles, los que los guiaron y los que les dieron miles de hombres para que funcionaran como cargadores. Cortés logró que pueblos que se odiaban entre sí dejaran atrás sus rencores, se unieran a él y aceptaran ser vasallos de Carlos V. Al mismo tiempo no dejaba de negociar la entrada pacífica a la gran ciudad del centro del lago.

Cholula era una ciudad azteca. Para los que hablan del quietismo de Motecuzoma, deberían saber que intentó por todos los medios detener a Cortés; siguió los designios de su propia cultura y lo colmó de regalos, pero al mismo tiempo lo amenazaba para no seguir; le cortó suministros siempre que pudo; intentó hacerle la guerra antes de llegar a Cholula y, finalmente, en esta ciudad conspiró para asesinarlo junto con los jefes de la expedición.

Por eso Cortés eligió aquella ciudad para hacer una demostración de poder. Los cañones se echaban a perder, la pólvora estaba mojada y escasa y los embajadores de Motecuzoma estaban presentes. Ahí hizo tronar toda la artillería para que los emisarios llevaran ese mensaje, y una vez más solicitó entrar en paz.

Después de esos intentos, el gran Motecuzoma decidió que tenía que estar cara a cara con el blanco extraño que venía de Oriente y constatar él mismo si se trataba o no de un dios. Lo recibió al pie de los volcanes y ahí comenzó una de las relaciones más extrañas de la historia. Cortés y Motecuzoma se profesaron mutuamente respeto, cordialidad y, con el paso del tiempo, amistad, una extraña amistad en la que ambos hombres, que representaban dos mundos opuestos, conversaban a diario, indagaban el uno en el otro, reían. Motecuzoma se olvidó de su imperio y se concentró sólo en Cortés… y nunca sabremos por qué.

Nuestros antepasados entraron juntos a la gran ciudad del centro del lago, y Cortés, junto con sus hombres, vivió en paz, en el centro de la ciudad, durante casi seis meses. En lo alto del Templo Mayor llegaron a coexistir los templos de Huitzilopochtli y Tláloc, junto con una cruz para que los huéspedes adoraran a su dios.

Los españoles se hospedaron en el palacio de Axayácatl y ahí descubrieron una habitación que resguardaba el tesoro del antiguo tlatoani, abuelo de Motecuzoma; y ahí, tapiado como estaba, lo dejaron… de momento. Ya había logrado Cortés la sumisión de Motecuzoma, quien incluso se declaró vasallo de Carlos V, aunque se negó terminantemente a ser católico.

Pero Cortés, el hombre que logró unir a millones de indígenas enemistados, tuvo problemas con otros españoles cuando Pánfilo de

Narváez llegó a la recién fundada villa de la Vera Cruz con la orden, por parte del gobernador de Cuba, de arrestarlo. Ochocientos hombres estaban listos para enfrentarse a aquel gran león, pero una vez más su astucia y su habilidad para negociar lo hicieron ganar esa batalla. Derrotó a su captor y se hizo de cientos de hombres más. Pero su fortuna cambiaba. Mientras tenía esa pequeña victoria en la costa, la población de la gran ciudad finalmente se rebeló y sitió a los españoles en el palacio que habitaban.

Cortés tuvo el aplomo de entrar a una ciudad alebrestada, de escurrirse hasta un edificio sitiado y conducir a su gente a la salvación. Motecuzoma fue herido por su propio pueblo en la revuelta, encabezada por Cuitláhuac. Lo último que hizo antes de morir fue abrazar a su extraño amigo Hernán y le hizo una petición sagrada: cuidar de sus dos hijos principales, conocidos en castellano como Isabel y Pedro. Cortés cumplió su promesa.

Muchos españoles trataron de salir de ahí con el tesoro de Axayácatl, pero su codicia los hundió en el lago al intentar huir. La mitad de los españoles murieron en ese ataque que la historia, vista desde los ojos de Cortés, bautizó como la Noche Triste. Cortés lloró, pero con cada lágrima esbozaba una idea para cumplir su sueño. Había intentado tomar la capital azteca de forma pacífica y había fracasado. Era el momento de la guerra. En 1521 comenzó a planear la toma de la ciudad.

Sofía

EL REGRESO

DEL DRAGÓN

1

El fantasma de Guadalupe Victoria comenzó a recorrer los montes de la provincia de Veracruz a dos años de su muerte. Su figura escuálida, pálida y demacrada, de cabellos largos y tez transparente, ojerosa y de mirada perdida, con barbas ensortijadas que le cubrían el cuello, se presentaba en los pueblos de la región desde la víspera de la Navidad del año de 1820.

Llegaba de pronto y clavaba proclamas rebeldes en los muros de las iglesias, y desaparecía entre la selva sin dejar rastro y antes de que alguien pudiese hablar con él. Parecía que su alma no descansaba en paz, ni lo haría, según comenzaron a decir las beatas de los pueblos, hasta que se lograse la Independencia. Era el insurgente que luchaba desde ultratumba. La noticia comenzó a propagarse por toda la sierra. Era una llamada del más allá, un designio, el símbolo de que la lucha debía continuar.

La mañana del 31 de diciembre de 1820, la pequeña villa de San Diego, a tan sólo veinte kilómetros del puerto de Veracruz, se levantó en armas después de dar su propio grito de independencia en nombre del recuerdo de Guadalupe Victoria. Otros pueblos serranos no tardaron en seguirlos. Jamapa, Tamarindo, Temazcal, Medellín, Tlalixcoyan, incluso en los más pequeños caseríos brotaron las rebeldías y la gente comenzó a arrestar a las autoridades virreinales y asesinar a los guardias del ejército. Todos tenían proclamas manuscritas que invitaban a sacudir las cadenas de la esclavitud, y todas llevaban la firma de un muerto: Guadalupe Victoria.

Crisanto de Castro fue el hombre que comenzó a reunir nuevamente a tropas insurgentes en torno al fantasma de don Guadalupe. "¡Viva la República y viva Victoria!", ése fue el grito de batalla que logró reunir en pocos días a cientos de hombres armados y a caballo que comenzaron a asolar el puerto de Veracruz. Así comenzó en aquella región el año de 1821. "Victoria vive", se comenzó a rumorar. Algunos decían haber visto su sombra; otros más aseguraban haber encontrado rastros de sus campamentos

fugaces en la sierra; unos más incluso decían que lo habían visto cabalgar. Pero todos decían haber visto sus proclamas:

Recuerden, americanos, que nuestros sudores, nuestros sacrificios, nuestras lágrimas y la sangre derramada no han sido para sostener la Constitución española, sino la Independencia americana. Viva la República.

Victoria

Pergaminos con esa inscripción comenzaron a aparecer en todos los árboles y en todos los muros de las villas veracruzanas. Pero las autoridades no creían en fantasmas, por lo menos no en fantasmas rebeldes. Además, la máxima autoridad militar de toda la provincia de Veracruz había bebido vino con el espectro. Antonio López de Santa Anna recibió inmediatamente la orden directa del virrey Apodaca de reanudar la búsqueda del insurgente.

Toda lealtad tiene precio. La lealtad de Santa Anna a la corona era endeble y el precio del militar era alto; por el contrario, su lealtad y respeto a Guadalupe Victoria eran grandes. La lealtad y el precio de Crisanto de Castro, en cambio, quedaron en evidencia de inmediato; sólo un mes tardó en difundir los rumores de la supervivencia de Victoria, organizar tropas, levantar pueblos… y arrojarse a los brazos del indulto a cambio de una recompensa por la cabeza de don Guadalupe.

Santa Anna recibió los informes de los rebeldes traidores el 31 de enero y se dedicó a buscar a Victoria con el mismo ímpetu que el año anterior: ninguno. Muy fuerte soplaban los vientos de libertad desde que se proclamó la Constitución en Cádiz, y don Antonio sabía que él podía remontar el vuelo con esos vientos; las alas se las daría, precisamente, Victoria, quien de cualquier forma volvió a morir, ya que desapareció y nuevamente no hubo tropa capaz de localizarlo.

2

10 de enero de 1821 Señor don Vicente Guerrero:

Tomo la pluma en favor del bien de la patria. Sin andar con preámbulos, hablaré con franqueza. Soy interesado como el que más en el bien de esta Nueva España, país en que he nacido y debo procurar por todos medios su felicidad. Usted está en el caso de contribuir de un modo muy particular, cesando las hostilidades y sujetándose con sus tropas a las órdenes del gobierno, que yo dejaré a usted el mando de su fuerza. Las pequeñas ventajas que ha logrado no pueden poner en inquietud mi espíritu, principalmente cuando tengo tropa sobrada de que disponer y que, si quisiese, me vendría más de la capital.

Si usted quisiese enviar algún sujeto que merezca su confianza para que hable conmigo y se informe de las noticias que podré darle y de mi modo de pensar, bien entendido de que volverá libre aun cuando no le acomoden las proposiciones mías. Si usted oye con imparcialidad mis razones, no dudo que entrará en el partido que le propongo, pues tiene talento sobrado para persuadirse de la solidez de estos convencimientos.

Han marchado nuestros representantes al Congreso de la península, poseídos de ideas grandes de patriotismo y libertad, y manifestarán con energía todo cuanto nos es conveniente. Persuádase usted de que nada omitirán de cuanto sea conducente a la completa felicidad de la patria. Si, contra lo que es de esperarse, no se nos hiciese justicia, yo seré el primero en contribuir con mi espada, mi fortuna y cuanto pueda a defender nuestro derecho; y le juro que nunca he quebrantado mi palabra ni la quebrantaré jamás.

Agustín de Iturbide

3

Iguala, 24 de febrero
del año del Señor de 1821
Excelentísimo señor Juan Ruiz de Apodaca, virrey
y capitán general del reino de México de la Nueva España
Excelencia:

Qué feliz es el hombre que puede evitar la desgracia de otro hombre y hacer su fortuna. ¡Oh cuánto más venturoso es el que puede evitar males y establecer la felicidad, no de otro hombre, sino de un reino entero! Afortunadamente V. E. se halla en ese caso en Nueva España.

La noche del 15 al 16 de septiembre de 1810 se dio en Dolores un grito entre las sombras del horror, con un sistema cruel, bárbaro, sanguinario, grosero e injusto. A pesar de que el modo no podía ser más contrario al genio moderado y dulce de los americanos, sus efectos aún subsisten.

¿Cuántos otros planes se están gestando hoy, en la misma capital, alrededor de V. E. y quizás dentro de su misma habitación? No nos engañemos, señor excelentísimo. Nueva España desea ser independiente y eso nadie lo duda. Evite V. E. la terrible catástrofe que amenaza. Haga inmortal su nombre. La unión, excelentísimo señor, es el único ataque seguro y directo al mal.

Coronel Agustín de Iturbide y Aramburu

—¡Qué osadía tiene este hombre! No es un hombre, es un demonio. Por eso le dicen Dragón, por diabólico. ¿Cómo se atreve? Le di mi confianza, seis mil hombres, decenas de miles de pesos y deposité en él la esperanza de miles y miles de personas honestas y de buenas costumbres que habitan este reino. ¿Cómo se atreve siquiera a escribir esta carta? Además, no sólo me la envió a mí; el muy desvergonzado la imprimió y la hizo pública por todo el reino.

Quien así despotricaba de Iturbide era el mismísimo Juan Ruiz de Apodaca, y el depositario de los virreinales lamentos era el regente de la Real Audiencia de Nueva España, don Miguel Bataller.

—Tengo entendido, su excelencia —comentó Bataller—, que

además de esta carta pública tuvo también el descaro de enviarle una privada.

—Así es. Es un zorro, ese Iturbide. Públicamente me exhorta a aceptar, de forma apacible, la unión que él ya ha pactado con los antiguos insurgentes. Lo vende como un acto diplomático, como una acción magnánima de heroicidad, pacificación y hermandad. Pero en una carta privada, con el mismo tono zalamero, me amenaza, me dice que ojalá que acepte su plan, ya que no tengo forma de detenerlo militarmente. Lo peor es que el canalla tiene razón: cada vez más tropas se le unen gracias a su labia proverbial.

—Puede ser su labia —añadió Bataller—, o puede ser que la tropa está compuesta de americanos, excelencia, y está cansada de pelear contra sus hermanos.

—¿Está usted sugiriendo que debemos doblegarnos al plan de Iturbide? Su propio nombre, Bataller, está en la lista de personalidades que Iturbide me propone como junta provisional de gobierno. ¿Me puede explicar por qué?

Miguel Bataller dudó. Desde que se había reunido a conspirar en La Profesa junto con otros grandes aristócratas, habían acordado incluir su nombre en la lista de candidatos para integrar un gobierno provisional, igual que el de Monteagudo. Era una forma de hacerle saber al virrey el nivel de personas que estaban involucradas.

—Supongo que por la misma razón por la que aparece el de su excelencia, para intentar ganarnos para su causa que, insisto, es la de gran parte de la aristocracia.

—¿Entonces debemos simplemente rendirnos a sus deseos?

—De ninguna manera, excelencia, lo que digo es que el plan de Iturbide lo es en realidad de gran parte de la clase alta del reino, y que proponen darle el poder a usted mientras se define la testa europea que debe coronarse. Creo que lo sensato por parte de vuestra excelencia sería pronunciarse contra el Dragón, pero no tomar acciones.

—Eso sería traición.

—Todo lo contrario, excelencia. Los seguidores del plan están en contra de la Constitución de Cádiz, y los dos sabemos que el propio Fernando no la aceptó de propia voluntad. Si no hace nada, tal vez pronto a vuestra excelencia le digan majestad.

4

PROCLAMA POR LA INDEPENDENCIA

Jamás se me ha presentado ocasión tan lisonjera, ni en el transcurso de once años de guerra he disfrutado de placer más completo que cuando oí tronar en mis oídos la encantadora voz de Independencia pronunciada por el más benemérito y digno jefe militar, el señor coronel don Agustín de Iturbide.

Magnifico caudillo, tú mereces el nombre de héroe, porque con tus virtudes filantrópicas vas a arrancar de este infortunado suelo el cetro del despotismo que pesa tan gravemente sobre nuestras cervices, y elevarnos para siempre a la condición de hombres libres. Todo el mundo te vive agradecido y las generaciones más remotas deberán pronunciar tu nombre, reverentes.

Firmado en Acatempan, 13 de marzo de 1821.

General Vicente Guerrero

Con aquellas magnánimas palabras se refirió Vicente Guerrero a Iturbide y a su causa, como el libertador cuyo nombre debería ser reverenciado por las futuras generaciones, las que vivirían en una patria libre gracias a su osadía, su valentía, su arrojo y, ante todo, gracias a su plan.

Guerrero había sido el más bravo de los insurgentes y, debido a su posición estratégica cerca de Acapulco y al número de hombres que conservaba, unos mil doscientos, el más temido desde la muerte del generalísimo Morelos. De alguna forma Iturbide lo convenció, fuera por su plan, por la causa de la libertad, por cansancio del antiguo guerrillero, pero el hecho es que no sólo lo convenció de dejar la rebelión y sumarse a un único ejército libertador: Iturbide subyugó a Guerrero, quien quedó literalmente rendido ante sus pies.

A partir del día que sellaron la paz en el poblado de Acatempan, y hasta que se decidió a traicionarlo arteramente, Guerrero no dejó de endiosar a Iturbide como benemérito y padre de la patria. Cuentan que la paz la firmaron con un abrazo fraternal en aquel poblado; firmaron las tres garantías que dieron nombre al ejército libertador y juntos ondearon por vez primera una bandera tricolor


que representaba a la patria naciente.

5

Ciudad de Puebla. Marzo de 1821

Los vientos soplaban en dirección distinta. Vientos de libertad y patria nueva, pero Sofía no estaba convencida totalmente de la forma en que se daban los hechos. Agustín de Iturbide había sido el hombre que destruyó la insurgencia, el que aniquiló al ejército de Morelos en Valladolid. Ahora se le coreaba ya como el libertador, y las noticias eran increíbles: el propio Vicente Guerrero se había unido a él. No unido: doblegado ante él.

Las noticias corrían como reguero de pólvora. Se comentaban las proclamas de Guerrero, las cartas que se escribieron él e Iturbide, el plan que el Dragón de Hierro tenía listo para negociar con España. En algunas de las ciudades más importantes se hablaba ya abiertamente de Independencia, y en Puebla el obispo hablaba ya de imperio.

A las tropas que el virreinato había puesto al mando de Iturbide se sumaron las de Guerrero, y más adelante las de Nicolás Bravo, quien había quedado libre después de que entró en vigor la Constitución de Cádiz. Ahora recorrían el país sumando tropas realistas a su causa, usando la bandera ideada por el propio don Agustín: blanco, verde y rojo, para representar las tres garantías básicas que debían respetarse en la patria libre: religión, independencia y unión. Todo se haría cumplir con el nuevo ejército unido, llamado ahora Trigarante.

Se comentaba incluso que Iturbide ya tenía gente en el viejo continente manejando los pactos, y que ya había embajadores en las diversas zonas de la capitanía general de Guatemala convenciendo a

las autoridades locales de la conveniencia de una independencia unida de Nueva España y las provincias centroamericanas.

Ahí estaban Sofía e Inés Guillén en Puebla, en la ciudad más conservadora del virreinato, hogar de la más alta aristocracia, sede de las más primorosas iglesias, con los conventos más espectaculares, la comida más delicada y con el arte más destacado y colorido. Ahí se habían instalado con Leonor, en una propiedad que la nueva pariente de Sofía había alquilado en aquella urbe que decían trazada por los ángeles. Sofía quería seguir todo movimiento de Agustín de Iturbide, sobre todo desde la noticia del regreso de Victoria y la adhesión de Guerrero, incomprensible para ella, al movimiento trigarante.

—Ahora lo llama excelencia, Inés, le besa las manos, emite proclamas en su favor, lo llama héroe y benemérito, le cedió el mando de todas sus tropas. Simplemente no lo puedo creer.

—Mira, Sofi, tuve la fortuna de no vivir junto a ti los horrores de esta guerra, pero conocí al general Guerrero y se notaba que era un jaguar y su principal guerrillero, Juan Álvarez, hasta lo llama Pantera del Sur. Si ellos dos y Pedro Ascencio se sumaron a Iturbide es porque debió de haberlos convencido de su plan. Son hombres que hubieran preferido la muerte a la derrota.

—Aunque estaban derrotados, sitiados, rodeados y aniquilados —la voz de Leonor interrumpió desde la cocina—. Diez años de guerra hacen más flexible a cualquiera.

—Tal vez es un hombre práctico —añadió Inés—. Independencia es lo que quiere y parece que, en estas circunstancias, es únicamente Iturbide el que puede lograrla. Su plan es sensato. Ya está pegado en la mitad de los muros del reino. Además, éste es un momento de celebración, así es que dejemos fuera la política. Nuestros niños cumplen tres años, Sofi.

—¿Tú tienes niños? —preguntó con cierta altanería Leonor.

Inés ignoró aquel comentario. Sofía no pudo evitar que por breves segundos la invadiera la nostalgia. Estaba feliz. Había recuperado a su pequeño José María. Él y Mariana estaban hermosos y saludables; ante todo, estaban a salvo para siempre.

No más temor a Calleja ni a Alejandra, no más guerra, y el tiempo, que cura todas las heridas, hacía que cerrara la cicatriz que dejó la desaparición de Miguel, quien finalmente le había salvado la vida y les había conseguido, a ella y a Inés, la tranquilidad del indulto. A veces se sentía lista para seguir adelante. Miguel no le debía nada.

Pero los ojos de los pequeños José María y Mariana, y hasta los

de la propia Leonor, le traían a la mente al único hombre a quien había amado, al primero al que besó y al primero al que se entregó de forma absoluta. Más de tres años sin tener noticia alguna de Miguel de Montellano, el hombre al que ella misma había alejado de su vida con su obcecación, y del que ahora tenía dos hijos que festejaban su cumpleaños sin haber conocido jamás a su padre. ¿Qué sería de él? ¿Dónde estaría? ¿Se encontraría bien? ¿Se habría alejado por su propia voluntad?

Ninguna autoridad le había dado noticia alguna sobre él. La última información que tuvo databa de junio de 1819, cuando simplemente le aseguraron que estaba indultado y, por lo tanto, no estaba en ninguna cárcel de Nueva España. Tal vez, si terminaba por fin todo ese conflicto, si el plan de Iturbide daba resultado, entonces quizá todo estaría en paz y podría saber algo de Miguel.

6

PLAN DE PAZ Y LIBERTAD
DEL CORONEL AGUSTÍN DE ITURBIDE

¡Americanos! Bajo cuyo nombre comprendo, no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen: tened la bondad de oírme. Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo fueron dominadas por otras; y hasta que sus luces no les permitieron fijar su propia opinión, no se emanciparon.

Trescientos años hace que la América Septentrional está bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima. La España la educó y engrandeció, formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados que en la historia del universo van a ocupar lugar muy distinguido. Aumentadas las poblaciones, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, y dados los daños que origina la distancia del centro de su unidad, y que ya la rama es igual al tronco; la opinión pública y la general de todos los pueblos es la de la Independencia absoluta de la España y de toda otra nación. Así piensa el europeo, así los americanos de todo origen.

Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores, el año de 1810, y que tantas desgracias originó al bello país de las delicias, por el desorden, el abandono y otra multitud de vicios, fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, indios e indígenas, es la única base sólida en que puede descansar nuestra común felicidad.

¡Españoles europeos!, vuestra patria es la América, porque en ella vivís; en ella tenéis a vuestras amadas mujeres, a vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes. ¡Americanos! ¿Quién de vosotros puede decir que no desciende de español? Ved la cadena dulcísima que nos une: añadid los otros lazos de la amistad, la dependencia de intereses, la educación e idioma, y la conformidad de sentimientos, y veréis son tan estrechos y tan

poderosos, que la felicidad común del reino es necesario la hagan todos reunidos en una sola opinión y en una sola voz.

Es llegado el momento en que manifestéis la uniformidad de sentimientos, y que nuestra unión sea la mano poderosa que emancipe a la América sin necesidad de violencia. Al frente de un ejército valiente y resuelto, he proclamado la Independencia de la América Septentrional. Es ya libre; es la señora de sí misma; ya no reconoce ni depende de la España, ni de otra nación alguna. Saludadla todos como independiente, y sean nuestros corazones gallardos los que sostengan esta dulce voz, unidos con las tropas que han resuelto morir antes que separarse de tan heroica empresa.

Proclamado en Iguala, febrero de 1821

7

El mariscal español José Dávila era el comandante general de la provincia de Veracruz, y Antonio López de Santa Anna era algo así como su hijo predilecto, su pupilo consentido, el brazo en quien pensaba apoyarse para combatir toda rebelión, y no dudó de su fidelidad cuando llegaron a Veracruz las noticias de todo lo ocurrido: el plan de Iturbide, su unión con Guerrero, la proclamación de Independencia. Toda la provincia de Veracruz se opondría al infame Plan de Iguala. Mientras hubiera una mula española tuerta en América, ésta debería gobernar a los americanos.

En marzo de 1821 los aires de la rebelión iturbidista llegaron a Orizaba, y Dávila no dudó ni un segundo en enviar a Santa Anna a reprimir a los levantiscos.

—Sabes que eres como un hijo para mí, Antonio —le dijo Dávila en medio de un abrazo—. Por eso sólo te puedo encomendar esta misión a ti. Más de cien granaderos y mucha tropa se han unido a los rebeldes.

—La lealtad será siempre mejor estrategia que la traición, señor, y yo entregaré hasta la última gota de mi sangre por el servicio de su majestad el rey.

Dávila lo miró, orondo, henchido de orgullo:

—No cabe duda de que eres el más fiel de mis subordinados.

Todos los regimientos de la provincia fueron puestos bajo el mando de don Antonio, quien en la madrugada del 23 de marzo, antes de comenzar la batalla, hizo gala de su histriónico carácter, y ya que gustaba de emular a las grandes leyendas militares de la historia, espoleó su caballo y dirigió una arenga a sus tropas para animarlas antes de la batalla:

—Nuestro amadísimo monarca Fernando VII debe ser defendido contra la maldad de aquellos bandoleros que han proclamado el infame Plan de Iguala. Ustedes están llamados a causas más sublimes.

Los rebeldes iban al mando de José Martínez, quien llevaba las mismas órdenes que Iturbide había dado a todos los jefes: evitar el

derramamiento de sangre, apelar a la garantía de la unión, convencer a los realistas de sumarse al plan y ofrecer a los comandantes de las tropas lo que fuera necesario para obtener su adhesión. Lo cierto era que la tropa rebelde estaba por debajo de los mil efectivos. Santa Anna no quiso escuchar tratos de traidores al rey y con absoluta facilidad los derrotó en una sola batalla. Con ese triunfo, Antonio López de Santa Anna terminó de recorrer todo el escalafón militar que podía recorrer un español criollo y se convirtió en teniente coronel del ejército de su majestad.

Ahí mismo, en Orizaba, decidió Santa Anna gastar el bono de su promoción en un magno festejo de una semana a ritmo de huapango. Pelearon los gallos, circularon las apuestas, corrió el pulque y el vino, abundó la comida, sobraron las mujeres, sonaron las guitarras y retumbaron los tablados. Totalmente enfiestado estaba el teniente coronel cuando, con el primer día de abril, llegó otra tropa rebelde. La comandaba José Joaquín de Herrera, contaba con más de tres mil hombres y le bajó la borrachera a don Antonio. Imposible batirse contra esa tropa.

Pero Joaquín de Herrera llevaba de Iturbide la misma consigna que había dado a todo su ejército: negociar. Santa Anna accedió a una entrevista con el comandante de los rebeldes. Herrera comunicó el mensaje de Iturbide: la Independencia era incontenible, debía lograrse con paz y ésta sólo se podía obtener a través de la unión. Iturbide respetaba la pericia militar y el valor de don Antonio, señaló Herrera. La adulación funcionó y el rebelde tuvo toda la atención del teniente coronel.

Iturbide ofrecía a Santa Anna darle el grado de coronel del Ejército Trigarante, algo casi imposible en las filas realistas. Le ofrecía el mando de todas las tropas con las que lo estaba atacando Herrera, y poner bajo sus órdenes y administración toda la provincia de Veracruz. Santa Anna lo meditó breves minutos y, sin derramar sangre, tal y como ordenaba Iturbide, el comandante de las tropas de Veracruz se unió a la causa iturbidista el 1º de abril. Su primera responsabilidad, desde luego, era convencer y sumar a su tropa.

Don Antonio López de Santa Anna volvió a Orizaba, volvió a la fiesta, donde aún celebraba por haber derrotado a los rebeldes con la tropa a la que arengó para atacar a los infames que se sumaban al Plan de Iguala, los soldados a los que les habló de la lealtad al rey. Santa Anna llegó a caballo y llamó la atención de toda su soldadesca:

—¡La libertad es una causa superior a cualquier causa! ¡Viva la

Independencia y viva el Plan de Iguala!

8

Salió Miguel del sueño del embrujo efímero de Samira y se dispuso a hacerse a la mar. Sintió que dejaba la mitad de su corazón en Sevilla, pero también, en el fondo, se decía a sí mismo que probablemente todo había sido como un sueño y ahora su vida real reclamaba su presencia. No dejó España por su voluntad, pero tampoco tenía a qué quedarse. Su estrella creía en el destino, en su destino.

Comenzaron a despedirse con la puesta del sol y no terminaron hasta la nueva aurora, y constató Miguel que, después de meses, aún tenía Samira sorpresas para cada noche, tal vez para mil y una. El hombre que jugó a ser romaní, por lo menos el amante payo de una de ellas, salió de Sevilla portando nuevamente uniforme militar.

—Espero verte algún día, Samira.

—Somos dos nómadas y el mundo es pequeño. Todo es posible. Tú sólo sigue tus estrellas, mi hermoso ermitaño.

Mientras decía aquello, Samira colgó del cuello de Miguel un colguije con forma de estrella tallado en una turquesa:

—Combina con tus ojos. Es para que me recuerdes.

La mirada de Miguel quedó clavada por segundos que parecieron una eternidad en los profundos ojos de su gitana. De pronto, el recuerdo le vino a la mente, y tras buscar en su morral le entregó a Samira una figura tallada en madera de Miguel Arcángel atravesando con su espada a un dragón que representaba a Satanás:

—Lucas me dijo que esto era mi destino… Consérvalo para recordarme y para que tal vez mi destino se quede contigo.

El caos en que vivía España hizo difícil el camino de Sevilla al puerto de Cádiz. Miguel dejaba tras de sí una España más convulsionada que a la que había llegado. Estaban cayendo el Viejo Mundo y el antiguo régimen, pero aquellos que pretendían construir el nuevo aún no sabían cómo hacerlo, y por eso no sólo los liberales se mataban contra los conservadores, sino que también entre ellos.

La Nueva España a la que se dirigía no debía de encontrarse en

un estado muy distinto. ¿Serían ambas Españas capaces de superar ese conflicto sin llenarse de sangre y matarse entre hermanos? A Miguel la historia le decía que no.

En Cádiz era casi imposible, quién lo diría, encontrar barco hacia Cuba. La serie de revoluciones se había convertido en torbellino que agitaba toda la América española y no había barcos mercantes que estuviesen en ese momento tomando el riesgo de perder su mercancía en el mar Caribe. La expedición militar se había cancelado, por lo que tampoco era fácil abordar algún barco de soldados.

Miguel buscaba rutas alternativas, tal vez vía Nueva Orleans, o incluso zarpar en Lisboa. Abstraído estaba en esos pensamientos cuando una recia voz familiar lo sacó de sus reflexiones:

—¡Vaya!, pero si parece nada más que el pirata Miguel, sólo que con media vida encima.

Miguel volteó para ver el rostro que hablaba y no lo reconoció. No vestía de militar de ningún país ni parecía alguien con quien hubiera compartido batallón. Escudriñó aquel rostro curtido por los años, de quizá cuarenta y cinco a cincuenta y llevados a marchas forzadas, con una barba tupida pero bien afeitada, una sonrisa pícara pero con apariencia de honesta, y algo en la mirada que, en efecto, le recordaba el pasado. De pronto el recuerdo acudió a su memoria:

—¿Ellis? ¿Peter Ellis Bean, el pirata?

—Joder, muchacho, no digas eso en voz alta en puerto lleno de buscabullas.

Los dos hombres se acercaron y se abrazaron amistosamente.

—Supongo que habrás querido decir Peter Ellis Bean, el comerciante.

—Claro, pero ¿qué hace un comerciante estadounidense aquí, en Cádiz?

—¡Estadounidense! ¿Dónde, que no lo veo? Algunos no tenemos patria, muchacho. A mí y a Lafitte nos indultó el gobierno de Norteamérica por los servicios prestados en la batalla de Nueva Orleans contra los ingleses, pero, ¿sabes?, somos hombres de otro mundo. Lafitte se instaló en la isla de Galveston y lleva barcos de ahí a Cuba y a Yucatán. A mí me apresaron tus compatriotas en el 16 y tuve que acogerme al indulto. En el 18 me casé con una norteamericana que más bien es de Rusia; una escultura, muchacho; se llama Candance Midkiff. He estado viviendo en Texas desde entonces, así es que verás que soy súbdito del mismo rey que tú.

Miguel estaba contento con el encuentro, tanto por ver un rostro

amigable en medio de extraños como por saber de una historia de insurgencia que no terminó en el vacío. Y, claro, tenía que aceptarlo, por la posibilidad de navegación que Ellis representaba si es que se dirigía a América. Con un poco de vergüenza se dirigió al antiguo pirata, antiguo insurgente y antiguo norteamericano:

—Oye, Peter…

—No tienes ni que mencionarlo, muchacho. Zarpamos en una semana, una vez que el barco esté cargado. Voy rumbo a Galveston, precisamente. Seguro podré dejarte en alguna isla del camino.

De tres a cuatro semanas duraba el viaje a Cuba, dependiendo de la embarcación, de la época del año y del clima. La de Ellis no era precisamente la nave más moderna. De hecho, pensó Miguel que bien podría haber sido alguna de las usadas por Colón para llegar al Nuevo Mundo siglos atrás, así es que se preparó para un viaje de por lo menos un mes, y seguramente tendría muchas cosas de que enterarse a través de aquel viejo zorro de mar y amigo de Guadalupe Victoria.

En poco más de un mes pudo Miguel enterarse de muchas cosas. Para empezar, Ellis se asentó en Texas y se hizo de tierras en la costa y tierra adentro, a recomendación de un preso con el que compartió celda en San Juan de Ulúa en 1816, quien le aseguró que aquellos páramos desolados serían valiosos en un futuro no muy lejano.

—Pláticas de presidiario —pensó Ellis en un principio—, pero el joven parecía saber lo que decía, y además se veía que era un muchacho de familia adinerada. Un tal Lorenzo de Zavala.

Lorenzo de Zavala. Miguel había escuchado ese nombre y justo en ese momento recordó en dónde, también en la cárcel. Había sido compañero de celda de Lucas, y en las últimas palabras del santero cubano, antes de despedirse, le dijo a Miguel que no olvidara nada de lo que en ese año habían hablado. Y hablaron mucho de Lorenzo de Zavala.

—¿Y te dijo por qué, Peter?

—Pues mira, chaval: me dijo que con esto de la Independencia y la república, ese lugar inhóspito iba a comenzar a llenarse de migrantes. Y razón tenía el caballero. Mira que algunos de mis compatriotas de Norteamérica han estado llegando en grupos de colonos a la zona de Texas, parece que con autorización del gobierno español. Los encabeza un tal Austin.

—¿Y cómo podría saberlo ese tal Zavala?

—Pues comentó en alguna ocasión que Yucatán, que de ahí es él, tenía grandes posibilidades, si fuera independiente, por recursos,

por mercados y por ser la entrada del Golfo, y que él mismo estaba comprando muchas tierras en Texas, pues era precisamente la otra puerta.

—¿Texas y Yucatán? Qué combinación tan extraña, ¿no crees?

—Eso mismo pensé yo, muchacho, pero ya ves que en la cárcel hay que matar el tiempo conversando de la sandez que sea. Además, coincidimos poco. Ya estaba cuando yo entré, y yo me fui antes con el indulto. El otro era muy necio.

“En la cárcel o en altamar”, pensó Miguel para sus adentros. Y si el buen clima se mantenía como había estado hasta el momento, mucho tiempo tendría para conversar con el ex pirata Peter, o para hacer memoria. Recordaba mejor ahora las pláticas con Lucas, en las que en varias ocasiones mencionó a Zavala: que simpatizaba con los nacionalistas yucatanenses, era de ideas republicanas, liberal radical, según decía Lucas, y metido hasta el cuello con los masones yorkinos de Nueva Orleans a través del club secreto Amigos Reunidos en la Virtud.

De pronto, la memoria de Miguel fue como una cloaca destapada y los recuerdos salieron sin traba alguna. Cosas y personas que probablemente Lucas no sabía qué o quiénes eran, pero que había memorizado a fuerza de escuchar la misma conversación tantas veces en prisión. Lorenzo de Zavala apoyaba la idea de una confederación donde la península de Yucatán fuera soberana. Mencionó también frases rimbombantes que muy poco le dijeron a Miguel cuando se las repitió Lucas, como expansionismo imperialista o destino manifiesto. Y recordó también el nombre de una persona que sí era conocida para Miguel, famoso de hecho en todo el continente: Thomas Jefferson.

9

Provincia de Veracruz.

Mayo de 1821

Tarsicio había caminado entre la selva justo hasta llegar al último punto en el que había visto con vida a Guadalupe Victoria, casi tres años atrás. Se colocó de pie en el mismo lugar donde habían tenido la última conversación, cuando ellos siguieron el curso del río mientras el insurgente fugitivo se internaba en las montañas. Había que buscarlo si las cosas cambiaban y el momento era adecuado. Pues bien, ahora lo era: Iturbide había firmado la paz con Guerrero, Santa Anna se había sumado a esa paz, y según todos los rumores el general Victoria estaba con vida, y Tarsicio sabía dónde.

En aquel punto del río, casi treinta meses atrás, Victoria señaló un punto entre las montañas, y fiel y obediente ahí fue Tarsicio a buscar a su general. Ahí se encontró con el fantasma que la gente de la localidad describía: delgado, pálido, ojeroso, demacrado, con cabellos largos y ensortijados que se confundían con una gran barba desaliñada, pero muy vivo.

Allí se abrazaron el general y el más leal de sus seguidores, y ahí

le comunicó las noticias de todo lo que había cambiado en Nueva España. Sólo dos cosas verdaderamente nuevas le dijo Tarsicio a Victoria y las dos lo dejaron completamente azorado: la rendición de Guerrero, porque no podía entenderlo de otra forma, y la adhesión de Santa Anna. Era el momento de volver oficialmente a la vida.

Victoria era estratega, y con estrategia eligió el momento de convertirse en leyenda viviente, uno en el que mataría dos pájaros de un tiro: se haría público y mítico entre la soldadesca, y le quitaría su minuto de gloria a su amigo, el ahora coronel Santa Anna, quien ya había proclamado el Plan de Iguala por toda la provincia, había vencido a los realistas en Xalapa, Córdoba, Orizaba, Alvarado, Tlapacoyan, Coatzacoalcos, Perote, Puente del Rey. Todo caía ante Santa Anna, a quien ya sólo le restaba tomar el puerto, pero ya desde antes se hacía llamar el Libertador de Veracruz.

Precisamente en eso estaba Santa Anna, en iniciar el ataque al puerto para la causa independentista. Había enviado un ultimátum al gobernador Dávila para que se rindiera y entregara la plaza, a través de una carta y una copia del Plan de Iguala, siguiendo al pie de la letra las órdenes de Iturbide. Dávila no sólo no entregó el puerto, sino que respondió con un mensaje muy breve pero muy conciso para el coronel Santa Anna: "¡Traidor!"

Tres mil hombres tenía don Antonio y el puerto sitiado, así es que, histriónico como era él, subió a su caballo para comenzar una de sus largas arengas, encaminadas a levantar la moral y exaltar el patriotismo de sus hombres. Desenvainó la espada para moverla en el aire, y en ese momento la multitud de hombres armados comenzó a gritar vivas, aplaudir, chiflar y gritar en medio de una algarabía que se salía de todo cauce.

Santa Anna estaba henchido de orgullo por el fervor que era capaz de provocar entre su tropa. Quedó tan conmovido que bajó de su caballo para recibir de cerca el amor de su gente. Pero el griterío continuaba sin cesar y los soldados tenían la mirada puesta más allá del propio Santa Anna.

Entonces lo vio. Con uniforme militar y sable al cinto, pero tal y como se decía que lo habían visto: demacrado y ojeroso, totalmente desaliñado y con los cabellos largos. ¡Guadalupe Victoria estaba vivo! Ya no era una leyenda, era la leyenda viviente. Conforme lo iban reconociendo, los soldados se quitaban el sombrero ante él, hacían caravanas, inclinaciones de respeto y más de uno se arrodilló a su paso.

Victoria caminó como rey entre una multitud que se quitaba para abrirle el paso. Caminó despacio, midiendo cada uno de sus movimientos, hasta quedar a dos metros de distancia de Antonio López de Santa Anna. Ambos sabían que oficialmente no se conocían y así mantuvieron la imagen. Se hizo el silencio. Los soldados esperaban las reacciones. El coronel Antonio López de Santa Anna presentó su sable ante Victoria.

—Bendigo a Dios por permitirme ver el día en que un gigante se ha levantado. La patria que lo hacía muerto se congratula y deberá honrar este día. No puedo comandar esta tropa si está entre nosotros el máximo héroe de la libertad —Santa Anna dio un paso al frente y entregó el mango de su espada de mando a Victoria—. General. Hágame el honor de tomar mi espada y ser el líder de este ejército, que yo no podré encontrar más honor que el de ser su más devoto subordinado.

La soldadesca se deshizo en gritos de júbilo ante al humilde acto de su coronel.

—¡Qué viva el coronel Santa Anna y qué viva el general Victoria!

Guadalupe Victoria se quedó mudo unos segundos, escrutando de pies a cabeza a Santa Anna, como quien intenta calar por vez primera a un desconocido. Abrió los brazos en señal de amistad y los dos se dieron un efusivo abrazo. Bien apretados el uno contra el otro, sujetándose las espaldas, Victoria murmuró al oído de Santa Anna:

—¡Ah, cómo eres teatrero, Antonio!

—Igualito que tú, Guadalupe, igualito. ¿Qué son esas fachas de náufrago recién rescatado cuando los dos sabemos que estuviste muy cómodo en la hacienda de don Francisco Arriaga?

—La soldadesca necesita leyendas, Antonio. Ya te harás tú la tuya cuando lo consideres necesario.

Los dos hombres se separaron y volvieron a la postura marcial y solemne, a dos metros de distancia uno del otro y con despedidas formales.

—Agradezco tan alto honor de tan alto hombre, coronel Santa Anna, pero guarde su espada, que yo no puedo tomar ningún mando, ni jurar plan alguno hasta que no me entreviste personalmente con don Agustín de Iturbide y sepa qué se trae entre manos.

10

Nueva Orleans. Agosto de 1821

Algo no le cuadraba a Miguel de Montellano. Por eso permaneció en Cuba sólo el tiempo necesario para llevar a cabo algunas pesquisas y sumar el nuevo punto a su recorrido. Nueva Orleans, una escala imprevista pero, a su entender, necesaria. Había muchas cosas que investigar, y puesto que no podía internarse bien a bien en territorio norteamericano, la ciudad del gran delta del Misisipi, la cuarta más grande de los nacientes Estados Unidos, y con gran población migrante de franceses y españoles, era perfecta para pasar inadvertido y buscar información.

Las noticias del mundo y de los acontecimientos americanos llegaban casi al día. Sólo una noticia opacaba ocasionalmente las guerras libertarias: el pasado mes de mayo había muerto en Santa Helena, una isla en medio de la inmensa nada del Atlántico sur, el emperador Napoleón Bonaparte, y el destino de sus restos, enterrados momentáneamente en su isla-prisión, era un tema de debate.

Desde ahí pudo Miguel de Montellano ponerse al corriente de los acontecimientos americanos que había tratado infructuosamente de dejar fuera de su vida. Supo de la proclamación del Plan de Iguala, que él conocía como Plan de Paz y Libertad; de la adhesión de Guerrero y Bravo, así como de la negativa de Guadalupe Victoria, quien no aceptaba un plan de Independencia que no incluyera la palabra república.

Todo lo relativo a lo que sucedía en Nueva España se conocía bien en Nueva Orleans. Conoció la bandera tricolor y el entusiasmo

general del pueblo por el plan, que, para más, contaba con la aprobación de la Iglesia. El virrey Apodaca declaró fuera de la ley a Iturbide, pero no hizo nada para detenerlo, a grado tal que los pocos militares aún leales a España, encabezados por Pedro Novella, lo destituyeron a él.

Efectivamente, llegó Juan de O'Donojú para tomar el mando, pero desde julio, cuando se apersonó en Veracruz, habló en favor de la libertad si era el deseo de la mayor parte del pueblo. Incluso se entrevistó con Iturbide en Córdoba, y ahí, junto con él, signaron un tratado en el que se declaraba el nacimiento del Imperio Mexicano, libre de España pero reconociendo la soberanía de Fernando VII o algún otro miembro de la casa Borbón. Poéticamente lo definieron como una forma de desatar el nudo, pero sin romperlo.

Mucho más podía haber hecho el masón O'Donojú, cuya misión oficial por parte del rey era recuperar el control. Ciertamente, Iturbide había tomado para su causa, y sin necesidad de violencia, prácticamente todas las ciudades importantes del reino, a excepción de México, Acapulco y el puerto de Veracruz. En Puebla incluso se dejó escuchar por vez primera entre las multitudes, por todas las calles por las que desfilaba el ejército libertador, el grito glorioso y victorioso de "¡Viva Agustín I, emperador!"

Pero precisamente las tropas acantonadas en las ciudades que aún eran españolas bastaban y sobraban para derrocar a ese traidor convertido en libertador. Con seis mil hombres había comenzado su marcha y sumaba ya unos quince mil, después de convencer a varios realistas de que se cambiaran de bando, pero el ejército virreinal era de ochenta y cinco mil elementos.

¿Habría estado de acuerdo O'Donojú con Iturbide en lo imperioso de evitar un baño de sangre, en terminar con una guerra entre hermanos, en que de cualquier forma el naciente imperio reconocería la soberanía de Fernando VII? Quizá pensó, como llegó a argumentar, que hacía lo que consideraba más glorioso para su rey, pues le había servido en bandeja la corona de un imperio que de otra forma hubiese perdido.

Es imposible escrutar la mente de don Juan de O'Donojú, un hombre a quien el rey, por voluntad propia, jamás habría mandado como virrey. O'Donojú era un masón liberal, enemigo personal de Fernando VII. Fue uno de los hombres que redactó y proclamó en 1812 la Constitución de Cádiz, que tantos poderes quitaba a su majestad, razón por la que estuvo encarcelado desde el regreso del monarca, en 1814.

Fernando hubiese dejado al masón pudriéndose en la cárcel de

la Inquisición, pero ese maldito Rafael de Riego y su rebelión liberal habían logrado instaurar de nuevo la Constitución. Los presos políticos como O'Donojú y otros masones salieron libres, infestaron las cortes y tomaron control de muchos asuntos. Masones fueron los que ordenaron en las Cortes la destitución de Apodaca y el nombramiento del masón O'Donojú, un hombre que odiaba personalmente al rey a causa de los tormentos que recibió en prisión.

La verdad era que el llamado último virrey de Nueva España, cuyo título, según la Constitución, era el de jefe político superior, nada hizo por intentar salvar ese gran pedazo del Imperio Español que se estaba separando. Alentó de hecho la desaparición de Nueva España y la creación del Imperio Mexicano. Pero ¿a quién le hizo el principal servicio? ¿A Iturbide, a quien le dio el triunfo, a la patria a la que dejaba nacer, o a los masones tras la sombra en Estados Unidos, que esperaban la caída de España para comenzar su expansión territorial?

Miguel no daba crédito a todo lo que leía en Nueva Orleans. El Dragón lo había conseguido: la Independencia sin efusión de sangre, pactada con el virrey. Incluso había escrito al rey de España, el mismísimo don Fernando VII, para darle a conocer el Plan de Iguala y el tratado que firmó en Córdoba con O'Donojú. En ambos se hacía mención de la Independencia, pero se invitaba a Fernando a asumir la corona ahí mismo, en México, o que designara él a algún infante de España para que fuera coronado emperador.

Pero Miguel sabía que el verdadero problema ya no era la Independencia. Eso era un hecho consumado, pero no por acuerdo o desacuerdo del monarca español, sino por voluntad de Estados Unidos de América y de los grandes propietarios de aquel país.

No había nacido aún el Imperio Mexicano, pero Miguel de Montellano sabía que ya había conspiraciones para derrocarlo; conspiraciones nacidas justo ahí, en el país donde él estaba en ese momento; conjuras que involucraban desde luego a Estados Unidos; intrigas que implicaban a la naciente Colombia y quizá al propio Simón Bolívar, a los diputados novohispanos en las Cortes de Cádiz y a una serie de clubes secretos ligados a la masonería norteamericana, y que probablemente ni siquiera sabían al servicio de quién estaban actuando en realidad.

Los antiguos insurgentes eran una amenaza potencial para consolidar el naciente país, y probablemente sin saberlo, pero con sus ímpetus rebeldes y sus pocas luces, eran el blanco perfecto. Servando Mier era peligroso, también Nicolás Bravo, y quizá

también el propio Guadalupe Victoria.

11

Nueva Orleans,
13 de septiembre de 1821
Excelentísimo coronel Agustín de Iturbide
Muy señor mío:

Le pido perdonar las informalidades, pero es mejor así para ser directo y franco como sé que a usted le agrada. Me disculpo también por la ausencia epistolar, pero ya había informado a usted todo cuanto estaba en mis posibilidades, y le confieso que una vez habiendo cumplido sus encomiendas, no tuve intención alguna de volver a la América, a la que parece que de cualquier forma me une el destino.

Seré directo. La nueva patria que va usted a dar a los americanos está en peligro incluso antes de nacer. Don Agustín, no confíe usted en nadie, ni en los antiguos insurgentes, ni en sus nuevos aliados, ni menos aún en los que digan ser sus amigos. Es imposible saber hasta dónde se han infiltrado las organizaciones masónicas, incluso en sus círculos más allegados. Afrontemos un hecho, coronel: no existe, no aún por lo menos, tal cosa llamada México, y muchos no están interesados en que exista.

Los llamados liberales de las Cortes de Cádiz ven su futuro en seguir con España, y los diputados de provincias están busca de sus propias autonomías o independencias. En el caso de los masones, tenga extremas precauciones. Los seguidores del rito escocés podrían llegar a ser aliados, pero el gobierno de Norteamérica se ha dedicado a organizar clubes del rito de York donde sus miembros, lo sepan o no, trabajan para los intereses de aquella nación.

Recomiendo a usted tener extremos cuidados y precauciones con todo representante del gobierno norteamericano, como es el caso del señor William Taylor, quien debe estar ya en el territorio novohispano. Las ambiciones de Francia y su masonería no son pocas. Procure no intercambiar ningún tipo de información con nadie que diga representar a un tal conde de Survilliers, patrocinador de masones franceses en Filadelfia, y que tiene

contacto con el padre Servando Mier. Recuerde bien ese nombre: SURVILLIERS. Prefiero pecar de precavido, pero también recomiendo a usted desconfiar de todo enviado de la naciente Colombia o del propio Simón Bolívar.

Sé, por la información de un navegante y pirata cuyo nombre no viene al caso, que hay corsarios sudamericanos de provincias como La Plata o Buenos Aires, como un tal Hipólito Bouchard, que ambicionan las dos Californias, así como colonialistas franceses que se han fijado en las tierras novovizcaínas de Sonora y Sinaloa, por sus aparentes reservas de oro.

Señor Iturbide, el centro de todos los problemas que enfrenta la patria naciente tiene un solo nombre: territorio, un territorio estratégico que todos ambicionan.

El mayor cuidado debe estar en el coloso que se construye en el norte. Territorio, señor Iturbide. Como ningún otro, Estados Unidos busca territorio y expansión migratoria, y su mirada llega hasta Mazatlán. Todos los liberales de la América hispana, masones o no, están, tal vez sin saberlo, haciendo un campo fértil para la expansión de los anglosajones del norte.

Estimado y muy noble caballero, el proyecto de expansión territorial de Estados Unidos de América está a la vista para aquel que quiera verlo. Es, de hecho, su proyecto fundamental de nacimiento y se ha desarrollado ante nuestros ojos

No quisiera entrar en mayor detalle por este medio, y espero tener la gracia de encontrarme con usted en mi pronta llegada al territorio de Nueva España, en lo que espero que sea una muy breve estancia.

Queda de usted,

Miguel de Montellano

P.S. me dirijo a Veracruz en el entendido de que ya es usted autoridad que pueda expedirme el pasaporte de ingreso.

12

Ciudad de México.

27 de septiembre de 1821

¡Libertad! Al día más feliz de la historia de México lo han descrito algunos. El Dragón había vuelto triunfante. Había salido de la capital en noviembre del año anterior, engalanado y aclamado, nombrado jefe absoluto de un ejército virreinal que tenía como misión aniquilar los restos de la derrotada insurgencia, específicamente a los grupos rebeldes leales a Vicente Guerrero. A todos sorprendió la noticia de la paz firmada entre ambos con un abrazo.

Vicente Guerrero había sido la última amenaza rebelde, el terror de los caminos del sur, el símbolo de la resistencia de aquellos que no se resignaban a la muerte de la insurgencia. El hombre que asolaba el comercio de Acapulco, el que destruía los senderos, la última piedra en el zapato del virrey, el guerrero indomable, pero incluso ese símbolo del arrojo y la insurrección, se había rendido ante las armas y las letras de Iturbide. Paz y libertad saludaban a la nueva patria esa mañana esplendorosa del 27 de septiembre de 1821.

Guirnaldas, pendones y banderolas tricolores, flores de todo tipo, bandas de música, retratos de Iturbide y Fernando VII; todo ello adornaba las calles de la ciudad de México, que era un hervidero donde todas las clases sociales se hacían una, evidentemente sólo por unas horas. En la entrada de la calle de San Francisco un gran arco del triunfo tallado en madera esperaba al libertador.

Tres días atrás había llegado Juan de O'Donojú a cumplir la formalidad de ocupar su puesto de jefe político superior de Nueva España y, ante todo, mantener el orden mientras el Ejército Trigarante se preparaba para una entrada triunfal de corte romano y juntar así, en un solo día, dos festejos: el nacimiento de la patria se daría formalmente el día del nacimiento de su libertador.

El blanco, el verde y el rojo engalanaban las calles, las fachadas de las casas y hasta de los templos. Rápidamente se hicieron populares los colores que el Dragón de Hierro había usado para formar su estandarte tricolor. Nacía México con nombre y bandera. Las calzadas principales y secundarias de la capital, aún virreinal por unas horas, estaban colmadas por el bullicio que esperaba ver desfilar al ejército que había otorgado la libertad, y a ese titán llamado Iturbide al que coreaban ya como padre de la patria.

En el día más feliz de la historia andaría por las calles el ejército más grande que jamás se hubiese visto en Nueva España: dieciséis mil hombres uniformados, ocho mil de a caballo y ocho mil de a pie. La ruta de la marcha del triunfo estaba trazada para pasar por las vías e iglesias principales y llegar hasta la Plaza Mayor, llamada "de la Constitución" en honor al documento de Cádiz, y los hombres más encumbrados pagaron fortunas por alquilar los balcones que asomaban a dichas calzadas.

Los adoquines comenzaron a cimbrarse y la multitud, a emitir aclamaciones. Iturbide entraba a la ciudad de México. El mejor jinete de Nueva España montaba al mejor caballo, un bridón del color del azabache, soberbio como la ocasión, en el que hombre y bestia formaban un solo ser que hacía todo tipo de suertes para la muchedumbre.

Decidió el libertador que no era propio usar su uniforme de coronel del ejército realista, tan entorchado y condecorado; vestía un austero uniforme de campaña sin adorno o galón alguno: botas de montar, pantalonera y camisa de paño blanco con chaleco de color avellana, casaca azul de botonadura dorada y un sombrero de dos picos retocado con tres plumas: blanca, verde y roja. Agustín de Iturbide cumplía ese día treinta y ocho años.

Horas de desfile donde nunca se apaciguaron los vítores y las ovaciones. La Iglesia cambió los anatemas y las excomuniones de la década anterior por misas y tedeums. Fue también el día más sonoro de la historia: todas las campanas de todas las iglesias estaban a todo repicar. De pronto, una potente voz de mando emanó de la boca del soberbio Dragón y todo el ejército detuvo su paso. Estaban en la calle de La Profesa y don Agustín, frente un famoso balcón: el de la habitación de María Ignacia Rodríguez de Velasco.

En un acto que nadie supo cómo interpretar, Iturbide se quitó el sombrero frente a la Güera Rodríguez y, como matador que ofrenda el toro ante el público, lo levantó en todo lo alto y lo movió de izquierda a derecha hasta captar todas las miradas.

Entonces, cuando Nueva España estaba atenta, arrancó del sombrero la pluma verde que simbolizaba la Independencia y la dio a uno de sus ayudantes, quien acto seguido llevó el adorno a las manos de doña María Ignacia. Ella la tomó delicadamente y envió un delicado beso a Iturbide, quien después de sonreír espoleó el caballo y dio la orden de continuar con el cortejo.

Todos lo vieron, pero probablemente nadie entendió lo que acababa de suceder. Todo el plan de Iturbide, que culminaba en ese momento glorioso, comenzó gracias a doña María Ignacia, la mujer que logró que los conspiradores de La Profesa dieran a don Agustín el mando del ejército pacificador el año anterior.

Agustín de Iturbide y Aramburu era el padre de la patria, que lógicamente debía tener también madre, y en medio de ese nacimiento triunfante el libertador le ofrendó la Independencia a la mujer que a su justo entender merecía dicho título, la mujer cuyas conjuras en la sombra hicieron posible el día más feliz de la historia: doña María Ignacia Rodríguez de Velasco.

Siguió el cortejo su marcial paso hacia la calle de San Francisco. Ahí esperaba a Iturbide el pleno del ayuntamiento de la ciudad de México, criollos como él, ayuntamiento del que surgió la primera propuesta de autonomía en 1808, de boca y pluma de Francisco Primo de Verdad, asesinado por dicha causa, mártir primo de la causa. Ahí donde todo había comenzado llegaba todo a su final, trece años después. Trece años de sangre, guerras, conspiraciones, asesinatos, miseria y traiciones a las que ponía fin la audacia de Agustín de Iturbide.

El libertador desmontó y se acercó al alcalde, coronel José Ignacio Ormachea, quien lo recibió con un efusivo abrazo y las recién lustradas llaves de la ciudad:

—Estas llaves son de la ciudad y de unas puertas que deben siempre estar cerradas al despotismo y abiertas a la felicidad común de los habitantes. Las entrego a vuestra excelencia en prenda de confianza de que procurará el bien común del pueblo al que representa.

Iturbide había tomado pacíficamente y entre aplausos la capital del virreinato de Nueva España. Las mujeres lloraban de emoción, los hombres gritaban de algarabía, los padres alzaban a sus hijos en hombros para que pudieran ver al libertador.

Pero la fiesta apenas comenzaba. El desfile continuaba y los protocolos distaban mucho de estar cerca del final. Iturbide tenía la capital, entregada por el hombre que la representaba. Faltaba aún la entrega de todo el virreinato, y con ese objetivo siguió el avance hasta llegar a la Plaza de Armas, donde don Juan de O'Donojú y O'Ryan esperaba en el balcón central del palacio virreinal. Ante él se presentó Iturbide, y luego ambos presenciaron juntos la entrada de todo el glorioso ejército, que se formó a lo largo de la gran explanada.

Después de toda una mañana de desfilar de tropas, Iturbide, O'Donojú y lo más destacado de la sociedad procedieron a la parte engorrosa pero obligada del festejo: un solemne tedeum de dos horas en la emperifollada Catedral metropolitana, a la que los léperos tuvieron la fortuna de no ser invitados. A las dos de la tarde, mientras la aristocracia bostezaba adentro, el pueblo dejaba circular el vino y las canciones afuera. Ante Dios nació la patria libre.

Tres mujeres y dos pequeños eran parte de las más de cien mil almas que atestiguaban el nacer de la patria. Leonor, Inés y Sofía, con los pequeños Mariana y José María, ocupaban una habitación de la calle de San Francisco, con una veranda desde la que se alcanzaba a ver la parte central de la Plaza Mayor y el balcón principal del palacio virreinal, desde el que Iturbide y O'Donojú atestiguaban el último día de existencia de Nueva España y el primer día de una nueva patria que comenzaba a llamarse México.

—Pues la Independencia es ahora un hecho consumado, Sofía. Deberías estar feliz —comentó Leonor.

—No estoy segura de nada, querida Leonor. Me alegra que finalmente termine una guerra, que ya era absurda y en la que me parece que ya nadie sabía por qué o quién peleaba, pero aún no tengo claro qué tipo de independencia es una en la que se invita a Fernando VII a ser nuestro emperador.

—Y no olvidemos una cosa —terció Inés—: esto no es en lo absoluto por lo que luchaba Guadalupe Victoria ni por lo que

luchaba el padre Morelos… O tu padre, Sofi.

—¿Mi padre, Inés? Hoy tengo claro que mi padre fue un idealista engañado. Creía en la libertad, pero no creo que tuviera claro cómo obtenerla o qué hacer con ella.

—Morelos tampoco.

Las dos hermanas voltearon de inmediato a ver a Leonor de Moctezuma y Cortés. Ambas profesaban amor de hijas a José María Morelos y Pavón, a quien, a pesar de sus errores y excesos, consideraban el hombre más leal y grande que había pisado este territorio. Atentar contra Morelos era herirlas directamente.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó, irritada, Sofía.

—Sofía, esto no depende de que te guste o no, son hechos. Morelos pudo haber sido grande al igual que sus hombres, como quizá lo es Guadalupe Victoria. Pero este día que vivimos deja muy clara una cosa: con plan o sin plan, ni el tal Hidalgo ni el tal Allende, ni Morelos ni el propio Victoria, fueron los hombres capaces de ganar la libertad de este reino. Agustín de Iturbide puede resultarte antipático por tus propias razones, pero es el hombre fuerte que logró ganar sin guerra y otorgar independencia.

—¿Entonces quieres un imperio? —cuestionó Inés a Leonor.

Leonor de Moctezuma y Cortés, por mestiza que muy en el fondo fuera, era en realidad muy española. Ésa era la sangre que dominaba en todo su ser, sus rasgos y su carácter, y no se acostumbraba del todo al convivio directo, franco y en igualdad con una mulata que, para colmo, pretendía ser hermana de Sofía.

Por Sofía sentía un cariño relativamente familiar, y se había encariñado con los niños. A todos ellos los unía la sangre y una historia común. Incluso las unía el desaparecido Miguel de Montellano, pero Inés era para Leonor el elemento extraño. La trataba bien por respeto a Sofía, pero no dejaba de verla como la mulata cuyo oficio, casi dictado por Dios, era ser la cuidadora de los hijos de Sofía y Miguel.

—¿Un imperio? —dijo Leonor—. ¿Y qué otro sistema de gobierno conocemos, Inés? ¿Crees que haberte amancebado en la selva con Guadalupe Victoria te hace saber qué es una república? ¿Crees que alguien lo sepa, que sea una forma aplicable de gobierno en un pueblo que vive en la subsistencia?

—Leonor —interrumpió Sofía—. Las dos te debemos la vida. Yo, además, te debo la vida de mi hijo. Desde entonces, además, te debemos también tu hospitalidad y que compartas con nosotras lo que tienes. Pero nada nos obliga a seguir juntas. Inés es mi hermana, y si no eres capaz de entender eso, ella, mis hijos y yo nos

podemos ir y seguir nuestra vida, una vida a la que aún no entiendo por qué decidiste entrar de pronto.

—Si no hubiera decidido entrar a tu vida, Sofía, ésta simplemente ya se habría terminado. Tú deberías entenderme mejor que nadie. Nunca tuve familia. Terminé enclaustrada en un convento para pagar las culpas de alguien más, las de mi padre, el tal Diego Montellano; incluso las de mi madre, Isabel, y tal vez hasta las de tus padres —Sofía no daba crédito de lo que escuchaba. ¿Qué culpa podrían cargar sus padres en toda esa historia de traiciones? La mirada de rencor que lanzó atravesó a Leonor, quien de inmediato continuó—: Sofía, ¿en verdad crees que es casualidad todo aquel emparejamiento? Piénsalo bien. Diego Montellano, descendiente de Moctezuma, se casa con una mujer descendiente de Cortés, y tiene una aventura con otra que tiene la misma característica. Rebeca, Isabel, su otra opción era tu madre, pero ella, descendiente también de Cortés, se casa con Manuel Guillén, un hombre que en sí mismo ya era un heredero de ambos linajes. Diego se deshace de ambos. ¿Cuántos descendientes directos podrá haber de Moctezuma y Cortés como para que se encuentren y se "enamoren" por casualidad? Piénsalo, ingenua. Es obvio que algo más hay detrás de todo esto.

En realidad, Sofía no se había detenido a pensar en aquello. Sus recuerdos del matrimonio de sus padres, del poco tiempo en que tuvo familia, eran de una infancia grata con padres que se amaban, si bien es cierto que tampoco recordaba gran cosa. ¿Sería posible que su unión hubiese sido algo pactado por algún tipo de conveniencia?

—¿Y qué es lo que tú buscas, Leonor?

—Una familia que nunca tuve, Sofía. Tú eres mi prima y no tengo a nadie más. Lo siento, pero no comparto nada con esa mujer Inés a la que diste tu apellido.

—Tampoco compartes nada conmigo, Leonor. Las familias se forman por vivencias y no por sangre. Tú y yo no tenemos nada en común, más que el mismo pasado lleno de mitos sin sentido.

—Compartimos a Miguel, Sofía, el hombre al que dices amar y mi medio hermano, el hombre que te salvó a ti asesinando a nuestro padre.

¿Habría amado alguna vez Sofía a Miguel de Montellano? ¿Lo amaría aún? ¿Podía el amor trascender los años? Sofía ya se había detenido a pensar más de una vez en su situación con Miguel; destacaba el hecho de que llevaba cuatro años sin verlo, pero había más cosas: tuvieron una aventura romántica y épica, recorrieron

juntos los caminos del reino, compartieron el peligro y sus afanes pasionales coincidían de la mejor de las formas. Pero ¿amor? Nunca se atrevió a confiar en él. Poco tiempo coincidieron. Ella nunca soltó sus ataduras. Dejó que la carcomieran los celos. ¿Amor?

—Nadie sabe nada de Miguel de Montellano, Leonor. Nadie desde 1818 sabe dónde está. Nunca me buscó o nunca pudo encontrarme. Yo también fui incapaz de dar con él. Podría estar del otro lado del mundo. A él nunca le interesó esta causa insurgente.

—La causa insurgente, Sofía, amenazaba con destruir el reino. Eran años de sangre y rapiña. Tú sabes que a Miguel le interesaba la libertad, pero no la muerte del país, y eso es lo que a su entender se estaba consiguiendo. Pero Agustín de Iturbide ha logrado terminar con la guerra y con los odios.

—Perdóname, Leonor, pero yo te veo demasiado interesada en la causa de Iturbide y me parece muy difícil creer que únicamente sea por la promesa de paz y unidad. Tiene que haber algo más.

Leonor de Moctezuma y Cortés miró a Sofía en silencio por unos segundos. Se enfrentaba a una mujer que seguía imbuida en los idealismos. Nunca deben morir los grandes ideales en una patria. Los soñadores son combustible de una nación y de un proyecto de vida. Sofía se parecía tanto a Miguel. Ahora lo entendía. Ambos luchaban por convicciones, por conceptos, por valores, no por intereses. ¿Cuánta gente así habría para dirigir la patria naciente?

—Aparecí en tu vida de pronto, Sofía, pero no por casualidad. No puede ser casualidad que haya estado para salvarte justo en el momento adecuado, por un sendero tan poco transitado. ¿Sabes? Quiero una familia, pero, además de eso, la que sea tu herencia y la de Miguel también lo es mía, en todos los sentidos.

Sofía quedó boquiabierta. Inés escuchaba a lo lejos. ¿Qué tipo de mujer era Leonor y qué era lo que buscaba?

—No sé bien qué sea lo que estés buscando, pero yo ya no quiero nada que no sea simplemente vivir en paz. No me interesa nada de una herencia, no sé de qué hablas, y además no veo cómo esta independencia pactada sirviera para recuperar… lo que sea que quieras.

Leonor sonrió:

—Desatar el nudo sin romperlo, Sofía. Así lo definió Iturbide con O'Donojú. El país que hoy nace pretende heredar de Nueva España todo, desde el territorio, pasando por las relaciones comerciales y hasta los compromisos adquiridos por los gobiernos virreinales, como la pensión de Moctezuma y los litigios pendientes, como las propiedades y títulos de Cortés. No hablamos sólo de una patria

libre, sino de ser la familia más importante del país.

El ruido ensordecedor de la multitud en las calles interrumpió el extraño diálogo entre Leonor y Sofía. El clamor llegó a un volumen nunca antes escuchado en las calles de Nueva España y en su Plaza Mayor. El éxtasis y la euforia se apoderaron de todo el ambiente. Los gritos de júbilo y victoria invadieron México. El libertador había salido al balcón del palacio para dirigirse al pueblo.

—Americanos… ¡Mexicanos! Ya estáis en el caso de saludar a la patria independiente como les prometí en Iguala: ya recorrí el inmenso espacio que va de la esclavitud a la libertad. Ya me veis en la capital del imperio más opulento, sin dejar atrás arroyos de sangre, ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres.

”Recorridas quedan las principales provincias de este reino y todas han dirigido al Ejército Trigarante vivas encendidos y votos de gratitud al cielo. Los exhorto a que olvidéis palabras de exterminio y sólo pronunciéis unión y amistad íntima. Mexicanos, a través de la unión ya sabéis el modo de ser libres: a vosotros toca encontrar el modo de ser felices.

”Y si mis trabajos, tan debidos a la patria, los suponéis dignos de recompensa, concededme sólo vuestra sumisión a las leyes, dejad que vuelva al seno de mi amada familia, y de tiempo en tiempo haced una memoria de vuestro amigo, Agustín de Iturbide.”

Ésas fueron por lo menos las palabras que alcanzaron a oír entre el fandango en que se había convertido la plaza. Era el día más feliz de la historia e Iturbide era quizá el hombre más aceptado, más querido, más popular y más aclamado de todos los tiempos.

Con la libertad otorgada, tocaba ahora a los mexicanos encontrar la forma de ser felices. Por unos instantes Sofía vio al libertador Iturbide con simpatía y hasta admiración. Leonor tenía razón. Por encima de todos, Agustín de Iturbide fue capaz de idear un plan, poner de su lado a todos los estratos de la sociedad y firmar una independencia sin sangre. Ahora invitaba al pueblo liberado a usar responsablemente su libertad, buscando su felicidad.

Quizá por la costumbre de vivir entre traiciones, le parecía demasiado bueno para ser cierto. ¿Qué sería de esa felicidad al día siguiente, cuando terminara la ebriedad de la Independencia? Pero la guerra finalmente había terminado. Había un indulto general para todos los que habían luchado, fuese en el bando que fuese. Quizá era momento, efectivamente, de seguir adelante y encontrar la felicidad. El libertador había entrado en la capital y todos estaban jubilosos.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

El libertador había entrado a la capital ante el júbilo de todos los pueblos mesoamericanos que habían vivido décadas bajo el terrible yugo de los aztecas. Hernán Cortés desfiló triunfante en la ciudad de Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521, y los pueblos sometidos por el llamado Pueblo del Sol respiraron libertad y se olvidaron de los tributos en sangre para los dioses.

Trescientos años después, un nuevo libertador desfiló en el mismo territorio, ahora llamado ciudad de México, capital del reino que comenzó su existencia con el triunfo de Cortés, reino novohispano que ahora dejaba de existir para ver el nacimiento del Imperio Mexicano.

Pero así como la entrada triunfante de Iturbide se hizo en paz, el asedio y desfile de Cortés fue la culminación de meses de violencia, sangre, hambre y epidemias que asolaron a la capital del Pueblo del Sol. Sin embargo, con trescientos años de distancia entre ambas entradas triunfantes, lo cierto es que con cada una de ellas se puso fin a un mundo y se generó otro. Un sol llegaba a su ocaso mientras que otro vivía su aurora.

Hernán Cortés había logrado, en 1520, su sueño de cohabitar en paz con los aztecas dentro de su propia capital, pero la rebelión del pueblo, bajo el liderazgo de Cuitláhuac, la muerte del gran Motecuzoma y la gran victoria azteca a la que los españoles llamaron Noche Triste provocaron que Cortés sólo tuviera la opción de la guerra para tomar la ciudad.

Su situación era compleja: no podía permanecer entre los tlaxcaltecas, quienes únicamente daban sustento a los españoles por la promesa de derrotar en el futuro cercano a sus odiados enemigos aztecas. No podía permanecer en los arenales de la costa, donde simplemente no había recursos que los sostuviesen. No podía volver a Cuba, no sólo por haber barrenado sus naves, sino porque su expedición de exploración y luego de conquista lo había hecho enemigo de Diego Velázquez, gobernador español de la isla, y no

tenía recursos ni interés alguno en volver derrotado a España. Sólo había una opción para don Hernando Cortés: Tenochtitlán. Dejar el pasado y seguir adelante.

Sólo había una forma para tomar la capital de la región más transparente del aire. La supo en su momento Cortés y en el suyo Iturbide: la unión. Hernán Cortés había entendido el funcionamiento de la política y la economía del inmenso señorío azteca, el sometimiento violento que había generado décadas de rencor contra los opresores, y otra serie de conflictos entre cada uno de los pueblos.

Ochocientos aventureros acompañaban a Cortés. Imposible derrotar a un imperio de millones, educados para ser guerreros. Pero, desde junio de 1521, ciento cincuenta mil guerreros y trece embarcaciones comenzaron a asediar la capital azteca por tierra y por el lago. Los bergantines que cerraron los accesos pluviales a la ciudad fueron diseñados por los españoles, pero construidos por los tlaxcaltecas, y los ciento cincuenta mil guerreros no eran, evidentemente, españoles.

Hernán Cortés logró la unión de todos los pueblos sometidos: los que odiaban a los aztecas y se odiaban entre sí. A todos convenció el habilidoso extremeño para que se unieran a él; con todos los caciques firmó alianzas que dejó por escrito, y hasta ante notario español, para justificar sus acciones ante su emperador. Los grandes señores rindieron pacto de vasallaje ante Hernán Cortés y su señor, el rey don Carlos, y así, reconocido como gran señor de todos los pueblos indígenas, marchó sobre la ciudad del sol.

Comenzaba el mes de agosto y la viruela había destruido a los aztecas. Unos quinientos guerreros mártires seguían en torno a su nuevo líder, Cuauhtémoc, sitiados y rodeados en Tlatelolco. En algún momento intentaron hacer escapar a Cuauhtémoc, al Águila que Cae, para retomar la batalla desde otro punto y en otro momento, pero ese 13 de agosto de 1521 Cuauhtémoc fue apresado y presentado ante Cortés.

Hernán Cortés había querido a Motecuzoma y hubiese deseado evitar la guerra contra su gran ciudad, pero el Águila que Cae, Cuauhtémoc, era brioso y guerrero, mientras que Motecuzoma era sutil, místico, misterioso y, ante todo, inexplicable. Don Hernando abrazó a Cuauhtémoc de forma fraternal y le pidió que cesase toda violencia, que no temiera por su pueblo, y que él seguiría siendo el gran señor.

La opción que prefería Cuauhtémoc era morir y así se lo hizo saber a su vencedor, pero Cortés le dio la vida y el mando. Ese 13

de agosto de 1521 comenzó a nacer un nuevo pueblo, una nueva cultura, una nueva forma de ver el mundo, y con el tiempo un nuevo reino con personalidad propia. Es la historia de nuestros ancestros. Sin ese 13 de agosto nadie podría estar escribiendo esto y nadie podría leerlo. Fue la batalla que nos vio nacer.

Ese 13 de agosto murieron los dioses antiguos… o se escondieron detrás de imágenes que trajeron los españoles. Ese día de la toma de Tenochtitlán, Hernán Cortés subió al punto más alto construido en Mesoamérica, a la cúspide del Templo Mayor, y contempló la ciudad y el reino que había conseguido para sí mismo, su rey y su Dios.

Cayeron los ídolos de piedra de Huitzilopochtli y Tláloc, y en su lugar colocó Cortés una gran cruz de madera y una imagen de la Virgen de Guadalupe, a la que era tan devoto desde que salió de Extremadura, diecisiete años atrás, como un aventurero con sueños y sin posibilidades.

A los diecinueve años se encomendó a su Virgen de Guadalupe en el monasterio de Los Jerónimos y salió a buscar fortuna. A los treinta y seis años colocó una copia de aquella imagen en la cima de Tenochtitlán. Era el creador de un nuevo mundo.

Sofía

LA CRUZ Y EL COMPÁS

1

Imperio Mexicano.

28 de septiembre de 1821

Un nuevo mundo comenzaba a nacer nuevamente en el mismo lugar; ahí donde mil años antes se destruyó un mundo de siglos en torno a la ciudad de los dioses, ahí donde trescientos años antes se destruyó el mundo azteca y nació la mestiza Nueva España, ahí, una vez más, se daba paso a algo nuevo, ahora llamado Imperio Mexicano.

Nueva España había sido la joya de la corona, uno de los lugares más ricos del planeta, y esa bonanza pertenecería ahora a sus habitantes y no a la corona española. Habría que administrar semejante abundancia. Muy pronto resultó que, más allá de los recursos que el destino había depositado en el naciente México, éstos eran inútiles si no se les sacaba provecho, y toda la opulencia que se vivía bajo el dominio español muy pronto, en cosa de días, se transformó en miseria.

Bendición y maldición ha sido para México estar donde está y tener lo que tiene. En el centro de toda la América, era un objetivo claro del expansionismo norteamericano para acercarse a la

América del Sur. Tan cerca de Norteamérica y dominando el mar Caribe, era parte de la estrategia fundamental de la gran América unida de Simón Bolívar. Puente con Asia como era, España no estaba dispuesta a soltarlo con tanta facilidad; lleno de plata y oro como se suponía, Francia no quitaba su ojo de encima; lleno de necesidades por resolver, los banqueros británicos no dejaban de estar listos para la usura. Y caóticos como eran sus habitantes, los partidos políticos estaban listos para exacerbar los ánimos y repartirse el botín.

Ése fue el imperio que nació y del que, de pronto, Agustín de Iturbide tenía que hacerse cargo junto con treinta y ocho miembros de una Junta Provisional de Gobierno, en espera de la respuesta que diera España a los Tratados de Córdoba, es decir: si venía Fernando VII. ¿O quién sería el rey Borbón que depositaría su orondo trasero en un trono mexicano y en cuya inútil cabeza habría que depositar aquella nueva corona?

Agustín de Iturbide había hecho lo más difícil: dar la libertad, y ahora aseguraba que su intención era volver a la vida del campo, lo que evidentemente nadie en la aristocracia y la Iglesia permitió. Sólo él, Agustín de Iturbide, podía gobernar, ya que sólo él tenía ese mérito ante un pueblo que aún no terminaba de entender qué había pasado el día anterior. La borrachera y la ebriedad de la Independencia se convertían ahora en la resaca de la responsabilidad propia.

Incluso Joaquín Fernández de Lizardi, uno de los escritores, periodistas e intelectuales más reconocidos, lo expresaba así:

—Si no es vuestra excelencia quien maneje nuestros destinos, maldita sea nuestra Independencia.

Pero lo cierto es que otros periodistas y escritores, otros personajes desplazados de la posibilidad del poder, otras fuerzas oscuras, ya maquinaban contra la Independencia desde su primer día.

Iturbide había formado la Junta de Gobierno, en la que figuraban todos aquellos que lo habían apoyado en su proyecto; algunos altos clérigos, comerciantes que habían dado dinero a la causa, algunos conspiradores de La Profesa y hasta antiguos Guadalupes, pero ningún insurgente de la vieja guardia había sido llamado, y en medio del primer día de paz ya comenzaban a formarse nuevamente los torbellinos de la guerra.

A Nicolás Bravo y Vicente Guerrero fue fácil contenerlos un tiempo. Iturbide los nombró mariscales imperiales, y su nueva actividad laboral era pasear, altivos y jactanciosos, por las calles

empedradas de la capital, luciendo sus nuevos corceles, sus galantes uniformes y sus relucientes condecoraciones, todo otorgado por Iturbide. Hay que decir en su favor que su valentía durante diez años de guerra fue incuestionable y merecían créditos. A Andrés Quintana Roo le reconoció sus méritos de abogado y le ofreció un ministerio en el gobierno.

Otros que nunca hicieron nada, como Miguel Domínguez, ese pusilánime corregidor de Querétaro en 1810, ya conspiraban de nuevo, y Carlos María Bustamante no dejó de usar su principal arma, la pluma, para arremeter contra el imperio: mucho alardeaba de que aún no había verdaderas libertades, como la de expresión, y sin embargo sus libelos no dejaban de circular. Pero lo cierto es que en septiembre de 1821 había un imperio sin emperador, y eso resultaba muy confuso.

—Señores, amaneció el día de la libertad y la gloria —así comenzó Iturbide la primera sesión de trabajo de la Junta Provisional de Gobierno, en la mañana del 28 de septiembre de 1821—. Dignos representantes, a vosotros los llama el pueblo y confía en vuestro patriotismo, vuestras virtudes y vuestra ilustración. La opinión pública los señaló para depositar la suerte de todos los compatriotas.

El primer día de gobierno de la nueva patria, la Junta de Gobierno decidió nombrar a Iturbide como presidente de la Regencia Imperial; es decir, el hombre que presidiría el gobierno provisional mientras se esperaba respuesta de España y a un emperador de la casa Borbón, tal y como don Agustín acordó en el Tratado de Córdoba con O'Donojú.

También se procedió a establecer su salario, fijado en diez mil pesos mensuales y retroactivo al mes de febrero. Además, se decidió darle un bono de un millón de pesos, y como recompensa a su labor libertadora, regalarle un predio de varios cientos de hectáreas en la provincia de Texas. Iturbide decidió renunciar a la parte retroactiva de su salario para pagar sueldos vencidos de la soldadesca, al millón de pesos y al territorio texano.

El tema se vio interrumpido por Espinosa de los Monteros, quien de pronto tuvo una epifanía y recordó a los presentes que, a pesar de mucho desfile, mucha pompa y mucha fiesta, no había un solo documento en el que constara la Independencia. Un documento legal y, más aún, firmado por alguien con la autoridad de hacerlo.

Así pues, aquella mañana del 28 de septiembre de 1821 fue redactado el documento que se conoció como Acta de Independencia del Imperio Mexicano. El acta fue firmada por toda

la Regencia, y hasta arriba se estamparían las firmas más importantes: Matías de Monteagudo, el gran inquisidor que dio el poder militar a Iturbide; Agustín de Iturbide, el brazo armado que obtuvo la libertad a través de su Ejército Trigarante, y la más importante de todas, la firma que daba legitimidad al documento y a todo el acto, la firma del hombre que, en representación de España, aceptó dicha Independencia: Juan de O'Donojú…

Pero O'Donojú no estaba presente. Tenía el título de segundo regente, después de Iturbide; es decir que, además de ser el hombre que daba legitimidad a todo, era también la segunda persona al mando en la nueva patria. Pero ¿dónde estaba Juan de O'Donojú? Emisarios fueron a buscarlo y el aludido no fue encontrado y jamás se presentó. Fue así como se guardó el espacio de honor para su firma y simplemente se escribió:

Espacio para la firma de Juan de O'Donojú y O'Ryan

La verdad es que, sin esa firma, todo el pliego no era más que papel sin valor alguno. Urgía que aquel masón, el hombre liberal, el español que entendió que no había marcha atrás con la Independencia, el adelantado al que, junto con Iturbide, se le debía una libertad sin sangre, el llamado último virrey de Nueva España, aunque su título oficial fuese el de jefe político superior, el hombre enviado por las Cortes de Cádiz en representación de Fernando VII, estampara su nombre en aquella acta… pero aquello nunca ocurrió.

2

Diciembre de 1821

Vestía pantalón de montar ajustado, cubierto por una pantalonera de cuero color negro, camisa blanca de amplias mangas y chaleco azul con botonadura dorada. Una faja roja apretaba su cintura y un sombrero de corte sevillano cubría su cabeza; en el pecho lucía un adorno con forma de estrella de color turquesa. Su cabello rubio era considerablemente más largo que en el pasado y llegaba casi hasta la base de su cuello, y su piel tostada por el sol sevillano era definitivamente menos blanca que tiempo atrás.

Miguel de Montellano se sentía extranjero en su propia tierra. Más allá de los años que llevaba fuera de esa Nueva España transformada en Imperio Mexicano, se sentía fuera de lugar, extraño, desconocido. Todo, desde luego, seguía casi igual que en 1819, cuando salió de Veracruz con rumbo a Europa. El puerto de Veracruz en nada había cambiado. Los caminos, los paisajes, los pueblos y ciudades… Todo era igual. Pero todo era distinto.

Veintidós años tenía aquel joven Montellano que en 1810 fue testigo del estallido encabezado por el cura de Dolores y que se transformó en una masacre fratricida, cuando su vida era una promesa, su padre un espía de la corona y él un joven lleno de deseos de juventud que se materializaron en la joven mestiza a la que tenía que vigilar.

Habían pasado once años, miles de kilómetros recorridos y otros tantos navegados; persecuciones, misterios, traiciones, guerra sin fin… amores frustrados. Se preguntaba ahora si había utilizado adecuadamente su libertad. Se dejó llevar por las pasiones en lugar

de la razón y terminó en el centro de una guerra sin sentido, asesino de su padre, declarado traidor e insurgente.

Con treinta y tres años volvió Montellano a pisar ese país que ya había cambiado de nombre, pero no de historia ni de mentalidad. Todo en México parecía distinto a Nueva España, pero todo era igual. En aquella inmensa y rica patria libre se seguían viendo la miseria y la opresión.

Pero quizá no todo estaba exactamente igual. Tres meses habían pasado desde el día del triunfo en que Iturbide recibió el mando de manos de O'Donojú, y la noticia ya había recorrido todas las provincias. No todo estaba igual. En el rostro de la gente Miguel creyó percibir optimismo, ilusión, expectativas, nuevos anhelos de que la libertad supusiera una ventaja para todos.

Miguel recorrió los caminos preguntando. El nombre de Iturbide se repetía de boca en boca y de pueblo en pueblo, siempre acompañado de bendiciones. Ante la mención del nombre del libertador, las mujeres se ruborizaban, los hombres manifestaban orgullo y los niños, alegría. Era incuestionable: el pueblo amaba a Agustín de Iturbide. Mala señal. Bien había aprendido Miguel en España que el amor del pueblo es el más traidor de los amores. La relación entre un pueblo y su gobernante no debe ser de amor, sino de respeto.

Pero el pueblo de Nueva España, de México, era como un niño que quería ver en su libertador, en su gobernante, a un padre amoroso que resolvería sus problemas. El pueblo amaba a Iturbide, pero entre los grupos elitistas de las clases más altas el nombre del padre de la patria venía acompañado ya de la palabra conspiración.

La Iglesia quería el poder, los masones querían el poder, los antiguos insurgentes también. Y los norteamericanos querían los recursos. Todos se movían ya en busca de sus propios beneficios. Todos habían usado a Iturbide para conseguir una separación de España en la que después cada grupo buscaría sus beneficios. Era diciembre de 1821 y el imperio seguía sin emperador.

Formalmente el trono se le había ofrecido a Fernando VII o a algún infante de España. Algunos esperaban, ansiosos, mientras otros creían que eso no era una total independencia. Muchos murmuraban el nombre de Agustín de Iturbide como único posible emperador, y algunos, en las sombras, pronunciaban en bajo volumen la palabra que significaba la continuación de la guerra: república.

Muchos asuntos tenía que arreglar Montellano. La libertad de Lucas, revisar la situación legal de sus propiedades en Valladolid,

arreglar una entrevista con Iturbide, y una inquietud que don Lucas Alamán había sembrado en su mente: obtener permiso para entrar al palacio de Hernán Cortés.

Pero en todos los caminos que Miguel tuvo que recorrer, se fue encontrando con algo que minuto a minuto inquietaba su alma. El clamor popular por Iturbide era un hecho, pero había otro nombre que era tan popular como el del libertador, una leyenda viviente que había regresado de la muerte y cuyo nombre aparecía junto a la misma proclama en árboles y muros de todos los senderos del Imperio Mexicano. Una proclama y un nombre que le helaron la sangre:

¡Federación o muerte!

Victoria

3

Ciudad de México. Diciembre de 1821

Iturbide recibió a Miguel de Montellano en su casa de la calle de San Francisco, donde prefería tratar los asuntos que consideraba de particular importancia, un lugar más seguro que el palacio y mucho más seguro que el antiguo templo de San Pedro y San Pablo, convertido en recinto legislativo y donde las querellas y disputas estaban a la orden del día.

Miguel esperaba en una sala de visitas. Estaba nervioso. Hacía dos años y medio que no veía a Agustín de Iturbide. Ya entonces era un hombre imponente, y ahora la gente lo coreaba como libertador, como padre, y algunos abiertamente lo proclamaban en las calles como emperador. Oficialmente era el presidente de la regencia imperial, pero en realidad todos se referían a él como Su Majestad. Miguel de Montellano ignoraba completamente el protocolo a seguir. Ensimismado estaba en esas reflexiones cuando se abrió la puerta y, sin heraldo que lo anunciara, Agustín de Iturbide entró en la habitación, con franca sonrisa y los brazos abiertos. Antes de que pudiera reaccionar, Iturbide lo abrazaba efusivamente:

—¡Señor Montellano, en realidad no creí volver a tener la dicha de verlo!

—Eso esperaba yo… Eh… Lo siento, excelencia, ¿cómo debo tratarlo y referirme a usted?

Iturbide dio un paso atrás con la misma sonrisa y una mirada cándida. Recorrió a Miguel de arriba abajo. Era un vagabundo que nada tenía que ver con aquel joven al que conoció en la juventud, con el que se enfrentó en Valladolid en 1813 en el heroico rescate

de Sofía Guillén, ni con aquel fugitivo enviado de Victoria con quien entabló conversaciones en 1816; el hombre al que venció en deportivo duelo de espadas; ni siquiera con el reo indultado a quien se encargó de sacar de San Juan de Ulúa en 1819.

—Como un amigo, Miguel, por favor, con esa sinceridad y esa confianza que se tienen los amigos, que es justo lo que necesito. Nada de títulos dentro de esta casa.

—Muy bien, don Agustín, hablemos como amigos.

Agustín de Iturbide invitó a Miguel a sentarse ante una mesa sobre la que depositó dos legajos de papeles.

—Vayamos en orden, Miguel —dijo Iturbide mientras tomaba uno de aquellos fajos de documentos—. Primero tus solicitudes. Aquí tienes una orden para liberar de la cárcel a ese tal Lucas que tanto te interesa. Tienes suerte: en 1820 las autoridades virreinales de Veracruz lo trasladaron a la prisión del puerto, de donde será redimido. Bajo los preceptos de la Constitución de Cádiz, con la que nos regimos provisionalmente, no es culpable, pues no hubo juicio justo y sí más bien muchas irregularidades. En el Imperio Mexicano no hay esclavitud, en virtud de lo cual es un hombre libre, pero también se estableció que los amos deben ser indemnizados.

—No se preocupe, don Agustín. Esto que ha hecho por mí es imposible de agradecer. Yo cubriré el monto de una justa indemnización.

Iturbide miró con curiosidad a Miguel, como si en realidad no creyese que aquel nómada tuviera la posibilidad de pagar la indemnización por liberar a un esclavo.

—Muy bien. En segundo lugar, tu indulto es válido ante la ley, además de que yo mismo proclamé una amnistía general para todos aquellos que lucharon en cualquier bando de esta guerra. Legalmente, no sólo eres libre, sino que todos tus derechos están restituidos. Eres dueño de tus propiedades y tu herencia, aunque el estado en que se encuentren puede ser terrible y el erario no tiene forma de…

—Ni lo mencione —interrumpió Miguel—. Jamás esperaría que el dinero público se usara para mis asuntos personales. Le agradezco mucho.

—No hay nada que agradecer. Todo está dentro del marco de la ley. Además, yo tengo deudas contigo. Continuemos… El palacio de Hernán Cortés en Cuernavaca era propiedad del virreinato y ahora lo es del imperio. De hecho ha funcionado como cárcel en los últimos años. Fue cárcel de insurgentes, y pues, como comprenderás, en la actual situación está prácticamente vacía, y

cayéndose en pedazos. Aquí tienes un documento para que te autoricen el acceso y un salvoconducto para los caminos.

Todos los documentos estaban en uno de los cuadernos de piel que Iturbide había dejado caer sobre la mesa; todo lo referente a la situación legal de Lucas y su excarcelación, las propiedades y situación legal de Miguel, y la autorización para entrar a la prisión de Cuernavaca. Iturbide extendió los papeles a Miguel y colocó al frente el otro legajo: las cartas que Miguel había enviado.

—Muy bien, ahora hablemos de política. Lo primero es ponerte al tanto de la situación, Miguel, que no es sencilla. Verás, don Juan de O'Donojú y yo firmamos un documento en Córdoba a través del cual se comprometía a reconocer la Independencia de Nueva España como Imperio Mexicano, con la corona ofrecida a Fernando VII. Los acuerdos fueron enviados a España junto con cartas que yo mismo escribí al rey y a los diputados de las Cortes.

—De eso me enteré, don Agustín. Las noticias fluían bien en Nueva Orleans, y me informé también llegando a Veracruz. Entiendo que sólo falta que Fernando VII responda.

Iturbide se puso de pie. Caminó en silencio por la habitación hacia una ventana que daba hacia la calle de San Francisco. Suspiró:

—¿Qué tanto puedo confiar en ti, Miguel?

Montellano quedó sorprendido por la pregunta:

—¿En qué sentido? Cuenta usted con mi lealtad personal, don Agustín. Por lo demás, no me interesa en lo absoluto la política. Yo sólo aspiro a vivir en paz, y por eso me convenció su plan de libertad.

—¿Qué sabes de Guadalupe Victoria?

Una vez más Miguel quedó sorprendido, pero ahora, además, quedó también mudo y frío. Sabía que Victoria podía ser una amenaza.

—Nada que usted no sepa, don Agustín. Sigo pensando que es un hombre leal y valioso, y que sería una fortuna que fuera su aliado. Por lo demás, sólo se lo que usted con certeza ya conoce: las proclamas que sigue colocando, ahora contra el imperio. No tengo idea de qué pueda ser de él.

—Victoria está en la cárcel, Miguel.

Montellano quedó pasmado mientras Iturbide trataba de medir su reacción. Miguel, que hasta entonces se había mantenido sentado, se levantó intempestivamente:

—Don Agustín, eso es una locura, es un ídolo de las multitudes, y es una buena persona.

—Y un enemigo del imperio. Traté de sumarlo a la causa como se sumaron Guerrero, Bravo, López Rayón, Mier y Terán, Quintana Roo, Juan Álvarez. Todos comprendieron que era la única vía para la libertad y la paz, todos menos el necio loco de Victoria. Nos encontramos en San Juan del Río, a principios de junio. Se mostró de acuerdo en casi todo el Plan de Iguala, pero insiste en que la forma de gobierno debe ser una república y no está dispuesto a transigir en nada. Es imposible negociar con alguien así.

—Sí, lo sé. Es muy aferrado a sus ideas.

—Sí, Miguel, tanto como para amenazar con la muerte a quien no esté de acuerdo con ellas. ¿Es eso lo que quieres, que todos tengamos que pensar lo mismo? Además, nadie en este país sabe lo que es una federación y todos aclamaron la idea de un imperio. Por heroico que sea, GuadalupeVictoria no representa la voluntad del pueblo y es una amenaza para la paz. Sinceramente espero que todo se calme y liberarlo pronto.

—Mucha gente podría levantarse en su nombre.

—Fue capturado junto con otros dieciséis conspiradores que de inmediato fueron liberados, incluido él. Nadie sabe que está en prisión, sólo los dos soldados que lo aprehendieron al día siguiente, a solas, y yo… y ahora tú. Espero mantenerlo en secreto y que salga antes de que la gente se comience a preguntar por él.

Miguel no sabía qué pensar. Por un lado respetaba y estimaba a Victoria, reconocía su lealtad y valor, pero también su obstinación y su alma rebelde. Sabía que, efectivamente, era un hombre capaz de mover al pueblo para reventar la paz, y lo suficientemente tozudo como para no medir consecuencias. Miguel miró firmemente a Iturbide:

—¿Por qué me cuenta esto, señor?

—Para que nos tengamos confianza, Miguel. Ahora tú sabes algo que nadie más sabe, y será fácil para mí saber si guardas mi secreto —los dos hombres quedaron en silencio—. Mira, Miguel, yo confío en ti, pero sé que conoces personalmente a Victoria, que tuviste buena relación con él y que es un hombre al que respetas.

—Así es, al igual que a usted. Por cuestiones del destino estoy en situación de ser leal a ambos, tanto a usted como a Victoria. ¿Cómo es posible eso si son enemigos? Jamás le diré a Victoria nada sobre usted, pero tampoco le informaré a usted sobre Victoria. No estoy dispuesto a estar en medio de un juego de lealtades y que mi honradez sea puesta en duda.

—Mi gobierno tiene quién me informe, Miguel. Jamás esperaré que traiciones a alguien, porque no quiero tener cerca de mí a un

traidor, y cerca de mí te necesito.

Ante un ademán del regente imperial, los dos hombres se sentaron nuevamente a la mesa donde estaban los papeles.

—Sigamos hablando en confianza entonces, Miguel. O'Donojú se comprometió a reconocer la Independencia, recibió a mi ejército triunfante el 27 de septiembre y me entregó el mando. Pero al día siguiente nos reunimos a redactar y firmar el Acta de Independencia. Mi firma, la de Matías de Monteagudo y las de otros caballeros miembros de la junta provisional avalan el documento… Pero el espacio para la firma de O'Donojú quedó vacío. No se presentó ese día a la sesión. Supimos después que estaba indispuesto en su casa… y murió a los pocos días, el 8 de octubre. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Cree usted que fue asesinado?

—Dicen los médicos que murió de algún tipo de fiebre pulmonar. Cuando lo vi en Córdoba estaba fuerte como un roble. Aquí en la ciudad lo vi cansado, por la altura, supuse. Nunca manifestó estar enfermo, pero su muerte sin firmar el acta es muy oportuna para los enemigos del imperio.

—En realidad, más allá de la pérdida, don Agustín, no pienso que esto merme su autoridad.

—Miguel, él era la única autoridad española con poderes otorgados por las Cortes y el rey. Sin su firma de aceptación de la Independencia, ese papel no es más que una declaración sin valor. Por lo tanto, la autoridad de mi gobierno puede ser cuestionada, y ahí es donde aparece Victoria, aliado en sus conspiraciones con Miguel Domínguez, proclamando un poder del pueblo a través de la república.

—Con todo respeto, señor, y con el respeto que me merece Victoria, pienso que usted tiene toda la autoridad como gobernante en tanto libertador. Es usted padre de la patria. El pueblo lo aclama como no han aclamado a nadie. Tiene usted la autoridad que se ganó en batallas, la que se ganó en negociaciones, la que le otorgó O'Donojú antes de morir, que dejó por escrito en Córdoba… y además tiene usted la autoridad del pueblo, que hasta lo proclama ya emperador.

—Así lo quiero ver yo, Miguel, probablemente así lo vea el pueblo. Quizá así sea, pero es el pretexto de los conspiradores rebeldes para seguir en sus conjuras contra este gobierno. ¡Querían Independencia, Miguel! Se las di, sin derramar más sangre. Uní a los estratos sociales, a la Iglesia, a los guerrilleros. Conseguí libertad y paz. ¿No pueden estar tranquilos con eso? ¿Por qué tenemos que

seguir peleando y matándonos mientras cada quién tenga un proyecto distinto? No, Miguel, cualquier pretexto es bueno para los que sólo quieren revolución. Necesitábamos la firma de O'Donojú en el acta… y ahí está.

—No lo comprendo, señor. ¿Firmó o no firmó antes de morir el señor O'Donojú?

—No lo hizo. Yo tengo el Acta de Independencia original, que todos firmamos por vez primera. Dejamos el espacio para la firma restante, que nunca llegó. Sólo yo tengo acceso a esa acta. En las copias que enviamos a las provincias, y en la que se guardará en el Congreso, aparece la firma de O'Donojú… lo decidimos en la junta. Teníamos que ponerla, falsificarla. Bien me lo dijiste: hay muchas fuerzas tratando de golpearme.

—Puede confiar en que es otro secreto que guardaré, pero le reitero que no pienso que sea importante. Usted tiene el Poder Ejecutivo, es presidente de la Regencia, y algunos aliados tendrá en el Congreso. En realidad, sólo tiene que esperar la respuesta de España.

Iturbide se mostró perturbado y preocupado nuevamente.

—Ésa es otra situación, Miguel. Por lo que me dicen mis informantes, todo indica que el rey rechazará la invitación a gobernar, y que de hecho no reconocerá el Tratado de Córdoba ni el Plan de Iguala ni la Independencia; de hecho, por recomendación de los diputados americanos en las Cortes.

—¿Los propios representantes americanos rechazarán la Independencia?

—A ti debería extrañarte menos que a nadie. Tú me advertiste de esta posibilidad en tus cartas.

—¿Y qué sucederá cuando la negativa oficial de Fernando VII llegué a México?

—Sucederá, Miguel, que muchos aprovecharán para desconocer mi gobierno, y veremos todo tipo de propuestas: volver a los brazos de España, traer a otro monarca europeo, incluso coronarme a mí… Otros, como Victoria, comenzarán la cantaleta de la república, y los más radicales de los masones querrán que nos incorporemos a Estados Unidos, cuando de hecho las provincias centroamericanas ya se han unido a este imperio. Guerra es lo último que necesitamos y es lo que aparentemente todos quieren.

—Encerrar a Victoria puede ser causa de guerra para muchos, don Agustín.

—¡Es más necio que una mula vieja! Cuando le presenté el Plan de Iguala dijo que estaba de acuerdo en todo menos en que hubiera

un emperador, y que, de haber uno, éste debía ser antiguo insurgente, nunca indultado, y además soltero para que se casase con una princesa guatemalteca y así unir las naciones. ¡Claro, él es el único que reúne esos requisitos! Y creo que su estancia solitaria en la selva le quitó un poco el juicio.

Miguel no pudo evitar que se le escapara una sonrisa que molestó bastante a Iturbide, quien se limitó a mirar desaprobatoriamente.

—Disculpe, señor, pero Victoria es raro en su léxico y no creo que hablara en serio. Él jamás aceptaría ser rey o nada parecido. Ésa fue su forma peculiar de decirle que no acepta un imperio.

—Bueno, pues Victoria está encerrado, y mientras las cosas se calman, así seguirá. Y ya que estamos en esto, háblame de todas tus teorías de masones y conspiraciones por territorio.

Miguel tomó el cuaderno de piel donde estaban sus cartas y después sacó otra serie de documentos que llevaba con él.

—Como le dije, señor, Estados Unidos es la principal amenaza. Específicamente los estados del sur de aquella nación buscan la expansión hacia el oeste y el sur, para ampliar las zonas en que sus leyes permiten la esclavitud. Algunos hablan de llegar hasta Mazatlán; otros a Sonora; algunos se bastan con Texas, pero otros hablan también de Panamá.

—¿Pero qué tan importante será ese discurso a nivel de su gobierno central?

—Ése es el problema, señor, es un proyecto de gobierno que viene desde que los masones crearon ese país. Traigo para usted algunos documentos, transcripciones en realidad, que yo mismo hice, nada que no sea público en Norteamérica, pero que nos debe poner en alerta. Mire, por ejemplo, esto que envió Thomas Jefferson a George Washington en 1786, tan sólo diez años después de haber proclamado su Independencia, y antes de que cualquiera de los dos fuera presidente.

Miguel presentó un documento a Iturbide:

DE THOMAS JEFFERSON A GEORGE WASHINGTON. 1786

Nuestra Confederación debe ser considerada como el nido desde el cual toda América, así la del Norte como la del Sur, habrá de ser poblada. Mas cuidémonos de creer que interesa a este gran continente expulsar a los españoles, desde luego.

Por el momento aquellas regiones se encuentran en las mejores manos (las españolas), y sólo temo que éstas resulten débiles en demasía para mantenerlos sujetos hasta que nuestra población progrese lo suficiente para ir arrebatándoselos, pedazo a pedazo.

Iturbide leía y releía el documento mientras Miguel seguía removiendo apuntes que llevaba consigo mismo.

—Como puede ver, don Agustín, desde el principio tenían claras intenciones de apoderarse de todo aquello que haya sido España, pero preferían luchar contra débiles países recién nacidos que contra España. Por eso han apoyado veladamente a todos los movimientos liberadores. Mire este otro.

Montellano presentó otra transcripción a Iturbide:

DE THOMAS JEFFERSON A JAMES MONROE. 1801

Aunque nuestros actuales intereses nos restrinjan dentro de nuestros límites, es imposible dejar de prever lo que vendrá cuando nuestra rápida multiplicación se extienda más allá de dichos límites, hasta cubrir por entero el continente del Norte, si no es que también el del Sur.

Creo que es evidente, señor: los planes de gobierno son muy claros; su población crece a ritmo agigantado, migrantes de todo el mundo llegan, su industria se revoluciona. Muy pronto tendrán ese poder. Por eso le escribí que no confiara en nadie, y que tuviera precaución con cualquier enviado del gobierno norteamericano, sea el que se encuentra ahora, el tal Taylor, o este otro del que ya hay informes.

Miguel presentó otra transcripción a Iturbide:

Me informa el señor Luis de Onís, en carta del 1º de enero de este año, de los movimientos hostiles que se observan en Filadelfia. Me expone que, en su concepto, se dirigen a fomentar la revolución del reino de Nueva España con el objetivo de unirlo a aquella Confederación, y que sabe de positivo que reside ahí en Filadelfia un agente de aquel gobierno, llamado Poinsett.

Francisco Javier Venegas,
virrey de Nueva España, abril de 1812

Apunte personal: fray Servando se encuentra en Filadelfia, sede de logias masónicas. Todos los masones tienen encuentros con el tal Poinsett, quien ya ha viajado a países del sur de América. Luis de Onís, ministro español, fue quien avisó de la presencia de Servando Mier y Xavier Mina en América, y es quien firmó los acuerdos fronterizos de España con Estados Unidos.

Miguel de Montellano permaneció en silencio, observando las reacciones de Iturbide. Evidentemente, liberar a una patria era mucho más sencillo que tomar sus riendas.

—Es necesario tener muchas precauciones con ese tal Poinsett, que, estoy seguro, vendrá tarde o temprano. Hay una cosa más, don Agustín: el conde de Survilliers.

—Recuerdo el nombre, tal y como me indicaste, y es un nombre que efectivamente he escuchado más de una vez. ¿Qué me puedes decir del dicho conde?

—El conde no existe, señor —Iturbide lo miró con extrañeza e interrogación—: El hombre que se hace llamar conde de Survilliers… es José Bonaparte, don Agustín, el hermano mayor del recientemente fallecido emperador francés. Huyó de España en 1813 y, ante la situación de Francia, se dirigió a Estados Unidos, con las joyas de la corona española en su poder. Con la riqueza obtenida por la venta del tesoro español, José Bonaparte ha tomado esta personalidad y se dedica a promover la causa de las independencias de América, un poco como desquite contra España. Pero apoya las independencias a través de logias masónicas, que, como hemos conversado, están al servicio de Estados Unidos.

—Los Bonaparte siempre ambicionaron América, Miguel. Así comenzó toda esta historia. Gracias a Dios que no tuvieron más tiempo.

Iturbide tenía el alma inquieta y eso era evidente. No quitaba la mirada de aquellos papeles que leía y releía. No como quien se entera de lo desconocido, sino como quien corrobora los rumores.

—Arme las piezas, señor. Servando Mier era masón desde antes de ser expulsado de Nueva España, en 1794; en Londres siguió en contacto con diversas logias; de ellas obtuvo el dinero para viajar a América con Xavier Mina, en 1816. Recorrió la costa de Norteamérica y consiguió un millón de dólares para pagar barcos y mercenarios; probablemente también fue con dinero de los masones, probablemente de Survilliers, del propio Bonaparte. Mier estuvo oculto en Filadelfia y, según entiendo, ya está de regreso aquí. Ese hombre se dedicará a impulsar ideas que él cree que son libertadoras, pero en realidad estará generando caos al servicio de Estados Unidos. El tal Poinsett es agente norteamericano y está detrás de todos estos grupos rebeldes que se forman en nuestro territorio y, como ve, desde 1812 el gobierno sabía de sus actividades.

Iturbide se puso de pie nuevamente y caminó por la habitación hasta llegar a un fino armario, del que extrajo una botella de coñac. Hizo un ademán a Miguel para ofrecerle, pero éste lo rechazó. Don Agustín se sirvió una copa y siguió caminando por la habitación:

—Me escribiste que no confiara en nadie, Miguel. ¿Por qué en ti sí?

—Porque no tengo nada que ganar. No me interesa nada de usted ni del imperio, porque espero arreglar rápido algunos asuntos

y desaparecer de aquí. No me interesan América y sus guerras.

Iturbide le dio un sorbo a su copa.

—Muy bien, ¿qué más tienes que decirme? ¿Cuál es tu análisis general de la situación?

—Es muy largo, señor, pero intentaré ser breve. Verá usted, los llamados liberales americanos en las Cortes de Cádiz siguen siendo partidarios de conformar el Gran Imperio Hispano que se esconde tras el primer artículo de la Constitución, reconociendo, como usted propone, la soberanía de Fernando VII, pero siendo realmente una parte más de España. Algunos de esos liberales de provincia están en busca de autonomías o independencias de sus propias demarcaciones, como podría ser el caso de las capitanías de Yucatán y Guatemala, o provincias como la Nueva Galicia, la Nueva Vizcaya o la Nueva Santander.

—Pero el Imperio Mexicano nos libera a todos. Incluso Yucatán y todas las provincias de Centroamérica pidieron ser anexados. Tengo al militar de mi mayor confianza, Vicenzo Filisola, con tropas que pacifican aquellas tierras.

—En el caso de Yucatán debe tener también mucho cuidado. Es una península que los norteamericanos ambicionan tanto como Cuba, y también tienen planes al respecto. En ese sentido, tenga usted cuidado con Lorenzo de Zavala. Ese terrateniente yucatanense ya está negociando una unión con Estados Unidos o con una posible república texana.

—¡Todos independientes por separado! Deberían entender que eso sólo nos debilitará. Por eso hay que formar un gran país que abarque todos los territorios españoles de esta América Septentrional.

—Ambiciones, señor Iturbide, ambiciones. Cada quien prefiere ser libre en su pequeño territorio, ser amos de algo pequeño en vez de ser subordinados en un gran imperio. Además, si todos esos pueblos quisieran ser anexados, no sería necesario tener tropas allá.

—Es igual que aquí, Miguel, siempre hay rebeldes que no saben más que pelear. Pero, por favor, sígueme dando tus impresiones.

—Bueno, señor, eso es en relación con los diputados de las Cortes. Vayamos con los masones. Muchos liberales aquí son masones más moderados del rito escocés, quizá por sus vínculos con Europa, pero es proyecto del gobierno de Estados Unidos crear clubes masónicos afiliados al rito de York, aparentemente más liberal, pero que en realidad responde simplemente a los intereses norteamericanos. En ambos casos tienden a ser republicanos, con la diferencia de que los primeros buscan un gobierno central fuerte,

mientras que los segundos se decantan por la opción federalista, emulando precisamente a Norteamérica.

—Precisamente en eso tenemos a Victoria, en levantar en armas al pueblo para defender algo que no saben lo que es y que seguramente no saben ni pronunciar.

—Es posible, don Agustín. Dicho sistema federal se amolda perfectamente a las necesidades de aquel país, pero dudo que en las actuales condiciones funcione en éste, ya que muchos federalistas, so pretexto de la soberanía local, esconden en realidad más afanes separatistas.

—Bueno, ¿y qué me puedes decir del asunto de la Gran Colombia y de Simón Bolívar?

—También son cabos sueltos, pero creo que efectivos. Vera usted, tuve la oportunidad de conocer en La Habana a un antiguo fraile betlemita, de origen cubano. Dicho fraile, de nombre Simón de Chávez, es ahora un masón consumado, afiliado al rito de York, liberal y republicano, que ha viajado por América y las islas del mar del Caribe promoviendo la causa de la república. Es un hombre afable y cordial, posiblemente bienintencionado como muchos de los liberales, que en muchos casos no conocen los verdaderos intereses para los que trabajan: los de Estados Unidos, o en este caso los de un imperio que intenta nacer en el Sur: precisamente la idea de Bolívar de unir toda América.

—Bolívar es un idealista, Miguel. Su idea de la hermandad hispanoamericana es una quimera. Nunca ha habido lazos directos entre los virreinatos. Cada uno tenía más contacto con la propia España.

—Quizá, señor, me he vuelto en extremo desconfiado, pero lo invito a mirar con recelo a don Simón Bolívar, masón como otros tantos y con quien también ha tenido contacto el betlemita Simón de Chávez. Tiene como proyecto republicano Bolívar, en efecto, una quimera, la unión política de toda la América española, pero bajo su mando, desde luego. Para él, eso incluye a Nueva España, y es por eso que no le conviene el fortalecimiento de este imperio. Le aseguro que no vio con agrado la anexión de Centroamérica.

Iturbide terminó de beber el coñac que había estado paladeando:

—Puede ser que tengas razón en varias cosas, Miguel. Por eso debemos fortalecernos internamente y defender el territorio.

—Ése es otro punto, don Agustín. Desconozco las pretensiones territoriales que tenga usted para el Imperio Mexicano, pero es interés de Estados Unidos que ese territorio no exceda los límites estrictos y exclusivos de lo que fue el reino de México de la Nueva

España, sin los reinos de provincia; entiéndase por eso de Tehuantepec a las planicies del Bajío. Aquel país ambiciona Yucatán y también el territorio desde Sonora.

—Pero el Imperio Mexicano es el heredero de todo lo que fue territorio español, y precisamente con Luis de Onís, mencionado en uno de tus apuntes, firmó el gobierno de Estados Unidos un acuerdo de fronteras con España. Eso nos hace propietarios de toda esa extensión.

—Me temo que no es así como ellos lo ven. Para el gobierno de Estados Unidos el acuerdo Adams-Onís quedó invalidado con la Independencia, pues ellos firmaron con España… y esto ya no es España. Ellos lo ven como un territorio despoblado que está en disputa. Finalmente, la población de Texas no pasa de cinco mil habitantes y casi todos son de origen inglés; sucede igual con Sonora, Santa Fe y las dos Californias.

—Pues habrá que estar listos para volver a negociar las fronteras como estaban marcadas en aquel acuerdo, o listos para luchar por defender lo que nos pertenece, pero jamás me verás ceder un palmo de territorio.

—Don Agustín, al igual que usted, ellos no están listos para una guerra. Por eso se valdrán de las intrigas para crear conflictos internos. Debe andarse con mucho cuidado.

Agustín de Iturbide se acercó a Miguel de Montellano y lo abrazó de nuevo, cordialmente y en gesto de despedida:

—Valoro mucho todo lo que has hecho, Miguel. Ojalá que decidas quedarte aquí para que aceptes los galones y entorchados de brigadier.

—Que me valore para eso es suficiente recompensa. Pero en verdad no es mi interés permanecer en este territorio. No por ahora.

Después de una amistosa despedida, Miguel se encaminó a la puerta de salida, hasta que lo detuvo la potente voz de Iturbide:

—¡Miguel! —Montellano se volvió—: ¿No necesitas nada más de mí?

—No lo creo, señor. Si usted requiere de mí, no dude en hacerme llamar.

Miguel se quedó firme y de pie, esperando a que Iturbide dejara claro que no quedaban asuntos pendientes.

—Me extraña mucho que no hayas preguntado por otra cosa. Otro tema que supuse que te interesaba —Miguel quedó en silencio, sin estar seguro de qué podría ser aquello a lo que se refería el libertador. Iturbide lo miraba extrañado por no haber tocado aquel tema—. Sofía Guillén, Miguel. ¿Recuerdas? La mujer por la que me

retaste hace once años. La que te envolvió en todo esto, por la que tanto preguntabas en las cartas —Agustín de Iturbide se acercó a Miguel de Montellano y le extendió un pequeño pedazo de papel—: Vive en la calle de San Francisco, es decir, en esta misma, a tan sólo unas calles de este palacio. Aquí tienes apuntado su domicilio.

4

Ciudad de México. 13 de enero de 1822

El frío de la noche invernal se metía hasta los huesos, noche oscura y sin luna, noche silenciosa en la que casi nadie transitaba por las calles de la ciudad. Era el punto más oscuro, muy poco antes de que fuera a asomarse el primer rayo de sol y la ciudad despertara. La actividad comenzaba en la zona de los mercados y en los barrios bajos; en cambio, por aquellos rumbos no pasaba nada ni nadie. Sólo un hombre misterioso que se deslizaba envuelto en una capa y debajo de un sombrero, como imagen perdida de tiempos pasados. Una sombra.

Sofía dormía plácidamente en una habitación con comunicación a la de sus niños. Nada se escuchaba ya en la casa de la calle de San Francisco que habitaban aquellas tres disímbolas damas novohispanas transformadas en mexicanas. Silencio. De pronto un repiqueteo se escuchó en la ventana de Sofía. Nada. Otro repiqueteo. Silencio. Sofía dormía.

La sombra que lanzó tres piedras pequeñas a la ventana de Sofía comenzó a trepar por el muro que llegaba al balcón y las ventanas de la habitación. El sueño de Sofía se inquietó. El hombre de capa y sombrero alcanzó el pequeño balcón y tocó discretamente en la ventana. Sofía despertó.

El hombre tocó nuevamente en la ventana hasta que de pronto vio una flama que se encendía dentro de la habitación y una sombra que se acercaba a la ventana.

—Sofía —dijo la sombra en murmullos—. Sofía.

Sofía respondió con voz firme:

—¿Qué quiere, quién es? Tengo un arma.

—No, Sofía, no, soy yo.

Sofía se quedó muda. Reconoció la voz en ese mismo instante. ¡Era imposible! No podía creerlo, después de tanto tiempo. Sofía abrió la ventada de inmediato. El hombre oculto en las sombras, cubierto por su capa y su sombrero, se deslizó del balcón hacia el interior de la habitación.

Sofía dio un paso hacia atrás. Ahí estaba frente a él. Ambos sonrieron. Ella estaba como siempre y él estaba irreconocible. Se quitó la capa y el sombrero y la flama iluminó su rostro por completo, mientras la primera luz del sol se colaba por la ventana. Sofía se dejó caer en sus brazos:

—No creí volver a verte.

Ahí estaba frente a ella, con el cabello más largo y enredado y las barbas crecidas, más delgado, pero inconfundible. Sofía no podía contener la alegría y la correspondiente sonrisa. No sabía cómo expresar su emoción, así es que simplemente mencionó su nombre:

—¡Guadalupe Victoria!

5

Cuernavaca. 14 de enero de 1822

Contrariamente a las alturas de la ciudad de México, los senderos del sur rumbo a la costa de Acapulco tienden a ser paradisiacos todo el año. Aquella mañana de enero ni una nota de invierno se notaba en el aire. Por ahí cabalgaban dos hombres que a nadie hubiesen pasado inadvertidos y a casi todos hubiesen resultado sospechosos: uno con apariencia de gitano vagabundo, pero con un andar perfecto en el caballo; junto a él, un negro de gran estatura y proporciones, que luchaba por no caerse de su montura. Pudieron pasar sin problemas por todos los puestos de control militar porque tenían en su poder un salvoconducto de Iturbide.

Varios días a caballo habían paseado Miguel y Lucas desde el puerto de Veracruz, donde finalmente, después de años, Miguel pudo cumplir su promesa y liberar completamente al esclavo. Lucas, fuese por agradecimiento sincero o quizá por no tener nada que hacer con su libertad, le dijo a Miguel que lo seguiría en su misión con el destino. La voluntad perfecta de Olodumare fluía por sus orishás.

La verdad es que, sin Lucas, Miguel viajaría al doble de velocidad, pero ciertamente agradeció la presencia de un compañero en el viaje. El documento de Iturbide y una buena cantidad de dinero, repartido entre varias manos, le permitieron cumplir con relativa celeridad la misión de liberar a su antiguo compañero de penas en presidio.

Dos cosas tenía que hacer Miguel antes de volver a la ciudad de

México a encontrar a Sofía, a enfrentarse a sus sentimientos al tener enfrente nuevamente a Sofía. ¿Quién sería tantos años después? Dos cosas, dos lugares por visitar: el palacio de Hernán Cortés en Cuernavaca y sus propiedades de Valladolid, comenzando por las tierras originales de su padre hasta lo que algún día fue de Manuel Guillén, desde los restos quemados de su hacienda hasta el manantial de la Rodilla del Diablo.

Primer punto del camino, por fin habían llegado a Cuernavaca y ante ellos estaba esa imponente y derruida construcción que Hernán Cortés ordenó hacer en 1524, copiando exactamente el palacio que Diego Colón tenía en Santo Domingo. Larga historia tenía ese edificio, un gran devenir de sucesos que comenzaban con la traición y acababan con el abandono. Ése fue el estado común del palacio: abandono. Ruinosa había vivido la gran fortaleza durante la mitad del virreinato, y así de olvidada comenzaron a usarla como cárcel. El fin de la guerra dejó a la antigua casa del conquistador más vacía de lo que ya estaba.

Ahí estaba el pasado frente a Miguel de Montellano y Cortés Altamirano. Su pasado y el de toda una patria naciente. No estaba muy seguro de lo que estaba haciendo ahí. No sabía qué era lo que buscaba. En realidad ni siquiera estaba seguro de buscar algo. Pero en su viaje de regreso, al atravesar el océano, tuvo mucho tiempo para pensar en muchas cosas, entre otras, su conversación con Lucas Alamán. ¿Una herencia de Hernán Cortés?

6

Ciudad de México. 14 de enero de 1822

¡Guadalupe Victoria! No lo habían vuelto a ver desde aquella separación en medio de la selva, cuando todo era desesperanza. Habían pasado ya casi cinco años y ahí estaban frente a él. La luz de los primeros rayos ya iluminaba toda la plaza y el bullicio normal comenzaba escucharse. Los gritos de Sofía después de reaccionar despertaron a todos en la casa. Don Guadalupe e Inés se reencontraron con un profundo beso que sólo fue interrumpido por la llegada ruidosa y juguetona de dos niños de casi cuatro años y la juiciosa y reservada presencia escrutadora de Leonor.

Victoria nunca había sido grande ni fornido, pero el hombre de treinta y seis años que tenían ante ellas debía de estar justo en los sesenta kilogramos, aunque no se veía débil; vestía pantalón y camisa de sayal, su cabello estaba crecido casi hasta los hombros, aunque bien peinado, y sus barbas intentaban estar acomodadas, lo que era imposible a causa de su largo, que cubría todo el cuello.

Sofía lo presentó ante Leonor como Miguel Fernández, su verdadero nombre. No quería entrar en detalles con ella sobre quién era en realidad el desconocido que se había escurrido por la noche en el interior de su morada. Le pidió también encarecidamente a Leonor que se ocupara de los niños y las dejara a ella y a Inés un tiempo con el señor Fernández.

—¡Estás irreconocible, Guadalupe Victoria!

Inés no dejaba de gritar y de abrazar al general insurgente mientras Sofía reía al ver a su hermana comportándose como novia de quince años. Pasadas las manifestaciones de alegría, los tres se

sentaron frente a una mesa en la que Inés sirvió panes y chocolate caliente. Esperaban escuchar muchas noticias de Victoria.

Don Guadalupe les relató sus peripecias. Después de haberlas dejado al cuidado de sus dos últimos leales, hacía tantos años, él se había internado en la sierra tratando de evadir a todas las comisiones de búsqueda de soldados virreinales y anduvo por unos caminos por los que Sofía, con su embarazo, no hubiera podido seguir. Atravesó montañas durante días, y durante días que se hicieron semanas durmió en una cueva y comió lo que proporcionara la naturaleza.

Después de un buen tiempo, finalmente logró llegar a la hacienda de un conocido amigo suyo, un comerciante español de nombre Francisco Arriaga, a quien poco interesaba la política y mucho el flujo de mercancías. Había pasado gran parte de su exilio en aquella hacienda, de donde sólo salía para esconderse cuando las comisiones de búsqueda la visitaban una y otra vez.

Escondido se enteró de que anunciaron su muerte, y así de muerto prefirió estar mientras la situación estuviese tan en su contra. En su retiro contactó con Antonio López de Santa Anna, y cuando comenzó a percibir los aires de libertad, se dejó ver en ciertos poblados para empezar a construir su propia leyenda. Propagados los rumores de su muerte, hacía treinta meses, decidió jugar la carta de la entrada espectacular; aprovechó que su cabello y barba estaban de por sí algo largos y descuidados, y permaneció días descuidándolos más, comiendo poco y mal, hasta que llegó el día de presentarse ante las tropas de Santa Anna con el aspecto más desaliñado que pudo y hacer correr el rumor de su milagrosa y heroica supervivencia.

Se había entrevistado con Iturbide a mediados de aquel 1821, pero el llamado libertador no le dio buena espina. Nunca confió en su plan, al que vio únicamente como un pretexto para encumbrarse. El hombre que más se había encarnizado contra los insurgentes pretendía ahora cosechar el fruto fertilizado con tanta sangre. Iturbide pretendía tomar un lugar que le correspondía a Victoria, más allá de imperios o repúblicas. No era cuestión de poder, aseguraba Victoria, sino de honor.

Se había distanciado de Iturbide y de los otros insurgentes que decidieron reconocerlo como líder. Por eso mismo el libertador se separó de él. Lo había dejado libre, según aseguraba Victoria, por conocer el peligro social que suponía encarcelarlo, mas nunca dejó de vigilarlo.

Desde luego, no tuvo reconocimiento alguno a sus méritos en la

batalla, a sus grados de insurgente o a su heroica resistencia solitaria. Contrariamente a Guerrero y Bravo, no recibió condecoraciones y galones de mariscal ni desfiló el día del triunfo. Todos traicionaron la idea de la república ante las mieles de un aparente triunfo próximo con una fingida libertad.

Un insulto, decía Victoria, era también que no se le hubiese llamado para formar parte de la junta provisional de gobierno o para firmar el Acta de Independencia, por la que él había luchado más tiempo que nadie. Pero había decidido ganarle a Iturbide en su propio juego. Ya que el tirano iba a jugar a la democracia, él se presentaría como diputado por su provincia natal, Durango, y desde adentro del propio imperio socavaría sus cimientos. "¡Federación o muerte!", comenzó a clavar en proclamas por los caminos.

Encontró eco a su repudio por Iturbide en las conspiraciones de Miguel Domínguez, ese patriota que no se dejó seducir por el sueño imperial, y convenció a Nicolás Bravo, mariscal del imperio, de traicionar al emperador al que juró lealtad y sumarse a la conspiración.

Había sido capturado junto con los demás asistentes a las reuniones en casa de Miguel Domínguez. Todos fueron liberados, menos él, a quien encerraron en la ciudad de México. Cobarde Iturbide. Pero mientras pasaba sus días en prisión se celebraron las elecciones y se convirtió en el representante de Durango ante el Congreso Imperial, y ya que su detención había sido secreta, si lograba escapar de la cárcel y presentarse en la primera sesión del Congreso, la autoridad, vaya, ni el mismísimo Iturbide podría arrestarlo.

Había escapado la noche anterior y necesitaba dónde esconderse unos días. Afortunadamente, sabía dónde se habían establecido Inés y Sofía. Así resumió Victoria su periplo.

Las dos mujeres estaban encantadas de verlo, pero ante ellas no estaba el Guadalupe Victoria del que se despidieron en la desesperanza de la selva. Algo había cambiado además del aspecto. Victoria se veía débil y enfermizo, frágil. Para Inés se hacía evidente que las convulsiones ya dominaban su cuerpo, pero, además, se notaba en su mirada algo que nunca antes había aparecido: ambición. Victoria aspiraba a la adulación y el reconocimiento, probablemente al poder, y tenía una mirada en la que se veía que nada lo detendría.

Y había algo más. Años de guerra no habían pasado en vano por su vida. En más de una década no había hecho otra cosa que luchar o huir, al igual que Guerrero o Bravo, y quizá ya no sabía ni quería

hacer otra cosa. Cuando Iturbide ofrecía la paz a través de la unión, Victoria se manifestaba a favor de la división y la guerra. Iturbide había demostrado, pese a todo, ser tolerante, flexible y negociador. Pero es imposible negociar con una postura tan radical como “¡Federación o muerte!”

Inés estaba más abstraída que reflexiva, pero Sofía no perdió detalle de todo el relato y tenía claro que el monstruo del poder había anidado en el corazón de Guadalupe Victoria, quien estaba dispuesto a continuar con una guerra eterna. Sofía, que admiraba a Victoria, lo miró detenidamente y tuvo miedo.

7

Cuernavaca. 14 de enero de 1822

El palacio de Hernán Cortés era propiamente un alcázar, una construcción de inspiración castellana medieval con muchas reminiscencias árabes. Gigantesco y austero, totalmente de piedra, con una triple arcada al centro como portada, almenas y una torre de vigilancia. Finalmente, una fortaleza de batalla.

Se alzaba, imponente, en medio de una colina verde y arbolada, a unos cuantos metros del gran convento franciscano que el propio conquistador mandó construir para tener siempre frente a su morada a sus grandes aliados en la conquista de los diversos pueblos.

La fortaleza marcaba prácticamente el límite del pueblo. El conquistador la había planificado como morada y construido estratégicamente en la colina que quedaba frente al poder religioso, representado en el convento, y el poder civil, depositado en el palacio de gobierno.

El gitano y el negro bajaron de sus caballos y se encaminaron a la puerta del palacio-prisión, donde el sello y la firma del regente imperial Iturbide fueron inmediatamente reconocidos y respetados. Miguel y Lucas pudieron caminar libremente por los laberínticos pasillos, corredores y pasadizos que comunicaban todas las estancias del palacio. Celdas vacías, eso era en realidad lo que había. Morelos había estado preso unos días ahí, justo antes de llegar a su juicio final en la ciudad de México.

Otros que seguían vivos también habían sido huéspedes de aquella cárcel. Nicolás Bravo e Ignacio López Rayón fueron vecinos

de mazmorra cuando sus mutuas denuncias traicioneras los llevaron a ambos a prisión. Ahí habían estado presos también varios conspiradores de las décadas anteriores a 1810. Una majestuosidad abandonada, como la memoria de Hernán Cortés.

Ése era el edificio que había sido el centro neurálgico del marquesado del Valle y la inmensa riqueza que producía. Pero una serie de conflictos con la corona habían dejado el palacio en estado de abandono, sumado al hecho de que el último heredero del marquesado que había vivido en Nueva España había muerto a principios del siglo XVII y a que desde entonces el título y las propiedades habían quedado en manos de una familia florentina, los Pignatelli, quienes desde el Viejo Mundo ordenaban la administración de los bienes y nombraban gobernadores.

Miguel y Lucas recorrieron todas las habitaciones del palacio, entraron a las celdas, estuvieron ahí donde Morelos fue prisionero el 19 de noviembre de 1815, tal vez como a la espera de que el generalísimo pudiera colaborar desde ultratumba en su búsqueda… En realidad ahí residía el problema: no sabían lo que buscaban o, siquiera, si en realidad había algo que buscar, pero las palabras de Lucas Alamán no se iban de la mente de Montellano.

Al acercarse la noche y cuando los centinelas, los únicos tres que había, se disponían a cerrar todo y sacar de ahí a los dos visitantes, recibieron una petición bastante insólita en una cárcel: permiso para pasar ahí la noche. El salvoconducto de Iturbide era muy claro al decir que se diera al portador y acompañantes todas las facilidades necesarias, y aquello era una prisión. Entrar no representaba ninguna dificultad o amenaza; el problema solía ser con los que intentaban salir. Fue así como Miguel y Lucas dispusieron de toda la noche para buscar… Y todo el que busca, encuentra.

8

Ciudad de México. 14 de enero de 1822

Sofía, Inés y Guadalupe Victoria dispusieron de todo el día para conversar, mientras que Leonor, poco interesada en escuchar historias de rebeldes, se hizo cargo de José María y Mariana afuera de la casa. Era una mujer seria, austera, fría por momentos y en extremo misteriosa, al grado que Sofía no siempre estaba segura de que permanecer con ella fuera la mejor opción, pero ciertamente tampoco tenía muchas alternativas. Y los niños aparentemente sacaban el lado más humano de Leonor.

—¡Seguir con la guerra es una insensatez, Guadalupe Victoria! Hay indulto general. Ya no tienes por qué seguir en una guerra que para todos ha terminado —gritaba Sofía, desesperada.

—No para todos, Sofía. Para mí no ha terminado la guerra y para mí no hay indulto. ¿Olvidas que esta misma noche me he fugado de la cárcel?

—Sí, Guadalupe —terció más suavemente Inés—, pero estabas libre, y si te arrestaron fue por estar en medio de una conspiración… para matar a Iturbide. El hombre y su proyecto pueden no agradarte, pero ¿matarlo? Es el libertador —el carácter de Victoria era intempestivo, irascible, totalmente distinto al que conocían las dos mujeres. Se le veía nervioso y débil. Sus músculos temblaban. Inés prosiguió—: Sin importar que te hayas podido refugiar por momentos en aquella hacienda, Guadalupe, tanto tiempo solo en la selva te ha puesto muy enfermo. ¿No crees que deberías reposar y volver a una vida de tranquilidad?

—¿Así es que ustedes también cayeron ante su labia y lo creen

libertador? ¡No habrá tranquilidad mientras un tirano gobierne como imperio lo que por naturaleza debe ser una república! Era el sueño de José María Morelos, y empeñé en ello mi palabra.

Sofía intentó tranquilizarse a ella misma para hacer lo propio con el general insurgente:

—¡Escúchame, Guadalupe Victoria! Yo tampoco estoy feliz con lo que ha pasado, pero debemos aceptar que Iturbide ha demostrado ser sincero, flexible, honesto. Hasta patriota. ¿No sería momento de darle una oportunidad antes de condenarlo? Además, ¿cómo puedes decir que esto, por naturaleza, debe ser una República? Si algo aprendí en las lecciones con el padre Morelos es que la política nada tiene que ver con el estado natural de las cosas. Yo creo que el sueño de Morelos era paz y libertad, y de momento tenemos las dos.

Guadalupe Victoria estaba fuera de sí mismo:

—Yo me entrevisté con Iturbide y miré a ese hombre a los ojos: no tiene más que ambición de poder.

—¿Y qué tienes justo ahora, don Guadalupe Victoria? —gritó Sofía—. No eres el mismo. Inés tiene razón, deberías descansar y volver a tu vida de antes.

—No tengo vida de antes. Soy Guadalupe Victoria y nací en la guerra. ¿Qué te pasó, Sofía? Antes eras una rebelde.

—Y ahora tengo dos hijos gemelos por quienes velar.

—¿Y no te gustaría que crezcan libres?

—Me gustaría que tengan dónde crecer y que no sea un campo de batalla. Quiero que crezcan en paz… y ahora tenemos paz. El resto de los insurgentes lo ha entendido. Hay que saber negociar. ¿Quieres un país que nazca marcado por la sangre que derraman los hermanos entre ellos?

—Hay cosas que no son negociables, Sofía, y lo he dejado claro: federación o muerte.

Inés miraba boquiabierta y con la mirada perdida al rebelde humanista con el que tantas veces compartió el lecho. Estaba desconsolada y sin habla. Frente a ella había un monstruo guerrero que no se detendría.

—Por favor, Guadalupe —dijo entre sollozos la mulata—, tu postura sólo lleva a la guerra.

Victoria se irguió lo más firme y majestuoso que su precario estado le permitía.

—Pues entonces habrá guerra.

—Tienes que ser razonable, Guadalupe Victoria. Si hasta Guerrero se unió a Iturbide es porque entendió que este país ya no

soporta más guerra. Por favor, él es un hombre rústico de la sierra, y tú, un hombre letrado que debería entender eso. Perdóname por decirlo así, Guadalupe, pero la guerra ha terminado y el país quiere paz. ¿No será que no aceptas ningún resultado que no te favorezca, que te ha ganado la ambición?

Guadalupe Victoria volvió a su serenidad de otros tiempos. Guardó silencio y escrutó de arriba abajo con la mirada a Sofía.

—Tal vez pueda ser al revés, querida Sofía. Quizá a ti te ha ganado la ambición en estos años, y con más conocimiento de las cosas te das cuenta de que te conviene más la postura de Iturbide.

—No tengo idea de lo que quieres decir con eso.

Victoria volvió al mutismo. Volteó para mirar a Inés y darse cuenta de que la mulata, por muy su amante que hubiese sido, acompañaría en sus decisiones a Sofía. Compartirían la misma suerte. Suspiró. Dudó. Finalmente habló:

—Te lo dije hace años. Conozco el secreto. Tú eres la heredera.

9

Cuernavaca. Del 14

al 15 de enero de 1822

—No se preocupe, señor Miguel. Si es su destino, lo encontrará, sea aquí o en cualquier lado.

Miguel estaba cansado de buscar sin saber si en realidad había algo que buscar, y además esa actividad le recordaba ese pasado turbulento en el que recorrió los caminos de Nueva España al lado de Sofía, buscando una serie de rastros que los llevaron a encontrar mucha información, a confrontarse con sus creencias, a descubrir conflictos y complejos, pero, finalmente, a nada. Ahí estaba de nuevo, buscando, agotado, probablemente sin verdaderas intenciones de encontrar de nuevo algo que lo hiciera entrar de nuevo a un laberinto de pistas sin fin.

—Pues ayudemos al destino, Lucas, que yo no lo veo acercarse muy rápido. Creo que debemos dar un recorrido más a todo el palacio, y si no encontramos nada, asumir que no hay nada que encontrar. Tal vez las palabras de Lucas Alamán no tenían sentido.

—Ya debería usted haber comprendido, señor Miguel, que todo pasa por algo, que todo está ordenado, y que su encuentro con ese

caballero tiene algún sentido.

—Pues yo, Lucas, sigo pensando que todo es azar, y que la vida y la historia la vamos construyendo con decisiones y acciones, y no esperando que de pronto algo se presente ante nosotros para indicarnos el camino…

Miguel de Montellano se interrumpió a sí mismo. Finalmente lo vio, mejor dicho, se dio cuenta de lo que estaba viendo, de que lo había pasado por alto varias veces y que estaba frente a sus narices. Miguel y Lucas habían pasado toda la noche y una buena parte de la madrugada recorriendo todo el derruido Palacio de Cortés. A falta de saber si buscaban algo, simplemente miraban todo, como tratando de encontrar algún recoveco sospechoso. Nada.

Fue después de horas cuando se dio cuenta de que lo había estado viendo cada vez que hacían un nuevo recorrido. Buscaban tanto lo oculto en los rincones que habían pasado por alto lo evidente, en el centro de una habitación. En una edificación en ruinas, donde casi todo estaba en ruinas, era difícil reparar en la presencia de aquella escultura empolvada y descolorida, pero ahí estaba, frente a ellos.

En una larga estancia ubicada en una de las esquinas de la fortaleza, justo donde se iniciaba una pequeña escalera retorcida que conducía hacia la torre de vigilancia y ataque que remataba el castillo, había una escultura clásica del barroco español y novohispano que sacudió todas las fibras internas de Miguel. No entendía cómo no había reparado antes en ella.

De tamaño natural, ahí estaba, frente a él, el arcángel Miguel, con su esplendor derruido, pero con las alas abiertas, en posición de ataque, empuñando una espada con la que atravesaba al mismísimo Satanás, que yacía en el suelo. Probablemente cada convento de Nueva España tuviera por lo menos una imagen como aquélla, fuera en un grabado, en un fresco o en una escultura, pero para Miguel tenía mucho más significado. Era la figurilla de madera que Lucas le había grabado en prisión y que él dejó como recuerdo a su hermosa gitana Samira. La figura que, según Lucas, representaba su destino.

—El Ogún del fuego que lo protege se aparece ante usted, señor Miguel. Puede usted seguir sin creer aunque las manifestaciones sean evidentes.

—Nosotros le damos sentido a las casualidades, Lucas. Debe de haber miles de reproducciones de esta imagen en todo este reino. Además, tiene mucho sentido que Hernán Cortés tuviera esta escultura en su palacio.

En la mente de Miguel de Montellano se agolparon de pronto

todos los recuerdos del misterio del águila, del misterio de la diosa y la serpiente, de todo aquello que habían encontrado y leído él y Sofía en el pasado. Las medallas, el cofre, los documentos, los textos franciscanos que comparaban a Cortés con Quetzalcóatl… y el texto del jesuita Miguel Sánchez en que narraba por vez primera la leyenda de las apariciones del Tepeyac, un texto lleno de simbolismos y de referencias al Libro de las Revelaciones, al Apocalipsis. Aquello que habían descubierto Sofía e Inés con ayuda de Victoria.

—Mira, Lucas, los franciscanos hicieron el mito de que Cortés significaba el regreso de Quetzalcóatl triunfante, y llegaron a compararlo con el arcángel Miguel como líder de los ejércitos de Dios, que derrotaba a la idolatría pagana de los pueblos de aquí, idolatría representada por el dragón. Como verás, tiene mucho sentido que el conquistador tuviese esa imagen en su palacio. Él o sus descendientes.

—¿Y qué me dice de esto? —preguntó Lucas.

En el tiempo que llevaban siendo compañeros de viaje, pero sobre todo en un año de presidio juntos, Miguel había contado a Lucas casi toda su historia, por lo que el negro estaba familiarizado con algunos detalles, como aquel que en ese momento señalaba a Miguel: un águila con las alas extendidas. Ahí estaba, frente a él, idéntica a la de la medalla que portaba Sofía tantos años atrás y que fue el comienzo de aquella historia. Estaba grabada de forma rústica, pero muy clara, pequeña, en la base de aquella estatua del arcángel Miguel. Eso ya no podía ser casualidad. Miguel sintió una ráfaga de emoción que lo recorrió de arriba abajo:

—Mira, Lucas, toda la estatua está dañada, empolvada, vieja y descolorida. Es evidente que está aquí echándose a perder, quizá desde tiempos del conquistador, pero las marcas de este grabado del águila son muy claras. Esto es reciente, de pocos años. No es una historia del pasado que brote después de trescientos años, como sucedió con gran parte de lo que Sofía y yo encontramos. Esta marca la puso alguien aquí deliberadamente, y hace no mucho tiempo.

—Probablemente, señor Miguel. Alguien pone una marca únicamente para que alguien más la encuentre, ¿no cree?, y eso es lo que usted acaba de hacer.

Tenía sentido. Una marca se pone para recordar un sitio, pero eso no quería decir que fuese Miguel de Montellano quien debiese encontrar algo ahí. Pero las piezas del destino una vez más encajaban de forma perfecta. Finalmente había sido Joaquín

Ramírez Arellano, otro descendiente de Cortés y tío de Sofía, quien había sido gobernador de todo aquel territorio, palacio incluido, a partir de 1794.

Miguel se sentó a pensar y encajar piezas junto a la estatua del arcángel y el dragón. 1794: en ese año, un hermano de la madre de Sofía era gobernador del marquesado, y también en aquella época su padre, Diego de Montellano, y el de Sofía, Manuel Guillén, eran parte de esa quimera llamada sociedad El Águila, hasta donde sabía Miguel, un invento de su propio padre para atrapar conspiradores.

Fue también el año en que los masones franceses del grupo encabezado por el relojero conocido como el Jorobado Larouche fueron sentenciados por la Inquisición a morir en la hoguera, después de que contactaron con Servando Mier y lo iniciaron en la masonería. Fue el año en que se casaron los padres de Sofía.

También fue el año en que los restos de Hernán Cortés, que tanto habían cambiado de lugar en siglos, reposaron finalmente en una urna de cristal y oro, en un altar que se erigió para ellos en el Hospital de Jesús, una institución de beneficencia constituida por órdenes del conquistador en su testamento y con su fortuna. Fue el año en que Servando Mier dio un discurso en honor de Cortés en la gran ceremonia que se llevó a cabo, y fue también el año en que el fraile fue expulsado de Nueva España tras su sermón guadalupano, que en realidad escondía un discurso nacionalista rebelde.

De pronto, de forma intempestiva y sin que Lucas lo esperara, Miguel tomó una piedra del suelo y, sin decir nada, golpeó fuertemente con ella la base de la escultura, ahí donde estaba tallada el águila de alas extendidas. Nada. Montellano siguió golpeando con el apoyo de Lucas, que se sumó a la causa, hasta que finalmente toda la base de aquella empotrada escultura se rompió y dejó ver un hueco debajo de la madera del piso.

No había conspiraciones del pasado. Lo que fuera que hubiese allí, tenía que haber sido escondido entre 1794 y 1799, tal vez por Joaquín Ramírez Arellano, quizá por Manuel Guillén, el propio Servando Mier o incluso por su propio padre.

Tal y como lo esperaba, tras palpar un rato con las manos en aquel húmedo y terroso recoveco bajo el piso, finalmente encontró algo, algo que evidentemente no lo extrañó en lo más mínimo: información. Otro maldito legajo de papeles. Recordó a fray Gabriel, cuando les dijo que nada es más valioso que la información en un país donde reina la ignorancia, pero en realidad no entendía para qué podría servir tanta maldita documentación del pasado.

Sacó el documento y lo desempolvó. Era delgado. Sólo unos

cuantos papeles cubiertos por una tapa de piel curtida por los años. En aquella cubierta tampoco había nada nuevo. No era un águila, sino dos: el águila de Cortés y el águila de Moctezuma, una grabada junto a la otra, las dos medallas que le abrieron la puerta de tantos secretos, las dos águilas que, juntas, superpuestas, formaban el águila bicéfala del escudo de armas de Hernán Cortés, tomado a su vez de las armas de los Habsburgo, reyes de España, y por lo tanto de Nueva España, entre 1521 y 1700.

Miguel y Lucas estaban emocionados, aunque sobre Miguel pesaba también un poco de hastío ante la posibilidad de abrir otra puerta sin fin al pasado, cuando él no pretendía quedarse en aquel Imperio Mexicano. Abrieron el cuaderno de piel y se encontraron con algo que jamás hubiesen esperado. El primer pliego anunciaba en letras grandes el contenido de lo que estaban a punto de leer:

HISTORIA DEL PERIPLO DE LOS RESTOS
DE DON HERNÁN CORTÉS MONROY
Y PIZARRO ALTAMIRANO
HASTA ÉSTA, SU PATRIA.

10

Ciudad de México. 15 de enero de 1822

José María y Mariana siempre eran los primeros en despertar, como siempre acostumbran los niños de aquella edad. Los hijos de Sofía y Miguel estaban cerca de cumplir cuatro años y tenían toda la energía de sus padres. Pero aquella mañana, cuando los pequeños despertaron, no había nadie en las habitaciones, y los gemelos fueron a la cocina, donde encontraron sentados a la mesa a Sofía, Inés, su tía Leonor y a un desconocido.

Sofía ya había hecho las presentaciones pertinentes entre Miguel Fernández y Leonor, quien ahora ya sabía también que era el famoso Guadalupe Victoria, antiguo insurgente, pirata, rebelde, masón, espía y un reciente prófugo que, además, había resultado electo para el Congreso Imperial por su natal Durango.

Leonor nunca había simpatizado, ni lo hacía en ese momento, con la causa de los insurgentes, a los que siempre vio como unos herejes y léperos sin oficio ni beneficio. Por eso mismo no estaba de acuerdo con la idea de alojar al prófugo en la que finalmente era su casa, pero cedió ante las súplicas de Sofía y la promesa de que Victoria no se quedaría más de una noche. Después de todo, el insurgente no pretendía permanecer oculto, sino todo lo contrario: tenía planes de revolución.

Inés y Sofía no compartían los objetivos de Victoria, pero no podían negarle escondite al hombre al que le debían la vida, además de que no perdían la esperanza de disuadirlo en sus afanes rebeldes. Pero, por encima de todo, tenían una historia que escuchar de la boca de don Guadalupe. Los niños entraron

corriendo, con las energías de la mañana.

—¡Mamita, mami Inés, tía Leonor!

Ante ellos estaba el extraño. Victoria sonrió. Le gustaban los niños, y la última vez que había visto a Sofía había sido años atrás, cuando su embarazo era ya evidente y estaban en lo más profundo de la selva. Ahora tenía ante sí no a uno, sino a dos pequeños, como ya le había advertido Sofía.

—Marianita, José María, vengan, niños. Miren, quiero que conozcan a alguien muy importante, al hombre que salvó mi vida y la de su mami Inés.

Los dos escrutaron a don Guadalupe y corrieron hacia él. El pequeño José María habló:

—¿Eres mi papá?

El rostro de Guadalupe Victoria se enterneció como él mismo pensó que ya nunca sucedería, mientras que el de Sofía reflejó nostalgia. Pero sonrío.

—No, niños, no es su papá —volteó a ver a Guadalupe Victoria —: Les he contado muchas historias de su padre. Saben que es un héroe, y que toda mi vida y la de ellos se la debemos a él, que tantas veces me salvó —se dirigió a los niños—: No, niños, él es Guadalupe Victoria. Recuerden bien su nombre y su rostro, pues será uno de los hombres más importantes de este país. Él también nos cuidó a mí y a su mami Inés, y también nos salvó la vida.

—¿Y mi papa? —preguntó la pequeña Mariana.

Las tres mujeres se voltearon a ver. Leonor habló:

—Su papi hace cosas muy importantes, trabaja por este país, será un héroe. Sé que pronto lo conocerán. Yo también quiero conocerlo pronto.

—Así es, niños —añadió Inés—, pronto volverá, pero tiene a mucha gente que salvar.

Sofía los miraba enternecida. Sus hijos eran alegres, y fuera del terrible episodio con Alejandra, vivían rodeados del cariño de tres mujeres y eran felices. Vivían escuchando historias sobre su padre, de lo valiente que era, de sus hazañas, pero ellos cada vez preguntaban menos por él. Leonor se ofreció para sacarlos de ahí, mientras que Inés y Sofía se quedaron con Victoria, listas para escuchar todo lo que el insurgente tenía que decir.

—Bien —comenzó Victoria—, vayamos desde el principio. Hace años que no nos vemos y creo que es bueno recordar cosas. Esta vez hablaremos de todo, Sofía, sin rodeos ni misterios.

—Eso es espero, que por primera vez en mi vida así sea.

—Así será. En 1808, cuando yo estudiaba leyes en San Ildefonso

y llegaron a América las noticias de que Napoleón había invadido España e impuesto a su hermano como rey, muchos grupos de criollos, algunos que se reunían desde tiempo atrás para conspirar, decidieron que era el momento de luchar por la autonomía del reino.

—¿Sólo autonomía? —preguntó Inés.

—Así es. La mayor parte de los criollos estaban conformes con la situación del reino, pero desde 1767, cuando fueron expulsados los jesuitas y entraron en vigor algunas reformas del Borbón Carlos III, poco a poco fueron siendo desplazados de los puestos importantes del gobierno de Nueva España y sustituidos por gachupines. Desde esos tiempos había grupos que se reunían para buscar la mejor manera de recuperar el estatus anterior a las reformas; mejor aún, el que se tenía cuando gobernaba la casa de Austria, los Habsburgo, y se respetaba precisamente la autonomía de cada virreinato.

—¿Quieres decir que no eran colonias?

—Así es, Sofía, cada virreinato era un reino más de las Españas, con un mismo rey, pero cada uno autónomo. Eso cambió con las reformas de Carlos III, y contra esos cambios conspiraba la mayoría de los criollos rebeldes. Pero en 1808 la invasión de Napoleón dio el pretexto perfecto: formar una junta provisional de gobierno en nombre de su majestad Fernando VII. Fue la propuesta del ayuntamiento, en voz del licenciado Francisco Primo de Verdad. Hasta el virrey Iturrigaray aceptó la propuesta.

—Fue entonces cuando los gachupines dieron un golpe de Estado y depusieron al virrey, ¿cierto? —preguntó Sofía.

—Así es, y cuando asesinaron a Francisco Primo de Verdad por tratar de hacer que se respetara la ley. Fue entonces, como estudiante de derecho, cuando me di cuenta de que de nada sirven las leyes en este país si de cualquier forma no hay gobierno que las aplique y las autoridades están siempre sometidas, sea al capricho de los ricos o a los gritos de las multitudes desenfrenadas.

—¿Fue cuando te uniste a la insurgencia? —interrogó Inés.

—Casi. Primero, en ese 1808 me uní a un grupo de conspiradores secretos que ustedes ya conocen: Los Guadalupes. Y sí, Sofía, llegué a ser su líder. Nunca fui masón, pero teníamos contacto con algunos, que decían ser parte de lo que llamaban el rito mexicano antiguo y aceptado. Eran personas que habían tenido contacto con un masón francés, el Jorobado Larouche, y que a la muerte de éste decidieron seguir por su cuenta. Algunos habían escuchado las historias de Leonor de Cortés y Moctezuma, de la rebelión de los hijos de Cortés, de Guillén de Lampart, y algunos

formaron un grupo conocido como El Águila.

—¿La sociedad El Águila?

—Así es, querida Sofía. La sociedad El Águila, un invento de Diego de Montellano para espiar a los conspiradores. Él inventó gran parte de los mitos en torno a este grupo, como la idea de que fue fundado por Leonor Cortés, o por Lampart, y desde luego se inventó la lista de supuestos líderes, hasta llegar a Servando Mier. Fue la época, justo después del destierro de Mier, cuando tu padre se involucró.

—Cuando mi padre pecó de ingenuo y fue engañado.

—No necesariamente fue así, Sofía. Quizá tu padre se aprovechó de todo esto para sus propios fines. Él tenía una medalla y Diego la otra. Hacían falta las dos para recuperar aquello que estuviera oculto. Es decir, tu padre se las ingenió para que Diego de Montellano por sí mismo no tuviera acceso a nada.

—¿Por eso me seguía… por eso puso a Miguel a seguirme cuando éramos jóvenes? Buscaba hacerse de la otra medalla.

—Probablemente. El punto, Sofía, es que el hombre que ocultó la información nunca fue Diego, sino tu padre, y Diego precisamente necesitaba información de tu padre, o tuya, para tener acceso total.

—¿Acceso total a qué, Guadalupe Victoria? ¿A un montón de papeles, documentos, teorías y fábulas?

—Hay mucho más, pequeña. Con toda la información reunida pudiste saber que tu familia desciende de Cortés y de Moctezuma, al igual que la de Diego. Es decir, que tú y Miguel son, ambos, herederos de aquellos grandes señores, y tu hijo, tus hijos, lo son.

—Perdón, Guadalupe —interrumpió Inés—, pero ¿de qué herencia estamos hablando?

—Niñas, todo son pistas, y todas, según veo, dejadas por tu padre, Sofía, precisamente para que Diego Montellano, espía de la corona, no pudiera tener la información que buscaba, una información peligrosa para el virreinato. Tu linaje y el de Miguel, el hecho de que Diego buscara un hijo varón, fuera con tu madre, con tu tía o con la que fue su mujer, es decir, con una descendiente de Cortés, siendo él descendiente de Moctezuma. Buscaba que su hijo, que Miguel fuera el heredero.

—A ver, Victoria, no nos has dicho de qué herencia hablas, pero además Miguel es descendiente de Moctezuma y de Cortés, y por lo tanto heredero de lo que maldita sea que se herede.

Victoria sonrió. Por un momento se sintió como en el pasado, en Huatusco, insurgente y guerrillero pero tranquilo, sereno, feliz y

resolviendo acertijos del pasado. No como ahora que estaba libre, fugitivo, elegido diputado, huyendo como fiera, consumido por la epilepsia.

—Sofía, Miguel, como hijo de Diego de Montellano, es descendiente de Moctezuma, y por parte de madre es descendiente de Luis Altamirano, hijo de Cortés. Tú eras una amenaza. Como hija de tu padre, descendiente de Moctezuma, y como hija de tu madre, descendiente de Cortés, pero por la línea de Martín el segundo, el español, el heredero directo del marquesado del Valle, del título de Cortés.

Las cosas comenzaban a tener sentido. Las piezas de ese doloroso rompecabezas encajaban suavemente.

—Pero, Victoria, tanta traición, conspiración y hasta asesinato por dos títulos sin sentido.

Victoria sonrió nuevamente y vio detenidamente a las dos mujeres, en especial a Sofía:

—¿Entonces en verdad no sabes nada?

—¡Parece evidente que no! —gritó Sofía, molesta.

—Todo lo que dejó tu padre, Sofía, son claves ocultas, escondidas, entre otros, a don Diego de Montellano. No creo que confiara del todo en él. Todo, Sofía: su participación en aquella sociedad El Águila, la historia de sus linajes, las medallas, la historia del mito de Quetzalcóatl y del mito de la diosa Tonantzin transformada en Guadalupe. La mezcla constante de lo indígena con lo hispano. Estoy seguro de que todo apunta a una sola cosa.

—¿Y qué cosa es ésa, Victoria?

Guadalupe Victoria comprendió que Sofía no estaba invadida por ningún tipo de avaricia ni interés, que había dejado todo aquello de los misterios y secretos del pasado para simplemente tratar de tener una vida normal, en paz. Comprendió que probablemente no le interesaría nada que no fuera una vida tranquila.

También sabía que una vez que él, Guadalupe Victoria, llevase a cabo sus planes, esa información sería irrelevante, pero era importante evitar que Agustín de Iturbide, o alguien cercano a él, la tuviese. Miró fijamente a Sofía y le dio la respuesta:

—El testamento completo de Hernán Cortés. Su herencia. Y cuenta la leyenda que el segundo marqués del Valle, tu ancestro, sabía el destino del tesoro de Cuauhtémoc.

11

Cortes imperiales, España.

13 de febrero de 1822

Lucas Alamán había expuesto de forma magistral la cuestión americana, pero bastantes conflictos había en la península como para que el gran mundo del otro lado del océano ocupara la agenda. No se daban cuenta los diputados de que, según su propia nueva y flamante Constitución, América era parte integral de España, y dejar de lado los asuntos de 97% del territorio del país era simplemente abrir la puerta del caos.

Lo cierto es que los diputados liberales de Cádiz se habían lucido redactando una Constitución en la que figuraba una igualdad que ellos mismos no estaban dispuestos a respetar. De nada sirve la mejor Constitución del mundo si ésta no se cumple.

—El primer artículo de esta Constitución, que es letra muerta, asegura que la nación hispana la forman todos los españoles en ambos hemisferios. Señorías, vosotros habéis sido los que escribierais dicha igualdad: América es España, y toda esa parte de España vive en la anarquía. Si no respetáis las inquietudes americanas de autonomía, lo que podría ser el inicio del Gran

Imperio Hispano terminará por ser su gran colapso.

Era difícil para don Lucas Alamán seguir con su discurso. Desde tener que seguir los estrictos protocolos, como llamar “señorías” a sus iguales, hasta el hecho de tener que hablar al estilo castellano, tan poco usual en América, y que dejaba notar que en realidad no había respeto por las formas americanas de hablar el español. Pero, sobre todo, los diputados peninsulares no estaban dispuestos a tratar el tema. Aun así, don Lucas terminó de exponer su punto:

—Don Agustín de Iturbide… —el nombre provocó rechiflas en el recinto—. Iturbide ha ofrecido una corona imperial al infante de España que don Fernando VII designe. ¿No entienden que de eso trata el acuerdo de Córdoba? Un Imperio Mexicano para la casa Borbón, o de lo contrario será imposible detener las ansias de independencia total.

Los diputados peninsulares no diferían mucho de los que se estrenaban en política en el Imperio Mexicano. A falta de razones, discutían con chiflidos; ante la carencia de argumentos, nada como ignorar los discursos de quien expone.

—No es únicamente Nueva España, señorías. Las capitanías de Yucatán y Guatemala han solicitado su anexión al Imperio Mexicano para lograr su independencia absoluta de España. También lo hizo ya el Real de Chiapas, la provincia de San Salvador, la de Comayagua, la de Nicaragua y la de Costa Rica. Y vosotros sabéis que Simón Bolívar logra algo parecido en el sur. Si no se reconocen las exigencias del Nuevo Mundo en estas Cortes, España perderá ya mismo sus reinos americanos.

Mucho interesaban a España como totalidad las provincias de América, pero España existía con dificultad y eran sus regiones las que se imponían. A los representantes de Andalucía, Valencia o Cataluña, por decir algunos, les importaba más consolidar su propia autonomía ante su tirano rey, antes que ocuparse de América. El regionalismo español amenazaba con desmoronar España, al igual que en el Imperio Mexicano.

Ésa fue la última sesión para muchos diputados americanos, como el propio Lucas Alamán, ya que los representantes peninsulares consideraron que los diputados de América eran heraldos de los movimientos rebeldes. Era un hecho consumado: España no aceptaba la Independencia ni la creación del Imperio Mexicano, aunque éste hubiese sido obsequiado al propio rey de España o a alguno de sus hermanos. Antes de volver a América, don Lucas sólo tenía que atender asuntos pendientes con el conde de Terranova, relativos precisamente a la herencia de Cortés.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

La herencia de Hernán Cortés nos envuelve. Está en todos lados, a nuestro alrededor y dentro de nosotros. Quizá ahora, cuando usé la razón y entendí lo estúpido de los arrebatos, lo he podido comprender.

Cortés no fue nada parecido a un santo. Fue un conquistador; también fue un hombre de su tiempo, y en su tiempo la gloria, la fama y la fortuna se obtenían de formas distintas: se obtenían a través de la aventura, y nadie tuvo una aventura más grande que la que vivió don Hernán Cortés, el hombre que pasó de hidalgo sin herencia a colonizador, a explorador y que finalmente se convirtió en un dios. El dios creador de todo un nuevo mundo hispano. Creó un mundo, una cultura, una cosmovisión, unas tradiciones y una forma de ser totalmente nueva: el mestizaje.

Cortés dio un imperio a su emperador y éste le pagó con desprecio. Le dio un mundo entero a España y ésta le devolvió indolencia. Creó un nuevo reino y sus descendientes de habla hispana olvidaron el hispanismo que les legó.

Hoy, como he escrito, me he dejado de guiar por los estúpidos arrebatos y lo veo claro. Escribo esto en la lengua que en España llaman castellano y nosotros, por costumbre, llamamos de forma genérica español. Estoy en la puerta de entrada de un continente donde todos hablan esa lengua, en ella entienden y en ella piensan. Si alguien llega a leer esto, lo hará en esa lengua española, y así lo entenderá. Ese tesoro, esa herencia y ese legado lo trajo Hernán Cortés.

¿Fue un maldito conquistador? Lo fue. Ésa fue su época, la de las conquistas. Pero Hernán Cortés no conquistó a un país, sino sólo una ciudad, Tenochtitlán, la ciudad que era pilar de un señorío impresionante y glorioso que se sustentaba, como dictaban los tiempos, en la violencia.

Esa sola ciudad conquistó nuestro antepasado, y lo hizo con un ejército de ciento cincuenta mil de nuestros otros antepasados. No

somos aztecas. Somos el resultado de que todos aquellos pueblos divididos quedaran unidos por Cortés y, juntos, tomaran la capital azteca en aquel lejano 13 de agosto de 1521, cuando simbólicamente nació ese país que hoy, tras una turbulenta historia, se llama México. Hernán Cortés no lo conquistó: él lo creó.

Aquí, entre dos mundos, veo cómo el naciente México se atormenta por buscar una identidad. Nueva España fue creada por españoles, y siglos después fue destruida por ellos mismos. México nació en 1821, gestado por españoles, pues criollos hispanos fueron todos los que participaron en el nacimiento de la nueva nación, desde Morelos hasta Iturbide: todos españoles criollos, todos hispanos.

Y sin embargo, a pesar de la unión proclamada por Iturbide, años de guerra dejaron odios entre hermanos, y ahora los hijos de esos españoles que gestaron México intentan alejarse de su hispanismo para entender quiénes son, pero no tienen a dónde más acercarse. España los rodea en cada rincón de su nueva patria. Reniegan de Cortés, pero no quieren acercarse a Motecuzoma.

Sería un gran paso para ese niño que nace, llamado México, aceptar su hispanidad sin negar su indigenismo. Negar la hispanidad es negar uno de nuestros orígenes y desperdiciar, con ello, toda una herencia cultural que también es grande y que viene desde Roma.

Ese México, al que veo tratar de existir a pesar de todo, va gestando en su interior un trauma ridículo que lo hará desgastarse inútilmente. No podemos escribir la historia borrando unos recuerdos y fabricando otros. Debemos simplemente aceptarla y asimilarla, hacerla nuestra.

Don Hernán Cortés es un ejemplo de valentía, audacia, astucia, heroísmo, inteligencia y triunfalismo. Ahora lo sé, México como pueblo debería estar orgulloso de tenerlo como padre. Lo olvidó su rey, lo despreció España y México trata de negarlo, pero cada que un mexicano habla y de su boca sale esa preciosa lengua española, está dejando que se escuchen la herencia y el legado de Hernán Cortés, un hombre que no requiere memorias de piedra en su honor, ya que está en la sangre de cada mexicano.

LA CORONA CON ESPINAS

1

Ciudad de México. 18 de mayo de 1822

En la sangre de cada mexicano de la capital hervía la misma pasión y de sus bocas salía el mismo grito: "¡Viva Agustín I, emperador de México!" Para muchos de ellos ese grito traía oculto otro significado: "¡Viva la verdadera Independencia!", una independencia sin España o sus monarcas, sin Fernando VII. El 18 de mayo el pueblo salió a las calles a proclamar emperador a su libertador y gritar por una verdadera libertad conducida por don Agustín de Iturbide y Aramburu.

Un hecho heroico más en el palmarés de don Agustín había propiciado esa manifestación popular. La mañana de aquel 18 de mayo de 1822, las tropas españolas que seguían acantonadas en San Juan de Ulúa, al mando de José Dávila, con refuerzos llegados de Cuba, intentaron tomar el puerto de Veracruz con la intención de comenzar con ello un intento de reconquista del territorio, precisamente aprovechando la negativa de Fernando VII a reconocer la Independencia.

Aquella mañana Iturbide reunió a todas las tropas disponibles del ejército en la capital del imperio, y mientras las tropas estaban listas para un ataque, ordenó una avanzada bajo las órdenes de Anastasio Bustamante, quien derrotó de forma aplastante a las tropas enemigas y les hizo cuatrocientos prisioneros. Por la tarde de ese mismo día, la noticia del nuevo triunfo iturbidista en favor de la naciente patria recorría las calles de la ciudad de México. El libertador era ahora el protector.

Ese 18 de mayo los enemigos de Iturbide tenían listo un plan

para removerlo del poder, y quizá de la existencia misma. Pero el libertador era el ídolo del pueblo, de la Iglesia y de gran parte del ejército. Ese día, sin permitir más rumores conspiratorios, el sargento de la guarnición de Celaya, Pío Marcha, decidió hacer sonar las campanas de todas las iglesias de la ciudad. Al caer la noche, las campanas seguían dominando el ambiente de la capital imperial, y todas las luces de las calles estaban encendidas.

Eran casi las diez de la noche, por lo que la mayoría de las personas no circulaba ya por las calles. La vida del día había terminado, pero poco a poco los curiosos que aún deambulaban por ahí se fueron sumando a lo que comenzó a convertirse en una multitud. Toda la calle de San Francisco comenzó a llenarse de soldados de todos los rangos y civiles de todos los estratos; las campanas seguían dando vueltas y los gritos se habían convertido en uno solo: "¡Viva Agustín I, emperador de México!"

Agustín de Iturbide jugaba a las cartas con su amigo Pedro Celestino Negrete cuando el bullicio comenzó a apoderarse del aire de la ciudad capital. La calle de San Francisco se fue llenando de gente curiosa y de seguidores incondicionales del libertador. Pío Marcha llegó hasta el balcón de la casa de Iturbide mientras el jolgorio imperial continuaba por las calles.

Desde su habitación de la casa, en aquella misma calle, con curiosidad e incertidumbre, Sofía presenciaba la escena. Desde una columna del templo de San Francisco que daba nombre a la calle, cubierto por un sombrero y vestido al estilo sevillano, Miguel atestiguaba, incrédulo, esta manifestación popular en favor de Iturbide. Había vuelto de Valladolid con Lucas, después de arreglar sus papeles y propiedades. Se había enterado de que aquella noche estaba lista una conspiración para asesinar a Iturbide, en la que figuraban personas como Lorenzo de Zavala y el padre Mier. Quiso estar a tiempo para evitarlo, pero evidentemente no fue necesario.

Cuando una multitud apreciable, es decir, miles y miles de personas, sumadas a los miles de militares, había llenado la calle de San Francisco, Pío Marcha dio rienda suelta a su arenga: no habría Fernando VII. No habría ningún Borbón. Los Tratados de Córdoba habían sido declarados ilegales. Los españoles en San Juan seguían intentando una reconquista y el Congreso Imperial estaba lleno de enemigos de diversas logias masónicas y clubes secretos. La patria sólo podría salvarse con un hombre fuerte al mando. Era momento de ceñir la corona imperial en la cabeza del libertador, el único hombre con méritos para portarla: "¡Viva Agustín I, emperador de México!"

La casa donde habitaba Sofía estaba al final de la calle, junto a la Plaza Mayor. Miguel de Montellano observaba todo desde el extremo contrario, el templo donde la calle iniciaba. La casa de Iturbide estaba en medio y la multitud llenaba toda la avenida y otras aledañas. La gente siguió saliendo a las calles a sumarse al grupo de aclamadores del emperador. Las funciones de teatro fueron interrumpidas para dar la noticia y los asistentes aplaudieron de pie al libertador de México.

Sofía Guillén tenía sentimientos encontrados. Todo aquello le recordaba tanto el momento en que el cura de Dolores tuvo en su mano el control de una multitud, y eso condujo a once años de guerra. Ahora, una persona totalmente contraria tenía en sus manos a una multitud y con ello podría terminar de pacificar el país. Del otro extremo de la calle Montellano tenía miedo; el pueblo amaba a Iturbide, una multitud lo aclamaba, pero grupos ocultos conspiraban en la sombra. En medio de la multitud, algunas de esas sombras conspiradoras ponían atención a los acontecimientos. Siguiendo cada detalle de lo ocurrido estaban disfrazados Guadalupe Victoria y Servando Mier.

Pueblo y soldados vitoreaban a Iturbide como emperador ante su balcón. En el interior, él y Pedro Celestino ya habían escuchado todas las arengas y discutían qué hacer. El libertador estaba nervioso y emocionado. La multitud, esa gran masa amorfa, ese monstruo de mil cabezas que suele actuar sin reflexionar previamente, lo aclamaba. Pero ser emperador no estaba en las ambiciones de Iturbide; por lo menos así lo manifestó siempre el libertador.

La noche dominaba la ciudad, el bullicio seguía, los hijos de Sofía dormían al cuidado de Inés y ella había salido a las calles a ser cómplice de lo que acontecía. Montellano se acercó también lo más que pudo al balcón, donde de pronto se hizo presente la figura del libertador. El pueblo estalló de júbilo.

Miguel había arreglado todos los asuntos pendientes antes de encontrarse con Sofía, y aquella noche los dos estaban en la misma calle, separados tan solo por una multitud que gritaba vivas a Agustín I. Iturbide salió al balcón. Los gritos que dominaban la ciudad se convirtieron en silencio cuando el libertador comenzó a hablar:

—Amigos: la nación es la patria y tiene representantes. La representan hoy sus diputados, quienes deben velar por su felicidad. Escuchémoslos primero a ellos y no demos un escándalo al mundo. No errareis si siguen mi consejo. La ley es la voluntad del pueblo,

manifestada en sus representantes.

Como suele pasar con las multitudes, donde hay muchas cabezas pero ninguna con pensamientos propios, la verdad es que muchos no tenían gran idea de lo que estaba pasando ni entendían de qué se trataba todo aquello. Para parte de ese gentío la palabra imperio no significaba libertad; en cambio, una cosa estaba clara en su mente: el señor Iturbide, el Dragón de Hierro, el padre de la patria, estaba pidiendo al pueblo una prueba de su amor, y eso era lo mínimo que podía exigir Iturbide. Era el libertador.

Sofía seguía atenta en la calle. Recordaba a Miguel en un día parecido a ése, pero hacía doce años. Miguel quería enterarse de lo que iba a pasar, conocía todos los movimientos conspiratorios contra Iturbide y no estaba seguro de que esa multitud lo aclamara en realidad o fuera parte de un plan más oscuro.

Una cosa tenía clara: por más que el pueblo amara a su libertador, una multitud nunca sale espontáneamente a las calles a exigir una causa si no es porque alguien la está manipulando. ¿De quién sería esa idea de que el pueblo proclamara emperador a Iturbide? Miguel siguió caminando hacia la Plaza Mayor, buscando la casa de Sofía Guillén. Ya había arreglado todos los pendientes. Todo estaba en orden. Había llegado el momento de enfrentarse de nuevo a Sofía, entregarle todo y volver a Europa.

En el interior de la casa de Agustín de Iturbide, el libertador pedía consejo a su amigo Pedro Celestino Negrete:

—Es un honor y un orgullo, Pedro, pero ésta no es la forma. No puedo responder a la aclamación popular. No así. Hay un Congreso que a estas alturas debería tener una Constitución si no dedicasen todo su tiempo a conspirar en mi contra, en vez de trabajar. ¿Cómo va a crecer un país si su legislativo vive en contra del gobernante sin poner a México por encima de los demás intereses? No puedo aceptar ser emperador.

—Yo comprendo todo eso, excelencia… Agustín, pero tu no consentimiento se considerará como un insulto al pueblo, y éste no conoce límites cundo está irritado. Debes hacer este nuevo sacrificio por el bien público. La patria está en peligro, y un solo instante de indecisión tuya puede convertir las aclamaciones en gritos de sangre.

—¿Estás diciendo que debo aceptar ser coronado emperador para evitar un baño de sangre? El día del triunfo le dije al pueblo que mi mayor aspiración era retirarme y ver cómo buscaban su felicidad con la libertad que les entregué.

—Le entregaste la libertad a un pueblo que tal vez no la

merecía, pues no sabe lo que eso significa. Y sí, Agustín, las cosas están graves. La patria puede ahogarse en sangre y tú debes evitarlo tomando esa corona, no importa cuánto te pese.

—Tú sabes lo que dicen ahora mis enemigos y detractores, que desde el principio sólo pensé en mi beneficio y en hacerme con el poder. No puedo ni debo tomar una corona que no me corresponde. Hay que consultar al Congreso y a las provincias.

—El país que hiciste nacer, amigo Agustín, nunca ha sido en realidad un país. Yucatán, Jalisco, Texas, Nuevo León, Guatemala y otras tantas provincias hablan de independencia y de república. Ahora sólo un imperio fuerte, con emperador, puede evitar la fragmentación.

Agustín de Iturbide se dio cuenta rápidamente de que tenía que dejar de hablarle al pueblo como el criollo ilustrado y tomar la palabra como su padre, su libertador, su ídolo. Así es que volvió a salir al balcón y dio un giro a su discurso:

—Amigos, les hablo como uno de los suyos. Les di la libertad para que sean felices, pero también formé un Congreso para que ustedes puedan, efectivamente, ser libres y estar representados. Les pido, como su amigo, como su libertador y apelando a la garantía de la Unión, que esperemos un día. Mañana escucharemos a los diputados y mañana conoceréis ustedes mi decisión. Entendedme y dadme la última prueba de amor.

Ante esas palabras, el padre de la patria recibió una ovación. Las cosas finalmente se estaban aclarando. Los soldados que comenzaron el bullicio fueron también los que animaron a la gente a volver pacíficamente a sus casas. Todos lo hicieron sin dejar de gritar vivas a Agustín I. Afuera de su balcón, el libertador continuaba su arenga, a sabiendas de que el pueblo siempre le respondería.

El pandemónium fue evitado y la turba se había ido. Las calles iban quedando despejadas y dejaban a Miguel de Montellano seguir su camino hacia la Plaza Mayor. Sofía seguía parada en medio de la calle de San Francisco, viendo cómo la simple voz de Iturbide era capaz de sosegar a todo un pueblo. No cabía duda de que era un dragón. Entonces lo vio.

Ahí estaba Miguel de Montellano, en una faceta desconocida totalmente por Sofía. Ese hombre, siempre galante y risueño en sus recuerdos, estaba de pie ante ella, a varios metros, con años de distancia, irreconocible pero inconfundible. El capitán Montellano estaba cubierto por un sombrero español, lleno de tierra, con la ropa extraña y desgastada, con una sonrisa llena de esperanza, la

mirada dominando todo el entorno, penetrante, profunda; la espada envainada y escondida en una faja roja que rodeaba su cintura.

Por unos instantes que parecieron una eternidad, a ambos les dio la impresión de que toda la multitud se había desvanecido para siempre, que no había conspiraciones ni deslealtades, que no había un imperio sin emperador, que no existían Iturbide o Victoria, México o España. De pie, a la mitad de la calle de San Francisco, cerca del balcón donde el pueblo proclamó emperador a su libertador, estaba Miguel de Montellano.

De pie, a la mitad de la calle de San Francisco, cerca de la gigantesca Plaza Mayor de la ciudad de México, estaba Sofía Guillén. Era mayo de 1822. Cinco años antes se habían visto por última vez. Se habían amado de la más carnal y seductora de las formas. Cinco años atrás habían sucumbido ante el último de sus arranques carnales en medio de una guerra. Después, nada.

En ese tiempo Sofía pasó de odiar y perdonar a Miguel, a idolatrarlo cuando supo la verdad. Después vino la frustración de no hallarlo, el coraje, la nostalgia, las lágrimas que se derraman por un amor que se ve perdido para siempre. Después vino la realidad de una vida sin él, la costumbre de la soledad que poco a poco va dejando que se cuele, imperceptible, el olvido.

Miguel consiguió la salvación de su mujer amada. Después tuvo un año en prisión, de esos intermedios en la vida que te obligan a reflexionar. Después se interpuso el océano y la extrañó; pensó en ella como nunca, en que no habría vida después de ella y que tendría que llevarla a España para despertar a su lado todos los días. Después llegó Samira. Luego el tiempo. Más tarde la imagen desvanecida de algo que puede dejarse en el otro lado del océano de la historia.

El tiempo seguía detenido para los dos antiguos amantes que a la distancia se miraban extasiados. Los dos habían llegado a convencerse de la necesidad del olvido del otro, se habían contagiado de la resignación de no volver a verse nunca. Ahora la mirada de cada uno inquietaba al otro. Para ellos la gente que aún se dispersaba estaba inmóvil. Se acercaron con cautela en un principio, como tratando de desengañarse.

Pero ahí estaba Sofía Guillén, cinco años después y más hermosa que nunca, con los ojos más espectaculares que Miguel de Montellano recordara. Incluso los de ella misma en el pasado no eran iguales. Su piel un poco más oscura, su cabello más largo, su cintura siempre tan perfecta, la boca tan sensual, el pecho más encrespado y sugerente, la media sonrisa tan coqueta. Su mirada

era una furia como las olas del mar, una furia de pasión, no de coraje.

Ahí estaba Miguel de Montellano, representando a un gitano gallardo, con el cabello rubio y ensortijado de una forma que Sofía jamás hubiera esperado pero que era seductora, con años encima que eran evidentes, con una mirada extraviada que lo llenaba de misterio. La tensión de la pasión que desprendían podría haberse sentido por toda la calle.

Él caminaba despacio, mientras que ella comenzó a acelerar el paso. No había duda para ninguno de ellos. Ahí estaba Sofía. Ahí estaba Miguel. México era libre. La guerra había terminado y los dos estaban uno frente al otro, en la misma calle y bajo la misma luna, la misma noche en que el pueblo salió a las calles a proclamar emperador a su libertador.

Ella se detuvo y él apresuró su andar. Se detuvo a unos pasos. Anduvo despacio los últimos segundos y espacios que lo separaban de aquella mujer. Miguel y Sofía quedaron el uno junto al otro después de cinco años. El uno frente al otro, libres en una patria independiente, mirada con mirada, sin miedo a una guerra.

Era imposible para Miguel de Montellano expresar lo que sentía en ese momento. Se quedó sin una sola palabra. Las emociones conocidas y desconocidas se agolparon en su espíritu. Abrió los brazos, miró a Sofía, derramó una lágrima, y sin saber por qué, cayó de hinojos en el piso. De rodillas y a sus pies.

Con toda la ternura que le fue posible, Sofía se agachó y tomó en sus manos el rostro tostado de Miguel de Montellano y besó sus ojos mientras con las manos tomaba sus cabellos. Lo apretó contra sí misma:

—Siempre supe que te volvería a ver, Miguel. Siempre. Jamás supe cuándo ni cómo sería, pero jamás dudé de que tendría la oportunidad de volver a verte y… —ahora fue Sofía la quedó de rodillas; con las manos tomó el rostro de Miguel e hizo que sus miradas coincidieran—. Volver a verte para pedirte perdón.

Miguel miró a Sofía por todo el tiempo del mundo, tomó sus manos y jugó con ellas; tocó su rostro, acarició su boca, olió su cabello:

—No hay nada que perdonar, Sofía. Perdóname tú a mí por no haber sido capaz de llegar antes. Hay tanto que contar.

—Tanto o nada, Miguel. Pero es que finalmente lo entendí todo, todo lo que siempre hiciste por mí, la forma en que te jugaste la vida por la mía, la manera en que me amaste. Sabía que te volvería a ver. Jamás dudé de eso.

Ahí donde estaban, a dos calles del palacio de Iturbide y unas cuantas de la Plaza Mayor, abrazados en el piso, incrédulos y extasiados, perdidos el uno en el otro, Sofía se acercó a Miguel hasta perder toda la distancia y lo besó como nunca antes lo había besado, si es que había aún una manera más de que ese par de labios hiciera contacto.

Entre ambos se pusieron de pie, sin soltarse, sin dejar de mirarse y abrazarse, sin dejar de tocarse, como si quisieran cerciorarse de que aquello era una realidad, no un recuerdo, una profecía o una quimera, sino real. Comenzó a llover sobre la ciudad de México y Sofía soltó a Miguel para extender los brazos y recibir la lluvia en medio de las calles, con la mirada al cielo. Libre.

Miguel hizo lo propio, soltó la bolsa que llevaba con él y recibió el agua del cielo. La libertad se respiraba en cada gota que llovía. Se besaron y abrazaron bajo la lluvia. Nada existía fuera de Sofía Guillén y Miguel de Montellano. Por momentos se abrazaban. A veces se soltaban nuevamente y sentían el agua en la piel y en su ropa mojada. A veces se tomaban las manos, se volvían a besar y a abrazar. Cinco años de distancia darían muchas historias que contar, y sin embargo ninguno de los dos tenía idea alguna de qué decir. Ni una sola palabra que existiese hasta ese momento era capaz de describir lo que ocurría en ese momento en la calle de San Francisco.

El agua caía a torrentes y comenzaba a encharcar las calles de la ciudad. Miguel y Sofía estaban completamente solos y absolutamente empapados. Totalmente felices y decididamente locos. Se besaron nuevamente en medio de la lluvia, hasta que Sofía se separó.

—Vivo aquí cerca, Miguel. Supongo que lo sabes —sonrió, nerviosa. Era obvio que no tenía idea de qué hacer o decir—. Mejor vamos a la casa. No quiero que te mueras de pulmonía el día que has logrado volver.

—Mi hermosa Sofía, el tiempo sólo ha hecho de ti una mujer más espectacular en todos los sentidos.

Sofía lo tomó de la mano para guiarlo. Miguel regresó unos pasos para recoger la bolsa que había dejado en el piso. Ahí estaba de nuevo su extraña imagen de gitano, vestido al estilo sevillano, con un morral de vagabundo viajero y una estrella de turquesa colgada del cuello.

2

Ciudad de México. 19 de mayo de 1822

Por nacer en día de san Valentín, en 1781, ése fue su nombre. Nació en Guadalajara, de familia acomodada, fue ilustrado y científico, médico de profesión, político de afición y rebelde por convicción. Era considerado uno de los hombres más ilustres del virreinato de Nueva España, por lo que fue elegido como representante novohispano en las Cortes españolas.

Su espíritu progresista lo llevó desde su juventud a incursionar en la masonería y con el tiempo fue todo un liberal radical, conocido por sus ideas drásticas y contundentes, y un carácter intempestivo por el que aliados y opositores llamaban "Gómez Furias" al doctor Valentín Gómez Farías.

La mañana del 19 de mayo de 1822 los diputados tuvieron que sesionar desde primera hora de la mañana para tratar aquel asunto de la intempestiva proclamación popular de Iturbide como emperador. Don Valentín Gómez Farías era uno de los diputados que tendría que decidir ese día el futuro de la nación. En aquella fecha ya sabían todos los metidos en política que España no daba su reconocimiento y que Fernando VII no tomaba para sí ni para su familia el trono que Iturbide y O'Donojú le habían ofrecido en bandeja de plata.

Desde entonces las posturas eran variadas y contrapuestas. Algunos incluso hablaban de volver a los brazos amorosos de España, como arrepentidos hijos pródigos; algunos otros tomaban la coyuntura para conspirar y hablar de república, pero unos más, los que se adelantaron y tomaron las calles, pensaban que sólo Agustín

de Iturbide era el hombre con mérito, coraje, audacia, honestidad y mano firme para conducir los destinos del naciente país.

La democracia era un concepto por encima de las mentes de los llamados representantes del pueblo, que siempre tenían miedo de votar cuando de un tema importante se trataba. Siempre lo popular por encima de lo virtuoso. La sesión, como era ya costumbre en un Congreso apenas naciente, no estaba llena. Quizá muchos representantes preferían representar con el dinero público, pero desde la comodidad de su hogar, y de ciento un representantes que debían estar presentes, únicamente asistieron ochenta y cinco. Los faltantes argumentaron que no tenía sentido votar en una iniciativa en la que los otros les iban a ganar. Para ellos la democracia funcionaba únicamente cuando se obtenía el triunfo.

Pero gran parte de los diputados ausentes, que no pretendían entronar a Iturbide, estaba en realidad en casa de Lorenzo de Zavala votando otros temas: la forma en que eliminarían al casi emperador de México.

La sesión en el templo de San Pedro y San Pablo fue abierta, así es que la multitud y los periodistas se arremolinaban en el edificio donde debería decidirse el futuro de la nación. Fue imposible ante tal abigarrada multitud conducir la sesión en orden. El gentío llenaba el edificio, la plaza y las calles aledañas, todas con una sola idea en la voz: "¡Viva Agustín I!" "¡Que viva el libertador y padre de la patria!" "¡Viva Agustín de Iturbide!"

La sesión no se podía llevar a cabo por el caos. La discusión era imposible, ni hablar del pase de lista y de los protocolos. Por eso se decidió enviar una comisión con una carta a Iturbide para rogarle que se presentara en el recinto y tranquilizara a la plebe.

—Lo siento mucho, excelencias —arguyó Iturbide—, pero está estipulado que, como depositario del Poder Ejecutivo, no altere con mi presencia las sesiones del Legislativo.

—Así es, excelencia, pero ésta es una ocasión por demás especial.

—Efectivamente lo es —prosiguió Iturbide—. Tratarán un tema que corresponde de forma tan directa a mi persona, que me parece que mi presencia enrarecería la votación que llevarán a cabo. En aras de la libertad, no puedo hacer acto de presencia.

—Excelencia, el presidente de los diputados ha pedido que hagamos lo necesario para no regresar sin usted, la única persona a quien el pueblo respeta como autoridad.

La vanidad, como en el caso de muchas personas, era la debilidad mayor de Iturbide. Por eso es el pecado favorito del

diablo, porque mueve las pasiones y los arrebatos, nunca la razón. Agustín de Iturbide dio el sí a la comisión de diputados y mandó enganchar dos caballos a su carruaje, pero su mayúscula sorpresa, y mensaje inequívoco de su arrastre popular, fue cuando, al salir de su palacio y ser reconocido por la multitud que gritaba vivas en la calle, la gente desenganchó el carro de los caballos. Y fue la propia multitud la que llevó al libertador hasta el recinto de los diputados.

Más poderoso que Julio César al cruzar el río Rubicón y entrar en Roma se presentó Iturbide ante el Congreso, vestido con toda su gala, protegido por toda su arrogante presencia, vestido con su aurora de libertador y armado con los gritos del pueblo. Las dos de la tarde sonaron en las campanas. La multitud no dejaba de gritar el nombre de su libertador, quien levantó los brazos y pidió orden. El pueblo calló para escuchar al padre de la patria:

—Mexicanos, hemos formado una patria libre, una patria con representantes de su pueblo y de sus provincias, un grupo de notables que debe tomar las decisiones que considere mejores para la común felicidad de la patria libre. Estos hombres representan a la patria, y todos debemos comprometernos a aceptar las decisiones que ellos tomen, pues no harán nada en perjuicio de este gran imperio.

Fue entonces cuando apareció don Valentín para tomar la palabra. A todos asombró la postura del rabioso Gómez Furias, conocido masón y recalcitrante liberal.

—Todos conocen mi postura y mis ideas. Pero se supone que este cuerpo representa al pueblo, y el pueblo está hablando. No creo necesarios los protocolos engorrosos y la burocracia. Este imperio no tiene emperador y el pueblo aclama a uno solo. Es por ello que, sin más trámite de por medio, este Congreso sólo debe limitarse a aceptar que don Agustín de Iturbide es ya, de hecho, emperador de México. *Vox populi, vox Dei*.

Los diputados no salían de su asombro ante la forma en que Valentín Gómez Farías aniquiló las bajas ambiciones de todos los demás, evitando públicamente una discusión que en realidad escondería todo tipo de intereses, excepto los de la patria. El pueblo gritaba como nunca en su vida había gritado. Iturbide nuevamente pidió al pueblo presente que refrenara sus impulsos. Don Valentín continuó hablando:

—Señores, los Tratados de Córdoba, que desataban el nudo sin romperlo y reconocían como soberano a don Fernando VII, están rotos del mismo modo que el Plan de Iguala. Están rotos en lo que hace a la designación de la persona del primer mandatario, pues

fueron declarados nulos por España. Pero no es España la que manda ahora, y los diputados mexicanos somos libres de dar nuestro voto para que Iturbide, otro mexicano, sea proclamado emperador. No haremos más que hacer oficial la aclamación de pueblo y ejército. Decimos ser libres de España: pues ésta es la ocasión de hacer del todo absoluta esa Independencia.

Setenta votos contra quince. Don Agustín Cosme Damián de Iturbide y Aramburu era proclamado emperador por el Congreso. Por una abrumadora mayoría del Congreso, considerando que incluso estando los ciento uno que deberían, setenta era una mayoría suficiente. Aun así el libertador se negó a aceptar el título hasta que las provincias manifestaran su acuerdo o desacuerdo.

Pero detrás de todo el circo estaba la presión de la multitud, y detrás de la multitud escandalosa siempre hay una mente maestra. Iturbide se sabía emperador el 19 de mayo, pero ¿por voluntad propia o de alguien más? ¿Su negativa era parte del montaje? ¿Por qué un masón liberal como Valentín Gómez Farías precipitó todo para entronizar al libertador? ¿Sería que para aniquilar al Dragón primero era necesario llevarlo a las alturas?

Iturbide, el hombre que siempre despreció a Hidalgo por encubrirse tras la máscara de la multitud, era entronizado por esa misma multitud; el hombre que rechazó siempre a la chusma desordenada tenía una corona a su alcance, obsequiada por esa chusma. ¿Quién era la mente maestra detrás de la escandalosa multitud que convirtió al libertador en emperador y marcó su destino?

3

Ciudad de México. 19 de mayo de 1822

Amaneció tras el reencuentro. Hay situaciones y actividades sobre las que el tiempo no pasa, y cada recoveco de los cuerpos de Miguel y de Sofía se recordaban perfectamente y embonaban de la misma forma magistral que cinco años atrás. Quizá el lustro de distancia que los tenía evidentemente sin conflictos personales como antaño fuera el responsable de que la serie de explosiones que generaban aquellos dos amantes fuese, si era posible, mejor de lo que fue en el pasado.

Miguel y Sofía se entregaron ante todo a la tarea de reconocerse mutuamente, de explorar los nuevos cuerpos que tenían tras el paso del tiempo. Exploraron las nuevas texturas de sus respectivas pieles y el nuevo espesor de sus cabellos, revisaron cada nueva línea de expresión, cada nueva reacción al tacto en cada rincón de cada uno de aquellos nuevos cuerpos. Tuvieron que volver a encontrar los diversos sabores de las disímbolas formas que tenían de besarse y las distintas reacciones que se producían el uno al otro al experimentar las diversas formas que tenían de fundirse mutuamente.

Fue una labor de horas que terminó muy poco antes del amanecer. Tensión y pasión de cinco años en una noche sin razón y sin sentido, una noche de arrebatos carnales dignos de los más fantasiosos cuentos árabes eróticos. Sólo dos horas durmió Miguel de Montellano y despertó con una extraña sensación de vacío que no podía explicar. De pronto se llevó la mano al cuello para sentir lo único que no se quitó del cuerpo en el lecho de Sofía: su estrella

de turquesa.

Culpas o remordimientos, nostalgia o desamor. Miguel de Montellano estaba en una cama en la que se sentía ilícito, en la que se sentía aquello que nunca había querido ser: traidor. Miguel despertó y se sintió solo. Tenía miedo de voltear a mirar a su mujer. Finalmente volteó. Ahí, junto a él, estaba un hueco, un vacío. Sofía no estaba.

Sofía no durmió las dos horas que destinaron a ello antes de que saliera el sol. Presente, pasado y futuro existieron al mismo tiempo en cada una de las explosiones que Sofía tuvo por la noche. Veía y recordaba al Miguel que la seguía por los campos de batalla tiempo atrás. Sentía y vibraba con el Miguel que tenía entre sus sábanas, con años de historias por compartir o por ocultar, pero cuando trataba de imaginar y dibujar en su mente al Miguel de los días por venir, todo lo que podía ver era blanco, el vacío, la nada.

Veló el sueño de Miguel y se levantó de la cama antes de que despertara. Los niños no tardarían en corretearse por el pasillo, y Leonor e Inés comenzarían pronto sus actividades cotidianas. A todas tenía que ponerlas al tanto, con todas tenía que hablar antes de que Miguel simplemente apareciera en el comedor. Y los pequeños. Había que prepararlos para la gran noticia, y preparar a Miguel.

El desayuno estaba listo y Miguel y Sofía estaban sentados a la mesa. Casi diez años después de que el padre Morelos bendijo su unión, vivían su primera situación marital. Así lo había planeado Sofía. Todas las noticias serían poco a poco. Inés apareció en la habitación y se arrojó a los brazos de un Miguel que apenas tuvo tiempo de ponerse de pie.

—Inés, estás preciosa. Cada año que te ha dado la vida ha sido una bendición.

—Gracias, Miguel —sonrió la mulata—. Estoy encantada de verte… sorprendida de verte. No podía con la emoción en la madrugada, cuando me lo contó Sofi. No quería que simplemente te viéramos deambulando por ahí, nos fuera a dar un soponcio. Eres una visión divina, aunque las leguas andadas se noten en tu rostro.

—Muchos viajes que contar, Inés.

—Bien —señaló Sofía—, creo que con Inés es con quien menos tengo que ponerte al tanto. Huyó conmigo por la selva y se salvó junto conmigo, gracias a ti. Pasamos juntas buenas y malas vivencias; una en particular, que te contaré después. Luego la vida se estabilizó y hemos estado de madres en la ciudad de México. Disfrutando la libertad, aunque haya sido Iturbide quien la

obsequiara.

Miguel de Montellano miró a Sofía con la mirada más extraña con que la hubiese podido escudriñar en todos los años de conocerla. No podía creer que ella acabara de pronunciar esa oración. Simplemente quedó sin palabras.

—Así es, Miguel —prosiguió Sofía—. No me agrada Iturbide. Personalmente hasta me siento obligada a odiarlo por ser el hombre que derrotó a Morelos. Pero ahora veo las cosas mucho más serenas. Ocurrió algo que tú querías, Miguel: he madurado. Por lo menos estoy en el proceso.

Sofía sonrió de una manera que Miguel simplemente desconocía en ella. Parecía feliz y, efectivamente, madura y sosegada. Rebelde pero templada, con ideas firmes pero flexibles. Él también sonrió. De hecho, rió para acompañar a Inés, quien comenzó con una carcajada ante la presunción de madurez de Sofía.

—Verdaderamente a golpes —señaló Inés—, pero creo que puedo atestiguar que es cierto. Mucho trabajo me ha costado educar a esta mujer.

—Supongo que muchas cosas habrás vivido para cambiar, Sofía —dijo Miguel—, y si tú eres feliz con lo que eres hoy, yo me alegro por ti.

Los nervios de Sofía fueron evidentes.

—Sí, Miguel, han pasado muchas cosas, y de hecho quiero presentarte a una de ellas. Miguel, quiero que conozcas a Leonor… de Moctezuma y Cortés.

Leonor apareció, seria y adusta, en la habitación. Se detuvo enfrente de donde se puso de pie Miguel de Montellano y lo miró de frente a los ojos. Ambos quedaron mirándose unos instantes hasta que ella sonrió y saludó con un simple “mucho gusto”, al que Miguel contestó de la misma forma.

Leonor lo miraba de frente al rostro, y él la escrutaba también. Sofía pudo sorprenderse de tener frente a ella a un hombre y una mujer que bajo ninguna duda eran hermanos. Los ojos, las cejas, la forma de la nariz y la entrada en la frente eran idénticos. La actitud y la mirada competían. Sofía rompió el silencio:

—Miguel, Leonor se hace llamar así porque sus apellidos de nacimiento son… Montellano… y Ramírez Arellano, descendiente por el primero de Moctezuma y por el segundo, de Cortés.

Miguel estaba de pie, en silencio y absolutamente demacrado. En un segundo todo color se le fue del rostro, y el rostro de la mujer frente a él le hizo sentido.

—Es tu media hermana, Miguel, pero, como verás, además de mi

cuñada, de cualquier forma es mi prima, porque su madre era hermana de mi madre.

Lo primero que vino a la mente de Miguel de Montellano fue el palacio de Hernán Cortés en Cuernavaca, el marquesado del Valle, la herencia. El gobernador del marquesado en 1794, el tal Joaquín Ramírez Arellano, resultaba ser hermano de la madre de Sofía, y en menos de lo que dura un instante la vida le ponía de frente a una media hermana, habida de su padre con… la hermana de la madre de Sofía, y otra Ramírez Arellano, por añadidura. Era evidente la relación que su padre había querido tener con esa familia… con esos herederos. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Leonor:

—Nos conocimos cuando eras pequeño, mejor dicho, sólo nos vimos… un día que fui a buscar a tu… a nuestro padre. Yo quería conocer al tal Diego de Montellano, mi progenitor. Quería saber mi origen y obtener respuestas. Creo que tú y Sofía también saben de eso.

Miguel seguía mudo. A sus reflexiones se sumó el discurso de presentación de Leonor, que también le dio cosas en qué pensar. Finalmente habló:

—Sí, claro. Lo siento, en verdad no esperaba esto. Mi padre siempre tuvo muchos secretos conmigo… pero esto jamás lo hubiera esperado. ¿Cuándo naciste?

—En 1785 —dijo, sin poder evitar una especie de media sonrisa. Miguel cerró los ojos unos instantes, pero Leonor lo interrumpió—: No hagas cuentas… tus padres ya estaban casados.

Tardó tan sólo unos segundos en abrir nuevamente los ojos, con cara de estoica resignación:

—Al final mi padre… Creo que ya nada debería extrañarme de él, y dudo que tú, Sofía, hubieras podido sorprenderme más. Disculpa, Leonor… Eh… ¿Supongo que tú ya sabes toda esta historia de misterios, diosas y juegos truculentos de novela barata? Nada extraño que te hayan puesto Leonor.

—Supongo que era otro de esos simbolismos, como de novela, que tú dices. Afortunadamente me gusta el nombre.

—Sí, claro —dijo Miguel, avergonzado—. No quise decir que no me guste… sólo… Bueno, lo siento, estas sorpresas me han dejado muy nervioso. Seguro que tú y yo tendremos mucho de qué hablar por días enteros, Leonor.

—Más de lo que tú crees. Pero creo que no lo haremos hoy, ya que hay asuntos que te van a requerir con más urgencia, más cosas de qué enterarte.

Leonor tomó asiento de un lado de la mesa. Del otro lado estaba Inés, y Miguel había quedado de pie, al centro. Sofía se acercó a él y lo llevó hasta una silla, donde lo obligó a sentarse:

—Miguel, quiero que sepas que me considero la mujer más afortunada del mundo por haberte conocido y haber estado en tus brazos. También quiero decirte que me apena todo lo que te hice pasar por estar en medio de mis conflictos de identidad y mis necedades. A veces pienso que odio esa estúpida guerra por separarnos, y luego pienso que sin ella jamás hubiera pasado nada entre nosotros. En fin, Miguel, quiero que me perdones por todo lo que haya sido culpa mía, y quiero decirte que yo te debo la vida, y que considero que jamás dejaré de estar en deuda contigo. Que nada me debes, que ninguna obligación tienes conmigo en ningún sentido.

El silenció se apoderó de la habitación y recorrió todas las esquinas. Inés, Leonor, Sofía, todos los ojos impávidos y la boca cerrada. Miguel no sabía cómo entender todo aquello dicho por Sofía.

—Sofía, creo que debemos descansar y que, efectivamente, después habrá que repensar toda nuestra vida, pero tal vez debamos dejar un poco de tiempo.

Sofía no pudo evitar reírse, tal vez por tensión de los nervios, quizá de felicidad ante lo que ella consideraba, de la forma que fuera, una buena noticia. Habló entre risas:

—No, capitán. Esto lleva postergándose cinco años —las tres mujeres soltaron una sonora carcajada ante el comentario de Sofía. Las risas relajaron a Miguel, que de cualquier forma no entendía nada—. Miguel, cuando te fuiste de Palmillas a buscar el indulto para salvar nuestras vidas, nunca te volví a ver. Aún no hemos intercambiado historias. Yo sé que algo muy poderoso tuvo que ser lo que se te interpusiera. Estoy segura de que intentaste encontrarme, y yo, Miguel, como te juro que te busqué por todas partes, y no hubo autoridad que quisiera darme información de ti, nunca supe qué pensar. Pero siempre supe que te volvería a ver, y eso me alegra, Miguel, porque… porque en Palmillas, Miguel, pasamos nuestra última noche juntos…

Parte del resto de las palabras de Sofía ya no fueron escuchadas por Miguel de Montellano, quien ahora escuchaba sus propias palabras, creaba sus propias imágenes y se aventuraba a todas las profecías. Todo tenía sentido. Lo sabía cuando Sofía terminó el resto de ese discurso, que no escuchó pero entendió muy bien.

—Quedé embarazada, Miguel.

Para cuando Sofía terminó la frase, el hecho ya no era un secreto para Miguel: un hijo fue exactamente lo que pasó por su mente mientras Sofía hablaba, y se recriminó por no haber sido capaz de encontrar a su mujer en aquel tiempo ni haber estado ahí en ese momento, pero también se dio cuenta de que era imposible culparse por eso. Todas las contradicciones se agolpaban en su mente en fracciones de segundo. No pensó en el futuro cuando Sofía anunció que estaba embarazada. Simplemente sonrió ante el hecho de pensarse con un niño o una niña. Lo que sacó por completo a Miguel de ese encierro en sí mismo fue la voz de Sofía, gritando:

—Niños. Vengan, niños, ya es hora.

Miguel se levantó de un salto:

—¡Niños! ¿Dos?

Nuevamente todas las mujeres rieron.

—Gemelos, Miguel: un niño y una niña muy parecidos. Gemelos.

Miguel sentía que le llovían más sorpresas que cuando estaba en tiempo de guerra y recorriendo páramos desolados:

—Vaya sorpresa. Gemelos. ¿Alguien tuvo gemelos en tu familia?

—No creas que no he pensado en eso. No sé de nadie de tiempos recientes, pero si las leyendas son ciertas, alguien de tiempo atrás, conocido, de hecho. Por lo menos en la historia, Miguel.

Y ahí estaba ese hombre que hasta espía de más de uno a la vez había sido en España, y que había resuelto una serie de enigmas del pasado, absolutamente pasmado ante la interrogante que Sofía dejaba en el aire.

—Según la leyenda, Miguel, ¿te acuerdas… Martín Cortés? Se supone que es mi ilustre ancestro. ¿Y recuerdas todo lo que estudiamos y revisamos? Tuvo gemelos, ¿recuerdas?, y conflictos por la herencia del título de marqués del Valle. Parece que esa historia del misterio del águila nos persigue.

Antes de que Miguel pudiera reflexionar, objetar o simplemente tomar aliento, un niño y una niña de unos cinco años aparecieron frente a él. De pie, muy bien bañados, vestidos y peinados, evidentemente nerviosos. Tan innegable como la hermandad de Leonor.

—Miguel… Ellos son Mariana y José María.

El padre de aquellos dos niños puso una rodilla en el piso para estar a la altura de los pequeños. Sonrió como nunca en su vida había sonreído y sintió una alegría que sabía que no tenía igual en la vida. Se vio a sí mismo en dos pequeños seres humanos. Miguel abrió los brazos y los niños se mostraron temerosos. Sofía los animó. Para eso les había advertido que su padre, el héroe de mil

batallas, el que la salvó a ella y a todos tantas veces, el que estaba en algún lugar del mundo luchando por la justicia y por el país, por fin había podido regresar y era tiempo de conocerlo.

Miguel extendió los brazos para tocar a sus hijos. De cada ojo brotó una lágrima, quizá una de tristeza y otra de felicidad. Sonrió. Con cada mano tocó el cabello de cada uno de ellos. Después habló tiernamente, como si nada en el mundo existiera en ese momento además de aquellos dos pequeños y él:

—Mariana, José María, pequeños. Niños, yo soy su padre, y quiero decirles que soy el hombre más feliz del mundo por saber que soy su padre. Quiero que sepan que lo siento mucho, que lamento no haber estado todo este tiempo con ustedes. Muchas cosas han pasado. Hubo que trabajar mucho para que ustedes tuvieran un país donde vivir en paz. Eso… eso fue difícil, pequeños, y siento mucho haber tardado tanto en volver.

Sofía estaba encantada de ver esa reacción en Miguel de Montellano, y sin embargo algo seguía sin estar bien dentro de ella. Pero vio con felicidad cómo los niños abrazaban a su padre, quien los cubría de besos y caricias. Parecía que, finalmente, todo estaba en paz. De pronto tocaron a la puerta.

—Yo también tengo a alguien que presentarte, Sofía. A todas ustedes, y a ustedes, mis adorables pequeños. Le pedí que se presentara en esta dirección por la mañana si no sabía nada de mí.

No había terminado de hablar Miguel cuando Inés ya había abierto la puerta y se encontró con un hombre negro, enorme y fuerte, sin edad aparente pero quizás de unos cincuenta años, con una gran sonrisa en la boca. Miguel se apresuró a presentarlo:

—Pasa, Lucas, pasa. Sofía, Inés, Leonor, hijos: éste es Lucas. Es de Cuba.

Los niños miraban, admiraban, mejor dicho, a Lucas. Jamás habían visto a un negro como él.

—¿Eres un gigante? —preguntó José María.

Todos rieron.

—Es un gigante en muchos sentidos —señaló Miguel—. Lucas, ella es Sofía. Creo que la conoces bien, aunque nunca la hayas visto. Y ella es Inés, su hermana por vínculos más fuertes que la sangre.

—Mucho gusto, señora Sofía. Durante un año sólo escuché hablar de usted —Lucas volteó a ver a Inés—. Bueno, no es del todo cierto. También escuché mucho de usted, niña Inés.

Todos en la habitación contemplaban sorprendidos la presencia del enorme acompañante de Miguel de Montellano, quien se limitaba a sonreír en el centro de la habitación mientras todos lo

escrutaban, Sofía con curiosidad e intriga, Inés con emoción, los pequeños con admiración y Leonor con un poco de espanto.

—Mira, Lucas, ni tú ni tus divinidades mágicas y artes adivinatorias me hubiesen podido preparar para las sorpresas que me he llevado. Ella se llama Leonor, la he conocido hoy mismo… y es mi media hermana.

Lucas había notado los ojos de espanto de Leonor, por lo que no se acercó a ella y simplemente inclinó la cabeza como saludo:

—Mucho gusto, señorita Leonor.

—Y ellos, Lucas —dijo Miguel, sonriendo con todo el rostro—, ellos dos son mis hijos. ¡Gemelos, Lucas! Y de quienes no sabía nada.

Lucas también sonrió y se sentó en el piso. Los niños dieron un paso hacia atrás, pero la cara afable de Lucas finalmente los animó a acercarse. Jamás habían visto ese color y ese tamaño.

—Niños —dijo Lucas—, quiero que sepan que su padre es un héroe y que además yo, personalmente, le debo mi libertad.

Todos los pares de ojos presentes en la habitación se posaron en Miguel de Montellano.

—En realidad Lucas no me debe nada. Yo sólo saldé una deuda. Sofía, aún hay muchas historias por contar, pero una de ellas es que estuve preso por un año en San Juan de Ulúa, y en aquella época Lucas salvó mi vida. Yo prometí volver por él y buscar su libertad, pero, como puedes ver, Lucas, éste es ya un país libre y tu manumisión se hubiese dado de cualquier forma.

—Se resta méritos, señor Miguel. Ambos sabemos que aunque no siguiera siendo esclavo formalmente, me hubiera quedado para siempre en esa cárcel.

Todos los presentes miraban inquisitivamente a Lucas y a Miguel como queriendo saber más.

—¿Tu vida? —preguntó finalmente Sofía—. ¿Cómo es eso?

—Dejémoslo en que la cárcel es muy peligrosa y la gente que se ve como yo no es bien recibida. Lucas me ayudó a sobrevivir en todos los sentidos posibles dentro de ese infierno que es San Juan de Ulúa. Le debo todo.

—Pues entonces es bien recibido en esta casa —interrumpió Leonor—. Éste es un lugar enorme que se está echando a perder por estar vacío, y como esto ya parece una familia completa y unida, creo que debemos reacomodar todo para poder vivir así… asumiendo, Miguel, que te quedarás con nosotros, y que… Lucas es bienvenido a estar aquí el tiempo que quiera.

—Estamos instalados en Tacubaya —precisó Miguel—. Para mí

será un placer indecible estar en esta casa y recuperar el tiempo con mis hijos. En cuanto a Lucas, es libre de hacer con su vida lo que quiera, ya que también tiene ahora un pedazo de tierra del que puede vivir. Pero este hombre es un necio creyente del destino, y asegura que aún tiene que estar a mi lado.

—Pues seremos la familia más colorida de Nueva España. Vaya, no me acostumbro: del Imperio Mexicano —señaló Inés.

Miguel se acercó a Sofía e hizo un ademán a Leonor para que se acercara también.

—Leonor, entiendo que ésta es tu casa. Sólo estaremos aquí si tú así lo deseas, o podemos vivir en otro sitio. De cualquier forma tú y yo, si así lo quieres, estaremos en contacto.

—Esta casa, Miguel, al igual que todo lo que tengo, es tan tuyo como mío, pues salió del dinero de tu padre. Como verás, efectivamente hay muchas cosas que contar. Así es que aquí vivirá quien tú decidas.

—Sofía —Miguel tomó sus manos—. Si esta casa es mía, en realidad es tuya, y aquí se hará tan solo tu voluntad. Es tu palacio y tú, la princesa. Quiero que sepas que antes de encontrarte me dediqué a arreglar muchos asuntos, y el destino me llevó a seguir escudriñando en el pasado. Aún hay cosas que debes saber relacionadas con la historia y los hijos de Hernán Cortés.

—Si no te molesta, Miguel, y ya que soy la princesa, quisiera ser familia primero, y esperar un poco a revivir ese pasado.

Los dos se abrazaron tiernamente mientras todo era risas entre las demás personas que estaban presentes, excepto en Leonor, cuya mirada quedó perdida en el vacío cuando escuchó a Miguel de Montellano: “La historia y los hijos de Hernán Cortés”.

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL

Los hijos de Hernán Cortés y sus descendientes hicieron que la aventura del gran conquistador no terminara con su muerte. Viajó muerto casi tanto como en vida, tuvo casi tantas aventuras y siguió en una eterna pugna con la corona española. Resultó un muerto muy peligroso.

Nuestro antepasado murió la noche del viernes 2 de diciembre de 1547, cuando tenía la edad de sesenta y dos años y más de tres vidas vividas. Nada había hecho hasta sus diecinueve, más que subsistir y estudiar leyes, pero a esa edad se dio a la aventura americana, insulsa entre 1504, año de su partida, y 1519, cuando borró su pasado y comenzó la travesía del Nuevo Mundo, rodeado de veinticinco millones de seres humanos que le eran completamente desconocidos, salvajes a su entender, con dioses paganos y entre sacrificios humanos.

Dos años después, en 1521, había conquistado ese mundo, y para 1524 su emperador ya lo había confirmado como gobernante de esa naciente Nueva España. También en ese año comenzó una expedición por todo el centro de América, que duró tres años. En 1528 abandonó su adorada Nueva España para confrontar al amo del mundo, al emperador Carlos V, para que cumpliera con todo aquello que le había prometido y no le otorgaba.

A los cuarenta y cinco años volvió a América con el título de marqués del Valle de Oaxaca, dueño de unos dominios que en realidad abarcaban desde el istmo de Tehuantepec hasta Coyoacán. En 1530 Cortés era el hombre más poderoso y rico de Nueva España por mérito propio, pero ya se urdía contra él todo un movimiento para que la corona lo despojara de todo aquello que le prometió, y para que los conquistadores, encabezados por Cortés, no fueran más poderosos que su rey.

Las nuevas autoridades prohibieron a Cortés vivir en la ciudad de México, por lo que se instaló en el palacio que había comenzado a construir en Cuernavaca. Inquieta como era su alma, comenzó a

construir barcos para explorar el océano Pacífico y fue así como descubrió California y comenzó a hacer comerció con el Perú.

Durante años se dedicó a explorar California y a fortalecer a su primo Pizarro en el Perú, hasta que en 1540 la corona, a través del primer virrey, Antonio de Mendoza, terminó de despojarlo de casi todas sus posesiones, a excepción del marquesado. Por ello se embarcó para confrontarse nuevamente con su emperador, y para ganar su favor luchó en su nombre contra el famoso corsario turco Jeireddín Barbarroja en la batalla de Argel, donde aquel gran hombre, de casi sesenta años de edad, demostró nuevamente ser más grande que su emperador.

Decepcionado de Carlos V, de España y del propio Viejo Mundo, extranjero en su propia tierra, decidió emprender el camino de vuelta a su querida Nueva España, a la que jamás pudo volver… en vida.

Su testamento había sido redactado el 12 de octubre de 1547, y en él planteó que su máximo deseo era volver a su Nueva España, pero sus restos permanecieron en el viejo continente a causa del empecinamiento del emperador, que temía un nuevo viaje de Cortés, aunque fuese muerto, así como los moros tuvieron miedo de la última cabalgata del Cid.

El domingo 4 de diciembre de 1547 comenzaron las ceremonias fúnebres, con curas, capellanes y frailes, además de los criados del marqués, vestidos de luto. El prior del monasterio pidió que se abriera la caja fúnebre para reconocer el cuerpo, y después de que los dos hermanos de nombre Martín se arrodillaron ante el féretro, éste se depositó en el altar mayor del mausoleo del duque de Medina Sidonia. El hombre más grande de su tiempo tenía que descansar en una tumba prestada.

En 1550, el duque de Medina Sidonia necesitó espacio en su mausoleo y los restos fueron trasladados a otro altar, en la misma iglesia. El hombre que más tierras dio a su rey y más almas a su dios mendigaba tierra para que su alma descansara en paz.

Pero finalmente el emperador del mundo murió, y los hijos de Cortés lograron la autorización para llevar los restos de su padre, con el secreto oculto en ellos, de regreso a Nueva España. Era el año de 1566, y el cadáver de Hernán Cortés sería la bandera de la rebelión que sus vástagos iniciarían para proclamar los derechos de los conquistadores y sus descendientes.

Fue el año en que Martín Cortés, segundo marqués del Valle, fue proclamado rey de Nueva España, en una revuelta que terminó con el asesinato de muchos descendientes de los primeros

conquistadores, el tormento del mestizo Martín Cortés y la expulsión a España de los tres hermanos.

En Nueva España los restos de Cortés fueron acogidos por sus eternos aliados, los franciscanos, y fueron enterrados en la iglesia San Francisco de Texcoco, donde reposaron hasta 1629.

En aquel año murió sin descendencia don Pedro Cortés, cuarto marqués del Valle, bisnieto del conquistador y último en la línea de descendencia masculina. Más allá de su título heredado, don Pedro no era nadie, pero el gobierno virreinal, por orden de la corona, decidió hacer una gran ceremonia para enterrarlo en la iglesia de los franciscanos en México.

Así, el virrey y el arzobispo aprovecharon la ocasión para hacer un gran homenaje al conquistador, y trasladaron sus restos junto con los de don Pedro, con la romántica idea de que descansaran juntos. Los huesos de Hernán Cortés fueron mantenidos durante nueve días en la sala principal de su palacio y después, en medio de grandes honores, fueron colocados en un nicho del sagrario del templo franciscano en la ciudad de México.

En 1794, ese año en que tantas cosas pasaron, fue también el año en que, en medio de un ambiente de nacionalismo criollo y conspiraciones de autonomía novohispana, se tomó la extraña decisión de exhumar los restos de Hernán Cortés. Y, de nuevo en medio de una gran ceremonia, los huesos fueron depositados en una urna de maderas preciosas con incrustaciones de oro y asas de plata, todo el conjunto rematado por un grabado con el escudo de armas del marqués.

En medio de un gran discurso pronunciado por fray Servando Teresa de Mier, en el que se enalteció la figura de Cortés, la urna con sus restos fue depositada en un altar que para él se construyó en el Hospital de Jesús, una obra de caridad fundada en el siglo XVI por orden del conquistador en su propio testamento.

Se alfombró la iglesia del Hospital de Jesús, se colocaron blandones de plata en el sepulcro y un busto del conquistador, elaborado en bronce por Manuel Tolsá. Todo el altar estaba hecho de mármol, y la ceremonia en honor del conquistador se anunció con campanas y fiesta por toda la ciudad de México. Parecía que finalmente don Hernán Cortés Monroy y Pizarro Altamirano, conquistador de Tenochtitlán y marqués del Valle, descansaría en paz.

LA HISTORIA

DE LA HISTORIA

1

Parecía que México jamás descansaría en paz y que el sino de su destino era la guerra. No bastaba la libertad. Ahora era un asunto de poder. El país se vistió de gala para coronar a Agustín I en un mal intento de réplica de la coronación de Napoleón, ya que jamás en Nueva España se había llevado a cabo un evento semejante, y la referencia más cercana que cualquiera tuviese era, precisamente, la coronación de Bonaparte, entronizado en una catedral, como Iturbide, pero recibiendo el poder de los representantes del pueblo, no de Dios, igual que don Agustín.

La ciudad y el país se emperifollaron para convertir al libertador en emperador. Lo mejor y lo peor de la sociedad, muchas veces lo mismo en una sola persona, desfiló por la Catedral metropolitana de la ciudad de México el 22 de julio de 1822: la aristocracia, el alto clero, los militares iturbidistas, Santa Anna, quien logró colarse al evento para seguir haciéndole la corte a Nicolasa, la hermana del emperador. Ella tenía casi sesenta y don Antonio tan solo veintiséis, pero todo valía para ser miembro de la familia real.

Desde luego, ningún insurgente de la vieja guardia estuvo presente, pero festejaron igual. Nicolás Bravo y Vicente Guerrero estaban más que encantados con todas sus condecoraciones, y el propio Guerrero escribió o, mejor dicho, ordenó escribir una misiva para el emperador de México donde expresaba sus sentimientos:

Nada faltó a nuestro regocijo sino la presencia de vuestra majestad imperial; resta únicamente echarme a sus imperiales plantas y tener el honor de besar su mano, pero no será muy tarde cuando logre esta satisfacción, si vuestra majestad lo permite.

Mariscal Vicente Guerrero

Otros antiguos insurgentes no estuvieron invitados a la coronación, pero sí al gobierno, y desde ahí seguían uniéndose a las logias masónicas, que continuaban infiltrándose en lo más profundo de la política imperial, todas controladas desde Filadelfia y Nueva Orleans. La masonería logró despertar en muchos un radicalismo y un fanatismo mayor al provocado por la religión. Se decían

hermanos y, antes que a cualquier otra causa, antes que a la amistad, la lealtad o la patria misma, respondían a sus hermanos.

Las logias fueron básicamente partidos políticos donde encontraron buen cobijo, en un inicio, los antiguos insurgentes desplazados, los que sentían que el fruto de once años de guerra había sido levantado por el hombre que los exterminó y que ahora ceñía sus sienes con una corona. Todos en el Imperio Mexicano eran católicos, pero la vieja guardia de insurgentes nunca olvidó que la Iglesia excomulgó a Hidalgo y a Morelos y se opuso encarnizadamente a la libertad, y que fue luego esa misma Iglesia la que apoyó a Iturbide en su proyecto.

Fue así como se integraron las primeras formaciones políticas, el germen de los conservadores y los liberales. Los primeros eran los que, junto a Iturbide, se cambiaron de bando y obtuvieron la Independencia; los segundos fueron los insurgentes resentidos, que vieron en la Iglesia como institución, más allá de la fe, a una enemiga de su causa, y por eso se unieron a clubes masónicos. Tal fue el caso de Servando Mier, Manuel Mier y Terán, Guadalupe Victoria y, particularmente, el de dos hombres cuya ignorancia le facilitó a un agente norteamericano su misión de desestabilizar al gobierno de Iturbide: Nicolás Bravo y Vicente Guerrero.

Algunos, como Mier y Terán, Servando Mier o Victoria, habían obtenido con votos su lugar en el Congreso; otros, como Bravo, Guerrero y Andrés Quintana Roo, le debían todo lo que tenían al emperador, los primeros cubiertos de galones militares y el segundo como ministro de Estado del imperio. Todos juraron lealtad a su emperador en algún momento y todos fueron traidores, sin saberlo siquiera, al servicio del gigante vecino del norte. Sólo una persona podía ufanarse de no ser tildado de traidor, el hombre que siempre le dijo a la cara a Agustín de Iturbide que no pararía hasta destruir el imperio: Guadalupe Victoria.

2

26 y 27 de agosto de 1822

Varias sombras se deslizaban, sigilosas, por el pueblo de Tacubaya. Era mejor estar fuera de la capital. Finalmente había llegado el día que tanto ansiaban. El gran maestro había llegado desde Filadelfia. Todo cambiaría. Cada una de aquellas furtivas sombras se escurrió entre las callejuelas del pueblo hasta llegar a la casa azul señalada con anterioridad. Todos estaban presentes y el final estaba cerca.

El emperador cenaba tranquilamente aquella noche, pero quizá por una casualidad, quizá por un azar favorable o tal vez por una jugada de inteligencia y espionaje, no degustaba sus últimos alimentos del día en su casa de la ciudad de México, sino que departía con el arzobispo de la ciudad de México, Pedro José de Fonte y Hernández Miravete, precisamente en la casona de descanso que monseñor poseía en Tacubaya.

La casa azul se llenó de sombras que adquirieron nombre en el interior. Presidía la reunión un diputado del Congreso: Servando Mier. Los demás convocados eran también diputados y algunos militares. Estaban presentes Guadalupe Victoria, Carlos María Bustamante, José Joaquín de Herrera, Sánchez de Tagle y otros más. Al final se presentó el anfitrión y dueño de la casa: Miguel de Santamaría.

—Comencemos por el hecho de que nadie aquí reconoce como emperador al tirano —señaló Mier—. Es, de hecho, un usurpador y trabajaremos para que así lo declare el Congreso.

—El Congreso que lo nombró emperador, padre Mier —

puntualizó el capitán Luciano Velázquez.

—La elección estuvo viciada de origen —se apresuró a justificar Sánchez de Tagle—. Por eso muchos ni siquiera nos molestamos en acudir a la sesión.

—Les reitero, caballeros, que me tienen de su lado —puntualizó Velázquez—, pero me parece que ustedes quieren lavarse las manos cuando en realidad están manchadas de culpa, y ahora quieren lavar la culpa con la sangre del emperador.

—El tirano —se apresuró a decir Victoria—, aquí sólo hablamos de Iturbide como el tirano.

—Lo siento, caballeros, pero mientras ustedes no logren nada en el Congreso, el hombre al que pretenden asesinar es el emperador legalmente elegido de México. Señor Tagle —sentenció Velázquez —, personalmente considero una felonía escudarse en su ausencia el día de la elección. Si muchos diputados no estaban de acuerdo, debieron presentarse a votar en contra de la coronación de Iturbide, coronación que él mismo rechazó.

—Su rechazo fue sólo una estrategia.

—Quizá lo haya sido, pero setenta diputados lo elevaron al trono. Ni siquiera si usted y el resto de los que se acobardaron hubieran estado presentes, habrían logrado una mayoría. Agustín de Iturbide fue elegido por la mayoría del Congreso, y además les recuerdo que a partir del día siguiente los gobernantes de las provincias se apresuraron a enviar su ratificación, a grado tal que hasta ustedes, los diputados que no habían votado, dieron finalmente su aprobación. El único hombre aquí que no se deshonra con esto es Guadalupe Victoria.

A Servando Mier no le gustaba el rumbo que tomaba la conversación. Ellos eran diputados. Era de vital importancia tener de su lado a tropas que pudiesen llevar a buen término el golpe de Estado, y para eso habían buscado el apoyo de personas como el capitán Luciano Velázquez. El fraile miró a Miguel de Santamaría, quien también estaba nervioso.

—Caballeros —terció Santamaría—, no olvidemos que, por encima de toda esta bizantina discusión, hay una causa superior que nos une, la causa por la que nunca dejó de pelear el señor Victoria, que nos honra con su presencia: la causa de la república.

—Así es —agrego Mier—. Por el Congreso no se preocupe, capitán Velázquez. De mi cuenta corre que se revertirá la elección del tirano y que será declarado traidor. Así pues, su muerte no será un hecho punible, sino un servicio a la patria.

—Las cosas claras, caballeros. A mí no me interesan las causas

que usen como pretextos para llevar a cabo un homicidio. Simplemente pienso que basta con encarcelar al aún emperador y seguir con el movimiento republicano sin que se derrame más sangre.

—La sangre del tirano será el abono para que la república crezca en tierra fértil —sentenció, tajante, Guadalupe Victoria.

Todos los presentes se miraron. Estaban de acuerdo, era menester eliminar a Agustín de Iturbide. El golpe tendría dos frentes: los militares lo arrestarían mientras en el Congreso se conseguía el voto que lo declarase traidor a la patria. Entonces sería fusilado y se proclamaría la república. Para eso estaban ahí los diputados, para llegar al acuerdo sobre el voto, y para eso estaban ahí los militares, para asegurar el arresto.

El capitán Luciano Velázquez se dirigió a los otros militares presentes, particularmente al líder de aquel golpe, el teniente de caballería Anastasio Cerecero.

—Teniente, yo estoy a sus órdenes y simplemente expuse lo que mi conciencia me dictaba, pero si usted ordena el arresto del emperador y los señores diputados obtienen el voto que lo declare traidor, yo no tengo nada más que decir. A mí sólo cumplan con darme mi recompensa y mi ascenso.

—No se preocupe, capitán, que será recompensado por la República. Por ahora lleve usted este pliego al teniente Luis Segura. Aquí están mis órdenes para que todo se lleve a cabo de la forma más sigilosa posible. Hay que tener cuidado, pues el tirano tiene el apoyo del pueblo.

Dicho lo anterior, el teniente Cerecero firmó un documento, lo dobló, lo selló con lacre y lo extendió al capitán Velázquez.

—Ahora el futuro del tirano está en sus manos, capitán.

Tras despedirse con ademán militar, el capitán Luciano Velázquez salió de ahí preguntándose cómo era posible ser tirano y tener el apoyo del pueblo, cómo podría subsistir un país tan lleno de traidores, y cómo podían los traidores confiar en alguien que se vendía simplemente por dinero. Salió de la casa de color azul.

En la casona de Tacubaya la cena pasaba alegremente entre vino y viandas exquisitas. Nada parecía turbar el ánimo del emperador. En el exterior se escucharon pasos, muchos pasos, como el de un cuerpo militar formándose. De pronto sonó la puerta atronadoramente.

El emperador y el arzobispo compartían un coñac cuando la puerta de la sala de estar se abrió de par en par y entró un capitán del ejército seguido de todo un regimiento de soldados. Iturbide se

puso de pie.

—Su majestad, aquí tiene usted el documento que lo prueba todo, además de mi propio testimonio.

Iturbide recibió un pliego doblado y lacrado que abrió en ese instante y leyó detenidamente:

—Capitán Luciano Velázquez, le ha prestado un gran servicio al imperio y a mí mismo. De hecho puedo considerar que ha salvado mi vida.

—No tiene nada que agradecer. Juré lealtad a su majestad.

—Bien, entonces termine su misión. Entregue esta orden al coronel José Antonio Echávarri y todo estará concluido.

El emperador volvió a la mesa a continuar la charla con monseñor como si nada hubiera pasado. Esa misma noche las tropas al mando del coronel Echávarri tomaron la casa azul de Tacubaya y arrestaron a todos los asistentes de aquella clandestina conspiración contra la vida del emperador.

Sólo uno se salvó del arresto y del encierro y fue el propio dueño de la casa, ya que, aunque era mexicano de nacimiento, Miguel Santamaría estaba en el país en calidad de enviado diplomático de Simón Bolívar y la Gran Colombia. Él sería deportado. Otra persona no fue arrestada, pues huyó a tiempo, advertida por el buen olfato de Guadalupe Victoria: el fraile cubano Simón de Chávez logró salir de Tacubaya sin ser detectado.

Al día siguiente la noticia corrió como reguero de pólvora por las calles de la ciudad: diecinueve diputados habían sido arrestados por atentar contra la vida del emperador de México. La orden de aprehensión había sido ejecutada por el hombre más leal al emperador, el coronel Echávarri, y había sido firmada por el ministro de Estado, don Andrés Quintana Roo, quien de inmediato fue citado al recinto legislativo por el furibundo Cirilo Gómez de Anaya, presidente de los diputados.

—Es un atropello, señor Quintana, una muestra más de la tiranía del emperador y una falta grave a la ley.

—Le recuerdo, señor Gómez, que en este imperio aún no hay ley, porque el cuerpo legislativo, que usted preside, no ha hecho una Constitución, que era su única labor, y en lugar de eso se ha dedicado a desangrar un erario público muy pobre, únicamente para conspirar contra el gobierno. Y aunque no haya aún una Constitución, caballero, el asesinato, que es lo que ustedes planeaban, es un delito.

—No cuando se asesina a un traidor. Eso se llama justicia.

—Usted es el presidente del cuerpo legislativo. A usted

corresponde hacer leyes, no ejecutarlas, y le recuerdo que don Agustín de Iturbide es el emperador y no puede ser ejecutado como traidor antes de ser acusado y sentenciado como tal. Usted lo sabe tan bien como yo.

Don Cirilo estaba fuera de sí. Caminaba de un lugar a otro del recinto limpiando sus redondos anteojos, que no dejaban de empañarse por sus bufidos.

—No lo puedo creer, don Andrés. Usted es un insurgente de la vieja guardia. No puede estar de acuerdo con el tirano.

—No estoy de acuerdo con el emperador, caballero, ni con la idea del imperio, pero sí con la idea de la ley. No comparto su idea de hacer justicia. Soy un ministro de este gobierno y hago mi trabajo, cosa que los diputados no han hecho. Si elaboraran una Constitución en lugar de conspirar, quizá encontrarían modos legales de destituir al emperador.

—Mientras tanto nos basamos en la Constitución de Cádiz, y usted sabe tan bien como yo que en dicho texto se establece el fuero para los diputados. Los representantes del pueblo son inviolables e intocables.

—Pero no impunes, caballero. Son inviolables e intocables en cuanto a sus ideas, pero ésa no es una carta abierta para delinquir, menos aún para atentar contra la vida del emperador. Comparto su causa, pero soy un hombre de leyes. Mejor pregúntese cómo se enteró el emperador de su conspiración y agradezca que no lo mandó arrestar a usted.

Don Cirilo Gómez Anaya hacía una rabieta tremenda. Como abogado que era, estaba acostumbrado a ganar las discusiones contra cualquier burócrata que le enviara el gobierno, pero se enfrentaba a un abogado brillante, que, además, tenía de su lado el mejor de los argumentos: la razón.

Don Cirilo se retiró enfurecido, dejando a Andrés Quintana Roo en medio del templo de San Pedro y San Pablo, convertido en Palacio Legislativo. Cuando estaba por llegar a la puerta, la voz del ministro Quintana lo detuvo:

—Espere, don Cirilo.

El presidente de los diputados se mantuvo de pie sin volver la espalda.

—Este arresto de los diputados es lo que muchos rebeldes al imperio esperan. Además… además ayer llegó a nuestro país Joel Poinsett.

3

Ciudad de México.

12 de noviembre de 1822

Iturbide recibió sin la mínima espera a Montellano en su palacio de la calle de San Francisco, en la misma sala donde se habían reunido con anterioridad. Miguel esperaba de pie cuando la puerta se abrió y un heraldo anunció con toda solemnidad al emperador de México. Iturbide pidió a los dos guardias de la sala que salieran, y esperó a que cerraran la puerta.

—Su Majestad…

—Nada de majestades, Miguel. Te lo he pedido antes: en esta sala es como entre amigos.

—Muy bien, don Agustín, dígame en qué puedo tener el honor de servirle.

—Como quizá sabrás, acabo de disolver el Congreso, Miguel, hace cosa de dos semanas.

—Lo escuché pero, según se dice, porque conspiraban para asesinarlo.

—Diputados y militares encabezados por Servando Mier, Miguel, un hombre de Dios metido entre criminales, quién podría decirlo,

secundado por tu amigo, el ahora diputado Guadalupe Victoria, y mi amigo el teniente Felipe de la Garza, acompañados de diecinueve diputados traidores. Y todo ello en casa de Miguel Santamaría. ¿Sabes quién es?

—Lo siento, señor, no lo sé.

—Es el enviado diplomático de la Gran Colombia, el representante personal de Simón Bolívar. Tenías razón, Miguel, tenías razón en todo. Santamaría llegó como enviado diplomático, y aunque nunca olvidé tu advertencia, necesitamos el reconocimiento de otras naciones, y tampoco podemos darnos el lujo de despreciar a los sudamericanos, que están con la misma necesidad que nosotros: reconocimiento. Tenía vigilado a ese miserable, pero no creí que llegara a tanto. ¿Cómo puede Bolívar hablar de hermandad hispanoamericana y al mismo tiempo enviar espías a desestabilizar esta Independencia?

—Poder, don Agustín, Bolívar quiere poder. Una unión de toda la América, pero bajo su mando y con sus ideas, que finalmente son las de la masonería.

—Y el tal Santamaría, Miguel. ¿Sabes qué es lo peor? Nació aquí. Es tan novohispano o mexicano como tú y yo.

—Al igual que los demás traidores, señor. Creo que debe tener claro que México no necesita enemigos externos. Como puede ver, nos bastamos y sobramos con los de adentro.

—Santamaría dejó claro su desprecio a mi persona y a mi gobierno al no asistir a mi coronación, a la que, por cierto, sí asistió el enviado diplomático de Estados Unidos, el tal William Taylor. Pero hay otra cosa que me inquieta.

—¿Cuál es, señor?

—William Taylor es el enviado diplomático oficial de Estados Unidos. No viene en calidad de embajador, pues aquel país aún no se decide a darnos el reconocimiento, pero el mismo día de la conspiración de los diputados, que resultaron ser todos masones, llegó al puerto de Veracruz el hombre que también tú mencionaste, el tal Joel Poinsett.

—¿Como embajador?

—No. Estuvo aquí ayer. Se presentó como un simple viajero norteamericano interesado en ciencias botánicas, sin ningún tipo de cargo, y sin embargo pidió una audiencia. Jamás le hubiera dado una audiencia inmediata a alguien que alega ser un viajero de paso, pero recordé su nombre, que tú me habías advertido en especial sobre él, y entonces pedí que lo hicieran pasar.

—¿Y qué sucedió?

—Comenzó hablando de las maravillas naturales de nuestras tierras, de la gran diversidad de flores y animales, de lo inmenso del territorio. Y ahí dio el salto. De pronto hablaba de lo inmenso de un territorio despoblado que sería prácticamente imposible colonizar, explotar y gobernar, de lo inútil que sería una carga así para un gobierno como el mío y que, por el contrario, sería muy bien aprovechado, y se atrevió a sugerir que bien pagado, por el gobierno de Estados Unidos, que sabría sacarle provecho a páramos desolados como Texas, Santa Fe o California.

—¿Joel Poinsett le propuso comprar el territorio?

—No lo hizo, Miguel. Me recordó que era un simple viajero opinando, pero es evidente que sondea para su gobierno. Mencionó algo que tú también escribiste: aquello del destino manifiesto, que su gobierno cree a pies juntillas que es misión divina dominar todo el norte de América, y que lo hará de una forma o de otra.

—Perdón que lo mencione así de directo, don Agustín, pero ¿por qué no les vende el territorio que menciona Poinsett?

Agustín de Iturbide no daba crédito a lo que escuchaba. Siempre había apreciado la franqueza de Miguel de Montellano, incluso su buen juicio, pero de pronto su propuesta lo dejó totalmente atónito:

—¿Estás hablando de vender nuestro territorio?

—No, señor.

Iturbide miró con duda a Montellano.

—Explícate entonces.

—Con todo respeto, don Agustín, ese territorio no es nuestro, sino de España.

—¿De qué estás hablando? El Imperio Mexicano es heredero natural de toda Nueva España.

—Precisamente, señor. Seamos francos. Cuando le mencioné que la base de todos los problemas de la naciente patria sería el territorio, también le pregunté cuáles eran sus pretensiones territoriales. Estrictamente hablando, don Agustín, y usted lo sabe, el reino que se llamaba México de la Nueva España comenzaba en Tehuantepec y terminaba en el Bajío. Si su imperio es heredero natural de Nueva España, pues ése es todo el territorio que se podría reclamar.

—Éste es el imperio más grande de América, Miguel, más grande que Estados Unidos, más grande que las quimeras de Simón Bolívar.

—Con todo respeto, sólo en el mapa, señor. Centroamérica y Yucatán se adhirieron de forma voluntaria. Es un territorio poblado y con recursos, con el que compartimos historia. Pero Texas es un lote yermo de millones de hectáreas donde no hay más de diez mil

habitantes, y casi todos ellos son anglosajones. En Santa Fe de Nuevo México la población es apache y no llega a los dos mil, incluyendo a los misioneros españoles que ahí siguen. California es más complicado aún: tampoco hay más diez mil habitantes y son anglosajones, chinos y rusos. No hay caminos del Bajío hacia allá, no hay ciudades más allá de Durango o Monterrey. España ni siquiera ha aceptado la pérdida de esto, donde estamos usted y yo, menos acepta la de Texas o California, donde incluso sigue habiendo bandera y gobernador español.

Iturbide en realidad estaba impresionado de la lección de historia y geografía recibida por parte de Miguel de Montellano. El emperador de México era un hombre ilustrado en artes de la guerra, un estratega de primer nivel, con estudios de gramática, latín e historia europea, pero ciertamente desconocía muchos de esos datos. En su sala había un enorme mapa de lo que llamaba Imperio Mexicano, que se extendía desde Panamá hasta Oregón, y precisamente con esa cartografía lo estaba aleccionando Miguel.

—Así pues, don Agustín, si el tal Poinsett está sondeando terreno, a mí me parece que ha dejado claro que lo que busca su gobierno a cambio del reconocimiento es territorio. Para ellos ese gran norte es un territorio en disputa, pues los tratados firmados con España para delimitar fronteras no son válidos si esto ya no es España. No tenemos ni hemos tenido nunca nada en Texas o California. En mi opinión, vender un territorio que en realidad es de España, a cambio de dinero y reconocimiento, bien vale la pena. Hasta el general Morelos intentó negociar Texas con el presidente Madison.

—Es posible que tengas razón, Miguel, pero ya estoy lleno de enemigos, y en mi juramento como emperador prometí no ceder ni enajenar un solo centímetro del territorio. Negociar Texas sería el estoque de muerte para mi gobierno.

Miguel de Montellano permaneció en silencio. Meditó sus palabras. Lo que tenía que decir era duro y directo, muy fuerte, pero el emperador debía de estar lleno de asesores y siempre le decía que lo que apreciaba de él era su franqueza:

—Y no negociarlo también lo será.

—¿Qué intentas decir con eso?

Volvió a guardar silencio. Tomó aire como para darse valor:

—Si usted vende Texas, todos sus opositores caerán sobre usted, lo que de cualquier forma harán ya por haber disuelto el Congreso, pero si no vende Texas, el gobierno de Estados Unidos no reconocerá el suyo, y seguirá infiltrándose en la política a través de

las logias masónicas que controla Poinsett, hasta el grado de hacerle la vida imposible y provocar que su imperio sea ingobernable. En esa situación es mejor vender, perder esa carga y usar ese dinero para reforzar su gobierno —Iturbide se dejó caer en un sillón, completamente abatido. Envejeció años en unos segundos. Suspiró, se llevó las manos al cabello, tomó aire y resopló—. Mire, don Agustín, Poinsett buscará a los viejos insurgentes que sobreviven, como Guerrero y Bravo, porque todos tienen en común dos cosas: mucho resentimiento y, con la excepción de Victoria, ignorancia.

—De hecho, tengo vigilados muy de cerca a Vicente Guerrero y a Nicolás Bravo. Los hice mariscales, los llené de galardones, les rendí homenajes. No sé qué más quieren.

—Lo que en el fondo todos quieren, señor: poder.

—Yo no quería ser emperador. No niego que me embelesé con las proclamaciones, pero yo no quería ser emperador.

—Entonces tiene una solución a todos sus problemas, don Agustín: abdique. Yo conozco sus motivaciones, caballero. No se sumó a Hidalgo porque vio usted caos y desorden; por eso mismo desdeñó a Morelos y por eso usted encabezó un plan cuando era factible lograr la Independencia con paz. También por la paz aceptó la corona, según dice.

—Así es, Miguel, vi a mi patria a punto de sumergirse en un baño de sangre, y me creí capaz de salvarla.

—Pues la sangre ahora se derramará en su nombre y contra usted. Si lo que busca es paz para la patria que hizo nacer, debe abdicar. Estados Unidos y los masones no descansarán hasta ver destruido su imperio, pero puede evitar que lo destruyan a usted.

Iturbide se puso de pie. Se recompuso. Caminó hasta la ventana y se asomó a la calle de San Francisco. Estaba nostálgico.

—No creas que no me ha pasado por la mente abdicar, pero esto sería un caos. En realidad, además de recibir tus consejos, te mandé llamar por otra razón.

—Si me es posible lo ayudaré, don Agustín.

—Se me acusa de ser un déspota, y hay quienes quieren ver en la disolución del Congreso un síntoma de tiranía, pero ese Congreso fue destituido por dos razones: la primera y evidente es que conspiraban para asesinarme, y la segunda, más de corte administrativo, es que nunca hicieron su trabajo. Tenían que hacer una Constitución y todo se les fue en conspiraciones, pero no puedo gobernar sin un cuerpo legislativo. Por eso sustituí al Congreso por un órgano que llamé Junta Nacional Instituyente, formada por hombres sabios y patriotas, como tú, Miguel.

Montellano se quedó pasmado. El emperador le estaba solicitando que fuese miembro de lo que en la práctica sería su cuerpo de consejeros y legisladores, un lugar desde el que se podría trabajar por esa naciente patria. En realidad la propuesta era perfecta, pero Miguel sabía algo que, en el fondo, el propio Iturbide debería de saber, y era que ese imperio ya no tenía futuro. Iturbide lo honraba con su amistad y confianza, y era duro tener que darle una negativa.

—Don Agustín, me siento verdaderamente honrado por usted, por su propuesta. Sepa usted que contará, como hasta ahora, con mi apoyo incondicional, con mi consejo cada que lo requiera y con mi ayuda cuando sea necesaria. Pero me temo que no puedo aceptar lo que me ofrece. Antes bien, le reitero mi consejo: la abdicación. Puede usted en su momento volver a reunir al Congreso o convocar a otro, formar con ellos un gobierno y dejar que el pueblo libre deje de buscar en usted a un padre. Espero sinceramente que no tome mi negativa como un desaire.

—Me desagrada que no aceptes, Miguel, pero éste es un país libre. Además, entiendo tus razones. Lamentablemente abdicar justo ahora sería una traición a esta patria.

—¿Justo ahora? ¿Por qué razón?

—Salgo mañana hacia Veracruz, Miguel. Como sabes, aún hay una guarnición española que se refugia en el castillo de San Juan de Ulúa, con la bandera española izada y en contacto con Cuba.

—Sí, lo sé.

—Pues han estado bombardeando el puerto los muy infelices para intentar tomarlo nuevamente, y me han informado que al parecer están aliados con el hombre al que yo mismo nombré gobernador de Veracruz, una maldita rata rastrera ávida de adulación y reconocimiento; lo nombré también teniente coronel cuando se cambió de bando e ingresó a mi ejército. Liberó Veracruz de manos españolas y se proclamó libertador dando vivas a mi persona y al Plan de Iguala. Estuvo en mi coronación, y ahora parece ser que apoya a los españoles para hacerse poderoso. Jamás debí confiar en Antonio López de Santa Anna.

—Caballero, tiene usted la lealtad de todo el pueblo. Le profesan un amor que usted debe convertir en respeto. Conserva a gran parte de su ejército. No creo que tenga mucho problema en capturar a ese tal Santa Anna sin que haya ataques. Una operación bien pensada, como la de los conspiradores de Tacubaya.

—Y así será, Miguel. Por eso parto en persona a Veracruz a entrevistarme con el propio Santa Anna. Él no sabe que lo he

descubierto. Le ofreceré el grado de general y un trabajo en la ciudad, argumentado que me tiene que acompañar enseguida. En México, y lejos de sus tropas leales, lo haré arrestar.

Miguel de Montellano y Agustín de Iturbide se despidieron con un fuerte abrazo y sonoras palmadas en la espalda, como los amigos. Antes de retirarse, se detuvo de pronto:

—Disculpe, don Agustín, ¿puedo saber cómo se enteró de la conspiración para asesinarlo y del caso del tal Santa Anna?

—Tú sí puedes saberlo. Verás, Miguel, tú me das consejos y conocimientos, pero, como todo gobierno, tengo espías y muchos están involucrados en esas conspiraciones contra mí, precisamente para ponerme al tanto. Descubrí la conspiración de Servando Mier y Miguel de Santamaría, así como la de Santa Anna, gracias a mi hombre de mayor confianza, el coronel Echávarri.

—¿Y él cómo se enteró?

—En realidad lo ignoro.

—Señor, permítame recordarle el primer consejo que le escribí en una carta: no confíe en nadie, mucho menos en sus más cercanos amigos.

4

Hacienda de Montellano, Valladolid.

15 de diciembre de 1822

—Tú sabes tan bien como yo que tenemos que terminar ese tema, Sofía, cerrarlo para siempre, si tú quieres, pero las cosas no se pueden quedar simplemente así.

Miguel de Montellano y Sofía Guillén llevaban ya casi siete meses conviviendo como una pareja normal, con dos hijos y algunos agregados. Una familia extendida, muy normal en la tradición española y ahora en la mexicana. Inés era una especie de segunda madre, Leonor era la tía excéntrica y Lucas, quien se había quedado a formar parte de aquel singular grupo familiar, era el tío extraño, el que divertía a los niños con trucos raros, el que hablaba de cosas incomprensibles, el que jugaba por horas interminables sin cansarse, y Miguel y Sofía eran los padres que dormían en habitaciones totalmente opuestas.

Miguel tenía que vivir entre la ciudad de México y Valladolid, ya que había puesto a trabajar sus tierras nuevamente y ahora tenía la constante tarea de administrarlas. En realidad viajaba casi todas las semanas y tal vez esas cabalgatas entre cada ciudad eran lo que más

disfrutaba. Su espíritu se había acostumbrado a ser errante.

Normalmente Miguel viajaba solo cada semana, pero en aquella ocasión se llevó a todos a Valladolid. La situación en la ciudad de México, según lo que él sabía, podía ser violenta en cualquier momento. La guerra estaba a punto de volver. Miguel le pidió a Sofía que dejasen a los pequeños al cuidado de Inés, de Leonor o de Lucas, y lo acompañase al interior de la hacienda, pues había temas importantes que tratar, pero él nunca pensó que la conversación tomaría ese rumbo.

—Lo sé, Miguel, y lo siento, es sólo que no puedo resignarme a esta idea. De hecho no estoy segura de nada de lo que sucede conmigo. Son tantos años. Te soñé y te extrañé tanto. Te idealicé de tal forma. Te esperé. Luego, a pesar de tener esa idea de que algún día te volvería a ver, me resigné a perderte.

—Hemos sido francos, princesa. Yo te busqué por todos lados. Huí de la ciudad de México para encontrarte y por esa razón terminé en presidio, incomunicado, y ya sabes cómo fue que finalmente terminé en España, sin más opción que rogar por cartas a Iturbide que me diera seña de ti. Pero los años pasaron sin que se viera una huella de tu existencia, sin que yo supiera nada de ti ni de los niños. Y sí, Sofía, también me resigné a que eras parte de mi pasado. Pero ahora estoy aquí, estamos juntos, tenemos dos hijos y yo estoy dispuesto a intentarlo, Sofía.

Sofía miró tiernamente a Miguel de Montellano, clavó sus ojos en los de él y simplemente contestó:

—Pero yo no, Miguel.

Miguel de Montellano se quedó mudo. Hubiera esperado cualquier tipo de respuesta, de evasiva, de pretexto, pero no que Sofía se hubiese armado de valor para darle una respuesta tan directa como aquélla. Las cosas eran simples: habían vivido una aventura romántica llena de pasión, pero ahora, lo sabía Sofía, eso no era amor, o tal vez lo había sido, pero no de ese que rompe las barreras y trasciende los años.

—Jamás podré sentir por nadie lo que siento por ti, Miguel de Montellano, pero ahora sé que tampoco puedo estar contigo.

—Pero, Sofía…

—No, Miguel, esta vez no es un acceso, no es un drama ni un capricho. No están hablando mis entrañas, sino mi corazón y mi cabeza. Te quiero, Miguel, como jamás he querido ni querré a nadie. He superado todo lo que puedo superar de mi pasado. También sé que tú no eres culpable de la historia de tu padre, pero sí sé que yo no puedo vivir con eso.

—¿Tú crees, Sofía, que estos meses son más que suficientes para que sepas eso?

Sofía lo miró tiernamente y lo besó en la mejilla:

—No son estos meses, Miguel. En realidad tuve cinco años. No sé cómo explicártelo. Tal vez es demasiado pasado, quizá son demasiadas historias tristes, tal vez lo nuestro fue sólo pasión; porque, aceptémoslo, tuvimos más sexo y persecuciones que conversaciones. Y ahora que hemos estado juntos no tenemos de qué hablar.

—¿Y los niños?

—Siempre serán nuestros hijos, Miguel, resultado de las pasiones que libremente decidimos vivir en el pasado, pero, como te dije cuando los conociste, yo considero que tú ya has hecho por mí todo lo que un hombre podría hacer. No te pido nada.

—Pero son mis hijos… Nuestros. ¿Cómo vivirán así? ¿Cómo tomarán esto?

Los dos quedaron en silencio. Miguel estaba consternado y Sofía trataba de hacerlo todo llevadero:

—Miguel, querido, son tus hijos y lo serán en la medida que tú lo quieras. No te vieron en cinco años y tienen la idea de que su padre es una especie de paladín que va por el mundo haciendo justicia. Si tú lo quisieras, sería buen momento para seguir tu rumbo, pero siempre serás recibido en su casa y siempre sabrán que no hay hombre más valiente y valioso que su padre.

—¿Pero cómo tomarán que no estemos juntos?

Sofía no pudo evitar una sonrisa, que Miguel compartió de inmediato al comprender:

—Miguel, nunca hemos estado juntos. Creo que lo tomarán exactamente igual, sea que vivas en México o aquí, en Valladolid. La única diferencia es que ahora sabes que tienes hijos y podrás visitarlos todo lo que quieras.

Miguel de Montellano quedó en silencio. Pensativo. No gustaba de la vida de la ciudad. El trabajo de la hacienda en Valladolid iba más acorde con su espíritu. Tenía que aceptarlo él mismo: Sofía lo había liberado, la quería y había estado dispuesto a construir con ella un matrimonio, por sus hijos, pero ciertamente también había llegado a la conclusión de que fue pasión y aventura lo que los sedujo en el pasado.

Sofía Guillén y Miguel de Montellano se abrazaron cariñosamente. Habían superado todos sus obstáculos, habían sobrevivido a una guerra; ella a la tortura, él a los duelos; él a la cárcel, ella a un secuestro; él a un exilio, ella a una vida perdida en

la selva; ella a su necedad y él a sus prejuicios. Los dos se querían. Ambos eran libres. Los unían dos hermosos hijos y vivían en una patria independiente. Eso preocupaba a Miguel. Sabía que el imperio se sustentaba en barro y que la violencia podía estar a la vuelta de la esquina.

—Bien, preciosa Sofía. Así será si así tiene que ser, pero yo no te traje aquí para hablar de esto, sino de los temas del pasado que te niegas a tocar.

—Hoy no, Miguel, hoy no me niego. Hoy es el momento de cerrar todo aquello que quedó abierto.

Miguel caminó hacia un escritorio y pidió a Sofía que lo siguiera. Se sentó detrás de una gran mesa de roble y extrajo varios papeles de un cajón:

—Sofía, yo regresé a América en diciembre del año pasado y no fue hasta el mes de mayo que fui a tu encuentro. Antes de eso quería arreglar todo: liberar a Lucas, dejar todo en orden en estas propiedades y buscar algo importante en el Palacio de Cortés, en Cuernavaca.

—No tienes que darme ninguna explicación, Miguel.

—Lo sé, pero quiero ponerte al tanto.

Extendió una carpeta hacia Sofía:

—Éstos son los títulos de propiedad de todo lo que fue de tus padres, desde Uruapan hasta Carácuaro. Todo lo que mi padre te quitó, aquí lo tienes. Todo es tuyo y es una tierra rica y fértil.

—Gracias, Miguel, esto es importante para mí.

—Bien, estos documentos son de la propiedad de la casa en la que estuve en Tacubaya antes de verte. Era una casona de descanso de mi padre, que no gustaba de la ciudad y prefería quedarse ahí cuando los negocios lo enviaban a la capital. Está a nombre de tu hermana. Inés está registrada como Inés Guillén, y esa propiedad es ahora suya. Sé que son hermanas y la compartirán, o la pueden vender, o lo que mejor prefieran.

—No tienes que hacer esto, Miguel. Esas propiedades son tuyas.

—Yo también quiero deshacerme del pasado, Sofía. Además, dejé la base de la propiedad original de mi padre a mi nombre, al igual que algunas inversiones que tenía en La Habana. Sólo sé ser soldado y no me interesa serlo, así es que viviré de trabajar mis tierras y administrar mi herencia. Eso me tendrá entre México y Valladolid igual que ahora, y quizá algún viaje a Cuba. Me he acostumbrado al mar. Cuando llegué a América no sabía nada de Leonor y, por lo tanto, no hice nada por ella, pero creo que no lo necesita.

—Ella supo heredarle en vida a tu padre, Miguel, pero no deja de hablar de una herencia de Hernán Cortés.

Pocas palabras había cruzado Miguel con su media hermana. Poco interés tenía en realidad en saber más felonías del pasado de su padre y en traer algo más del pasado que no necesitaba en su futuro, pero las palabras de Sofía lo sorprendieron. Era evidente que Leonor sabía algo.

—Ahora hablamos de eso, princesa… Sofía. Primero quiero hablarte de Lucas. Él es un hombre muy extraño, convencido de que el destino existe, y convencido de que el suyo está de alguna forma ligado al mío. Asegura que él se hará cargo de ustedes cuando yo no esté, pero lo dice con ese estilo misterioso suyo que a veces hasta me da miedo. Lo dice como si supiera que no estaré.

—Para que eso no suceda, Miguel, tienes que alejarte ya de Iturbide. Este gobierno tiene más conspiradores que gente decente.

—No me interesa la política en un país donde involucrarse en ella significa quedar manchado de alguna forma o de otra. Tengo sólo una cita pendiente con el emperador y después de eso, nada. En cuanto a Lucas, éstos son los papeles donde se aclara su estatus legal, y esto es el título de propiedad de unas cuantas hectáreas junto a las mías, totalmente suyas. Confío en que sabrás orientarlo si hace falta… Si yo no estoy, como él dice.

Aquellos dos que en su juventud fueron enemigos, fugitivos y amantes, espías y conspiradores, se quedaron mirándose el uno al otro mientras se tomaban las manos. Los dos sabían que hacían lo correcto.

—Bien, Sofía, mañana tendré que salir precisamente para ver al emperador. Quiere mi consejo para algo y yo tengo cosas que decirle, que quizá ya sepa. De hecho, le adelanté una carta con informes.

Miguel se veía realmente preocupado. Era voz popular que el poder de Iturbide se tambaleaba, que sólo podría poner orden sacando a todo su ejército a las calles, pero el emperador se negaba a hacerlo. Decía que llenar el país de soldados no era la solución, precisamente porque la mitad de esos soldados eran los que estaban desmoronando su imperio. Además, Iturbide siempre dijo que lo que él quería era precisamente evitar la guerra y traer paz. Pero Miguel veía guerra inminente, la presentía, prácticamente la olfateaba.

—¿Qué sucede, Miguel?

—Antonio López de Santa Anna. Tú lo conoces, Sofía, se levantó en armas en Veracruz hace unos días para proclamar la república.

Ese hombre que aspiraba a emperador, o por lo menos a ser cuñado del emperador, ahora resulta republicano. El emperador Iturbide fue a encontrarse con él en Xalapa para ofrecerle el rango de general en la capital, una estrategia para llevárselo de inmediato.

—E hizo bien, Miguel. Ese López es un seductor que sabe mover multitudes aunque ni él conozca sus causas.

—Así es, querida Sofía, pero Santa Anna convenció a Iturbide de que le diera dos miserables días para ir al puerto, según le dijo, a pagar unas deudas y recoger algunas cosas, y levantó en armas a la soldadesca. Iturbide se decidió entonces a enviar contra él a una tropa de quinientos hombres, al mando del coronel Echávarri, su hombre de confianza, y Echávarri lo traicionó. Se puso del lado de Santa Anna.

—¿Cómo? ¿Así de fácil? ¿No era su hombre de confianza, su amigo?

—Así es. Y resultó que también es masón. Esos clubes se están llenando de fanáticos que no entienden razones y sólo obedecen órdenes de sus líderes, todos finalmente a las órdenes de Joel Poinsett. Por eso lo peor apenas comienza.

—¿Por qué lo dices?

—Joel Poinsett está detrás de dos logias masónicas aparentemente adversarias, pero ambas le responden a él, y él, a Estados Unidos. No entiendo muy bien sus rituales, pero, según sé, hay un club de corte más conservador, que es la logia escocesa, y uno de corte más liberal, la logia de York. Pues bien, Poinsett ha puesto como líder de cada una a dos ignorantes manipulables, que eran buenas personas hasta que se dejaron endulzar el oído por ese agente americano, y ahora están sedientos de poder como el propio Victoria.

—Guadalupe Victoria es un hombre de ideas.

—No pretendo discutir eso contigo, Sofía. Tú sabes que aprendí a respetar al general, que confiaba en mí y yo en él, que trabajé para él. Pero también sabes que en ese tiempo todos éramos fugitivos y que Guadalupe Victoria todavía no se volvía loco.

Sofía bajó la cabeza. Sabía que Miguel tenía razón. Ella también admiraba, respetaba e incluso quería a Guadalupe Victoria, pero el hombre que entró a la selva y el que salió de ella treinta meses después definitivamente no era el mismo. Tal vez fue el paludismo, tal vez las fiebres, quizá la soledad, la amargura, el rencor, pero Victoria, efectivamente, se había vuelto mucho más radical y sanguinario, y estaba obsesionado con la idea de ser una república calcada del país del norte.

—Te comprendo, Miguel. Victoria ha cambiado. Pero sé que, si él tomara el poder, la gente lo respetaría. Y él no es un ignorante.

—Pero la revuelta sí la están encabezando los ignorantes. Mira, Santa Anna no es un hombre de ideas ni alguien popular entre el pueblo. No aún, por lo menos. Por eso está buscando el apoyo precisamente de Victoria para proclamar la república. Victoria es un maestro del escape y evadió su arresto. Debe de estar nuevamente en la selva que tanto lo protege, y no dudo de que se una a Santa Anna. Pero eso sigue sin ser lo peor.

—¿Aún hay más?

—Así es. Como te decía, Poinsett formó dos logias antagónicas para dominar la política: escoceses y yorkinos, y al mando de cada una colocó a títeres que no saben ni leer. Nicolás Bravo y Vicente Guerrero ostentan ahora el flamante y ridículo título de grandes maestros… ¡Por favor, es una burla! Guerrero apenas sabe escribir su nombre y resulta ser ¡un gran maestro!

—¡Los dos son grandes hombres, Miguel, a uno de ellos le debes la vida! —gritó Sofía con tono de indignación.

—¡No tendría que deberle la vida a Nicolás Bravo si no hubiera salido yo a intentar rescatarte! —Miguel dijo aquello gritando. Se encontraban en la puerta de otra de esas discusiones por las que precisamente ahora sabían que no podían estar juntos. Por mucho que adorara a aquella mujer, lo sacaba de sus cabales.

—¡No hubieras tenido que rescatarme si no me hubieras raptado, si no me hubieras estado siguiendo por años a petición de tu padre! ¡Nadie te pidió que me salvaras!

—¿Y quién te habría sacado de un calabozo infernal? ¿Bravo? ¿Guerrero? ¿Miguel Fernández Félix, antes de cambiarse el nombre?

Sofía se tranquilizó. Tomó aire y caminó unos cuantos pasos por la habitación, de espaldas a Miguel. Esperó unos segundos antes de voltear a verlo y acercarse nuevamente:

—Nadie me hubiera salvado todas las veces que tú lo hiciste, ni Guerrero, ni Bravo, ni Victoria… ni el propio José María Morelos. Yo sé que en aquellos tiempos yo era y fui tu única causa, Miguel de Montellano. Lo siento.

—Perdóname tú a mí. No debí levantarte la voz. Ya sabes que hay temas que me desquician.

—Sí, Miguel —dijo Sofía con una sonrisa—, mis temas. Por eso estamos haciendo lo mejor y únicamente lo acabamos de comprobar.

Los dos permanecieron callados un tiempo, mirándose el uno al otro. Separarse antes de herirse quizá era la mejor opción. Así lo

había señalado Sofía en más de una ocasión y ahora simplemente cerraban el tema. Una historia de aventura, de romance épico, de heroísmo, de amantes separados que vencen todos los obstáculos para estar juntos, terminaba en separación.

—Sofía, después de ver al emperador espero poder volver a Valladolid y estar alejado de todo, aunque en realidad quisiera pedirte que tú, Inés y los niños, con Leonor y Lucas, si ellos lo desean, salgan con rumbo a Veracruz y alquilen una vivienda ahí momentáneamente. Sé que la guerra se irá del puerto rumbo a la ciudad, y si hay levantamientos serán justo en esta zona del Bajío. Necesito que estén a salvo.

—Claro, pero ¿por qué en Veracruz?

—Sólo por si acaso. La verdad es que veo el país estallando, y si eso ocurre, lo mejor sería salir un tiempo, quizá a España, tal vez sólo a Cuba. Sé que no te gusta la idea de irte. Sólo quiero que estés lista si la situación así lo requiere.

—Miguel, tengo dos hijos, ¿recuerdas? No quiero que vivan una guerra. He aprendido cuándo no ser obstinada, y si es necesario salir para vivir en paz, confiaré totalmente en tu buen juicio.

—Bien, Sofía, todo está listo. Mañana salimos todos rumbo a México. Ahí yo me detendré a ver a Iturbide, mientras que un grupo de hombres los escoltará a ustedes hasta el puerto. Nos reuniremos en pocos días. Aún hay un tema pendiente, ese que por lo visto tiene tan interesada a Leonor. Tenemos que hablar de lo que encontré en el Palacio de Cortés.

5

Camino a Puebla. Febrero de 1823

Miguel de Montellano no quería volver a ser soldado nunca más, y no lo sería, pero tampoco podía dejar solo a Agustín de Iturbide cuando todo México se llenó de traidores y conspiradores. Ahí estaba, cabalgando junto al mejor jinete que jamás hubiese conocido, quien en verdad lucía como emperador. Vestía Iturbide su uniforme de general imperial, sin adornos que estorbasen en la batalla, con grandes botas negras hasta las rodillas, uniforme azul, sombrero de dos picos y el sable desenvainado.

Miguel se resistió a usar uniforme militar y simplemente vestía como jinete, todo de negro, con mascada en la cabeza en lugar de sombrero y la espada y la pistola guardadas. Esperaba no tener que usarlas otra vez. Ahí estaba de nuevo, en medio de una guerra, en un país que ya era libre pero seguía desangrándose. Casi el mismo porte tenían a caballo Montellano e Iturbide, salvo por un detalle: el emperador no necesitaba las manos para cabalgar. Podía ir a todo galope con espada en mano y sosteniéndose únicamente con la fuerza de sus piernas y su abdomen.

No era propiamente una batalla en lo que participaba Miguel. Era, con todas sus letras, una huida. No sabía si habría convencido o no a Iturbide de la conveniencia de abdicar, pero lo cierto es que el emperador estaba poniendo a salvo a su familia. Tuvieron enfrentamientos al salir de la ciudad de México. Los rebeldes querían cerrar el paso al emperador y, de ser posible, aniquilarlo ahí mismo, con todo y esposa e hijos. Los horrores de la guerra habían regresado.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente el que estés aquí, Miguel. Todos me traicionaron, incluso ese desgraciado de Echávarri, y tú, que nada me debes, estás aquí.

—Confié en usted y su plan desde el principio, don Agustín. Es la única razón por la que me metí en esto hace años. Mi familia está a salvo en Veracruz y lista para salir a Cuba si es necesario. Yo estoy listo para perder la vida si hace falta.

—¿Sabes, Miguel? Nunca terminaré de entender tus motivaciones. Eras un oficial con gran futuro en el ejército virreinal, hasta que las circunstancias te pusieron en el bando insurgente, pero en realidad nunca combatiste contra nadie, nunca disparaste a matar, ni a un realista ni a un rebelde.

Miguel quedó cabizbajo y en silencio mientras el recuerdo de su padre llegaba a su mente:

—Antes de hoy, sólo una vez tiré a matar, don Agustín, y usted sabe que nunca fallo. La bala que disparé se hundió entre las cejas de aquella persona.

—¿Y se puede saber a quién mataste?

—Eso no importa, don Agustín. Siempre he creído que cuando uno dispara no debe pensar a quién está matando, sino a quién está dejando vivir. Disparé y sobrevivió la persona correcta, eso es todo.

—Sé que no fallas. No sólo recuerdo que me derrotaste compitiendo. Hoy te vi disparar dos veces: las dos veces vi sangre salir de en medio de los ojos.

—Hoy es usted quien debe vivir. Es lo justo. Únicamente hay dos personas a las que nunca podría ni siquiera apuntarles, y es necesario que lo sepa por si nos encontramos con ellas.

—¿Y quiénes son?

—Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo.

—Pues nada menos que el enemigo, Miguel.

—A Guadalupe Victoria le debo lealtad y la vida de Sofía; a Nicolás Bravo le debo mi propia existencia. Y quiero decirle que para mí aquí no hay enemigos. Lo que tenemos enfrente son otros compatriotas. Es una pena que ellos piensen que deben matar a todo aquel que no comparte sus ideas. Es una pena que el enemigo de un mexicano sea otro mexicano, señor.

—¿Recuerdas mi plan de paz, Miguel? Religión, independencia y unión. Proclamé y pedí la unión de todos, pero parece que es imposible.

—¿Sabe que es lo peor, don Agustín? Que el verdadero enemigo es invencible porque no está en el campo de batalla. Todo se arreglaría con un disparo sobre Joel Robert Poinsett, pero así son

los cobardes: arengan multitudes y se esconden tras ellas, conspiran pero no dan la cara. Victoria es un buen hombre, Guerrero y Bravo solían ser leales. Todos cayeron ante la labia y las promesas de Poinsett.

—¡Lealtad, Miguel, lealtad! Yo mismo condecoré a Guerrero y a Bravo, los nombré generales y mariscales del imperio, puse tropas a su mando. Guerrero me dijo "amigo" y Bravo hasta propuso que se castigara con la pena capital a cualquier traidor al imperio. Eso lo dijo hace un mes y ya está levantado en armas contra mí.

Después de todo un día de cabalgata y conversación llegaron finalmente a las cercanías de Puebla, el punto en el que habían acordado separarse. Iturbide había enviado a su esposa y a sus hijos menores a Valladolid, bien protegidos por una guardia, mientras que él, con su hijo mayor, el antes llamado príncipe heredero, irían a Puebla, donde la población idolatraba al emperador. Precisamente ahí, en su visita anterior, habían preparado un platillo especial con chiles, granada y nuez de Castilla en honor al emperador. Un guiso tricolor como su bandera.

—Ha llegado el momento de separarnos, Miguel. Mi familia está a salvo y ahora debes proteger a la tuya.

—Fue un honor luchar y cabalgar a su lado, don Agustín. Luche lo que considere prudente, pero no muera. Si en verdad busca la paz, ha llegado el momento de abdicar.

6

Puerto de Veracruz. Marzo de 1823

Para ser el epicentro de una guerra, Veracruz estaba en paz. La población del puerto ni siquiera pudo elegir un bando en esa batalla. Imposible saber si eran leales al emperador o simpatizantes de los rebeldes. Estaban sitiados entre las tropas de Santa Anna y los cañones de San Juan de Ulúa, donde los españoles habían llegado a un acuerdo con don Antonio.

Guadalupe Victoria y Antonio López de Santa Anna proclamaron el Plan de Casa Mata, donde exigían la reinstalación del Congreso y la proclamación de una República Federal. Probablemente menos de diez personas sabían qué demonios era una Federación, pero toda causa es aceptable cuando se está rodeado a dos frentes. En Veracruz, y en manos de aquellos dos hombres, nació la República.

Miguel llegó a encontrarse con Sofía y sus hijos. Todos estaban bien y a salvo, incluyendo al resto de la comitiva familiar, cómodamente instalados en una casa cercana al puerto, haciendo una vida relativamente normal, pero listos para zarpar si la violencia se extendía. La familia completa estaba reunida en la sala de visitas. Miguel tenía cosas que decir y no quería secretos, particularmente con Leonor, buscase lo que buscase.

—El imperio tiene los días contados. Agustín de Iturbide ha convocado a que el Congreso se reúna nuevamente y todo parece indicar, a mi entender, que les presentará su abdicación.

La habitación se llenó de murmullos de preocupación a los que solamente eran ajenos los pequeños José María y Mariana, quienes se perseguían el uno al otro por la sala sin prestar atención a los

temas adultos, que no entendían.

—La rebelión no tiene pies ni cabeza. La comenzó Santa Anna y la secundó Victoria. Ya se han sumado Guerrero, Bravo y Negrete, y créanme, una vez que se vaya Iturbide, entre ellos se seguirán matando por el poder. Aquí no hay causas ni ideales, sólo ansias de poder. Creo que lo más conveniente es ir a Cuba.

—¿A Cuba? —preguntó Leonor—. ¿Y por qué no a España?

—Cuba es España, Leonor, pero la única parte de España que será segura.

—¿A qué te refieres? —inquirió Sofía.

—Las noticias no son nada buenas y todo indica que también en la península se desatará la violencia. Se los haré breve: desde 1816 existe una convención de países conocida como la Santa Alianza, que pretende evitar cualquier brote liberal en Europa. Todos aquí sabemos que el felón de Fernando VII juró la Constitución liberal de Cádiz porque no tuvo otra opción, pero él mismo ha solicitado apoyo de esas potencias extranjeras. En diciembre pasado se acordó que Francia invadiría España con la autorización de su propio rey, para reinstaurar su poder absolutista. Créanme, habrá revolución en España. Cuba, en cambio, se mantiene alejada de todos esos conflictos. Es lo más seguro por ahora. Ya después se podrá ver a dónde se puede ir.

—Pues Cuba será entonces, Miguel —señaló Sofía—. Mis hijos y yo iremos a Cuba —dijo, viendo a Lucas, Inés y Leonor—. Ustedes son libres de decidir qué hacer.

—Pero antes hay algo más que debemos cerrar, algo que no entiendo y que quizá sean más fabulas, Sofía. Leonor, ignoro tus intereses, desconozco lo que tú sepas, tus ideas quiméricas sobre una herencia, además de que poco quedará por heredar en este país. Esto es lo que encontré en el Palacio de Cortés.

Mientras lo decía, Miguel depositó sobre la mesa aquel documento encuadernado en piel donde se narraba la historia de los restos del conquistador y algunos episodios sobre la vida del marquesado del valle y el palacio de Cuernavaca:

HISTORIA DEL PERIPLO DE LOS RESTOS DE DON HERNÁN CORTÉS

MONROY Y PIZARRO ALTAMIRANO HASTA ÉSTA, SU PATRIA

Toda la historia de las aventuras del conquistador después de su muerte estaba detallada en aquel documento, desde un poco antes, de hecho, desde sus últimos días de vida. Contaba la historia de los eternos conflictos que Hernán Cortés tuvo con Carlos V por la visión mestiza que el conquistador tenía para su Nueva España, su

proyecto de autonomía, que contrastaba con la mirada ambiciosa del emperador germano y rey de Castilla y Aragón. Cortés buscaba un reino autónomo, mestizo en todos los sentidos, que reconociera la soberanía de los Habsburgo y pagara el quinto real, pero el emperador buscaba una colonia inmensa para extraer riquezas.

También detallaba cómo, en el último viaje del conquistador a España, contó su vida e ideas al escritor López de Gómara, quien redactó probablemente la más amplia y completa biografía sobre Hernán Cortés, que fue prohibida por el propio Carlos V, quien también censuró la publicación de las *Cartas de relación* en las que Cortés le narraba los pormenores de la conquista. Dato importante, la primera carta que el conquistador escribió a su emperador no sólo fue censurada, sino que simplemente desapareció.

La situación se tornaba más misteriosa cuando el texto hacía mención del testamento del conquistador, un testamento oculto, y de últimas voluntades que Carlos V tampoco dejó que se cumplieran, comenzando precisamente con el deseo de que sus restos descansaran en Nueva España. Ahí comenzó el periplo, desde el momento en que el cuerpo sin vida de Hernán Cortés fue enterrado en un mausoleo prestado de Sevilla en 1547, hasta que llegó a su morada final en un altar del Hospital de Jesús, en 1794.

En el documento se hacía hincapié en momentos fundamentales: desde luego, la fallida guerra de independencia de 1566, cuando los herederos de la primera generación de conquistadores reclamaron la Nueva España como propia y nombraron rey a Martín Cortés, quien decía conocer la ubicación del tesoro azteca perdido en la conquista. Para esos tiempos casi todos los conquistadores que llegaron en 1519 habían muerto, y eran precisamente sus hijos, la primera generación de mestizos y criollos, los que reclamaron por vez primera la libertad.

Otro momento en que el documento hacía especial énfasis era el año de 1629, cuando murió el cuarto marqués del Valle, don Pedro Cortés, bisnieto del conquistador y supuestamente último descendiente en línea directa. Se le hicieron funerales de gran señor, que se aprovecharon para honrar a Cortés y mover una vez más de lugar sus restos, pero, ante todo, la corona aprovechó para secuestrar el marquesado, ese gran territorio que era un Estado dentro del Estado. Tiempo después levantó el secuestro, cuando no existía ya la familia Cortés y el marquesado estaba en poder de una familia florentina, los Pignatelli, emparentados con la casa de Aragón.

—Entonces —preguntó Sofía—, ¿sí hay una herencia y un

testamento de Hernán Cortés?

—Parece que, en efecto, los hay, querida Sofía, y desde el principio de Nueva España, esa gran encomienda de Cortés era para la corona española un dolor de cabeza. Por eso trataron de extinguir el marquesado en 1629, a la muerte de Pedro Cortés.

—Y, por lo que entiendo, por lo que me dijo en su momento Guadalupe Victoria y ahora Leonor, tanto ella como tú, yo y, desde luego, nuestros hijos podrían ser depositarios de dicha herencia.

—Así me lo hizo saber a mí en Sevilla el señor don Lucas Alamán. El título pertenece hoy a la familia Pignatelli, pero parece ser que el testamento especifica que sólo quienes lleven los apellidos del conquistador podrán ostentarlo. Alguien como nosotros. Pero esa parte parece que fue eliminada del testamento original. Más aún, Sofía, el marquesado del Valle incluye el título, así como muchas tierras y propiedades en las zonas más ricas del país; título, desde luego, que sería inválido en una república, pero que podría ser válido en un imperio como el de Iturbide, que pretende respetar todos los acuerdos que Nueva España tuviese con España. Ese imperio al que le quedan días de existencia.

—¿Y no me digas que llegaste a pensar en reclamar esa herencia? ¿Por eso fue tu acercamiento con Iturbide?

—La herencia es nuestra —apresuró Leonor—. Nada habría de malo en perseguirla.

—No he terminado, Leonor, Sofía. Y no, no tengo interés. Pero quiero que sepan que, además de la herencia de Cortés y su marquesado, está la otra rama de la familia, la descendencia que los tres tenemos de Moctezuma. Desde el siglo XVI la corona reconoció la nobleza de los nietos de Moctezuma, que fueron deportados a España, pues se sospechaba que también tramaban una independencia.

—Así es que esta guerra de once años en realidad ha durado trescientos —señaló Inés.

—Algo así, Inés. Esta parte de la historia la deben recordar. Los descendientes de Moctezuma fueron nombrados grandes de España y ostentan el título de condes de Moctezuma, pero, lo más importante, durante todo el virreinato recibieron una renta anual del gobierno por el hecho de que la ciudad de México fuera levantada en sus dominios. Pues bien, Iturbide también heredó esa responsabilidad.

—Déjame ver si lo comprendo a cabalidad, Miguel. Es decir que un heredero de Cortés y de Moctezuma tendría el inmenso territorio del marquesado del Valle, con todas sus propiedades, y además

recibiría la renta anual del condado de Moctezuma, y eso sin contar el supuesto tesoro perdido.

—En un hipotético caso así es, Sofía. Supongo que eso es lo que te mueve a ti, Leonor, y sospecho que eso es lo que desde el principio movió a Calleja, Sofía. A mi padre, al tuyo, a tu madre, a que mi padre buscara relacionarse con una descendiente de Cortés, fuese la que fuese. ¿Te das cuenta? Imagina todo esto antes de la guerra, y que alguien hubiera logrado conjuntar todo el territorio del marqués del Valle, más la renta de Moctezuma. No sólo habría sido la persona más poderosa del país, sino que de hecho habría tenido su propio país.

—Pero nada de esto aplica ahora, Miguel. No sólo somos libres de España, que aún no lo reconoce, sino que todos sabemos que es cosa de tiempo que este llamado imperio caiga y se instaure la mentada república, donde todo eso desaparecerá. No entiendo por qué te preocupa el imperio.

—El imperio me tiene sin cuidado, Sofía. Me preocupa la paz y me preocupa la vida de Agustín de Iturbide.

—¿De Iturbide? ¿Por qué?

—Es extraño, Sofía, pero es mi amigo. Casi nunca he tenido amigos. Necesito admirar a una persona para profesarle mi amistad, y admiro a don Agustín. Por eso mi consejo fue decirle que abdique al trono y, si le es posible, salga del país, por lo menos por un tiempo. Estoy seguro de que más temprano que tarde la historia le hará justicia, como el libertador que es.

Ambos quedaron en silencio. Sofía analizaba las palabras de Miguel. Ella se consideraba liberal y era casi una obligación liberal odiar a Iturbide. No obstante, tenía que aceptar que el Dragón de Hierro era un hombre fabricado con un material distinto al resto de los hombres, que finalmente estaba hecho de la misma pasta que Morelos. Dos gigantes a los que la coyuntura de la historia puso en bandos opuestos.

—Hay una cosa que no nos has dicho, Miguel.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—El testamento de Hernán Cortés. ¿Dónde está el testamento?

—No lo sé. El testamento original está en Sevilla, desde luego, pero incompleto en lo que respecta justo a todo esto de la herencia y los apellidos, o eso dice la leyenda. Se supone que una copia original llegó a América con sus hijos. Registré cada rincón del palacio de Cuernavaca y este documento es todo lo que había: la historia de los restos de Hernán Cortés, historia digna de una novela, pero no hay nada más. ¿Una herencia pendiente y un

testamento perdido? Me parece tan fantasioso como todo aquello que indagaste sobre la sociedad El Águila, o todo aquello que buscamos juntos en la Rodilla del Diablo. Fantasías, Sofía. No creo que el testamento exista y, de existir, es imposible saber dónde está. Y si lo hallásemos, será del todo inválido en una república. Tendrá únicamente el valor de una pieza histórica.

—Pero es que hay algo que me intriga de este documento que cuenta la historia del peregrinaje de los restos de Cortés.

—¿Y qué cosa es?

—Está escrito con la letra de mi padre.

Todos permanecieron en silencio y tan sólo el ruido que seguían haciendo los niños se metía entre las reflexiones de Miguel. Tenía sentido. Había encontrado el documento oculto, precisamente marcado por el símbolo de la sociedad El Águila.

—Sofía, es muy probable que tu padre jamás fuera engañado por el mío, sino que Manuel Guillén le siguiera el juego. Quizá mi padre buscaba ese testamento. Tal vez eso sea el famoso tesoro del que tanto escuchamos hablar, pero es evidente que mi padre no tenía todos los datos para encontrarlo. Ése era un secreto de tu padre, y me temo que es un secreto que se quedó perdido para siempre.

Hacía mucho tiempo que Sofía había renunciado al pasado y había dejado atrás todas esas historias que también consideró fantasiosas en su momento, pero no podía ocultar su frustración. No era que quisiera encontrar un tesoro o algo parecido, pero le hubiera gustado que toda aquella historia tuviese al final algún sentido y que tanto misterio encerrase alguna respuesta. ¡Tanta aventura, tanto misterio, tanto estudio y tanta lectura para nada!

Ahora sabía que había respuesta, el testamento oculto de Hernán Cortés, pero que ya no había más pistas, que el sendero terminaba de pronto, que años de descifrar enigmas del pasado no conducían a nada. ¿Habrían omitido algo? ¿Habría su padre olvidado alguna huella o indicio?

—Es momento de separarnos —dijo Miguel—. Sofía, tengo todo listo para que te embarques con rumbo a La Habana. Ahí, como te dije, tenía inversiones mi padre, y nada te faltará —Miguel volteó a ver a Lucas, quien siempre esperaba en silencio—: Tú eres libre, Lucas, como ya sabrás. Además, ahora eres propietario de tierra en Michoacán. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí y por mi familia.

—Usaré mi libertad, señor Miguel, como yo prefiera, y si usted me lo permite, zarparé a Cuba también. Así volveré a mi tierra, a mis dioses y a mis raíces… y así podré proteger a su familia cuando

usted no esté.

—¿Inés?

—Hubiera dado todo por volver a ver a Guadalupe Victoria, pero jamás me alejaré de Sofía y de mis pequeños, porque déjame decirte que son tan míos como tuyos, bribón.

—Inés, te convertiste en hermana de Sofía y para mí eres parte de la familia. Eres también como mi hermana y me tranquiliza saber que estarás con Sofía —Miguel volteó a ver a Leonor. Estaba de pie, seria y callada como solía ser—: Leonor, sé que compartimos la sangre, pero no compartimos lazos. Aún así eres mi hermana y te protegeré en todo lo que pueda. Sé que tienes tu fortuna invertida en el consulado comercial de Veracruz, de donde, por cierto, si fuera tú, la sacaría: las aduanas no son seguras en tiempo de guerra. No sé qué quieras ni qué busques.

—Buscaba fortuna, Miguel, buscaba la herencia que a mi entender escondió tu padre, pero encontré otra fortuna. Yo siempre estuve sola y nunca tuve familia. Tengo el dinero que necesito y ahora no busco nada más. Si Sofía… e Inés y Lucas están de acuerdo, me gustaría ir a Cuba con ellos. Es decir, iré a La Habana de cualquier forma, pero quisiera que formemos una sola familia.

Sofía abrazó a Leonor en gesto de aceptación, y Leonor se acercó a Inés. Sabía que la había despreciado en el pasado y buscaba su perdón. Mientras las mujeres se entendían, Miguel de Montellano se agachó y llamó a sus hijos. Seis años tenían ya. Los abrazó.

—José María, Mariana, irán con su madre y con todos los demás a vivir a otro país. Ya verán que les gustará. Es una isla, y es encantadora.

—¿Una isla? —preguntó José María—. ¿Y tiene piratas?

—Espero que no muchos —respondió Miguel con una sonrisa—, pero seguro que te encontrarás a alguno.

—¿Te vas a ir a pelear, papá? —dijo Mariana en voz baja.

—No, pequeña —dijo mientras besaba su frente—. Precisamente estamos alejándonos de la pelea. Quiero que tú y tu hermano vivan en paz.

—¿Vas a seguir viajando por el mundo? —interrumpió José María—. Yo, de grande, quiero ser como tú: ir por el mundo haciendo justicia.

El pequeño José María agitaba las manos como si estuviera en un duelo de espadas mientras decía eso. Una lágrima escurrió en el rostro de Miguel:

—Haz justicia, pequeño, pero espero que nunca tengas que hacerla por la fuerza ni con las armas.

Miguel de Montellano se puso de pie y caminó hacia donde estaba Lucas. Lo abrazó fraternalmente.

—Ya lo ve, señor Miguel, todo ocurre con un sentido y un destino. Usted fue el ángel e Iturbide siempre ha sido el dragón, pero usted le dio su espada en vez de hundírsela. Ahí está su libertad.

—Quizá, Lucas, pero muchas espadas quieren atravesar al Dragón de Hierro. Sólo espero que sepa huir a tiempo y que ninguno de esos bribones rebeldes se haga del poder. Ninguno que no sea Guadalupe Victoria, quien espero que recupere la sensatez. Me alegra saber que irás a Cuba también. Cuida mucho a mi familia mientras yo llego.

Sofía se acercó de inmediato:

—¿Tú no vendrás, Miguel?

—¿Qué tipo de separación es una en la que no nos separamos, Sofía? Iré a Cuba a visitarlos. Escribiré… pero primero tengo aún cosas que hacer. Todo ha cambiado con la caída del Dragón y el regreso de la guerra. Pienso ir a Valladolid y tratar de vender todas las posesiones, las tuyas también, si así lo quieres, y las de Lucas, si así lo decide. Pienso invertirlo todo en Cuba, todo a tu alcance.

—¿No puedes hacer todo eso por medio de terceros, desde La Habana?

—Podría, pero quiero esperar noticias de Iturbide. Y tengo otro asunto que arreglar. Me enteré de que don Lucas Alamán arribó hace unos días al puerto, y antes de que salga a México hay unas palabras que quisiera cruzar con él.

7

19 de marzo de 1823

ABDICACIÓN A LA CORONA IMPERIAL
POR PARTE DE SU MAJESTAD AGUSTÍN I DE MÉXICO

Restituí el Congreso para que exista una representación de la nación. Reconocido este soberano Congreso por las tropas adheridas al Plan de Casa Mata, cesó el motivo por el que yo conservé la fuerza en las inmediaciones de la capital. Hace un año admití la corona con suma repugnancia, sólo para servir a la patria; pero desde el momento en que vi que su conservación podría servir de causa, o al menos de pretexto para una guerra intestina, me resolví dejarla.

No hice yo abdicación de ella con anterioridad, porque no había representación nacional reconocida generalmente. Hay ya el reconocimiento, y hago por tanto la abdicación absoluta.

Mi presencia en el país sería siempre pretexto para desavenencias, y se me atribuirían planes en que yo nunca pensara. Y para evitar aún las más remota sospecha, me expatriaré gustoso y me dirigiré a una nación extraña. Sólo le pediré al Congreso que pague la nación las deudas que he contraído con particulares, que no son de gran consideración; pues aunque el mismo Congreso dejó a mi arbitrio que tomara para mí lo que necesitara, y la Junta de Gobierno me hizo una asignación, yo no podía hacer uso de lo uno ni de lo otro, cuando las necesidades de las tropas, empleados y funcionarios públicos llegaban a mi corazón.

8

14 de septiembre de 1823

Profanar una tumba para que no sea profanada es algo que pudiera parecer absurdo, y sin embargo eso es justo lo que don Lucas Alamán se disponía a hacer aquella noche del 14 de septiembre de 1823, en compañía y ayuda de Miguel de Montellano. Profanar una tumba, y no cualquiera: iban a robar los restos de don Hernán Cortés.

México vivía en la total anarquía desde la abdicación de Iturbide. El Congreso se había vuelto a reunir y la mitad de sus miembros asistió, gozosa, a la sesión del 19 de marzo, en la que se esperaba la presencia del emperador. Ya se veían los diputados presenciando las súplicas de su majestad, más aún, implorando perdón, prácticamente rogando para poder gobernar. Lo veían entre la espada y la pared, dispuesto a lo que fuera por conservar su corona. Gran sorpresa fue para ellos que Iturbide simplemente, y sin que nadie lo esperase de aquella forma, presentara una carta abdicando al trono y cediendo el poder al Congreso.

Qué fácil era ser opositor, pero ahora Agustín de Iturbide, el libertador de Nueva España y creador de México, viendo que su presencia desataría la violencia que siempre quiso evitar, renunció a su corona, a su trono y al poder que nunca fue capaz de ejercer a cabalidad. Querían una república. Pues bien, ahí estaba en ellos toda la soberanía popular para organizarla. Fue entonces el Congreso el que suplicó. Más de uno pidió al ex emperador que reconsiderase su abdicación, pero ésta era absoluta. Iturbide renunció al trono y salió del país en exilio voluntario.

El poder quedó en un Congreso que no sabía qué hacer con él, y nombró entonces un Poder Ejecutivo provisional, en manos de tres de los rebeldes de Casa Mata: Nicolás Bravo, Pedro Celestino Negrete y Guadalupe Victoria. México pasó de ser un imperio sin emperador a ser una república sin presidente. El resultado fue el caos.

Las culpas de todos los males del país, desde luego, recayeron sobre Iturbide. De pronto el libertador fue tirano, déspota, cobarde, ruin, ladrón y una infinita lista de improperios que dejaron caer sobre él los antiguos insurgentes. Los que algún día lustraron sus botas y besaron sus pies, como Bravo y Guerrero, ahora lo sometían al escarnio público.

Desde que Iturbide se fue y los antiguos insurgentes tomaron el mando, el discurso se tornó absolutamente antihispano, eso con el objetivo de desvirtuar por completo el Plan de Iguala, los Tratados de Córdoba y al propio Iturbide, pero de pronto salieron a relucir los rencores históricos y la furia de gran parte de la plebe se concentró en un muerto: Cortés.

El país era una miseria y alguien tenía que ser el culpable. Más aún, un culpable que pudiera ser castigado. Y ya que el único culpable vivo, Iturbide, estaba en Europa, el furor se enfocó en un culpable muerto: el conquistador. No puedes matar a un muerto, pero sí puedes profanar sus restos y quemarlos públicamente. Ése era el plan de la multitud para festejar el aniversario de la Independencia el 16 de septiembre de 1823.

La historia comenzó a cambiar. La Independencia se obtuvo el 27 de septiembre de 1821, y al año siguiente, en esa fecha, se conmemoró el primer aniversario de la libertad. De pronto, en 1823 se invitaba a la gente a festejar trece años de Independencia. De un año a trece, los otros doce se los comió la historia. Pero había que borrar todo aquello que aún tuviera olor a Iturbide y a imperio, y los llamados liberales eliminaron o alteraron el pasado.

Iturbide dejó de ser libertador y pasó a ser tirano. Su Plan de Iguala pasó a ser letra muerta. Su Acta de Independencia quedó en el olvido y entonces se revivió el único documento del pasado en que se hacia una referencia clara no sólo a la Independencia, sino a la República: los *Sentimientos de la nación* de Morelos. Con un detalle, el texto original estaba alterado.

—¿Puede usted creerlo, don Lucas? Hasta la historia se derrumba ante el peso de la turba iracunda. Yo estuve en Chilpancingo ese día, yo conocí al generalísimo, yo lo escuché hablar en el Congreso de Chilpancingo. Vaya, yo vi el documento

original, las ideas de Morelos transcritas por Andrés Quintana Roo —los dos hombres hablaban mientras intentaban remover la tapa de mármol que protegía la urna donde estaban los restos de Cortés—. Y déjeme decirle que el documento contenía veintidós puntos, ni uno más ni uno menos. Numerados. Y después del punto veintidós estaba la firma del generalísimo Morelos y la datación del documento.

—¿Y cuál fue la alteración?

—Muy simple, don Lucas. ¿Por qué estamos profanando esta tumba hoy? Pues porque el día 16 de septiembre se conmemorará la Independencia, trece supuestos años de Independencia, porque ahora resulta que el libertador de esta patria no es Iturbide, sino el mismísimo padre Hidalgo.

—¿Ese bribón que saqueó y destruyó Guanajuato?

—Como lo oye, don Lucas, y además está por escrito. Hoy, en ese documento, después de la fecha y la firma de José María Morelos, al final de la página, metido de hecho entre los garabatos de la rúbrica del generalísimo, hay un punto veintitrés, donde dice que debe solemnizarse la fecha del 16 de septiembre y que la patria debe honrar a Miguel Hidalgo y a Ignacio Allende. El propio Guadalupe Victoria me dejó ver el documento. Él estaba ahí y sabe tan bien como yo que Morelos jamás dictó tal cosa.

—¿Y la letra es del mismo caballero?

—Idéntica. Así es que, si no fue el propio Quintana Roo quien hizo el agregado, fue un muy buen falsificador. Y ya ve, aquí estamos conmemorando trece años de Independencia y a un cura saqueador.

—Mejor no hablemos de saqueos, don Miguel, que estamos saqueando una tumba.

Los dos rieron en silencio. En realidad no era necesaria tanta secrecía, ya que Miguel había dado una excelente dádiva a los religiosos para que les permitieran la entrada esa noche. Desde luego, no les explicó con exactitud sus intenciones ni reveló sus identidades, pero hasta el descanso eterno de los muertos tenía precio en ese país.

Miguel de Montellano y Lucas Alamán habían entrado por la noche al Hospital de Jesús. Fue don Lucas quien alertó a Miguel del plan que urdía la multitud de quemar públicamente los restos de Cortés y del plan que él tenía para salvarlos: simplemente robarlos primero.

—La multitud no respeta la historia, don Miguel. Por eso la multitud no construye futuro, porque no conoce ni respeta el

pasado.

—Perdón que lo pregunte, don Lucas, pero ¿cuál es su interés en proteger estos restos?

—Es simple, mi señor. Dos cosas: por un lado sigo siendo apoderado de los bienes de Cortés por encargo del conde de Terranova, que pretende ser su descendiente; lo cierto es que no hay mayor propiedad de Cortés que su propio cadáver. De hecho, dudo que haya otra propiedad que se pueda exigir, y dudo más que los léperos que van a tomar el poder respeten propiedad alguna.

—¿Y la segunda?

—Soy historiador, mi amigo, y este caballero, al que estamos usurpando, es nada menos que nuestro antepasado… bueno, su antepasado de forma muy directa, pero es el ancestro de todos los novohispanos que ahora se llaman mexicanos. Podemos odiar o admirar a Hernán Cortés, pero nada de lo que hoy se llama México, herencia de Nueva España, existiría sin este personaje.

—¿Y cuál es el plan, don Lucas? ¿Dónde esconderemos los restos de Cortes?

—Lo pensé muy bien, caballero, y decidí que el mejor lugar para esconderlos es justo donde nadie los buscaría: aquí mismo.

—¿Cómo dice?

—Todo el mundo sabe que Hernán Cortés fue sepultado en este altar en 1794. La urna está en este mausoleo. Pues bien, la sacaremos de aquí y haremos un agujero en el piso, aquí mismo, y ahí los depositaremos en esta otra urna que traje conmigo. A la original, con el paño que envuelve a los huesos, los enviaré por barco al conde de Terranova. La gente pensará que todos los huesos fueron enviados y no buscarán. Mientras tanto Cortés descansará aquí mismo. Yo elaboré un acta con dos copias. Una la enterraremos junto a los restos y la otra la conservaré. Así la posteridad podrá recuperar a don Hernán cuando gobierne la razón y no los arrebatos pasionales.

Finalmente el mármol cedió. Ahí estaba frente a ellos la urna de madera con oro y plata que contenía los restos del conquistador. Miguel de Montellano tenía frente a él a su mismísimo ancestro. Sacaron cuidadosamente la urna y la depositaron en el altar.

—Don Lucas, le parecerá ridículo, pero ¿me permitiría unos segundos a solas con… mi ancestro?

Lucas Alamán se quedó mirando, extrañado, a Miguel de Montellano. Era el momento decisivo en que Miguel sabría si don Lucas tenía más información e intereses de los que decía tener.

—Vaya, mi amigo, es usted más romántico de lo que pensé.

Despídase usted de su antepasado y, mientras, yo iré quitando los tablones del piso, pero no tarde, que necesito su ayuda.

Mientras Lucas Alamán comenzaba a remover las vigas del suelo, Miguel de Montellano se quedó mirando fijamente aquella urna. No podía creer que tuviera en sus manos la caja que contenía los restos de Cortés. La abrió delicadamente. Un paño de seda color negro envolvía una calavera. Removió la tela. Ahí estaban el cráneo del conquistador y otros huesos que no hubiese podido identificar.

Los cubrió nuevamente y removió un poco el contenido de la urna. Había otro paño de seda negro. Su corazón latió apresuradamente. Volteó a ver a Lucas Alamán, quien había perdido toda su seriedad habitual y parecía un anticuario aficionado. Removió el paño negro y metió sus dedos. Pudo sentir la textura del cuero viejo. Abrió por completo la envoltura y pudo verlo frente a él, tal y como lo esperaba.

Tenía sentido. ¿Por qué otra razón habría escrito Manuel Guillén con tanto detalle la historia de todos los viajes y traslados de los restos de Hernán Cortés? Ahí estaba, como había sospechado, una carpeta de piel que contenía el testamento del conquistador, la copia que sus hijos llevaron a América en 1566, probablemente desde entonces escondida junto al cadáver de su padre. Miguel escondió la carpeta entre sus ropas.

—Mucho hablar con los muertos puede hacer daño, señor Montellano. ¿Me ayudará o no con esto?

—Claro. Lo siento, don Lucas.

Miguel de Montellano siguió siendo cómplice de aquella profanación. Los restos del conquistador cambiaron de urna y fueron depositados en el suelo, junto a un acta notariada. La historia estaba a salvo. A los dos días, el 16 de septiembre, una muchedumbre enardecida entró al Hospital de Jesús para profanar el mausoleo de Cortés y quemar sus restos en la Plaza Mayor, pero la tumba estaba vacía.

Diciembre de 1825

Mi querida Sofía:

Ya te he puesto al tanto de todo lo acontecido desde tu partida. La abdicación, las conspiraciones, la lucha por el poder entre los que derrotaron a Iturbide, los masones en la sombra y mi aventura con don Lucas Alamán en el mausoleo de Hernán Cortés. Ahora que estoy en altamar siento la necesidad de contarte a detalle los últimos momentos de Iturbide y de mi estancia en el país.

No salí de forma definitiva de México hasta el mes de octubre de 1824. Había mucho que hacer y demasiado caos como para hacerlo pronto. Nada me ataba a quedarme, pero nada me impulsaba a irme, y desde Veracruz era más fácil viajar a La Habana que a la ciudad de México. El país se sumergía en el caos de la incertidumbre y de la mezquindad política.

Concebí la romántica idea de seguir en el viaje a Agustín de Iturbide, pero muy poco tardó él mismo en volver a morir, antes de que yo pudiese embarcarme a Europa y seguir sus pasos. Sin importar lo que diga el juicio de la historia, yo sé que el Dragón de Hierro es el único hombre que puede llevar el título de libertador.

Quizá el trono mexicano le quedó muy grande a Agustín de Iturbide, pero también tengo claro que al pueblo, y sobre todo a esa especie que se cocina muy aparte, los políticos, les quedó muy grande el emperador.

El Dragón pudo haber sofocado la rebelión con haberlo querido. Gran parte del ejército seguía de su lado y contaba aún con la fervorosa admiración de todo el pueblo, quien nunca dejó de gritar "¡Viva el emperador!" en todos los pueblos y ciudades por los que fue escoltado para llegar a Veracruz y comenzar su destierro. Pero Iturbide estaba comprometido con la paz y eso quería garantizar con su partida.

No se puede salir más que triste de una patria que asesina de forma impune a su libertador, y mi único consuelo fue saber que el país que dejaba, finalmente convertido ya en república, quedaba en manos de uno de los hombres más valientes y honestos que han nacido en su suelo: don Guadalupe Victoria.

Por encima de todo tipo de oportunistas fue Victoria quien derrotó al emperador y al imperio. Fue el único que nunca traicionó al Dragón de Hierro, pues nunca le juró lealtad. Fue el único que le dijo, mirándolo a la cara, que no descansaría hasta ver cómo su imperio se desmoronaba para ver nacer a la república, y fue también el único que se comportó como un caballero hasta el último momento. Cara a cara, y con elocuentes palabras, se

despidieron el vencedor y el vencido.

—Ante la adversidad siempre tuvo usted valor y coraje —dijo, solemne, don Agustín—. Y en la victoria honra usted su sobrenombre al conducirse con magnanimidad. Me voy con la esperanza de que en hombres como usted quede el destino de la patria y que vea tiempos mejores.

Mientras hablaba, Iturbide sacó de su bolsillo un fino reloj que obsequió a GuadalupeVictoria, quien sin embargo no aceptó el presente.

—No sería correcto que lo aceptase, excelencia, y espero que no lo tome como desdén. En cambio, me gustaría que se llevase con usted este pequeño recuerdo. Sé que no es digno de un emperador, pero comprenda usted que no esperaba ser yo quien lo despidiera.

Iturbide tomó el obsequio que le extendía Victoria, un pañuelo oscuro de fina seda y elegantemente bordado en oro, y lo guardó en el interior de su chaqueta.

—Agradezco que sea usted quien finalmente se encargue de mi partida y me permita marchar con la dignidad que esperaba. Nada me debe usted, Victoria, nada me prometió ni me juró lealtad, y de nadie he recibido mejor trato que de su persona.

Y cuánta razón tenía el emperador. Nicolás Bravo se comportó con él como un carcelero, Vicente Guerrero no tuvo ni el coraje de mirarlo a los ojos y Servando Mier hasta propuso en el Congreso que el derrocado Iturbide fuese colgado, idea secundada por Carlos María Bustamante. En realidad hay una sola palabra para describir las reacciones de todos ante Iturbide: miedo.

Los rebeldes republicanos decían actuar en nombre del pueblo, pero ese pueblo seguía coreando vivas al emperador mientras escupía el piso por donde pasarían los supuestos nuevos libertadores. Miedo. Por eso Iturbide no tuvo un solo minuto de paz en su exilio; por eso enviaron al infame fraile Marchena, amigo de Servando Mier, a espiar al emperador en su exilio y reportar cada movimiento; por eso intentaron asesinarlo en su camino a Veracruz y por eso mismo pusieron a los agentes de Fernando VII tras su pista en cuanto llegó a Liorna, en la península itálica.

En mayo de 1823 dejó Iturbide las tierras mexicanas y no fue hasta agosto cuando se instaló en Liorna, donde, como primera sorpresa, descubrió que la pensión ofrecida por el Congreso, pagadera en Europa, era tan sólo letra muerta. La segunda sorpresa fue que su vida y la de toda su familia corrían peligro, pues espías de Fernando VII y de la Santa Alianza tenían la tarea de apresarlo, hacerle imposible la vida o, si les era posible, asesinarlo.

Para el mes de julio el emperador y sus acompañantes ya empeñaban posesiones para mantenerse, y ni el más vil trabajo de jornalero le era permitido al libertador de México. Roma, Florencia, Venecia… Todas las ciudades le anunciaron que era persona *non grata*, y finalmente el gobernador de Liorna le anunció que debía marcharse de la ciudad cuanto antes. Se le permitió dejar a su familia, y él se hizo a la mar en noviembre con la idea de llegar a Inglaterra, para desde ahí conseguir el traslado de su mujer e hijos.

El barco en el que zarpó quedó inutilizado por una tormenta y volvió al puerto de partida, de donde no se le permitió pasar, y se le concedió tan solo un día para arreglar su partida o sería arrestado. A falta de barcos, el viaje sería por tierra. Hasta el norte de Italia llegó Iturbide, tan sólo para enterarse de que tenía prohibido el paso por Francia, por lo que su travesía debió ser por los Alpes hasta llegar a la neutral Suiza, navegar parte del Rin, atravesar por Fráncfort, donde vendió las joyas que le quedaban para sufragar el viaje, y finalmente llegó a Bélgica.

Fue el último día de 1823 cuando el Dragón de Hierro atravesó el canal de La Mancha y el primer día de 1824 cuando llegó a Londres. Inglaterra no era parte de la Santa Alianza ni era país amigo de España, por lo que Iturbide ya no tuvo que cuidarse del desdén de un gobierno y se ocupó tan sólo de evitar a los matones a sueldo que lo seguían por órdenes del Congreso mexicano, que argumentaba no tener recursos para cubrir su pensión, pero sí que podía pagar a espías por toda Europa. Finalmente, en abril logró reencontrarse con su familia, en Dover, y se los llevó a todos a Londres.

Fue en ese momento cuando las noticias despertaron de nuevo su espíritu. Un ejército francés, conocido como Los Cien Mil Hijos de San Luis, había restablecido el poder absoluto de Fernando VII y se hablaba de un eventual apoyo de Francia para que España recuperase sus colonias americanas. Iturbide escribió al Congreso mexicano una carta de advertencia y solicitó ser admitido en el ejército para servir en la defensa de la patria.

El 4 de mayo de 1824, poco antes de cumplir un año de su partida, el emperador se embarcó de vuelta rumbo a México, ignorando por completo que apenas un mes antes los diputados decidieron nombrarlo traidor a la patria y condenarlo a muerte si pisaba el territorio nacional.

Iturbide estaba derrotado, solo, abandonado, ultrajado, desterrado, y aun así inspiraba a sus adversarios más miedo que todo un ejército. Ni siquiera después de su cobarde asesinato

dejaron de temerle. Como el Cid, como Hernán Cortés, dio batalla incluso después de la muerte.

Fue su forma de montar a caballo la que lo delató. Nadie tenía ese porte al cabalgar que tenía Agustín de Iturbide. Desembarcó en Tamaulipas el 14 de julio de 1824 y de inmediato fue reconocido en su andar, por muy disfrazado que fuera, por uno de tantos de los que lo traicionaron, el comandante militar de la región, Felipe de la Garza.

No hubo juicio, no hubo apelación, no hubo defensa. Había sido condenado en ausencia a morir si pisaba el territorio mexicano. Como si fuera un vulgar bandido sorprendido in fraganti, así se ejecutó al libertador y emperador de México. Cinco días esperó Iturbide a la muerte, que le llegó a las seis de la tarde del 19 de julio de 1824.

Un día más de vida pidió Iturbide para escuchar misa y comulgar, pero le fue negado. Su uniforme militar, para morir como soldado, tampoco le fue concedido. Presentarse ante el pelotón sin venda en los ojos simplemente no se discutió. Apenas logró Iturbide que le permitiesen no llevar atadas las manos como un reo común.

Gracias a algunas amistades entre los soldados, supe de la detención de Iturbide y cabalgué sin descanso hasta el alejado pueblo de Padilla. Sabía que su muerte estaba ordenada. No sé si viajé con la intención de intentar evitarla o simplemente quise verificar personalmente la caída del Dragón de Hierro. Algo me impulsó. Doce militares y algunos curiosos fuimos los únicos testigos de la muerte del libertador, quien, férreo como fue siempre, dirigió sus últimas palabras:

—Mexicanos, en el acto mismo de mi muerte les recomiendo el amor a la patria y la observancia de la religión que los conducirá a la gloria. Muero por haber venido a ayudarlos y muero gustoso por morir entre ustedes. Muero con honor, no como traidor. No quedará a mis hijos y a su posteridad esa mancha. No soy traidor, no. Presten atención a sus jefes, pues hacer lo que ellos mandan es cumplir con Dios. No digo esto con vanidad, pues estoy muy distante de tenerla. Sean felices.

No hubo mayor solemnidad. Felipe de la Garza ordenó la ejecución. Los disparos fueron certeros y el libertador se desplomó tras la primera descarga. Casi todos los tiros apuntaron al corazón. Dos cosas había en el interior de la levita negra con la que murió Agustín de Iturbide: un escrito de su puño y letra que quedó manchado por su propia sangre, y que además fue ocultado por el gobierno, y un fino pañuelo de seda, el regalo de Guadalupe

Victoria.

Un último homenaje tuvo Iturbide y estoy seguro de que lo escuchó antes de morir. Al tiempo que sonaron las descargas, ahí entre la multitud y dispuesto a perder la vida por una estúpida arenga, grité a todo pulmón: "¡Viva el emperador Agustín I!" Para mi sorpresa, casi todos los curiosos del pueblo contestaron, aunque fuera con voz baja, un viva a su libertador.

Muerto Iturbide, seguía dando miedo a los pusilánimes que lo traicionaron, y su cadáver fue sepultado sin caja, envuelto en un sayal, y con la orden de que fuese dejado en el olvidado cementerio de Padilla. Mientras el cuerpo caía inerte en la tierra, alcancé a escuchar una voz que decía: "Los mexicanos liberados hemos vengado a España al asesinar al libertador. Queda la madre patria vengada por nuestra ingratitud".

Ingratitud, querida Sofía, ingratitud, traición y deslealtad. Abandono México abatido y sumergido en la melancolía. La caída del Dragón me marcó muy hondo, pero en el fondo me alegra saber que no fue el pueblo, no fue México quien asesinó a su libertador, y que la firma de Victoria no figura en la sentencia de Iturbide.

Victoria, querida Sofía, el triunfo de Victoria es lo único que me da esperanza, ya que él también es hijo de esta tierra, y estoy seguro de que, como él, debe haber muchos, cientos y quizá miles. El idealismo de Morelos, el valor de Matamoros, la lealtad de Galeana y la integridad moral de Guadalupe Victoria. Eso puede sostener a cualquier patria. Cuatro grandes hombres que pensé que iban a morir: tres lo hicieron en defensa de sus ideales y el cuarto se ha convertido en el primer presidente de nuestro México. Los cuatro fueron fruto de esta tierra, al igual que Agustín de Iturbide.

Pero habrá que estar siempre pendientes del traidor y del cobarde. Que me perdone la historia, Sofía, pero así como ya hay vividores que, siglos después, viven de las rentas del condado de Moctezuma, no necesitamos a nadie que reclame la herencia de Hernán Cortés, sus títulos, sus propiedades, y menos aún un tesoro azteca. México es la gran herencia de Hernán Cortés y ojalá que algún día todos lo entiendan. Voy camino a Sevilla a buscar mi destino, y la inmensidad del océano me parece la custodia perfecta para el testamento del conquistador.

Miguel de Montellano y Cortés Altamirano

Entre dos mundos

LA HABANA, CUBA, IMPERIO ESPAÑOL
MARZO DE 1839

La historia puede continuar eternamente, pero tiene que dejar de ser contada en algún momento para que alguien más pueda leerla. Mi tentación es nunca levantarme de este escritorio y seguir trabajando con Leonor eternamente. Quisiera contar tantas cosas más sobre Cortés y sus aventuras, antes y después de la muerte, sobre conspiradores y piratas, sobre fábulas y quimeras, acerca de Guillén de Lampart y de Peter Bean Ellis, de Morelos y Victoria, de América y Europa.

Pero la historia es interminable, y así como cualquier momento es bueno para comenzar a contarla, cualquier otro es bueno para terminar con ella. Mi historia termina, por ahora, en 1839, aquí, entre dos mundos, viendo de cerca y de lejos a México y a España, contemplando mis orígenes y sufriendo por su destino.

En cambio, el momento que elegí como el principio de mi historia sí tiene una razón de ser: 1799, el año en que fui rescatada de la muerte por José María Morelos, el día en que fueron asesinados mis padres y los secretos comenzaron a ser parte de mi vida. Cuarenta años y casi mil páginas de historia.

En mi vida se cruzó el destino y el azar de muchas personas que hicieron girar de forma radical los acontecimientos. De pronto estaba envuelta en una guerra que, sin que nadie pudiese saberlo entonces, resultó ser parte de la caída del gran imperio español y de las independencias de América.

En la guerra se atravesaron los enigmas, el misterio del águila, de la diosa y la serpiente, de los restos de Hernán Cortés y su testamento. Todo lo he querido contar desde la muerte de mis padres hasta este momento, en que veo al naciente México invadido por Francia, gobernado por un traidor llamado Anastasio Bustamante, defendido del invasor por ese incomprensible que es Antonio López de Santa Anna, y una vez más con Guadalupe Victoria dando la cara, negociando la paz con el usurpador francés.

Con casi medio siglo de existencia puedo asegurar que el balance es positivo, que supe usar mi libertad para ser feliz. Nunca dejaré de extrañar a Miguel de Montellano, que quizá también, por la edad, comienza a viajar menos y escribir más. Dice que encontró su destino en Sevilla, aunque su estrella y las guerras civiles que desangran a España lo tengan convertido en un nómada.

Inés, Lucas y Leonor. Ella siempre tan festiva, él siempre tan extraño y la última siempre tan adusta. Los cuatro hemos sabido ser familia y todos estamos felices por el próximo matrimonio de Mariana con un norteamericano aventurero que me parece que evidentemente le recuerda a su padre. José María lucha por México. Dejé de recibir cartas suyas, pero tengo la esperanza de que su ausencia epistolar se deba al bloqueo francés. En realidad parece que la guerra ha terminado y espero pronto recibir noticias suyas, si no es que su propio regreso a Cuba.

México invadido por Francia, España en guerras civiles, en el sur de América se destruyen entre todos por los límites de Perú, Chile y Bolivia, hermanos en el virreinato y enemigos en la libertad. Estados Unidos crece, recibe a personas del mundo entero y es posible que en poco tiempo incorpore a la República de Texas, cuyo vicepresidente es, por cierto, mexicano, para unos un adelantado, para otros un traidor: Lorenzo de Zavala. Cuba es España, pero es un mundo aparte, una fusión cultural, un deleite para los sentidos.

Soplan en la isla los aires de libertad. Espero que no se conviertan en huracanes de violencia. Tengo que decirlo: con dos décadas de vida independiente, el porvenir no pinta bien en México, pero ya he aprendido que la historia siempre puede cambiar y que eso sólo depende de nosotros y del uso que le demos a nuestra libertad.

Coincido con Miguel: la tierra que hizo crecer a hombres de la talla de Morelos, de Iturbide, de Matamoros, de Galeana y de Victoria puede tener el más brillante de los destinos. Dependerá de que sepamos generar y hacer crecer a ese tipo de hombres. Mi país sigue demasiado convulsionado como para poner atención en su historia. Espero que algún día sepa aprender de ella como espero haber yo aprendido de la mía.

Soy Sofía y quise contar mi historia y la de Miguel, que a pesar de querernos quedamos separados por nuestras diferencias. Tal vez, si hubiésemos sabido soltar el pasado a tiempo. Sé que muchas historias como la nuestra han de haber sucedido y sé también que muchas habrán tenido un mejor fin.

Soy Sofía y soy mestiza. Soy la mezcla de culturas y el encuentro

violento de civilizaciones. Soy americana y soy europea. Soy criolla y soy negra. Soy el resultado de mi historia y la única responsable de mi propia vida. Soy descendiente de indígenas y españoles, y madre de mexicanos. Soy una fusión que tardó en entenderse a sí misma y dejar de negar la mitad de su ser. Soy marquesa del Valle y condesa de Moctezuma. Soy la herencia de Motecuzoma y de Hernán Cortés. Soy libre y hoy sé que el pasado no debe marcar nuestro futuro.

Sofía Guillén de Ramírez y Arellano

LUGARES, INSTITUCIONES POLÍTICAS Y DOCUMENTOS REALES
Abdicación de Iturbide
Acta de Independencia del Imperio Mexicano
Carta de Iturbide al virrey Apodaca
Congreso Imperial Mexicano
Constitución de Cádiz
Cortes de Cádiz
Discurso de Independencia de Iturbide
Discurso de Iturbide al ser aclamado emperador
Documentos de Thomas Jefferson
Felicitación de Guerrero a Iturbide por su coronación
Junta Nacional Instituyente
Plan de Paz y Libertad de Agustín de Iturbide (Plan de Iguala)
Proclama de Fernando VII por la Constitución
Proclama de Guerrero a favor de Iturbide
Sentimientos de la Nación
Últimas palabras de Iturbide
ORGANIZACIONES SECRETAS Y LOGIAS MASÓNICAS REALES
Amigos Reunidos en la Virtud
Los Guadalupes
Rito Mexicano Antiguo y Aceptado
Sociedad de Americanos
Sociedad El Águila
PERSONAJES REALES
Agustín de Iturbide
Alfonso VI de Castilla.
Anastasio Bustamante
Andrés Quintana Roo
Antonio del Río, firmante del acta de independencia
Antonio López de Santa Anna
Candance Midkiff, esposa de Peter Bean
Carlos de Gante, o Carlos de Habsburgo, I de España y V del Imperio Germánico
Carlos III de España
Carlos María Bustamante
Conde de Survilliers, (nombre usado
por José Bonaparte en Estados Unidos)
Conde de Terranova
Crisanto de Castro
Enrique VIII Tudor de Inglaterra
Felipe II de España

Félix María Calleja del Rey
Fernando VII de España
Filippo María Visconti, dueño del tarot más antiguo
en el siglo XIV
Francisco Arriaga, hacendado español que protegió a Victoria
Francisco Espinosa de los Monteros
Francisco I de Francia
Francisco Primo de Verdad
George Washington
Guadalupe Victoria (Miguel Fernández Félix)
Guillén de Lampart
Hernán Cortés
Hipólito Bouchard
Ignacio López Rayón
Ignacio Velarde, conspirador de la profesa
James Madison
James Monroe
Jean Lafitte
Joaquín de Ramírez y Arellano, gobernador del marquesado
(aparece en la novela como hermano de la madre de Sofía)
Joaquín Fernández de Lizardi
Joel Poinsett
Jorobado Larouche
José Dávila, gobernador de Veracruz
José Ignacio Ormachea
José Joaquín de Herrera
José Marchena
José Antonio Echávarri
José María Fagoaga y Lizaur, conspirador de La Profesa,
miebro de la sociedad El Águila y de Los Guadalupes,
firmante del Acta de Independencia
Juan Álvarez
Juan de O'Donojú y O'Ryan
Juan Ruiz de Apodaca
Leonor de Cortés y Moctezuma, hija de Cortés con Isabel
de Moctezuma (no se confunda con el personaje ficticio Leonor
de Moctezuma y Cortés, media hermana de Miguel)
López de Gómara, biógrafo de Cortés
Lorenzo de Zavala y Sáenz
Lucas Alamán y Escalada
Luciano Velázquez
Luis Altamirano, hijo de Cortés

Luis de Onís
Manuel Codornú
María Ignacia Rodríguez
Mariano Michelena
Martín Cortés, el marqués
Martín Cortés, el mestizo
Martín Lutero
Matías de Monteagudo
Miguel Bataller
Miguel de Santamaría
Miguel Domínguez
Miguel Ramos Arizpe
Motecuzoma II
Napoleón Bonaparte
Nicolás Bravo
Pedro Ascencio
Pedro Celestino Negrete
Pedro Novella
Pedro Romero de Terreros
Peter Ellis Bean
Pío Marcha
Rafael de Riego
Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador
Servando Teresa de Mier
Simón Bolívar
Simón de Chávez
Thomas Jefferson
Valentín Gómez Farías
Vicente Guerrero
Vicenzo Filisola
William Taylor

Los restos de Hernán Cortés viajaron a Nueva España en 1566 y, tras diversas reubicaciones, fueron depositados en un mausoleo del Hospital de Jesús, en 1794. En 1823 fueron, efectivamente, sacados de ahí por Lucas Alamán para protegerlos de la turba iracunda que pensaba quemarlos, y los escondió en el piso. En 1836 el propio Lucas Alamán los sacó de ahí y los depositó en un agujero en la pared, con acta notariada, y dio aviso a la representación de España en México. Los restos fueron hallados en 1946, en la misma pared del Hospital de Jesús donde fueron escondidos por Alamán.

Juan Miguel Zunzunegui (1975) es músico, poeta, loco y académico. Nació en México pero prefiere ser ciudadano del mundo y mestizo de todas las culturas. Es licenciado en comunicación, especialista en filosofía, geopolítica y religiones, investigador, maestro en materialismo histórico y doctor en humanidades. En 2009 optó por la aventura del mundo de las letras, que alterna con clases y conferencias.

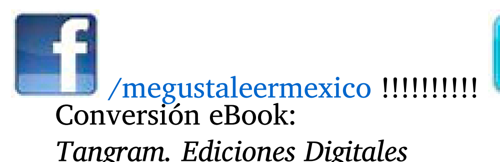
www.lacavernadezunzu.com

Trilogía de la independencia
Primera edición digital: septiembre, 2016

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
México, D.F.
www.megustaleer.com.mx

ISBN Obra completa: 978-607-314-950-1
ISBN *El misterio del águila*: 978-607-310-285-8
ISBN *La diosa y la serpiente*: 978-607-310-560-6
ISBN *La caída del dragón*: 978-607-310-725-9





Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice